

LOU MARINOFF



El ABC de
la felicidad

Por el autor de *Más Platón y menos Prozac*



EL ABC DE LA FELICIDAD

Lou Marinoff

Traducción de Daniel Cortés y Rosa Pérez



Título original: *The Middle Way*

Traducción: Daniel Cortés y Rosa Pérez

1.ª edición: noviembre, 2015

© 2015 by Lou Marinoff

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-258-5

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Este libro está dedicado al Amor que nos sostiene a todos, a la luz que nos baña a todos, al Camino que nos guía a todos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Agradecimientos

Introducción

Primera parte. LOS FILÓSOFOS ABC

1. La globalización y sus injusticias: convergencia y divergencia de cuatro civilizaciones
2. La proporción áurea de Aristóteles: cómo realizarse y ser feliz en la insensatez
3. El camino medio de Buda: cómo crear valores y compasión en el sufrimiento
4. El orden equilibrado de Confucio: cómo restaurar la armonía y la virtud en la discordia
5. Geometría de los filósofos ABC: la proporción áurea, el camino medio y el orden equilibrado están profundamente relacionados

Segunda parte. LOS EXTREMOS Y LOS FILÓSOFOS ABC

6. Extremos políticos: una sociedad estadounidense polarizada y la ausencia de un bien común
7. Extremos profanos y sagrados: fe ciega frente a negación de la fe
8. Extremos tribales: dispersión natural y mestizaje cultural en la aldea global
9. Los extremos de Pandora: la politización de la diferencia entre los sexos
10. Los extremos cognitivos: las tradiciones oral, escrita, visual y digital
11. Los extremos educacionales: el desfase global y el gulag estadounidense
12. Los extremos económicos: superabundancia y penuria
13. Los extremos totémicos: McComidas, McDrogas y McMundos felices
14. Los extremos de Oriente Medio: escorpiones venenosos e higos regalados

15. Los extremos terroristas: hagamos lo que hagamos, seguirán con los atentados

Tercera parte. LOS FILÓSOFOS ABC AQUÍ Y AHORA

16. Cómo importar los filósofos ABC a su vida; cómo exportarlos a su entorno

Lecturas recomendadas

Agradecimientos

Este libro surgió de un ensayo que escribí durante 2003 para *Global Agenda*, la revista anual del Foro Económico Mundial.¹ El ensayo aplica las filosofías de Aristóteles, Buda y Confucio (los filósofos ABC) al arte del liderazgo moderno. Doy las gracias a Nick Evans por pedirme que lo escribiera, así como por revisarlo, y al profesor Klaus Schwab por inspirarlo. El libro tomó forma durante una cena celebrada en Manhattan en junio de 2003. Expreso mi agradecimiento a quienes me acompañaron durante aquella cena, por su impulso y aliento: Joelle Delbourgo, Santiago del Rey y Julian Marinoff.

Llamo filósofos ABC a Aristóteles, Buda y Confucio, tres de los más grandes maestros que la humanidad ha conocido jamás. Para la redacción de este libro, no sólo me he inspirado en sus enseñanzas atemporales, sino también en lecciones que he aprendido directamente de algunos de sus venerables sucesores. Así pues, extendiendo mi gratitud a apreciados maestros y mentores de las tradiciones aristotélica, budista y confuciana, incluidos el profesor David Bohm, el presidente Daisaku Ikeda, el roshi Robert Kennedy (jesuita), el gran maestro S. M. Li, la profesora Elaine Newman, Sogyal Rinpoche y el profesor Klaus Schwab.

También doy las gracias a los amigos y colegas que tuvieron la amabilidad de leer el manuscrito y ofrecerme sus valiosos consejos: Moshe Denburg, Pierre Grimes y Michael Grosso. Así como a muchos otros amigos y colegas cuya buena disposición para dialogar conmigo mejoró mi comprensión de los temas que aquí trato: el doctor Ibrahim Abouleish, el profesor Dominique Belpomme, la doctora Virginia Bonito, Salvatore Geraci, Ida Jongsma, el doctor Yoichi Kawada, la doctora Patti Knoblauch, Elisa Manzini, la doctora Pamela Mar, William O'Chee, el profesor Per Pinstруп-Andersen, Denise Railla, el doctor Frank-Jürgen Richter, el doctor Peter Ritter, Paul Robertson, Guy Spier, el doctor Tan Chin Nam, Matt Taylor, Sundeep Waslaker, el doctor Albert Werckmann y Masao Yokota, entre otros. Asimismo, expreso mi agradecimiento a Stephanie Land por su maravillosa labor como redactora.

También doy las gracias a muchas organizaciones hospitalarias y a las atentas personas que en ellas trabajan, quienes tuvieron la amabilidad de invitarme a colaborar y me brindaron la oportunidad de realizar memorables viajes mientras me documentaba para el libro y durante su redacción. Se incluyen la Asociación de Universidades de la Commonwealth y el British Council (RU), De Arbeiderspers (Países Bajos), el Instituto Aspen, el Institute for Local Government y el Instituto Omega (Estados Unidos), el

Centro para el Liderazgo en las Artes (Dinamarca), Commonwealth Publishing Group (Taiwán), Eco-Festival Bourbon-l'Archambault (Francia), Ediciones B (Argentina, Chile, España, México, Uruguay), ETOR (España), Agencia Federal para la Educación Cívica (Alemania), Keter (Israel), Nuevos Pasos (Argentina), Paideia (Italia), Record (Brasil), sekem (Egipto), Soka Gakkai International (Canadá, Japón, Estados Unidos) y el Foro Económico Mundial (China, India, Singapur, Suiza, Estados Unidos).

Querría dar especialmente las gracias al presidente Daisaku Ikeda, de Soka Gakkai International (SGI), por su inspiración, aliento y aportaciones al libro. Es un extraordinario maestro, líder y ejemplo de la tradición budista mahayana. A lo largo de estas páginas, lo he citado textualmente o me he referido a sus obras.

Los filósofos ABC tienen mucho que ofrecer, al igual que sus ilustres sucesores. El camino medio nunca ha sido más vital para el bienestar de la humanidad que en la aldea global de hoy. Así pues, pese al mandamiento del Eclesiastés según el cual «El hacer muchos libros no tiene fin», el deber y el dharma me obligan a compartir con usted algunas de las ideas principales del camino medio. Asumo toda la responsabilidad de cualquier error o equivocación.

Lou Marinoff
La aldea global, 2006

¹ <http://www.globalagendamagazine.com/2004/loumarinoff.asp>.

Introducción

A estas alturas, seguramente ya sabrá que toda la humanidad habita un lugar denominado «la aldea global», término acuñado por Marshall McLuhan durante la década de 1960. Se trata de una comunidad planetaria constituida por miles de millones de personas, donde no todo el mundo está en paz consigo mismo o con sus semejantes en un determinado día. El crecimiento y la evolución de esta aldea son constantes y no se pueden frenar; pero sus habitantes experimentan, al igual que los adolescentes durante la pubertad, diversas clases de «dolores de crecimiento», tanto agudos como crónicos. La primera premisa de este libro es que el sufrimiento humano está en su mayor parte causado, o agravado, o no aliviado, por extremismos de diversos tipos, que van (por ejemplo) del fanatismo religioso a la anarquía moral, del analfabetismo funcional a una educación superior deconstruida, del machismo al feminismo militante. La segunda premisa es que tres grandes sabios de la Antigüedad, a saber, Aristóteles, Buda y Confucio, a quienes me refiero colectivamente como los filósofos ABC, enseñaron formas de eliminar el sufrimiento innecesario, de guiar a los seres humanos para que pudieran realizarse como personas, conocerse interiormente y convivir socialmente en armonía. Todos ellos reconocieron que el extremismo destruye la felicidad, la salud y la armonía de usted y de todos sus semejantes.

Los filósofos ABC también tienen otra cosa en común: la noción sumamente importante de que el principal propósito de estar vivo es llevar una «vida buena», aquí y ahora. Sus diversas teorías y prácticas están concebidas para generar bondad en este instante, y en el otro, y en el de más allá... lo cual perpetúa la bondad en este mundo para usted y los demás. Los filósofos ABC no tienen interés en las vidas pasadas ni en las futuras. Se ocupan de los cielos y los infiernos que creamos para nosotros mismos y para los demás aquí en la Tierra, a cada instante. Los filósofos ABC enseñan que, si uno ejerce debidamente el considerable poder que posee sobre este momento de su vida, lo bueno se manifestará para sí y para los demás. Por el contrario, todos advierten que si a este poder se le da un mal uso y no se le presta la debida atención, lo malo se manifestará para todos por igual. Así que usted decide: si prefiere los cuentos de hadas con final feliz, deje este libro y coja *Los cuentos de Mamá Oca*. Si prefiere llevar una vida buena ahora, siga leyendo.

Este libro consta de tres partes. La primera analiza las dinámicas culturales que impulsan tanto la cooperación como los conflictos en la aldea global y presenta a los

propios filósofos ABC. El capítulo 1 examina las ideas en que se sustentan cuatro grandes civilizaciones cuyas creencias y valores fundamentales tienden a divergir o a entrar en conflicto, pero que a la vez se ven presionados por la globalización para convergir y mezclarse. Si queremos reconciliar los extremos que existen en y entre estas grandes civilizaciones —Occidente, las civilizaciones islámica e india y el Lejano Oriente—, debemos decodificar su «adn cultural» y hallar un terreno común. El capítulo 2 presenta la proporción áurea de Aristóteles, una ética de la virtud arraigada en la geometría euclidiana que nos ayuda a descubrir nuestras virtudes, mientras nos realizamos como personas. El capítulo 3 presenta el camino medio de Buda, una forma sumamente eficaz y no violenta de unir y compatibilizar los mejores intereses tanto de los individuos como de las comunidades. El capítulo 4 presenta el orden equilibrado de Confucio, una ética de la virtud arraigada en la metafísica del yin y el yang que nos ayuda a alcanzar y mantener la armonía en nuestras relaciones con los demás. El capítulo 5 explora la geometría sagrada de los filósofos ABC, mostrando cómo sus símbolos reflejan sus respectivas filosofías de la moral, la sociedad y la política. Este capítulo también revela e ilustra sorprendentes vínculos geométricos que sugieren que los filósofos ABC están relacionados por leyes cósmicas.

La segunda parte examina algunos extremos que, por desgracia, todos conocemos y explica cómo pueden los filósofos ABC ayudar a reconciliarlos a través del camino medio. Todos nosotros tendemos de vez en cuando a un extremo u otro, de manera que usted se puede encontrar en algún punto de este libro, en un extremo que posiblemente ha tomado por norma. El camino medio también es para usted, no sólo para los extremistas que viven en la puerta de al lado o en un país vecino. El capítulo 6 evalúa la polarización política, particularmente en Estados Unidos, poniendo de relieve la ausencia de un bien común en las enconadas luchas culturales entre los extremistas de izquierdas y los de derechas. ¿Puede Estados Unidos alcanzar la armonía civil y racial? El capítulo 7 examina los extremos sagrado y profano que engendran el fanatismo religioso, por una parte, y la anarquía posmoderna, por otra. ¿Pueden los fanáticos religiosos y los anarquistas morales hallar un terreno común? El capítulo 8 analiza la paradoja de los extremos tribales. La selección natural ha favorecido la dispersión demográfica y las hostilidades tribales durante muchos milenios, mientras que la globalización favorece y fuerza ahora la homogeneización y la mezcla tribal. ¿Hay un camino medio? El capítulo 9 abre la caja de Pandora de los extremos: la política de las diferencias sexuales humanas y las guerras de los sexos que llevan asociadas. ¿Puede el camino medio reconciliar eternos conflictos entre ambos sexos? El capítulo 10 investiga los extremos cognitivos, examinando el papel de cuatro tradiciones culturales —oral, escrita, visual y digital— tanto en la promoción como en el entorpecimiento del desarrollo cognitivo, especialmente

el de los niños. ¿Cuál es el camino medio de la cognición humana? El capítulo 11 expone los extremos educacionales que conllevan el analfabetismo de los pobres, por una parte, y el adoctrinamiento de los ricos, por otra. ¿Cuál es el camino medio educacional entre el empobrecimiento y la deconstrucción? El capítulo 12 evalúa los extremos económicos de la superabundancia y la penuria de necesidades materiales, así como la codicia o desesperación que engendran. ¿Pueden reconciliarse la riqueza y la pobreza? El capítulo 13 examina los extremos totémicos, desde los nombres comerciales y la imposición de McComidas y McDrogas tóxicas hasta la prohibición de remedios naturales de utilidad demostrada. ¿Qué receta el camino medio? El capítulo 14 se centra en Oriente Medio, la cuna de los extremismos, una región donde ser extremista es lo normal. Uno de los grandes desafíos a los que se enfrenta la aldea global radica en encontrar un camino medio en Oriente Medio. El capítulo 15 analiza el terrorismo, preguntando «¿Qué es?», «¿Qué podemos hacer?» y «¿Dónde está el camino medio?».

La tercera parte se centra en qué puede hacer usted para aplicar la sabiduría de los filósofos ABC a la mejora de su vida y del patrimonio de la humanidad. Todos somos nodos de una red mundial y, por tanto, todos podemos ejercer una influencia palpable aplicando los principios de los filósofos ABC a la reconciliación de los extremos con que nos topamos a diario, comenzando por los nuestros propios. El capítulo 16 sugiere formas de aplicar estos principios aquí y ahora, en cuanto termine de leer este libro. Aparte de ello, aporto una lista de bibliografía recomendada para cada capítulo. Además, dado que, como reza el refrán, una imagen vale más que mil palabras, encontrará una serie de ilustraciones en blanco y negro acompañando a diversos capítulos. Le invito a verlas a todo color en www.themiddleway.us.

Primera parte

Los filósofos abc

La globalización y sus injusticias: Convergencia y divergencia de cuatro civilizaciones

Así, una sola armonía ordena la composición del todo [...] mezclando los principios
más contrarios.

Aristóteles

Nada existe enteramente por sí solo; todo es en relación con todo lo demás.

Buda

Tiempo ha que el Camino no impera en el mundo.

Confucio

Había una vez, hace muchísimo tiempo...

Aproximadamente entre 10000 y 4000 a. C., cuatro semillas germinaron en el fértil suelo de la conciencia humana. De ellas brotaron cuatro jóvenes civilizaciones. Con el paso de los milenios, estas civilizaciones arraigaron y se ramificaron, fructificaron y florecieron, se propagaron y formaron tupidos bosques. Hoy en día, la inmensa mayoría de la humanidad habita bajo sus copas. Este libro ilustra cómo los extremismos que afligen a cada civilización y las enfrentan entre sí han convertido el mundo en un lugar más conflictivo de lo necesario y sugiere cómo puede utilizarse el camino medio, surgido de las tradiciones antiguas de Aristóteles, Buda y Confucio, para reconciliar estos extremos.

Si presta atención a las noticias, a cualquier noticia, incluso a las distorsiones y a las medias verdades sensacionalistas que los medios de comunicación dominantes nos retransmiten como tales, sabrá que vivimos en un mundo complejo que, a veces, parece de locos. Su propia vida puede parecerle en ocasiones increíblemente complicada, y es posible que haya presenciado o se haya visto mezclado en enfrentamientos sin aparente

solución. Estos problemas y dificultades pueden atañer a su familia, a sus relaciones, a su carrera profesional, a su creatividad o a la realización de sus aspiraciones en esta vida. La aldea global está repleta de gente que habla en todas las frecuencias concebibles, y todos estamos siendo presionados para hacer más en menos tiempo. Además, usted es probablemente consciente de que algunas personas trabajan sin cesar para que haya guerra, mientras que otras se esfuerzan sin cesar para conseguir la paz. Casi todos nos vemos atrapados en un fuego cruzado entre todo tipo de extremos enfrentados —guerras galácticas, guerras culturales, guerras de los sexos, guerra a la pobreza, guerra a las drogas, guerra al terror—, y hay muchas víctimas tanto figuradas como literales. ¿Qué puede hacer usted para resolver sus propios problemas y para ayudar a reconciliar tantos extremos? Pues da la casualidad de que puede acometer ambas tareas a la vez. ¿Cómo? Siguiendo el camino medio.

Antes de profundizar en el camino medio, quiero ponerlo en situación, procurándole una «visión panorámica» de la aldea global. Para ello, quiero que se relaje, se siente en una silla cómoda y deje por un momento a un lado sus propias complejidades y conflictos. No tardaremos en retomarlos, se lo prometo. Pero, si es capaz de reducir el zumbido de su mente durante sólo un rato, podré compartir con usted una vista espectacular de la Tierra desde el espacio, no una fotografía satélite del planeta Tierra, sino una instantánea filosófica de la globalización y sus injusticias. Si contempla nuestro globo terrestre desde la órbita de un satélite, distinguirá prominentes características geográficas: mares, lagos, ríos, montañas, bosques, desiertos. Si contempla la aldea global desde la órbita de un filósofo, distinguirá prominentes características humanas: políticas, religiones, culturas, ciencias, tecnologías, artes.

En particular, le pido que centre su atención en cuatro grandes civilizaciones humanas, arraigadas en diversos suelos geoculturales, todas las cuales han florecido en momentos distintos, en aspectos distintos, por razones distintas y con propósitos distintos. Estas cuatro civilizaciones son Occidente, las civilizaciones islámica e india y el Lejano Oriente. La civilización occidental tiene su base en la Unión Europea (ue), Escandinavia y América del Norte, con puestos avanzados en América Latina, Australia e Israel. La civilización islámica tiene su base en Oriente Medio, África del Norte, Asia central, Malasia e Indonesia, con influencia en la India y la ue. La civilización india tiene su base en el subcontinente, con ramificaciones en países adyacentes situados más al norte (por ejemplo, Nepal) y en el sureste asiático. La civilización del Lejano Oriente tiene su base en China, Corea y Japón. Cada una de estas grandes civilizaciones tiene a más de mil millones de personas viviendo bajo su inmenso dosel arbóreo multicultural. Juntas, representan más del 80% de la población humana.

No he olvidado el África subsahariana, donde posiblemente se originara la propia

humanidad y donde algún día puede surgir una quinta gran civilización (¿los Estados Unidos de África? ¿la Unión Africana?). Las destacadas aportaciones a la civilización occidental de tantos estadounidenses de raza negra, antes pero especialmente desde su emancipación del doble yugo de la esclavitud y la segregación, lo dicen todo. África, en cambio, está acosada por males extremos de cualquier índole concebible. Y, no obstante, también tiene puestas muchas esperanzas en el éxito de iniciativas de cooperación entre los pueblos indígenas y expertos en desarrollo, un éxito que requerirá el camino medio. El filósofo estadounidense de raza negra Kwame Anthony Appiah ha llamado a África «el mayor desafío» al que se enfrenta la globalización.¹ Aunque este desafío es un tema para otro libro completamente distinto.

No he olvidado Turquía, un estado fundamental y un pueblo excepcional encaramado a la cúspide de Occidente y Oriente Medio. Tampoco he olvidado Rusia, un país inmenso que influye en las cuatro civilizaciones y a la vez es influido por ellas, y cuyas aportaciones serán fundamentales para la plena funcionalidad de la aldea global. Como tampoco he olvidado Brasil, el país más grande e influyente de América Latina. Ni he olvidado a muchos otros. Pero, en este libro, voy a centrarme en la dinámica que impulsa a las cuatro civilizaciones más grandes del mundo: Occidente, las civilizaciones islámica e india y el Lejano Oriente.

Con el paso de los siglos, estas cuatro grandes civilizaciones han conservado sus diferencias en algunos aspectos y han convergido en otros. Todas han consolidado su propia versión de identidad humana, pero la versión de cada una de ellas ha sido también víctima de extremismos de diversa índole. Estas civilizaciones sufren continuos enfrentamientos internos y externos con sus extremos, pero también se pueden unir gracias al camino medio. Aunque los atentados del 11-S y sus secuelas fueron el resultado de uno de estos prolongados conflictos —1.500 años de guerra intermitente entre las civilizaciones occidental e islámica—, cada una de estas cuatro grandes civilizaciones tiene la capacidad de cooperar consigo misma y con todas las demás. Parte del propósito de este libro reside en arrojar luz sobre el modo de hacerlo.

Antes de empezar a analizar con más detenimiento cada civilización, es importante que aclare una cosa: todas las personas y todos los países pueden ser magníficos y terribles a su manera. Mi propósito en este libro no es elogiar, condenar ni juzgar ninguna de estas grandes civilizaciones, sino caracterizarlas, articular los principios fundacionales que integran sus «sistemas operativos», comprender cómo convergen y entran en conflicto estos principios dentro de cada una y entre ellas, y aplicar el camino medio a la reconciliación de algunos de los extremos que provocan los conflictos más destructivos.

Comencemos contemplando una imagen simplificada, pero representativa, de las

ideas que definen a cada civilización: su «ADN cultural». Yo llamo a esta imagen «ideograma», porque representa gráficamente las ideas esenciales y algunas de sus interconexiones. Puede ver el ideograma completo en la figura 1.1.

Civilización occidental

Empezaremos por Occidente. Su conjunto de países conforma el «barrio» de la aldea global donde más tiempo he pasado y con el que más familiarizado estoy. Cualquiera que sea el idioma en que usted esté leyendo ahora estas palabras, sepa que yo las escribo en mi lengua materna, el inglés, uno de los idiomas más destacados tanto de la civilización occidental como de la globalización. No obstante, el inglés es una lengua indoeuropea que tiene sus raíces en el sánscrito, originado en la civilización india. La familia de lenguas indoeuropeas refleja una antigua interconexión entre pueblos que se fueron dispersando geográfica, cultural y políticamente a lo largo de muchos milenios, pero que ahora se están volviendo a conectar, a muchos niveles, debido a la globalización.

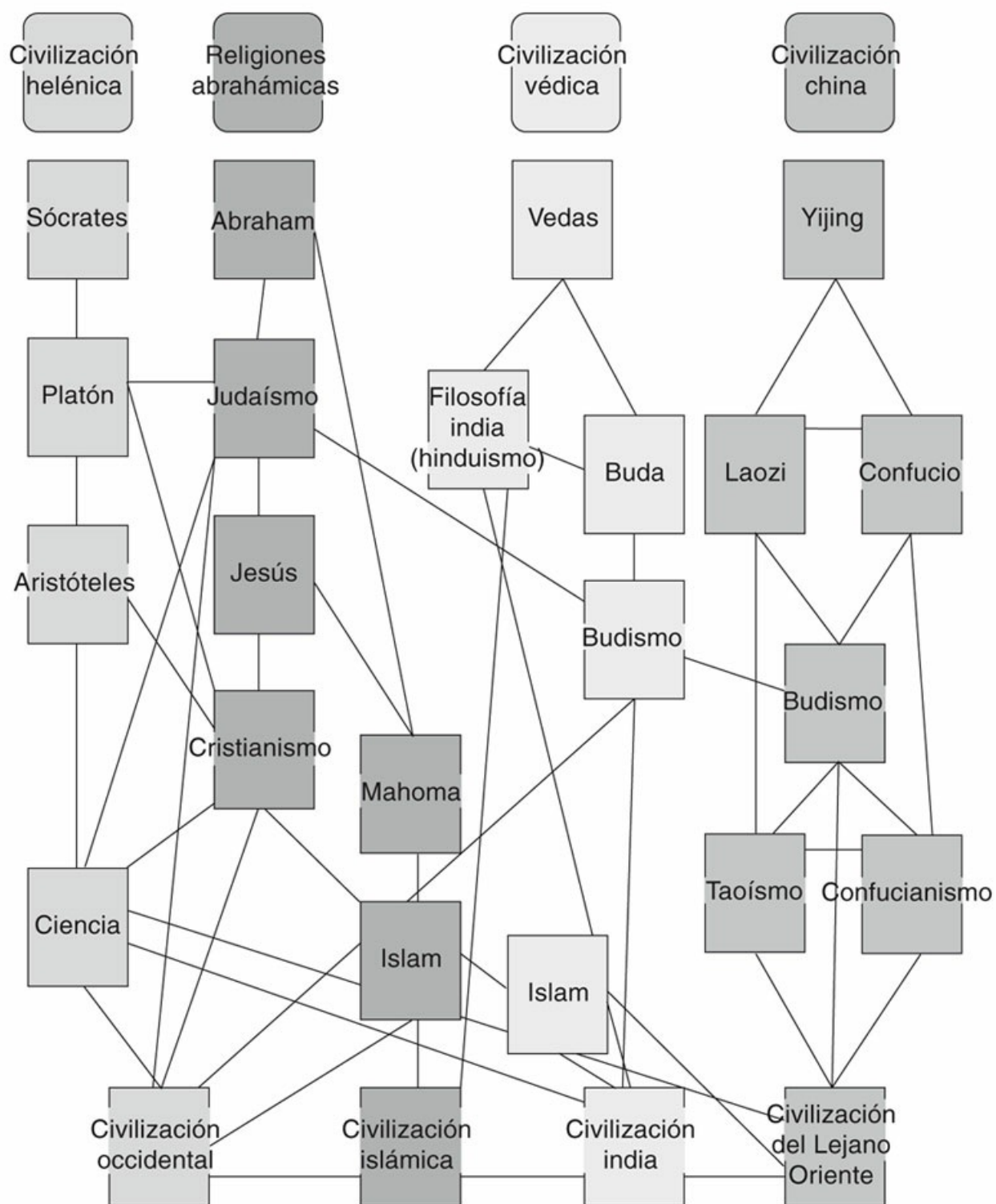


Figura 1.1. Ideograma de cuatro civilizaciones, desde aproximadamente 5000 a. C. hasta 1900 d. C.

La civilización occidental está caracterizada por una «doble hélice» cultural. Una hebra es la filosofía helénica; la otra, la religión judeocristiana. El entrelazamiento de estas hebras es exclusivo de Occidente. Los imperios romano, español, francés, holandés, portugués, austrohúngaro, británico y estadounidense, cuyas causas y efectos aún tienen vigencia en la historia mundial, se han contado entre los principales impulsores de la civilización occidental, y todos han portado en su ADN la doble hélice cultural: la filosofía helénica y la religión judeocristiana.

La hebra helénica contiene el linaje definitorio de la filosofía occidental: Sócrates, Platón y Aristóteles. Atenas fue el prototipo de ciudad-estado: democrática, progresista, divisiva, capitalista, corruptible, excéntrica y propensa a imprevisibles vacilaciones políticas. Dio muerte a Sócrates, pero permitió que su fiel alumno, Platón, fundara la Academia, el modelo para nuestras universidades. El mejor alumno de Platón fue Aristóteles, quien desarrolló la lógica, la ciencia, la retórica, la poética, la ética y la política, y quien fue conocido en Occidente, hasta ser cuestionado en el siglo XVII por los primeros filósofos modernos, como «El Filósofo». Para entender la importancia de Aristóteles en su justa medida, ¿durante cuánto tiempo puede alguien o algo ser «número uno»? Un éxito inmortal de los años sesenta, *A White Shade of Pale* de Procol Harum, fue la canción más oída en Francia durante aproximadamente dos años. (A lo mejor estaban intentando entender la letra.) Pete Sampras, uno de los mejores tenistas de todos los tiempos, fue considerado el mejor jugador del mundo durante seis años consecutivos, un logro extraordinario en el tenis profesional masculino. En el ajedrez, Gary Kasparov fue líder mundial durante unos quince años, una hazaña excepcional. ¿Cuánto tiempo puede mantenerse en el poder un dirigente político? Ocho años en Estados Unidos, por imposición de la ley. Más tiempo en algunas democracias, y aún más en las dictaduras; aunque sólo durante unas décadas, a lo sumo. Imagine, pues, la impresionante influencia de Aristóteles, venerado en Occidente como «El Filósofo» durante 2.000 años. Esto se debe a su genialidad y a su influencia en esta hebra helénica, así como a la interacción amplificadora y estimulante de las hebras helénica y judeocristiana.

La hebra judeocristiana contiene la religión definitoria de Occidente: el cristianismo. El cristianismo fue la primera religión organizada que ganó adeptos en todo el mundo con su intención de completar el judaísmo. Los judíos continúan esperando al Mesías; los cristianos, por su parte, fueron inicialmente una secta de judíos radicales que aceptó a Jesús como tal. Los cristianos creen que están «salvados» ahora y siempre, gracias a Jesús; de ahí que también quieran «salvar» ellos al resto del mundo. Los judíos creen en que al final serán redimidos, pero, entretanto, continúan esperando e intentando sobrevivir hasta que llegue el momento. Hay más de 1.000 millones de católicos romanos y más de 500 millones de ortodoxos orientales, protestantes y otras confesiones: en torno

a 1.500 millones de cristianos, la mayoría en Occidente. Hay alrededor de 12 millones de judíos; la mitad en Israel y la otra mitad aún dispersa por todo el mundo desde la diáspora romana acaecida en el año 70. Así pues, hay más de 100 cristianos por judío. Hablamos de judeocristianismo porque judíos y cristianos comparten Dios y escrituras, incluido el mismo mito de la creación en el Génesis. La Torá judía contiene los cinco libros de Moisés, que se convirtieron en el Pentateuco griego y, al incorporar a los profetas de Israel, en el Viejo Testamento compartido por judíos y cristianos contemporáneos.

Santo Tomás de Aquino, católico romano, contribuyó a consagrar a Aristóteles, junto con san Agustín, en su *Summa Theologica*. En este sentido, Aristóteles ha contraído una gran deuda con el cristianismo por reconocer éste su genialidad y preservar su filosofía, aunque los eruditos religiosos interpretaran a veces como dogmas algunos de sus errores científicos. No obstante, si ampliamos el contexto para incluir a su maestro Platón, encontramos una deuda más profunda: la contraída por el judeocristianismo con el helenismo. Cuando la filosofía helénica hizo su aparición en el antiguo Israel, provocó un cisma entre los saduceos (que la aceptaron) y los fariseos (que la rechazaron). Entretanto, la tríada platónica constituida por las formas eternas, sus esencias y las copias que las encarnan sentó en la civilización pagana occidental las bases metafísicas en las que la Trinidad cristiana —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— encajaba como un guante.²

Este constante refuerzo y renovación de la doble hélice occidental, la filosofía helénica y la religión judeocristiana dio origen a episodios de desarrollo cultural de una creatividad sin precedentes, desde los resurgimientos neoplatónicos hasta el Renacimiento italiano, desde la Reforma hasta la Ilustración, desde la Revolución Industrial hasta la era cibernética. Con sus variaciones más divinas, J. S. Bach tañó estas hebras al componer su música, un reflejo de la geometría helénica, la numerología cabalística y la liturgia cristiana. La pulsante doble hélice de la civilización occidental, con su interacción de linajes patriarcales sumamente creativos —la filosofía de Sócrates, Platón y Aristóteles combinada con las enseñanzas de Abraham, Isaac y Jacob— definió lienzos en los que pudo pintar un panteón de creativos genios occidentales. Por encima de todo, la doble hélice de la civilización occidental ha favorecido y celebrado el éxito individual, desde los Juegos Olímpicos hasta el premio Nobel, donde se premian tanto las excelencias del cuerpo humano como las de la mente; y desde la Speaker's Corner de Hyde Park hasta la Primera Enmienda de la Constitución de Estados Unidos, donde la libertad de expresión individual se consagra, alienta y (un buen día) protege.

En Occidente, este amor a la libertad se ha traducido en una vida comparativamente

buen para el ciudadano medio. La vida occidental se caracteriza por el mayor nivel material del mundo, por el mayor número de ciudadanos y por la mayor longevidad. Y precisamente porque el ciudadano medio occidental ha estado tan acomodado —en riquezas materiales, en amparo de la ley, en libertades civiles—, comparado con el ciudadano medio de las otras tres civilizaciones, ha estado dispuesto a defender las libertades que tanto le ha costado ganar con una creatividad y vigor sin precedentes, respaldado por la ciencia y la tecnología de vanguardia que los pueblos librepensadores de Occidente han desarrollado sin cesar.

Si considera los increíbles inventos que han transformado y continúan transformando la aldea global, no es una coincidencia que tantos se hayan originado en Occidente. La lista incluye: la imprenta, el telescopio, el microscopio, el sextante, la despepitadora de algodón, la máquina de vapor, la pila eléctrica, la bombilla, el motor de combustión interna, el automóvil, el avión, el teléfono, el telégrafo, la radio, la televisión, el aparato de rayos X, las vacunas, el motor de reacción, el motor cohete, el transistor, el ordenador personal, internet, la web. Todos estos inventos son fruto de la fértil interacción entre la ciencia aristotélica y la religión judeocristiana, con un énfasis en el individualismo, que caracteriza a la civilización occidental.

Gracias a la innovación y al individualismo sin precedentes de Occidente, entre otras razones, los ejércitos occidentales también han tendido históricamente a vencer en las guerras a los no occidentales, incluso cuando éstos eran muy superiores en número. De las falanges griegas y macedonias a las legiones romanas, de los caballeros normandos a los conquistadores españoles, de los casacas rojas británicos a los marines estadounidenses, Occidente ha repelido repetidamente a invasores no occidentales, sometido a agresores no occidentales, conquistado agresivamente nuevos territorios y colonizado gran parte del resto del mundo. La influencia de Roma perdura hasta el día de hoy, metamorfoseado su imperio material en uno espiritual. Los hispanohablantes continúan siendo el tercer grupo lingüístico más numeroso del mundo, un legado de las conquistas españolas en las Américas y el Caribe. Hasta bien avanzado el siglo XX, los británicos podían afirmar que en su imperio nunca se ponía el sol. Después de la Segunda Guerra Mundial, el poder de Estados Unidos los empequeñeció a todos; no obstante, al igual que el resto, también éste declinará a su debido tiempo.

Hasta la fecha, la historia de la humanidad también es, lamentablemente, una historia de derramamiento de sangre a escala exorbitante. De la civilización china surge el concepto de Tao y complementariedad. Los taoístas dirían que el incomparable poder creativo de Occidente entraña un potencial igual y opuesto a la destructividad. Llevan razón.

Esto se pone especialmente de manifiesto si consideramos las horribles guerras que los países occidentales libran entre sí. Las masacres perpetradas en las guerras napoleónicas, la guerra de Secesión y las dos guerras mundiales no tienen precedentes, ni tan siquiera en la fecunda historia de los conflictos humanos. Las armas más destructivas del mundo, las nucleares, también fueron inventadas por Occidente.

Muchas sociedades han sufrido la disgregación de su cultura frente a la civilización occidental. Para los pueblos autóctonos y aborígenes, así como para los africanos esclavizados y los pueblos colonizados, Occidente ha sido un desestabilizador o un destructor, a menudo en dolorosa cámara lenta, de sus existencias más bucólicas. Pero, en este mundo, las cosas no son nunca blancas o negras. Lo cierto es que innumerables pueblos formaron también alianzas con los invasores occidentales, a menudo porque aquellos «demonios blancos» les parecieron menos tiránicos que sus señores indígenas. De este modo, los españoles hallaron aliados indígenas bien dispuestos contra los aztecas; los franceses y los estadounidenses los encontraron contra los indios iroqueses y lakota; y los británicos hallaron aliados árabes contra los turcos otomanos. Occidente también ha atraído a millones de pueblos esclavizados que iban en pos de su libertad: asilo político, movilidad socioeconómica, tolerancia religiosa, así como libertad para practicar la intolerancia en un lugar seguro. Todas las civilizaciones tienen contradicciones y paradojas. Para mencionar una más: Occidente se está autodestruyendo, mediante un abuso constante de sus propias libertades. Retomaremos el tema más adelante.

Debido a su elevado grado de evolución, las libertades occidentales permiten que el individuo se guíe por el Dios, el libro o el profeta que prefiera, o por dioses, libros y profetas distintos todos los días de la semana, o por ninguno en absoluto. Occidente publica muchos más libros al año que ninguna otra civilización y, en general, prohíbe muchos menos. De este modo, la fórmula poscristiana posmoderna «Cualquier Dios, cualquier libro, cualquier profeta» se ha trocado en una norma occidental. Esto, a su vez, se convierte en motivo de conflictos, tanto internos como externos, con otras fórmulas culturales, sobre todo las fórmulas unitarias abrahámicas.

La civilización islámica

Oriente Medio es un lugar especial por méritos propios, entre otras cosas porque dio origen al islam, la tercera religión del linaje abrahámico. Fundado en el siglo VII por el carismático profeta árabe Mahoma, el islam enseguida se extendió por Oriente Medio y mucho más allá de sus fronteras, convirtiéndose en una fuerza lo bastante poderosa como para unir a las feroces y orgullosas tribus guerreras que han poblado la región desde los albores de la humanidad. La tradición tribal de la que los musulmanes árabes afirman descender directamente, tanto por lazos de sangre como de fe, es idéntica a la de

judíos y cristianos. Es la tradición de los patriarcas: Abraham, Isaac, Jacob. El nombre *Ibrahim*, Abraham en árabe, es muy común en todas las culturas islámicas. Siempre que saludo a un amigo que se llama Ibrahim (y conozco a varios), recuerdo que el segundo nombre de mi padre era Abraham y colijo, pues, que estoy saludando a un hermano, o a un tío, o a un primo. Los judíos y los árabes tienen una historia tan antigua como sus patriarcas, pero el islam es la más joven de esta familia de religiones abrahámicas.

Oí por primera vez la expresión «religión abrahámica» como conductor del diálogo entre prominentes jefes religiosos y portavoces de cada religión. El primer propósito de tal diálogo era encontrar valores comunes entre los líderes espirituales; el segundo, construir sobre estos cimientos de valores comunes. ¿Construir qué? Una comprensión de algunos de los malentendidos que han contribuido a la reciente avalancha de enfrentamientos entre Occidente y las civilizaciones islámicas. Dado que estos enfrentamientos se ven exacerbados por motivos religiosos, además de políticos y económicos, es imprescindible para la paz que los líderes mundiales de las religiones abrahámicas (el judaísmo, el cristianismo y el islam) cultiven un mayor entendimiento mutuo y una versión común de su historia. El tercer propósito se derivaba de esto. Si logran transmitir un mayor entendimiento mutuo a sus respectivas congregaciones, esto surtiría un efecto apaciguador en extremismos de cualquier índole y conduciría a la paz mundial. Ésa es la teoría.

No obstante, para llevarla a la práctica, hay que hallar un primer valor común, el «primer motor» de Aristóteles, que los reúna a todos, que permita iniciar la búsqueda de ulteriores valores. «Un anillo para unirlos», como diría Tolkien. La buena noticia es que todos ellos profesan una religión abrahámica, por lo que el primer patriarca los une. Hasta aquí, bien. Pero, a partir de aquí, como todos sabemos, las cosas se complican.

El islam ha seguido un patrón proselitista similar al de su hermano mayor, el cristianismo. La más joven de las religiones abrahámicas, el islam, que cumple 1.400 años en el siglo XXI, ha reunido ya a 1.500 millones de fieles en todo el mundo, y esta cifra va en aumento. Durante su rápido ascenso desde sus orígenes tribales en el desierto hasta su estatus actual de gran religión mundial, el islam se encontró, y continúa haciéndolo, con pruebas y tribulaciones semejantes a las de su proselitista hermano cristiano, nacido 600 años antes. Al igual que el cristianismo, el islam ha conseguido adeptos a través de la coacción política, la conquista militar y la conversión. Al igual que el cristianismo, el islam ha visto períodos de cisma y guerra civil, de expansión y contracción, de renacimiento y represión, de tolerancia e intolerancia.

El ensayista y mordaz ingenio británico Thomas Carlyle fue un agnóstico producto de la Ilustración. Impresionado por los progresos de la ciencia occidental, opinó que «el

alma es un gas y el otro mundo, un ataúd». Carlyle defendía la teoría de la historia del «Gran Hombre», según la cual los acontecimientos de trascendencia histórica son fruto de la inspiración y el esfuerzo de individuos, y de su influencia en las masas. Carlyle escribió que «Ningún hombre falso puede fundar una religión». Con ello, no quería decir que considerara alguna o todas las religiones verdaderas; más bien, que creía que los fundadores de una religión deben tener la mente clara y el corazón limpio. Viven y mueren fieles a sí mismos y, por ello, otros los siguen de buena gana, puesto que muchas personas viven y mueren sin ser fieles a sí mismas y necesitadas del respaldo de personas que sí lo son. Los fundadores de las religiones habitan un lugar que Laozi (a quien conoceremos más adelante en este capítulo) situó «más allá de la región de la vida y la muerte». ¿Dónde moran? Moran en la claridad del pensamiento y la autenticidad de las obras. Éste fue sin duda el caso de Abraham, Moisés, Jesús y Mahoma. Para Carlyle, así se explicaba la persistencia de las religiones abrahámicas a lo largo del tiempo.

La Ilustración enseñó a Carlyle que las ideas falsas no resisten indefinidamente las pruebas a que las somete el ingenio humano, y que las verdades siempre triunfan. Todas las religiones inciden en este triunfo de la verdad, más importante que los detalles de sus escrituras. Atañe a los elegidos y a los cultos eruditos discutir las interpretaciones del texto. La mayoría de los fieles aspiran a bañarse en la luz de la verdad, que limpia y purifica el alma.

Es posible apreciar el pensamiento estratégico de Mahoma y sus sucesores en el siglo VII. Ya habían observado la improbable persistencia del judaísmo durante milenios y conocían los éxitos del cristianismo, que, en aquellos tiempos, sólo tenía 600 años de antigüedad. Debieron de llamarles la atención los denominadores comunes. Los judíos eran los inventores de la religión monoteísta, el pueblo original de la Biblia. «Un Dios, un profeta, un libro» es un triunvirato fascinante, aunque no tan mínimo como «Ningún dios, ningún profeta, ningún libro», que encontraremos en el Lejano Oriente. Los cristianos también tenían una Trinidad: un Padre, un Hijo, un Espíritu Santo. Los árabes concebían el cristianismo como una ampliación o posible compleción del judaísmo; pero en general no se identificaban con él, aunque hay numerosas sectas de árabes cristianos (por ejemplo, los maronitas), persas cristianos (por ejemplo, los nestorianos) y egipcios cristianos (por ejemplo, los coptos). Sin embargo, los árabes del siglo VII estaban impresionados con el fascinante minimalismo hebraico de «Yahvé, Moisés, Torá». Así que «Alá, Mahoma, Corán» caló de inmediato en Arabia, y muy pronto más allá de sus confines, como la interpretación islámica de «Un Dios, un profeta, un libro».

Al igual que mi padre y sus antepasados, he caminado por las ardientes arenas de Oriente Medio y África del Norte, donde apenas crece nada. Menos aún crecía allí en el siglo VII, cuando el islam corrió por aquellos desiertos como un reguero de pólvora,

avivado por el exotismo espiritual. Después de incorporar en su *ummah* a los bereberes y a los moros, el islam formó un ejército de 10.000 hombres con el que atravesó el estrecho de Gibraltar hasta el peñón homónimo. En el año 711, los conquistadores islámicos sometieron rápidamente a una Iberia que había degenerado bajo el decadente gobierno de los visigodos, descendientes de los bárbaros de Alarico que habían saqueado Roma tres siglos antes. Los invasores islámicos atravesaron los Pirineos y se abrieron paso hasta París, profanando y saqueando a su paso lugares de culto cristiano. En el año 732, fueron detenidos y obligados a retroceder por los caballeros de Carlos Martel en la batalla de Poitiers. Se retiraron a Iberia, donde los califas islámicos y sus sucesores gobernaron durante más de trescientos años antes de ceder gradualmente todas sus conquistas íberas, ciudad a ciudad, siglo a siglo, hasta que el último baluarte moro, Granada, fue tomado por Fernando e Isabel en 1492. En aquel año funesto, árabes y judíos compartieron un amargo éxodo de Iberia.

No obstante, durante la ocupación mora de España, y gracias a la influencia mora en toda África del Norte, una época dorada floreció bajo el dominio islámico. Los conquistadores sintieron curiosidad por las culturas romana y helénica y, por ese motivo, tradujeron al árabe las obras griegas y latinas más representativas. Es más, deseosos de entablar un diálogo con los sucesores intelectuales de la civilización occidental, que en Europa se habían convertido en una especie en peligro de extinción cuando el Imperio romano de Occidente se desmoronó para dar paso a la Edad Media, los califas cobijaron y socorrieron a eruditos y filósofos judíos y cristianos y fomentaron el entusiasmo intelectual en las comunidades islámicas. Esta clase de tolerancia siempre engendra una polinización cruzada de ideas y así emergió una vasta constelación de grandes filósofos, poetas, legisladores, teólogos, científicos, matemáticos y médicos, junto con intelectuales no islámicos.

Figuras destacadas de la edad de oro islámica incluyen a al-Khwa-rizmi (hacia 780-840), cuyas obras forman la piedra angular de la matemática moderna y de cuyos libros derivamos los términos «álgebra» y «algoritmo»; Avicena (980-1037), el célebre médico y filósofo cuyas obras influyeron en santo Tomás de Aquino, entre otros teólogos cristianos fundamentales; al-Ghazali (1058-1111), uno de los eruditos y místicos preeminentes del islam, cuyas obras contribuyeron a forjar la identidad de su civilización; Maimónides (1135-1204), quien huyó de Córdoba y halló refugio en El Cairo, donde se convirtió en el médico del sultán Saladino, una gran figura de la comunidad judía egipcia con influencia rabínica en el judaísmo de todo el mundo; y Leonardo Fibonacci, nacido en Pisa pero educado en África del Norte, quien descubrió los valiosísimos tesoros geométricos que desvelaremos en los capítulos 2 y 5. El islam fue abierto y tolerante durante su edad de oro, período en que se convirtió en custodio y colaborador de la

civilización occidental; lo cual, a su vez, contribuyó a impulsar su propio desarrollo.

El islam también se extendió por el norte y el este de Arabia. Hacia el norte, floreció en Constantinopla, la capital de Bizancio, y en toda Turquía. El período Seljuk alumbró a uno de los místicos y poetas islámicos más grandes de todos los tiempos, Jalaluddin Rumi (1207-1273). Hacia el este, los combatientes islámicos establecieron en 711 una base en la India, lo cual inauguró una larga serie de incursiones y conquistas, saqueos y transacciones comerciales. En otras palabras, se dedicaron a construir un imperio como ya había hecho la civilización occidental. Grandes partes de Asia central cayeron bajo el dominio musulmán: Irán, Afganistán, la India septentrional y, durante un tiempo, también la India meridional. Como más tarde les ocurriría a los conquistadores cristianos en tierras lejanas, el dominio político de los invasores islámicos fue menguando con el tiempo, pero la influencia religiosa del islam arraigó y floreció. El islam también impregnó profundamente el arte y la arquitectura, influyendo en monumentos como el Taj Mahal, una de las maravillas del mundo, construido en el siglo XVII por el sah Yahan para su amada princesa difunta. El islam ofreció una forma de vida atractiva y reconfortante a los pueblos indígenas de la India, muchos de los cuales estaban condenados por su propio sistema de castas u oprimidos por príncipes despóticos y brahmanes corruptos.

Los mercaderes islámicos establecieron bases de operaciones a lo largo de la ruta de la seda entre otras rutas comerciales del Lejano Oriente y, con ello, el islam echó raíces en Malasia e Indonesia, dos populosos países islámicos. Las frondosas selvas monzónicas y los idílicos atolones del Pacífico tienen poco que ver con los desolados desiertos de Arabia; no obstante, el islam ha calado hondo en estos lugares. Una vez más, la «forma de vida» unificada que propone suscitó una fuerte atracción en los pueblos de Malasia e Indonesia, quienes más adelante fueron colonizados por potencias occidentales en expansión, oprimidos por sátrapas indígenas y gobernantes al servicio del Imperio, y quienes no se identificaron con las versiones despóticas y comerciales del cristianismo importado por sus señores europeos. Así pues, los muchos y diversos constituyentes geopolíticos del islam —africano, árabe, turco, asiático central, asiático occidental, asiático meridional— comparten una concepción unificada de civilización islámica, con su gloriosa historia, imponente presencia y esperanzado futuro.

No obstante, al igual que la civilización occidental, la islámica está escindida por complejas facciones internas religiosas y tribales: wahabitas, suníes y chiíes, por citar unas pocas. En su libro *From Beirut to Jerusalem*, Thomas Friedman describe cómo no menos de catorce facciones en guerra dismantelaron el Líbano en la década de 1980. Y, exactamente igual que el cristianismo, el cual atravesó una época negra, oprimiendo el espíritu humano con teocracias, inquisiciones, la censura de libros y la quema en la hoguera de «brujas», «herejes» e «infieles», algunos pueblos y países islámicos también

están atravesando ahora una etapa similar en su desarrollo. Durante los atentados del 11-S, supuestos «infieles» fueron condenados también a morir en la hoguera por islamistas suicidas saudíes inflamados por odios religiosos multiseculares, no muy distintos de los que, en su momento, habían avivado las hogueras de la Inquisición española y la caza de brujas de los puritanos en Nueva Inglaterra. *When will they ever learn?* («¿Cuándo aprenderán?»), cantó Pete Seeger en la década de 1960. También esta pregunta quema.

Los conflictos entre las sectas islámicas árabes, y entre el islam y Occidente, también están avivados por el petróleo. El petróleo continúa siendo la mayor industria mundial, y la civilización islámica ha sido a la vez bendecida y maldecida con los campos petrolíferos más extensos y accesibles del mundo, particularmente los situados en el Golfo Pérsico y en sus inmediaciones. El negocio y la política del petróleo hicieron inevitables tanto el comercio como el conflicto entre Occidente y las civilizaciones islámicas. Sólo cuando las tecnologías basadas en el petróleo sean finalmente desbancadas remitirán algunos aspectos de este conflicto.

Los 600 años de diferencia que existen entre el cristianismo y el islam también causan tensiones en la aldea global. Al igual que el cristianismo no reformado de antaño, el islam no reformado es una religión fundamentalista, reacia a evolucionar y a cambiar. Pero la globalización nos obliga a cambiar a todos, y la mayoría de los líderes islámicos son conscientes de que también ellos se deben adaptar. Muchos tienen la voluntad de hacerlo, pero su desafío es monumental. Deben salvar un abismo de siglos en desarrollo político, filosófico, científico y tecnológico, y realizar progresos visibles en cuestión de décadas. La India y China lo están haciendo ahora, como veremos a continuación. Pero la India y China no están gobernadas por religiones abrahámicas, cuyos fieles son famosos por su orgullo y obstinación, por su afán de venganza y su impiedad. Estas cualidades pudieron ser de utilidad en los albores de la historia humana, pero también deben quedar atrás para que la humanidad alcance su madurez.

Que los hijos de la civilización occidental no olviden, y que los hijos de la civilización islámica sepan, que la evolución cultural del mismo Occidente ha estado infestada tanto de una ocultación teocrática reaccionaria como de una intolerancia política retrógrada de los conocimientos y métodos científicos fiables. Entre muchos ejemplos, cabe citar la prohibición por parte de la Iglesia romana de la astronomía de Galileo, la censura anglicana y católica romana de la teoría política de Hobbes, la negación creacionista del evolucionismo darwiniano, la proscripción nazi de la «física judía», la adopción soviética de la agronomía lamarckiana, el repudio de la ciencia misma por parte de los aliados³ antirrealistas en Estados Unidos. (En la segunda parte abundaremos sobre cada uno de estos ejemplos.) Y, no obstante, la ciencia y la tecnología occidentales han resultado ser

imparables, pese a la ocultación reiterada (o tal vez incluso gracias a ella) de hechos objetivos por parte de la religión dogmática.

El progreso científico y la innovación tecnológica no extinguen las llamas hermanas de la verdad espiritual y la veneración religiosa. Al contrario, arrojamus más luz sobre las vidas humanas cuando reconocemos el descubrimiento por parte del hombre de procesos naturales que obedecen a leyes y aplicamos tecnologías que fomentan la práctica espiritual y sustentan la comunidad religiosa. Ciencia y religión no son incompatibles. La civilización occidental alcanzó su preeminencia favoreciendo su coexistencia en su doble hélice. La civilización islámica puede obrar de igual forma. De hacerlo, alcanzará una grandeza mucho mayor y añadirá futuros capítulos a la historia de la humanidad, que rivalizarán con sus glorias pasadas y las eclipsarán. Pero, entretanto, la civilización islámica se ha quedado muy rezagada con respecto a Occidente y el Lejano Oriente en lo que atañe a modernización y productividad económicas. Esto es a la vez una causa y un efecto de que el extremismo religioso se haya convertido en una forma de vida.

Fiel al legado de las religiones abrahámicas, Oriente Medio es la cuna del islam y Arabia Saudí continúa siendo su hogar espiritual. La Meca es el lugar más sagrado del islam y el *hajj* (peregrinaje a la Meca) es un deber espiritual de todos los musulmanes. Si Arabia Saudí se reforma, tal vez lo haga todo el islam. Los británicos entregaron a los árabes a Lawrence de Arabia, quien fomentó el nacionalismo árabe. Aunque esta táctica política les ayudó a derrotar a los turcos otomanos durante la Primera Guerra Mundial, también exacerbó y les legó la insostenible política de Oriente Medio (que trataremos en los capítulos 14 y 15). Por ahora, los países de Occidente y Oriente Medio están colaborando; pero continúan teniendo enfrentamientos, y este combate multisecular arrastra a la totalidad de las civilizaciones islámica y occidental.

Es posible que los judíos tengan un papel único que desempeñar, como comentaristas si no árbitros de esta disputa mundial. Los judíos son la primera nación del linaje de Abraham y han obedecido el mandamiento de Dios de «creced y multiplicaos», aunque de modos sorprendentes e imprevisibles. Los «descendientes» abrahámicos de ese mandamiento ascienden a unos tres mil millones de cristianos y musulmanes. Los judíos pueden comprender tanto el cristianismo como el islam, en algunos sentidos mejor de lo que cristianos y musulmanes se comprenden a sí mismos y mejor, sin duda, de lo que se comprenden entre sí. A lo largo de muchos siglos, los judíos han ido alternando períodos de prosperidad con otros de persecución, bajo el dominio tanto cristiano como musulmán. El judaísmo quizá pueda contribuir ahora a la reconciliación de esta «rivalidad fraterna» entre cristianos y musulmanes, la cual enfrenta a dos grandes civilizaciones en violentos conflictos de alcance mundial.

Permítame sugerirle lo que sugerí a los líderes de las religiones abrahámicas para promover su noble y valiente búsqueda de valores comunes. Parafraseé a Trotsky. (Para el fbi no soy, ni he sido nunca, miembro del partido comunista.) León Trotsky fue un judío ruso, un líder bolchevique y el fundador del Ejército Rojo. Más tarde fue asesinado en Ciudad de México por el largo brazo psicopático de Stalin. Trotsky había dicho bromeando en una ocasión que «aunque no tenga interés en la dialéctica, la dialéctica tiene interés en usted». Y lo mismo ocurre con la globalización: aunque no tenga interés en la globalización, la globalización tiene interés en usted. Mis palabras convencieron a los líderes judíos, cristianos y musulmanes, porque todos son profundamente conscientes de la enorme magnitud de las fuerzas que la globalización ejerce en la vida de sus fieles, tanto para bien como para mal. Todos tienen preocupaciones fundadas acerca de los efectos perjudiciales de la globalización —una revolución en la cibernética, el comercialismo y la conciencia— en el estado espiritual de sus respectivas congregaciones. Así pues, pueden unirse en su interés común por el interés que en ellos tiene la globalización.

Los terroristas islámicos ni hablan ni actúan en nombre de la mayoría de los musulmanes. Como veremos más adelante, los intelectuales de la civilización islámica denuncian el terrorismo de un modo cada vez más categórico. Líderes y eruditos están reexaminando meticulosamente las raíces y las ramificaciones del islam, para hallar la mejor forma de injertar en ellas la modernidad. Puesto que el judaísmo y la modernidad son compatibles, y puesto que el cristianismo y la modernidad son compatibles, el islam y la modernidad pueden serlo también. Éste es el gran desafío al que se enfrenta la civilización islámica: modernizarse sin perder su identidad.

La civilización india

Para mí, como para muchos otros, el cautivador subcontinente indio es el lugar espiritualmente más rico de la Tierra. Debe serlo, para contrarrestar su aplastante pobreza material. En la filosofía india, el dualismo determinante no se da entre cuerpo y mente (como en Occidente se dio, entre otros muchos, para Descartes), sino entre materia y espíritu. La materia se considera poco importante y transitoria; el espíritu, fundamental y permanente. No obstante, si la civilización occidental peca de materialista, la india peca de espiritualista. Los intelectuales y autores occidentales que visitan la India, desde el perspicaz y atrevido psiquiatra Erik Erikson⁴ (el psicoanalista póstumo de Gandhi) hasta el Premio Nobel de la Paz Elie Wiesel⁵ (testigo y superviviente del horror nazi), refieren sentirse simultáneamente impresionados por su inmensa riqueza espiritual y desmoralizados por su aplastante pobreza material.

La India está constituida por un tapiz ecléctico y casi psicodélico de religiones, culturas, etnias y prácticas espirituales. Sus principales grupos etno-religiosos son los hindúes, los musulmanes y los sijs, pero es posible encontrar budistas, jainistas, judíos, cristianos y partidarios de todos los sistemas de creencias que existen, incluidos los confucionistas chinos. El término etno-religioso dominante, hindú, es una denominación británica errónea tan universalizada que hasta los mismos indios la utilizan ahora. Alejandro Magno empleó el término «India» cuando llegó allí en 325 a. C. Los subsiguientes invasores, desde los musulmanes hasta los británicos, pronunciaron el nombre del valle del río Sindhu como «Indus», el cual mutó a «hindú».

Lo llamemos como lo llamemos, una gran civilización arraigó en este valle hace quizá 10.000 años, durante la revolución neolítica. Estaba constituida por los «arios» originales, un término del que los nazis se apropiaron más adelante para sus horrendos propósitos. La civilización del valle del Indo legó a la humanidad una mitología de una riqueza incomparable y una avanzada filosofía, contenida en los voluminosos Vedas. Estrictamente hablando, el «hinduismo» no existe. La plétora de religiones indias aborígenes son manifestaciones sociales de un núcleo de escuelas filosóficas indias, las cuales proceden de la tradición védica. Transmitidos oralmente ya en 4000 a. C., y compilados luego gradualmente en sánscrito, los Vedas consisten en cuatro textos —Rig, Yagur, Sama, Atharva— de unos 20.000 versos en total. Cada Veda pasó por cuatro etapas distintas de profundización y desarrollo: Samhita, Brahmana, Aranyaka y Upanishad. Hay 108 Upanishads, que representan la culminación del pensamiento y la práctica védicos y que se conocen colectivamente como «Vedanta». «Veda» significa conocimiento; «Vedanta», cumbre del conocimiento. Los primeros Upanishads datan de 1000 a 400 a. C. y, por tanto, existieron durante los tiempos de Buda.

En contraste con las religiones abrahámicas, que son paradigmas del monoteísmo (un Dios, un profeta, un libro), el politeísmo y el pluralismo de las filosofías indias aborígenes son increíbles. «Hinduismo» hace referencia a una multitud de escuelas, sectas y confesiones que no se prestan a una clasificación rígida, pero que comparten el concepto de que filosofía y religión son inseparables. Por lo común, hay en la filosofía india en torno a nueve «tradiciones» o «escuelas» reconocidas, seis ortodoxas y tres heterodoxas. Las escuelas ortodoxas, que aceptan la autoridad de los Vedas, son nyaya, vaisesika, samkhya, yoga, mimamsa y vedanta. Estas escuelas están todas ellas interrelacionadas y son de una enorme complejidad.⁶ No obstante, su espíritu común está conformado e impregnado por una tríada de obras inmortales —el *Bhagavad Gita*, los *Upanishads* y los *Yoga Sutras* de Patanjali—, guías espirituales para toda la humanidad. Las escuelas heterodoxas, que rechazan la autoridad védica, son la carvaka, el jainismo y el budismo.

La carvaka es una forma de materialismo que incluso Buda censuró por su inmoralidad. Los jainistas son célebres por su práctica de la *ahimsa*, la no agresión a todo ser sensible, una práctica que también comparten muchos budistas.

Trataremos el budismo en mayor detalle en el capítulo 3 y a lo largo de todo este libro. Es fascinante que las escuelas ortodoxas indias continúen considerando como parte de la tradición védica a las supuestas escuelas «heterodoxas», aunque éstas rechacen la autoridad de los Vedas. De hecho, los eruditos védicos pueden demostrar que son las propias ortodoxias las que siembran el germen de la heterodoxia. Si el Vedanta es realmente la «cumbre del conocimiento», concretamente del conocimiento que permite el progreso espiritual y la reunión con la divinidad, todo lo que sea posterior a los Vedas debe estar contenido o vaticinado en ellos. Por eso parece que tantas religiones indias, sobre todo en contraste con las abrahámicas, estén tan abiertas a todo. Al no verse limitadas por «Un Dios, un profeta, un libro», absorben felizmente «Todos los dioses, todos los profetas, todos los libros».

Sólo en la India alguien que rechaza los Vedas puede seguir considerándose un adepto de los Vedas. Esta apertura tan antigua y cautivadora queda reflejada en el *Bhagavad Gita*, cuando Krishna dice a Arjuna: «Por cualquier camino que sigan, al fin vendrán a mí.» Compare esta postura tolerante con la inflexibilidad de algunos devotos de otras religiones, quienes insisten dogmáticamente en que su vía particular es el único camino hacia la salvación. No obstante, sólo el camino medio, derivado como lo está de la filosofía india, puede mediar entre todos los caminos, cualquier camino, un solo camino y ningún camino.

Las escuelas indias ortodoxas reconocen a tres dioses principales, la Trimurti: Brahma, Vishnu y Shiva. Éstos representan el ciclo de creación, conservación y aniquilamiento que atraviesan todos los fenómenos, incluyendo el propio cosmos. Cada deidad tiene muchas encarnaciones. Krishna, por ejemplo, es el octavo avatar de Vishnu. ¿Qué ha sucedido con los otros siete? Es una larga historia. Hacen falta muchas vidas para conocerla, e incluso más reencarnaciones para contarla. No hay prisa en la India, donde las almas no sólo disponen de todo el tiempo del mundo, sino también de todo el tiempo del universo.

La mitología cósmica india también es una larga historia y es asimismo la mitología con cuyas cifras más coincide la ciencia moderna de la cosmología. El kalpa, o edad del universo, tiene un orden de magnitud más próximo a los cálculos científicos actuales que el de cualquier otra cosmología antigua. Además, los indios creen que el universo atraviesa largos ciclos de desarrollo, decadencia, destrucción y renacimiento. Esto también es congruente con gran parte de la cosmología científica occidental moderna. La

concepción india de la naturaleza del mundo fenoménico, de los órdenes de seres que contiene y de las leyes que rigen no sólo sus interacciones físicas sino también las espirituales, es realmente profunda. De esta cosmología surgen una teología compleja y una filosofía repleta de matices, posiblemente la filosofía más antigua que el hombre conoce.

El antiguo sistema filosófico de la India posee un alto grado de sofisticación en su comprensión de las leyes cósmicas y, no obstante, lleva milenios demostrando su compatibilidad con las personas corrientes, aunque su vida esté en su mayor parte determinada desde que nacen por la casta a la que pertenecen. La India está inundada de paradojas. He aquí otra: la estricta rigidez del sistema de castas, que lleva siglos manteniendo a cientos de millones de personas en una pobreza que apenas les permite subsistir y ha imposibilitado la movilidad social, está contrarrestada por una cordial amplitud de miras que es optimista y flexible. Así pues, los occidentales que visitan la India se encuentran con demacrados pordioseros muriendo como perros en las calles y se quedan horrorizados; a continuación, se encuentran con niños alegres y sonrientes y se quedan cautivados. De hecho, no conozco ningún lugar que sea al mismo tiempo más cautivador y más horroroso que la India. Pero asimilar y experimentar el *Bhagavad Gita* (entre otros muchos grandes libros indios) como una obra de sabiduría práctica para la propia vida también es enamorarse de la filosofía india de la vida.

Alejandro Magno tomó y ocupó parte de la India, pero dejó pocos vestigios de la tradición filosófica de su maestro, Aristóteles. El conquistador macedonio fue a Oriente no para construir liceos, sino para destruir a la dinastía seléucida persa que casi había derrotado a Atenas y también a Occidente. Pero la posterior invasión musulmana de la India se encontró con una receptividad mucho mayor y el islam estableció una presencia palpable en la India, algunas de cuyas consecuencias contemporáneas trataremos más adelante. Al igual que el hinduismo, el islam ofrecía una forma de vida integral; pero, a diferencia del sistema de castas hindú, su tejido social no estaba estratificado por clases estancas. Aquello debió de tentar a muchas de las castas inferiores. Aunque con su conversión al islam no se libraban de la pobreza, sí ganaban en dignidad.

Cuando la India estuvo al fin preparada para absorber a Aristóteles, éste apareció en forma de Imperio británico. El dominio británico de las rutas marítimas mundiales y la docilidad con que millones de indios permitieron que unos cuantos hombres blancos gobernaran su subcontinente durante un breve período de tiempo, permitió a la Compañía Británica de las Indias Orientales monopolizar los mercados indios del algodón y la sal y, como es bien sabido, crear un minipaís de adictos al opio en China, obligando a los agricultores indios a cultivar adormideras. No obstante, la India absorbió la lengua inglesa, lo cual contribuyó a unificar sus 500 lenguas e innumerables dialectos, absorbió

la administración pública británica y su modelo mandarín de gobierno, y comenzó a absorber la ciencia, la tecnología, el comercio y la educación de Occidente. Y, de paso, absorbió a judíos y cristianos. Ya hacía tiempo que había reabsorbido el budismo, el cual había pretendido reformar la filosofía india y en cambio se había convertido en una escuela heterodoxa de esa misma filosofía india.

La capacidad de la India para absorber filósofos y religiones se nos antoja infinita. La visión del mundo global y no proselitista de los Vedas parece acoger sin ningún esfuerzo en su seno a «Todos los dioses, todos los profetas, todos los libros» y se mantiene tolerante a todas las interpretaciones de todo, incluida ella misma. La núbil mentalidad india puede de este modo aceptar, si no reconciliar, las contradicciones desde un buen principio. Además (al igual que la mentalidad china pero a diferencia de la occidental), no está obsesionada por la paradoja, una auténtica reliquia helénica. La filosofía india concibe el cosmos como un espectáculo teatral, donde la materia ilusoria se encuentra con el espíritu juguetón, donde los fenómenos danzan y giran al son de la Trimurti, donde los cuerpos materiales no son sino atuendos desechables para las almas, que saltan de vida en vida en el río que las conduce a su imprevisible inmersión en el luminoso y amoroso mar de Brahma. Las ideas son las emanaciones de la conciencia divina, no las piezas de la discusión académica. Así pues, los indios expuestos a la matemática y a la ciencia de Occidente las absorbieron con gran facilidad y comenzaron a hacer importantes aportaciones propias en el siglo XX, incluyendo la representación de π de Ramanujan y la física de los agujeros negros de Chandrasekar.

La influencia de la filosofía india en Occidente es considerable y está cada vez más extendida. A medida que la ciencia aristotélica dejaba gradualmente atrás a su progenitora, la filosofía ateniense, iba alcanzando el grado de evolución suficiente (al cabo de dos mil años) como para engranarse con la filosofía india. Y la filosofía budista, hija de esta prodigiosa progenitora, se engrana sencillamente con todo.

Un indio llamado Monadas Ghandi, formado en derecho británico y filosofía socrática e influido por el tratado sobre desobediencia civil no violenta del idealista de Nueva Inglaterra Henry David Thoreau, absorbió todas estas enseñanzas y las combinó con algunas austeras prácticas indias, incluyendo largos períodos de abstinencia sexual. A lo largo de décadas, Gandhi cultivó la suficiente fuerza espiritual y atrajo a los suficientes seguidores como para convencer a los británicos de que cedieran la India pacífica y cortésmente. También intentó distender el rígido sistema de castas indio y llevó a cabo la reforma agraria. Su forma de resistencia militante pero no violenta a la opresión, «la satyagraha» o confianza inquebrantable en la verdad, también fue adoptada en Estados Unidos por Martin Luther King, quien la encontró igual de eficaz como catalizador de los derechos civiles de la población negra. Tanto Gandhi como King fueron asesinados, pero

su influencia moral en la aldea global es imperecedera.

Gotas dispersas de la cultura india llovieron en el Occidente decimonónico, precediendo al monzón del siglo XX. Schopenhauer reconoció la filosofía india como una panacea contra el sufrimiento, mientras que Gurdjieff⁷ buscó la revelación mística en Oriente. El médico canadiense R. M. Bucke se embarcó para el resto de su vida en un peregrinaje espiritual después de que una experiencia espontánea kundalini le abriera el *chakra* de la corona.⁸ Sin embargo, cuando el yogui indio Vivekananda se estableció en Nueva Inglaterra a principios del siglo XX, lo tomaron probablemente por un excéntrico. Fue durante este período cuando Rudyard Kipling predijo, con respecto a Oriente y Occidente, que «no se encontrarán nunca». Por lo visto, Kipling fue mucho mejor poeta que profeta.

Sólo un siglo después, Nueva Inglaterra, al igual que el resto de Estados Unidos, abunda en toda clase de gurúes, ashrams y campamentos para practicar yoga. Los años sesenta fueron la década fundamental durante la cual las filosofías orientales —el hinduismo, el budismo y el taoísmo— se dieron a conocer en la cultura occidental y fueron absorbidas por ella, gracias en parte a músicos, poetas y autores famosos que las adoptaron para su desarrollo espiritual, popularizándolas. Estas prácticas también fueron muy beneficiosas para su desarrollo artístico.

En la música pop, los Beatles y su relación con el yogui Maharishi Mahesh importaron al por mayor la meditación trascendental a la conciencia pública occidental. En el legendario South Side de Chicago, The Paul Butterfield Blues Band grabó su álbum *East-West*, cuyo tema homónimo mezclaba el dixieland con el raga. Sri Chinmoy se convirtió en el gurú del guitarrista de fusión jazz-rock John McLaughlin. Los inmortales del jazz Wayne Shorter, Herbie Hancock y Larry Coryell descubrieron el budismo nichiren, una tradición japonesa basada en el Sutra del Loto de Buda que aumentó su energía, claridad y creatividad e inspiró su evolución musical. Gracias al genio de Ravi Shankar, la música clásica india también se hizo famosa en Occidente, atrayendo a personas como el violinista Yehudi Menuhin, cuyas grabaciones con Shankar son jubilosos encuentros entre la antigua tradición clásica india y la europea relativamente reciente. Al Di Meola y L. (Lakshminarayana) Subramanian fusionaron aún más las formas occidentales e indias. Un triunvirato de poetas judíos que definieron toda una generación, Allen Ginsberg, Bob Dylan y Leonard Cohen, coqueteó con el budismo, a medida que la gran familia de la filosofía india iba emigrando a Occidente.

También la industria de los gurúes indios prosperó. Los sannyasin de Osho con sus hábitos naranja, los extasiados *premies* del gurú Maharaj Ji, los cantores harekrishna del swami Prabhupada, así como bohemios eclécticos y hippies inveterados, recibieron,

absorbieron, reflexionaron y transmitieron el *satsang* al pensamiento occidental.

Y, puesto que la filosofía india está tan bien sintonizada con las vibraciones fundamentales que crean, sustentan y aniquilan el cosmos, la física occidental y la cosmología india también se fusionaron en la era atómica. Cuando Robert Oppenheimer, el «padre» de la bomba atómica, presenció la primera detonación nuclear en Alamogordo, no pensó en Prometeo robándoles el fuego a los dioses, sino en Krishna metamorfoseándose en Kali, la diosa de la Destrucción, y en sus terribles palabras a un Arjuna atemorizado: «Ahora soy la Muerte, la destructora de mundos.» La siguiente generación de este linaje es más pacífica. David Bohm, alumno de Oppenheimer, quien posteriormente reveló el orden implicado y descubrió el potencial cuántico, también se asoció con el gurú indio J. Krishnamurti para dialogar con él sobre educación y el mejoramiento de la humanidad.

Aunque las civilizaciones occidental e islámica ocuparon la India, también fueron absorbidas por ella. Ahora este país está comenzando a despertar en respuesta a la globalización, a considerar su población de más de mil millones de habitantes como una voz cultural importante y un inmenso bien económico en la aldea global. La India es la democracia más grande del mundo, así como su civilización más tradicional y, no obstante, más anárquica. La India mantiene una postura mayoritariamente neutral en los conflictos occidentales, pero tiene sus propios conflictos con estados islámicos. La India y Pakistán poseen armas nucleares y libran una guerra fría, así como una reñida guerra por Cachemira. Económicamente, la India se identifica con la próspera China, cuya economía eclipsará bien pronto a la de Estados Unidos. Los empresarios indios querrían emular los índices chinos de crecimiento, y se están volviendo cada vez más competitivos en sectores de alta tecnología. La India ha formado un eje con China y Brasil, tres populosos países en vías de desarrollo, cada uno de los cuales ejerce una influencia económica decisiva en su respectiva región geopolítica. No obstante, la India y China también se han enfrentado militarmente, sobre todo en forma de refriegas fronterizas. Conforme vaya aumentando su poderío económico, es previsible, aunque confiemos en que no inevitable, que entre estos dos monstruos asiáticos surjan futuros conflictos.

La civilización india hará notar cada vez más su presencia en la aldea global. Pero su mejor exportación de todas quizá resulte ser la más antigua: el budismo, que retomaremos en el capítulo 3 y que constituye un tema central de este libro.

La civilización del Lejano Oriente

China es el inmenso sol de la civilización del Lejano Oriente por su historia, su

geografía, su población, su desarrollo económico y su creciente influencia en la aldea global. China tiene muchos «planetas» importantes en su órbita, particularmente Japón, que la considera su cultura madre y cuyos éxitos económicos China aspira a emular. China también tiene en cuenta los «Cuatro Tigres» —Singapur, Hong Kong, Taiwán y Corea del Sur—, todos los cuales se enorgullecen de poseer una próspera economía de corte occidental arraigada en una escala de valores oriental. La propia China tiene más de mil millones de habitantes, incluso con la limitación de «un solo hijo por familia» que evitó su explosión demográfica. China es el centro de la civilización del Lejano Oriente y está lista para convertirse en la eminente potencia de la aldea global. Las dinámicas política y cultural que acompañan su ascenso a potencia mundial están evolucionando y nadie sabe aún qué formas adoptarán. El gobierno chino es a la vez cauto y entusiasta: comprometido con la apertura que exige el crecimiento económico y, no obstante, consciente de que es necesaria una cierta constancia conservadora como base estable para el cambio constructivo.

Al igual que la India, China ha conocido civilizaciones antiguas y dinastías rivales, tanto progresistas como despóticas. Mencionaremos algunas de ellas cuando tratemos con mayor detalle a Buda (capítulo 3) y Confucio (capítulo 4). No obstante, a diferencia de la India, cuya lengua sánscrita es la matriarca de la gran familia de lenguas indoeuropeas, la lengua escrita original de China es ideográfica, o pictórica, y no alfabética. No existe ninguna lengua hablada que se llame «chino», sino únicamente una escrita. Quienes hablan dialectos del chino como el mandarín, el jin, el jianghuai, el wu, el huanés, el gan, el hakka, el bei min, el nan min, el yue y el pinghua, no se entienden entre sí y, no obstante, todos leen los mismos caracteres. La única situación comparable en Occidente, Oriente Medio o la India atañe a los lenguajes formales, tales como la lógica o la matemática. Físicos de diversas culturas comprenden las mismas ecuaciones escritas, aunque puedan referirse a los símbolos por nombres distintos.

Las tradiciones filosóficas chinas también son únicas, sin parangón en Occidente. El Tao es uno de los conceptos más hermosos y profundos que ha engendrado la mente humana y, sin embargo, es inexplicable por definición en cualquier lengua y durante mucho tiempo ha sido incomprensible para Occidente. Intentaré aclarar algunos de sus principios básicos aquí y en el capítulo 4. El Tao también ha degenerado en China y es ignorado por muchos chinos, pero bajo ningún concepto por todos. Hay maestros chinos vivos que pueden disertar largo y tendido sobre él e ilustrar sus aplicaciones directas a muchas y variadas artes: de la caligrafía al taichi, de la acupuntura a la fitoterapia. El Tao es una de las hebras filosóficas de la triple trenza que, completada por el confucianismo y el budismo, define el ADN de la civilización del Lejano Oriente.

Japón aporta una formidable cuarta hebra: el *bushido*, originalmente el código no

escrito de sus samuráis. Influido en igual medida por Shinto, Confucio y Buda, el *bushido* engendra un espíritu caballeresco cuyas manifestaciones más nobles superan incluso a los caballeros más emblemáticos de Occidente. De igual forma que en Occidente persiste la influencia de la caballería, el *bushido* sigue impregnando el espíritu de Japón.

Volviendo al misterio del Tao: que nadie pueda definirlo pone de relieve su singular importancia. El dominio del Tao (una piedra filosofal china) es lo que Confucio buscaba; de ahí que las enseñanzas taoístas se puedan transmitir perfectamente con los métodos confucianos. El propio Confucio declaró: «Yo no innovo, transmito.» Las culturas del Lejano Oriente conservaron su integridad siglo tras siglo, mediante la transmisión confuciana de la propia filosofía confuciana. Pero los métodos de Confucio también son ideales para transmitir el Tao y están vinculados al budismo a través de él, como veremos más adelante. Laozi y Confucio discrepaban en muchas cuestiones (al igual que lo hacían Platón y Aristóteles en Occidente), pero compartían un origen filosófico común (el *Yijing*). Esto sitúa la aproximación de Confucio al Tao como una de las vías más estables y menos arriesgadas para acceder a la cumbre de lo inefable.

Dado que las palabras son las manifestaciones cotidianas de los pensamientos humanos, nosotros también tendemos a pensar mientras hablamos y escribimos. Es evidente que los sistemas lingüísticos pictóricos sumamente contextualizados de China y Japón engendraron un potencial único para sofisticadas pautas de pensamiento abstracto. Cuando la política se lo ha permitido, las culturas del Lejano Oriente han adquirido y dominado las lenguas, la filosofía, la ciencia, la tecnología, la medicina y las artes de Occidente con un acierto considerable. Al contrario, y en ausencia de impedimentos políticos, ¿cuántos occidentales han adquirido, y aún menos dominado, las lenguas, la filosofía, la medicina o las artes chinas o japonesas? La pregunta es retórica: realmente muy pocos. La civilización del Lejano Oriente ha demostrado su habilidad para estudiar y aprender de Occidente; en cambio, la civilización occidental no ha demostrado ser tan hábil estudiando el Lejano Oriente y aprendiendo de él. ¿Qué significa esto? Quizá que la civilización del Lejano Oriente posee la capacidad de rebasar a Occidente y convertirse en la próxima potencia dominante de la aldea global.

La elevada densidad demográfica de la India y el Lejano Oriente es abrumadora para la mayoría de los occidentales, yo incluido, quienes cuando las visitan se sienten totalmente engullidos por ingentes masas de orientales. El individuo puede creerse importante en Occidente; en Asia, es una gota en el océano. Piense en el bloque económico que integra la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (asean), fundada en 1967 para promover el mutuo crecimiento económico y cultural. Indonesia, Malasia, Filipinas, Singapur y Tailandia fueron los miembros fundadores y el grupo incluye ahora

Brunei (1984), Vietnam (1995), Laos y Myanmar (1997) y Camboya (1999). La región actual de la asean, constituida por diez países, tiene aproximadamente 500 millones de habitantes —una población mayor que la de Estados Unidos y comparable a la de la ue en expansión—, pero cuenta con menos de la mitad de la población de China y mucho menos de la mitad de su potencial económico. Este inmenso conglomerado de la asean, un gigante según muchos criterios mundiales, es un enano en comparación con China.

De forma muy parecida a la India, pero no hasta su mismo extremo, la propia China es un mosaico de tribus y culturas indígenas, unificadas paulatinamente a lo largo de siglos a veces turbulentos por las dinastías rivales que se fueron sucediendo en el poder. Invicta por potencias no asiáticas, China fue no obstante dominada por las temidas y temerarias hordas mongolas de Genghis Kahn y sus nietos, en particular Kublai Kan, el fundador de la dinastía Yuan. Y, también al igual que la India, China ha sido relativamente modesta en sus adquisiciones territoriales, con las patentes excepciones de su ocupación del Tíbet y su participación en la guerra de Corea. China no ha sido un agresor en la misma escala en que lo han sido los occidentales, los islámicos o los japoneses en sus expansiones militares. Las artes supremas de la defensa personal, las llamadas «artes marciales», que se originaron en China y se ramificaron por todo el Lejano Oriente, están basadas en principios autoconservadores y defensivos, no en principios destructivos y ofensivos.

La fuerza militar de China, al igual que la rusa, consiste en la defensa y el contraataque y no en una ofensiva agresiva. Los países grandes tienen la geografía de su parte y uno no debe nunca olvidar la influencia de la geografía en la formación del carácter nacional.⁹ Rusia detuvo a los ejércitos invasores de Napoleón y Hitler con apenas otra defensa que no fuera el invierno ruso. La propia China es tan inmensa que sufrió simultáneamente una guerra civil entre Chiang Kai-chek (respaldado por Occidente) y los revolucionarios marxista-leninistas de Mao Zedong y la ocupación japonesa de Manchuria.

Una de las maravillas del mundo construidas por el hombre es la Gran Muralla china, una fortificación de 6.000 kilómetros de longitud iniciada en el siglo VII a. C. y ampliada y renovada hasta el siglo XVI de nuestra era. Sólo los mongoles consiguieron abrir una brecha en ella. En contra de la leyenda urbana, la Gran Muralla no es visible desde el espacio orbital, pero es la única maravilla del mundo que ha suscitado tal afirmación. También es un testigo con numerosas pruebas de la mentalidad ostensiblemente defensiva de China. Livio sostuvo que los romanos conquistaron el mundo en defensa propia, lo cual, en Occidente, se traduce en la máxima deportiva contemporánea de que la mejor defensa es un buen ataque. Pese a los circos romanos, y a las célebres

superestrellas de los deportes profesionales de Occidente, una buena defensa es crucial para que una civilización gane el trofeo de la supervivencia. Ni siquiera los británicos, quienes se jactaron de haber surcado los mares en barcos de vela para dominar gran parte de Asia, hicieron apenas mella en la cultura china. La India fue la joya de su corona; China fue la casa del tesoro que ellos llevaron a la quiebra con el opio. Pero China también sobrevivió al narcotráfico británico.

Como es bien sabido, los chinos inventaron tanto el papel como la pólvora, utilizándolos para las artes caligráficas y para espectáculos de pirotecnia. La imprenta y las armas de fuego fueron aplicaciones posteriores de estos inventos que llevan el sello de Occidente. Los cosmólogos chinos de la antigüedad observaron eclipses y otros acontecimientos astronómicos. Los médicos chinos trazaron con exactitud los meridianos de la acupuntura, desarrollaron remedios herbales y recopilaron más de 2.000 libros sobre artes y ciencias médicas, sólo uno de los cuales, *Canon de medicina interna del emperador amarillo*, sobrevivió a las obsesivas quemaduras de libros ordenadas por destructivos caudillos. Aun así, las obras y prácticas filosóficas más importantes, las enseñanzas fundamentales del taoísmo, el confucianismo y el budismo, sobrevivieron y prosperaron. Se extendieron a Corea y Japón, y muchos siglos después, de Japón a Occidente.

Una vez más, incido en la especial relación entre Japón y China. Japón combinó el espíritu ferozmente independiente de un pueblo insular nunca invadido (lo cual recuerda a los británicos) con el espíritu defensivo del modelo chino, por lo que fue durante siglos un libro cerrado para el mundo, hasta que Occidente empezó a mezclarlo en el comercio oceánico. Los jesuitas, que llegaron a Japón en el siglo XVI como soldados misioneros de Cristo, fueron los primeros occidentales en estudiar su idioma y cultura. También encontraron a Japón en un primitivo estado de feudalismo medieval, con caudillos y ejércitos de samuráis disputándose el poder y, por debajo de ellos, una sumisa pirámide de siervos y pescadores. No obstante, tras dos siglos de exposición a Occidente, Japón comenzó a industrializarse y a desarrollar un potencial militar de corte occidental. En la primera mitad del siglo XX, ningún país asiático pudo hacer frente a la ofensiva militar japonesa. Para entonces, el poderío militar del Imperio británico ya había declinado, por lo que el poco envidiable cometido de contener e invertir la ocupación y dominio de Asia por parte de Japón recayó en Estados Unidos. La China maoísta sabía cuánto había conseguido Japón injertando ramas occidentales en su tronco confuciano, pero (al igual que la Unión Soviética estalinista) no logró obtener resultados comparables utilizando modelos marxista-leninistas inherentemente deficientes. No obstante, la China contemporánea está ahora comenzando a adoptar la fórmula occidental para su desarrollo económico.

Así pues, téngase en cuenta que, tras la rendición incondicional de Japón a Estados Unidos en 1945, hecho que puso fin a la Segunda Guerra Mundial, un Japón pacificado, democratizado e industrializado se convirtió en la segunda potencia económica mundial y continuó siéndolo durante décadas. ¿Cómo? Japón está formado por cuatro islas principales y millares de islas más pequeñas, pobres en recursos naturales, con una población que ascendía a 127 millones de habitantes a finales del siglo XX, aproximadamente el 10% de la población de China, o la India, o la civilización islámica, y una superficie del tamaño aproximado de Italia. ¿Cómo se convirtió Japón en la segunda mayor economía nacional del mundo? Lo hizo enjaezando con los modelos occidentales de democratización e industrialización a las tradiciones filosóficas de la ética de la virtud y la organización social confucianas.

Ahora, los chinos están emprendiendo un proceso similar, pero con una población diez veces mayor que la de Japón, una superficie más de 20 veces mayor que la de Japón y una abundancia, no una escasez, de recursos naturales. Así pues, si sigue los pasos de su «cultura hija» Japón, China puede dominar económicamente el mundo en el siglo XXI, en un grado incluso mayor que Estados Unidos durante el siglo XX.

La filosofía práctica en la que se sustentan las civilizaciones china y japonesa es la de Confucio y deriva de su aplicación del Tao. De igual forma que Aristóteles se convirtió en «El Filósofo» de Occidente, Confucio se convirtió en «El Filósofo» del Lejano Oriente. Se inspiró en el Tao, como hiciera su contemporáneo de mayor edad, el funcionario Laozi. En esencia, el taoísmo es una visión metafísica laica del universo que armoniza la existencia humana con el proceso natural. En el pensamiento taoísta no hay ninguna divinidad; ni en las *Analectas* de Confucio ni en el *Daodejing* (*El camino y su poder*) de Laozi. Hay, no obstante, un camino: no un Dios que adorar, sino un camino que seguir. Pero éste es, paradójicamente a veces, el camino del no camino.

Al igual que ocurrió con la filosofía india, el siglo XX presenció una convergencia de la filosofía del Lejano Oriente y la ciencia occidental, que floreció en la cultura intelectual de Occidente. *El Tao de la física* de Fritjof Capra fue un gran éxito de ventas y dio origen a la obsesiva publicación de libros titulados *El Tao de...* (cualquier cosa: *la salud, el sexo, la longevidad* o el *osito Pooh*). *La danza de los maestros del wu li* de Gary Zukav fue un hito en la síntesis de la antigua filosofía china con la física de partículas moderna. Aparecieron montones de nuevas traducciones del *Yijing*. *El zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta* de Robert Pirsing catapultó el budismo japonés al candelero literario. Una de las obras históricas más importantes del siglo XX, y posiblemente de todos los tiempos, fue *Estudio de la historia* de Arnold Toynbee, donde el auge y la decadencia de las grandes civilizaciones se planteaban como una función de la metafísica china del yin y el yang. Las prácticas médicas chinas, sobre todo la

acupuntura, han realizado importantes avances en el campo de la medicina occidental.

La ausencia de una deidad o deidades fundadoras en las civilizaciones china y japonesa es característica del Lejano Oriente. Como hemos visto, la civilización islámica (al igual que las religiones abrahámicas de las que surge) se adhiere a «Un Dios, un profeta, un libro». La civilización india politeísta absorbe a «Todos los dioses, todos los profetas, todos los libros». La civilización occidental permite a sus ciudadanos elegir libremente entre «Cualquier Dios, cualquier profeta, cualquier libro». La civilización del Lejano Oriente, pese a sus adeptos al cristianismo y al islam, y a sus adoradores de Buda como un dios, se caracteriza por el Tao y el confucianismo ateos, los cuales imparten una ética laica sin adherirse a «Ningún Dios, ningún profeta, ningún libro». Las personas observan los rituales confucianos y practican las virtudes confucianas, pero no adoran a Confucio, a quien habría horrorizado que lo deificaran.

Y precisamente por esto el budismo, pese a nacer en la India y pasar siglos aislado como religión monástica en el Tíbet, arraigó tan profundamente en las culturas confucianas laicas de China y, más tarde, Japón. De este modo, China y Japón han desempeñado un papel central en el desarrollo del budismo y su posterior dispersión por todo el mundo, como veremos en el capítulo 3.

La civilización del Lejano Oriente, la que más dista de Occidente tanto geográfica como culturalmente, fue la última con la que éste entró en contacto. Alejandro Magno llegó a la India en el siglo IV a. C. El islam llegó a Europa en el siglo VIII de nuestra era. No obstante, la primera delegación occidental enviada a China, una expedición de mercaderes venecianos y misioneros cristianos que incluía a Marco Polo, no llegó a la corte del emperador Kublai Kan hasta el siglo xiii. Occidente tardó incluso más en entrar en contacto con Japón: los jesuitas portugueses no se establecieron allí hasta el siglo XVI. En ese mismo siglo, los franceses zarparon rumbo al oeste, buscando nuevas rutas hacia el exótico Oriente. Navegaron por el río Saint Lawrence hasta la antigua isla volcánica de Mount Royal (Montreal), la cual se enorgullece hasta el día de hoy de tener un barrio que lleva el optimista nombre de Lachine: «la China» en francés. Los franceses del siglo XVI apenas se avanzaron a su tiempo: los alimentos chinos, por ejemplo, no pudieron adquirirse en Lachine hasta unos cuatro siglos después.

El Lejano Oriente a menudo ha parecido inescrutable a los occidentales, y con razón: su filosofía, idioma y cultura evolucionaron por rutas claramente no indoeuropeas y no abrahámicas. El Camino (el Tao) también es omnipresente, por muy invisible y esquivo que resulte. La globalización ha abierto las puertas del Lejano Oriente a la ciencia, la tecnología y el comercio occidentales, y ha abierto las puertas de Occidente a la filosofía, idioma y cultura del Lejano Oriente. Un maestro chino observó que los dos extremos de

un cordel de cualquier longitud son los más distantes entre sí y, no obstante, también se tocan si el bucle se cierra. La filosofía china y el budismo japonés están ahora tocando la mentalidad occidental precisamente de esa forma, a través del bucle de la globalización.

Convergencia en la zona cero: de la localidad a la globalidad

La globalización es un proceso que, por definición, tiene más fuerza que cualquiera de las cuatro civilizaciones descritas en este capítulo. La globalización está borrando rápidamente fronteras y confines políticos, religiosos, geográficos, étnicos, tribales, culturales y filosóficos, que, en mayor o menor grado, han separado y diferenciado a estas cuatro civilizaciones y su miríada de subculturas así como al resto de la humanidad. Internet es el paradigma de la globalidad: nuestra localización física es vital para el correo postal, pero irrelevante para el electrónico. Somos un nodo transitorio de una red mundial virtual. El ciberespacio no puede ser «colonizado» ni «ocupado» por ninguna civilización conquistadora, ni puede ser «sellado» o «amurallado» indefinidamente por ninguna civilización defensiva. El ciberespacio es el Parlamento cibernético, compartido por todos los que estén conectados a él, sea cual sea su identidad cultural, política, religiosa, geográfica, étnica o tribal.

El potencial de la globalización es mucho más noble de lo que quizá pretendían sus iniciadores, quienes estaban justificada pero primordialmente interesados en el desarrollo económico. La ulterior promesa de la globalización es procurar un contexto para reunir a la totalidad de la especie humana, pese a todas las diferencias que nos dividen. La globalización hace tangible la antigua idea budista de que todos estamos conectados. No obstante, a medida que va llegando a todos los habitantes de este planeta, tejiéndonos a su tapiz de redes, incide forzosamente en nuestras diferencias al trascenderlas.

La expresión «zona cero» significó originalmente el punto en que detonaba una bomba. Después de Hiroshima y Nagasaki (6 y 9 de agosto de 1945), pasó a denominar la zona de devastación total en el epicentro de una detonación nuclear. Desde los atentados del 11-S, «zona cero» se refiere también al inmenso socavón, una vez retirados los escombros, en el que las torres gemelas del World Trade Center se construyeron en 1970, y en el que implosionaron en 2001. Aquí hay también una irónica conexión: el desarrollo altamente secreto de las bombas atómicas que luego se arrojarían en Japón llevaba el nombre en clave de «Proyecto Manhattan». El número de víctimas y la devastación de Hiroshima y Nagasaki fueron incomparablemente superiores a los causados por los atentados del 11-S y, no obstante, el efecto de visitar la «zona cero» de Hiroshima o Nagasaki no es tan distinto del que produce visitar la «zona cero» de Manhattan. Estas «zonas cero» son lugares donde millares de civiles murieron súbita y violentamente en conflagraciones premeditadas causadas por armas que, pese a sus

diferencias, se consideraban moralmente repugnantes en las culturas agredidas, pero moralmente justificables en las agresoras. En el capítulo 15 retomaremos el tema de la función de la población civil en la guerra moderna y el terrorismo.

Mi intención es ilustrar aquí una importante diferencia entre las «zonas cero» de Hiroshima y Manhattan: no en cuanto al número de víctimas mortales (más de 100.000 frente a 3.000), sino en cuanto a su identidad en el contexto de su civilización. La Segunda Guerra Mundial fue una guerra devastadora y total, que movilizó el conjunto de recursos civiles y militares de los estados-nación combatientes. También fue una guerra cuyos orígenes inmediatos admiten una lúcida interpretación: la Alemania nazi de Hitler y el Japón imperial de Hirohito fueron estados agresores crueles e implacables, repletos de civiles bienintencionados gobernados por despiadados regímenes militaristas que conquistaron, sometieron, esclavizaron y asesinaron a millones de personas en docenas de países fuera de sus fronteras.

Los civiles que perdieron la vida en Hiroshima fueron casi todos japoneses, víctimas de una guerra total entre Japón y Estados Unidos que el propio Japón había provocado al atacar Pearl Harbor. Fue una horrible característica de la Segunda Guerra Mundial que los civiles, en infinidad de ciudades, se encontraran entre los primeros, y también los últimos, que pagaron el precio de conflictos iniciados por conquistadores maníacos e implacables. Los civiles de Hiroshima sufrieron terriblemente a causa de la bomba atómica, y sólo ellos están cualificados para explicarnos qué se siente siendo el objetivo de armas nucleares. No obstante, estos civiles formaban también parte de una máquina bélica japonesa que había asesinado a más de 15 millones de asiáticos y otros pueblos fuera de Japón —hombres, mujeres, niños, prisioneros de guerra—, aunque los ciudadanos de Hiroshima probablemente no lo supieran en aquel momento. Por desgracia, un estado de ignorancia no es un estado de inocencia. En Dresden y Hamburgo también murieron civiles, cien mil de una sola vez, debido a bombardeos convencionales masivos; y los civiles alemanes que sufrieron y murieron de esta forma quizá no supieran que, asimismo, su gobierno nazi había asesinado cruelmente a más de 15 millones de personas durante su agresivo reinado de terror. No obstante, un estado de ignorancia general o de obediencia tácita entre los alemanes tampoco era un estado de inocencia.

En marcado contraste, los civiles que perdieron la vida en los atentados del 11-S procedían de más de 91 países distintos y representaban a todas las civilizaciones y religiones mundiales. Judíos, cristianos, musulmanes, hindúes, sijs, jainistas, budistas y confucianos, de todos los continentes y la mitad de los países del mundo, murieron en los hechos del 11-S. No fueron condenados por las órdenes de ningún gobierno soberano, sino por actores no estatales tan contrarios a su propio gobierno de Arabia como al

gobierno de Estados Unidos. A diferencia de Pearl Harbor, los atentados del 11-S no fueron un ataque de un país soberano a otro, sino un ataque a la Cámara de Comercio de la aldea global y a sus ciudadanos, por parte de proscritos hostiles a la globalización y temerosos de ella, violentamente contrarios a su extraordinario potencial de unir a la humanidad en una comunidad mundial pacífica y próspera.

La globalización nos conecta a todos, para bien o para mal. Las injusticias humanas, limitadas antes a lugares relativamente aislados, se manifiestan ahora destructivamente en otros de facilísimo acceso: rascacielos neoyorquinos, clubes nocturnos balineses, estaciones de ferrocarril madrileñas, metros londinenses, cafés de Tel Aviv, hoteles egipcios, infraestructuras iraquíes. Una vez más, la localidad se desvanece ante la globalidad. Ya no hay lugares ni pueblos aislados. Todos estamos interconectados. Le ruego, pues, que se fije en que la «zona cero» ya no se limita a Hiroshima y Nagasaki ni, en realidad, al Bajo Manhattan; la «zona cero» está bajo sus propios pies. Esté sentado, de pie o acostado; esté andando, montando a caballo o volando; esté trabajando en su jardín, desplazándose al trabajo o haciendo vacaciones... la zona cero siempre le acompaña. Forma parte de la condición humana en la aldea global. Que esta sombra se alargue o retroceda depende en parte de lo que usted haga, o no haga, al respecto. Al final de este libro, en el capítulo 16, resumiré qué le aconsejan hacer los filósofos abc una vez que haya terminado de leer el libro.

La globalización está mezclando las cuatro grandes civilizaciones y disolviendo sus fronteras de formas históricamente inauditas. Cada una de ellas está convergiendo, así como entrando en contradicción, con las demás. El conflicto que condujo a los atentados del 11-S, y que inspiró el influyente libro de Samuel Huntington *El choque de civilizaciones*, cuenta sólo parte de esta historia. Huntington exploró la dinámica del choque entre las civilizaciones occidental e islámica; yo hablaré brevemente de ello en los capítulos 14 y 15. No obstante, también es necesario comprender los choques entre los otros pares de civilizaciones.

Las civilizaciones occidental e india también tienen enfrentamientos, por lo general en cuestiones económicas. La penuria de la India y sus países vecinos, que afecta a cientos de millones de personas, está demostrando ser inevitable no sólo por la corrupción endémica y la rigidez socioeconómica de estos países, sino también en parte por los cuantiosos subsidios agrícolas pagados a agricultores del opulento Occidente (Estados Unidos, Canadá, la ue), combinados con los prohibitivos aranceles impuestos a la producción de los países en vías de desarrollo, de los cuales la India es el más grande. De manera que la abundancia de Occidente depende parcial, pero desde luego no totalmente, de la pobreza de la India. Aun así, se trata de una situación del todo indeseable.

Las civilizaciones de Occidente y el Lejano Oriente también tienen enfrentamientos, tanto en el ámbito económico como en el militar. La economía de China, se mida como se mida, puede rebasar a la economía estadounidense en menos de un siglo (si no en cuestión de décadas) y, como consecuencia, los estadounidenses tendrán que pagar más por los artículos de primera necesidad y permitirse menos lujos si sus salarios son bajos. Los estadounidenses ya se han instalado en la negación en lo que respecta a las deficiencias internas que contribuyen al declive de su país, no sólo en la opinión pública global, sino, lo que es crucial, en su riqueza cultural; esto significa que no están preparados para paliar los daños. Hay también dos zonas de conflicto que podrían originar una guerra entre Occidente y el Lejano Oriente: Corea del Norte y Taiwán. Corea del Norte es, mientras escribo estas líneas, un estado canalla cuyo potencial nuclear desestabiliza toda la región. Incluso Japón se está rearmando ante la posibilidad de una agresión norcoreana. Taiwán, donde se refugió el general Chiang Kai-chek tras ceder en la guerra civil contra Mao Zedong, mantiene una precaria independencia de la República Popular de China respaldada por Estados Unidos. Pekín es paciente, pero inamovible en este punto: tarde o temprano, Taiwán volverá a unirse a la China comunista.

Las civilizaciones islámica e india también chocan, y peligrosamente. Pakistán y la India poseen armas nucleares, y ambos parecen estar orgullosos de colaborar en el próximo capítulo de «el libro» sobre la disuasión nuclear. Al igual que el choque entre Occidente y Oriente Medio, el choque entre la India hindú democrática y el Pakistán musulmán autocrático afecta a otros países de la región, tales como el Nepal, Cachemira o Afganistán, condenándolos a convertirse en campos de batalla en los conflictos secundarios que la disuasión siempre instiga como desahogo de la Guerra Fría.

Las civilizaciones de la India y el Lejano Oriente son competidores económicos cuyos choques pueden emerger cuando su competencia se recrudezca. La India quiere emular los índices de crecimiento económico de China y concibe su inmensa población cada vez más como una ventaja en los mercados globalizados. La India y China albergan la mitad de la población mundial y pueden convertirse en competidoras directas en muchos sectores. Estos dos gigantes asiáticos ya han vivido guerras a tiros en sus fronteras, y sus países limítrofes pueden terminar cayendo víctimas de sus esfuerzos por demostrar su poderío cada vez mayor.

Por último, pero no por ello menos importante, el Lejano Oriente y la civilización islámica también pueden sufrir enfrentamientos en Asia. Malasia e Indonesia son populosos países islámicos (unos 25 millones de habitantes y 200 millones de habitantes, respectivamente), y se enfrentan a las mismas dificultades en su desarrollo económico que sus homólogos de Oriente Medio y el resto del territorio islámico. Una separación

insuficiente entre religión y Estado, sumada a la pobreza indígena, una corrupción endémica y un capitalismo que favorece el amiguismo, inhiben la movilidad socioeconómica, la modernización y la justicia distributiva. Estas condiciones también son un buen caldo de cultivo para el terrorismo islámico, tal como demostró el bombardeo de un popular club nocturno balinés, pensado para expulsar a los turistas occidentales de Indonesia, la cual depende en gran medida del turismo. Si los terroristas islámicos cometen alguna vez el error de atacar objetivos confucianos, sus países de origen podrían sufrir represalias junto a las cuales el cambio de régimen en Afganistán e Iraq impuesto por Estados Unidos parecería una suave medida diplomática.

¿Un final feliz o una vida buena?

Me encantaría poder afirmar con convicción y rotundidad que este cuento de las cuatro civilizaciones tiene un final feliz y que todos seremos felices y comeremos perdices en la aldea global. Estoy más convencido, en cambio, de que el cuento nunca se termina y de que cualquier instante puede ser favorable o catastrófico. Mi intención al escribir este libro es, en realidad, doble. En primer lugar, querría aplicar los principios de los filósofos abc a la reconciliación de algunos de los extremos que impulsan los conflictos mundiales. En segundo lugar, querría persuadirle para que los aplique a sus propios conflictos, que pueden parecerle más importantes y más inmediatamente relacionados con usted que los choques de civilizaciones. Pero si usted comprende una enseñanza de este capítulo, que nada es local y todo es global, debería comprender también que sus propios problemas tampoco son locales ni aislados, sino que están compartidos y conectados mundialmente. Su forma de abordar los problemas influye en cómo abordan otros los suyos. Abórdelos sabiamente y no sólo los resolverá, sino que dará asimismo un buen ejemplo que otros podrán seguir. Abórdelos neciamente y no sólo los exacerbará, sino que provocará asimismo una reacción en cadena que agravará las cosas para otras personas. Por tanto, como ya he dicho en la introducción: si usted prefiere los cuentos de hadas con final feliz, deje este libro y póngase a leer *Los cuentos de Mamá Oca*. Si prefiere llevar una vida buena, continúe leyendo.

Vuelva a consultar la figura 1.1, un ideograma de las cuatro grandes civilizaciones, las diversas hebras de pensamiento que las forman y algunas de las muchas interconexiones que existen entre ellas. Antes de la globalización, los habitantes de todas estas civilizaciones se podían considerar separados o distintos del resto. Pero, en realidad, esto casi nunca ha sido así; simplemente, la mayoría de las personas no eran conscientes de sus interconexiones. Como ilustra la figura 1.2, las fuerzas de la globalización empezaron a acercar mucho más a estas civilizaciones en el siglo XX.



Figura 1.2. Fuerzas de la globalización hacia la década de 1960. Nace la idea de «la aldea global».

Considere esta reveladora descripción de lo que hace un estadounidense a la hora del desayuno escrita por el antropólogo Robert Linton en la década de 1960:

Cuando se dispone a desayunar, se detiene para comprar un periódico, pagándolo con monedas, un antiguo invento lidio. En el restaurante, se encuentra con toda una nueva serie de elementos prestados. Su plato está hecho de un tipo de cerámica inventado en China. Su cuchillo es de acero, una aleación obtenida por

primera vez en el sur de la India, su tenedor es un invento medieval italiano y su cuchara un derivado de un original romano. Comienza su desayuno con una naranja del Mediterráneo oriental, un melón cantalupo de Persia o quizás un trozo de sandía africana. Con éstos toma café, una planta abisinia, con crema de leche y azúcar. Tanto la domesticación de las vacas como la idea de ordeñarlas se originaron en Oriente Próximo, mientras que el azúcar se elaboró por primera vez en la India. Después de su fruta y su primer café, pasa a los gofres, unos dulces elaborados mediante una técnica escandinava con trigo cultivado en Asia Menor. Sobre ellos vierte sirope de arce, inventado por los amerindios de los bosques del este. Como plato adicional puede tomarse el huevo de una especie de ave domesticada en Indochina, o finas tiras de la carne de un animal domesticado en Asia oriental que puede haberse salado y ahumado mediante un proceso desarrollado en el norte de Europa [...]. Cuando nuestro amigo ha terminado de desayunar, se acomoda para fumar, una costumbre amerindia, consumiendo una planta cultivada por primera vez en Brasil, bien en pipa, procedente de los indios de Virginia, bien en un cigarrillo, procedente de México. Si es suficientemente robusto, quizá se atreva con un puro, transmitido a América desde las Antillas a través de España. Mientras fuma, lee las noticias del día, impresas en caracteres inventados por los antiguos semitas en un material inventado en China mediante un proceso inventado en Alemania. Mientras se entera de los acuciantes problemas que hay en el extranjero, dará las gracias, si es un buen ciudadano conservador, a una deidad hebrea en un idioma indoeuropeo por ser cien por cien estadounidense.¹⁰

¿Se da cuenta? La humanidad siempre ha estado interconectada, aunque en su mayor parte no haya sido consciente de ello. Hoy en día no sólo estamos interconectados mediante utensilios, símbolos y productos que rebasan las fronteras de las civilizaciones, sino también por nuestro trato directo con personas de todas las culturas, debido a la disolución de esas fronteras, y a nuestra toma de conciencia. (Esto se ilustra en la figura 1.3.)

No obstante, los seres humanos necesitan contextos compartidos en los que acoplarse y entremezclarse. Anteponiendo las fuerzas económicas y tecnológicas (que conectan a las personas, además de dividir las) a las fuerzas políticas y religiosas (que dividen a las personas, además de conectarlas), la globalización ha conseguido acoplar y entremezclar en un único crisol inmenso todas las distintas hebras de ADN cultural junto con todas sus fórmulas fundamentales (ver figura 1.4). Lo que la globalización aún no ha proporcionado es un contexto humano global para reconciliar los extremos de estas

diferencias que causan conflictos. Y esto es precisamente lo que nos proporcionan los filósofos abc.



Figura 1.3. La aldea global en el siglo XXI.

<u>Civilización</u>	<u>ADN cultural</u>	<u>Fórmula fundamental</u>
India	Filosofía védica	Todos los dioses, todos los libros, todos los profetas
Lejano Oriente	Filosofía confuciana y taoísta/ Influencia budista	Ningún dios, ningún libro, ningún profeta
Islámica	Religión abrahámica (primordialmente islámica)	Un dios, un libro, un profeta
Occidental	Filosofía helénica y religión abrahámica (primordialmente judeocristiana)	Cualquier dios, cualquier libro, cualquier profeta

Figura 1.4. Cuatro civilizaciones: ADN cultural y fórmulas fundamentales.

¿En qué contexto pueden caber un dios, ningún dios, cualquier dios, todos los dioses? ¿Un profeta, ningún profeta, cualquier profeta, todos los profetas? ¿Un libro, ningún libro, cualquier libro, todos los libros? ¿Qué camino contiene un camino, ningún camino, cualquier camino, todos los caminos? El camino medio.

1 APPIAH, Kwame Anthony: *Cosmopolitanism: Ethics in a World of Strangers*, W. W. Norton & Co, Nueva York y Londres, 2005.

2 En caso de que no haya hecho ningún curso de introducción a la filosofía, la teoría de las formas de Platón se encuentra en el Libro vii de su *República*, incluida en su célebre Alegoría de la Caverna. Resulta que la teoría de Platón es sumamente compatible con la teología cristiana. Esto forjó un fuerte vínculo entre las dos hebras del ADN cultural occidental.

3 Como veremos en el capítulo 7, la alianza se da entre neomarxistas, feministas y posmodernistas.

4 Erikson, Erik: *Gandhi's Truth: On the origins of Militant Nonviolence*, W. W. Norton & Co., Nueva York y Londres, 1960.

5 Wiesel, Elie: *Todos los torrentes van al mar*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1996.

6 Tigunait Rajmani, Pandit: *Seven Systems of Indian Philosophy*, Himalayan Institute Press, Honesdale, Pensilvania, 1983.

- 7 Gurdjieff, Ouspensky y Madame Blavatsky se clasifican como «teosofistas», místicos occidentales que aunaron teología y filosofía en su búsqueda del despertar espiritual.
- 8 Los *chakras* son centros de energía, activados y regulados por la práctica del yoga.
- 9 Montesquieu aboga por lo que puede calificarse de «psicoclimatología» en su *Del espíritu de las leyes* (v. <http://plato.stanford.edu/entries/montesquieu/#4.3>). También lo hace Makiguchi, Tsunesaburo: *A Geography of Human Life*, ed. Dayle Bethel, Caddo Gap Press, San Francisco, 2002.
- 10 Linton, Ralph: *Estudio del hombre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.

La proporción áurea de Aristóteles: Cómo realizarse y ser feliz en la insensatez

La virtud es una posición intermedia [...] entre dos vicios, el uno por exceso y el otro por defecto.
Aristóteles

«El Filósofo»

Aristóteles nació en el año 384 a. C. en Estagira, un puerto marítimo tracio colonizado por los griegos. Su padre, Nicómaco, fue el médico de la corte del rey macedonio Amintas, de manera que Aristóteles empezó con buen pie en esta vida. A los diecisiete años fue enviado a la Academia de Platón en Atenas, por aquel entonces el centro intelectual de Occidente, donde estudió durante los veinte años siguientes. Tras la muerte de Platón en el año 347 a. C., Aristóteles abandonó Atenas. Aunque había sido el alumno más destacado de Platón, también había divergido de su maestro en algunos puntos clave y, por ese motivo, no fue elegido para sucederlo como director de la Academia. Aceptó la invitación del rey Filipo de Macedonia para convertirse en preceptor de su hijo Alejandro (el futuro Alejandro Magno), labor a la que se dedicó durante los cinco años posteriores. Tras la muerte de Filipo, Alejandro se embarcó en sus legendarias conquistas y Aristóteles regresó a Atenas para abrir su propia escuela, el Liceo. Allí enseñó durante trece años, impartiendo clases avanzadas a sus alumnos más brillantes y charlas al público en general. Contrajo matrimonio dos veces en su vida y su segunda esposa, Herpílida, alumbró un hijo, Nicómaco, para quien Aristóteles escribió su entrañable *Ética niccomáquea*. Cuando Alejandro Magno falleció en el año 323 a. C., la opinión política ateniense se volvió contraria a todo lo macedonio y la vida de Aristóteles corrió peligro. El filósofo huyó a Calcis para que, en sus propias palabras, «los atenienses no pudieran tener otra oportunidad de pecar contra la filosofía, como ya habían hecho en la persona de Sócrates». Murió allí en el año 322 a. C.

Aristóteles fue el tercer patriarca filosófico del extraordinario linaje ateniense que

forma una hebra de la doble hélice de la civilización occidental. Su maestro, Platón, había puesto por escrito y dramatizado los diálogos de Sócrates, procurando al pensamiento occidental ideas de una novedad sin precedentes. La filosofía platónica revivió el judaísmo en la Jerusalén posbíblica, sentó las bases metafísicas del cristianismo en la Roma del bajo Imperio y legó a Occidente una versión de idealismo condenada en 1948 por el filósofo judío vienés sir Karl Popper, el único filósofo del siglo XX elegido para la Real Academia de Ciencias, por justificar los excesos políticos de la Alemania nazi y la Rusia soviética.

Sócrates, el maestro de Platón, inventó métodos filosóficos para descubrir la verdad y los aplicó al terreno del conocimiento, la ética, las leyes, el amor, la belleza, la justicia, etc.; gemas verbales en bruto que Platón pulió para convertir en joyas filosóficas escritas. El mismo Sócrates había sido juzgado por corromper a la juventud ateniense, una acusación urdida por sus vengativos enemigos políticos; y había permitido, manteniéndose fiel a sus principios, que lo torturaran en Atenas, en lugar de dejar que amigos influyentes lo sacaran vivo de la cárcel para que se pudiera exiliar a Tebas.

Si usted duda por un instante de la profundidad y duración de la influencia política platónica y socrática en Occidente, lea, por ejemplo, *Carta desde la cárcel de Birmingham* de Martin Luther King.¹ Aquí redescubrirá la doble hélice cultural de la filosofía helénica y la religión judeocristiana, patente en el movimiento para la defensa de los derechos civiles que surgió en Estados Unidos en la década de 1950, impulsado por el hombre que condujo su pueblo a la libertad utilizando una sensata mezcla de las tradiciones mosaica y socrática, legadas a él a través de Thoreau y Tolstói, con Ghandi entre líneas.

La magnitud de las aportaciones de Aristóteles, muy superiores a las de Sócrates y Platón, lo hizo tan preeminente que la cita siguiente se encuentra por todo el ciberespacio: «Aristóteles, más que cualquier otro pensador, determinó la orientación y el contenido de la historia intelectual de Occidente. Fue autor de un sistema filosófico y científico que, con el paso de los siglos, se convirtió en soporte y vehículo tanto del pensamiento erudito medieval cristiano como del pensamiento erudito islámico: hasta finales del siglo XVII, la cultura occidental fue aristotélica. Incluso después de las revoluciones intelectuales de los siglos posteriores, los conceptos y las ideas aristotélicas siguieron impregnando el pensamiento occidental.»²

El mismo plan de estudios de la universidad moderna se forjó en el crisol de la formidable mente de Aristóteles. Asignaturas que él inventó o reinventó incluyen la lógica, la física, la astronomía, la meteorología, la zoología, la etología, la teología, la psicología, la política, la economía, la retórica y la poética. También inventó la

taxonomía, el arte y la ciencia de la clasificación. De los productos de los supermercados a los libros de las bibliotecas, de las estrellas y las galaxias a la flora y la fauna, de los elementos de la tabla periódica a los anuncios de los periódicos... todo está clasificado gracias a Aristóteles. El Filósofo también fue el primero en formular las leyes de la lógica binaria y silogística, leyes formales que complementaron los teoremas de la geometría plana catalogados por Euclides. Aristóteles es también un vínculo con el cálculo digital. Tanto la TTL (Lógica transistor-transistor) del hardware como los lenguajes formales de programación del software son ampliaciones directas de la formalización aristotélica de la lógica y la razón. Aristóteles también fue el primero en dedicarse sistemáticamente a lo que hoy denominamos investigación científica, haciendo observaciones de fenómenos concretos, desde los astronómicos hasta los zoológicos, e intentando inferir leyes universales a partir de ellas. Por supuesto, la mayor parte de su ciencia ha sido superada, pero en eso radica precisamente el progreso científico. Gran parte de la ciencia del siglo XX ha sido también superada.

Las denominadas «ciencias sociales» (psicología social, antropología cultural, sociología, economía y ciencias políticas) son difusas prolongaciones de la ciencia natural aristotélica (física, química, biología). Estas ciencias fueron aplicando gradualmente a los ámbitos humanos los sólidos conocimientos de la naturaleza adquiridos por la civilización occidental, lo cual permitió a los países de Occidente promover estructuras políticas y socioeconómicas —para bien y para mal, como siempre— que se ceñían a los avances de las teorías y tecnologías de la ciencia natural. La Revolución Industrial no tuvo precedentes en la historia de la humanidad y en aquel momento no podría haber sucedido en ningún otro lugar del mundo, gracias una vez más a la doble hélice cultural de Occidente.

Los romanos construyeron calzadas y dieron orden a sus legiones de que las recorrieran, exportando su versión imperial de la ley, el orden, el progreso y más adelante el cristianismo, a lo que ellos consideraban un mundo incivilizado. Demos un salto hasta el siglo XIX: los británicos controlaron las rutas marítimas y enviaron sus flotas a navegarlas, llevando su versión imperial de civilización a lo que ellos también consideraban un mundo incivilizado. A finales del siglo XX y principios del XXI, Estados Unidos controla el espacio aéreo mundial e influye en las economías mundiales, exportando McDonald's y la MTV (el concepto estadounidense de civilización, condensado en sus marcas) a lo que los estadounidenses consideran un mundo incivilizado. En cada caso, Occidente ha llegado al resto del mundo antes de que el resto del mundo llegara a él, gracias en gran parte a las atrevidas iniciativas de librepensadores rebeldes, individualistas convencidos, intrépidos exploradores y ambiciosos pioneros, armados con libertades civiles, arsenales de originalidad y biblias cristianas.

Los amerindios, según nos cuenta Hollywood, llamaron poéticamente a la locomotora «caballo de hierro». Los arquitectos del ferrocarril transamericano eran pragmatistas, no poetas, que, con su mentalidad occidental materialista, habrían llamado a un caballo «locomotora consumidora de heno». La civilización occidental triunfó de forma invariable sobre los pueblos indígenas, precisamente porque Occidente desarrolló ciencias sociales dinámicas en conjunción con potentes ciencias naturales y actualizó regularmente sus sistemas operativos religioso y político en consonancia con ellas, aunque no sin encarnizados y sangrientos conflictos. Las culturas dinámicas danzan en corro en torno a las estáticas, trazan carreteras a través de ellas y construyen cadenas comerciales, para bien o para mal.

Aristóteles también lo sabía y fue el primero en llamar al hombre «*Homo politicus*», animal político, considerando que toda actividad humana se presta a la politización; pero insinuando, también, que la política no siempre se presta a la humanización. Y Aristóteles fue el primero en desarrollar en Occidente una forma de ética de la virtud, convirtiendo la proporción áurea de la geometría en una brújula moral para la humanidad. Por estas razones, entre otras, Aristóteles reinó merecidamente como «El Filósofo» durante dos mil años.

Felicidad, razón y proporción

Para Aristóteles, la felicidad es un fin en sí misma, la única cosa que merece la pena alcanzar en esta vida. «La felicidad es, pues, la cosa mejor, más noble y más placentera del mundo», dice en sus *Éticas*. Si usted no es tan feliz como querría, es posible que la sabiduría de Aristóteles pueda ayudarle. Aristóteles creía firmemente en la finalidad: todo el mundo tiene un propósito en la vida y la felicidad duradera se alcanza realizándolo. Todos tenemos talentos y capacidades, y cultivándolos virtuosamente nos realizamos. También es deber de la familia, y responsabilidad del gobierno, crear entornos que favorezcan el cultivo y la práctica de la virtud, para lo cual «necesitamos los bienes externos también; pues es imposible, o difícil, obrar noblemente sin la debida preparación». Las familias desestructuradas, las culturas disfuncionales y los regímenes despóticos son profundamente no aristotélicos, al igual que los sistemas de creencias que sacrifican el potencial de esta vida por la incierta recompensa, u olvido, de la próxima.

Así pues, Aristóteles abogaba por una vida racional como el primer paso, pero no el último, para alcanzar la felicidad. Sin el ejercicio y la aplicación de la razón, subsistiríamos en una Edad de Piedra tardía, con un estilo de vida descrito por Thomas Hobbes como «solitario, pobre, desagradable, embrutecido y corto». Para Aristóteles, el propósito de la razón no es únicamente teorizar, sino guiar nuestros actos hacia canales virtuosos.

Aristóteles sostenía que ser feliz en esta vida es tanto deseable como posible. Su ética nos enseña a reconocer y eludir los extremos en la vida, puesto que son los extremos, o su deseo, lo que tan a menudo causa infelicidad. No comer suficiente le demacrará, le hará infeliz y le causará la muerte de forma prematura, mientras que comer en exceso le engordará, le hará infeliz y le causará la muerte de forma prematura. Lo que es válido para la comida lo es también para el trabajo, el dinero, el sexo y casi todas las demás cosas que las personas persiguen, producen o consumen en el transcurso normal de su vida. Como explica Aristóteles:

[...] así, el exceso y la falta de ejercicio destruyen la robustez; igualmente, cuando comemos o bebemos en exceso, o insuficientemente, dañamos la salud, mientras que si la cantidad es proporcionada la genera, aumenta y conserva. Lo mismo sucede con la moderación, virilidad y demás virtudes.³

Aristóteles nos enseña a encontrar un equilibrio entre el exceso y el defecto, un camino medio entre la desmesura y la insuficiencia. La felicidad duradera se alcanza encontrando y manteniendo este equilibrio, que es la proporción áurea, mientras que la infelicidad es fruto de una descompensación hacia uno u otro extremo.

El mundo que habitamos no siempre es justo, equitativo o razonable. La mitad de la población mundial carece de lo básico para vivir decentemente. Incluso las personas que viven decente u holgadamente sufren a causa de imperfecciones suyas, de otros y de la naturaleza misma de las cosas. Las personas de los países en vías de desarrollo sueñan con tener las oportunidades de las que gozan las sociedades más opulentas. En el mundo desarrollado, incluso las personas más ricas o exitosas expresan frustración por su profesión, su familia, su realización.

Si el universo es un lugar fundamentalmente ordenado, ¿por qué es a veces tan desordenado el mundo humano? Y si el universo es un lugar fundamentalmente caótico o básicamente desordenado, ¿qué podemos hacer para maximizar el orden en los ámbitos humanos? Podemos hacer uso de la facultad de la razón. Si bien es cierto que la razón no puede por sí sola reparar todos los trágicos problemas de la humanidad, ni puede resolver todos nuestros dilemas, su falta contribuirá ciertamente a aumentar nuestras desgracias y no a resolverlas.

Cuando las personas encuentran a otras irracionales, o encuentran el mundo injusto, en realidad están diciendo que determinadas prioridades o acontecimientos parecen estar mal ordenados. ¿En virtud de qué orden deberían estructurarse los valores, las personas y los sistemas? Ésta es una pregunta fundamental que plantea y se plantea nuestra

facultad racional. Como advierte Aristóteles en su *Ética nicomáquea*: «Muy deficiente justificación sería confiar al azar lo más grande y noble que existe.»

La proporción áurea

¿Por qué se inspiró Aristóteles de forma tan ostensible en la geometría, arte deductivo y ciencia espacial, para procurar un marco a su ética? Primero, porque concebía el mundo natural como un lugar sujeto a leyes y orden, y quería que el mundo humano estuviera tan sujeto a leyes y orden como la naturaleza. El interés humano por la ley y el orden, dos nociones afines, es constante. Segundo, Aristóteles percibía la belleza estética de la naturaleza y sabía que se basaba en las «justas» proporciones. Esto inspiró su brillante idea de que las conductas humanas moralmente loables también debían basarse en las «justas» proporciones.

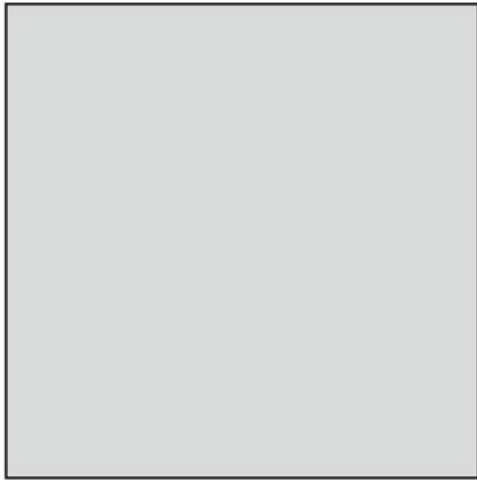
Aristóteles entendía que la naturaleza humana posee potencial tanto para el bien como para el mal y que nosotros somos naturalmente aptos para adquirir costumbres, para bien o para mal. Las buenas costumbres son virtudes; las malas, vicios. Casi todas las personas experimentan ambas cosas en el transcurso de sus vidas. La práctica de costumbres virtuosas conduce a la felicidad; la de costumbres viciosas, a la infelicidad. Y, así, Aristóteles escribió: «De manera que ni naturalmente ni contra natura están las virtudes en nosotros, sino que nosotros somos naturalmente aptos para recibirlas, y por costumbre después las confirmamos.»

Las virtudes no pueden ser impuestas por leyes legisladas ni por órdenes políticos. Las leyes hechas por el hombre pueden burlarse y violarse, pueden ser injustas en su enunciado o en su aplicación, pueden quedar desfasadas o ser anuladas. Por tanto, no se puede permitir que las leyes hechas por el hombre constituyan la base de las conductas morales. En cambio, legislamos contra los vicios cuya práctica deseamos no presenciar en la sociedad civil, pero cada individuo decide si obedece o burla las leyes. Las leyes que sigamos deben reflejar, pero no pueden dictar, nuestra moralidad.

Aristóteles también sabía que el orden moral no podía ser impuesto a una sociedad más de lo que podía ser legislado, pues su imposición sólo puede producirse conjuntamente con la represión del desarrollo individual y la limitación del libre albedrío personal. La moralidad occidental se sustenta enteramente en la facultad individual para decidir y depende de la preferencia de una mayoría por pensamientos, palabras y hechos que sean virtuosos. Imponer la moralidad es una afrenta a su significado mismo. Puede hacerse, aunque sólo mediante la tiranía política. Y Aristóteles sabía que los tiranos no emprendían habitualmente campañas de edificación moral. Los déspotas benevolentes pueden contarse con los dedos de la mano.

Así que Aristóteles acudió a la geometría, como ya había hecho para su física. Se equivocó con la física, pero acertó con la ética. Las virtudes son análogas a formas bien proporcionadas; los vicios, a formas mal proporcionadas. La ética de la virtud aristotélica es una geometría de la moralidad. Su empleo de la proporción áurea no es en absoluto gratuito. Veamos ahora dónde la adquirió.

Suponga que le pido que imagine o dibuje un rectángulo. ¿Conoce su definición? Es una figura cerrada con cuatro ángulos rectos en un mismo plano. Considere cinco rectángulos distintos, ilustrados en la figura 2.1. ¿Cuáles están mejor proporcionados y cuáles lo están peor? El rectángulo 1 es un rectángulo muy especial, cuyos lados son todos iguales. Lo llamamos cuadrado. No es representativo de la infinitud de rectángulos posibles, y no es el que probablemente verá si pide a muchas personas que le dibujen rectángulos. Igualmente, de las infinitas sociedades posibles, no hay ninguna donde las conductas morales de todos sus ciudadanos sean idénticas. Si la hubiera, la llamaríamos «cuadrada», término con que coloquialmente nos referimos a alguien «que está cerrado a las posibilidades creativas». Por eso los desinhibidos franceses llaman a veces *têtes carrées*, o «cabezas cuadradas» a los reprimidos ingleses.⁴ Las relaciones humanas, al igual que la sociedad humana, se abren a las posibilidades creativas debido a las diferencias que existen entre las personas, que pueden expresarse de muchas y variadas formas. Podemos exigir igualdad ante la ley, pero lo hacemos como individuos con gustos distintos y preferencias diversas.



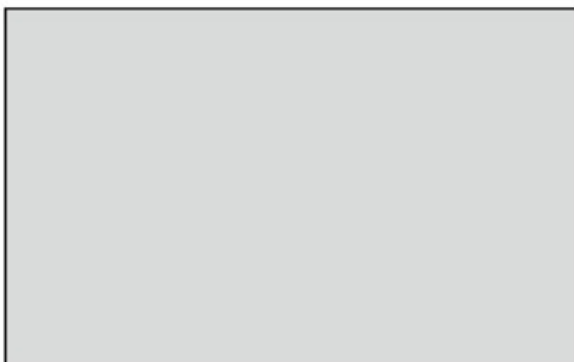
Rectángulo 1



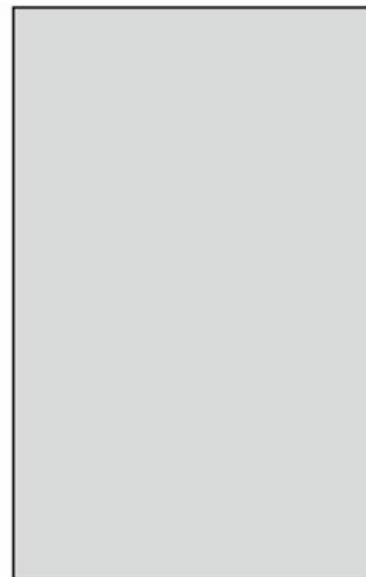
Rectángulo 3



Rectángulo 2



Rectángulo 4



Rectángulo 5

Figura 2.1. Rectángulos diversos.

¿Qué hay del rectángulo 2? Es claramente un rectángulo y no un cuadrado, pero ¿está bien proporcionado? Casi todo el mundo opina que es demasiado largo y no lo suficientemente alto. El rectángulo 3 tiene las mismas proporciones que el 2, sólo que está rotado 90°. Consecuentemente, casi todo el mundo opina que es demasiado alto y no lo bastante ancho. ¿Qué hay de los rectángulos 4 y 5? Casi todo el mundo piensa que están mucho «mejor proporcionados», que guardan un mayor parecido con la figura que ellos compondrían si les pidieran que imaginaran o dibujaran un rectángulo. Da la casualidad de que los rectángulos 4 y 5 están más próximos a las proporciones de la razón áurea. Ésta es una razón muy especial, llamada ϕ (la letra griega «phi»).

La razón áurea es especial porque $\phi = 1/(\phi - 1)$. Esto nos permite dividir cualquier rectángulo áureo en un cuadrado y otro rectángulo áureo, o sumar un cuadrado a un rectángulo áureo y componer un rectángulo áureo más grande. Usted puede repetir estos dos procesos de forma indefinida, pero sólo con esta razón áurea, como ilustra la figura 2.2.

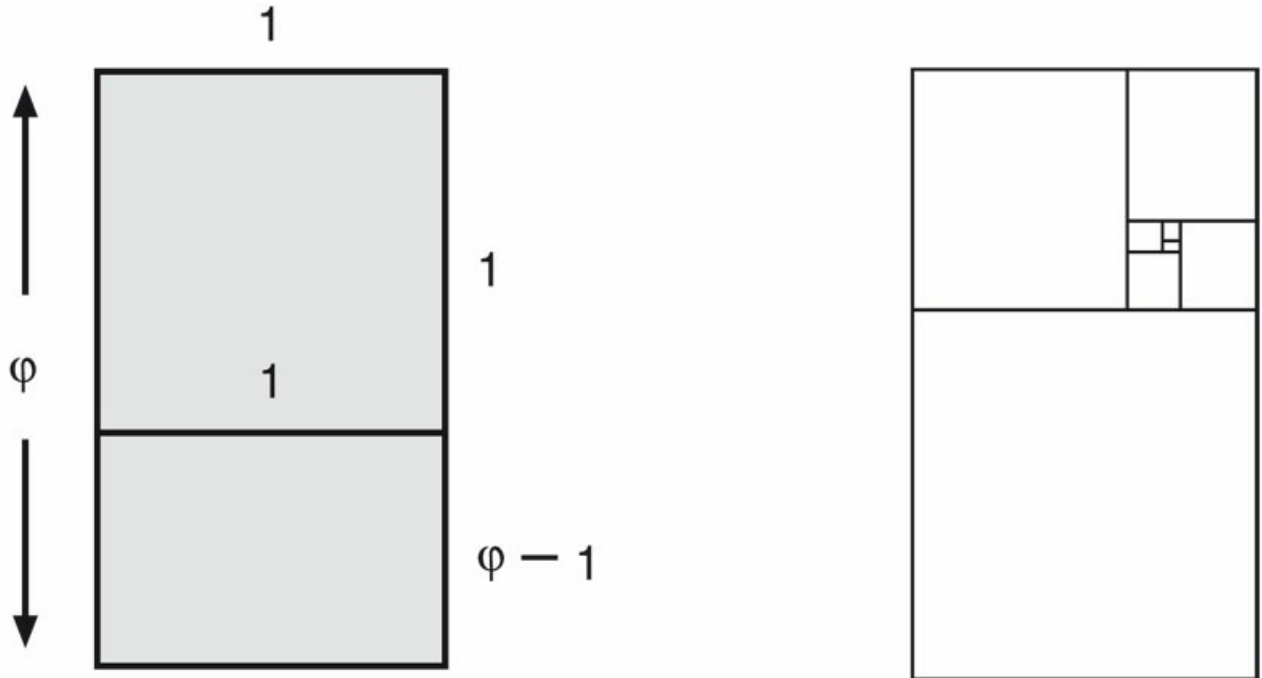


Figura 2.2. La razón áurea.

Aristóteles supo que ϕ era especial; sin embargo, no podía saber cuánto más especial

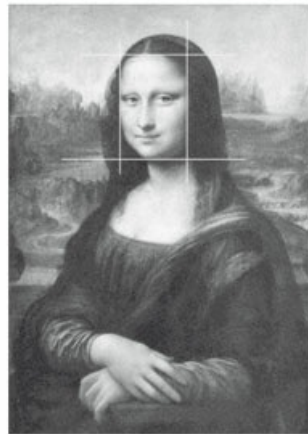
ha demostrado ser. La razón áurea impregna la arquitectura y el arte, de la Grecia clásica al impresionismo francés pasando por el Renacimiento italiano, y los trasciende, accediendo a los ámbitos de la identificación personal, los negocios y el comercio mundial. Observe con mayor atención su tarjeta de la seguridad social, su permiso de conducir, sus tarjetas de visita y sus tarjetas de crédito: todos son rectángulos áureos aproximados. La figura 2.3 ilustra ϕ en algunos de estos muchos contextos.



El Partenón



Monet



Da Vinci



Seurat



Tarjeta Visa

Figura 2.3. Expresiones de la razón áurea, ϕ .

No obstante, esto sólo roza la superficie de ϕ , bajo la cual ésta también conecta con la naturaleza. La razón áurea da origen a la famosa sucesión de Fibonacci, $\{0, 1, 1, 2, 3, 5,$

8, 13, 21, 34, 55,...,} descubierta por Leonardo Pisano Fibonacci (1170-1250). Cada término de la sucesión es la suma de los dos términos anteriores. ¿Cómo surge esto a partir de ϕ ? La figura 2.4 lo ilustra. Comience con un cuadrado unidad y añádale otro cuadrado unidad. Ahora añada un cuadrado cuyo lado tenga la longitud de los dos cuadrados anteriores juntos. A continuación, siga añadiendo cuadrados según esta regla (el concepto puede resultarle más fácil de comprender si mira la figura 2.4) y se irá aproximando cada vez más a las proporciones del rectángulo áureo. Esto equivale a decir que las razones sucesivas de los números de Fibonacci se aproximan más y más a la razón áurea: la sucesión $2/1, 3/2, 5/3, 8/5, \dots$, converge en ϕ . Si usted prefiere el álgebra a la geometría, vea la figura 2.5.

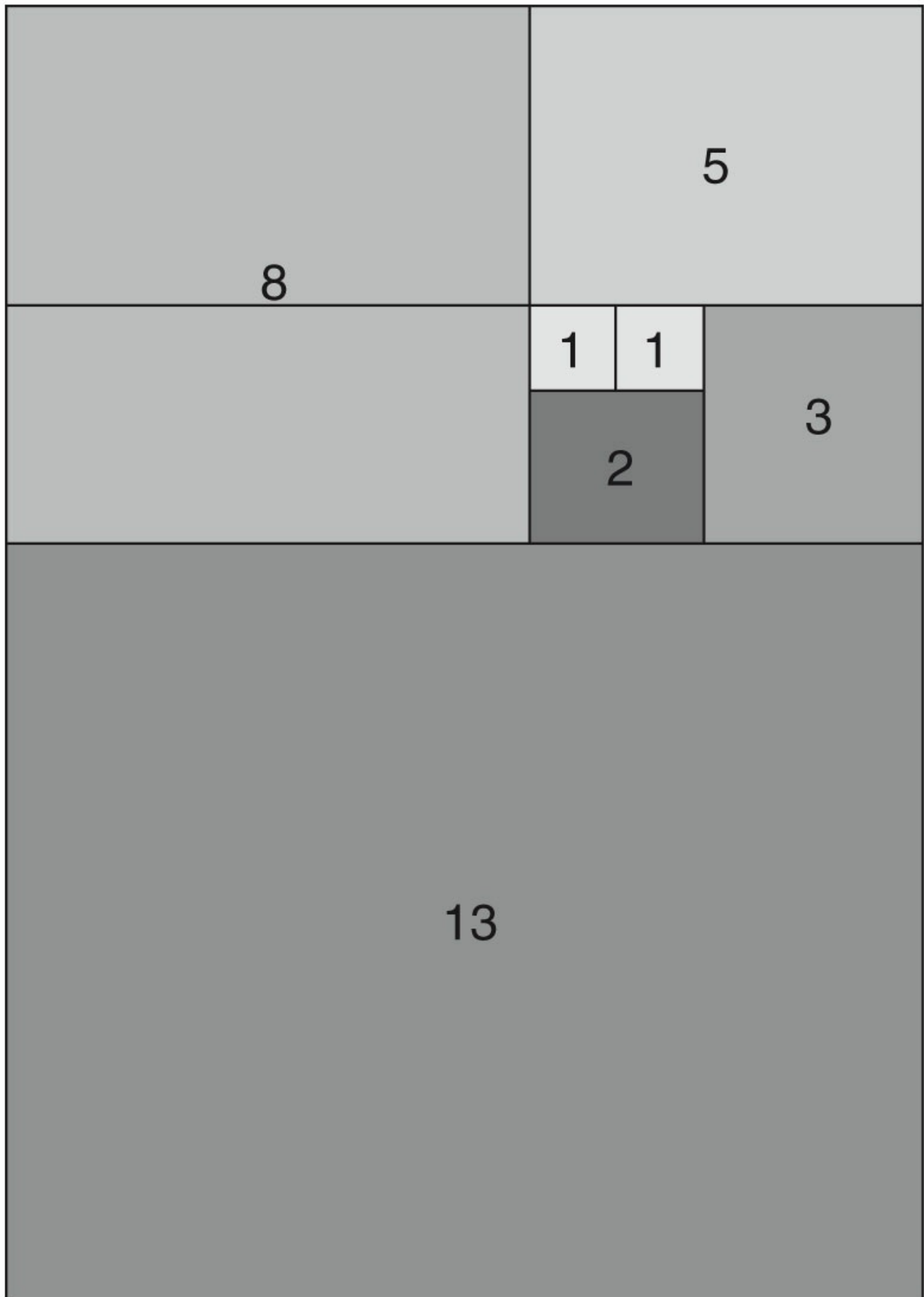


Figura 2.4. La sucesión de Fibonacci expresada geométicamente.

Hay más. Si usted traza ahora un arco en cada uno de los cuadrados de la figura 2.4, obtendrá una espiral de Fibonacci, tal como ilustra la figura 2.6. Esta espiral es uno de los moldes preferidos de la naturaleza para crear pautas por doquier. De las conchas y galaxias espirales a las hojas, ramas y pepitas en espiral de innumerables especies vegetales, de las horcaduras de los árboles a las lenguas bifurcadas de los rayos, la sucesión de Fibonacci está presente en la totalidad de la naturaleza. Para ejemplos, vea las figuras 2.7 a 2.10. La sucesión de Fibonacci también se encuentra en las teclas de un piano y en las composiciones de Mozart. La filosofía, la geometría, la música y la naturaleza se hallan todas entrelazadas, y de más formas que las conocidas. Trataremos unas cuantas en el capítulo 5.

$$\begin{aligned}
\varphi^2 &= \varphi + 1 \\
\varphi^3 &= 2\varphi + 1 \\
\varphi^4 &= 3\varphi + 2 \\
\varphi^5 &= 5\varphi + 3 \\
\varphi^6 &= 8\varphi + 5 \\
\varphi^7 &= 13\varphi + 8 \\
\varphi^8 &= 21\varphi + 13
\end{aligned}$$

Figura 2.5. La sucesión de Fibonacci expresada algebraicamente.

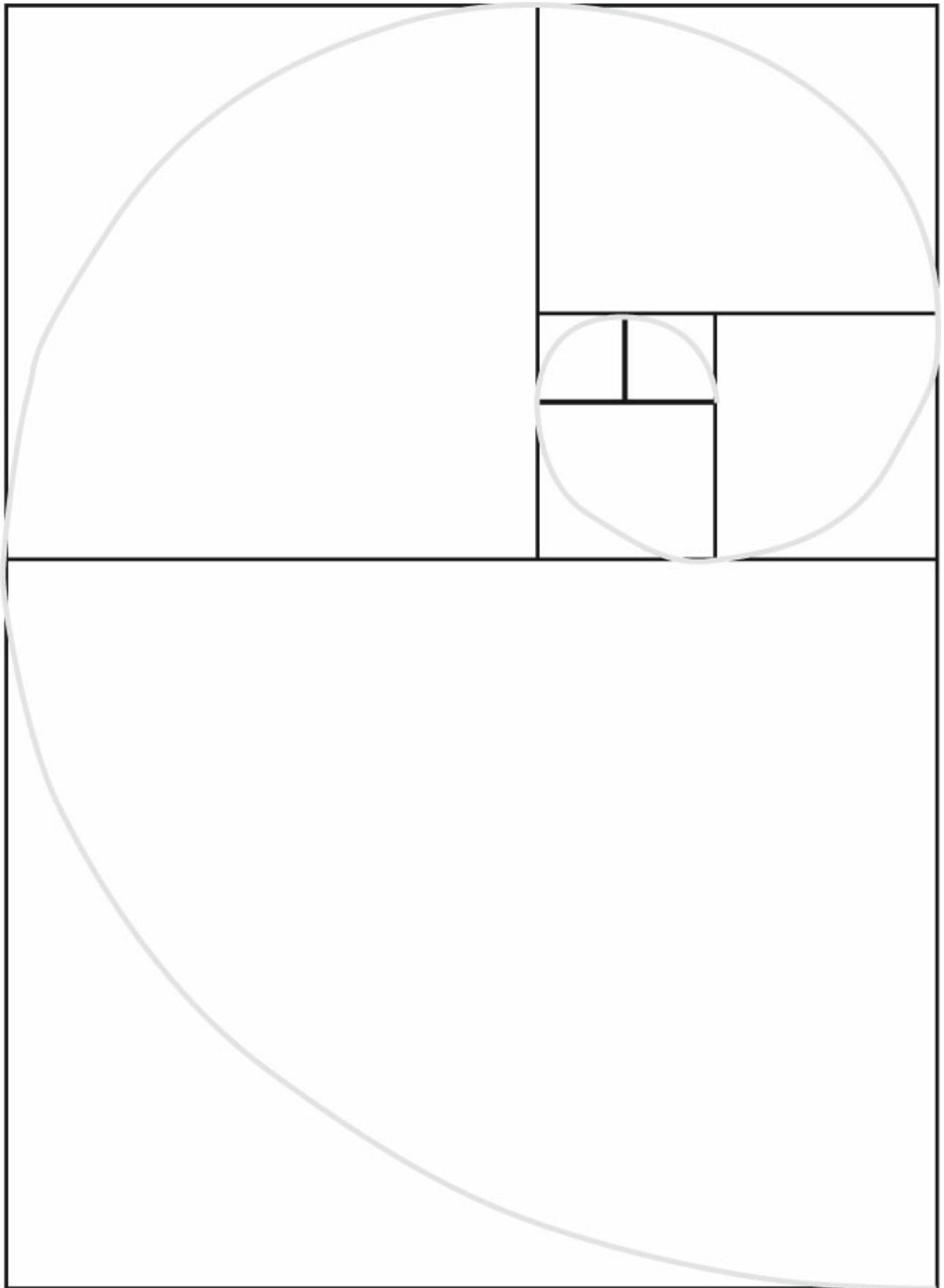


Figura 2.6. La espiral de Fibonacci.

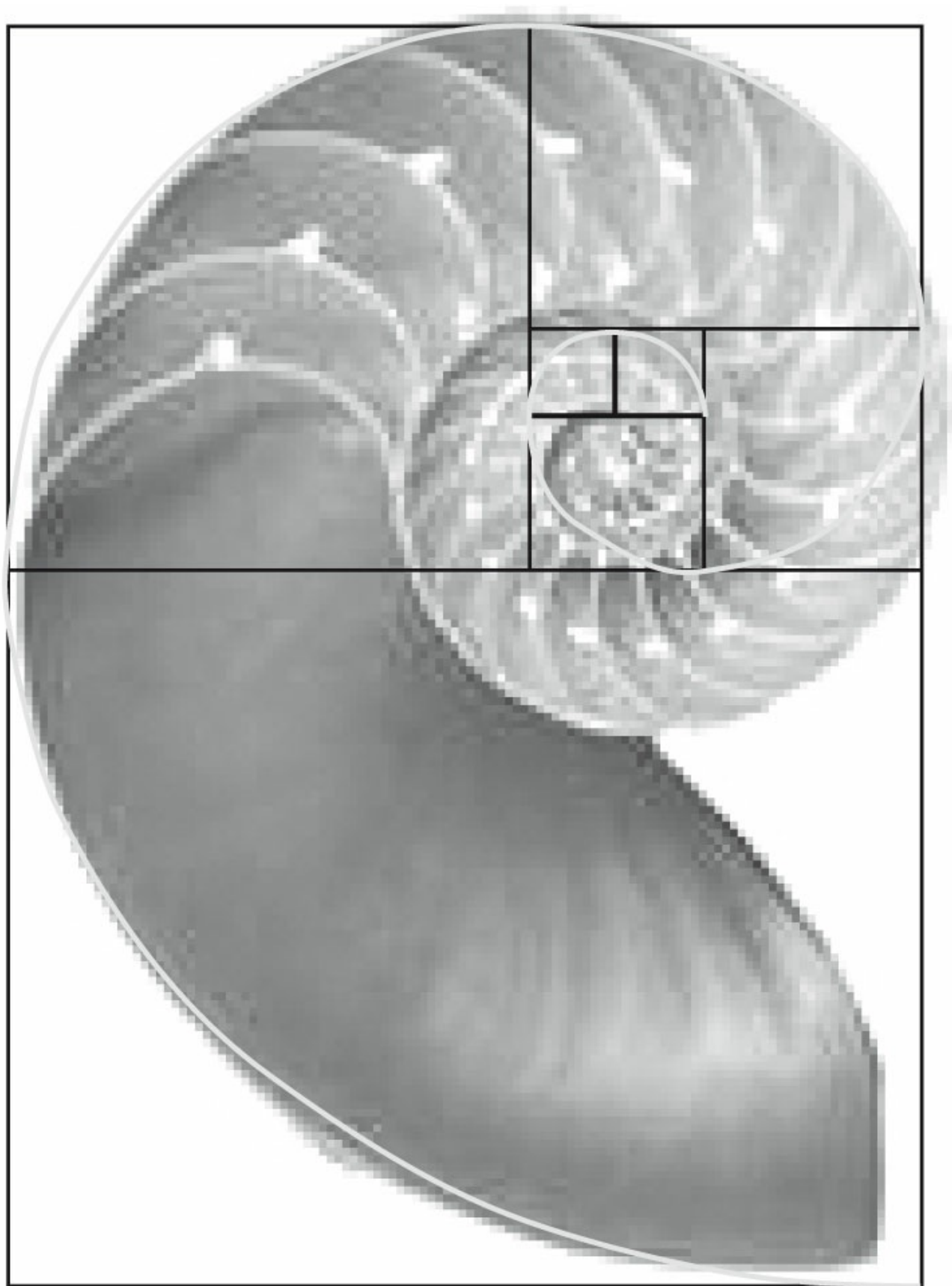


Figura 2.7. La espiral de Fibonacci en una concha de nautilo.

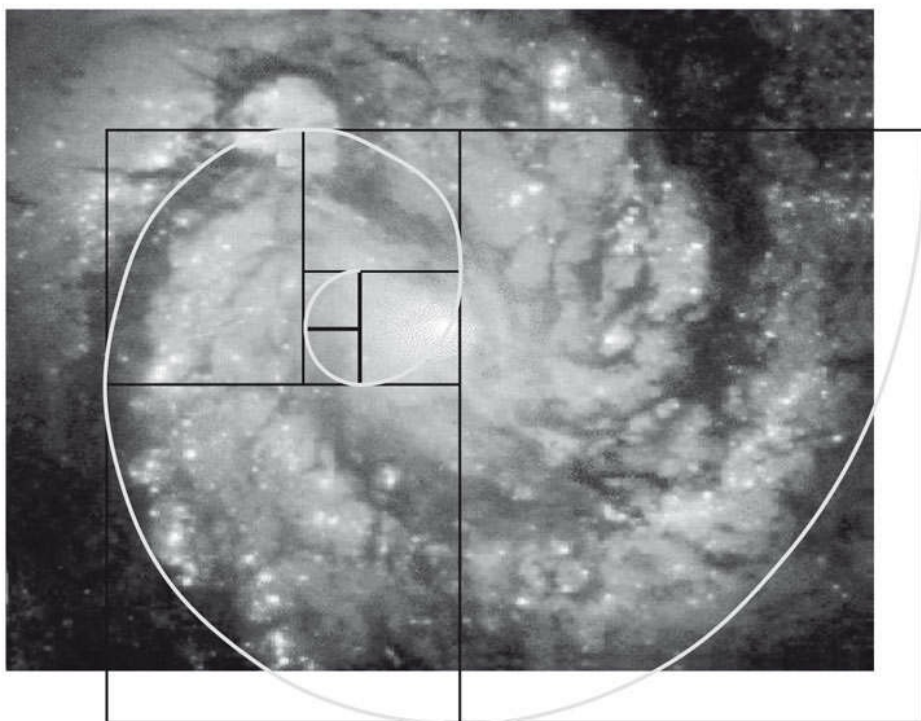
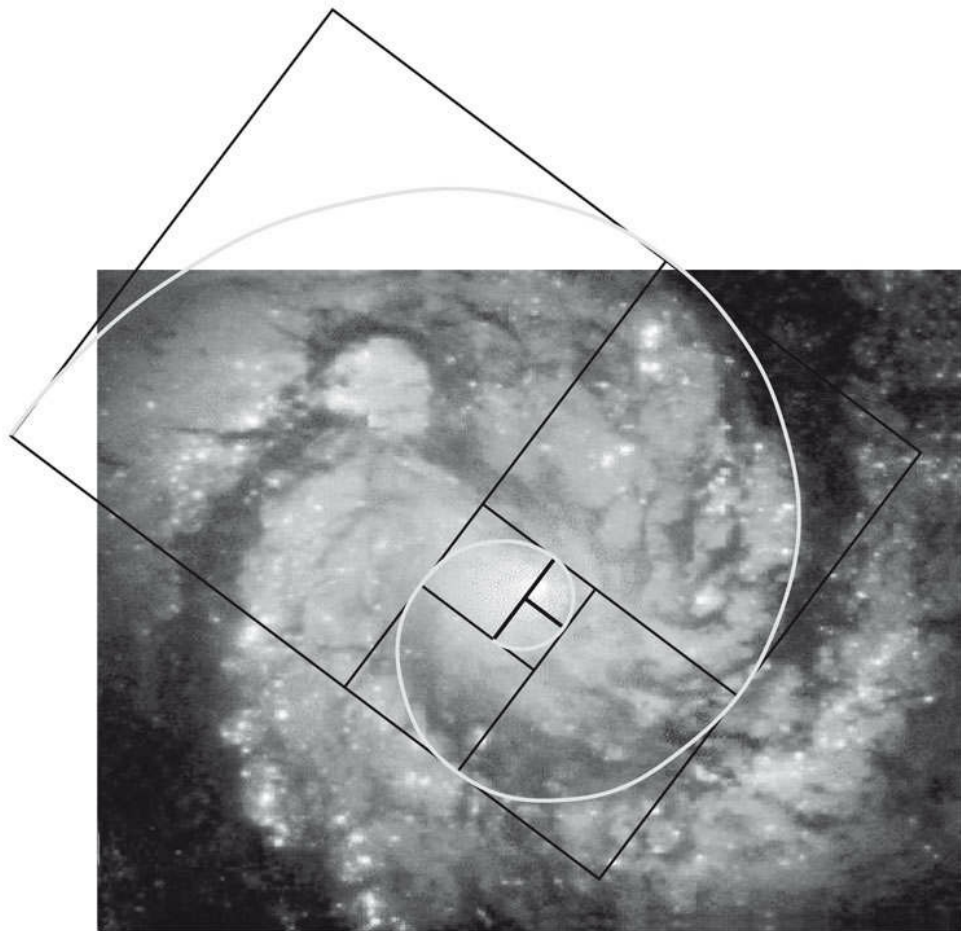


Figura 2.8. La espiral de Fibonacci en la galaxia espiral M100.

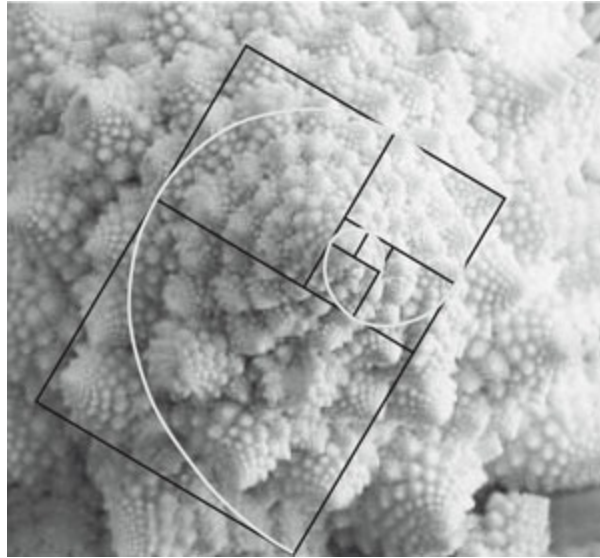


Figura 2.9. La espiral de Fibonacci en una coliflor.

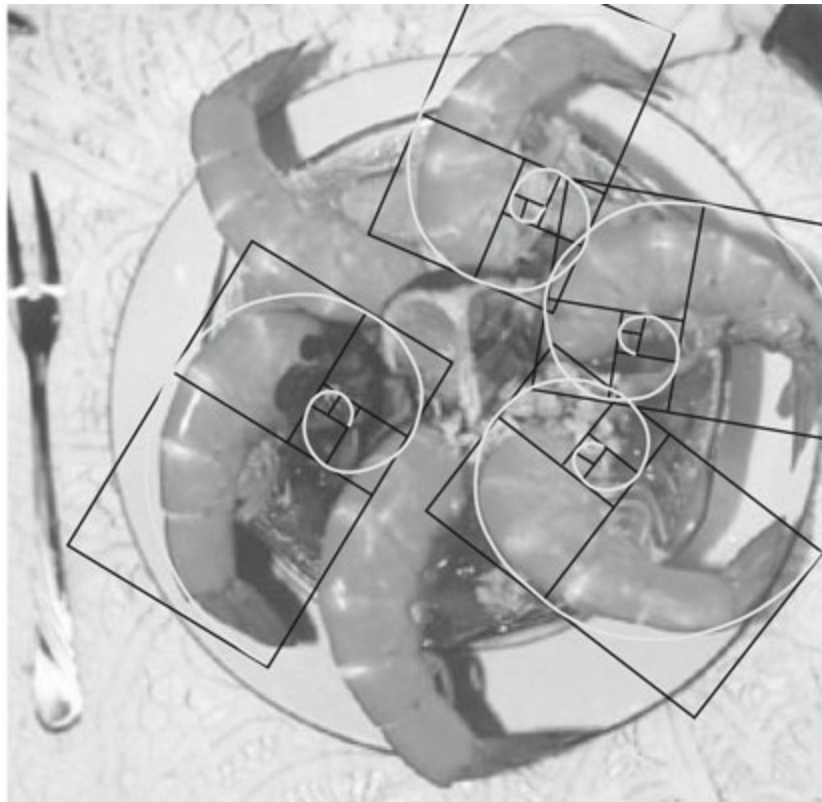


Figura 2.10. La espiral de Fibonacci en un cóctel de gambas.

Por ahora, es evidente que tanto bajo las formaciones naturales como bajo la música y la estética hay sencillas pautas geométricas. A finales del siglo XX, los psicólogos descubrieron la «geometría de la belleza». Los bebés reconocen instantáneamente y miran durante más tiempo caras que la mayoría de adultos consideramos más «bellas» y durante menos tiempo caras que la mayoría de adultos consideramos menos «bellas». La belleza y su reconocimiento son atributos humanos innatos, independientes de la raza, la étnia o incluso la edad. La belleza resulta ser una cuestión de proporción. Las personas que se someten a intervenciones de cirugía estética para mejorar su aspecto están, de hecho, equilibrando las proporciones de una o más de sus facciones para mejorar la proporción global de su rostro. El descubrimiento de la geometría de la belleza también refuerza la proporción áurea aristotélica de la moralidad, puesto que la ética y la estética a menudo se han agrupado y relegado al dominio de la pura subjetividad, sin ningún asidero en el mundo de las mediciones objetivas. La geometría de la belleza se ilustra en la figura 2.11.

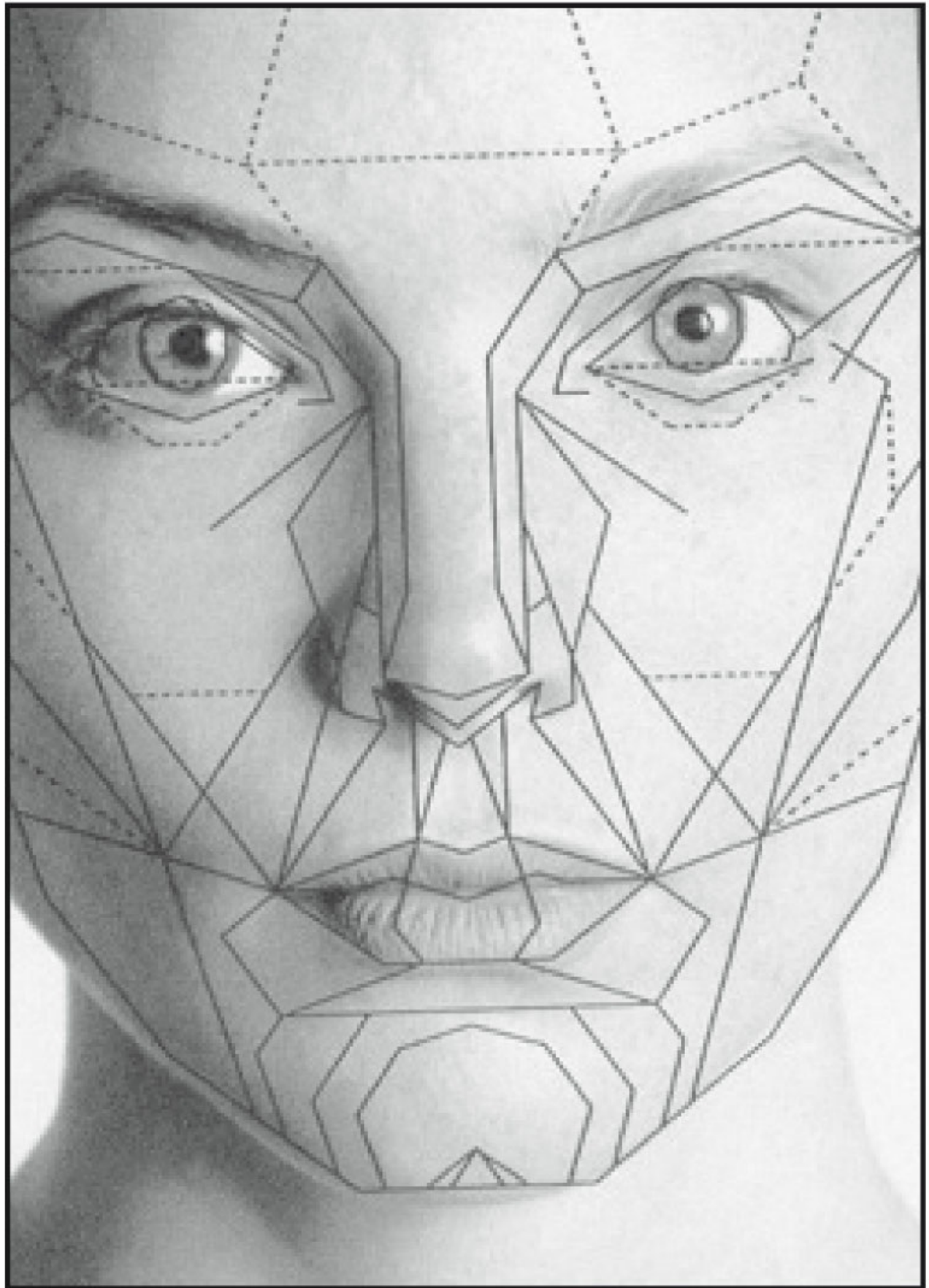


Figura 2.11. Geometría de la belleza.

«Los cánones de belleza pueden estar relacionados
con proporciones matemáticas naturales
que han cautivado al hombre a través de las culturas
desde el principio de los tiempos, tales como la razón áurea.»
www.ocf.berkeley.edu/~www/psychology/attraction.shtml.

Imprecisión y moderación; terrorismo y tolerancia

Aristóteles reparó en que no podemos medir las cualidades morales con la misma precisión que las físicas: «Así pues, todo conocedor evita el exceso y el defecto, y busca el término medio y lo prefiere; pero no el término medio de la cosa, sino el relativo a nosotros.» Deberíamos comer, beber y dormir con moderación; pero el ajuste de las proporciones, la localización del «término medio» virtuoso, depende de cada individuo. La proporción áurea de la moralidad se alcanza logrando un término medio entre dos extremos: el exceso y el defecto, la desmesura y la insuficiencia. No obstante, puesto que todos tenemos gustos, preferencias y capacidades distintos, no habrá dos personas para las cuales el término medio sea idéntico.

En lugar de concebir el bien y el mal como dos fuerzas cósmicas opuestas enfrentadas en una perpetua lucha titánica (una visión que ha perdurado desde los zoroastras de Persia hasta *La guerra de las Galaxias* del Hollywood moderno), y en lugar de concebir la «bondad» como una esencia que emana de la forma pura de «Lo bueno» (como enseñaba Platón), Aristóteles sugería que la bondad es fruto de practicar las virtudes y que la mayoría de las virtudes se practica siguiendo un término medio (la proporción áurea) entre dos extremos viciosos.

Una virtud clásica es la templanza, que comúnmente significa ejercer la moderación en lo que consumimos. Por ejemplo, ¿cuánto alcohol debería usted beber? Hay distintas formas de aproximarse a la proporción áurea. Una forma consiste en calcular el promedio de lo que consume. Por ejemplo, usted puede no beber nada de alcohol durante la semana y salir a emborracharse todos los fines de semana. Esto equivale a alternar el vicio de la abstención con el vicio de la desmesura, pero genera un consumo que parece virtuoso en su conjunto. Usted también puede beber cantidades moderadas de alcohol a diario, consumiendo un vaso de cerveza o una copa de vino con la cena. En ambos casos, está evitando los auténticos extremos que Aristóteles llamaría vicios: el extremo del alcoholismo, por una parte, y el extremo de ser abstemio, por otra.

Las personas que, por un motivo u otro, desarrollan una toxicomanía o adicción no

son capaces de un consumo moderado y, por tanto, deben abstenerse. Los alcohólicos no pueden beber ni una sola copa; los adictos a la nicotina no pueden fumar ni un solo cigarrillo; los ludópatas no pueden comprar ni un solo boleto de lotería. Una vez que empiezan, les resulta imposible parar. Así que no deben empezar en primer lugar. Aristóteles también contempló este estado, en el que no podemos hallar una proporción áurea y estamos, por tanto, obligados a elegir lo que él llamó «el menor de dos males». El extremo de la abstención es normalmente un vicio menor que el extremo de la adicción (de igual forma que los pecados por omisión son menores que los pecados por acción) y, no obstante, la abstención continúa siendo un extremo.

Las culturas a menudo intentan prohibir lo que ellas llaman «vicios» imponiendo la abstención, habitualmente mediante la ilegalización o proscripción religiosa de sustancias o prácticas temidas. Aristotélicamente hablando, esta conducta puede tornarse un vicio en sí misma, entre otras cosas impidiendo que las personas hallen su propio término medio virtuoso. La ley seca de Estados Unidos fue uno de estos ejemplos; en el cual una minoría de abstemios manipuló al gobierno federal para que ilegalizara la fabricación y venta de alcohol, poniéndolo de esta forma (como era de prever) en manos del crimen organizado. (La ley seca fue revocada en 1934.)

No obstante, en el otro extremo, el de la adicción, personas ebrias se ponen al volante de sus vehículos y destruyen vidas de forma irresponsable. En las carreteras estadounidenses hay más de 50.000 accidentes mortales al año, y en muchos de ellos participan conductores borrachos. Conducir ebrio es un delito en Estados Unidos, un abuso de la libertad personal que pone a otros innecesariamente en peligro; pero se incide más en la acción judicial que en la prevención. La proporción áurea evita ambos extremos, la prohibición y la falta de inhibición, y consiste en el consumo responsable de cantidades moderadas de alcohol.

Cuánto se beba exactamente, entre estos dos extremos, depende una vez más de cada individuo. Como explica Aristóteles: «Llamo término medio de una cosa al que dista lo mismo de ambos extremos, y éste es uno y el mismo para todos; en relación con nosotros, al que ni excede ni se queda corto, y éste no es ni uno ni el mismo para todos.» Así, por ejemplo, si buscamos un punto que esté situado entre cero y noventa grados, todos coincidiremos en que es cuarenta y cinco grados. Pero si todos consumimos alcohol moderadamente a lo largo de una semana, no habrá dos de nosotros que beban exactamente las mismas cantidades ni las mismas bebidas. La virtud de la moderación es aplicable a todos nosotros, pero cómo se aplique a las costumbres dependerá de cada individuo.

¿Qué hay pues de las religiones que predicán o imponen diversas clases de

abstención? El islam prohíbe consumir alcohol; el hinduismo prohíbe comer carne de vaca; el judaísmo y el islam prohíben comer cerdo; algunas sectas budistas prohíben ingerir estupefacientes de cualquier tipo, incluidos los medicamentos analgésicos; los testigos de Jehová prohíben las transfusiones de sangre; algunas órdenes sagradas cristianas (entre otras) prohíben el matrimonio. La proscripción religiosa es un tema polémico, y los helenos también la conocían bien; ellos incineraban a sus muertos y les horrorizó encontrar otras tribus que se comían a los suyos. Como dijo Heródoto, «la costumbre es el rey».

Quienes viajan regularmente de un barrio de la aldea global a otro se topan con extremos aparentemente irreconciliables de este tipo. Un mes de abril, yo me encontraba en El Cairo, una ciudad con más de 20 millones de habitantes, donde el consumo de alcohol está en su mayor parte limitado a un minúsculo barrio que posee unos cuantos restaurantes con bar de corte europeo. Más tarde ese mismo mes, terminé en Nueva Orleans, una ciudad donde el alcohol había fluido en otros tiempos con mayor abundancia que el caudaloso Misisipí (y espero que pronto vuelva a hacerlo). Es extremadamente difícil encontrar algo que beber en El Cairo a cualquier hora del día, y extremadamente difícil no hacerlo en Nueva Orleans a cualquier hora del día, cualquier día de la semana. ¿Cómo reconciliamos eso? No haciendo un llamamiento a la moderación, lo cual no surtiría efecto en ninguno de los dos sitios.

Para reconciliar estos extremos, debemos apelar a otra virtud: la tolerancia. La voz de la tolerancia dice tres cosas: primero, yo debería ser libre de optar por abstenerme de beber alcohol, pero no libre de imponerle mi elección a usted. Segundo, yo debería ser libre de optar por beber más de la cuenta (siempre que no ponga en peligro a otros), pero no libre de imponerle mi elección a usted. Tercero, yo debería ser libre de optar por beber con moderación, pero no libre de imponerle mi elección a usted.

Entre muchas metrópolis modernas, Nueva York da claras muestras de toda clase de extremos tolerantes. Usted puede visitar barrios musulmanes fundamentalistas donde no se vende ni consume alcohol; sin embargo, estos barrios no engendran extremistas intolerantes que matan a alcohólicos para protestar contra el consumo excesivo ni destrozan licorerías para protestar contra la moderación. También puede visitar las calles donde se refugian los vagabundos y borrachos que basan su vida en el consumo constante de alcohol. No obstante, estos alcohólicos no abordan a ningún musulmán por la calle, intentando arrastrarlo a la bebida. También puede visitar millares de restaurantes y millones de hogares en los que el alcohol se consume con moderación, pero no se impone. Muchos neoyorquinos, si no la mayoría, beben con moderación, pero no imponen moderación a nadie. La moderación se elige libremente y se puede practicar de forma responsable. Es mucho más difícil practicar el extremismo de manera responsable,

pero los extremos tolerantes son mucho menos dañinos que los intolerantes.

Los alcohólicos heredan o se imponen una enfermedad devastadora, convirtiéndose en esclavos del alcohol; por lo cual no se puede confiar en que actúen de forma responsable mientras no comiencen a recuperarse. Los alcohólicos pueden destruirse a sí mismos, perjudicar a sus familias y matar a otras personas si se ponen al volante. No obstante, no imponen su alcoholismo a nadie, ni se inmolan en barrios musulmanes para protestar contra la abstinencia ni en lugares públicos para protestar contra la moderación. Y, no obstante, los extremismos religiosos y políticos sí imponen abstinencias a todo el mundo, precisamente porque no están dispuestos a tolerar la moderación. Por eso no escogió Al Qaeda el barrio francés de Nueva Orleans como objetivo de sus atentados del 11-S. No estaba atacando su extremo opuesto: un consumo excesivo de alcohol; estaba atacando algo mucho más importante: la cultura de la moderación, que tolera ambos extremos.

La virtud de la moderación puede tolerar extremos tolerantes que se eligen voluntariamente, pero que no tratan de imponerse por la fuerza a los demás. Sin embargo, la virtud de la moderación no puede tolerar los extremos intolerantes, porque éstos utilizan la tolerancia de la moderación como un arma contra ella misma. Los extremistas no atacan nuestros vicios, sino nuestras virtudes, tales como la moderación en la libertad, confianza y tolerancia que concedemos a nuestros congéneres. La moderación y la tolerancia fueron los principales objetivos de los atentados del 11-S, al igual que lo son en todos los bombardeos suicidas de esta clase, sean grandes o pequeños.

Practicantes del budismo, tanto del Tíbet como del sureste asiático o Japón, buscaron y hallaron refugio político y posibilidades creativas en el moderado y tolerante Occidente. En cierto sentido (por el camino medio), el budismo es lo opuesto del terrorismo: concibe la vida humana como un valioso regalo, no como un instrumento de asesinato suicida. En todas las capitales del moderado y tolerante Occidente —Washington D. C., Ottawa, Londres, París, Madrid, Lisboa, Amsterdam, Berlín, Roma y Jerusalén, entre muchas otras— es posible hallar budistas entonando diariamente cantos en favor de la paz. Cuando encuentre budistas entonando diariamente cantos a favor de la paz en Casablanca, Argel, Trípoli, Jartum, El Cairo, Damasco, Ramala, Ammán, Bagdad, Riyadh, Teherán, Islamabad y Kabul entre otros lugares, sabrá que sus cantos habrán surtido, en parte, el efecto deseado: instaurar la paz en el mundo. Entretanto, la tolerante moderación de Occidente ha contraído una considerable deuda con la proporción áurea de Aristóteles.

El proceso central de la ética aristotélica, como hemos mencionado, consiste en

alcanzar la felicidad desarrollando nuestro potencial y cultivando nuestras virtudes, conforme a la moderación. Éste es también un rasgo distintivo del individualismo occidental, ya que presupone que todos poseemos talentos y habilidades diferentes y que nos realizamos en esta vida desarrollando nuestros talentos únicos y perfeccionando nuestras habilidades concretas, una vez más en conformidad con la virtud. El concepto aristotélico de realización individual requiere la tolerancia de la no uniformidad e incluso de la no conformidad en una sociedad dada, para que las personas puedan expresar su individualidad. Aristóteles escribió: «Porque tanto el carpintero como el geómetra investigan el ángulo recto desde varios puntos de vista: el primero lo efectúa en cuanto que el ángulo recto le es útil para su trabajo; mientras que el segundo inquiere lo que es o qué género de cosa es, porque es espectador de la verdad.» Qué atractivas son las *Éticas* de Aristóteles: nos invitan a contemplar el mayor espectáculo del mundo, la verdad.

Carpinteros y geómetras pueden ambos realizarse, pero, de igual forma que difieren sus talentos e intereses, también varía su instrumental. El carpintero necesita componer ángulos rectos utilizando madera para poder fabricar muebles o viviendas, mientras que el geómetra necesita comprender las propiedades abstractas de los ángulos rectos utilizando ideas para poder fabricar teoremas y demostraciones. El carpintero y el geómetra son idénticos en valía moral; no obstante, el modo en que practican sus virtudes es distinto.

Movimiento hacia una reforma moderada

Si Aristóteles viviera, y si estudiara la historia occidental, observaría un movimiento gradual en casi todas las religiones mundiales que lleva siglos produciéndose, un movimiento de la ortodoxia a la reforma, de menos a más tolerancia, de menos a más libertades individuales. Los fundamentalistas religiosos, de cualquier religión, prefieren interpretar sus doctrinas y observar sus leyes de un modo estricto o ultraortodoxo. Esto no supone un problema, siempre y cuando su libertad para hacerlo esté garantizada por una autoridad política laica que también los obligue a ser tolerantes con ortodoxias religiosas distintas a la suya y con los fieles reformados de su propia doctrina. En este contexto de tolerancia, el fundamentalismo religioso es ortodoxo pero no fanático.

Son principalmente los fanáticos religiosos (y políticos) los que no pueden tolerar doctrinas distintas a las suyas. Los fanáticos son peligrosamente intolerantes, y a veces incluso violentos, con las creencias ajenas; mientras que los fundamentalistas están apasionadamente comprometidos con sus propias creencias, pero por lo general no suponen ninguna amenaza para quienes profesan una fe distinta. Yo vivo en un condado del estado de Nueva York habitada por comunidades de judíos fundamentalistas, cristianos fundamentalistas y musulmanes fundamentalistas, así como por moderados y

agnósticos convencidos, ninguno de los cuales molesta, amenaza ni perjudica a los demás en ningún sentido. Se saludan con respeto y tolerancia en los lugares públicos. Además, algunos son buenos vecinos de todos. Aristóteles diría que esto se debe, no a que tengan que responder ante sus dioses en el otro mundo, sino a que deban hacerlo ante autoridades políticas laicas en éste, autoridades cuyas leyes les garantizan una vida decente en este mundo, para así poder (si lo desean) consagrarse, en un entorno de paz y seguridad, a su preparación para la otra.

La propia reforma religiosa ha alcanzado ahora el otro extremo en Occidente, cuyas sociedades, de América del Sur o del Norte a Europa, se han liberalizado tanto que millones de sus habitantes carecen por completo de fe religiosa. Esto los hace extremadamente vulnerables a la anarquía moral, por una parte, y a las cruzadas políticas, por otra. Aristóteles habría lamentado este extremo tan profundamente como el otro.

¿Todo con moderación?

¿Están todas las conductas humanas sujetas a la proporción áurea de Aristóteles? ¿Permite Aristóteles cualquier cosa hecha con moderación? Por supuesto que no. Después de exponer su regla del término medio, Aristóteles se apresura a nombrar sus excepciones: actos que no pueden ser nunca virtuosos, aunque se realicen con moderación. El asesinato, el robo, la calumnia y el adulterio se cuentan entre los actos proscritos por la ética de la virtud aristotélica. Destruir vidas con moderación, robar con moderación, mentir con moderación, cometer adulterio con moderación no puede ser ético en el sistema aristotélico. Fíjese en cómo ha anticipado o reinventado Aristóteles algunas de las normas que caracterizan los códigos de conducta de las religiones abrahámicas, entre otras religiones organizadas. La cuestión es que, en la ética aristotélica, al igual que en la budista y la confuciana, estas leyes no han sido decretadas por un dios, sino descubiertas por el hombre. Esto ilustra una importante coincidencia entre las cuestiones racionales y las religiosas.

La ciencia occidental, iniciada por Aristóteles, y la religión occidental, iniciada por las doctrinas abrahámicas, han estado tanto aliadas como enfrentadas durante su largo desarrollo. El fanatismo cristiano ha impedido reiteradamente el progreso científico tanto en Europa como en Estados Unidos y, no obstante, la alianza entre las hebras judeocristiana y helénica de la civilización occidental ha producido avances científicos y tecnológicos sin precedentes, no igualados por las otras grandes civilizaciones. Esto refleja la verdad taoísta de que tener una fuerte convicción religiosa y llevar a cabo una búsqueda escéptica de la verdad son complementarios en el ser humano.

Las culturas que hacen demasiado hincapié en la religión y demasiado poco en la ciencia no se desarrollan por vías que permiten el pleno desarrollo humano. Éste es un problema que afligió enormemente a las culturas cristianas fanatizadas de Europa hace unos cuantos siglos, de igual forma que aflige hoy a las culturas islámicas fanatizadas. Por otra parte, hacer demasiado hincapié en la ciencia y no suficiente en la religión crea una clase de desequilibrio distinta, exacerbando el materialismo y atrofiando la espiritualidad. Aristóteles elogiaría sin ninguna duda la alianza de la fe y la razón que estimuló la genialidad científica de Newton, Darwin y Einstein, todos los cuales creyeron con devoción, aunque cada vez más en contra de la moda, en un poder superior al intelecto humano. Una vez más, la proporción áurea es una guía útil para nivelar estas dos poderosas fuerzas, fe y razón, que están siempre presentes y a menudo reñidas en la conciencia humana.

Sea como fuere, las éticas de la virtud de los filósofos abc coinciden con la moralidad de las religiones abrahámicas en su condena de actos perniciosos tales como el asesinato, el robo y el adulterio. Definir las normas morales correspondientes y sus excepciones no es tarea fácil.

Realización, mérito y trabajo

La proporción áurea de Aristóteles procura una brújula moral con la que los individuos pueden navegar por sus vidas cotidianas. ¿Cuál es el destino de tal viaje? Para Aristóteles, la principal finalidad de practicar las virtudes es ésta: nos ayudan a realizarnos en la vida. De hecho, Aristóteles, Buda y Confucio coinciden todos en este punto fundamental. A diferencia de las plantas y otros animales, los seres humanos poseemos una capacidad única para realizarnos, una capacidad que va más allá de fotosintetizar la luz solar como hacen las plantas y de satisfacer los apetitos como hacen los animales. De entre todos los seres vivos de la Tierra, únicamente los humanos experimentamos emociones extremas que nos llenan de júbilo o nos hunden en la desesperación. No obstante, también somos capaces de alcanzar una felicidad duradera, de una clase desconocida para la flora y la fauna. Aristotélicamente hablando, existe una clase de felicidad «sostenible» o perdurable que no depende de cosas externas ni de otras personas, sino de la mejora personal a través de la práctica de la virtud. El término aristotélico para esta felicidad sostenible es «eudemonia».

Nadie puede arrebatarse esta clase de felicidad sostenible. Usted puede perder a su familia, su empleo, su coche, sus posesiones, incluso la vida. Pero no puede perder su realización. Si muere realizado, ha tenido una vida buena; la mejor vida posible, según Aristóteles.

Si reflexiona sobre formas de felicidad más superficiales y transitorias, comprenderá mejor la realización aristotélica. Si usted piensa que «felicidad» significa placer o euforia, seguro que no habrá tardado en familiarizarse con la infelicidad. La mayoría de las personas que buscan la felicidad a través del placer y la euforia se sienten cada vez más desgraciadas. Esto es demostrable en muchos ámbitos distintos. Los psicólogos y economistas, por ejemplo, lo plantean como una ley de rendimientos decrecientes. Suponga que toma su sopa preferida para cenar. Está riquísima, y eso le hace feliz. Suponga que la vuelve a tomar a la noche siguiente. Estará ligeramente menos rica, y le hará ligeramente menos feliz. Si continúa así, su plato «preferido» pronto dejará por completo de hacerle feliz, aunque siga saciando su apetito físico. Usted se siente ahído, pero insatisfecho. Además, puede incluso comenzar a perder interés por él e incluso comenzar a odiarlo, porque ya no le procura la realización que usted espera. Fíjese que este plato no ha cambiado en lo más mínimo: es su deseo de él lo que se ha transformado en aversión, su placer lo que se ha convertido en displacer, irónicamente, al ser satisfecho. La moraleja es que obtener lo que quiere puede hacerle realmente infeliz.

Lo mismo ocurre con el amor erótico, y con su expresión en el interminable ciclo de relaciones humanas que pueden empezar tan bien y terminar tan mal. También sucede con la ambición o la avaricia, o con cualquier apetito que necesita ser saciado por algún medio ajeno a uno mismo. De esta forma, se pueden obtener un placer o una euforia temporales; pero éstos nunca duran mucho, y a menudo conducen a más displacer que placer, o más disforia que euforia. ¿Por qué? Porque, explicaría Aristóteles, las personas que buscan la felicidad fuera de sí mismas no pueden realizarse de esta forma. El placer momentáneo no es lo mismo que la alegría duradera.

Estados Unidos es el país más rico de la Tierra y, no obstante, alberga a algunas de las personas más infelices del mundo. ¿Por qué? Ante todo, porque el concepto estadounidense de felicidad es profundamente no aristotélico. El conocido preámbulo de la Constitución de Estados Unidos garantiza a sus ciudadanos el derecho inalienable a la «vida, la libertad y la *búsqueda de la felicidad*». He puesto esta frase en cursiva para recalcar su fallo. La felicidad no es un objeto que se pueda buscar, como tampoco es una presa que se pueda atrapar. Al contrario, las personas que buscan la felicidad terminan atrapando infelicidad. La virtud y el mérito están dentro de usted, no fuera. Su realización procede del cultivo de estos atributos, no de su deseo de atrapar el espejismo de la felicidad. Además, y en contraste con las religiones providenciales, los filósofos abc enseñan que es posible realizarse en esta vida. El Cielo y el Infierno están aquí en la Tierra; y en cualquier instante usted puede experimentar la alegría y la paz de la realización perdurable o, si lo prefiere o insiste en ello, el tormento y las contradicciones de la insatisfacción perdurable.

Aristóteles, que era un optimista, se centró en la importancia de las costumbres virtuosas, aunque sabía (por Sócrates, a través de Platón) que cualquier talento puede servir a buenos o malos propósitos. El talento no asegura por sí solo la bondad. Los delincuentes pueden ser muy hábiles en la perpetración de delitos dolorosos; por ejemplo, los asesinos en serie o los genocidas son expertos en segar vidas. Ahora bien, su pericia se canaliza por vías perniciosas. Su «pericia» es moralmente deplorable y habitualmente depravada, lo opuesto a la noción aristotélica de *areté*: mérito y virtud.

Como hemos visto, Aristóteles es prácticamente igualitarista en este sentido: sostiene que todo el mundo tiene algún talento, algún mérito que se puede cultivar; aunque, como es lógico, advierte que no hay dos personas que compartan exactamente los mismos dones o manifiesten talentos similares de manera idéntica. Por ejemplo, usted puede estar dotado para el deporte. De ser así, Aristóteles le aconsejaría que practique un deporte o deportes en los que su talento deportivo pueda realizarse más plenamente. Si sus dotes deportivas son magníficas, es posible que encuentre su *areté* dedicándose profesionalmente al deporte o compitiendo en las Olimpíadas. Y tome nota de la diversidad de deportes que existen: hay muchos entre los que elegir, cada uno con una combinación específica de habilidades atléticas. Aunque usted sea únicamente un aficionado, puede realizarse desarrollando sus capacidades atléticas en todo su potencial. La gran mayoría de las personas que juegan y practican deportes no son atletas profesionales ni olímpicos y, no obstante, se realizan como deportistas aficionados o practicándolos los fines de semana. Su realización personal no depende de cuánto talento tengan, sino de que lo desarrollen en todo su potencial.

El mismo razonamiento es aplicable a cualquier ámbito: música, matemática, medicina, partería, hacer el amor, cortar el césped o mezclar cemento. Si bien hay diferencias en la clase de talentos necesarios para hacer bien estas cosas, no hay diferencia en la realización que experimentamos haciéndolas bien. Es cierto que Aristóteles considera que la vida contemplativa es la que más favorece una felicidad duradera, y esto guarda un paralelismo tanto con la tradición budista como con la confuciana. Al mismo tiempo, los filósofos abc recalcan que ningún trabajo es degradante en sí mismo. Por ejemplo, Aristóteles valoraría la pulcritud como una virtud y buscaría una proporción áurea en mantener su persona pulcra y su hogar ordenado. Vivir en un estado desaliñado, en un entorno sucio y miserable, es un vicio en un extremo. Lavarse las manos de forma obsesiva y limpiar constantemente la casa es un vicio en el extremo opuesto. Si usted es tan afortunado que tiene cuarto de baño, del que aún carece la mitad de la población mundial, es una virtud aristotélica mantenerlo razonablemente limpio. Los budistas y los confucianos comparten esta visión. Limpiar su hogar y sacar la basura también es un trabajo importante y se puede hacer bien o mal, con o sin atención. Una

persona virtuosa se esfuerza por hacer bien las cosas, y con atención.

La virtud no reside en su titulación profesional; reside en realizar bien su trabajo. Sea cual sea el trabajo que usted acometa, debería esforzarse por hacerlo bien. Y si tiene la suerte de adorar su trabajo, es decir, si lo que hace le permite expresar sus talentos individuales, seguro que podrá cumplir con sus obligaciones de una forma meritoria y virtuosa.

No obstante, conozco a muchas personas, sobre todo en la civilización occidental, que afirman «odiar» su trabajo. Es una situación trágica. La vida en este planeta, en forma humana, está en gran parte consagrada al trabajo. La holgazanería y la pereza afligen a ricos y a pobres por igual, así como a miembros de las clases medias, y estas costumbres siempre crean infelicidad. El desempleo obligado, que también afecta a muchas personas de vez en cuando, causa incluso más infelicidad, a menudo acompañada de depresión y desesperación. ¿Por qué? Aristóteles diría que todo ser humano está aquí para cumplir un propósito en la vida, y que cada individuo sólo lo puede cumplir si cultiva sus talentos guiándose por la brújula moral común de la proporción áurea. Descubrirlos y cultivarlos requiere trabajo. Igualmente, navegar por canales virtuosos y eludir los extremos viciosos también requiere trabajo.

Así pues, quienes terminan librando lo que llamamos lucha competitiva son personas que se han quedado atrapadas en un sistema que las gratifica momentáneamente sin valorar su trabajo. Al apoyar este sistema, también respaldan la devaluación de su propio trabajo. Respaldar la devaluación de su trabajo es lo opuesto a cultivar sus talentos. Es cultivar su inutilidad. No es extraño que estas personas sean infelices. ¿Cómo han caído en esta trampa? Hay muchas razones, pero una de las más importantes es no hacer, o no aspirar a hacer, lo que más sentido tiene en su vida; a cambio de una seguridad o algún premio que al principio parece compensarles, pero que pronto las encadena o encarcela a un estilo de vida desleal a sus aspiraciones más íntimas. Sin lugar a dudas, esta falta de realización las hará infelices, o aún peor.

Usted puede necesitar un valor considerable para cultivar sus talentos, sobre todo cuando hacerlo le induce a explorar vías desconocidas o le lleva por caminos que divergen de los que han pisado su familia, su comunidad, sus compañeros. Porque valor no sólo significa demostrar bravura en combates a muerte, catástrofes naturales, momentos de riesgo económico u otros peligros inminentes; también significa tener valentía suficiente para ser uno mismo frente a la presión para amoldarse de su familia, su comunidad o sus compañeros. Usted necesita ser valiente para vivir con autenticidad, y no conformarse con la vida que otros han trazado para usted. Una vida realizada es una vida auténtica.

Así pues, no es ninguna casualidad que el valor sea tanto una virtud clásica que data de la Antigüedad como una virtud contemporánea. La prescripción de Aristóteles para ser valiente radica en hallar la proporción áurea entre los dos vicios de cada extremo. En un extremo, un exceso de valor es lo que comúnmente llamamos «temeridad». Concebida de esta forma, la virtud del valor equivale en realidad a tener una moderada cantidad de miedo. Las personas cobardes permiten que el miedo las paralice y, por tanto, no pueden actuar cuando es necesario hacerlo. Las personas temerarias tienden a no sentir miedo y, por tanto, actúan cuando es imprudente hacerlo. Las personas valientes sienten miedo, pero no permiten que éste les impida actuar cuando es necesario hacerlo. Por otra parte, la valentía también permite que la precaución, o prudencia, frene actos temerarios o arriesgados. Como escribió Aristóteles:

Porque el que huye de todo, tiene miedo y no resiste nada se vuelve cobarde; y el que no teme absolutamente a nada y se lanza a todos los peligros, temerario.⁵

El menor de dos males

Aristóteles sabía perfectamente que no siempre es posible encontrar una proporción áurea. A veces, nos enfrentamos a dos opciones, ninguna de las cuales es agradable. Por ejemplo, una mujer puede tener un marido que los maltrata tanto a ella como a sus hijos. (También los hombres pueden ser maltratados por sus mujeres, pero pongamos por caso que aquí se trata de mujeres y niños.) Una mujer en esta situación a menudo se siente atrapada, pues sus dos principales opciones son desagradables. Por una parte, puede intentar quedarse junto a su marido, porque es lo mejor para todos si el matrimonio se puede salvar. Pero, en ese caso, corre el riesgo de que ella y sus hijos sufran daños permanentes a causa de los malos tratos. Por otra parte, puede intentar huir de su matrimonio, buscando refugio para ella y sus hijos. Pero, en ese caso, corre el riesgo de ser incapaz de cuidar de sí misma y de sus hijos y de tener que soportar la lacra de un fracaso matrimonial o recriminaciones por haberse visto obligada a acudir a sus padres. Pongamos otro ejemplo: un hombre puede tener un jefe que lo maltrata. Si se queda, también él corre el riesgo de sufrir daños permanentes. En cambio, si se marcha, corre el riesgo de sufrir privaciones económicas, lo cual puede ser inaceptable para él si mantiene a una familia.

¿Cuál es el consejo de Aristóteles en estas situaciones, en que no es posible encontrar una proporción áurea inmediata? Naturalmente, la mujer maltratada puede intentar modificar la conducta de su marido, lo mejor para todas las personas implicadas. No obstante, esto suele resultar difícil en la práctica, porque las conductas de maltrato acostumbran estar muy arraigadas y resistirse al cambio. Y si desea cambiar su situación,

la mujer también va a tener que cambiar, puesto que un maltratador depende siempre de la complicidad del maltratado; por lo que debe de haber algo en su carácter que ha inducido a su marido a maltratarla en primer lugar. Esto es habitualmente una calle de doble sentido. Igualmente, el hombre del otro ejemplo puede intentar pactar una solución con su jefe para poner fin o limitar el maltrato, pero esto también será difícil en la práctica por razones similares. De la misma manera que un marido sádico necesita una mujer masoquista como cómplice de su maltrato, un jefe sádico necesita también un empleado masoquista.

Así, en casos donde no es fácil hallar una proporción áurea entre dos extremos y donde la situación parece, contemplada más de cerca, un dilema que lo pone entre la espada y la pared, Aristóteles le sugiere que escoja el menor de los dos males a los que se enfrenta. Aunque esta estrategia no es ni mucho menos ideal, al menos minimiza el daño que usted debe sufrir. El principal obstáculo para tomar esta decisión reside en encontrar un modo de valorar el mal «mayor» frente al «menor». Esta perspectiva puede ser desalentadora. El bien y el mal no se pesan en una balanza, como tantas frutas y verduras. Por lo que usted necesita realizar una valoración cualitativa, no cuantitativa, de los méritos y deméritos de su situación. Para ello, puede recurrir a un consejero filosófico.⁶ Aunque no le dirá qué hacer, le ayudará a analizar sus opciones para que usted pueda decidir cuál es realmente el menor de los dos males.

Puede que usted pregunte: después de llegar a un punto tan beneficioso mediante la práctica de la virtud aristotélica, ¿seguimos estando condenados a encontrarnos en situaciones que nos obligan a escoger entre el menor de dos males en lugar de entre el mayor de dos bienes? Si esto representa un límite a la ética de Aristóteles, ¿podemos trascenderlo? Mi respuesta es que sí podemos trascender este límite y que la forma de hacerlo es, ni más ni menos, el camino medio de Buda, el cual trataremos en el próximo capítulo.

Al igual que Buda y Confucio, Aristóteles era optimista con la naturaleza humana. Si bien nuestros genes desempeñan un papel dominante en la determinación de nuestros rasgos físicos e incluso psicológicos, es evidente que las virtudes y los vicios se parecen a buenas y malas costumbres, respectivamente. Las buenas costumbres se pueden adquirir; las malas, se pueden vencer. Aunque eso se diga pronto, merece la pena intentarlo, y la filosofía de Aristóteles nos dice por qué. Como destacó en sus *Éticas*: «Así, el adquirir un modo de ser de tal o cual manera desde la juventud tiene no poca importancia, sino muchísima, o mejor aún, total.» ¿Para qué? Para una felicidad duradera.

De Aristóteles a Buda

Como acabamos de ver, la inmensa influencia de Aristóteles en la civilización occidental atañe primordialmente al dominio de la razón y sus disciplinas afines: la lógica, la matemática, las ciencias naturales, las ciencias sociales, la ética, la poética, la retórica, la política y la economía. Para Aristóteles, el propósito de estar vivo es llevar una vida realizada, combinando la contemplación (*filosofía* o amor a la sabiduría) y la aplicación de la proporción áurea (*fronesis* o sabiduría práctica). La proporción áurea también se aplica a la propia filosofía aristotélica. Muchas personas no dedican suficiente tiempo a la contemplación, ya sea a causa de presiones, obligaciones, pereza o falta de interés; y, debido a ello, sus actuaciones en este mundo no siempre están bien reflexionadas.

En este extremo donde falta contemplación y sobra acción, conozco a directores generales de empresas multinacionales que trabajan sin cesar, dirigiendo complejas organizaciones con decenas de miles de empleados que operan en centenares de países. Varios de estos directores generales me han dicho que quieren ser filósofos en su próxima vida. Estas personas son brillantes líderes que disponen de poco tiempo para la reflexión. Y lo saben.

No obstante, Aristóteles también vituperó el otro extremo, una vida excesivamente teórica que ignora la «fronesis» o sabiduría práctica. Advirtió que quienes «refugiándose en la teoría, creen filosofar y poder, así, ser hombres virtuosos, se comportan como los enfermos que escuchan con atención a los médicos, pero no hacen nada de lo que les prescriben. Del mismo modo que estos pacientes no sanarán el cuerpo con tal tratamiento, aquéllos tampoco sanarán el alma con tal filosofía».⁷

¿Cuál es, pues, la proporción áurea entre la contemplación y la acción, la teoría y la práctica? En un extremo, si su mente no dispone de la información que le procura la contemplación, sus actos pueden ser poco reflexivos y eso le traerá problemas. En el otro extremo, si su mente dispone de un exceso de información por pensar demasiado, sus actos pueden ser poco prácticos y eso también le traerá problemas. Si busca el justo término medio entre la contemplación y la acción, la filosofía y la fronesis, estoy convencido de que lo hallará en el camino medio búdico. Es el corazón humano el que media entre nuestros pensamientos y nuestros actos; y la práctica del budismo engendra una compasión sin condiciones. Las emociones pueden inspirar o distorsionar nuestros pensamientos, pueden ennoblecer o degradar nuestros actos. No obstante, sin corazón seríamos robots. El camino medio búdico matiza la proporción áurea, permitiéndonos pensar con más claridad, sentir con más profundidad y actuar con más sabiduría.

Daisaku Ikeda comprende y suscribe esta perspectiva. Dice: «La aplicación cíclica de teoría y experimentación que forma la base del método científico occidental moderno ha hecho mucho, sin duda, para mejorar y profundizar nuestra comprensión de cómo

funciona el mundo físico.» Al mismo tiempo, afirma que «los métodos del budismo tienen muchas cosas en común con los métodos científicos». En particular, entiende que las teorías budistas del sufrimiento humano y las prácticas budistas que lo alivian «pueden considerarse análogas a la ciencia de la medicina y sus aplicaciones en la práctica clínica».⁸ Teniendo esto presente, veamos ahora en qué consiste el camino medio búdico.

¹ <http://www.nobelprizes.com/nobel/peace/MLK-jail.html>.

² <http://www.philosophyarchive.com/person.php?era=400BC-301BC&philosopher=Aristotle#biography>.

³ *Ética nicomáquea*.

⁴ Esto dio pie al chiste francés: «¿Cuántas aspirinas necesita tomarse un inglés para el dolor de cabeza?» «Cuatro. Una para cada esquina.»

⁵ *Ética nicomáquea*.

⁶ Los lectores que conocen mis anteriores libros *Más Platón y menos Prozac* y *Pregúntale a Platón* saben que los consejeros filosóficos ayudan a las personas a resolver o abordar problemas cotidianos que no son enfermedades mentales.

⁷ *Ética nicomáquea*.

⁸ Ikeda, Daisaku: comunicación personal, 2005.

El camino medio de Buda: Cómo crear valores y compasión en el sufrimiento

Al reunir estos dos extremos [el desenfreno y el ascetismo], el Iluminado sigue el camino medio que genera visión y conocimiento, que conduce a la paz, a la sabiduría, al pleno entendimiento y al nirvana.

Buda

El budismo y la piedra filosofal

El budismo se aventuró en tierras de Occidente impregnado de una historia larga y fértil, tras haber atravesado siglos y continentes. Inicialmente, pues, los occidentales lo contemplamos desde el prisma de las filosofías y culturas occidentales. No obstante, el budismo pronto se convertiría en un prisma desde el que poder contemplar mejor nuestras propias filosofías y culturas. Para empezar, veamos cómo el camino medio búdico trasciende la proporción áurea de Aristóteles, en lo que respecta a perfeccionar el pensamiento y los actos humanos.

El saber nunca se acaba. Los conocimientos fiables son como una esfera que aumenta de tamaño a medida que la comprensión humana avanza. En cualquier momento de la historia, la superficie de nuestra esfera de comprensión representa la frontera entre lo conocido y lo desconocido. Cuanto más sabemos, más crece la esfera de conocimientos fiables. Pero, por otra parte, su superficie también va aumentando y lindando cada vez más con una porción más grande de lo desconocido. Por consiguiente, cuanto más sabemos, más conscientes somos de lo mucho que no sabemos, pues cada pregunta que responde la ciencia suscita muchas más. Es evidente que el saber nunca se acaba. Por consiguiente, el ser humano no puede completarse, o realizarse del todo, a través únicamente del conocimiento.

Lo mismo ocurre con la acción: lo que hay que hacer en el mundo nunca se acaba. Cuando usted deja de ser un niño, se da cuenta de que sólo puede realizar una determinada cantidad de cosas en un día. Si mira a su alrededor en casa o en su

despacho, siempre verá algo sin hacer. Lo mismo ocurre con su barrio, su comunidad, su ciudad, su región, su país, su continente y toda la aldea global. El trabajo que hay que hacer y las actuaciones que deben llevarse a cabo nunca se acaban. Y, no obstante, los días sí se acaban. Antes o después, tenemos que parar, aunque no hayamos terminado el trabajo. Y, por nuestra condición de humanos, no podemos trabajar como máquinas. También necesitamos períodos para jugar, divertirnos, relajarnos, descansar y dormir. Estos períodos nos permiten renovarnos, revitalizarnos y revigorizarnos, para poder así reanudar nuestro trabajo con ahínco. Pero el trabajo nunca se acaba. Nadie espera que así sea, por lo que muchas personas aspiran con acierto a «aportar su granito de arena». Un buen día, todos nosotros nos jubilaremos y trabajaremos menos de lo que solíamos. Y, un buen día, todos nosotros moriremos y dejaremos de trabajar en este mundo. Todos nosotros nos acabamos, pero no así el trabajo del mundo. Por consiguiente, el ser humano no puede completarse, o realizarse del todo, a través únicamente de la acción, como tampoco a través únicamente del conocimiento.

Pero, si la realización en el sentido aristotélico no es del todo alcanzable, ¿de qué forma podemos realizarnos como seres humanos en esta vida? Si los pensamientos no se acaban nunca, si tampoco lo hacen las acciones ni las emociones, ¿dónde reside entonces la realización? Tanto las religiones abrahámicas como las védicas han respondido esta pregunta aludiendo a poderes externos y vidas futuras. Los judíos confían en Dios para que los ayude, y en el Mesías para que los redima. Los cristianos confían en Dios para que los engendre y en Jesús para que los salve. Los musulmanes confían en Alá para que disponga por ellos y en Mahoma para que los guíe. Los hindúes confían en un panteón de deidades para que vele por ellos y en la Trimurti para que los cree, sostenga, aniquile, reencarne y absorba. Algunos budistas confían en Buda para que los libere y en sus encarnaciones para que los ayuden. No obstante, el propio Buda mantenía que la plena realización reside dentro de cada persona y no depende de ningún poder sobrenatural o vida futura. Buda enseñaba que nosotros mismos tenemos las claves de nuestra redención, salvación, orientación, amor, absorción y liberación.

Muchos filósofos occidentales habían descubierto piezas fundamentales del rompecabezas de Buda, como teselas sueltas de un mosaico. Quizás esto contribuya a explicar por qué ha tenido el budismo una recepción filosófica tan cálida en Occidente, dado que ensambla estas piezas en un todo coherente. A diferencia de Buda, la mayoría de los filósofos occidentales continuaba creyendo que la razón y el descubrimiento de conocimientos fiables bastaban por sí solos para resolver los problemas del ser humano y mediar en sus conflictos. La facultad de la razón ha sido indispensable para la ciencia y la tecnología, los hallazgos y los inventos; pero los filósofos occidentales no prestaron suficiente atención a los deseos, los apegos y las aversiones que nublan el pensamiento

del ser humano e impregnan sus actos. En cambio, prestar atención a la agitación de la psique es un punto de partida para la filosofía india. Serenando nuestra agitada mente abrimos puertas a la intuición y la realización. La mente no se serena únicamente mediante la contemplación aristotélica: para lograrlo, hace falta una práctica fiable además de claridad de pensamiento.

He aquí, pues, unos pocos fragmentos de pensamiento «budista» que es posible discernir en las obras de grandes filósofos occidentales. Platón pensaba que las personas tienden a vivir engañadas en oscuras cavernas y deben hallar formas de salir a la luminosa luz de la realidad. No obstante, no procuró ningún método fiable para hacerlo; su Academia engendró a los tiranos de Atenas. Epicuro destacó entre los antiguos por reconocer la filosofía como la medicina del alma; sin embargo, no nos legó la fórmula específica para elaborar dicha medicina. Epicteto, el venerable estoico romano, observó correctamente que «Las personas no se ven perturbadas por las circunstancias, sino por la actitud que adoptan ante ellas». Pero Epicteto no enseñó ningún método fiable, aparte del uso de la razón, para cultivar una actitud más serena ante las pruebas y tribulaciones que nos impone la vida. El procónsul romano Boecio escribió *La consolación de la filosofía* mientras esperaba a ser ejecutado en las celdas para los condenados a muerte; sin embargo, no fue capaz de transportarse a un estado que no requiriera consuelo. El empirista británico Berkeley descubrió que toda existencia depende de una mente que la perciba; pero no amplió su doctrina para considerar la existencia y extinción del sufrimiento humano. El empirista británico Hume descubrió que la identidad individual, el «ego» que es el punto clave del psicoanálisis freudiano y gran parte de la psicología occidental, es una suerte de ficción. Sin embargo, no supo aplicar tal descubrimiento al alivio de su propio sufrimiento personal. El racionalista alemán Kant dijo que la mera definición de bondad es un acto de «buena voluntad». Kant recomendó excelentes principios; pero ningún ejercicio para tener buena voluntad en lugar de mala. Existencialistas franceses como Sartre, De Beauvoir y Camus reconocieron que nuestra libertad y autenticidad nos exigen asumir la responsabilidad de nuestra propia vida; pero no describieron ninguna práctica concreta que nos ayudara a hacerlo. El moralista posmoderno Levinas entendía que todos estamos interconectados y que la mera existencia de los demás nos impone obligaciones morales; no obstante, no enseñó ningún ejercicio práctico que elevara la conciencia moral. Los trascendentalistas de Nueva Inglaterra, representados por Emerson y Thoreau, descubrieron que comulgar con la naturaleza es una eficaz forma de apreciar el valioso regalo de la vida. Sin embargo, ni tan siquiera ellos tenían una idea clara de cómo liberar todo el potencial de este regalo.

Así pues, los filósofos occidentales sabían que hay «algo» (a lo que solían llamar «piedra filosofal») capaz de transformar el alma humana. Los helenos supieron

probablemente de ello a través de la India, como más tarde haría la Iglesia católica romana, la cual «abolió» oficialmente la doctrina de la reencarnación ya en el siglo VI de nuestra era. Pero los místicos cristianos continuaron buscando la piedra filosofal y sus pesquisas dieron origen a la alquimia, una vocación otrora muy respetable. La misma piedra filosofal se transformó en el Santo Grial de las cruzadas, en cuya búsqueda más que en los saqueos quizá se interesara un caballero entre mil. Pero esto justifica la presencia del «buen brujo» en Camelot: el mago Merlín fue alquimista (por tanto, también filósofo) y mentor del joven Arturo. Thomas Hobbes, un filósofo de brillantísimo ingenio, eligió como epitafio: «Ésta es la verdadera piedra filosofal.» Sir Isaac Newton, famoso por su física, también escribió un libro sobre alquimia. Y hay muchos más ejemplos. ¿Qué buscaban todos estos hombres? ¿Qué es esta «piedra filosofal»? Tal vez sea el propio camino medio búdico.

La filosofía de Buda teje un tapiz de teoría y práctica que representa las más elevadas aspiraciones de la humanidad. El genio de Buda reside en que vio más allá y llegó más lejos que cualquier otro filósofo, occidental u oriental, aristotélico o confuciano, en el desarrollo de métodos comprensibles y fiables para alcanzar la plena realización en esta vida. A diferencia de las religiones abrahámicas, Buda enseñó que la facultad para realizarse se encuentra dentro de todos los seres humanos, no fuera de ellos. A diferencia de las escuelas indias que reformó, Buda enseñó que en esta vida todo el mundo puede alcanzar la iluminación: el despertar, la compasión, la serenidad. De este modo, Buda no sólo hizo el sufrimiento innecesario para la existencia humana; también declaró innecesario tener que sufrir diez, cien, mil o un millón de muertes y renacimientos antes de alcanzar la conciencia universal, como tantos millones han sufrido, están sufriendo y creen que deben sufrir.

Reforma búdica de la filosofía india: el camino medio

El propio Siddhartha Gautama fue un extremista en distintos períodos de su vida y descubrió que los extremos no le ayudaban a despertar. Nació en el seno de una familia noble, ya que su padre era el rajá (o rey) de Kapilavastu, en el norte de la India. Un adivino había advertido a su familia que no debía permitir que el joven príncipe entrara en contacto con personas ancianas o enfermas; pero éste no podía permanecer indefinidamente aislado en el palacio. Así aconteció que, cuando era un joven esposo y padre, Siddhartha se topó por causalidad con una mujer extremadamente anciana, encorvada y desfigurada por los estragos de la edad y la enfermedad. (Algunos dicen que se topó con un cadáver.) De repente, Siddhartha se dio cuenta de que todos los seres vivos nacemos, envejecemos y morimos y de que, además, todos sufrimos al hacerlo. Impresionado por esta revelación, «la vida es una mierda, y al final te mueres»,

Siddhartha se propuso experimentar una conciencia serena, bajarse de aquel carrusel de sufrimientos —discordia, tristeza, dolor, lamentación, desesperación, arrepentimiento, enfermedad y muerte— en el que todos los seres humanos montamos al nacer, y demasiados seguimos montados al morir.

Por otra parte, a Siddhartha no le satisfacían las explicaciones que le habían legado la filosofía y la teología indias, bien desarrolladas ya en el siglo V a. C. Concretamente, no creía necesario tener que atravesar millones de encarnaciones en el largo y tortuoso camino cósmico de desarrollo espiritual que conducía a la unión definitiva con la Divinidad. Al igual que Aristóteles y Confucio, Buda insistía en que el propósito de estar vivo es plenamente realizable en esta vida. En contra de las arraigadas convenciones religiosas de su civilización (que todavía persisten hoy en día), Buda no creía que hiciera falta o mereciera la pena sufrir durante toda una vida como preparación para algo mejor.

Así que Siddhartha renunció a la comodidad extrema y a la lujosa seguridad material de su palacio y su principado para emprender el camino del despertar. Al principio, se pasó al extremo opuesto y adoptó la vida de un peregrino errante, un vagabundo sin posesiones. Tras renunciar a todo lo material, fue incluso más lejos y practicó extremos de negación ascética: soledad, ayuno, penitencia. Al cabo de un tiempo, advirtió que estos extremos de la renuncia y la mortificación lo estaban alejando de su objetivo aún más que los extremos del lujo y la desmesura. Finalmente, a sus cuarenta años, tras años de excesos principescos seguidos de años de riguroso ascetismo religioso, Siddhartha alcanzó la iluminación mientras estaba sentado bajo un árbol de la vida. «Buda» significa «el Iluminado». Tras despertar a las verdaderas causas del sufrimiento humano, Buda dedicó sus restantes cuarenta años de vida a enseñar a otros la teoría y práctica de su camino medio.

En sus famosos sermones de Benarés, Buda afirmó que los extremos de la riqueza y la pobreza no conducen, en sí mismos, a la iluminación. Quienes invierten demasiado tiempo y energía en acumular cosas se verán probablemente entorpecidos por su acumulación, y sufrirán en consonancia. Por el contrario, quienes invierten demasiado tiempo y energía en renunciar a las cosas también se verán probablemente entorpecidos por su renuncia, y sufrirán en consonancia. Estos extremos están ampliamente ilustrados en la infelicidad que presenciamos en el materialista Occidente y entre los practicantes de religiones fanatizadas. Los materialistas que persiguen el placer y el provecho personal por encima de todo lo demás no son felices. Los fanáticos religiosos que persiguen la negación del modernismo por encima de todo lo demás no son felices. El hedonismo estadounidense produce y consume demasiado; el fanatismo religioso produce y consume demasiado poco. Ambos se acusan de inmorales. Ambos ven el extremismo del otro, pero están ciegos ante el suyo. El camino medio búdico nos ayuda a evitar estos

extremos mediante la práctica tanto de la moderación en nuestra propia vida como de la compasión con el sufrimiento ajeno. Buda nos enseña el modo de no utilizar nuestras diferencias como base para apegos negativos tales como el odio.

¿Qué es el camino medio búdico? No es, como muchos occidentales suponen, una solución intermedia frágil o transigente. Daisaku Ikeda explica que la esencia del camino medio es: «reverencia por la índole sagrada de la vida, la propia vida, la vida de otras personas, la vida de la naturaleza no humana y todas sus numerosas e intrincadas interrelaciones, combinada con la determinación de convertir esta reverencia en la base de todos nuestros actos [...]. Cuando se otorga al valor de la dignidad y la vida humanas esta clase de centralidad, no cabe la posibilidad de pactar o transigir con fuerzas de destrucción y división que pondrían la vida en peligro o menoscabarían nuestra humanidad».¹

¿Cómo podemos no transigir y, no obstante, no ser violentos? En palabras de Daisaku Ikeda: «No transigir no significa calificar al otro de “enemigo” y entablar con él un conflicto indefinido. Significa, en cambio, intentar identificar los aspectos específicos de una tradición filosófica, religiosa o cultural que respaldan o justifican la denigración o destrucción violenta de la vida, y esforzarse por transformarlos en aspectos no violentos. El único medio realmente eficaz para lograr esto es el diálogo, basado en un firme reconocimiento de nuestra mutua humanidad y guiado por un compromiso inquebrantable con el ideal de una coexistencia armoniosa.»² No obstante, para coexistir armoniosamente con los demás, usted también debe «coexistir» armoniosamente consigo mismo.

Por eso comienza Buda por las Cuatro Nobles Verdades, que contienen la teoría y práctica de esta coexistencia armoniosa, tanto en el plano personal como en el interpersonal. Estas verdades son claramente distintas de las creencias religiosas. No son verdades «reveladas», que exigen creer en poderes sobrenaturales y que dividen de inmediato a la humanidad en grupos perpetuamente enfrentados de «fieles» frente a «infieles». Al contrario, las verdades de Buda son hechos de la vida, que usted puede confirmar personalmente en sus experiencias diarias y que unen a la humanidad al identificar el problema fundamental de la existencia humana, el sufrimiento, y su solución. La filosofía de Buda es tanto racional como empírica, es decir científica. Así pues, usted mismo puede verificarla.

La primera Noble Verdad de Buda es que la vida entraña sufrimiento. Los judíos sufren. Los cristianos sufren. Los musulmanes sufren. Los hindúes sufren. Los budistas sufren. Los confucianos sufren. Los agnósticos sufren. Los ateos sufren. Los hombres, los niños y las mujeres sufren. Los animales sufren. En todos los continentes, en todas

las regiones del mundo, en todas las ciudades, pueblos o aldeas, en todos los hogares u oficinas, en todas las ocupaciones, en todas las etapas de la vida y en todas las mentalidades, usted va a encontrar antes o después sufrimiento humano agudo o crónico. El sufrimiento es una verdad innegable de la existencia humana. Sin embargo, Buda no afirma que estemos condenados a sufrir; observa, en cambio, que nos las arreglamos para hallar modos de hacerlo. Todo el mundo puede hacer una lista de sus sufrimientos. Haga usted la suya. ¿Cuáles son las peores cosas que ha sufrido? ¿Cuáles son las peores cosas que está sufriendo ahora? ¿Se han convertido irónicamente en las peores algunas de las cosas que antes eran las mejores? Ahora abra su mente y pida a algunos de los miembros de su familia, amigos o compañeros de trabajo que también ellos hagan una lista de sus sufrimientos. Por supuesto que pueden, igual que puede usted. Muchas personas sufren en soledad, o en silencio. La primera Noble Verdad derriba esas barreras y nos une en nuestra conciencia de la universalidad del sufrimiento humano. Esto nos prepara para los próximos pasos: comprender las causas del sufrimiento, y sus curas.

La segunda Noble Verdad de Buda es que el sufrimiento tiene un origen. El hombre es un animal profundamente racional y siempre ha estado interesado en las causas y sus efectos. Si recuerda su propia infancia, o si tiene hijos o dedica algún tiempo a la labor educativa, sabe cuánto se fascinan los niños con cómo funcionan las cosas y cuánta curiosidad sienten por saber por qué las cosas son como son. Los intentos de conferir un sentido al mundo, de profundizar nuestra comprensión de las causas y efectos de todo lo que abarca, dieron origen tanto a la religión como a la ciencia. Tanto si cree que el universo fue creado por Dios como si piensa que emergió del *big bang*, o ambas cosas, usted mantiene que alguna causa dio origen a este efecto cósmico. El universo es un nexo causal colosal, en el que podemos identificar e intentar comprender una miríada de procesos causales, a todas las escalas concebibles. Todos los fenómenos están sujetos a leyes de causa y efecto. Los ciclos del sufrimiento humano —discordia, tristeza, dolor, lamentación, desesperación, arrepentimiento, enfermedad y muerte— tienen todos su causa.

La tercera Noble Verdad de Buda dice que las causas del sufrimiento se pueden eliminar. El sufrimiento aflige a todo el mundo, pero no es ni inevitable ni necesario. Lo que nace muere inevitablemente, pero no tiene por qué sufrir. La multitud de sufrimientos que los seres humanos heredamos cesa cuando se eliminan sus causas. No sólo cesa, sino que su cese abre el Camino para experimentar sus opuestos. Pasamos de la discordia a la armonía; de la tristeza a la felicidad; del dolor a la alegría; de la lamentación a la celebración; de la desesperación a la esperanza; del arrepentimiento a la realización. Todo es fugaz y pasajero; pero, cuando se eliminan las causas del sufrimiento, impera la ecuanimidad.

¿Cómo se eliminan, pues, las causas del sufrimiento? La cuarta Noble Verdad de Buda consiste en una serie de prácticas explícitas para acometer esta tarea. Si bien las tres primeras verdades son algo teóricas, la cuarta es enteramente práctica. A menudo recibe el nombre de Óctuple Sendero, porque existen ocho hebras entrelazadas de prácticas para disminuir el sufrimiento. Éstas son: recto entendimiento, recto pensamiento, recta palabra, recta acción, rectos medios de vida, recto esfuerzo, recta atención y recta concentración. «Recto entendimiento» significa comprender el sufrimiento, sus causas y curas. «Recto pensamiento» significa mantener una actitud amorosa y no violenta, en lugar de una actitud malvada y violenta, con uno y con los demás. «Recta palabra» significa comprender el poder de nuestras palabras, para bien o para mal, sobre nosotros y los demás; habría que evitar especialmente las calumnias, las habladurías y las mentiras. «Recta acción» significa hacer la mayoría de las cosas con moderación, pero también abstenerse de matar, robar y tomarse libertades sexuales de diversos tipos. «Rectos medios de vida» significa ganarse la vida de formas que ayuden, no que hagan daño. «Recto esfuerzo» significa acometer los retos, oportunidades y obstáculos de la vida de formas constructivas y no destructivas; «recta atención» significa cultivar la presencia de ánimo, prestar diligente atención al cuerpo, las emociones, los pensamientos y el entorno: lo contrario de vivir como sonámbulos. «Recta concentración» significa desarrollar las facultades mentales de la atención, la visualización, la intuición y la compasión, las cuales también conducen a la serenidad y la ecuanimidad.

Fíjese en que el Óctuple Sendero no menciona ni exige creer en seres sobrenaturales (es decir, dioses), sagradas escrituras, otras vidas (por ejemplo, el Cielo y el Infierno), reencarnaciones ni rituales. Ésta es la espectacular reforma de las escuelas ortodoxas indias que Buda llevó a cabo. Buda reafirmó la doctrina central de que el sufrimiento humano está originado en su totalidad por anhelos y deseos, apetitos y aversiones; pero negó la necesidad de sufrir en innumerables vidas antes de alcanzar la liberación. En cambio, insistió en que cualquiera podía trascender el sufrimiento en cualquier instante, a través del Óctuple Sendero. Enseñó que todos los seres humanos somos Budas, tanto hombres como mujeres, y que, mediante el esfuerzo y la perseverancia, atravesamos diversas fases que nos van acercando a nuestro despertar. Lo que une a la humanidad no son las deidades supremas ni las almas divinas: es nuestra capacidad común de convertirnos en seres que han despertado por completo a la conciencia.

Ésta es la afirmación más radical y profunda que jamás se haya hecho de la igualdad humana, sobre todo en el contexto de la cultura india. El sistema de castas indio, tanto en tiempos de Buda como en la actualidad, condena a cientos de millones de personas a llevar una vida predefinida, dictada por su nacimiento. Un nacimiento noble es

supuestamente un premio por un «buen karma»; un nacimiento humilde, una oportunidad para servir en una dimensión inferior y, por tanto, para merecer un nacimiento mejor la próxima vez. Esta perspectiva india entraña sufrir paciente, abnegada y prolongadamente. La filosofía ortodoxa india considera los millones de reencarnaciones como el viaje normal que realiza un alma, en calidad de divinidad corpórea (atman) que aspira a reunirse con el alma universal (Brahman). En este proceso, una mera vida más o menos es completamente insignificante. De este modo, en la India, uno ve a cientos de millones de personas llevando una vida de privaciones socioeconómicas que, no obstante, abunda en riqueza espiritual. Es parte de la paradoja de la India.

La reforma de Buda cambió esto para muchos indios, y luego también para personas de todo el mundo. Reinterpretó el karma, desplazando la atención de la reencarnación predestinada a la liberación voluntaria. La filosofía ortodoxa india dice: esta vida, a la que usted está predestinado, es fruto de todas las vidas pasadas que ha vivido. La filosofía de Buda dice: este momento, que usted ha decidido por voluntad propia, es fruto de todos los momentos pasados que también ha decidido. Es una visión profunda que confiere mucho poder. Usted puede cambiar lo que piensa, dice y hace, y por ende su vida, en este preciso instante. Realizar estos cambios surte efectos inmediatos, no sólo en usted, sino en las personas con quienes interactúa. Sin duda, la voluntad actúa a corto, medio y largo plazo, por lo que suscitar cambios importantes en su vida, o en una situación mundial difícil, puede requerir tiempo, esfuerzo y perseverancia. No obstante, el poder de la voluntad no debe subestimarse nunca. El budismo contiene magníficas ideas prácticas para cultivar la fuerza de voluntad y dirigirla hacia fines benévolos.

En el sistema ortodoxo indio, uno debe someterse pasivamente a su destino y cumplir con su deber para merecer una vida mejor la próxima vez. Ser cumplidor puede ser noble y, sin duda, permite a muchas personas soportar enormes privaciones con estoicismo. Pero también exacerba el sufrimiento en lugar de aliviarlo. En el sistema de Buda uno decide activamente su futuro en virtud de lo que piensa, dice y hace en el momento presente. Esto es liberador, al menos para quienes están dispuestos a asumir la responsabilidad de su vida y su sufrimiento.

Libertad y responsabilidad son conceptos estrechamente relacionados, tanto en la filosofía antigua de Buda como en la ética cívica moderna. Mientras usted se contente con culpar a otros de sus descontentos, mientras se niegue a aceptar su parte de responsabilidad en su infelicidad, no se librará de su sufrimiento. Pero, en cuanto empieza a comprender el papel que desempeñan su entendimiento, pensamiento, palabra, acción, medios de vida, esfuerzo, atención y concentración en la generación de su sufrimiento, es libre para crear el próximo momento en virtud de su disposición para sufrir, o para no hacerlo. En otras palabras, las enseñanzas de Buda le hacen dueño de su

vida. Y, aunque esto era una reforma radical para el siglo VI a. C., continúa siendo tan profundo y aplicable hoy como entonces.

Esto explica, en parte, por qué es el budismo más que una religión. Todas las demás religiones dependen de un poder externo para la salvación o redención, o para velar por el alma en el viaje que la lleva a reunirse con la divinidad, o para su admisión en el Cielo o su descenso al Infierno. El budismo, en cambio, no depende de ningún poder externo, de ningún alma inmortal, de ningún mundo sobrenatural, de ninguna intervención divina. En lugar de ello, moviliza recursos que todos los seres humanos llevamos en nuestro interior. Ciertamente, el budismo tiene maestros y sutras que arrojan luz sobre el camino medio. Pero ese camino ya está en nosotros, y el budismo sólo nos despierta a él.

Theravada y mahayana; samsara y nirvana

Al igual que sus contemporáneos Sócrates y Confucio, Siddhartha no escribió nada personalmente y dependió de leales alumnos y discípulos para poner por escrito, conservar y transmitir sus enseñanzas. Éstos así lo hicieron, desarrollándolas e incorporando no sólo las reformas del propio Buda, sino también un fértil legado de yogas indios, varios siglos anteriores a Buda, que enseñan técnicas eficaces para regular la respiración, la postura y los estados mentales. Aquí es donde el camino medio búdico aventaja a la proporción áurea de Aristóteles y al orden equilibrado de Confucio: la tradición búdica no se centra primordialmente en la contemplación racional o en la armonía social, sino que ofrece un conjunto de prácticas eficaces que fluyen de su teoría, que son accesibles a todos y que ejercen un impacto demostrable en nuestra capacidad para pensar racionalmente y relacionarnos armoniosamente.

Al igual que ocurre con las religiones abrahámicas, las manifestaciones religiosas del budismo son bastante sectarias. La principal bifurcación histórica se da entre los budistas theravada y los budistas mahayana. El budismo theravada es más tradicional. Acepta todas las bases de las enseñanzas de Buda y se plasma en el Pali Canon, una docena de veces más voluminoso que el Viejo y el Nuevo Testamento juntos. El objetivo del budismo theravada es la liberación personal del sufrimiento. Su práctica asumió gradualmente la forma de religión monástica, inclinándose por la clase de ascetismo que el propio Buda censuró. El budismo theravada se practica mayoritariamente en el sur de la India, Sri Lanka, Tailandia y Myanmar.

El budismo mahayana, que se desarrolló gracias a Nagarjuna a partir aproximadamente del siglo I, trató de reinterpretar y popularizar las enseñanzas de Buda para hacerlas más accesibles a las personas corrientes, y más aplicables a la vida cotidiana. Buda abrió el camino medio; Nagarjuna lo asfaltó.³ Por esta razón, el budismo

mahayana ha sido comparado (por algunos filósofos indios) con la reforma protestante del catolicismo romano. Los mahayana sostienen que la liberación personal no es posible mientras haya seres que sufren en el mundo. Todos estamos interconectados; por lo que, cuanto más despertemos a la conciencia, más nos sensibilizaremos con el sufrimiento ajeno. Los mahayana se esfuerzan paciente y sinceramente por liberar del sufrimiento a todos los seres sensibles. El budismo mahayana evolucionó más notablemente en el Tíbet, China y Japón y ahora se está extendiendo por todo Occidente.

Samsara y nirvana son antiguos términos de la filosofía india que Buda también adoptó. En el siglo XX, estos términos se incorporaron también al léxico de las lenguas occidentales. El samsara es la rueda del sufrimiento, a la que los seres humanos que no han despertado están encadenados por los deseos de sus mentes insaciables. También es un mar de tristeza que es necesario atravesar para alcanzar la lejana orilla de la liberación. El nirvana es un complemento (en el sentido taoísta), y no un opuesto polar, del samsara. Los cristianos y los theravada tienden a concebir el nirvana como una especie de Cielo, al cual deben ganarse la entrada. El budismo mahayana enseña que el nirvana no está separado del samsara (no hay realidades paralelas) y que, en cambio, es un estado de frescura que se alcanza al apagar las ardientes llamas de los deseos malsanos.

Es este estado de frescura lo que le permite serenarse. La serenidad no se puede adquirir en las tiendas, ni en Internet, a ningún precio. No es un artículo de consumo que usted pueda comprar o vender. Es un estado de ánimo que irradia más allá de su ente físico y resuena en las mentes de sus semejantes, quienes captan las vibraciones y reaccionan a ellas. La serenidad no se puede forzar ni fabricarse artificialmente. Si usted intenta serenarse, es casi seguro que no lo logrará. Estar en calma parece un estado espontáneo que no requiere ningún esfuerzo, y lo es, cuando se ha realizado el trabajo. Si usted se habitúa a serenar la mente, estará en calma sin siquiera darse cuenta. La práctica budista es una magnífica vía (el camino medio), y probablemente la mejor, para alcanzar este estado de frescura que conduce a la serenidad. Muy rara vez verá a un budista avezado perder la calma.

El samsara es un estado de sobrecalentamiento, en el que las personas irradian egoísmo, odio, desorden, confusión, discordia, desquite y resentimiento hacia sí mismas y hacia los demás. Culturas enteras pueden sobrecalentarse, lo que causa más sufrimiento. No obstante, a medida que usted «se enfría», reduce sus «emisiones» de estados mentales sobrecalentados. Serenarse le hace bien, en lo que atañe a su salud y a su karma; y tiene, además, un beneficio añadido. Enfriar la mente también le caldea el corazón y aumenta su capacidad de amar de formas altruistas y no posesivas. Los budistas desarrollan una enorme compasión. En cuanto usted deje de transmitir

sufrimiento a su entorno, se hará más sensible y receptivo a los sufrimientos ajenos, sin que éstos le hieran. Reduciendo su estado samsárico disfuncional, como ente que emite sufrimiento a otras personas, favorecerá su estado nirvánico funcional como ente que absorbe el sufrimiento de otras personas sin por ello sufrir más. Aquí y ahora, usted puede hacerse mucho bien, y hacérselo a los demás; sin esperanza ni miedo, sin salvación ni condena, sin dogmatismo ni fanatismo, sin almas ni dioses. La clave reside en practicar el camino medio. Incluso unos pocos minutos de práctica diaria supondrán un gran cambio, en su vida y en las de quienes le rodean.

Por este motivo, el budismo no sólo es más que una religión, sino también más que una filosofía. De hecho, es una ciencia para vivir y morir tan bien como sea humanamente posible. Al igual que todas las ciencias, el budismo tiene teorías y métodos semejantes a hipótesis científicas, cuya validez se puede verificar mediante experimentos. Y, al igual que ocurre con todas las ciencias acreditadas, las leyes del budismo son universales y cualquiera puede, en cualquier momento, reproducir los resultados de sus experimentos.

Algo más acerca del camino medio

El budismo mahayana surgió de la efervescente cultura filosófica de la India, la cual había reflexionado sobre muchos de los problemas y paradojas de la filosofía occidental, sólo que siglos antes. Buda era plenamente consciente de estos problemas y halló una forma de trascender la mayoría de ellos, tanto mediante una sofisticada dialéctica como a través de efectivas prácticas. Por ejemplo, los filósofos y teólogos occidentales llevan siglos debatiendo la cuestión del libre albedrío frente al determinismo, como si lo uno negara lo otro.

Qué hacer con nuestros deseos y pasiones es la pregunta clave. ¿Los canalizamos constructiva o destructivamente? ¿Sin causar daño o causándolo? ¿Ejerciendo el libre albedrío o forzados por el destino? San Agustín creía que Dios había hecho a Adán y a Eva pecadores y que ellos no habían tenido más remedio que sucumbir a la tentación en el Jardín del Edén. La doctrina del pecado original, según el cual el pecado humano se originó con Adán y Eva y todos los seres humanos somos pecadores desde que nacemos, aún impera sobre más de mil millones de personas. El pecado teológico trae consigo la culpa psicológica y muchos de los tormentos que sufrimos a lo largo de toda nuestra vida.⁴

Buda rechazaba las concepciones exageradamente deterministas de la conducta humana; sin embargo, aceptaba que los procesos de la naturaleza estuvieran necesariamente regidos por leyes. Según el pensamiento budista, libertad y necesidad

están conectadas. Esta perspectiva, redescubierta por los filósofos modernos a raíz de la ciencia aristotélica, se denomina «compatibilismo», porque sostiene que el libre albedrío es compatible con las leyes de la naturaleza. Los planetas, por ejemplo, no pueden elegir el curso de sus órbitas. Gracias a los descubrimientos de Kepler, Newton y Einstein, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que el movimiento del sistema solar está regido por las leyes de la física. Pero ¿qué hay de su «órbita»? Usted puede despertarse e irse a trabajar más o menos a la misma hora todos los días; sin embargo, nunca atraviesa exactamente el mismo espacio en la misma cantidad de tiempo. Sus ecuaciones cinéticas son imposibles de escribir, y no únicamente por su complejidad, sino porque usted no sabe de antemano todos los movimientos que va a realizar. Me imagino que usted ejerce muchos grados de libertad, dentro de la regularidad y los hábitos de su horario. Su organismo obedece a leyes biofísicas y bioquímicas que usted ni siquiera conoce, de igual forma que los planetas obedecen a las leyes de Kepler sin saber de su existencia. Pero usted hace más que los planetas: toma decisiones. Decide la duración y temperatura de su ducha, dentro de los límites fijados por el sistema. Decide qué ponerse o qué desayunar, una vez más dentro de unos límites. Decide qué itinerario hacer, o qué tren coger, también dentro de las limitaciones impuestas por el sistema. No obstante, usted ejerce constantemente su voluntad. Cualquiera puede calcular dónde estarán los planetas en este preciso instante del próximo milenio. Nadie puede calcular dónde estará usted dentro de cinco minutos. Eso se debe a que usted tiene cierta libertad para decidirlo, lo cual supone improvisación y espontaneidad.

No obstante, libertad de elección no significa libertad para eludir las consecuencias que conlleva elegir. Imagine que quiere salir de un edificio. Usted puede decidir saltar desde el tejado, pero está sujeto a las leyes de la gravedad. Así que si decide saltar, forzosamente se caerá. Lo mismo vale para todos nuestros pensamientos, palabras y actos; somos libres de elegirlos dentro de los límites que nos impone el sistema, pero no libres de eludir sus forzosas consecuencias. Además, como seres humanos, tenemos incluso libertad para decidir algunos de los límites del propio sistema, tales como las leyes legisladas, las prácticas públicas, las costumbres sociales. Nuestras formas de pensar, hablar y actuar están profundamente influidas por nuestras convenciones culturales y no meramente por necesidades biológicas. (Veremos muchos ejemplos de esto más adelante.) Pero lo que pensamos, decimos y hacemos determina en gran parte nuestra trayectoria en la vida y, por ende, nuestras propias experiencias vitales. Nos guste o no, se trata de un mecanismo orgánico de retroalimentación. Más que ningún esfuerzo humano, más que ninguna vocación, profesión o religión, la práctica del budismo favorece los circuitos positivos de retroalimentación y evita los negativos. ¿Por qué? Porque el camino medio nos ayuda a practicar las cosas que realmente importan.

Si usted cree que nadie regala nada o es simplemente un escéptico razonable, puede preguntar: «¿Y dónde está la dificultad? Si el budismo es tan genial, ¿por qué hay relativamente tan pocos budistas en el mundo?» Las respuestas elaboradas a esta pregunta se hallan en la historia y la evolución cultural. Trataremos algunas de ellas en breve. Las respuestas simples se hallan en la cualidad y la responsabilidad. Dado que el budismo es más que una religión, su éxito no depende de su cantidad de partidarios, sino de la calidad de su compromiso. Un número reducido de budistas puede hacer mucho bien al mundo, de igual forma que un número reducido de terroristas puede hacerle mucho daño. Pero el hecho de que no haya más budistas en el mundo no tiene por qué ser malo. Los propios budistas no parecen excesivamente preocupados por cuántos son. Ningún budista ha llamado a mi puerta de improviso ni me ha abordado en una esquina, intentando convencerme para que me «convierta».

Al ser más que una religión, el budismo no necesita hacer proselitismo para transmitir su mensaje. No necesita captar misioneros para atraer fieles. Los budistas sólo necesitan crear su música: el Dharma (enseñanzas y deberes) tañe las cuerdas más hondas de la experiencia humana común. De igual forma que un faro atrae barcos que intentan atravesar los escollos para llegar a buen puerto, el budismo atrae partidarios que también están intentando atravesar los escollos de la vida.

Pero ahora (como siempre) viene la «dificultad»: debemos aprender a ser nuestros propios guías. El faro está dentro de nosotros, no fuera. Muchas personas, tal vez una mayoría, no están preparadas para asumir tanta responsabilidad sobre su vida. Las personas que no se consideran responsables de lo que hacen, dicen y hacen, porque creen en el destino cósmico, la voluntad divina o la victimología, pueden llegar a sufrir enormemente y a causar mucho sufrimiento a su alrededor. En el mejor de los casos, nunca se realizan, porque están viviendo una versión de su vida que no es la suya. En el peor, siembran la destrucción en ellas y en los demás. Éste es un circuito de retroalimentación negativo, causado por la *avidya* o ignorancia de las leyes kármicas. Las personas que más destrucción siembran parecen ser las que menos conocen el budismo. Esto no es mera coincidencia. El camino medio hace a las personas más conscientes de su responsabilidad sobre sus pensamientos, palabras y actos, lo cual produce mejores consecuencias para ellas y para todas las personas con que interactúan. Éste es un circuito de retroalimentación positivo.

Aun así, yo he participado en diversas comunidades budistas, en contextos diversos que incluyen retiros, y he observado que una proporción significativa de los participantes busca ayuda psicológica, a menudo algún tipo de psicoterapia por parte del lama, roshi o sensei que dirige el retiro, lo cual contrasta con la autosuficiencia filosófica que la práctica budista preconiza. Las audiencias privadas con maestros de la meditación son

habitualmente ocasiones para recibir orientación sobre nuestra práctica presente, no psicoterapia por nuestros traumas pasados. Pero es evidente que a algunas personas les atrae el budismo por las mismas razones que las llevan a sentirse atraídas por religiones organizadas: buscan una «respuesta» a sus problemas psicológicos o un «refugio». He entrecomillado «respuesta» porque la psicología budista comienza donde termina la psicoterapia occidental; así que no todo el mundo está preparado para ella. He entrecomillado «refugio» porque el budismo no ofrece en absoluto ninguna forma de escapar a los problemas humanos; más bien, se topa con ellos y con sus verdaderas causas de una forma valerosa, aunque no confrontadora.

Impermanencia, insustancialidad y vacío

Muchos occidentales parecen tenerle bastante miedo al budismo. ¿Por qué? Porque casi todas las personas navegan por la vida en busca de algún faro externo que las guíe hasta buen puerto. Las personas buscan tierra firme y segura, pero naufragan en los escollos de la vida y terminan cayendo al agua. Cuando esto ocurre, ya es demasiado tarde para el faro: necesitan que alguien les arroje un salvavidas. Es imposible convencer a una persona que se está ahogando de que lleva su salvavidas «dentro». No obstante, el budismo nos hace conscientes de la impermanencia de todos los fenómenos: profesiones, matrimonios, familias, identidades, casas, coches, fortunas, sueños. Ninguna de estas cosas es segura o firme. Así pues, la «búsqueda del buen puerto» es como la «búsqueda de la felicidad»: irrealizable. Paradójicamente, quizá, sólo cuando nos percatamos de que no hay ningún «puerto seguro» fuera de nosotros podemos hallarlo en nuestro interior.

Lo que aún es peor, el budismo también nos enseña a experimentar la naturaleza insustancial de todos estos fenómenos. No sólo son impermanentes, sino que tampoco tienen una existencia continua. Al igual que las partículas cuánticas, las luces de neón y las páginas web, existen y dejan de existir en un instante. Algunas cosas parecen persistir más que otras en el espacio y en el tiempo: una roca dura más que una rosa; aunque eso sólo se debe a que la roca cambia con más lentitud que la rosa. Ninguna de las dos es materia sólida, y cualquiera puede saberlo a partir de la física. Ambas existen y dejan de existir en un instante, y eso cualquiera puede saberlo a partir del budismo. Para nosotros es difícil percibir el espacio vacío que constituye la mayor parte de la roca. Sin embargo, los seres humanos estamos excepcionalmente dotados para experimentar el vacío entre los instantes de nuestra percepción de la roca.

Cuando usted ve una película, su sistema perceptual no le permite captar su discontinuidad. El ojo humano no puede distinguir más de veinticuatro fotogramas por segundo; cualquier secuencia superior a ésa parece continua, aunque sólo se trate de una serie de imágenes discretas. Si mira la secuencia de fotogramas o el archivo digital, verá

una serie de imágenes fijas, cada una ligeramente distinta de la anterior. ¿Qué hay entre ellas? Nada. *Nothing. Niente. Rien.* Vacío. Pero sin vacío entre los fotogramas no habría fotogramas. Por tanto, las partes no existentes e imperceptibles de la película son esenciales para las partes existentes y perceptibles. Cada uno de los fotogramas tiene una existencia fugaz y, no obstante, juntos parecen contar una historia continua. ¿Dónde está la continuidad aparente? ¿Dónde está la historia? En su mente, tal vez, pero no en la secuencia de fotogramas.

Ahora, trasládese mentalmente de la película a su vida cotidiana y podrá apreciar el mismo fenómeno en acción. Todo lo que percibe existe y deja de existir en un instante, sujeto a las leyes del cambio. Un frutero, un paisaje, una vida humana, una galaxia, todos son secuencias de existencias momentáneas. Cada existencia momentánea es distinta de la anterior y, no obstante, juntas parecen continuas. Nuestras mentes fabrican este continuo aparente y proyectan luego en él mitos y otras historias: narraciones sobre el principio y el fin de las cosas y de los seres, y sobre los cambios que experimentan. No obstante, cobrando conciencia del vacío entre los momentos de existencia, comprendemos mejor la existencia misma. Y éste es un gran beneficio del camino medio búdico: nos ayuda a nivelar la existencia y la no existencia. Los occidentales tendemos a temer la no existencia. Pero, aprendiendo a aceptarla, aprendemos también a manejar mejor nuestra existencia.

El camino medio llega aún más hondo: nos permite comprender que las propias experiencias están vacías.⁵ Las llenamos de emociones, juicios y otras construcciones mentales; proyectamos en ellas propiedades que no son suyas, sino nuestras. Por ejemplo, imagine que ha tenido un accidente de tráfico o ha sobrevivido a alguna otra clase de accidente o enfermedad que podría haberle matado; imagine que ha asistido al funeral de un pariente o amigo querido; imagine que ha asistido a una ceremonia de graduación, o a una boda, o a una obra de teatro donde actuaba un pariente o amigo querido. Muchas personas describen estas experiencias aludiendo a sus emociones. Repetidamente, utilizan expresiones como «emotivo», «conmover» o «traumático». ¿Qué quieren decir? Quieren decir que han sentido emociones intensas durante la experiencia, o al recordarla, o que esa experiencia (o su recuerdo) les ha provocado emociones intensas. Ellas pueden estar llenas de emociones, pero la experiencia externa en sí está vacía. Un roce con la muerte puede suscitar miedo, terror, pánico, arrepentimiento, resistencia, resignación, regocijo, celebración, revelación, tranquilidad o ecuanimidad. Todas estas cosas están en nosotros. La «experiencia» externa está vacía.

¿Y entonces qué hacemos? Aprender a observar nuestros pensamientos y sentimientos, que surgen y desaparecen, existen y dejan de existir con mucha más

rapidez que las rocas y las rosas. También están vacíos, igual que nuestra imagen de nosotros mismos. ¿Qué queda, pues, de nosotros? Sólo el observador imparcial que se queda sin juicio, quien también está vacío. Y esto es lo que asusta a las personas inteligentes del budismo: que su práctica las lleve a confrontar la impermanencia y la insustancialidad de todos los fenómenos y, finalmente, el carácter ilusorio de su querida «individualidad». Pero es precisamente el mantenimiento de esta individualidad ilusoria, del «ego» que la psicología occidental encuentra tan indispensable, lo que crea el sufrimiento humano. Deshágase de su ego y se deshará de su sufrimiento. La mayoría de las psicoterapias no ayudan a deshacerse del ego; lo protegen, alimentan y miman, como a un animal abandonado. Naturalmente, el ego se resiste a su disolución: es adicto a que lo protejan, mimen y alimenten, y grita más alto cuando lo ignoran. La práctica budista disuelve el ego, permitiendo que emerja así la conciencia de Buda.

Paradójicamente, a casi todo el mundo le aterra la nada. No obstante, nada y todo se complementan. El universo «sustancial» parece salido de la nada, y la mayor parte de la energía contenida hoy en el universo se encuentra almacenada en el vacío cósmico y nos resulta inaccesible. Por tanto, aunque todo está vacío, de este vacío nace la plenitud. Y del vacío de su conciencia de Buda nacen una comprensión infinita y una compasión inagotable. No obstante, para entrar en contacto con su vacío, usted debe estar dispuesto a asumir la responsabilidad de trascender esta farsa de aparente plenitud, permanencia, continuidad, seguridad y solidez.

El largo viaje del budismo

Cada paso del Óctuple Sendero va acompañado de un amplio conjunto de enseñanzas (sutras) y prácticas (yogas), desarrolladas y reinterpretadas a lo largo de muchos siglos por grandes maestros de culturas y civilizaciones diversas. En cada etapa de la práctica budista, usted encontrará brillantes textos y sagaces guías que le ayudarán. Como dicen los chinos: «Cuando el alumno está preparado, aparece el maestro.» La historia del budismo está inacabada, y aún le queda un largo camino por recorrer. Según hemos visto, el propio Buda reformó una tradición profundamente filosófica (las escuelas de la filosofía india) que ya contaba con milenios de evolución. Pero su reforma creó algo más, un camino medio que ha influido y cambiado la vida de pueblos de todo el mundo.

A diferencia de las religiones abrahámicas, el budismo no dependió ni depende directamente de la conquista política para arraigarse y florecer. Ciertamente es que el legendario rey Asoka se convirtió al budismo junto con todo su reino, de igual forma que legiones de monarcas impusieron más adelante el cristianismo o el islam a su persona y a sus súbditos. Pero Asoka fue la excepción, no la regla, para el budismo. Ciertamente es también que, una vez establecido como religión estatal o regional, su clero pudo ser

corrompido por el poder político y, al igual que en todas las religiones abrahámicas, pudo perpetrar o instigar hechos que sus escrituras prohibían y sus fundadores aborrecían. Esto sucedió, por ejemplo, en el Japón del siglo xiii, donde las formas de budismo corruptas y contraproducentes auspiciadas por el Estado fueron reformadas por Nichiren, de modo muy similar a como Jesús reformó el judaísmo del Segundo Templo y Martín Lutero reformó la Iglesia católica romana. Por lo general, no obstante, el budismo no se ha divulgado ni por la vía de la imposición política ni por la vía de la coacción religiosa, sino mediante un fructífero trasplante filosófico a suelos de culturas diversas. Debido a la universalidad del camino medio búdico y a su capacidad para conectar con lo auténticamente humano en todos nosotros, el budismo es aceptable y grato para pueblos de cualquier ideología religiosa, y de ninguna. Puesto que el camino medio búdico y su práctica no necesitan enemigos ni infieles, como tantas otras religiones parecen precisar, el budismo se granjea amigos y simpatizantes allí donde va. Se ha adaptado asombrosamente bien a los suelos de muchas culturas, las ha transformado y ha sido transformado por ellas y, no obstante, en todas ha retenido su esencia. El camino medio es un milagro del mundo humano.

Las enseñanzas de Buda volvieron a entretenerse con el fértil tapiz filosófico de la cultura india, readquiriendo nociones que el propio Buda había refutado, como la reencarnación, la idolatría y otros atributos propios de lo sobrenatural. En sus formas theravada, el budismo se extendió por todo el sur de la India, Sri Lanka y el sureste asiático. También se propagó hacia el norte, al Tíbet, donde arraigó y floreció en la religión indígena bon. El Tíbet terminaría convirtiéndose en la teocracia del budismo mahayana más longeva del mundo, gobernada por sucesivos Dalai Lamas, cuyos linajes monásticos desarrollaron algunos de los yogas más avanzados que el ser humano conoce.

El budismo llegó a China en el año 67, por la «ruta de la seda» que conectaba China con la India y Oriente Medio. Germinó rápidamente en la nutritiva matriz filosófica de las tradiciones taoísta y confuciana. Cautivadas por las enseñanzas que habían llegado hasta ellas y ávidas de más, generaciones de monjes y eruditos chinos emprendieron peligrosos y arduos viajes a zonas inexploradas del norte de la India, importando, traduciendo y reinterpretando un sutra tras otro. De esta forma, los chinos reconstruyeron laboriosamente, y a menudo de forma errónea, sus propias versiones del rompecabezas extraordinariamente complejo integrado por la teoría y práctica budistas, desarrollándolas todavía más.

En el siglo VI, Bodhidharma llevó a China el budismo dhyana desde la India. Éste recibió el nombre de «chan» en China y, más adelante, de «zen» en Japón. El impacto del budismo fue tan profundo que la civilización china vaciló entre favorecer o perseguir a los budistas. Estas vacilaciones dieron como resultado un radical «cambio de

paradigma» que elevó el budismo al estatus del confucianismo y el taoísmo, los cuales pasaron a conocerse colectivamente como las «tres doctrinas» durante la «edad de oro» china de la dinastía Tang (600-900). El más influyente de todos los budistas chinos fue Tien Tai (o Chih-I, 538-597), quien interpretó el Sutra del Loto, poniendo los cimientos de esta edad de oro. Retomaremos algunas de sus enseñanzas más adelante. Junto con otras escuelas, las enseñanzas de Tien Tai migraron a Corea y luego a Japón, donde ejercieron una influencia determinante en Nichiren.

El budismo encontró un auténtico hogar en Japón. Al arraigar en los suelos afines del *shinto* y, más tarde, del *bushido*, floreció como zen entre los samuráis, como Tierra Pura entre el campesinado feudal y en una plétora de sectas monásticas apoyadas por caudillos y familias dinásticas diversas. Finalmente, el ecléctico y prodigioso monje Nichiren reformó la totalidad del sistema en el siglo xiii, subsistiendo en un amargo exilio que apenas lo libró de su ejecución o asesinato. Dedicado durante años al estudio interreligioso, Nichiren reconstruyó diligentemente todas las enseñanzas budistas que se habían filtrado desde la India a China y Japón, hasta caer en la cuenta de que el Sutra del Loto de Buda representaba la culminación misma del budismo. Daisaku Ikeda ha escrito (entre otros muchos libros) una breve y hermosa historia sobre el extraordinario viaje del budismo desde la India hasta China y su transformación en este país. Como él afirma: «China fue la gran tierra que nutrió el budismo para convertirlo en una religión mundial.»⁶

De hecho, China ha desempeñado un papel fundamental en la «exportación» del budismo a la civilización occidental, tanto directamente mediante la ocupación del Tíbet y la expulsión del Dalai Lama, como indirectamente a través de Japón, donde la nueva síntesis que Nichiren realizó de las enseñanzas de Tien Tai sobre el Sutra del Loto se está ahora divulgando por todo Occidente y, de hecho, por todo el mundo.

Así pues, veinticinco siglos después de Buda, y durante la segunda mitad del siglo XX, Occidente comenzó al fin a importar e incorporar el pensamiento budista al grueso de su cultura. Examinemos más en detalle las tres clases de budismo mahayana que mejor conocemos en Occidente: los budismos tibetano, zen y nichiren.

El budismo tibetano

La China comunista invadió y ocupó el Tíbet en 1951. Antes de la invasión, los tibetanos llevaban siglos viviendo virtualmente aislados, lo cual había dado lugar a muchos linajes de budismo y al desarrollo de yogas esotéricos y enseñanzas secretas. Antes de 1951, los occidentales sabíamos poco de la cultura tibetana o el budismo tibetano y, no obstante, las pocas obras aisladas que llegaron a Occidente surtieron en

nosotros un efecto profundamente cautivador. La novela utópica de James Hilton *Horizontes perdidos* nos evocó el paraíso de Shangri-La. *Siete años en el Tíbet* de Heinrich Harrer, una increíble historia real, nos presentó al decimocuarto Dalai Lama y nos introdujo a la cultura tibetana. Más adelante, ambos libros fueron llevados al cine. En un terreno más docto y también más místico, W. Evans-Wentz nos transmitió cuatro textos eruditos, entre ellos *El libro tibetano de los muertos*, con un provocador prólogo de Carl Jung.⁷ En el terreno de la fantasía, los cuentos de Lobsang Rampa caracterizaron a los yoguis tibetanos como magos y superhombres.⁸ (Ésta fue la base de la posterior película de Hollywood, *El chico de oro*.) Antes de 1951, aquélla era aproximadamente toda la bibliografía existente sobre la elaborada cultura budista del Tíbet a la que era posible acceder en Occidente.

La ocupación china lo cambió todo. El Dalai Lama y su séquito fueron reconocidos en Occidente como «gobierno en el exilio», aunque ningún país de la Tierra hizo nada para ayudarles a recuperar su patria. Pidieron asilo a la India, donde continúan manteniendo su sede en Dharamsala. Establecieron bases culturales en Londres, Nueva York y otros centros intelectuales amigos de Occidente. Enviaron a Chogyam Trungpa (entre otros) a Estados Unidos, para establecer contactos con su cultura y concienciarla sobre el budismo tibetano. Fundaron la Shambhala University (cerca de las Montañas Rocosas de Colorado) y la editorial Shambhala Press, que comenzó a publicar buenas traducciones de obras tibetanas y eclécticas obras budistas hasta entonces desconocidas para la civilización occidental.

El año de la expulsión tibetana, 1951, fue también el año de mi nacimiento. Como muchos de los que nacimos en aquella época, los tibetanos exiliados vivieron también los revolucionarios años sesenta, donde la contracultura hippie, los derechos civiles, las protestas antibelicistas, la psicodelia, los iconos de la música pop, las artes marciales, los gurús indios y el misticismo oriental se fusionaron en una evolución sin precedentes cuyos efectos aún reverberan hoy. Hoy en día, los tibetanos están más asentados en su diáspora, lo cual queda ilustrado, entre otras cosas, por la proliferación de tiendas de ropa tibetanas en Greenwich Village y de monasterios tibetanos en toda la civilización occidental. Al igual que tantos otros exilios políticos anteriores al suyo, los tibetanos están reconstruyendo su cultura en el Occidente libre.

El Dalai Lama ha sido un ejemplo de benevolencia y un dirigente budista ejemplar. Jamás ha predicado el odio ni la venganza contra el régimen maoísta que ocupó brutalmente el Tíbet, eliminó cruelmente la cultura tibetana, arrasó los monasterios tibetanos y mató a monjes y monjas budistas. Ni una sola vez ha defendido ni consentido la violencia como un medio legítimo para fines políticos. Se ha ganado la mente y el

corazón de Occidente mediante su imperturbable resistencia frente a la injusticia y su paciente benevolencia hacia todo, incluyendo sus opresores. Fiel a la esencia del budismo, no tiene enemigos. Fiel al camino medio, ningún tibetano ha soñado jamás con secuestrar un avión para llamar la atención de Occidente sobre su grave situación.

Los tibetanos también han establecido contacto con los judíos, y la experiencia ha sido mutuamente enriquecedora. Los tibetanos han instruido a los judíos sobre el budismo, el antídoto más potente del mundo contra el sufrimiento y la persecución, terrenos en los que el pueblo judío ha adquirido una experiencia considerable; si bien pocos remedios evidentes en su larga historia. Los judíos, a su vez, han instruido a los tibetanos sobre la diáspora: ser expulsados de su propia patria, vivir como extranjeros en tierras desconocidas, adaptarse y contribuir a las culturas locales. Éstas han sido claves de la supervivencia judía desde la diáspora babilónica del siglo VIII a. C. y la diáspora romana del siglo I d. C. Los judíos llevan practicando la supervivencia en la diáspora incluso más tiempo del que los budistas llevan practicando el budismo. A partir del ejemplo de la historia judía, los tibetanos han encontrado un sentido y un propósito a su propio exilio, reforzando lo que ya habían estado haciendo conforme a sus ideas: obsequiar a la aldea global con el regalo de su cultura. Los judíos tienen un precepto llamado «tikkun olam», lo cual significa «reparar el mundo». Para reparar el mundo, uno debe vivir en él y, de hecho, por él. Ésta es la finalidad más elevada de la diáspora, que los judíos y últimamente los tibetanos comparten.⁹

Por estas razones, entre otras, no sorprende que haya tantos judíos que se estén adscribiendo a distintas escuelas del budismo, y en una miríada de formas. Este fenómeno recuerda a la pasión de los saduceos por la filosofía helénica en la antigua Israel, y se ha vuelto tan generalizado que en Estados Unidos existe incluso una denominación para los judíos que adoptan o practican el budismo: «jubus», la abreviatura en inglés de «budistas judíos».¹⁰ El propio judaísmo fue absorbido largo tiempo atrás por números reducidos de asiáticos: tanto indios como chinos y japoneses. Ahora, los judíos occidentales están reabsorbiendo el budismo procedente de todas las regiones de Asia.

Pero ¿por qué invadió Mao el Tíbet, un país que carece por completo de importancia política, estratégica o económica? Si usted me lo permite, según mi teoría de la conspiración, Mao Zedong ocupó el Tíbet precisamente para expulsar al Dalai Lama. El juego geoestratégico preferido de los chinos es el go, no el ajedrez. Para ganar en el ajedrez, hay que ocupar posiciones fuertes y mantenerlas. Hay que hacer frente, atacar y eliminar a las piezas contrarias. Ésta es la más perfecta representación de la guerra occidental. Para ganar en el go, hay que inducir al oponente a ocupar intersecciones

débiles y desarrollar posiciones débiles, para poder así ir rodeando y envolviendo gradualmente sus fichas. Ésta es la más perfecta representación de la guerra oriental. Por tanto, es posible que Mao Zedong expulsara al Dalai Lama porque conjeturó que los budistas tibetanos en el exilio se introducirían en Occidente y ejercerían en él una influencia pacífica, debilitando de este modo su propósito de enfrentarse a China en el futuro.

El budismo zen

El término japonés «zen» significa algo parecido a «sosiego mental», y entraña la eliminación de las distinciones (por ejemplo, entre uno y los demás). Proviene del término chino «chan», que a su vez deriva del sánscrito «dhyana». Aunque, pese a encontrarlo inescrutable, el zen tiene para muchos occidentales un sabor maravillosamente japonés, se originó en el norte de la India con el budismo madhyamika de Nagarjuna, el cual experimentó una increíble migración a China, Corea, Japón y, de aquí, a Occidente. Al igual que el budismo tibetano, el zen fue desconocido en Occidente a efectos prácticos hasta mediados del siglo XX.

Antes de 1951, los tibetanos estuvieron incomunicados por el Himalaya, el «techo del mundo», donde vivieron felices durante siglos, entregados a la práctica aislada del budismo. Los japoneses son un pueblo igualmente insular que habita en cuatro islas, donde también vivió feliz durante siglos, consagrado a la práctica aislada de una especie exótica de feudalismo. Pero los asombrosos japoneses veneraban a China como a su cultura madre y se dejaban influir por ideas importadas de este vasto país. Así pues, la cultura japonesa combinó su lealtad ancestral al *shinto* indígena, a su código samurái del *bushido* y a sus artes poéticas del haiku y la ceremonia del té, con una devoción filial al confucianismo y a diversas formas importadas de budismo chino.

El zen entró en la cultura occidental dominante por tres puertas principales; la accesible erudición de D. T. Suzuki,¹¹ los escritos del gran gurú del orientalismo hippie Alan Watts¹² y la publicación del clásico del roshi Philip Kapleau *Los tres pilares del zen*.¹³ Durante la década de 1960, el zen se asentó rápidamente en huecos selectos de la contracultura. Los occidentales lo percibieron según el caso como existencial, genial, moderno, minimalista, activista, rebelde o guerrero. Fue también un budismo que eludía toda definición: cualquier cosa que se dijera o pensara sobre el zen estaba condenada a no ser zen. Los mundos disolvieron el intelecto racional y las imágenes de los diez toros convirtieron estados mentales indescifrables en metáforas poéticas. El zen se consideró la vía más incomprensible, pero también más rápida para alcanzar el satori, o iluminación. En su migración a Estados Unidos, esta rama del budismo retuvo las facetas tanto

religiosa como laica que había manifestado en Japón, sólo que con un giro inesperado.

En la faceta religiosa, los maestros zen japoneses tienden a ser abades de monasterios. En la faceta laica, el minimalismo espartano del zen lo convirtió en el budismo ideal para los samuráis, quienes tenían sobrada disciplina y suficiente inclinación para sentarse, respirar y morir serenamente, y quienes no requerían (y a menudo despreciaban) la exégesis erudita de textos ni una compleja liturgia religiosa. Pero aquí está el giro inesperado: los jesuitas fueron los primeros occidentales que vivieron en Japón, como misioneros tolerados la mayor parte del tiempo. Durante los episodios de intolerancia, como en Nagasaki el año 1597, los jesuitas residentes y los japoneses convertidos al cristianismo fueron crucificados, aunque no desalentados. Los jesuitas son una orden militar, además de erudita. Son ideales para, por una parte, establecer «cabezas de playa» para el cristianismo en países extranjeros y, por otra, aprender lo suficiente de las culturas indígenas como para transmitírselo. En el siglo XX, las tornas se volvieron de forma maravillosa cuando un joven sacerdote jesuita irlandés llamado Robert Kennedy fue asignado a Japón. Allí descubrió el zen, que lo fascinó. Así que, trascendiendo su misión de profundizar la experiencia japonesa del cristianismo, Robert Kennedy terminó asentándose en Estados Unidos, donde ahora profundiza la experiencia cristiana del budismo zen.¹⁴

El roshi Kennedy recibió su inkha (sello de sucesión en el Dharma) del roshi Bernie Glassman, budista zen de origen judío e incansable activista. Glassman es célebre por su compasiva insistencia en llevar el zen al pueblo: a los indigentes, a los desventurados, a los inermes, a quienes más necesitados están de compasión humana. De este modo, el budismo zen ha hecho un improbable viaje desde los tranquilos monasterios de Kioto hasta las calles del Bronx. Glassman, al igual que su sucesor Robert Kennedy, ha organizado retiros al aire libre en Auschwitz. No hay un modo más contundente de contraponer la actitud no violenta y compasiva de los budistas hacia la humanidad con la violencia y la cruel indiferencia del nazismo hacia ella que organizar un retiro en este lugar. El roshi Kennedy, que enseña teología en el Saint Peter's College de Nueva Jersey, fundó el Morning Star Zendo (zendo del lucero del alba) en la ciudad de Jersey, donde yo lo conocí.

Conservo gratos recuerdos de nuestras meditaciones en la azotea al despuntar el alba, viendo el sol salir entre las torres gemelas del World Trade Center, a sólo un paso del río Hudson. Durante nuestros animados desayunos después de practicar zazen, el roshi Kennedy me animaba a desafiar a las feministas radicales y a otros activistas políticos de izquierdas que el lucero del alba atraía a su órbita (junto con estudiantes, amas de casa, obreros, monjes cristianos y budistas de origen judío). En verdad, yo no necesitaba

ningún acicate para cuestionar las perspectivas extremistas. Y, no obstante, una lección perdurable que el roshi Kennedy nos enseñaba todas las mañanas, sin decir una palabra, era que el camino medio es lo bastante ancho como para contener todos los caminos, lo bastante profundo como para favorecer el diálogo entre ellos, lo bastante tolerante como para trascender las imperfecciones humanas, que todos manifestamos de una forma u otra, y lo bastante paciente como para permitir que aflore nuestra humanidad común.

Tal vez el mayor regalo del roshi Kennedy sea haber llevado el budismo zen a las santas órdenes cristianas. Dirige ejercicios zen en monasterios de muchas clases (benedictinos, trapenses, capuchinos), así como en grupos interreligiosos. Parezca mentira o no, el budismo zen laico tiene la facultad de reavivar y revivir la devoción espiritual cristiana.

El budismo nichiren

Como hemos visto hasta aquí, China es una cultura fundamental para el budismo. A medida que se fueron acumulando en ella retazos del inmenso muestrario de enseñanzas budistas indias, el budismo pasó a surtir un profundo efecto en los cimientos taoísta y confuciano de la cultura china. En China, el budismo demostró una vez más su capacidad para arraigar y florecer en un suelo cultural «extranjero», entablando un fructífero diálogo con las tradiciones ya existentes. (En el próximo capítulo, indagaremos en el terreno metafísico de la propia China.) Al igual que en otras regiones del mundo, el budismo chino evolucionó en diversas escuelas «viables», cada una de las cuales favoreció un subconjunto concreto de enseñanzas y prácticas. Ya hemos mencionado el tien tai y el chan. Otra popular escuela china fue la «Tierra Pura», cuyos seguidores rogaban a Buda por su salvación y renacimiento en una suerte de cielo budista. La escuela de la Tierra Pura se parecía, pues, a una versión budista china de una religión abrahámica.

Pero hubo sobre todo una escuela que pintó un cuadro profundamente fascinante del budismo, dando prioridad a las enseñanzas de Buda, reconciliando las diferencias con otras escuelas budistas y yuxtaponiendo, de forma sumamente compatible, el budismo con las tradiciones indígenas taoísta y confuciana. Fue la escuela fundada por Tien Tai. Entre sus muchas valiosas enseñanzas se encuentran los «tres mil estados» holográficos inspirados en el Sutra del Loto, obra que Tien Tai y, más adelante, Nichiren señalaron como la culminación de las voluminosas enseñanzas budistas.¹⁵ La idea fundamental es que todos los posibles estados se hallan simultáneamente presentes en todos los seres sensibles, lo cual significa que todos poseemos el estado de Buda, aparte de los demás. La cuestión radica en cómo manifestar los estados más beneficiosos, sobre todo los

estados caritativos y compasivos del bodhisattva y, finalmente, el estado iluminado de Buda; y, al mismo tiempo, en cómo reducir las manifestaciones de estados más perjudiciales, sobre todo los viles y atormentados que inducen a la maldad y la violencia.

El budismo tien tai es, pues, igualitarista y holístico. Afirma que todo el mundo es capaz de manifestar cualquier estado, que cualquiera puede acceder continuamente a todos ellos. El budismo tien tai también proporciona las claves de acceso, las cuales, como de costumbre, dependen de la práctica y no del ascetismo, la oración o la ilusión. Nadie está excluido por ser de origen humilde ni estar condenado por fuerzas externas: nos convertimos en lo que hacemos de nosotros mismos; aunque, por naturaleza, todos necesitemos tener como guía influencias saludables y no malvadas. Este budismo es conveniente para muchísimas personas corrientes, quienes desean llevar una vida decente y productiva pero no desean someterse a los excesos de la negación (como la impuesta por el ascetismo religioso). También casa con la noción confuciana de que cualquiera puede convertirse en un «caballero» o una «dama» si practica las virtudes. Es asimismo congruente con la máxima taoísta de la complementariedad de los opuestos: cada estado va ligado a su complemento, lo cual sugiere que es necesario practicar con regularidad para favorecer los estados más saludables y mantener a raya los que lo son menos. Como pronto veremos, el budismo tien tai también es compatible con el *Yijing*, el libro fundamental pero anónimo que influyó tanto a Laozi como a Confucio. Además, el tien tai es un budismo cultural, que refleja profundamente los compromisos tradicionales del confucianismo con la erudición, la música y las artes.

Todas las principales escuelas del budismo chino fueron migrando gradualmente a Japón y estableciéndose en su rígida jerarquía feudal. La Tierra Pura fue adoptada por los siervos, quienes no abrigan ninguna esperanza de mejorar sus condiciones socioeconómicas y se vieron, por tanto, obligados a rogar a una deidad budista por su salvación. El zen fue adoptado por los samuráis, ya habituados a soportar la privación y la muerte con estoica determinación e inquebrantable valor, si no con buen ánimo. Los señores feudales, caudillos y dinastías gobernantes se contentaron, en general, con adoptar y fomentar el budismo como un medio de control social y político; de igual forma que el sistema feudal europeo abrazó y fomentó el cristianismo. De esta forma, el budismo tien tai fue abandonado o corrompido en Japón, y así permaneció durante siglos, hasta ser reformado en el siglo xiii por el monje erudito Nichiren.

Nichiren restituyó el Sutra del Loto como el pináculo de las enseñanzas budistas y destiló de él un potente mantra, *nam myoho renge kyo*, que divulgó al pueblo como la forma más rápida y segura de alcanzar la liberación del sufrimiento.¹⁶ Al igual que hiciera Martín Lutero con el catolicismo papal, Nichiren también reformó el budismo

japonés. No obstante, el budismo nichiren fue gradualmente reabsorbido, devuelto al monasterio y de nuevo corrompido por el persistente y longevo sistema feudal japonés, que perduró hasta la era Meiji; la cual, a mediados del siglo XIX, transformó Japón en un Estado moderno.

Japón emergió en el siglo XX de la insularidad en la que llevaba siglos viviendo, disfrazado al principio de dragón extravertido y agresivamente imperialista. La posterior psicosis de guerra del militarismo japonés que habría de durar varias décadas fue al fin interrumpida en los cruentos hechos acaecidos en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, donde Estados Unidos obtuvo finalmente la rendición incondicional de Japón y democratizó el país imponiendo un cambio de gobierno. Pero, oculto entre la cultura belicista japonesa de aquella era, renació un budismo nichiren pacifista y educacional, en una organización llamada Soka Gakkai, que significa «Sociedad para la creación de valores». Volveremos a tratar la valerosa e inspiradora historia de los fundadores de Soka Gakkai en el capítulo 15, pero demos ahora un salto hasta finales del siglo XX, período en que el budismo nichiren de Soka Gakkai migró a Estados Unidos.¹⁷

Soka Gakkai International (sgi) está presidida por Daisaku Ikeda y es, cronológicamente, la tercera escuela principal de budismo mahayana que se ha establecido en Estados Unidos y en todo Occidente, llegando después de los tibetanos y también después del zen. Dado que tengo el honor de citar al presidente Ikeda a lo largo de todo este libro, usted puede «oírlo» hablar con su propia voz. Yo he tenido el privilegio de conocerlo en Japón y de dialogar con él. También he estudiado muchos de sus escritos¹⁸ y he interactuado con comunidades budistas de esta organización en varios países. sgi ha vigorizado las enseñanzas de Nichiren y las ha transmitido (junto con el Sutra del Loto y muchas otras obras) al pueblo, fiel a la tradición abiertamente accesible de Nichiren. Además, sgi ha ilustrado y amplificado los aspectos culturales de la escuela tien tai, que a su vez influyó en Nichiren. sgi ha construido escuelas, universidades, centros culturales, bibliotecas musicales y espacios para artistas, creando valores para la humanidad e inspirándolos en el interior de cada persona.

Una de las experiencias que más daño puede hacer a un ser humano, sea hombre, mujer o niño, es que sus semejantes lo infravaloren. Por el contrario, una de las experiencias más edificantes es que sus semejantes lo valoren, y mejor que eso es incluso aprender a crear valores para ellos. El budismo nichiren de sgi descuella en la creación de valores.

De Buda a Confucio

Daisaku Ikeda ha observado que el budismo «se perfeccionó y purificó en el rico

crisol de la cultura china».¹⁹ Examinemos ahora ese crisol en mayor detalle. Nuestros dos próximos capítulos, sobre Confucio y la geometría de los filósofos abc, completarán esta introducción sobre los principios de estos tres filósofos, después de lo cual los aplicaremos a reconciliar los extremos de la vida.

¹ Ikeda, Daisaku: comunicación personal, 2005.

² *Ibid.*

³ NAGARJUNA: *Fundamentos de la vía media*, Siruela, Madrid, 2004.

⁴ Thomas Hobbes refutó a san Agustín en el siglo XVII, poniendo su propia vida en peligro, dado que, por aquel entonces, las doctrinas de las Iglesias romana y anglicana eran dogmas irrefutables. Hobbes escribió que «los deseos y otras pasiones del hombre no son en sí mismos pecado». En otras palabras, son parte de nuestra naturaleza y no se prestan a un juicio moral únicamente sobre esa base. Aunque, por otra parte, Hobbes tampoco creía en el «libre albedrío»: llamaba a la voluntad humana «el último apetito» previo a la acción, anticipando la teoría freudiana de que nuestros pensamientos y conductas están en su mayor parte determinados por factores psicológicos inconscientes.

⁵ Geshe Michael Roach proporciona una explicación clara de esta enseñanza en *El tallador del diamante*, Amara, Ciutadella de Menorca, 2001.

⁶ IKEDA, Daisaku: *The Flower of Chinese Buddhism*, traducido por Burton Watson, Weatherhill, Nueva York y Tokio, 1986.

⁷ Evans-Wentz, W.: *The Tibetan Book of the Great Liberation*, Oxford University Press, Londres, 1954; *Tibetan Yoga and Secret Doctrines*, Oxford University Press, Londres, 1935; *Tibet's Great Yoghi Milarepa*, Oxford University Press, Londres, 1928; *El Libro Tibetano de los Muertos*, Kier, Buenos Aires, 1990 (con prólogo de Carl Jung).

⁸ P. ej., Rampa, Lobsang: *El médico de Lhasa*, Destino, Barcelona, 1999; *El tercer ojo*, Destino, Barcelona, 2003; *El ermitaño*, Destino, Barcelona, 2004.

⁹ V. p. ej., Kamenetz, Roger: *The Jew in the Lotus: A Poet's Rediscovery of Jewish Identity in Buddhist India*, HarperCollins, San Francisco, 1995.

¹⁰ También se oye «bujus», abreviatura de judíos budistas.

¹¹ P. ej., Suzuki, D. T.: *Budismo zen*, Editorial Kairós, Barcelona, 1998; *Introducción al budismo zen*, Kier, Buenos Aires, 1981, con un prólogo de Carl Jung.

¹² P. ej., Watts, Alan: *This is It; and Other Essays on Zen*, Vintage, Nueva York, 1973; *El camino de zen*, Edhasa, Barcelona, 2003.

¹³ Kapleau, Philip: *Los tres pilares del zen*, Gaia, Madrid, 1994.

- 14 Kennedy, Robert: *Zen Spirit, Christian Spirit*, Continuum, Nueva York, 1997; *Zen's Gifts to Christians*, Continuum, Nueva York, 2000.
- 15 *The Lotus Sutra*, Nueva York, 1993, traducido por Burton Watson, Columbia University Press.
- 16 V. *Aprendamos del Gosho: la eterna enseñanza de Nichiren Daishonin; selección de los escritos de Nichiren Daishonin* (disertados por Daisaku Ikeda), Ibergráfica, Madrid, 2003.
- 17 Para un análisis científico social de los detalles de este trasplante, v. HAMMOND, Philip y David MACHACEK: *Soka Gakkai in America*, Oxford University Press, Oxford, 1999.
- 18 V. bibliografía recomendada para este y otros capítulos.
- 19 Ikeda, Daisaku: comunicación personal, 2005.

El orden equilibrado de Confucio: Cómo restaurar la armonía y la virtud en la discordia

Rebasar los límites no es un defecto menor que no alcanzarlos.
Confucio

El Aristóteles del Lejano Oriente

Confucio vivió entre 551 y 479 a. C., pero su nombre continúa siendo sinónimo de filosofía del Lejano Oriente (China, Corea y Japón). A diferencia de Buda, que nació en el seno de una familia gobernante, y a diferencia de Aristóteles, cuyo padre tenía contactos políticos con familias gobernantes, Confucio era de origen modesto. Su padre, un sencillo magistrado, murió cuando Confucio sólo tenía tres años. Criado en una pobreza relativa, Confucio desempeñó diversos trabajos humildes (pastor, oficinista, bibliotecario) en el transcurso de su desarrollo filosófico. La humildad era, y es, una virtud central de las culturas confucianas. También a diferencia de Buda, Confucio no heredó el dinámico debate metafísico ni la práctica de esotéricos yogas que caracterizaban la antiquísima tradición india. Y, a diferencia de Aristóteles, Confucio no heredó el formidable y fundamental legado helénico de las filosofías presocrática y platónica. No obstante, al igual que el filósofo griego, Confucio adquirió un poder magistral en su madurez, persuadiendo a más de un caudillo de que el gobierno basado en la virtud es superior al gobierno basado en la coacción. Como Aristóteles, Confucio cayó políticamente en desgracia; pero no hasta que murió. Y, como Aristóteles y Buda, Confucio dedicó décadas a la enseñanza. Estableció un extraordinario legado que definiría el carácter filosófico esencial de las culturas de China y sus países vecinos en los siglos venideros. La influencia de Confucio en la civilización del Lejano Oriente supera incluso a la prodigiosa influencia de Aristóteles en Occidente.¹

¿Qué material escrito formativo estudió Confucio? Leyó las cuatro grandes obras a las

que tenía acceso: el *Libro de las mutaciones (Yijing)*, el *Libro de las odas*, el *Libro de la historia* y el *Libro de la música*. De las *Odas* Confucio aprendió a venerar el amor, tanto en sus manifestaciones poéticas como humanistas. Amar al prójimo es una virtud central de la ética confuciana. De la *Historia*, Confucio aprendió a venerar a los antepasados: honrar a los padres es un pilar de las culturas confucianas; además, Confucio venera la antigüedad, aludiendo repetidas veces al parcialmente legendario ducado de Chou, una utopía del pasado regida por la virtud. De la *Música*, Confucio aprendió a sintonizarse con las vibraciones fundamentales que sustentan el universo. De igual forma que nosotros tañemos instrumentos musicales, el cosmos nos tañe a nosotros. Del *Libro de las mutaciones* Confucio aprendió a seguir el Camino (Tao), la sublime metafísica china del yin y el yang, lo cual le permitió comprender mejor las leyes naturales que rigen tanto el universo como la Tierra, el Estado, la familia y el individuo.² El proyecto confuciano versa sobre la comprensión de estas leyes fundamentales y sobre su aplicación a la vida cotidiana.

Por encima y por debajo de todo, fue el Tao, tal como le fue revelado en el *Libro de las mutaciones*, lo que impregnó el pensamiento de Confucio y modeló su ética de la virtud. Probablemente no sea una coincidencia que Laozi, el máximo exponente del Tao que llegó a identificarse con el taoísmo mismo, fuera contemporáneo de Confucio y también funcionario. El *Daodejing (El Camino y su poder)* de Laozi es un tratamiento metafórico y poético del Camino, mientras que las *Analectas* de Confucio son aplicaciones literales y prácticas del Camino a la vida cotidiana.³ Por otra parte, nada es simplemente blanco o negro en la filosofía china, incluidos los colores que se impregnan mutuamente del círculo del yin y el yang que simboliza el Tao. Tanto Laozi como Confucio hablan de «el Camino» y, no obstante, a menudo parecen contradecirse. Por ejemplo, Confucio nos exhorta a no dejar nunca de aprender, un consejo que, hasta la fecha, se toma extremadamente en serio en el Lejano Oriente; por ejemplo, en prósperos centros neurálgicos económicos como Singapur, cuya población, perteneciente en un 70% a la etnia china, es fervientemente confuciana. Laozi, en cambio, nos aconseja «deshacernos de lo que sabemos» para comprender el significado más profundo del Tao. ¿Es esto una contradicción? Permítame responder con otra aparente contradicción: sí y no.

Aprender, y deshacernos de lo que sabemos, parecen contradecirse sólo en el grado más superficial. «Deshacernos de lo que sabemos» no significa quemar libros: después de todo, es en un libro donde Laozi ofrece este consejo. Es más, no podemos deshacernos de lo que sabemos sin antes haber aprendido algo. El mensaje de Confucio es que nacemos para aprender, no para permanecer en un estado de ignorancia. Por otra

parte, el mensaje de Laozi es que el lenguaje y el pensamiento pueden ser engañosos y, en cualquier caso, tienen sus límites. Seguramente, usted habrá tenido experiencias que no ha sabido expresar con palabras. La búsqueda del conocimiento como fin en sí misma puede, de hecho, cerrar las puertas de la mente y no lograr abrir las del corazón. Sepa usted mucho o poco, lo más importante es qué hace con lo que sabe, en lo que respecta a la práctica de la virtud. Algunos practican la virtud aprendiendo; otros, trascendiendo lo que saben. En el siglo XVII, Thomas Hobbes repitió independientemente el desafío de Laozi diciendo: «Si hubiera leído tanto como otros hombres, sabría tan poco como ellos.» Pero Hobbes dijo esto después de haber leído y escrito más que la mayoría de los hombres de su generación. Lo que Laozi (y Hobbes) quieren decir es que debemos aprender a pensar por nosotros mismos. Paradójicamente, quizás, una buena forma de estimularnos para hacerlo es reflexionar sobre lo que han pensado grandes mentes, lo cual nos lleva de vuelta a Confucio.

El taoísmo de Laozi se puede considerar esotérico, concebido para estudiosos de la vida que ya han trascendido las formas corrientes de aprender; el taoísmo de Confucio se puede considerar apto para el público general, concebido para guiar a la inmensa mayoría en sus prácticas vidas cotidianas. Fieles al Tao que ambos habían adoptado de un modo distinto, los propios Laozi y Confucio forman una pareja yin y yang complementaria. El sentido práctico característico del Lejano Oriente ensalzó e impulsó el confucianismo, el cual es en realidad un taoísmo concreto; mientras que el taoísmo abstracto de Laozi engendró una tradición de honorables sucesores (en particular, Chuang-Tzu), pero quedó relegado a un segundo plano cultural, degenerando en superstición y magia popular. Si busca un confuciano en Pekín, podrá hablar con cualquiera en la calle. Si busca un verdadero taoísta en Pekín, va a costarle más encontrarlo.

El conocimiento humano se desarrolla mejor mediante la interacción de la teoría y la práctica. Necesitamos teorías razonables que sustenten nuestras actividades prácticas, para medrar y no marchitarnos como seres. El progreso hacia la virtud y la realización aristotélicas, en la ciencia de vivir y en otras ciencias, depende de la interacción entre hipótesis y experimentación. Igualmente, la perseverancia de las tradiciones budistas en la creación de valores y compasión depende de la congruencia entre las tres primeras Nobles Verdades y las prácticas de la cuarta. Igualmente, el mantenimiento del orden equilibrado de Confucio depende de la armonía entre las teorías sobre la mutabilidad del mundo y la práctica de virtudes inmutables.

Orden frente a entropía

El universo se caracteriza por presentar un desequilibrio fundamental entre el caos (desorden) y el cosmos (orden), al menos en su fase actual. Es más fácil derribar un

castillo de naipes que construirlo. Un huracán o un tornado puede causar daños tremendos, destruyendo en cuestión de segundos viviendas que se ha tardado meses en construir. Un solo acto de infidelidad o crueldad puede arruinar una relación que ha tardado meses o años en consolidarse. Una sola actuación bélica puede arruinar rápidamente décadas de buenas relaciones diplomáticas y destruir de forma instantánea vidas que han tardado décadas en crecer y madurar.

«Entropía» es el nombre que los físicos asocian a la segunda ley de la termodinámica, la cual conduce a los sistemas físicos, sean amebas o galaxias, de estados más ordenados a otros cada vez más desordenados. Es la energía no recuperable que uno debe invertir en hacer cualquier cosa, desde hervir agua hasta dirigir una organización. La entropía es el material de desecho cósmico: una garantía del 100% de que ningún proceso será eficiente en un 100%. También es la base de la «ley de Murphy»: si algo puede salir mal, saldrá mal. Confucio comprendía muy bien la entropía moral. Escribió: «Así es como funciona el mundo. Todo lo bueno es difícil de alcanzar; lo malo es muy fácil de conseguir.»⁴

La entropía aumenta con el paso del tiempo, razón por la cual sir Arthur Eddington la llamó «flecha del tiempo». A la larga, el universo alcanzará un estado de entropía total, o «muerte térmica», en el cual el movimiento molecular e incluso la vibración atómica cesarán. Finalmente, se instaurarán la paz y la tranquilidad, pero quizá no por mucho tiempo. Si la cosmología védica está en lo cierto, del caos universal nace un cosmos renovado, y con él otro gigantesco ciclo de creación, desarrollo y aniquilación. Como veremos en el próximo capítulo, el orden emerge efectivamente del caos. Ambos son también complementarios.

La vida es en sí misma una manifestación sumamente improbable de entropía negativa. Los seres vivos son sistemas con una organización mucho más compleja que las cosas inertes. Los seres humanos somos más complejos que otros seres terrestres; pero, por ese mismo motivo, somos también más inestables, propensos siempre a seguir los pasos de la entropía hacia el desequilibrio y el desorden. Las familias y sociedades humanas son aún más complejas, porque combinan todas las complejidades de los individuos sumadas a las propiedades de las relaciones y los grupos. La vida en sí evoluciona de algún modo; sin embargo, las formas de vida individuales culminan en la muerte, después de la cual su materia física es desordenada y diseminada por la entropía. Cada vez que usted inspira, está probablemente aspirando al menos una molécula que fue parte de Aristóteles, o Buda, o Confucio. Por desgracia, su sabiduría no viene incorporada en sus ex moléculas: otro ejemplo de entropía. Aunque Confucio no estudió física ni biología como lo hacemos hoy, sí comprendió la tendencia natural al desorden

de los asuntos y las sociedades humanas y buscó formas de alcanzar y mantener tanto equilibrio y orden como fuera posible, del individuo a la familia, de la comunidad al Estado.

Confucio coincidiría con Aristóteles en que la familia es la unidad fundamental del Estado, así como un Estado en miniatura. Para que en un Estado reine la armonía, ésta debe reinar primero en la familia. Como Confucio dijo en las *Analectas*: «Para poner el mundo en orden, antes debemos poner el país en orden; para poner el país en orden, antes debemos poner la familia en orden.» Las familias desordenadas engendran países desordenados; los países desordenados, un mundo desordenado. El concepto confucianista de que la familia es un Estado en miniatura se anticipa en 2.500 años a un tipo de geometría especial, la geometría «fractal». Como veremos en el próximo capítulo, los fractales contienen pautas autosemejantes a cualquier aumento. La filosofía china percibió magníficamente este fenómeno en las estructuras humanas, mucho antes de que los geómetras occidentales lo percibieran en la naturaleza. No obstante, puesto que la cultura china jamás había separado al hombre de la naturaleza como ha hecho Occidente de forma tan decisiva para mayor peligro, los chinos reflexionaron sobre las pautas que relacionaban al hombre con la naturaleza, lo cual Occidente está comenzando a redescubrir precisamente ahora.

Confucio también coincidiría con la perspectiva budista de que los conflictos externos, tanto en una familia como entre dos países, son manifestaciones de conflictos internos no resueltos, tanto de unos padres concretos como de culturas enteras. Los hijos no sólo heredan los genes de sus padres, sino también sus prejuicios y sus maltratos, junto con otro bagaje psicológico. Cuanto más tiempo se haya acarreado este bagaje, más difícil será soltarlo y más se afianzarán los conflictos. «La fortaleza de un país proviene de la integridad del hogar», insistió Confucio en las *Analectas*. Y la debilidad de un país proviene de la desintegración de sus hogares.

«Integridad» tiene dos significados relacionados. En primer lugar, una persona íntegra tiene todas sus partes en armonía, no en conflicto, y actúa de una forma honrada y recta. En segundo lugar, una cosa íntegra está entera, no fraccionada, con todas sus partes. Como veremos en el capítulo 5, la geometría helénica hizo mucho hincapié en la importancia de los números enteros. La integridad de los números fue fundamental no sólo para la geometría griega, sino también como vínculo con la integridad tanto de las personas como de las comunidades políticas. Aristóteles coincidiría con Confucio en que las personas con integridad contribuyen a la creación de un hogar, una familia, una comunidad y una humanidad igualmente íntegros.

Siempre ha sido una ironía, y a veces una tragedia, que ser padres se convierta en el

trabajo más importante de nuestra vida y que, sin embargo, nadie nos exija cumplir ningún requisito ni estar cualificados para ello. Confucio, al igual que Buda, arguye que los conflictos familiares se deben a problemas no resueltos de los padres. Como Confucio dijo en las *Analectas*: «Para poner la familia en orden, antes debemos cultivar nuestra vida personal; antes debemos poner orden en nuestro corazón.» Los filósofos abc nos ofrecen miríadas de formas para poner orden en nuestro corazón, y todas ellas nos permiten transformarnos: Aristóteles, mediante la contemplación y la proporción áurea; Buda, mediante el desarrollo de la conciencia y el camino medio; Confucio, mediante la virtuosidad y el Camino (Tao) mismo.

No obstante, Confucio y Aristóteles discrepan en una cuestión fundamental, concretamente en quién debe ser favorecido cuando los intereses del individuo están en desacuerdo con los de la colectividad: la familia, la comunidad, el país. Sus respuestas divergentes irán emergiendo repetidamente a medida que examinemos temas diversos y nos procurarán un interesante material para la reflexión. Dicho en pocas palabras: Aristóteles creía que la finalidad básica de todo ser humano es ser feliz, o realizarse. La realización se alcanza mediante la mejora personal a través de la práctica de las virtudes. Estas metas aristotélicas son realizadas por y para los individuos. En el caso de Confucio, sucede justo lo contrario: la finalidad básica de todo ser humano es cumplir con las obligaciones y responsabilidades que le exige su lugar en el orden familiar, comunitario y nacional, tal como dispone la naturaleza. La felicidad individual es consecuencia de ello. Profundicemos ahora en la concepción confuciana de orden equilibrado para descubrir por qué antepone Confucio lo colectivo a lo individual.

Confucio y el *Yijing* (el *Libro de las mutaciones*)

Me regalaron el *Yijing* cuando yo todavía era un adolescente. En aquel momento no lo entendí; sin embargo, al cabo de unos pocos años, su valiosa sabiduría se fue haciendo cada vez más evidente. En algunos de mis anteriores libros famosos, inspirados en mi experiencia como consejero filosófico, resumí estudios de casos que hacían referencia al *Yijing* y proporcioné breves instrucciones para su uso. Esto ha provocado precisamente lo que el Tao predice, a saber, reacciones complementarias: expresiones de gratitud por parte de algunos lectores que estaban preparados para recibir la sabiduría del *Yijing* y expresiones de censura por parte de otros lectores que se consideraban demasiado «racionales» para acceder al *Yijing* por el método «imprevisible» recomendado, que consistía en echarlo a suertes. Para instruir a los críticos, debo escribir algún día un libro que detalle la íntima relación entre determinismo y azar. De hecho, no existe nada semejante al azar, sino sólo una incapacidad por nuestra parte para explicar de un modo más completo cómo y por qué nos parecen fortuitos determinados procesos. Por ahora,

basta con decir que alguien que rechaza la sabiduría del *Yijing* sólo porque a él se pueda acceder de una forma «imprevisible» es como alguien que se niega a leer un mensaje en una botella sólo porque la botella ha llegado a sus pies por el movimiento «imprevisible» de los mares.

El *Yijing* contiene la metafísica tanto de Laozi como de Confucio. Juntos, este libro y estos dos filósofos definen el «adn cultural» originario de la civilización del Lejano Oriente, antes de que el budismo migrara a ella desde la India. El concepto fundamental es que en todos los fenómenos hallamos la yuxtaposición de complementos: existencia y no existencia, nacimiento y muerte, cielo y tierra, orden y caos, luz y oscuridad, bien y mal, justicia e injusticia, guerra y paz, masculino y femenino, creatividad y receptividad, profesor y alumno, gobernante y súbdito, lo sagrado y lo profano, alegría y tristeza. La aportación clave del Tao es que estos pares no se encuentran en una relación de oposición ni de mutua exclusión, sino de complementariedad y mutua inclusión. En otras palabras, cada par complementario comprende un todo mayor, y cada complemento contiene también algo del otro. Pero los pares complementarios no son nunca estáticos, sino que perduran en un estado de flujo perpetuo, que todos llamamos «cambio». Para afrontar los cambios, y para sacar el mayor provecho de los desafíos que nos plantean, debemos seguir el Tao, el Camino, la línea de menor resistencia, la resonancia más honda que alcanzamos con los cambios de nuestra vida.

Los complementos genéricos son el yin y el yang, cuyo símbolo, conocido ahora en todo el mundo, no llegó a Occidente hasta el siglo XX. De igual forma que la proporción áurea de la geometría helénica ya se conocía antes de Aristóteles, el círculo del yin y el yang del Tao chino ya se conocía antes de Confucio. Se han escrito muchos libros, y pueden escribirse mucho más, desvelando los significados y aplicaciones de este símbolo, el cual aparece representado en la figura 4.1.

El yin y el yang son complementos primordiales y emanan del Tao. En teoría, todo tiene un complemento, salvo el Tao mismo. Es fundamental comprender la distinción entre los opuestos polares y los complementos taoístas. Una vez más, polaridad significa oposición y mutua exclusión de los pares, tal como norte frente a sur en una brújula, polo positivo frente a polo negativo en una pila, verdad frente a falsedad en la lógica aristotélica, creatividad maníaca frente a depresión profunda en el trastorno bipolar humano. Polaridad es un concepto occidental y tiene su utilidad, dentro de unos límites. Complementariedad, en cambio, significa compleción y mutua inclusión de los pares. Por ejemplo, una vez que llegamos al Polo Norte, cualquier paso que demos, en cualquier dirección, nos dirigirá hacia el sur. Llegar al «extremo» de un punto cardinal nos obliga a dirigirnos hacia el otro. Así pues, cuanto más al norte nos desplazamos, más cerca estaremos de desplazarnos hacia el sur. El norte no puede excluir al sur, sino únicamente

complementarlo.

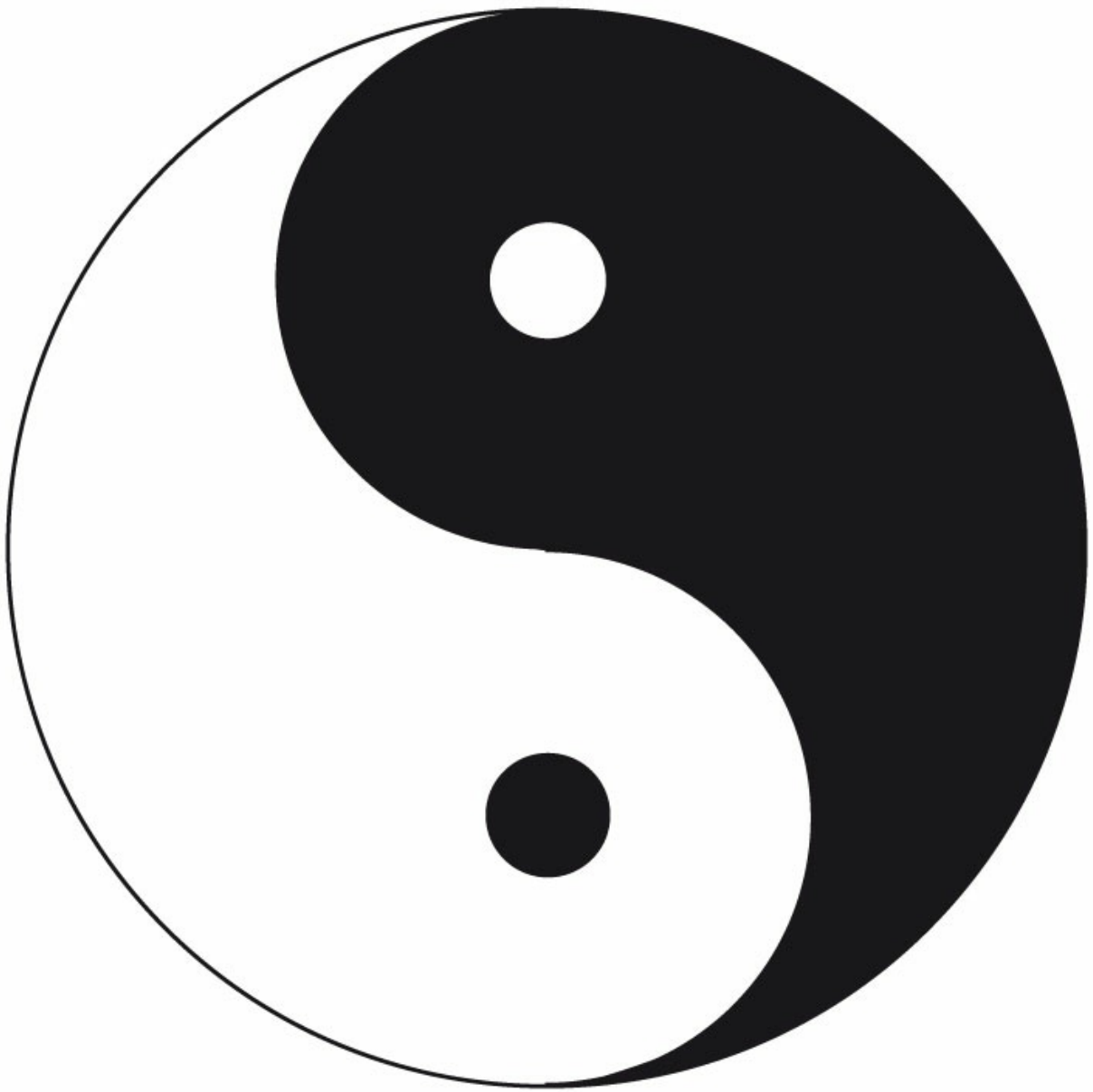


Figura 4.1. El círculo del yin y el yang.

Y, por ejemplo, muchas paradojas de la lógica conocidas por los griegos antiguos y aún no resueltas en la actualidad son fruto del supuesto aristotélico profundamente razonable, aunque en el fondo insostenible, de que las oraciones afirmativas deben ser o verdaderas o falsas. La lógica de Aristóteles (a diferencia de su ética) excluye explícitamente el camino medio. No obstante, considere la paradoja del mentiroso: «El

cretense Epiménides dijo que todos los cretenses son unos mentirosos.» Si la oración es verdadera, entonces es falsa. Asimismo, si es falsa, entonces es verdadera. (Si no capta la paradoja, consulte la figura 4.2.) Los filósofos occidentales llevan más de 2.000 años debatiendo sobre ésta y otras paradojas, sin resolverlas todas de forma concluyente. Insisten en que la razón debe despejar la paradoja cuando, no obstante, es la razón lo que la origina.⁵

Considere este par de oraciones, O1 y O2:

(O1) La siguiente oración es verdadera.

(O2) La oración precedente es falsa.

Suponga que O1 es verdadera. Eso significa que O2 también debe ser verdadera. Pero, si O2 es verdadera, entonces O1 es forzosamente falsa. Si O1 es falsa, entonces O2 también debe ser falsa. Si O2 es falsa, entonces O1 debe ser verdadera. Se trata de una regresión infinita.

La paradoja del mentiroso es un problema similar, pero combina O1 y O2 en una sola oración.

El caso es que: si suponemos que todas las oraciones son o verdaderas o falsas, nos tropezamos de inmediato con paradojas.

Figura 4.2. La paradoja del mentiroso.

En cambio, la filosofía china acepta la paradoja como punto de partida. Por ejemplo, el mismo *Daodejing* comienza con una paradoja similar: «El verdadero Tao no se puede nombrar.» Si esto es verdadero, entonces el verdadero Tao sólo se ha nombrado como innombrable. Por consiguiente, se puede nombrar: una contradicción. Y, si es falso, entonces el verdadero Tao se puede nombrar, sólo que nadie ha sido nunca capaz de hacerlo, porque todos los nombres tienen complementos; salvo el Tao, que es su propio complemento. Esta paradoja es el punto de partida del libro de Laozi sobre el Tao mismo.

La filosofía occidental, así como la lógica, la matemática y las ciencias que de ella se derivan, comienza con la razón; pero a menudo termina en paradoja. La filosofía china, en cambio, comienza con la paradoja y, no obstante, a menudo termina en razón. Las filosofías occidental y oriental también son, pues, complementarias en este sentido.

Muchas mentes privilegiadas de Occidente han comprendido la complementariedad, entre ellos el físico danés Niels Bohr, el psicólogo Carl Jung y el lógico estadounidense

Raymond Smullyan.⁶ Niels Bohr es el padre de la teoría cuántica. Cuando le concedieron el título de sir por haber resuelto algunas paradojas de la física clásica mediante una mecánica cuántica aún más paradójica, el científico danés adoptó el círculo del yin y el yang para su escudo de armas, junto con el lema «*Contraria sunt complementa*» («Los opuestos son complementarios»). Éste se representa en la figura 4.3.



Figura 4.3. Escudo de armas de sir Niels Bohr.

Las filosofías india y china convergieron con la física occidental en el siglo XX porque estos antiguos modelos orientales de pensamiento resultan ser sumamente congruentes con la concepción científica moderna del mundo natural, un lugar mucho más extraño de lo que los antiguos filósofos occidentales creían. La filosofía china es tan aplicable a la sociedad humana como a la naturaleza, puesto que nunca consideró que los seres humanos fueran distintos del mundo natural o inmunes al Tao, el cual rige todos los fenómenos. Y, al igual que las fuerzas de la física, las fuerzas del Tao operan impersonalmente, sin requerir de forma explícita una divinidad para supervisarlas. Éste es otro motivo por el que la cultura confuciana fue tan receptiva al budismo, cuyas leyes del Dharma y del karma también operan impersonalmente.

Del *Yijing*, Confucio aprendió que todo está sujeto a las leyes del cambio (de igual forma que el budismo sostiene que todos los fenómenos son transitorios). No obstante, el cambio en los seres humanos y en nuestras relaciones mutuas es una cuestión mucho más precaria que los movimientos de los planetas alrededor del sol o la maduración de los frutos en los árboles. ¿Por qué? Porque los seres humanos tenemos muchas más posibilidades que los planetas o los frutos. Al disponer de más opciones que ningún otro ser de la Tierra y al disponer también de más estados mentales en los que tomar nuestras decisiones, tenemos asimismo muchas probabilidades de elegir mal (es decir, en contra del Tao) y perder el rumbo. En el pensamiento confuciano, las malas decisiones generan desequilibrio personal y desorden social. En el pensamiento budista, generan sufrimiento. Es fácil comprender por qué las filosofías confuciana y budista son en principio tan compatibles.

También hay otras razones. El *Libro de las mutaciones* presupone que las circunstancias en perpetuo cambio nos confrontan constantemente con la necesidad de tomar decisiones. En cualquier situación en la que deberíamos detenernos a reflexionar antes de hablar o actuar, ¿a cuántas posibles opciones nos enfrentamos? Esto equivale a preguntar cuántas posibles interpretaciones podemos hacer de esa situación concreta. El *Yijing* está organizado en hexagramas, formados por 6 líneas cada uno. Puesto que cada línea puede ser o yin o yang, hay 26 o 64 hexagramas posibles. Cada uno lleva su propio nombre. Abarcan desde *Lo creativo* (el Cielo), compuesto enteramente por líneas yang, hasta *Lo receptivo* (la Tierra), compuesto enteramente por líneas yin; e incluyen todas las combinaciones posibles de líneas entre estos dos estados «puros». Lo creativo y lo receptivo aparecen representados en la figura 4.4.

Si usted tiene facilidad para las matemáticas, ya habrá advertido que el *Yijing* utiliza un sistema aritmético binario, simbolizando «1» como «-» y «0» como «- -». Contar de cero a 63 en base dos (000000, 000001, 000010, 000011, 000100, 000101, ..., 111010, 111011, 111100, 111101, 111110, 111111) equivale a generar los 64 hexagramas

utilizando líneas yin y yang. ¿Por qué menciono esto? Porque Leibniz, el destacado filósofo y matemático alemán del siglo XVIII que inventó el cálculo al mismo tiempo que Newton, también «inventó» los números binarios. O eso creía él. ¿Por qué es esto importante para nosotros? Entre otras razones, porque el sistema binario es la base del cálculo digital. En la escuela nos enseñan el sistema aritmético decimal, que es práctico para criaturas con diez dedos en la mano; pero todas nuestras calculadoras y ordenadores digitales utilizan internamente la aritmética binaria, aunque aceptan datos y muestran resultados decimales para nuestra comodidad. Así pues, imagine el asombro de Leibniz cuando su amigo Joachim Bouvet, un misionero jesuita que servía en la corte del emperador Kang-Hi, le transmitió, desde China, el método de Shao Yung para generar los 64 hexagramas del *Yijing*. Tras echarle un vistazo, Leibniz se dio cuenta de que los chinos ya conocían su «vanguardista» invento de los números binarios desde hacía dos siglos.

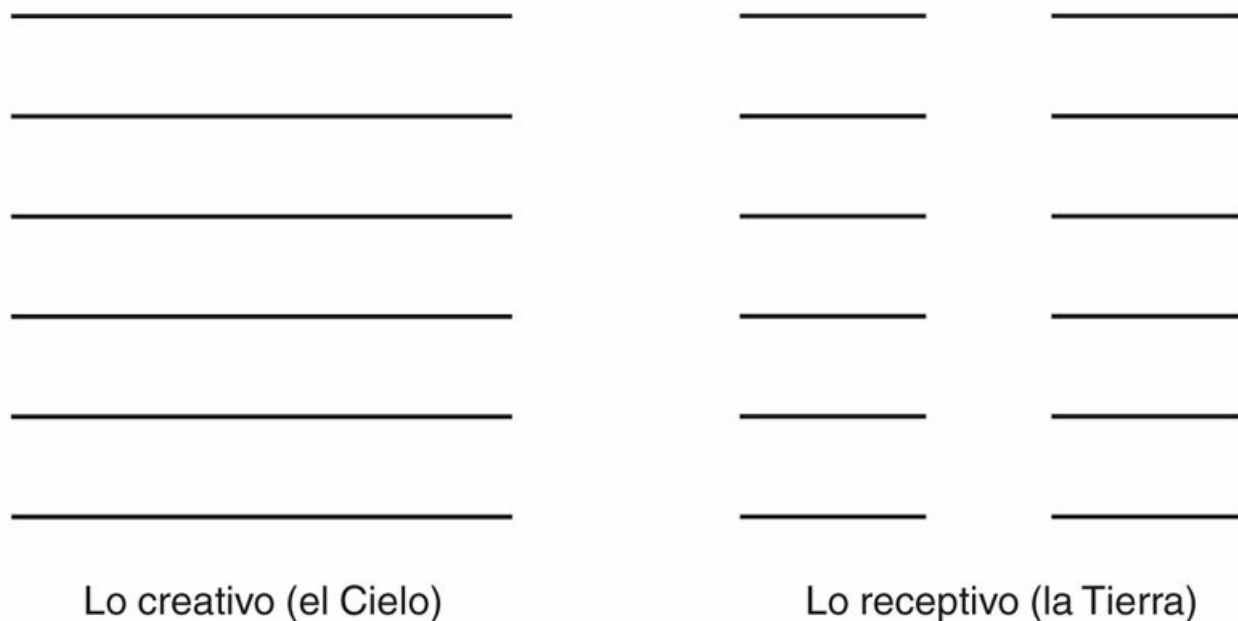


Figura 4.4. Los dos hexagramas «puros».

En el plano del hexagrama, el *Yijing* reconoce 64 clases distintas de situaciones en las que usted se puede hallar tomando una decisión. Pero, dentro de cada hexagrama propiamente dicho, cada línea puede ser «móvil» o «fija». Esto refleja detalles de nuestras situaciones instantáneas, en las que algunos elementos están más listos para el cambio y otros lo están menos. Que cada línea pueda ser móvil o fija multiplica considerablemente las posibilidades. Cada hexagrama puede contener 0, 1, 2, 3, 4, 5 o 6

líneas móviles. Si ninguna línea es móvil, hay únicamente 64 situaciones posibles: una por hexagrama. Si hay una línea móvil, hay seis posibles nuevas situaciones en cada hexagrama, o $6 \times 64 = 384$ situaciones posibles en total. Si hay dos líneas móviles, hay 15 posibles nuevas situaciones en cada hexagrama, o $15 \times 64 = 960$ situaciones posibles en total. Si hay tres líneas móviles, hay 20 posibles nuevas situaciones en cada hexagrama, o $20 \times 64 = 1.280$ situaciones posibles en total. El número de situaciones posibles con cuatro líneas móviles es el mismo que con dos líneas móviles (960 situaciones); con cinco, el mismo que con una (384 situaciones), y con seis, el mismo que con ninguna (64 situaciones). En resumen, esto significa que el *Yijing* describe $64 + 384 + 960 + 1.280 + 960 + 384 + 64 = 4.092$ situaciones posibles.

Así pues, el *Yijing* nos dice que hay 4.092 posibles situaciones de cambio, en cualquiera de las cuales podemos encontrarnos en cualquier momento dado. Y el budismo tien tai nos dice que hay 3.000 estados, que nos orientarán bien o mal en cualquier momento dado. Los órdenes de magnitud de la complejidad de estos dos sistemas son los mismos. El *Yijing* ya estaba profundamente arraigado en el pensamiento chino en tiempos de Confucio (año 500 a. C.), por lo que no sorprende que el budismo tien tai fuera tan bien recibido mil años después. En muchos aspectos clave, el tien tai representa una «puesta a punto» del mecanismo interno del *Yijing*. El propio Confucio ya había «puesto a punto» su mecanismo externo, al resolver el problema externo de elegir una línea de actuación congruente entre tantas situaciones cambiantes. Tien Tai, por su parte, resolvió el problema interno de hallar y mantener un propósito entre tantos estados mentales.

Típico de la filosofía china, en la cual llegó a ejercer una influencia tan decisiva, el *Yijing* es más pragmático que idealista en su actitud. No supone que siempre actúe de la forma mejor, más noble y perfecta, porque, incluso cuando tenemos esa intención, es fácil que las apariencias externas y nuestros errores internos de criterio nos aparten del camino. El *Yijing* supone más bien que, en cualquier situación, actuaremos o más sabiamente (según el Tao) o más neciamente (en contra del Tao) y nos exhorta a contraponer los beneficios de la sabiduría a los perjuicios de la necedad. De igual forma que Tien Tai y, más tarde, Nichiren definieron un camino del medio para guiarnos a través de nuestros 3.000 estados, Confucio definió un conjunto de virtudes para guiarnos a través de nuestras 4.000 situaciones cambiantes. La práctica de las virtudes confucianas nos ayuda a mantener el equilibrio individual y el orden social para poder vivir de la forma más armoniosa posible. Gran parte de la discordia que aflige a la humanidad puede atribuirse al rotundo abandono de las virtudes confucianas.

Las virtudes confucianas

Aristóteles y Confucio fueron los dos éticos de la virtud más destacados de la Antigüedad. No obstante, si comparamos las virtudes aristotélicas y confucianas, descubrimos un contraste fundamental, si no un enfrentamiento, entre unas y otras. Las denominadas «virtudes cardinales» de la civilización occidental son, como cabría esperar de la «doble hélice» cultural que la caracteriza, un embellecimiento judeocristiano de la filosofía helénica. Virtudes comunes a las dos hebras incluyen la fortaleza, la templanza, la justicia y la prudencia. Todas están situadas en el justo término medio de Aristóteles (la proporción áurea), entre sus respectivos extremos de exceso y defecto. Imagine ahora que hubiera naufragado en una isla desierta. ¿Qué virtudes aristotélicas podría practicar en solitario? Claramente, podría ser fuerte, templado y prudente. También podría practicar la justicia en su sentido griego clásico, como elemento que equilibra las otras tres virtudes. Sume ahora a estas virtudes las virtudes cardinales cristianas (de hecho, abrahámicas) de la fe, la esperanza y la caridad. Una vez más, usted podría practicar la fe y la esperanza en solitario. Para ejercer la caridad, necesita beneficiarios. En una isla desierta, el entorno y su flora y fauna podrían beneficiarse de su respeto y su protección, pero probablemente no de su caridad. Por tanto, la mayoría de estas virtudes occidentales, seis de un total de siete, se centran en el individuo, forme o no parte de la sociedad.

El escenario de la «isla desierta» es, en sí mismo, una obsesión clásica de la individualizada sociedad occidental. Del *Robinson Crusoe* de Defoe a la aguda observación de John Donne de que «ningún hombre es una isla»; de *El señor de las moscas* de Golding a *On the Beach* de Nevil Shute (entre otras novelas apocalípticas engendradas por la Guerra Fría), y de Nietzsche a Camus pasando por Sartre, el hombre está constantemente intentando sobrellevar su soledad. No obstante, como ya antes había reconocido la filosofía confuciana, lo que el hombre civilizado realmente necesita sobrellevar no es su aislamiento de los demás, sino su inmersión en ellos.

Consideremos pues dos virtudes cardinales que Confucio adoptó y las familias de virtudes que éstas engendran en su sistema. Dichas virtudes son el *ren* y el *li*. En Occidente, vamos a encontrar cierta dificultad, así como diferencias de opinión, en la traducción de estos términos, puesto que el chino escrito es una lengua pictórica (ideográfica) de origen no indoeuropeo. Yo no sé leer chino, pero, al igual que con el *Yijing*, confío en el criterio de traductores acreditados y maestros confucianos contemporáneos. *Ren* significa benevolencia, beneficencia, bondad, amor: un amor altruista a la humanidad. Confucio creía que todas las personas pueden alcanzar el *ren* practicando cinco virtudes asociadas: respeto, magnanimidad, sinceridad, formalidad y amabilidad.⁷ Si aplicamos nuestra prueba de la «isla desierta», a usted le sería difícil ser

magnánimo, sincero, formal y amable en solitario. Naturalmente, podría respetarse, y venerar a sus antepasados, y cantar por los ausentes, pero no podría mostrar directamente respeto a otras personas si éstas no se encuentran presentes. El respeto de Confucio no se limita a un estado mental: es lo que usted muestra a sus semejantes en todas las facetas de sus interacciones diarias.

Esto nos lleva al *li*, la otra virtud cardinal confuciana. *Li* significa decoro, o conducta apropiada. El *li* conforma los canales interpersonales a través de los cuales el *ren* fluye de un ser humano a otro. Hay cinco clases básicas de relaciones humanas y todas están regidas por el *li*: padres e hijos, marido y mujer, amigo y amigo, ancianos y jóvenes, gobernante y súbdito. Volviendo a la isla desierta, es evidente que usted no puede practicar el *li* en completo aislamiento, dado que éste atañe exclusivamente a las relaciones con sus semejantes. Así pues, en la ética de Confucio, sólo una de diez virtudes cardinales puede ser practicada por el individuo en solitario; nueve de un total de diez requieren una sociedad de personas para su ejercicio. En la ética occidental clásica, seis virtudes de un total de siete pueden ser practicadas por el individuo en solitario.

Es un contraste formidable que ilustra una diferencia generalizada entre las civilizaciones de Occidente y el Lejano Oriente. La ética occidental está centrada en el individuo; la ética del Lejano Oriente, en el organismo social. Si buscamos una explicación fundada para los logros individuales que han caracterizado la historia de Occidente y para la cohesión que ha marcado la historia del Lejano Oriente, la hallaremos en estas diferentes concepciones de virtud.

El *ren* y el *li* son el fundamento del orden equilibrado confuciano. Piense en ello. Si usted es capaz de amar con benevolencia, también lo es de mantenerse equilibrado, conservando, por ejemplo, su equilibrio emocional y su determinación mientras sufre lo que Shakespeare llamó «los golpes y dardos de la insultante fortuna». El *ren* le permite mantener el equilibrio en la cuerda floja de la vida, tanto si le asaltan dudas internas como si recibe el azote de fuerzas externas. El *li* procura, mantiene y restaura el orden en las relaciones humanas, siempre propensas a sumirse de nuevo en el caos primordial del que surgen. El *li* coreografía la danza que dos personas unidas bailan en la cuerda floja de la vida, ordenando sus pasos para que ambas puedan cruzar sin correr peligro. En ausencia de *li*, un mal paso de una las hará resbalar a las dos. La cuerda floja de la vida no garantiza ninguna red de seguridad a las relaciones humanas; la práctica del *li* es su mejor protección frente a las caídas mortales.

También es obvio en la ética confucianista que, si bien todos los seres humanos experimentan el *ren* de formas similares, no ocurre lo mismo con el *li*. El amor a la humanidad y el equilibrio que favorece es igualitario. No obstante, en casi todas las

relaciones, con la tolerable excepción de las amistades, los seres humanos experimentan sus obligaciones de formas distintas, según cual sea su ordenamiento en la relación. Por tanto, las obligaciones no son igualitarias. ¿Quiere un ejemplo? Le daré uno extraído de los atentados del 11-S, cuya conflagración suscitó tanto *ren* como *li*. Un valiente bombero que intentaba evacuar una de las torres gemelas antes de que se desmoronara se encontró con un sacerdote que administraba los últimos sacramentos a un hombre malherido que no podía ser trasladado. «Mi obligación es evacuar este edificio —dijo el bombero al sacerdote—, así que salga de inmediato.» «Mi obligación es administrar los últimos sacramentos», dijo el sacerdote, y se quedó. El bombero cumplió con su obligación y sobrevivió para contar esta historia. El sacerdote cumplió con su obligación y murió. Sus intereses altruistas por la humanidad (*ren*) eran iguales y, no obstante, sus obligaciones (*li*) eran distintas. Ambos fueron confucianos ejemplares, en una situación de orden desequilibrado extremo.

En cambio, el orden equilibrado produce armonía social, y, en este sentido, es análogo a la armonía musical. Para que distintas voces se combinen armónicamente, o para que distintas teclas de un teclado produzcan un acorde armónico, también deben contemplar un orden equilibrado. El equilibrio igualitario de las notas que forman un acorde radica en la uniformidad de su tonalidad, en su sincronización en el tiempo, en su igualdad de volumen, de duración, de decadencia. Y, no obstante, es el ordenamiento no igualitario de las notas, es decir, la distinta frecuencia de cada una y cómo suenan al tocarse juntas, lo que produce la armonía propiamente dicha. Si todas las notas fueran del mismo timbre, no podría haber ninguna armonía en absoluto. Aun así, su ordenamiento no puede ser arbitrario, ni fortuito, ni estar basado en proporciones defectuosas; o el resultado sería, sin duda, la disonancia. Los intervalos entre las notas son de suprema importancia en la producción de armonía. Estos intervalos están determinados por razones geométricas fijadas por la naturaleza y no están sujetos al vacilante capricho humano.

Y lo mismo ocurre con el *li*. Para que las relaciones humanas sean armoniosas, las obligaciones de cada parte para con la otra también se distinguen por intervalos sociales, cuyas razones están asimismo fijadas por la naturaleza. El propósito confuciano es mantener instituciones culturales que refuercen y no menoscaben el orden natural. El menoscabo del orden natural va en contra del Tao (el Camino) y provoca el hundimiento social. Las sociedades excesivamente individualistas (como Estados Unidos) ven su tejido social crispado y rasgado por facciones rivales; en cambio, las sociedades demasiado igualitarias (como la antigua urss) no pueden subsistir productivamente. Cuando se viola el orden natural de las relaciones humanas, también los individuos se desequilibran. Cuando el *li* se viene abajo, el *ren* no se puede expresar. En ausencia de *li* y *ren*, la

armonía social da paso a la discordia social. En semejante estado, el individuo no se puede realizar, ni confuciana ni aristotélicamente.

Desde esta perspectiva de la ética de la virtud, vemos claramente el contraste entre las civilizaciones aristotélica y confuciana. Occidente tiende a pecar de individualista, fortaleciendo los derechos del individuo en la sociedad y debilitando sus obligaciones en las relaciones sociales. En muchos estados de Estados Unidos, es más fácil divorciarse que cancelar el contrato de arrendamiento de un vehículo. Oriente tiende a pecar de igualitario, fortaleciendo las obligaciones sociales del individuo y debilitando sus derechos individuales. En muchos países asiáticos, aún son comunes los matrimonios concertados. Una vez más, el budismo procura un péndulo para nivelar los derechos del individuo con sus obligaciones hacia los demás. El budismo absorbe tanto las cualidades del sistema aristotélico como las del sistema confuciano y, al hacerlo, disminuye sus carencias.

El yin y el yang: «conectados pero distintos»

Los estadounidenses de raza negra, entre otros pueblos que han soportado una discriminación injusta, pueden citar muchas sentencias insostenibles falladas por tribunales estadounidenses con anterioridad a la era de los derechos civiles. Especialmente dañino fue el notorio intento de reconocer el igualitarismo exigido por la Declaración de Derechos y mantener al mismo tiempo un sistema de segregación racial en los estados del Sur. Me refiero a la frase «separados pero iguales», vergonzosamente confirmada por una decisión de la Corte Suprema de 1896 (Plessy contra Ferguson): una yuxtaposición imposible de la noción de que las personas de color disfrutaban, por una parte, de los mismos derechos que los blancos; cuando, por la otra, estaban obligadas a ejercer sus «derechos idénticos» en lugares distintos: asistir a escuelas que «estaban separadas pero eran iguales», a beber de fuentes que «estaban separadas pero eran iguales» y a soportar las tribulaciones del apartheid estadounidense, donde las personas «estaban separadas pero eran iguales».

Las revelaciones del *Yijing*, barajadas en el Tao abstracto de Laozi y en el Tao concreto de Confucio, imprimen un giro añejo pero saludable a esta frase. En vez de considerar que las personas estamos «separadas pero somos iguales», la metafísica del yin y el yang sostiene que todos «estamos conectados pero somos distintos». ¿Cómo estamos conectados? Por nuestra capacidad común para experimentar el *ren* y por el carácter ineludible de nuestras relaciones sociales. ¿En qué somos distintos? En las diferentes obligaciones y responsabilidades que la naturaleza nos asigna, patentes en las diversas formas en que experimentamos el *li*. El yin y el yang están interconectados en tanto que ambos contienen algo del otro. El hombre no puede nunca separarlos, porque están unidos por la naturaleza. No obstante, entre ellos continúa existiendo una frontera,

por muy permeable que sea, y algunas de sus propiedades más llamativas no son en absoluto las mismas.

Es un error suponer que los seres humanos no estamos interconectados; como también lo es suponer que nuestra interconexión entraña uniformidad. Todas las personas deberíamos ser iguales ante la ley, pero esta deseable igualdad no borra nuestras diferencias. Todos estamos sujetos por igual a las leyes de la gravedad, pero nuestros pesos son distintos. Estamos sujetos por igual a las leyes del karma, pero los tiempos necesarios para que nuestras acciones maduren son distintos. Y así sucesivamente. No obstante, los dos complementos del Tao, interconectados pero distintos, siempre se unen en un todo mayor y, con ello, sus diferencias aumentan el valor de ese todo. Si hablamos de una «bonita pareja», no nos centramos en sus diferencias y, sin embargo, continuamos necesitándolas para apreciar la belleza de su unión. Los complementos taoístas no son diferencias que dividen; son diferencias que unen. Pero, más allá de eso, para trascender las diferencias propiamente dichas, debemos acudir al budismo.

La noche y el día están interconectados. Son complementos de una rotación completa de la Tierra sobre su propio eje. El ocaso y el alba son períodos en los que uno de estos complementos se transforma, mediante fases imperceptibles, en el otro. La oscuridad y la luz también se penetran mutuamente: incluso la noche más oscura contiene luz estelar o lunar, o rayos reflejados de las nubes; asimismo, el día más soleado proyecta las sombras más contrastadas. Pero noche y día son distintos, en sus características esenciales, en su duración y en las actividades visiblemente distintas que favorecen. Y lo mismo ocurre con cada una de las cinco relaciones reguladas por el *li* confuciano. Están conectadas, pero son distintas.

Padres e hijos están profundamente conectados, pero tienen distintas obligaciones para con el otro. Los padres deben cuidar y mantener a su prole, en una miríada de formas. Los hijos, a su vez, deben honrar y obedecer a sus padres. Este deber recíproco es mucho más pronunciado en las culturas confucianas que en las aristotélicas; pero, incluso así, no puede empezar al nacer. Las obligaciones de unos padres hacia su hijo son mucho mayores durante su infancia y su juventud; sin embargo, éste va asumiendo paulatinamente más responsabilidad sobre ellos. Al final, el círculo del yin y el yang se complementa y se completa cuando el hijo adulto cuida y mantiene a sus padres ancianos, quienes se van volviendo cada vez más infantiles a medida que envejecen. Su amor recíproco es igual de profundo; pero sus formas de manifestarlo son distintas en cada etapa de la vida.

Marido y mujer están hondamente conectados, pero tienen distintas obligaciones para con el otro y para con su matrimonio. Los patriarcas y las matriarcas desempeñan en las

familias papeles complementarios, pero distintos. El yang es la fuerza masculina creativa primordial, la cual mantiene y protege a la mujer y los hijos. Afirmándose como marido, y creando las estructuras externas de su profesión y la casa familiar, el complemento masculino del yin recibe a cambio un hogar y una familia de la mujer. El yin es la fuerza femenina receptiva primordial, la cual se somete y se aferra a su marido. Al entregarse como esposa, el complemento femenino del yang crea las estructuras internas del hogar y la familia. El hombre construye la casa; la mujer crea el hogar. Sus funciones son complementos perfectos, pero sus obligaciones difieren. Se honran y aman por igual, pero contribuyen de forma distinta al todo que forman cuando se unen en matrimonio.⁸

Los ancianos y los jóvenes están profundamente conectados, puesto que los ancianos han dado origen a los jóvenes y éstos envejecerán a su vez. Los jóvenes no siempre comprenden esto o tienen dificultades para hacerlo, ni tampoco comprenden forzosamente su falta de entendimiento. Sólo por esta razón deben honrar y respetar a sus mayores, quienes han adquirido la sabiduría y la paciencia, fruto de su larga y honda experiencia, que sirven para atemperar la precipitación y la impetuosidad de la juventud. Respetar y venerar a los mayores es aplicable a todas las edades. Los padres maduros son respetados por sus hijos; pero, a su vez, respetan a sus padres ancianos. Y esto se amplía a la totalidad de la sociedad confuciana, trascendiendo a la familia. Todas las personas tienen la obligación de honrar y respetar a sus mayores. Actuando de esta forma, el joven abre un canal con el anciano, a través del cual puede recibir parte de su experiencia y sabiduría. Ésta es la forma de compaginar la continuidad cultural con el crecimiento individual.

Si es usted un buen estudiante de música, tarde o temprano asistirá a una clase magistral o incluso tocará para un maestro. Mostrando respeto y atención por su maestro músico, usted abre un canal por el que éste le hace el valioso regalo de su experiencia y sabiduría. El público percibe, y usted reconoce, una mejora inmediata en su forma de tocar. Someterse a esta clase de maestro no lo convierte en un esclavo; más bien, le ayuda a progresar hacia la maestría. Esto también es válido para todos nosotros, quienes tañemos a diario el instrumento de nuestra vida. El respeto por nuestros mayores nos abre el Camino para progresar en cualquier iniciativa. Los ancianos y los jóvenes aspiran por igual a experimentar cada momento con plenitud, pero lo hacen de un modo distinto.

Gobernante y súbdito están hondamente conectados, pero sus obligaciones mutuas son, una vez más, claramente distintas. Es fácil trasladar la terminología feudal de Confucio al panorama moderno: piense en la relación entre el jefe de un Estado y sus ciudadanos, o entre el director de una organización y sus empleados, y tendrá los equivalentes modernos de gobernante y súbdito. El líder encarna una vez más al yang, lo

creativo: se plantea unos objetivos, inspira a otros para que lo ayuden a alcanzarlos y asume la mayoría de la responsabilidad que esto lleva asociada. El líder complemento del yin también es activo: debe permanecer receptivo a las numerosas necesidades de sus seguidores y es quien recibe la mayor parte de los elogios o críticas por los resultados. El líder también es un seguidor de su propia visión interna. Sus seguidores encarnan el yin, lo receptivo: reciben sus objetivos y su inspiración para alcanzarlos. Mantenerse receptivos al ejemplo de su líder estimula sus propias virtudes individuales (en un sentido aristotélico). El seguidor complemento del yang también es activo: debe crear los medios necesarios para cumplir con su parte de la estrategia o plan concebidos por su líder. Si también él tiene dotes de mando, las manifestará voluntariamente asumiendo más responsabilidad de la que le ha sido asignada para, de este modo, ir ascendiendo en la jerarquía. Si tiene una marcada capacidad para obedecer, asumirá proporcionalmente menos responsabilidad y hallará un grado cómodo de participación entre el resto de seguidores. El seguidor también es un líder, que recrea el ejemplo de su líder en su propio sector de la organización. Líderes y seguidores son mutuamente dependientes, pero sus funciones son muy distintas.

En la amistad, la quinta clase de relación regida por el *li*, hallamos al fin una suerte de paridad que no es inmediatamente evidente en las otras cuatro. La amistad es quizá la conexión humana más profunda de todas, en parte porque los amigos comparten el mismo conjunto de obligaciones mutuas y, no obstante, no sienten el peso de estar obligados. Al contrario, ayudar a un amigo suele ser un gozo más que una carga. La amistad es un tipo de amor tan poderoso y abnegado que es el más próximo de todos al *ren* puro y requiere, por tanto, mucho menos *li* para concretar su expresión. Mientras que las relaciones entre padres e hijos, marido y mujer, ancianos y jóvenes, líder y seguidor pueden deteriorarse por la influencia de circunstancias difíciles o incluso desmoronarse bajo el peso de la calamidad, las amistades tienden a madurar y profundizar con el paso del tiempo. Si usted tiene la suerte de mantener relaciones de amistad que se iniciaron hace cuarenta, cincuenta o sesenta años, sabrá que rara vez puede alguien recibir un regalo más valioso. La amistad duradera es uno de los mayores (algunos dicen que uno de los únicos) beneficios que conlleva envejecer. Al igual que Confucio, también Aristóteles ensalzó las virtudes de la amistad, reconociéndola como la expresión más noble de amor. Hay una clase de *li* que también rige el *ren* de la amistad, pero en un sentido complementario. A diferencia de las otras formas de relaciones humanas, en las que ambas partes pueden exigirse justamente el cumplimiento de sus obligaciones mutuas, los amigos no necesitan exigirse nada el uno al otro. No obstante, precisamente por ello, pueden felizmente trascender su sensación de deber para con el otro y no percatarse siquiera de que pueden estar haciendo más de lo que les

corresponde.

La igualdad y la paridad de la amistad complementan las desigualdades y disparidades de las otras cuatro clases de relaciones: dar a los amigos y recibir de ellos se percibe como una experiencia indiferenciada y no como partes complementarias de un todo. No obstante, la amistad también está misteriosamente conectada con las otras relaciones: es una planta resistente que arraiga y medra en su suelo. Donde quiera que haya *ren*, como quiera que se exprese a través del *li*, existe también la posibilidad de que surja la amistad. Por consiguiente, padres e hijos, marido y mujer, ancianos y jóvenes, gobernante y súbdito, pueden también hacerse amigos o, al menos, experimentar períodos o episodios de amistad. Aunque sus relaciones formales siguen estando regidas externamente por el *li*, que los mantiene conectados pero forzosamente desiguales, también pueden disfrutar períodos de amistad no formal e interna, experimentándose como conectados e iguales.

No obstante, incluso esta maravillosa posibilidad complementaria, que las relaciones formales puedan dar origen a amistades no formales, está en sí misma sujeta a las leyes siempre vigentes del orden equilibrado. El hincapié confuciano en los aspectos formales de las relaciones humanas refleja este ordenamiento fundamental: lo formal tiende a preceder a lo no formal. Padres e hijos pueden hacerse amigos, aunque salta a la vista que no comienzan su relación como tales. Lo mismo vale para las demás relaciones. Los cónyuges pueden terminar haciéndose amigos, pero el cortejo es muy distinto de la amistad. Asimismo, si bien usted puede acabar trabando amistad con sus compañeros de trabajo, el proceso de contratación no es, en primer lugar, una búsqueda de amigos. Cuando este orden se invierte, a menudo crea problemas. Por ejemplo, unos amigos que ponen en marcha un negocio juntos pronto descubrirán que las igualdades de su amistad se ven presionadas por las exigencias no equitativas de su asociación laboral.

Dejando aparte las igualdades de la amistad, las otras cuatro dimensiones de las relaciones humanas no son tan diáfanas ni están tan delimitadas como podría parecer en un primer momento. Su propio orden no es exclusivo; más bien, cada una tiende a asemejarse a las otras o a reflejarlas. Todas emanan del Tao, que no favorece ni desfavorece ninguna. Por ejemplo, la relación de gobernante y súbdito se asemeja a la de padres e hijos en que el súbdito depende del gobernante para que lo dirija y oriente, lo alimente y cuide, de igual forma que el hijo depende de sus padres para estas cosas. La polaridad de estos papeles también puede invertirse periódicamente, como en unas elecciones democráticas, cuando los súbditos escogen gobernante, quien luego dirige el país con su consentimiento. Aunque un hijo no elige normalmente a sus padres, más adelante en la vida casi todos los alumnos se sienten atraídos por maestros determinados, de quienes consienten en aprender. Marido y mujer también experimentan cambios de polaridad, si no constantes luchas de poder. Las culturas confucianas reflejan el orden

social natural de los primates, donde el macho es dominante y la hembra es sumisa. Pero los taoístas observaron que los líquidos mares convierten las rígidas rocas en arena, que los flexibles labios protegen a los quebradizos dientes; que la suavidad puede superar y sobrevivir a la dureza. Y así, en algunas familias, las «sumisas» mujeres pueden terminar amansando a sus «dominantes» maridos. Externamente, el hombre parece el soberano de la familia, o al menos su mascarón de proa; pero internamente, en la cultura confuciana como en la mayoría, la mujer lleva la batuta en casa. En Occidente, como Emerson juiciosamente observó, una mujer ejerce más influencia en su marido, para bien o para mal, de la que ejerce el gobierno.

Y a partir de estos contrastes entre Aristóteles y Confucio, podemos deducir que también ellos son complementos taoístas, conectados pero distintos, al igual que las civilizaciones que representan. El todo que los une es el budismo: el camino medio entre los dos.

Deferencia al yin

Hago un inciso para observar que no es sólo caballeridad lo que obliga a decir «Las damas primero»: incluso las mujeres «liberadas» aceptan la deferencia cuando se la ofrecen. Si usted es un hombre casado y no es lo bastante deferente con su mujer, ella se lo hará saber. El Tao a menudo antepone el yin al yang, pero no sólo para garantizar la felicidad doméstica. El principio de «wu wei», o acción mediante la no acción, nos aconseja frenar nuestra naturaleza creativa en determinadas situaciones, abstenernos de crear pensamientos, palabras o actos impropios y, en lugar de ello, mantener frente a las circunstancias una receptividad propia del yin hasta el momento en que éstas favorezcan una acción propicia.

¿Qué circunstancias son éstas? Principalmente, son las situaciones en las que no estamos totalmente seguros de qué hacer. Cuando usted no sepa a ciencia cierta cómo actuar, habrá encontrado el momento idóneo para no hacer nada. ¿Por qué? Porque, si no hace nada, tal vez deje de hacer algo bien, pero conseguirá no hacer nada mal. Si su situación es tan caótica que usted no percibe ninguna pauta que le indique el camino hacia el orden, es probable que actuar por actuar sólo agrave las cosas. Cuando vea el Camino, podrá seguirlo, pero no antes. Si no hace nada en el momento correcto lo verá de inmediato; porque estará haciendo precisamente lo que él le sugiere: nada. No hacer nada es la prescripción del Tao en estas circunstancias. No obstante, en otros momentos, por ejemplo en medio de una crisis, es posible que usted vea con extraordinaria claridad qué debe hacer y, por tanto, lo haga diligente, hermosa y auténticamente. También entonces habrá visto el Camino.

El wu-wei conserva su vitalidad y, por consiguiente, le impide malgastar energías en momentos en que esforzarse no sirve de nada. E incluso cuando esforzarse sirve de algo, la entropía siempre tiene un precio. El caos es el constante compañero del orden. Así que ¿por qué alimentar su hambre insaciable de forma innecesaria? En el ajedrez, posiblemente de origen persa pero más desarrollado en Occidente, las blancas tienen ventaja por moverse primero. Lo mismo ocurre con el tenis, que es como jugar al ajedrez a más de 150 kilómetros por hora. El tenista que saca siempre tiene ventaja, porque inicia el juego. No obstante, en las películas del Oeste y en los «Spaghetti Westerns» que idealizan el Salvaje Oeste americano, quien desenfunda primero contra un buen pistolero tiene las de perder. En el hockey sobre hielo, la norma primordial de los guardametas es no hacer nunca el primer movimiento. Y, en las artes marciales del Lejano Oriente, el primero en moverse es también quien lleva las de perder. La mejor defensa no hace nunca el primer movimiento: puede permitirse el lujo de ver qué hace su oponente y responder de la forma conveniente. Al igual que el wu-wei, la defensa es conservadora. Ambos anteponen la inacción a la acción, la quietud al movimiento, la receptividad a la creatividad, el yin al yang.

Obligaciones extremas frente a derechos extremos

Como he insinuado antes y como ahora veremos, tanto el individualismo aristotélico como el colectivismo confuciano pueden llevarse al extremo. Las culturas occidentales han criticado a las del Lejano Oriente porque a menudo desatienden los derechos humanos en su diligente mantenimiento de órdenes sociales conservadores, mientras que las culturas confucianas han criticado a las aristotélicas por permitir que los órdenes sociales se desintegren en sus entusiastas campañas en pro de los derechos individuales, lo cual ha dado origen a facciones culturales enfrentadas y a los horrores de la política identitaria (que, en breve, examinaremos). Ambos sistemas tienen sus ventajas y sus inconvenientes; las tensiones entre el individuo y la sociedad son parte de la condición humana. El énfasis aristotélico en la realización individual y el énfasis confuciano en el orden social no están en directa contradicción y pueden ser nivelados por el camino medio búdico, que concede a cada perspectiva su lugar en la globalidad del sistema y la relaciona con el Dharma: las enseñanzas correctas y la práctica apropiada. El Dharma satisface tanto la búsqueda aristotélica de la realización individual, despertando al Buda interior, como el mantenimiento confuciano de un orden equilibrado mediante una conexión compasiva con la Sangha, la comunidad humana.

En palabras de Daisaku Ikeda: «Existen importantes afinidades espirituales y éticas entre la filosofía confuciana, que aspira a crear una sociedad ideal mediante el autodomínio y la transformación de uno mismo, y el budismo, que hace hincapié en los

procesos que mejoran y elevan nuestra humanidad, transformando a la larga las regiones más hondas, más esenciales, de la vida interna. Esta similitud de enfoque básico fue crucial para facilitar la divulgación y recepción del budismo en el ámbito cultural chino, donde Confucio ocupó un papel tan prominente.»⁹

Si la virtud confuciana del *li* se lleva al extremo, puede degenerar y dejar de ser una jerarquía natural de relaciones regidas por obligaciones, pero imbuidas de amor, para convertirse en un sistema estratificado y petrificado de servidumbre política, económica y social, cuyos restringidos canales obstruyen el flujo del *ren*. Si la virtud aristotélica de la realización se lleva al extremo, puede degenerar de un dinamismo disciplinado que favorece el mérito personal en una obsesiva reivindicación de derechos por parte de radicales que se creen con derecho a todo y sin obligación a nada. El despertar de la conciencia humana, la realización del potencial individual y la emancipación del ser comunal no se favorecen ni mediante la rígida servidumbre socioeconómica que ha infestado a la civilización oriental ni a través de la anarquía política y el relativismo moral que afligen gravemente a la civilización occidental. El camino medio es un camino para que florezca la humanidad entera, tanto Oriente como Occidente, sin importar los distintos suelos filosóficos en los que han brotado sus civilizaciones.

El legado de Confucio

De igual modo que las cuestiones filosóficas planteadas en la antigua Hélade hace milenios engendraron una tradición que continúa vigente en la civilización occidental, y de igual modo que estas mismas cuestiones y su tradición paralela se desarrollaron incluso antes en la civilización védica, los posconfucianos de la civilización china mantuvieron durante siglos debates y diálogos similares hasta que el budismo llegó para producir sus deliciosos frutos en el fértil suelo filosófico de China.

Por ejemplo, la tradición confuciana se ramificó y enriqueció con Mencio y Sun zi, más de 1.500 años antes de que la divergencia entre Hobbes y Rousseau sobre la naturaleza humana dividiera la opinión política occidental entre autoridad y anarquía. Mencio hacía hincapié en la bondad inherente a la naturaleza humana, afirmando que la finalidad de la civilización, en general, y la educación, en particular, era manifestar la bondad humana implícita. Un instrumento de cuerda produce música hermosa cuando lo temple y lo tañe un músico virtuoso; de forma similar, un ser humano produce bondad cuando está éticamente templado y moralmente estimulado por una virtuosa escala de valores. Sun zi discrepaba, afirmando que los seres humanos son fundamentalmente criaturas malvadas, aludiendo al lamentable historial de violencia, asesinatos y delitos de todo el espectro social, desde los desmedidos abusos de los tiranos hasta los hurtos

menores de los ciudadanos corrientes. Sun zi abogaba, pues, por un gobierno fuerte y autoritario que detuviera, desalentara, redujera y castigara la rencorosa maldad y ladina malicia que acechan en la mente y el corazón de todos los hombres.

Estos y otros conflictos filosóficos afines fueron transformados y reconciliados con la llegada de las enseñanzas budistas. El budismo mahayana afirmó la distribución normal de las cualidades morales en las sociedades humanas, donde podemos encontrar algunas personas que siempre hacen predominantemente buenas acciones y otras que siempre perpetran actos en su mayor parte malvados. La mayoría fluctúan menos radicalmente entre estos dos extremos, sumidas en estados mentales confusos o incongruentes, capaces de hacer el bien en un momento y el mal en otro. (Esto era exactamente lo que Sócrates enseñaba en Atenas.)¹⁰ De ahí la importancia de la educación, los modelos y las comunidades para promover el camino medio, y de las medidas correctivas para contener a personas particularmente peligrosas y procurarles la educación especial que necesitan.

De Confucio a la geometría

Hemos emprendido un viaje filosófico que nos ha llevado de Aristóteles a Buda, y de Buda a Confucio. Hemos visto que Aristóteles y Confucio son complementarios en algunos aspectos, y he sugerido que Buda es tanto el camino medio entre ellos como el todo que los une. Buda enseñaba que sólo existe una realidad. Teniendo esto en mente, analicemos ahora la geometría de los filósofos abc, la cual refleja relaciones incluso más hondas entre ellos, así como sus relaciones con algunas de las pautas fundamentales de la naturaleza. Esto también aumenta la trascendencia de los filósofos abc para nosotros, al reconectar la humanidad con la naturaleza y reconciliar los extremos de la cultura humana.

¹ Para una excelente visión de conjunto de la filosofía china, v. HÖCHSMANN, Hyun: *On Philosophy in China*, Thomson-Wadsworth, 2004. Para un tratamiento clásico en profundidad, v. Yu-Lan, Fung: *The Spirit of Chinese Philosophy*, Routledge & Kegan Paul Ltd., Londres, 1962.

² Muchas ediciones del *Yijing* se han agotado en años recientes, pero yo sigo recomendando la traducción de Richard Wilhelm (al alemán) retraducida al castellano por D. J. Vogelmann, Edhasa, Barcelona, 2004, con un prólogo de Carl Jung. Una edición reciente y digna de mención es *The Complete I Ching*, del maestro Alfred Huang, Inner Traditions, Rochester, VT, 2004.

3 Una vez más, de las numerosas ediciones del *Daodejing* de Laozi, mi favorita es la de Ch'u Ta-Kao, George Allen y Unwin Ltd., Londres, 1937. Una edición muy buena y más reciente es la de Stephen Mitchell, Harper & Row, Nueva York, 1988. Una edición clásica en inglés de las *Analectas* de Confucio está traducida y comentada por Arthur Waley, Vintage Books, 1989.

4 Confucio: *Analectas*.

5 Selecciones representativas de paradojas fruto de la racionalidad son *Paradoxes of Rationality and Cooperation*, editado por Richmond Campbell y Lanning Sowden, The University of British Columbia Press, Vancouver, 1985; SAINSBURY, R. M.: *Paradoxes*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987; CLARK, Michael: *Paradoxes from A to Z*, Routledge, Londres y Nueva York, 2002.

6 Aparte del escudo de armas de Bohr y del prólogo de Jung al *Yijing* de Richard Wilhem, v. Smullyan, Raymond: *Silencioso Tao*, La Liebre de Marzo, Barcelona, 1994.

7 V. Höchsmann, 2004.

8 Mi editora me informa de que es posible que las lectoras feministas radicales se «crispen» ante la noción confuciana de que la mujer es el ama de casa perfecta. Como veremos en los capítulos 9 y 11, ya se están crispando sin mi ayuda. La liberación de la mujer en Occidente, y su plena integración en el lugar de trabajo, también ha conducido a la desintegración de la familia nuclear y puede conducir perfectamente al hundimiento de la misma civilización occidental. En cambio, la longevidad de la civilización del Lejano Oriente debe mucho a la división confuciana de poder y de trabajo entre mujeres y hombres, conforme al Tao. El único hogar que el hombre encuentra en esta Tierra, durante el breve espacio de tiempo que pasa aquí, es el que la mujer construye para él y sus hijos. A su vez, él los mantiene y los protege. Como también veremos en los capítulos 9 y 11, las feministas militantes empeñadas en destruir el patriarcado y el hogar también han destruido la comunidad, la familia y el matriarcado mismo.

9 Ikeda, Daisaku: comunicación personal, 2005.

10 V. el diálogo de Platón *Critón*: «¡Ojalá, Critón, que los más fueran capaces de hacer los males mayores para que fueran también capaces de hacer los mayores bienes! Eso sería bueno. La realidad es que no son capaces ni de lo uno ni de lo otro; pues, no siendo tampoco capaces de hacer a alguien sensato ni insensato, hacen lo que la casualidad les ofrece.» <http://plato.thefreelibrary.com/Crito/2-1> (en inglés).

Geometría de los filósofos abc: La proporción áurea, el camino medio y el orden equilibrado están profundamente relacionados

La justicia no es un número cuadrado.

Aristóteles

El caos es inherente a todas las cosas compuestas.

Buda

Si las cosas se salen del recto camino, quien conozca la armonía será capaz de encauzarlas.

Confucio

La medición de la Tierra

«Geometría» es un término griego que significa «medición de la Tierra». La importancia de la geometría es, en sí misma, inconmensurable. Antes de demostrar cómo están relacionados geoméricamente los filósofos abc, permítame recordarle por qué es tan esencial la geometría para los seres humanos. Las razones son demasiado numerosas para nombrarlas todas, pero citaré unas cuantas vinculadas a nuestra evolución cultural.

En primer lugar, «medir» la Tierra significa medir todo lo que contiene y, en especial, todas las cosas y las propiedades de cosas que son necesarias o útiles para el ser humano. Cuando el hombre primitivo abandonó las cavernas y comenzó a construir sus propias viviendas, desde cobertizos con techos de paja hasta iglúes de hielo, desde cabañas de adobe hasta tiendas de piel de animal, tuvo que mantener la proporcionalidad entre las dimensiones y los componentes de cada vivienda. Si ignoraba las proporciones correctas, sus viviendas no se podían construir. ¿Cuánto más cierto es esto de los borradores y

proyectos? Sin la geometría, seguiríamos viviendo en cavernas. Las viviendas de muchos otros animales, desde las colmenas hasta las telarañas, desde las madrigueras de conejo hasta los arrecifes de coral, rebosan todas de geometría que estas criaturas utilizan instintivamente, pero que nosotros los humanos necesitamos aprender (o, quizá, como creía Platón, necesitamos meramente recordar).

Los primeros seres humanos fueron cazadores y recolectores. Para tener éxito en la caza o la pesca, el hombre primitivo necesitó lanzas, cerbatanas, bumeranes, arcos y flechas, redes y trampas. Estos objetos no se pueden fabricar sin mediciones. Cuando los primeros humanos confeccionaron ropa con pieles de animales y otros materiales, tuvieron que tomar medidas. Y, para recoger frutos, bayas, tubérculos, plantas, leña o agua, se vieron obligados a fabricar cestas u otros recipientes que los contuvieran, y a saber cuánta cantidad podían acarrear de una sola vez y a qué distancia. Todo esto requiere mediciones. Nuestros primeros antepasados no se podrían haber alimentado ni vestido sin una geometría rudimentaria.

Por la noche, tenían que protegerse de los animales depredadores y otros merodeadores. Si usted cava un foso, ¿qué anchura debería tener? Si construye una valla, ¿qué altura debería alcanzar? Si quiere mantener un fuego encendido durante toda la noche, ¿qué cantidad de leña debería acumular? Todo esto requiere mediciones. El hombre primitivo no podría haber protegido sus campamentos y poblados sin una geometría rudimentaria.

La arquitectura y la navegación requieren mediciones mucho más sofisticadas, que no se pueden realizar sin la geometría euclidiana y descendientes directos como la trigonometría. Con el avance de la ciencia, la geometría ha abordado la medición cronográfica de la latitud, la medición telescópica de nuestro sistema solar, nuestra galaxia, otras galaxias y el cosmos mismo; además de la medición microscópica y microcósmica de entidades celulares, moleculares, atómicas e incluso cuánticas.

Es un hecho extraordinario pero cierto que los seres humanos nos encontremos exactamente en el punto intermedio de nuestra amplísima escala de medición. El término científico «orden de magnitud» denota un factor diez de medición. Así, de un objeto diez veces más grande que usted se dice que es «un orden de magnitud» mayor, mientras que de un objeto que es diez veces más pequeño que usted, se dice que es «un orden de magnitud» menor. Asimismo, dos órdenes de magnitud corresponden a un factor 10^2 o 100; tres órdenes de magnitud, a un factor 10^3 o 1.000, etc. Actualmente, los científicos pueden detectar objetos 22 órdenes de magnitud mayores que nosotros (10^{22} metros más grandes) y también pueden detectar objetos 22 órdenes de magnitud menores que nosotros (10^{-22} metros más pequeños). Nosotros nos encontramos exactamente en el

punto medio de este espectro de medición, que abarca más de 45 órdenes de magnitud: desde extremos astronómicamente inmensos hasta otros subatómicamente infinitesimales. ¿Capta usted la indirecta cósmica? Los seres humanos somos encarnaciones geométricas del camino medio en la naturaleza.

Geometría, filosofía y música

Existen profundas conexiones entre la geometría, la filosofía y la música, todas las cuales nos ayudan a comprender mejor el camino medio. Algunos ejemplos son instructivos. Examinemos brevemente relaciones clave entre cada uno de los tres pares: geometría y filosofía, filosofía y música, música y geometría. Esto nos preparará mejor para la geometría de los filósofos *abc* propiamente dicha.

Los *Elementos* de Euclides, la teoría y construcción de figuras en superficies planas, es un libro paradigmático para la lógica, la matemática, la física, la arquitectura y la estética. En otras palabras, Euclides es el punto de partida tanto para la filosofía de la geometría como para la geometría de la filosofía. Su *Elementos* también es el libro de matemáticas más vendido de todos los tiempos y lleva más de 2.000 años utilizándose de forma casi continua. Los cerebros más brillantes de Occidente han sido nutridos, estimulados e inspirados por los *Elementos* de Euclides, de los cuales (entre otros tesoros de inestimable valor) ha prescindido el posmodernismo. Ya son pocos los directores, profesores y estudiantes universitarios que aún conocen el lema que Platón colocó sobre la entrada de su Academia, el modelo de nuestras universidades: «Nadie entre aquí que no sepa geometría.» ¿Qué dirían Platón o Aristóteles sobre un sistema educacional que está prácticamente desprovisto de geometría, donde lo único que calculan sus alumnos es su «autoestima»? Por ahora, imagínese. Pero no quiero correr riesgos y abundaré en ello más adelante. Basta con decir que el lema se ha transformado en «Nadie entre aquí que sepa geometría».

Es una gran ironía: los *Elementos* de Euclides era el único requisito para ingresar en la primera y más destacada Academia de Occidente, porque el conocimiento de la geometría procuraba una base para conocer todo lo demás, de la poesía a la física, de la filosofía a la política. A finales del siglo XX, demasiadas universidades occidentales no sólo habían abandonado a Euclides como requisito, sino que habían eliminado también los requisitos propiamente dichos. El resultado es inevitable: los horizontes de los universitarios se estrechan en lugar de ensancharse. Y, con ello, el edificio intelectual de la civilización occidental está implosionando, como veremos en el capítulo 11. Un gobierno entontecido y deconstruido no puede ejercer durante mucho tiempo las funciones vitales que su país necesita. Pero hay demasiados occidentales que no entienden esto, porque ya no entienden a Euclides.

La influencia de Euclides en la civilización occidental es determinante. Aristóteles derivó su proporción áurea, una ética geométrica, directamente de Euclides. Galileo, quien impulsó la revolución científica moderna refutando errores clave de la física de Aristóteles, utilizó la geometría euclidiana para derivar los resultados de sus experimentos, en los que hizo rodar bolas por planos inclinados para estudiar sus aceleraciones bajo la influencia gravitatoria. Las llamadas «transformaciones de Galileo», sus ecuaciones cinéticas, fueron el punto de partida para las célebres leyes cinéticas de Newton. El período decisivo entre Galileo (1564-1642) y Newton (1643-1727) presencié veloces avances matemáticos en la geometría, el álgebra y el cálculo (y en la música de finales del Barroco), pero todos los resultados de Newton que hicieron época pueden derivarse utilizando la geometría euclidiana, aunque resulte tedioso hacerlo.

Importantes contemporáneos de Galileo fueron Hobbes, Spinoza y Descartes. La estructura del *Leviatán* de Thomas Hobbes, obra maestra y baluarte de la civilización occidental que fundó dos ciencias modernas, la ciencia política y la psicología empírica, estuvo profundamente influida por el encuentro casual de Hobbes con los *Elementos* de Euclides. La *Ética* de Spinoza, una de las dos obras centrales de esta sobresaliente figura de la filosofía occidental, es un intento de importar los métodos de la geometría euclidiana, definición y proposición, deducción y construcción, directamente al dominio de la ética. El filósofo y matemático francés René Descartes inventó la geometría analítica, la cual trasladaba la geometría euclidiana a un potente sistema algebraico que aún lleva su nombre —las coordenadas cartesianas—, un trampolín para el posterior gran avance del cálculo newtoniano.

Carl Friedrich Gauss fue un genio alemán de las matemáticas que descubrió, entre otras muchas cosas, la «distribución de Gauss», conocida comúnmente como «campana de Gauss», que trataremos en breve. En 1805, Gauss escribió un trascendental ensayo que puso de inmediato bajo llave y mantuvo en secreto. Temía la condena de su generación o, en sus propias palabras, «el clamor de los beocios» (una indómita tribu griega famosa por su ignorancia) si hacía públicos sus hallazgos. ¿En qué sentido era trascendental el ensayo de Gauss? En que se atrevía a plantearse si la geometría del espacio podía ser «no euclidiana», es decir, no plana.¹

En 1905, un siglo después de que Gauss hubiera ocultado su secreto, Einstein publicó su decisivo ensayo sobre relatividad general, donde predecía (entre otras cosas) que el espacio-tiempo se curva en fuertes campos gravitatorios. Habrían de pasar otros veinte años antes de que Eddington lo confirmara experimentalmente, haciendo justicia tanto a Einstein como a Gauss, pese a los beocios.²

Pitágoras, célebre por el teorema que aún lleva su nombre,³ contribuyó

póstumamente a los *Elementos* de Euclides. Tomas Hobbes se convirtió en un inveterado geómetra cuando leyó casualmente esta proposición en la biblioteca de un amigo y no pudo creerla. Así que dio marcha atrás y leyó a Euclides hasta convencerse de su autenticidad, lo cual «lo volvió un enamorado de la geometría» (como escribió el biógrafo Aubrey)⁴ durante el resto de su larga vida. El mismísimo Einstein reveló su incipiente genio al descubrir una nueva y sencilla demostración del teorema de Pitágoras en su adolescencia, y al demostrar tan poco interés por los deberes de matemáticas que le mandaban que un profesor lo tildó de «holgazán que nunca llegaría a nada». El mismo Pitágoras sentía fascinación por los números y creía que el universo estaba compuesto por ellos. Probablemente, estaba en lo cierto.

Pitágoras también descubrió un problema geométrico latente en la música, conocido como la «coma pitagórica», cuyas consecuencias afectan a todos los compositores, intérpretes y afinadores de pianos, así como a los oyentes entendidos. Resulta que los doce semitonos que componen una octava completa, y de cuyo ciclo derivan todos los modos musicales occidentales, no se relacionan entre sí en proporciones íntegras. (¿Recuerda la integridad y su relación con los números enteros?) Esto significa que ningún instrumento se puede afinar a la perfección. Si afina el ciclo de quintas exactamente, las octavas sonarán demasiado agudas. Si agrava ligeramente las quintas, las octavas sonarán afinadas. Esto no guarda ninguna relación con la forma en que se fabrican los instrumentos; es una propiedad de la geometría de nuestros intervalos musicales. Por ello compuso J. S. Bach *El clave bien temperado*, un preludio y fuga en todas las claves que ilustra precisamente cómo compensa una afinación temperada las imperfecciones de la coma pitagórica.

Ahora que ya conoce la importancia de la geometría y, por ende, de la insistencia de Platón en que todos sus alumnos (incluido Aristóteles) la aprendieran, puedo comenzar a ilustrar algunas de las relaciones más hondas entre la geometría, la música y la filosofía así como su pertinencia para el camino medio. Los griegos antiguos, al igual que los chinos antiguos, valoraban el equilibrio y la armonía. El término latino «racional» refleja precisamente esto, pues, aunque su significado actual sea «razonable», deriva de un término geoméricamente más preciso: «razón» o equilibrio integral entre dos (o más) partes de un todo. Los romanos supieron esto por la geometría griega. Los griegos, por su parte, supusieron con optimismo que el mundo era un lugar ordenado (*cosmos*) y no desordenado (*caos*); y, comprensible pero erróneamente, supusieron que este orden debía forzosamente reflejarse también en el equilibrio proporcionado de todos los números. Por tanto, los griegos simplemente asumieron que todas las cantidades geométricas se podían expresar como razones de números enteros. ¿Por qué era esto

importante? Porque la geometría euclidiana, al igual que la música y la filosofía, contiene tanto teoría como práctica. Por una parte, Euclides procuró la luz que alumbró 2.500 años de investigación occidental *racional*, codificando primero un inteligente sistema de definiciones, axiomas y postulados, y procediendo luego a deducir nuevos resultados a partir de los ya establecidos, creando así un corpus completo de conocimientos fiables. La geometría euclidiana es el modelo original para lo que se conoció como método «hipotético-deductivo» de la ciencia occidental.

Por otra parte, Euclides también perfeccionó el arte de la construcción geométrica, consistente en dibujar figuras bidimensionales sobre un plano que aún lleva su nombre. Estas construcciones sirven a dos propósitos. En primer lugar, nos permiten «ilustrar» relaciones geométricas a través de nuestro desarrollado e influyente sentido de la vista. Una imagen no sólo vale más que mil palabras; también puede valer más que mil líneas de demostración. Si podemos ilustrar una verdad geométrica construyéndola, puede resultarnos más fácil demostrarla mediante una deducción lógica asociada. En segundo lugar, las construcciones geométricas son en sí mismas proyectos para construir obras tanto artísticas como arquitectónicas, las cuales los griegos valoraban enormemente y concebían como geometría aplicada.

La construcción euclidiana sólo nos permite dos instrumentos: la regla y el compás. La afilada punta del compás nos permite hacer puntos en la página, mientras que la regla nos permite proyectar o unir puntos con líneas rectas. El brazo móvil del compás nos permite trazar arcos a la distancia de cualquier punto que deseemos, arcos que además generan ángulos de cualquier abertura que deseemos, hasta los 360 grados que constituyen un círculo.

Éstas son las «reglas básicas» de la geometría euclidiana, cuyos desafíos son por tanto construir figuras (por ejemplo, un rectángulo áureo) o realizar tareas (por ejemplo, bisecar un ángulo determinado) utilizando únicamente la regla y el compás. ¿Por qué son éstos los únicos instrumentos que se permiten? Por excelentes razones. Satisfacen admirablemente el requisito de universalidad en la construcción de figuras de cualquier razón deseada, pese a medidas locales variables. Por ejemplo, si usted construye un rectángulo áureo, la razón de sus lados será forzosamente $\phi = 1$. Si yo construyo uno, la razón de sus lados será también $\phi = 1$. Esta razón es absoluta. En otras palabras, es universal e inmutable, haga quien haga la construcción. En cambio, las unidades de medida que se eligen para representar «1» son locales y variables. Por ejemplo, su «1» puede tener una pulgada; mi «1» puede tener un centímetro; otra persona puede decidir su «1» eligiendo una abertura del compás al azar. No obstante, nuestra variabilidad local de la medida unidad no influye en el resultado, que es una figura cuya *razón* de sus lados es universal y constante, en este caso $\phi = 1$. Esta disposición es profundamente

democrática y, a la vez, totalmente racional. Concede al individuo una libertad considerable en la selección de la medida local, pero también garantiza la universalidad de la razón deseada.

La conexión entre las razones geométricas, los individuos racionales y las sociedades bien ordenadas estaba profundamente arraigada en la mentalidad helénica. Si la variación en las medidas locales podía continuar produciendo una concordancia universal en las razones absolutas, conforme a un orden cósmico mayor, este potente modelo de la geometría euclidiana quizá se pudiera ampliar a cuestiones relativas a la racionalidad individual y el equilibrio social. Es decir, la libertad democrática en los gustos y preferencias de cada individuo podría continuar generando ciudadanos bien proporcionados o racionales, que formarían a su vez una sociedad armoniosa o bien equilibrada. Puesto que el universo era por definición un lugar ordenado (un cosmos), cuya estructura misma estaba supuestamente formada por números enteros, la construcción euclidiana de razones geométricas, la construcción filosófica de seres racionales y la construcción política de sociedades equilibradas eran tres manifestaciones del mismo principio. Este análisis más detallado de la conexión entre la geometría y la política nos permitirá percibir mayores similitudes entre la proporción áurea de Aristóteles y el orden equilibrado de Confucio.

Entonces, ¿por qué no vivimos ahora en utopías? Por desgracia, esta hermosa idea de los griegos antiguos, que debe considerarse una de las semillas más ennobecedoras que jamás haya germinado en las fértiles mentes de los seres humanos, produjo un amargo fruto: la inevitable irracionalidad contenida en los cimientos de la propia geometría euclidiana. Puesto que hay muchísimos números que resultan ser irracionales (o peor), es imposible expresarlos como razones de números enteros. Asimismo, puesto que todos los seres humanos resultan ser irracionales (o peor) en algunos aspectos en algunas ocasiones, es difícil si no imposible mantener las proporciones deseadas de carácter ético o mantener el equilibrio deseable en nuestras relaciones con los demás, en todos los minutos y las horas del día. Esto sugiere que tampoco podemos esperar construir ni mantener sociedades perpetuamente bien ordenadas. Cuando los péndulos políticos oscilan a dominios irracionales (o peor), conducen al despotismo en un extremo y a la anarquía en el otro. Las construcciones políticas despóticas crean órdenes sociales que atrofian las posibilidades del ser humano o anulan su crecimiento; por otra parte, las deconstrucciones políticas anárquicas no protegen las posibilidades del ser humano ni le permiten en absoluto crecer.

Tan claramente percibían los griegos antiguos las conexiones entre la geometría euclidiana y la democracia utópica que la elite matemática se escandalizó y desmoralizó cuando Hipaso de Metaponto (un alumno de Pitágoras, nacido hacia el año 500 a. C.)

descubrió que la raíz cuadrada de dos es irracional. Cuando Hipaso demostró que la raíz cuadrada de dos no se puede representar como una razón de dos números enteros, le advirtieron que no hiciera público su hallazgo, por temor a que aquello pusiera fin a la perspectiva política utópica tan arraigada en la base supuestamente inquebrantable de la construcción euclidiana. Hipaso desoyó la advertencia, después de lo cual los pitagóricos lo ahogaron en la bahía. Pero su demostración sigue flotando. Y, por si esto fuera poco, la raíz cuadrada de dos es un número irracional bastante «normal y corriente», cuya construcción con el método euclidiano es un juego de niños. Lo único que usted tiene que hacer es construir un triángulo isósceles, cuyos dos lados iguales tengan como longitud la unidad (usted elige las unidades) y formen un ángulo de 90 grados. Aplicando el teorema de Pitágoras, la longitud de la hipotenusa de ese triángulo es la raíz cuadrada de dos. Tan fácil de construir y, no obstante, imposible de representar como una razón de dos números enteros.

Los problemas subsiguientes fueron aún peores. Resultó que algunos números «normales y corrientes» eran tan irracionales que no podían siquiera construirse, y aún menos representarse como razones de números enteros. Tomemos π , por ejemplo. Cualquiera puede trazar un círculo con un compás y todo el mundo sabe que la razón del perímetro del círculo a su diámetro es π , una vez más, sea cual sea el tamaño relativo del círculo. La razón propiamente dicha es universal y constante. No obstante, por muy fácil que nos resulte trazar un círculo girando el compás, es imposible construir con métodos euclidianos una línea recta cuya longitud sea unidades de π . Este problema desafió y derrotó a las mentes matemáticas más brillantes de Occidente desde los tiempos de Euclides hasta finales del siglo XIX, cuando se dispuso de sofisticados instrumentos de análisis matemático que se utilizaron para demostrar que era totalmente imposible hacerlo.⁵

Si en la escuela le enseñaron que $\pi = 22/7$, le engañaron. Esta razón es una aproximación, adecuada para construir cajas euclidianas que contengan pizzas más o menos circulares, pero no equivale al valor real de π . Podemos computar aproximaciones más precisas de π hasta el grado que deseemos —179/57, 289/92, 355/113 son mejoras con respecto a 22/7—, pero nunca podemos determinar el valor «definitivo» de π : no lo tiene. Una inteligente sucesión del siglo XVIII para aproximarse a π , co-descubierta (junto con tantas otras cosas) por Leibniz, es $\pi/4 = 1 - 1/3 + 1/5 - 1/7 + \dots$

Dejo a su juicio este inquietante pensamiento. Si sus educadores le engañaron para que creyera que $\pi = 22/7$, fuera con o sin intención, ¿en qué más lo engañaron, particularmente en los terrenos moral y político? Nuestros filósofos abc quizá puedan ayudarnos a corregir imprecisiones y malentendidos similares en esos planos más

sensibles y también más volubles. Pese al triste final de Hipaso, muchas más personas han sufrido y perdido la vida en disputas morales, religiosas y políticas que en disputas matemáticas. El denominador común, no obstante, es la ideología. Ante verdades demostrables que son contrarias a sus creencias dogmáticas, las personas cuyo poder sobre otras depende de falsedades parecen reacias a aceptar la verdad; más a menudo, intentan sofocarla acallando a sus portadores. Éste es el lado oscuro del vínculo entre la geometría, la ética y la política. Pero ahora volvamos a la luz.

Interconexiones entre las geometrías de Aristóteles y Confucio: las múltiples caras de phi

A continuación, me gustaría mostrarle algunas de las hermosas interconexiones fundamentales que existen entre las geometrías de los filósofos abc. En primer lugar, retomemos el rectángulo áureo, del cual Aristóteles derivó su ética. Está representado en la figura 5.1. Recuerde que sus lados tienen la razón $\phi : 1$. Ésta es la «razón áurea»; la cual, como hemos visto, tiene aplicaciones en el arte, la arquitectura, la economía y la ética, entre otros muchos ámbitos. Johannes Kepler llamó a ϕ «uno de los dos grandes tesoros de la geometría». (El otro es el teorema de Pitágoras.) Los griegos sabían que ϕ también es irracional: $\phi = (1 + \sqrt{5})/2$. Entonces, ¿cómo lo construyeron? Hay muchas formas ingeniosas de hacerlo con métodos euclidianos. La figura 5.2 ilustra la más simple.⁶

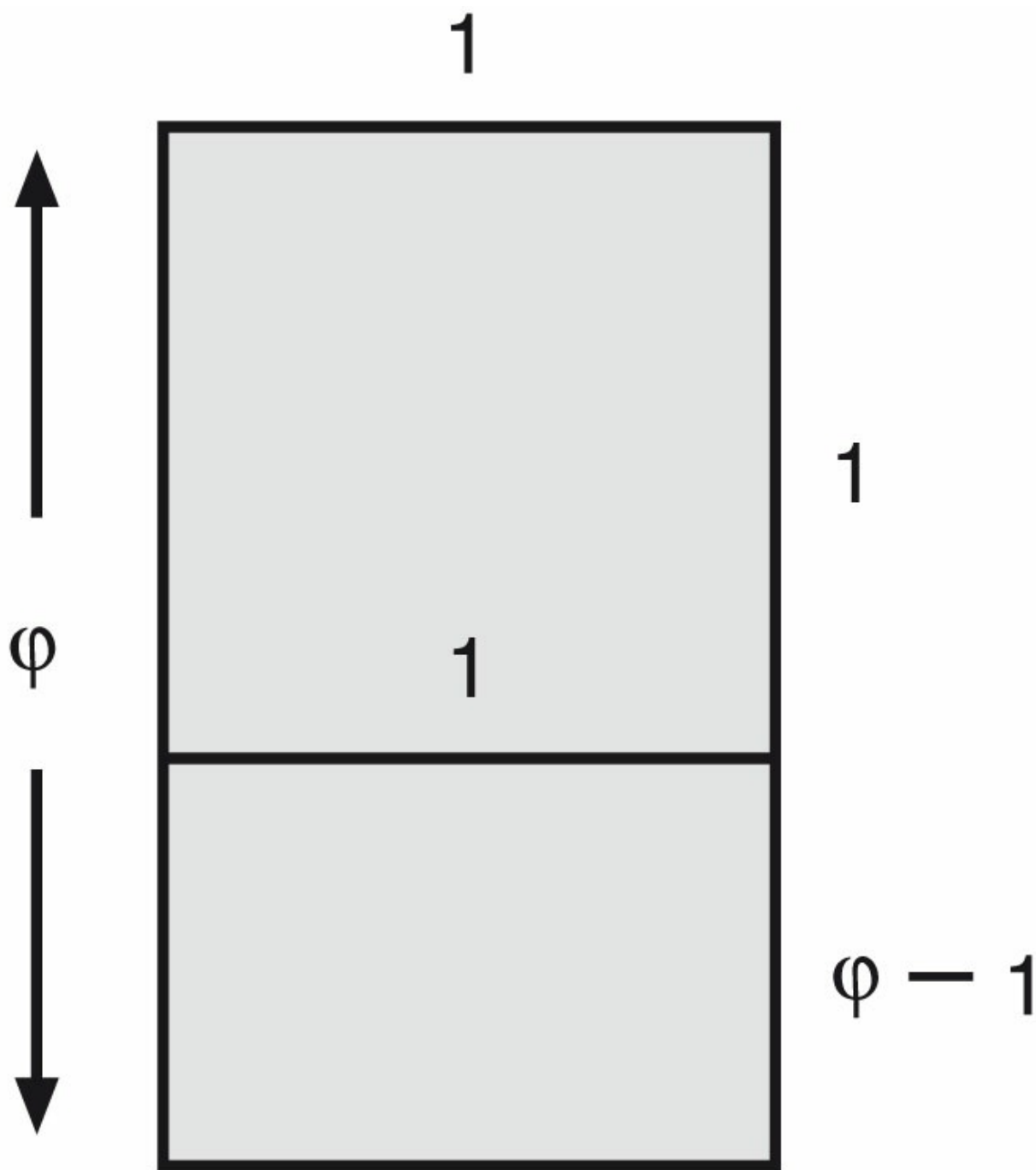


Figura 5.1. El rectángulo áureo.

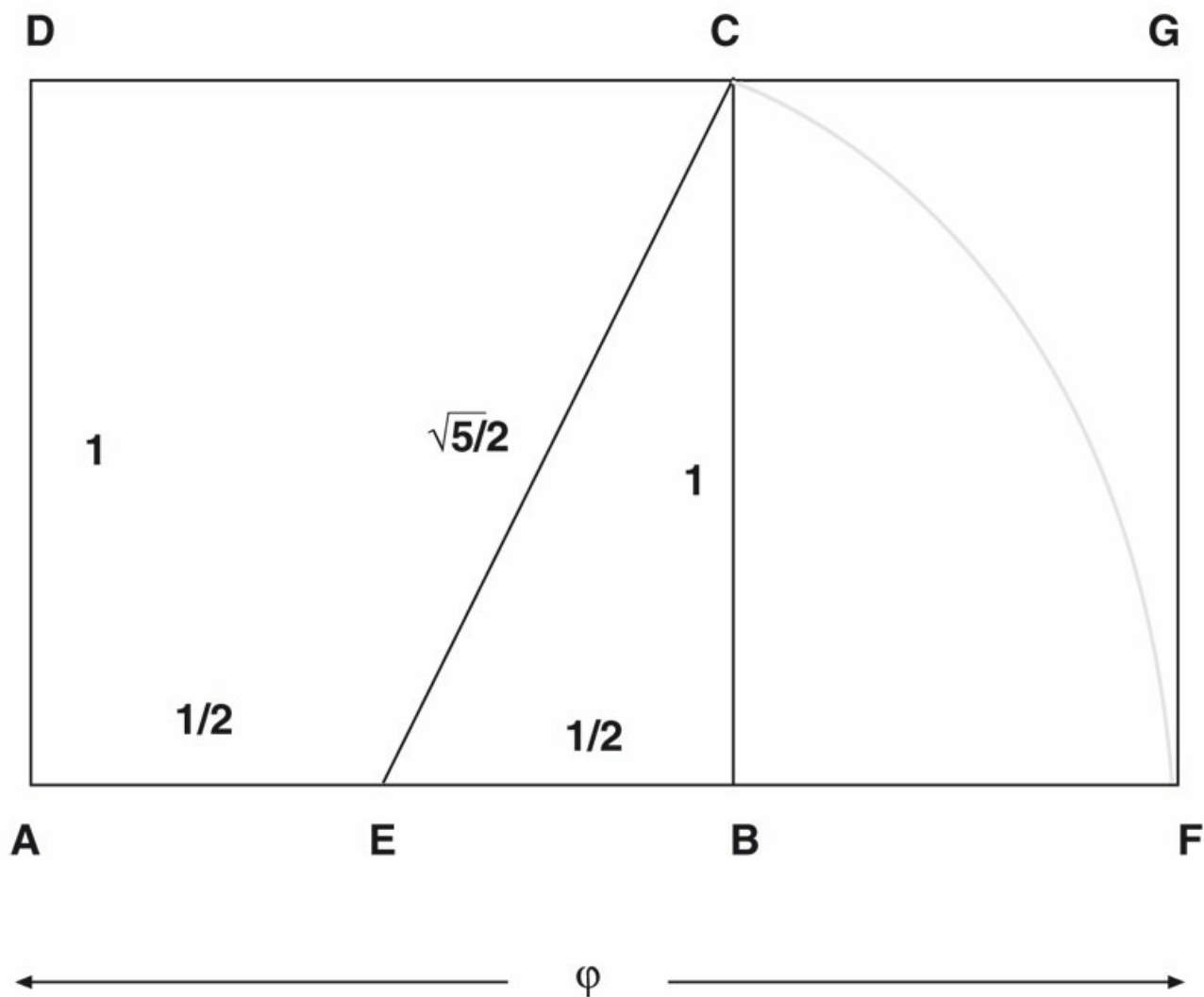


Figura 5.2. Construcción del rectángulo áureo.

¿Se relaciona el rectángulo áureo con el círculo del yin y el yang? Mientras reflexionaba sobre esta pregunta, pronto reparé en que el círculo del yin y el yang también contiene a ϕ en su geometría subyacente. ¿Cómo? A simple vista. En realidad, el círculo del yin y el yang está compuesto por cinco círculos: el externo, dos círculos intermedios menores e iguales y dos internos menores e iguales. Estos cinco círculos se ilustran en la figura 5.3. De hecho, así es precisamente cómo se construye un círculo del yin y el yang con métodos euclidianos, utilizando sólo un compás y, luego, quizás un lápiz de cera. Lo único que hace falta conocer son las razones de los tres círculos de diferente tamaño. Una vez más, estas razones son fijas y no dependen de lo grande o pequeño que usted decida hacer el símbolo.

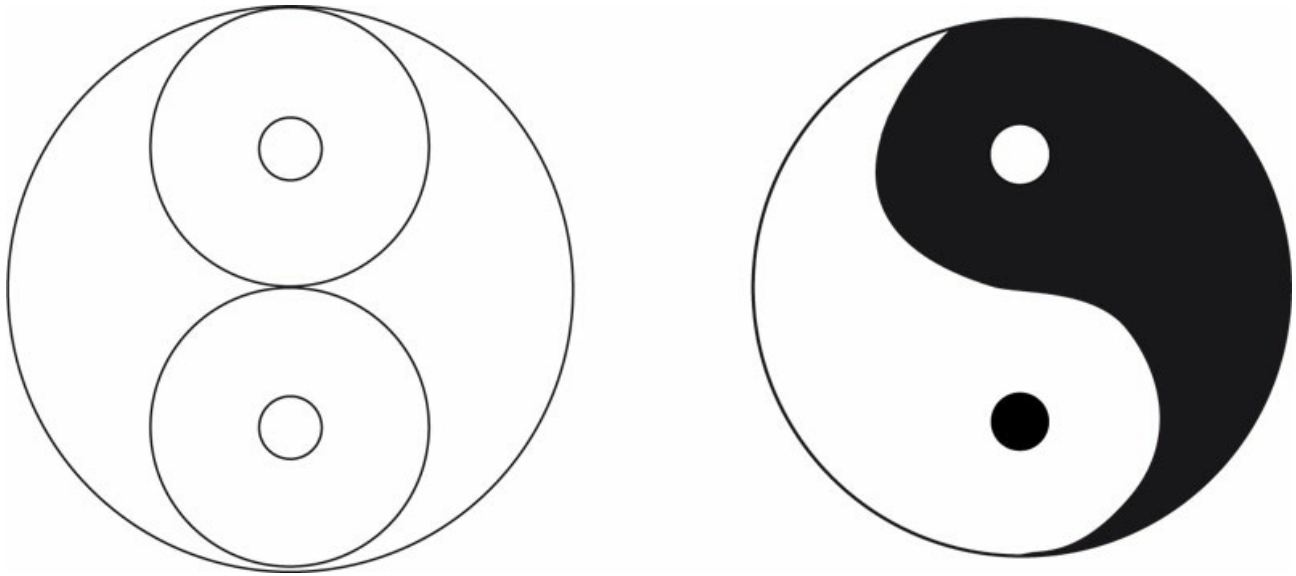


Figura 5.3. Los cinco círculos del símbolo del yin y el yang.

Suponga que definimos el diámetro del círculo externo como una unidad de medida. Entonces, los círculos intermedios tienen cada uno un diámetro de $1/2$ unidad de medida. ¿Y qué hay de los círculos internos? Si mide los símbolos del yin y el yang de uso común (están por todas partes), descubrirá que el diámetro de los círculos internos es habitualmente entre $1/9$ y $1/8$ menor que el círculo externo, es decir, entre 0,111 y 0,125 unidades. Su promedio es 0,118 unidades. Y si mide cuidadosamente el círculo interno del símbolo del yin y el yang genérico, representado en la figura 5.4, también averiguará que su diámetro es de 0,118 unidades.

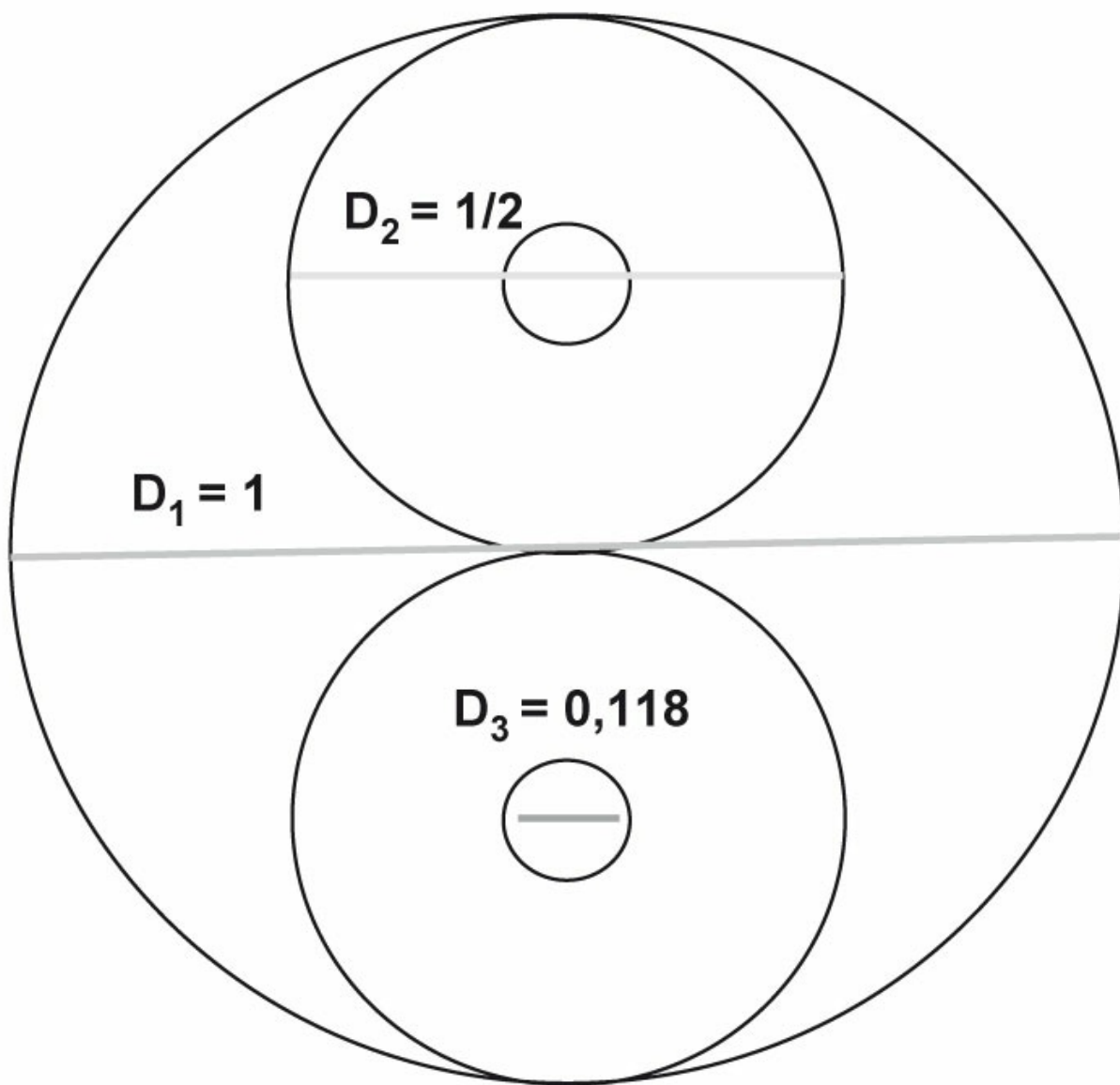


Figura 5.4. ϕ en el símbolo del yin y el yang.

Esto es muy interesante, puesto que $0,118 = \phi - 1 - 1/2$. Así pues, si suma los tres diámetros distintos utilizados en la construcción del círculo del yin y el yang, su suma es $1 + 1/2 + (\phi - 1 - 1/2) = \text{unidades de } \phi$. Por tanto, ϕ resulta ser aquí la proporción definitiva, al igual que lo es en el rectángulo áureo. Si utiliza cualquier otra razón para los círculos internos, parecerán demasiado grandes o demasiado pequeños. No obstante, mientras la suma de los tres diámetros sean unidades de ϕ , el símbolo del yin y el yang tendrá un aspecto idéntico al que estamos habituados a ver, con el equilibrio estético correcto. Compare los dos símbolos del yin y el yang de la figura 5.5, descargado el

primero de la red y construido el segundo a partir de ϕ . Es imposible distinguirlos. Tanto el rectángulo áureo como el círculo del yin y el yang están definidos por ϕ . Como solíamos decir los hippies, es alucinante.

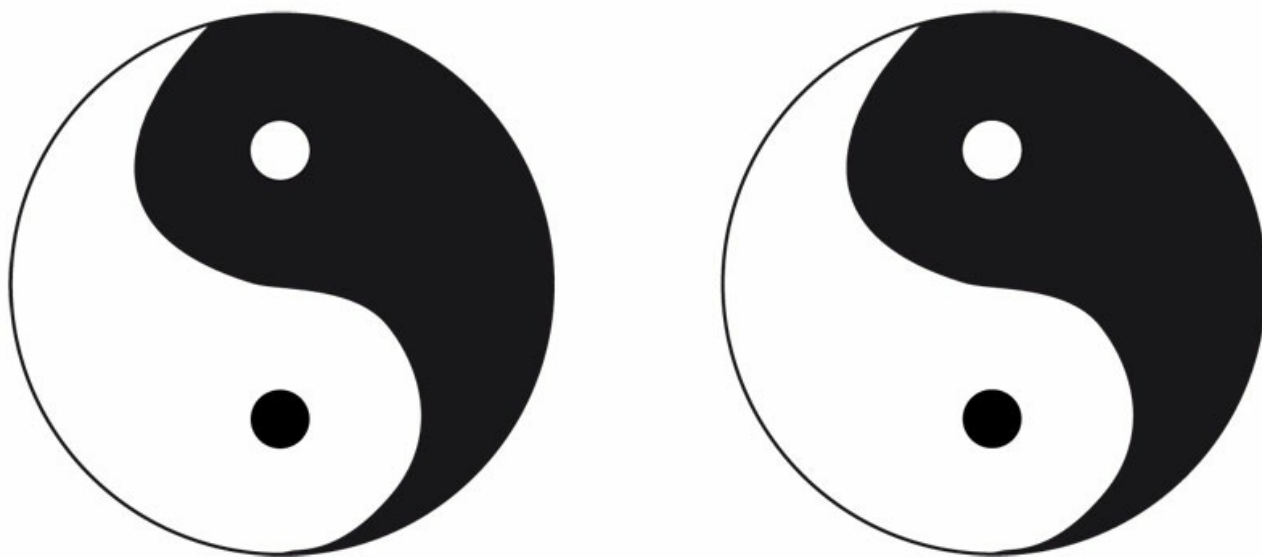


Figura 5.5. ϕ genera el símbolo del yin y el yang.

Aunque los cínicos puedan atribuirlo a una mera coincidencia, yo estoy convencido de que no es en absoluto casual, sino, más bien, una muestra de las pautas más profundas que ordenan el mundo. Desde luego, no es una coincidencia que Aristóteles y Confucio llegaran a ejercer una influencia tan decisiva en sus respectivas civilizaciones. Desde luego, no es una coincidencia que ambos creyeran que los seres humanos están sujetos a las leyes naturales. Como tampoco es una coincidencia que los dos comprendieran la importancia de la razón y la proporción en las cuestiones humanas. Y, por ende, no puede ser una coincidencia que una razón geométrica especial, a saber ϕ , esté contenida en los símbolos que representan los sistemas éticos aristotélico y confuciano. Yo lo considero una afirmación de la tesis de este libro: que los filósofos abc son fundamentales para la evolución de un paradigma humano común en la aldea global.

¿Y qué hay del simbolismo de Buda? Puesto que ϕ está contenido en los símbolos aristotélico y confuciano, y si el budismo es el camino medio entre los dos, entonces ϕ debería estar asimismo contenido en el simbolismo budista. Lo está, y me encanta poder señalárselo. No obstante, en el caso del budismo, nos encontramos con una pregunta inicial menos fácil de contestar. ¿Qué símbolo (si lo hay) representa el camino medio búdico? En la mayoría de religiones, no hay duda. El símbolo del judaísmo es la estrella

de David; el del cristianismo, la cruz; el del islam, la media luna. La filosofía india tiende a representar un Ganesh, o un Shiva danzante de muchos brazos o, como aparece en la bandera de la India, una rueda con múltiples radios, que representa los *chakras* y la rueda de la reencarnación. Tras reflexionar sobre esta pregunta, propongo que no un solo símbolo sino tres son típicos del budismo, uno para cada Joya: Buda (el modelo), Dharma (las enseñanzas) y Sangha (la comunidad).

El símbolo de Buda es Buda, que normalmente aparece sentado en la postura del loto. Esta figura es común a todas las culturas budistas. En la figura 5.6 aparecen los típicos Budas sentados. El símbolo del Dharma es la flor de loto, simbólica también del Sutra del Loto, la enseñanza más profunda de Buda. En la figura 5.7 aparecen algunas fotografías de flores de loto y la figura 5.8 ilustra las típicas flores de loto, estilizadas. Como veremos en breve, la geometría del loto contiene tanto el rectángulo áureo como el círculo del yin y el yang; de igual forma que el Dharma contiene tanto la ética aristotélica como la confuciana.

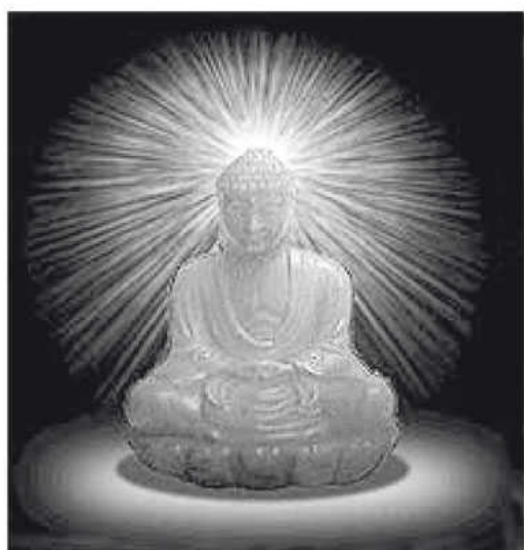
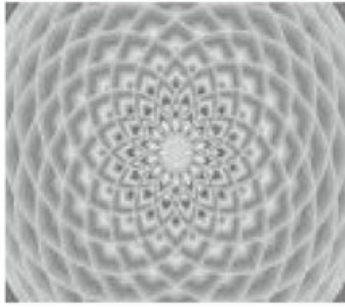


Figura 5.6. Budas sentados en la postura del loto.



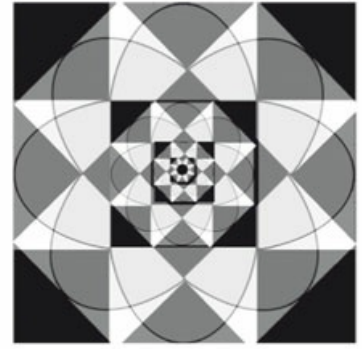
Figura 5.7. Flores de loto.



1



2



3



4



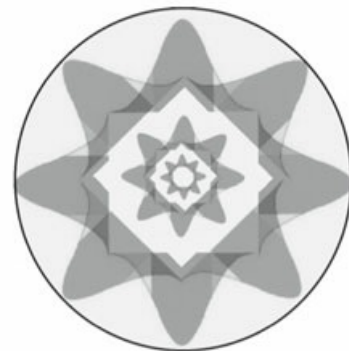
5



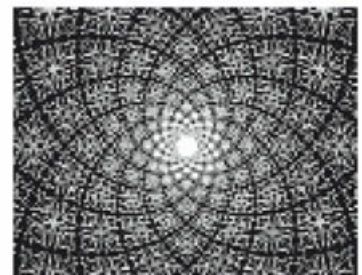
6



7



8



9

Figura 5.8. Flores de loto estilizadas.

Pero ¿cuál es el símbolo de la Sangha? Que yo sepa, la Sangha no se ha identificado genéricamente con la geometría. ¿Qué es? Es la comunidad. ¿Y qué es la comunidad? Una agregación de seres humanos. La medición matemática de agregados es estadística, no euclidiana, y ha contraído una gran deuda con un hombre que ya hemos mencionado en este contexto: Gauss. La distribución de Gauss genera una figura geométrica característica, la campana de Gauss, conocida también como «distribución normal». Puesto que la Sangha encarna las normas comunitarias del budismo, la tercera Joya podría ser representada geométricamente por la distribución normal de Gauss.

Lecciones del loto

El símbolo del Dharma es el loto, que contiene en sí mismo muchas lecciones metafóricas y alegóricas. La flor de loto es de una hermosura sin par; no obstante, a los budistas nichiren les gusta recordarnos que el loto hunde sus raíces en el lodo. Muchas personas no consideran que el lodo sea «hermoso», aunque algunos tratamientos de belleza conllevan su aplicación en la piel. Así pues, la flor de loto representa la interconexión de fenómenos, de la belleza manifiesta al lodo no manifiesto. Esto es análogo a la doctrina taoísta de los complementos: lo que las personas consideran «hermoso» (las flores, por ejemplo) mantiene forzosamente alguna conexión con lo que las personas consideran «no hermoso» (el lodo, por ejemplo). Asimismo, el loto simboliza una importante enseñanza budista llamada «generar causas positivas» o «transmutar el veneno en medicina», que encontraremos más adelante en este libro en diferentes contextos. La idea es que la planta del loto obtiene nutrientes vitales del lodo no hermoso, y los utiliza para producir hermosas flores.

Con más sutileza todavía, Daisaku Ikeda explica la relación del loto con el karma.⁷ Insólitamente, el loto fructifica justo antes de florecer. ¡Ojalá hicieran lo mismo más seres humanos! ¿Por qué? Porque el karma es causa y efecto, el fruto maduro de la acción. Si las consecuencias de la forma en que pensamos actuar maduraran en nuestra conciencia antes de que pasáramos a la acción, podríamos contenernos para no actuar de formas que hicieran daño y hacer así más cosas buenas. Todos actuamos a veces de forma irreflexiva, pero nuestras acciones son también causas cuyos efectos experimentaremos en un momento u otro. La pregunta clave es: ¿cuándo? El Dharma nos enseña a acortar el tiempo entre la causa y el efecto, haciéndolos casi simultáneos. Si el fruto de una acción ya ha madurado en el momento en que la realizamos, causa y efecto se hacen simultáneos y el intervalo temporal entre ellos desaparece. Cerrar ese intervalo abre ventanas en la mente, y puertas en el corazón.

Entre sus muchas lecciones para los seres humanos, el loto nos enseña que todos

nacemos con la extraordinaria capacidad de extraer nutrientes vitales del lodo de nuestras peores desdichas, los cuales podemos utilizar para generar hermosos resultados. Y, de ese modo, las emanaciones tóxicas de la mente, tales como el odio, la envidia, la difamación, la calumnia, la traición, el abuso o la intransigencia, se pueden transformar en sus complementos: amor, gratitud, elogio, verdad, fe, respaldo, tolerancia. ¿Cómo transmutamos estos venenos en medicinas? Emulando al loto en nuestra práctica. ¿Y cómo aprendemos esta práctica? Sea coincidencia o no, del Sutra del Loto.

Geometría del loto

Creemos ahora una serie de flores de loto, tanto geoméricamente, aquí y ahora, como con nuestras energías vitales en contextos sociales. No hacemos esto sólo para divertirnos dibujando. Al trabajar con el loto, cobraremos mayor conciencia de su geometría sagrada, lo cual puede surtir en nosotros un efecto espiritualmente transformador si estamos receptivos. La filosofía y la música pueden transformar el alma; nosotros acabamos de explorar su íntima conexión con la geometría, que comparte su poder.⁸ Comenzaremos nuestro ejercicio de geometría sagrada construyendo una flor de loto en el espacio euclidiano, empleando una estructura de rectángulos áureos y círculos del yin y el yang. A continuación, examinaremos algunas asombrosas flores de loto del espacio de Mandelbrot, cuyas imágenes son fruto de la geometría fractal y la teoría del caos. También aquí nos reencontraremos con ϕ y su incansable compañero de viaje Fibonacci, junto con rectángulos áureos, círculos del yin y el yang y flores de loto de increíble belleza.

Por si se lo está preguntando, existen abundantes integraciones de la flor de loto y el círculo del yin y el yang, lo cual ilustra la conciencia que se tiene de su interconexión. Como era de esperar, la mayoría proceden de culturas donde Buda y el Tao están (o al menos lo estuvieron alguna vez) felizmente casados. La figura 5.9.1 es un tapiz floral de Nepal, una representación del Tao en el loto. La figura 5.9.2 parece un loto indio, enmarcado en un motivo islámico, inscrito en un rectángulo áureo. Las curvaturas del motivo islámico comienzan a doblarse en la dirección de un círculo del yin y el yang. La figura 5.9.3 es el complemento chino de 5.9.1: el loto en el Tao. Cada uno de sus ocho pétalos es un trigramma nuclear, o medio hexagrama.



5.9.1



5.9.3

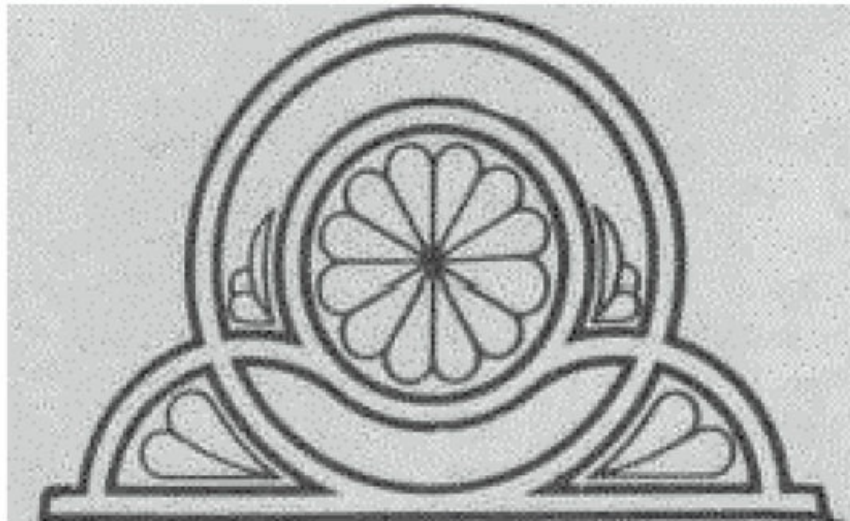


Figura 5.9. El Tao en el loto.

Cada uno de los 64 hexagramas del *Yijing* se puede descomponer en dos trigramas nucleares. Cada trigramma simboliza simultáneamente diferentes miembros o relaciones de la familia, diferentes condiciones culturales, diferentes accidentes geográficos y diferentes estaciones del año o transiciones entre ellas. Ésta es la imagen integrada pero «fractal» del cosmos del cual Confucio derivó su ética. Convertir el *Yijing* en una flor de loto es la inspiración de una mente serena. Observe también que los trigramas tienen forma de

rectángulos áureos. Así pues, este loto contiene explícitamente tanto formas chinas como helénicas de ϕ . Pero, en lugar de incorporar ϕ como estructura básica, el loto incorpora la estructura que incorpora ϕ .

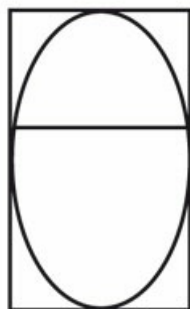
Al igual que todos los buenos cocineros de televisión, yo he preparado con antelación un plato de loto para usted. Dos platos, de hecho. Sea tan amable de volver a consultar la figura 5.8. Dos de estas flores germinaron en mi invernadero digital experimental. ¿Quiere intentar adivinar cuáles son antes de que yo se lo diga? (En ese caso, no siga leyendo.) Son los números 3 y 8. Ahora voy a enseñarle cómo hacer la flor número 3. Comenzaremos construyendo su estructura, lo cual requiere cinco pasos. Primero, trace un círculo del yin y el yang que encaje en un rectángulo áureo, como en las figuras 5.10.1 y 5.10.2. Segundo, elimine el pétalo del rectángulo áureo menor y coloréelo si lo desea. El pétalo de la figura 5.10.3 es áureo. Tercero, una cuatro de estos pétalos áureos como ilustra la figura 5.10.4.

Lo que ve en la figura 5.10.4 es un módulo de la estructura. No obstante, David Bohm nos mostró que las pautas explícitas (órdenes explicados) contienen pautas implícitas (órdenes implicados).⁹ El orden implicado de la figura 5.10.4 se muestra en la figura 5.10.5. Consta de cuatro rectángulos áureos unidos, con un círculo del yin y el yang en su centro. Ésa es la geometría subyacente del loto.

El cuarto paso consiste en rotar 5.10.4 cuarenta y cinco grados, como en 5.10.6. A continuación, superponga 5.10.4 y 5.10.6. Ahora tiene la estructura básica de este loto, como en 5.11.1. Si es usted minimalista, ya ha terminado. Si quiere embellecer su loto con una reproducción menor de sí mismo en su centro, como en 5.11.2, hágalo. Los lotos son fractales. Y, si le gusta el estilo nepalí, complételo con un círculo del yin y el yang en miniatura, como en 5.11.3. Puede consultar la página web de este libro, www.themiddleway.us, para ver o imprimir cualquiera de estos lotos. Dibuje uno. Enséñeselo a sus amigos y compruebe si saben qué es. Casi todos los budistas reconocerán un loto. Pregúnteles de qué está hecho. No muchos sabrán que está construido a partir de ϕ .



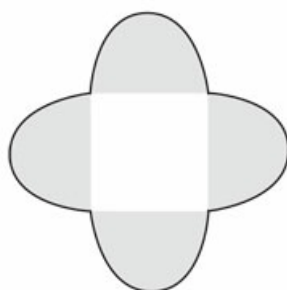
5.10.1



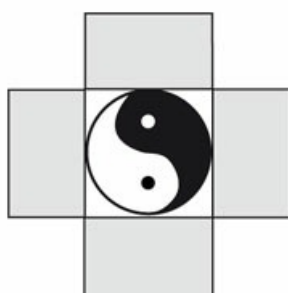
5.10.2



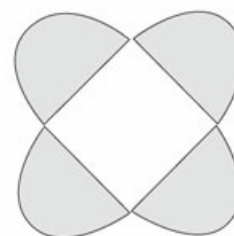
5.10.3



5.10.4



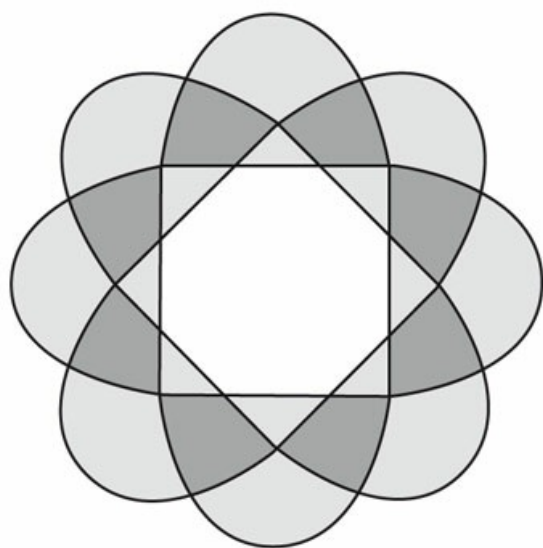
5.10.5



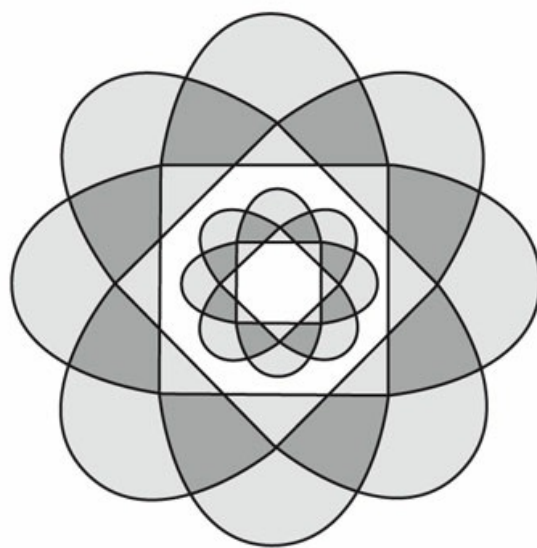
5.10.6

Figura 5.10. Construcción del loto phi.

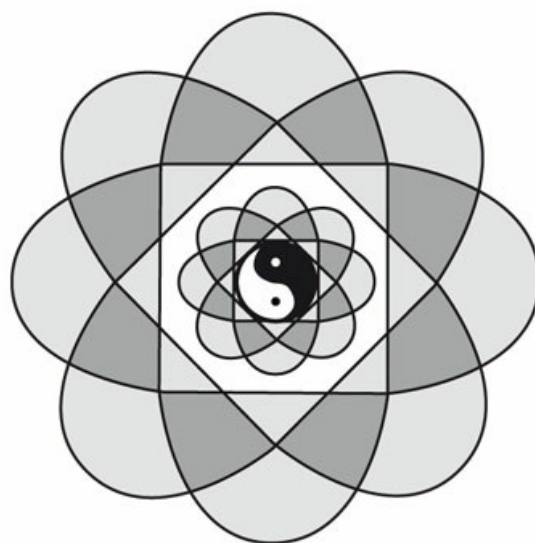
La figura 5.12 ilustra una versión más elaborada. Pero, curiosamente, también es más transparente. Tiene varias capas imbricadas y su diseño cromático revela cómo ocupa cada pétalo áureo su propio rectángulo áureo. Yo lo llamo «loto phi». Si usted se ha conmovido, aunque sólo sea un poco, con la belleza y la simetría de las flores de loto estilizadas, y con su encarnación de ϕ , ha comprendido algo importante sobre la geometría sagrada. Es esta geometría y no otra la que impulsó gran parte de la arquitectura helénica, la escultura renacentista y la música barroca, y la que aún impregna las tradiciones místicas esotéricas de las grandes religiones mundiales. Nuestros ejercicios con la flor de loto ilustran que no necesitamos ser Pitágoras, Da Vinci o Bach para apreciar las proporciones divinas de la geometría sagrada, de igual forma que no necesitamos ser Aristóteles, Buda o Confucio para imprimir equilibrio a nuestra alma y armonía a nuestra sociedad. Ahora pasaremos de los lotos euclidianos a los fractales, cuyos rasgos geométricos sagrados no sólo se tornan más pronunciados, sino también increíblemente complejos.



5.11.1



5.11.2



5.11.3

Figura 5.11. Construcción del loto phi.

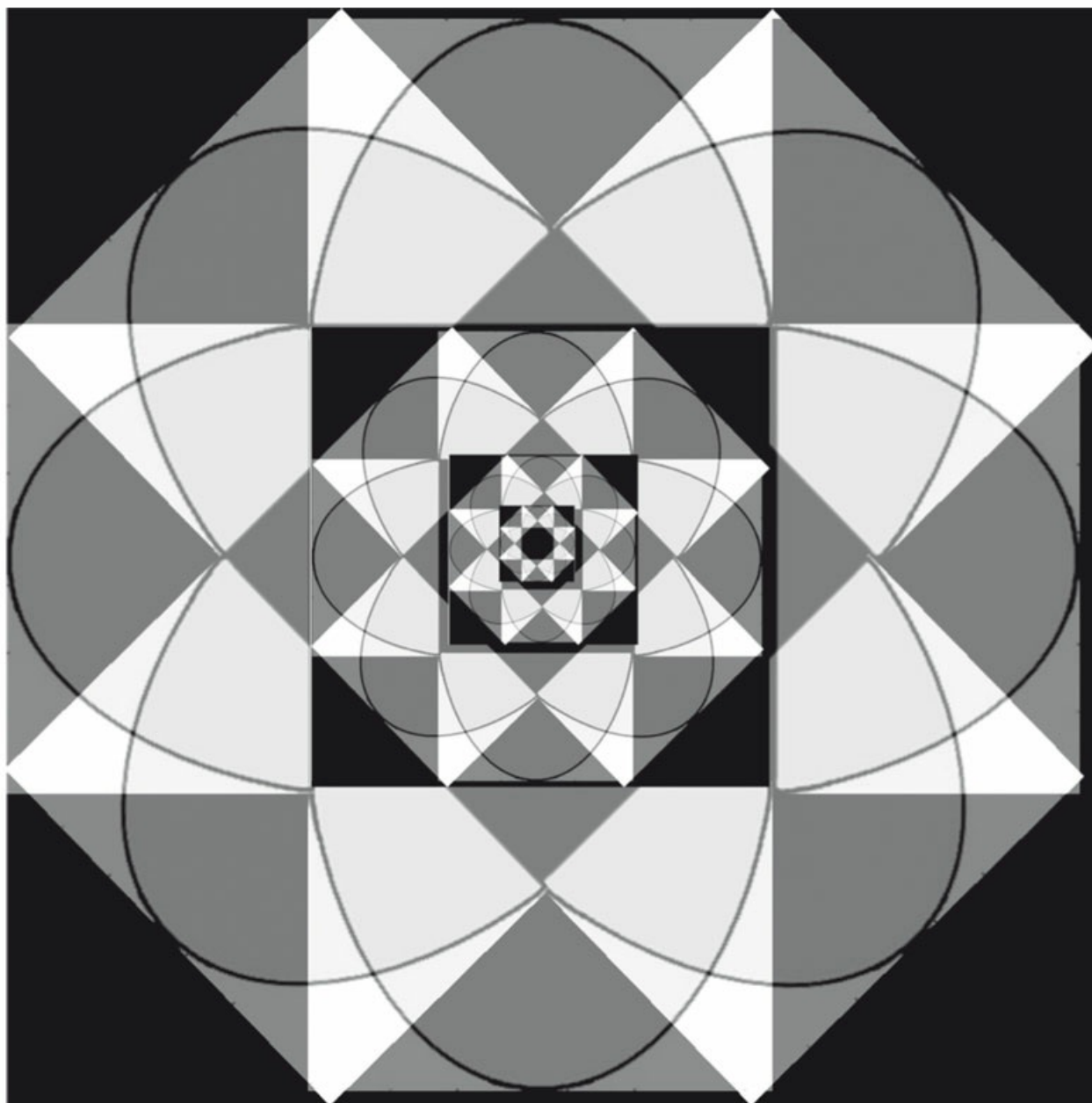


Figura 5.12. El loto phi.

Geometría fractal del camino medio

La geometría fractal y la teoría del caos son avances realmente novedosos de finales del siglo XX, ambos impulsados por la revolución informática. El poder de cálculo numérico y la velocidad de los ordenadores, junto con su capacidad para generar gráficos a todo color, ayudó a los geómetras a visualizar y conceptualizar los fractales y ayudó también a los matemáticos a visualizar y conceptualizar relaciones entre orden y caos. La conexión de la geometría fractal con la teoría del caos no es evidente a simple vista, pero

su vínculo es innegable y asombroso. Ilustremos brevemente cómo se forja ese vínculo y cómo recrea el loto.

Un objeto fractal es autosemejante, es decir, reproduce sus pautas geométricas a diversas escalas. Por ejemplo, un árbol caduco es un fractal. Su tronco y ramas principales forman una pauta y ésta se va reproduciendo cada vez a menor escala en el resto de su estructura arbórea. Pero eso no es todo: la pauta se reproduce también en sus hojas. Cada hoja tiene una nervadura central de la que parten nervaduras ramificadas, hasta llegar a su red de venas y capilares. Éstas son las pautas del árbol en la superficie. Su sistema radical subterráneo también es fractal.

Usted puede descubrir fractales por toda la naturaleza, si presta atención. Los sistemas circulatorios de los animales son fractales ramificados. Las telarañas y los copos de nieve son fractales concéntricos. Las costas son fractales irregulares. Tanto si observa su perfil desde el espacio, un avión, la cima de una montaña o una azotea, como si lo hace desde el suelo o con una lupa de aumento, verá características pautas autosemejantes a todas las escalas de observación. Los seres humanos también fabricamos fractales, por ejemplo, las muñecas rusas que encajan unas en otras como las ilustradas en la figura 5.13.



Figura 5.13. Muñecas rusas.

Si construimos fractales con los pulcros y ordenados métodos euclidianos, éstos adquieren una simetría perfecta y una escala infinita. He aquí dos famosos fractales del plano euclidiano: el triángulo de Sierpinski y el copo de nieve de Koch. Como ilustra la figura 5.14, el triángulo de Sierpinski comienza a construirse inscribiendo un triángulo blanco en el azul original. Usted también puede imaginar que «recorta» un espacio triangular del triángulo original. A continuación, repetimos el mismo proceso en cada uno de los tres triángulos azules más pequeños. Cada paso recrea la pauta del paso anterior, pero también multiplica su número de ocurrencias y reduce su escala. El triángulo de Sierpinski contiene un número infinito de triángulos y también un número infinito de pautas de proporciones idénticas. La infinitud de pautas proporcionales constantes es el rasgo distintivo de los objetos fractales euclidianos. El copo de nieve de Koch que

representa la figura 5.15 también pertenece a esta familia, pero sus pautas están restringidas a su perímetro en lugar de a su superficie.

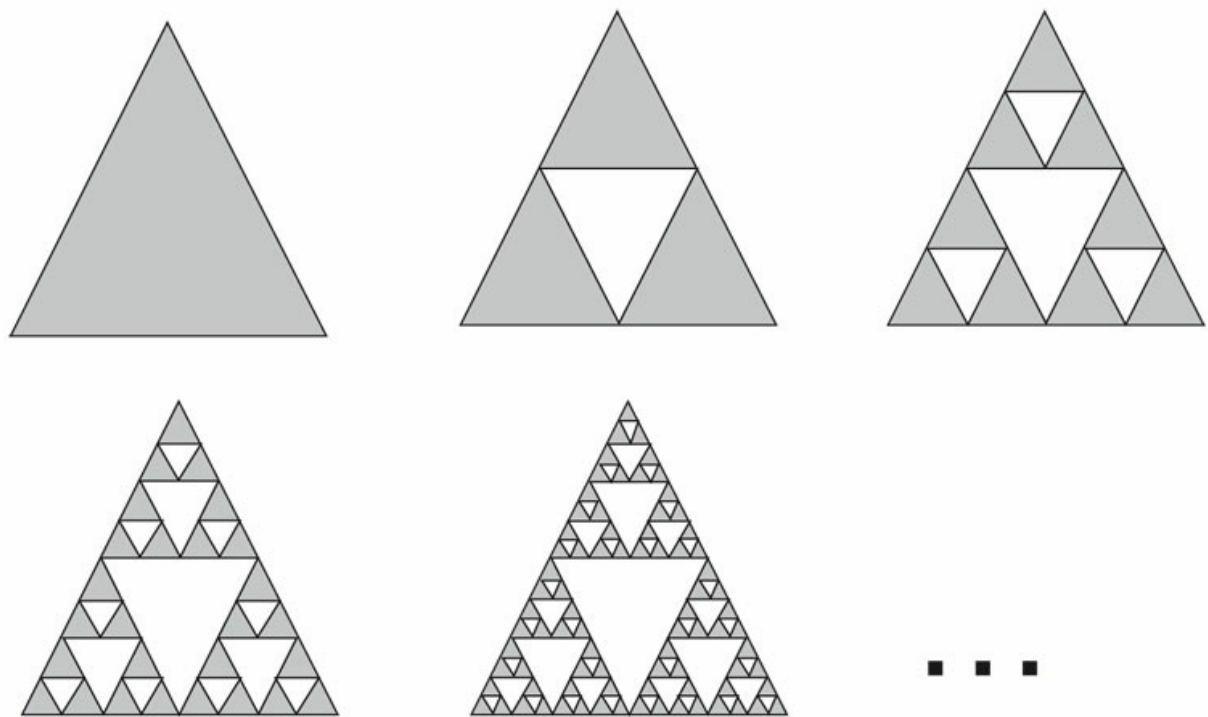


Figura 5.14. El triángulo de Sierpinski.

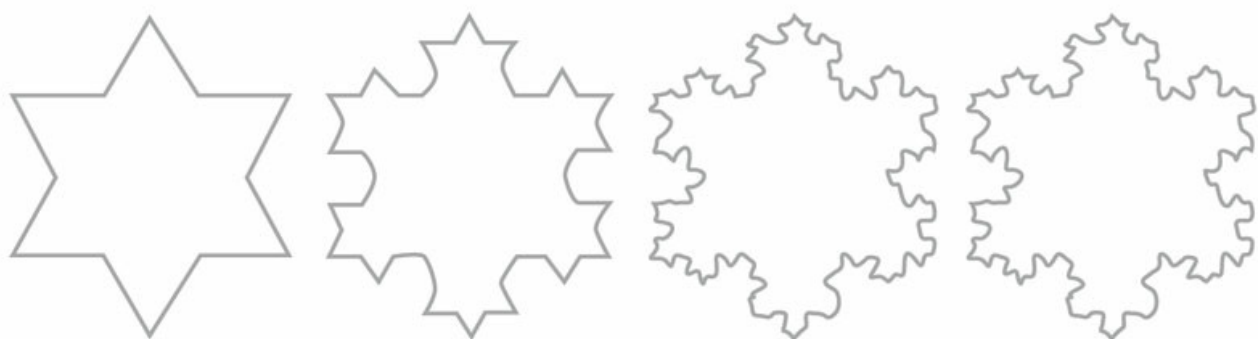


Figura 5.15. El copo de nieve de Koch.

Ya hemos mencionado que el rectángulo áureo y el círculo del yin y el yang son también fractales y, a estas alturas, las razones deberían estar claras. Como ilustra la figura 5.16, dentro de cualquier rectángulo áureo es posible imbricar infinitos rectángulos

áureos de tamaño cada vez menor. Por la misma razón, cualquier rectángulo áureo puede imbricarse en una sucesión infinita de rectángulos áureos cada vez mayores. Asimismo, como muestra la figura 5.17, dentro de cualquier círculo del yin y el yang es posible imbricar infinitos círculos del yin y el yang de tamaño cada vez menor. Y, una vez más, cualquier círculo del yin y el yang puede imbricarse en una sucesión infinita de círculos del yin y el yang cada vez mayores.

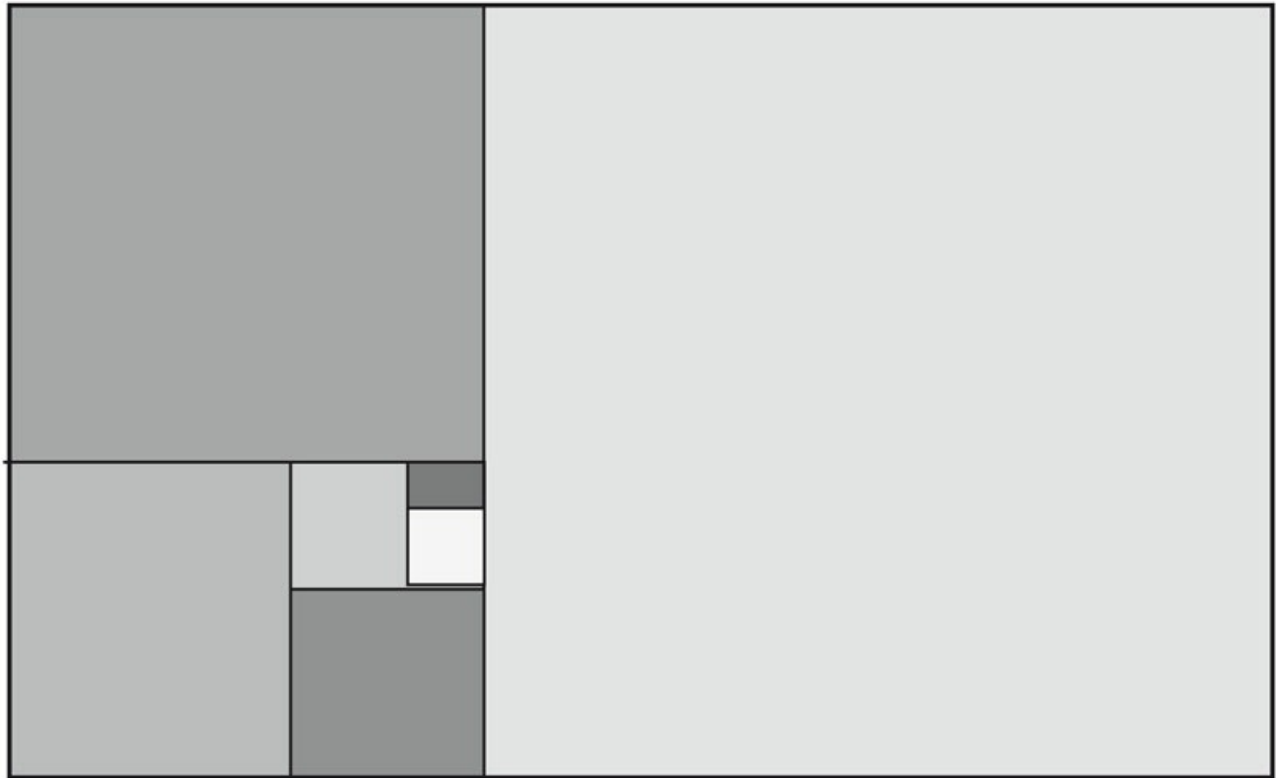


Figura 5.16. El rectángulo áureo es un fractal.

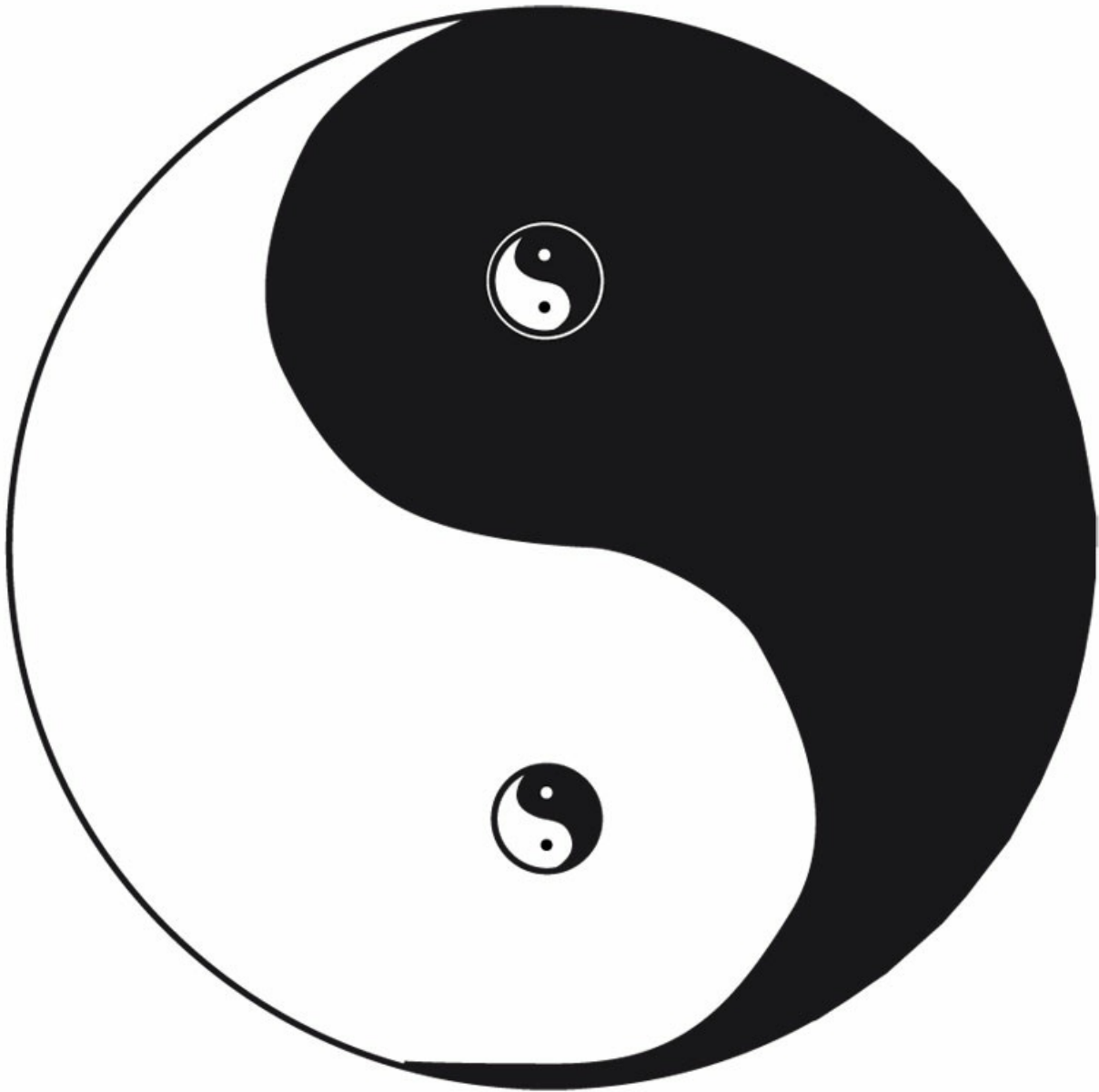


Figura 5.17. El círculo del yin y el yang es un fractal.

A diferencia del triángulo de Sierpinski y el copo de nieve de Koch, el rectángulo áureo y el círculo del yin y el yang son más que fractales. Sus propiedades fractales de infinitud y constancia de proporciones también se prestan a interpretaciones éticas y políticas. La proporción áurea de Aristóteles y el orden equilibrado de Confucio, así como el camino medio de Buda, que los incorpora a los dos, se aplican, a través del espacio y el tiempo, a una infinitud de seres sensibles dispersos por todo el universo. Estas leyes se han aplicado a seres que han nacido y han muerto; se aplican a seres que están vivos y un día morirán, como se aplicarán a seres aún no natos, que nacerán y

morirán. Éste es un atributo de la infinitud: nos hace conscientes de la universalidad de las normas. Asimismo, cada ser sensible que se atiene a estas normas en su vida lo hace en una escala proporcional a su posición en las jerarquías imbricadas de seres sensibles. Por ejemplo, una persona no es «buena» simplemente en virtud de cuánta bondad crea en el mundo; más bien, una persona es «buena» en virtud de la proporción de bondad que crea con relación a sus medios actuales para crearla. Éste es el significado especial de la constancia de proporciones en los fractales del camino medio. Nadie está pidiendo la perfección a nadie. Un «aprobado» en bondad podría ser tan poco como una parte de ϕ , o un 61%. En unas elecciones democráticas, es un margen de apoyo elevado.

El caos y los filósofos abc

Al igual que la geometría fractal, la teoría del caos es un avance de finales del siglo XX con raíces históricas más antiguas. Uno puede comprender las ideas centrales de la teoría del caos sin tener ningún conocimiento de matemáticas, aunque los detalles del caos son bastante matemáticos.¹⁰ Aquí voy a evitar todas las fórmulas. La idea rectora radica simplemente en afirmar: una ligera variación al principio de un proceso produce en el resultado una variación grande y, en su mayor parte, imprevisible. Por ejemplo, imagine que baja esquiando por una montaña escarpada, desde la cumbre hasta la misma base. Imagine que esta montaña no tiene surcos predefinidos. Después de realizar su primer descenso, regrese a la cumbre y vuelva a bajar, pero esta vez varíe su ángulo de partida en, pongamos, únicamente unos grados con respecto a su descenso anterior. ¿Dónde estará cuando llegue abajo? Posiblemente, a kilómetros de distancia de donde terminó su anterior descenso. Una pequeña variación arriba puede producir una variación grande e imprevisible abajo. Eso es caos.

Si prefiere la playa, imagine que arroja al mar un puñado de corchos de botella idénticos. Caen al agua a pocos centímetros unos de otros y comienzan a ser mecidos por las olas. En cuestión de minutos, se dispersan; en cuestión de horas o días, pueden separarse kilómetros. Una vez más, ligeras variaciones en sus posiciones iniciales producen variaciones grandes e imprevisibles en sus posiciones conforme avanza el proceso. Eso también es caos.

Caos no es lo mismo que azar, pero ambos a menudo confluyen. Sin embargo, como sucede con el azar, el caos surge, de hecho, de un orden que es demasiado complejo para que la mente humana lo comprenda, asimile o formule de un modo determinista. Y, no obstante, todo lo que ocurre en un proceso caótico está predeterminado por las leyes de la naturaleza. Nuestro inestimable talento para la matemática y la física nos ha procurado conocimientos fiables sobre muchos de los procesos dinámicos de los sistemas. Sabemos

cómo se mueven muchas cosas, desde los protones hasta los planetas. Podemos predecir con gran exactitud el regreso del cometa Halley cada setenta y seis años, porque su órbita es una elipse. La geometría griega (secciones cónicas) sumada a la mecánica celeste de Newton lo hace posible. Pero nadie puede predecir dónde caerá un solo copo de nieve, desde el momento en que abandona la nube, aunque su suave trayectoria descendente, acompañada de remolinos, cambios de dirección y giros, esté predeterminada por férreas leyes de la naturaleza, igual que la del cometa Halley. ¿Por qué no podemos, pues, predecirla?

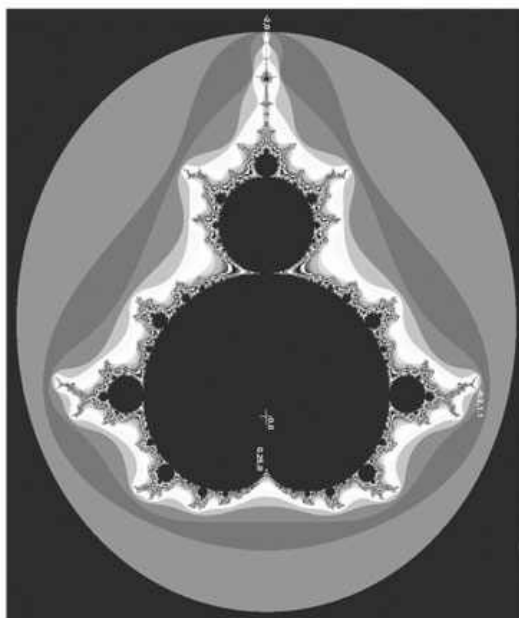
Porque la naturaleza se presta a que la midamos en algunos aspectos y no lo hace en otros. Su hermetismo nos impide establecer lo que los físicos denominan «condiciones iniciales» de muchos sistemas. No podemos aplicar nuestras férreas leyes; a menos que también podamos aportar ciertos términos, muchos en el caso del copo de nieve: las temperaturas, las presiones y las velocidades del viento en cada milímetro del descenso del copo de nieve. Incluso aunque pudiéramos averiguar el valor del 99,99% de todas las variables pertinentes desde el preciso instante en que el copo abandona la nube, e incluso aunque pudiéramos completar todos los cálculos antes de que llegue al suelo, nuestras predicciones podrían continuar equivocándose en un kilómetro, literalmente. ¿Por qué? Por las variables que necesitamos estimar. Si nos equivocamos mucho en nuestras estimaciones, o si hay otras variables que no tenemos en cuenta, nuestras ecuaciones y cálculos pueden no servir de nada. Entretanto, el copo de nieve cae siguiendo una trayectoria que únicamente la naturaleza conoce de antemano, que nosotros podemos imitar pero no predecir.

Las increíbles imágenes que engendra la teoría del caos son instantáneas de la trayectoria de un solo punto a través de un espacio cartesiano complejo, impulsado por iteraciones ilimitadas de una función simple. Así es exactamente como hemos construido el triángulo de Sierpinski y el copo de nieve de Koch: mediante iteraciones de una función simple. No obstante, hemos podido predecir estos fractales, porque conocíamos todas las condiciones iniciales necesarias anteriores a cada iteración. La geometría fractal no es en sí misma caótica; al contrario, está sumamente ordenada. Lo que nosotros llamamos «caos» es, en parte, nuestra incapacidad para predecir la sorprendente emergencia de pautas aún más ordenadas que los fractales euclidianos, por cuya causa supusimos erróneamente (antes de Mandelbrot) que eran «ruido aleatorio». Hay pautas complejas en el tiempo atmosférico, en las noticias, en el tráfico, en nuestras relaciones con nuestros semejantes, en los mercados económicos, en la política internacional, al igual que en todos los procesos caóticos. Usted puede salir a trabajar todas las mañanas, como el copo abandona la nube, y regresar directamente a casa todas las noches (a diferencia del copo, que no regresa directamente a la nube). Pero lo que sucede entre su

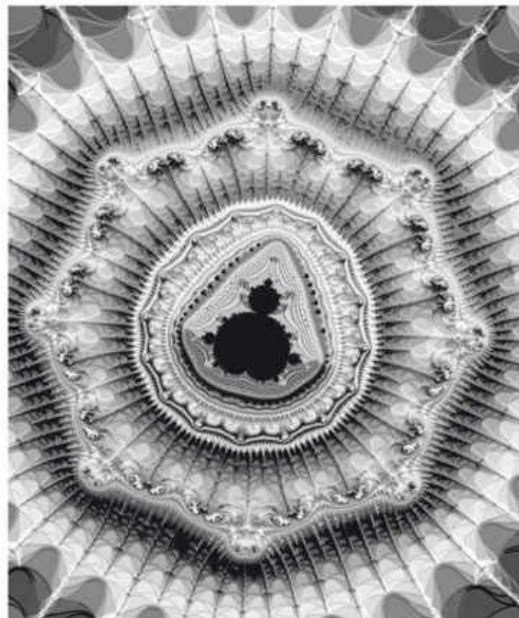
partida y su llegada es una combinación de orden (las pautas que usted puede predecir) y caos (las pautas que no puede predecir).

Examinemos algunas pautas sumamente ordenadas de la teoría del caos clásica, formadas por muchas iteraciones de funciones simples. Algunas de las pautas más bellas y conocidas hasta la fecha emergen del «conjunto de Mandelbrot», llamado así por el geómetra francés Benoît Mandelbrot, uno de los primeros en utilizar la geometría fractal.¹¹ Hay un número infinito de conjuntos de Mandelbrot, de órdenes algebraicos tanto inferiores como superiores, y las imágenes que aquí le mostraré pertenecen únicamente a los órdenes inferiores. Cada conjunto de Mandelbrot, de cualquier orden, es sumamente profundo y complejo. Cuantas más iteraciones realizamos, más podemos profundizar en estos intrincados fractales entrelazados.

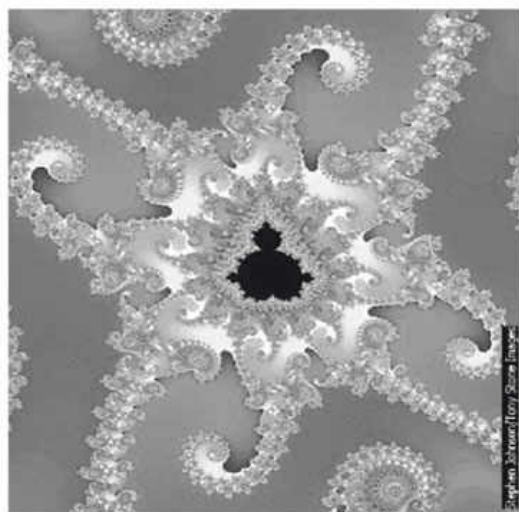
La figura 5.18.1 es una imagen del conjunto de Mandelbrot completo; 5.18.2 y 5.18.3 representan también su entorno. La figura 5.18.4 muestra una vista más detallada del «valle» entre dos de las curvas principales. Fíjese en que los «bordes» del valle están poblados por reproducciones cada vez más pequeñas del propio conjunto de Mandelbrot, lo cual recuerda a las muñecas rusas, en una característica pauta fractal. Las figuras 5.18.5 y 5.18.6 representan algunos detalles de los filamentos más pequeños adheridos a ellas. Si los aumentamos, vemos que cada filamento está formado por una infinidad de conjuntos de Mandelbrot autosemejantes. No hay límite para la profundidad, la complejidad y las asombrosas imágenes que emergen cuando exploramos el conjunto de Mandelbrot hasta su último rincón. Cuanto más aumentamos sus elaboradísimos detalles, más asombrosos nos parecen.



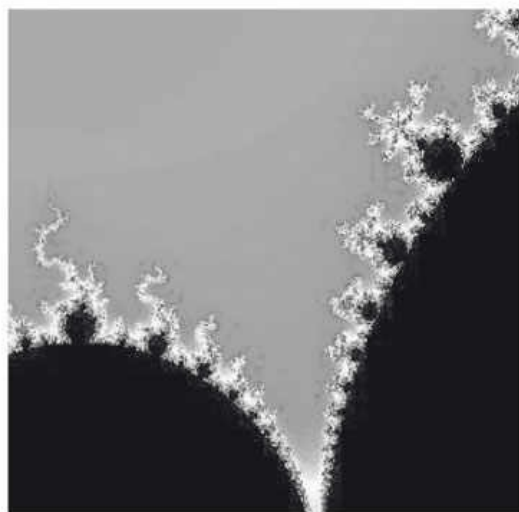
5.18.1



5.18.2



5.18.3



5.18.4

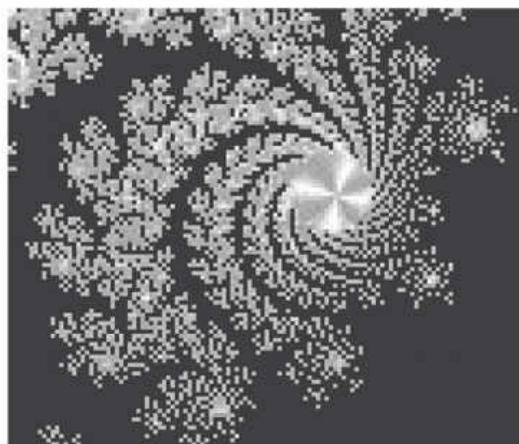
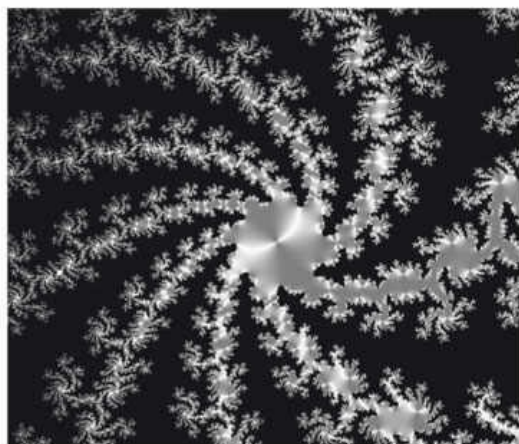
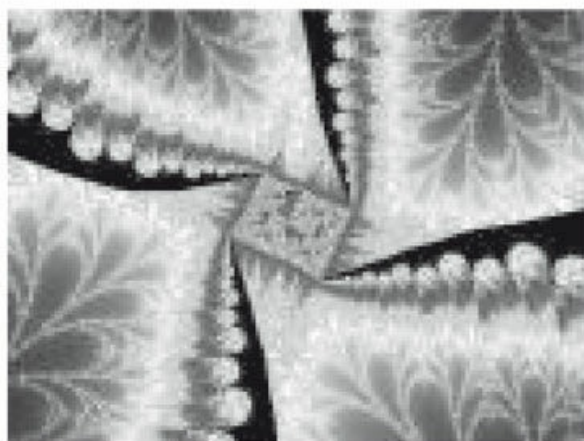
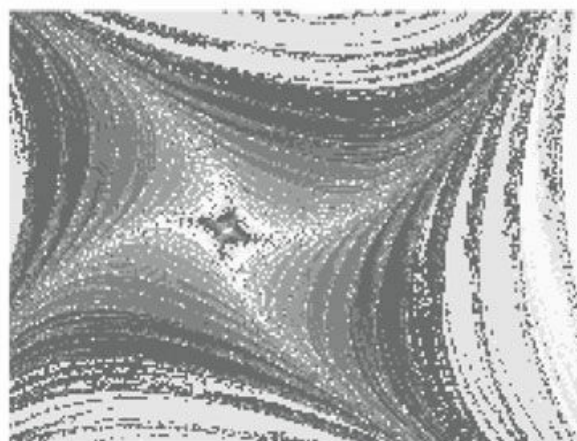


Figura 5.18. El conjunto de Mandelbrot y algunos detalles.

¿Y qué pasa con ϕ ? Hemos visto que el rectángulo áureo y el círculo del yin y el yang son fractales euclidianos y los hemos utilizado para construir el loto phi. ¿Vuelve a emerger ϕ también del caos? Sin duda. Las figuras 5.19.1 y 5.19.2 representan el rectángulo áureo acompañado de intrincados adornos, mientras que las figuras 5.19.3 y 5.19.4 ilustran el característico encuentro entre el yin y el yang. Más asombroso incluso es el conjunto de Mandelbrot de orden superior representado en la figura 5.20. ¿Recuerda cómo hemos construido el círculo del yin y el yang a partir de cinco círculos? Este conjunto de Mandelbrot acomete una tarea similar; pero a su propia inimitable manera, con mayor complejidad. Entre las infinitas pautas que emergen del caos, ϕ está bien representado.



5.19.1



5.19.2

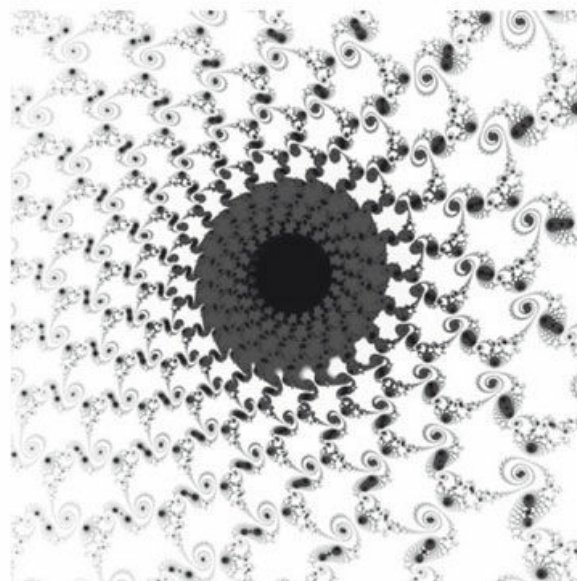
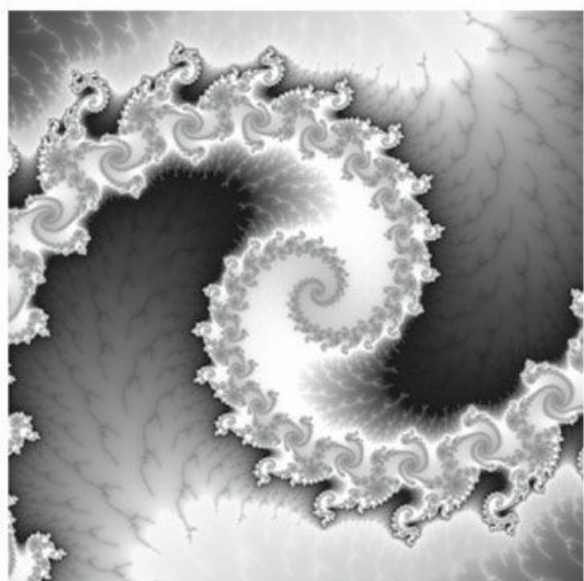


Figura 5.19. ϕ en el conjunto de Mandelbrot.

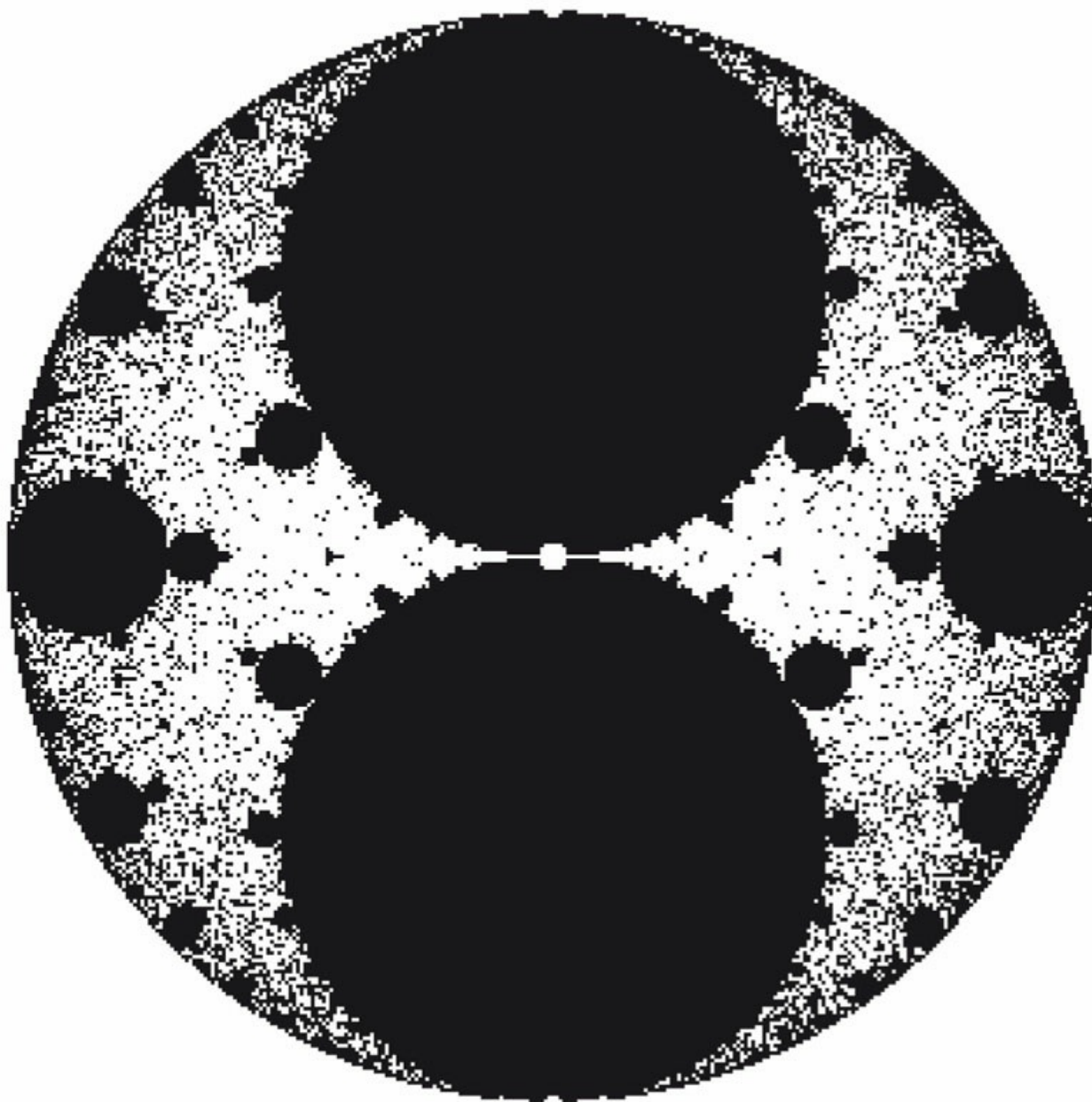


Figura 5.20. Conjunto de Mandelbrot de orden superior.

¿Y qué hay de la flor de loto? También ella está contenida en el caos. La figura 5.21 ilustra abundantemente la variedad y la hermosura de las flores de loto que pueblan los conjuntos de Mandelbrot. No me cabe ninguna duda de que todas las especies de flor de loto del universo biológico, no sólo aquí en la Tierra, sino en todos los planetas del cosmos en los que florezca el loto, tienen su análoga en el espacio de Mandelbrot.

La lógica del loto

Nuestro redescubrimiento de ϕ en los conjuntos de Mandelbrot reconfirma que el caos está imbuido de un orden especial, si no sagrado. ¿Comparte usted mi opinión? Lo haga o no, voy a proponer ahora algo bastante audaz, que debería satisfacer tanto a los escépticos que se deleitan en negar las pautas interconectadas de la naturaleza como a quienes están en consonancia con ella y se deleitan aún más en afirmarlas. Permítame recapitular. Hemos examinado la geometría de los filósofos abc y hemos visto que Buda (el término medio) incorpora propiedades tanto de Aristóteles como de Confucio. Hemos visto que la geometría de Buda está representada por la flor de loto, la cual simboliza el Dharma y es también el vínculo (el término medio) entre Buda y la Sangha.

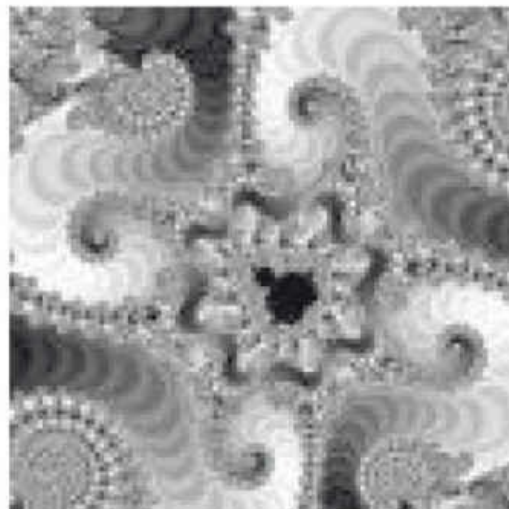
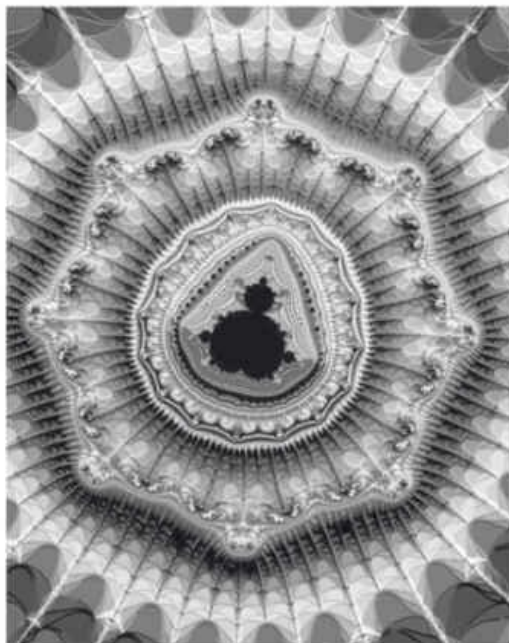
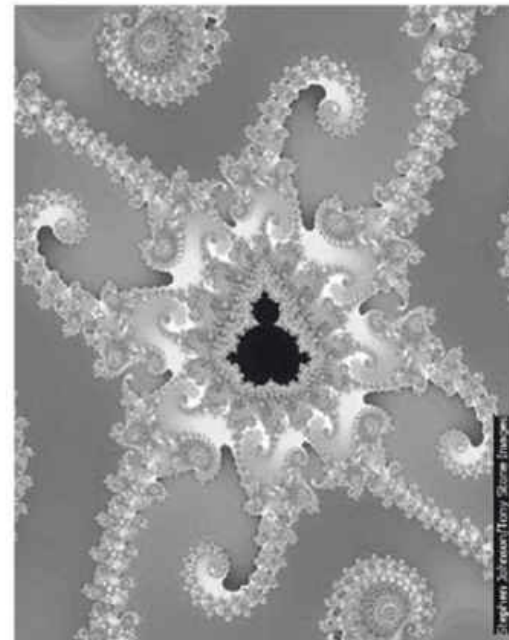
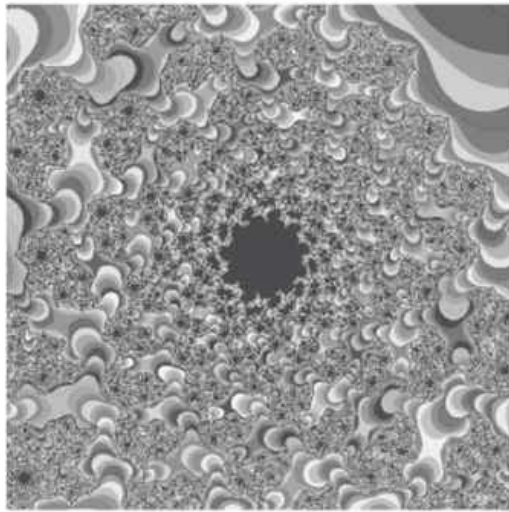
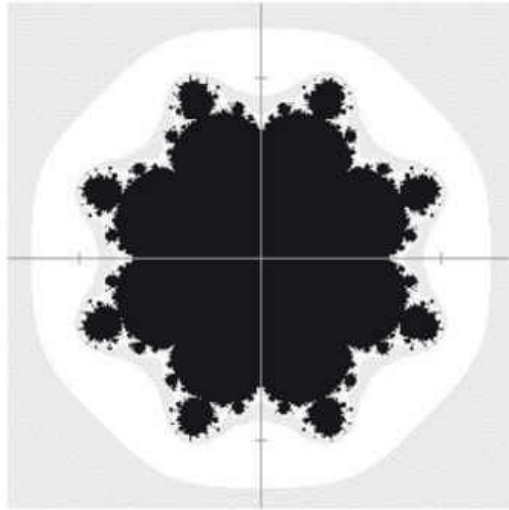
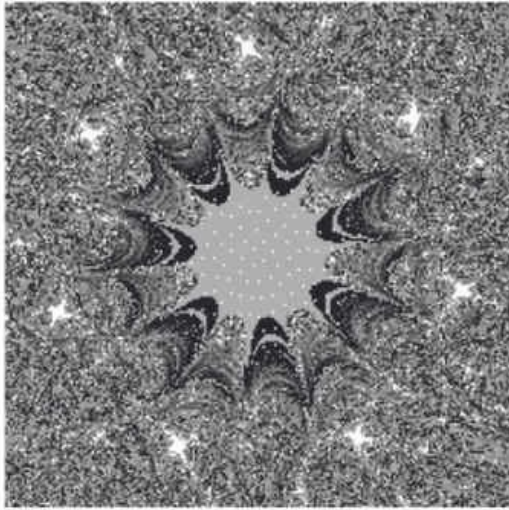


Figura 5.21. Flores de loto en el conjunto de Mandelbrot y en sus inmediaciones.

Ahora, mire una vez más las tres últimas fotografías ilustradas en la figura 5.21, cada una de las cuales representa el conjunto de Mandelbrot en el centro de un exótico loto. ¿De dónde han salido estos lotos? Forman parte de la serie de puntos que quedan fuera del conjunto de Mandelbrot. ¿Y qué está «haciendo» un conjunto de Mandelbrot en el centro de una flor de loto, en medio del caos? Yo le propongo que el conjunto de Mandelbrot no es otro que un Buda fractal, sentado en la postura del loto en medio de una flor de loto para recordarnos que el Dharma es el vínculo entre Buda y la Sangha, el camino medio a través del cual todo ser humano puede experimentar el orden en medio del caos. El conjunto de Mandelbrot simboliza los elementos fundamentales de los filósofos abc: la virtud de Aristóteles en el vicio, la serenidad de Buda en la confusión, la armonía de Confucio en la discordia. Observe los conjuntos de Mandelbrot generados por ordenador de la figura 5.22 y los «conjuntos de Buda» concebidos por el hombre que aparecen encima, al lado y debajo de ellos. Para mí es evidente que todas estas imágenes representan una sola cosa: el camino medio. Estos conjuntos no son inventos de la mente humana, sino pautas de orden cósmico contenidas en el caos y reflejadas en el espejo de la mente.

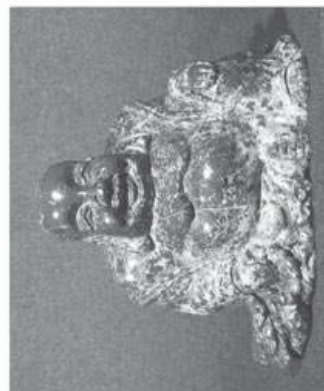
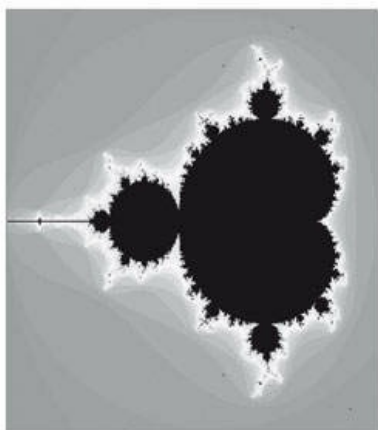
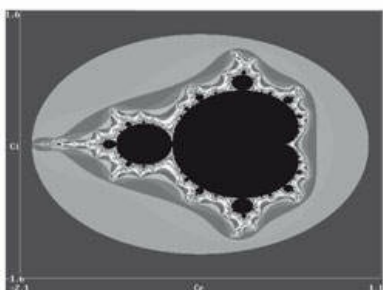
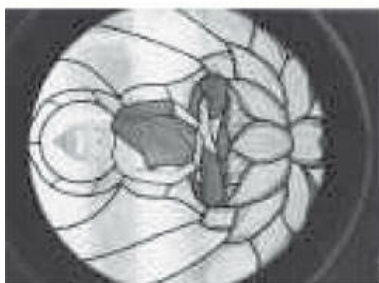
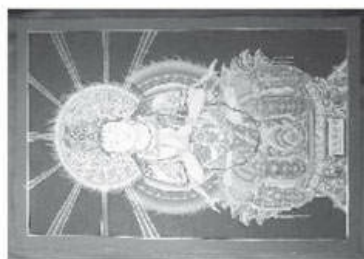
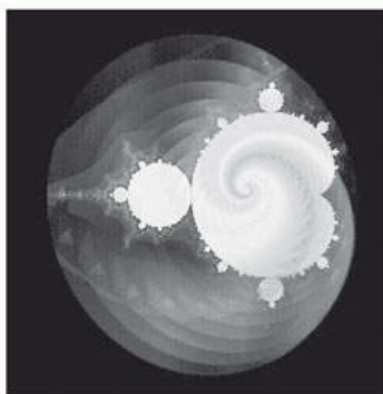
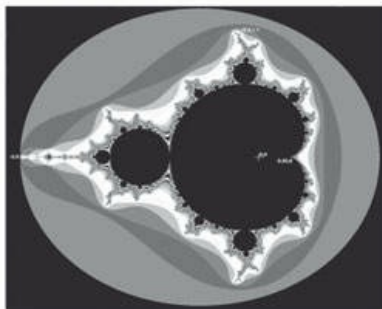


Figura 5.22. El conjunto de Mandelbrot como Buda fractal.

Mientras escribo estas palabras, puedo oír ya las voces de los escépticos, como pájaros que chillan sobre un lago en calma. Quienes llevan Aristóteles al extremo y suponen erróneamente (en contra de la teoría del caos) que todo es determinable únicamente a través de la razón, me tacharán de «místico». Quienes llevan a Confucio al extremo y suponen erróneamente (en contra de la historia de la humanidad) que la sociedad se puede mantener únicamente a través de la obediencia ciega a la autoridad, aceptarán o rechazarán mi afirmación en virtud de qué les ordenen sus autoridades. Quienes llevan el budismo al extremo y suponen erróneamente (en contra de las enseñanzas de Buda) que la imagen de Buda que han recibido debe ser adorada como el único ídolo «auténtico» de Buda, me acusarán de herejía. Pese a todo, yo sostengo que el conjunto de Mandelbrot es un Buda fractal a cuyo camino del medio se puede incluso, y quizás especialmente, acceder cerca del centro mismo del caos. Ahora, eche otro vistazo a la figura 5.18.4 y vea cómo una infinita procesión de Budas fractales bordea la insondable grieta que conduce al núcleo del caos.

Acojo de buena gana cualquier objeción a esta tesis, sobre todo las que sostienen que el conjunto de Mandelbrot es únicamente una mancha de tinta fractal, no preñada sino carente de significado, sobre la cual yo he proyectado un Buda fractal. Es una objeción contundente porque, como Nagarjuna y otros han enseñado, todos los Dharmas están vacíos, incluidos éstos.¹² No hay flor de loto alguna en parte alguna, ni Buda alguno, ni tan siquiera caos. «Pero ¿cómo puede usted decir que algo está a la vez lleno y vacío?», preguntarán los escépticos, como buenos científicos que utilizan la razón para determinar las «condiciones iniciales» del proceso. No obstante, la lógica del loto no es aristotélica; trasciende los requisitos racionales de Aristóteles de que un recipiente no puede estar a la vez lleno y vacío. Vacío de agua, está lleno de aire. Vacío de aire, está lleno de vacío. Vacío de vacío, ¿qué queda?

También acojo de buena gana las objeciones históricas. La afirmación de que un conjunto de Mandelbrot es un Buda fractal parece algo que un hippie podría haber dicho en 1967, bajo la influencia del lsd y los Beatles. «¿Y cómo sabe que no está teniendo un *flashback*?» Es una pregunta razonable, especialmente porque tengo la suerte de estar cualificado para responderla. En la década de 1960, realizamos de vez en cuando conexiones como ésta, y fueron increíbles. Pero conectarse con imágenes alucinógenas utilizando canales alucinógenos inhibe la retención de estas imágenes después del viaje. Casi todos los hippies que conocieron a Dios en 1967 apenas pueden describirlo hoy. En mi experiencia, el camino medio es muy superior al LSD. Las imágenes que genera con

los conjuntos de Mandelbrot expanden la mente tanto como cualquier sustancia alucinógena, y uno puede verlas siempre que quiera. Son sustancias que alteran la conciencia, pero no alucinógenas. En lugar de afectar al funcionamiento mental, lo mejoran.

Esto completa nuestra breve inmersión en la geometría de los filósofos abc. Recuerde que los antiguos griegos se dedicaron con gran seriedad y profundidad a la articulación de conexiones entre la geometría, la ética y la política. Tenían la certeza de que, aprendiendo a medir la Tierra, también podríamos aprender a formular nuestra moral, regular nuestras relaciones sociales y estructurar nuestras comunidades, todo ello en consonancia con constantes universales de orden cósmico (si no sagrado), tales como nuestro amigo ϕ . Los posteriores avances en la matemática, incluyendo las geometrías no euclidianas, las distribuciones de Gauss, la aritmética transfinita de Cantor, los fractales y la teoría del caos, enriquecen y refuerzan esa antigua convicción.

Además, los símbolos preeminentes y perpetuos de Occidente y el Lejano Oriente resultan estar vinculados por ϕ , el cual se halla incorporado a la geometría del loto. El loto tiene interiormente espacio para ϕ , y exteriormente lo tiene para todas las civilizaciones: el Lejano Oriente, Occidente, las civilizaciones india e islámica. Sólo un camino puede tener espacio para tanto: el camino medio.

Esto también concluye la primera parte de este libro y mi breve presentación de los filósofos abc. Apliquemos ahora la proporción áurea, el camino medio y el orden equilibrado a la reconciliación de algunos de los extremos de la vida.

1 Más adelante Bolyai, Lobachevsky y Riemman redescubrirían y formalizarían la geometría de los espacios curvos, lo cual revolucionó la matemática y la física.

2 El descubrimiento de la geometría no euclidiana también resolvió un formidable problema latente en la obra del propio Euclides, un problema que había ido adquiriendo mala fama con el paso de los siglos conforme diversos matemáticos sucumbieron a la frustración o a algo peor en su misión imposible de intentar resolverlo. El problema consistía en demostrar el Quinto Postulado, que las líneas paralelas se cruzan en el infinito. Los tratamientos matemáticos, filosóficos y teológicos del infinito están plagados de paradojas de la índole más diabólica, que a veces afligen mortalmente a mentes acosadas ya por más demonios de lo habitual. Uno de estos suicidas fue el ruso George Cantor (1845-1918), cuya obra sobre los números transfinitos fue y continúa siendo tan controvertida que, hasta la fecha, la opinión está ferozmente dividida entre los matemáticos. David Hilbert dio las gracias a Cantor por crear «un paraíso del que jamás seremos expulsados»; en cambio, Poincaré llamó su obra «una enfermedad de la que la

humanidad quizá se recupere un día». Cantor sucumbió a la locura, pero su obra perdura y reaparece en la teoría del caos del siglo XX, la cual (como veremos) también es pertinente para el camino medio. Lo que quiero decir aquí es que las geometrías no euclidianas y la aritmética transfinita de Cantor son fruto de problemas no resueltos contenidos en los *Elementos* de Euclides.

3 En todo triángulo equilátero, el cuadrado de la hipotenusa equivale a la suma de los cuadrados de los lados adyacentes.

4 Aubrey, J.: *Aubrey's Brief Lives*, ed. O. Dick, Secker & Warburg, Londres, 1958.

5 Este problema con tan mala fama se conoce como «cuadratura del círculo»: construir con regla y compás un cuadrado con la misma área que un círculo dado. Por conveniencia, utilice un círculo unidad, cuyo radio (r) sea por definición 1 unidad. El área del círculo (πr^2) es entonces igual a π . Para la «cuadratura del círculo», debemos construir un cuadrado de área π , un cuadrado cuyos lados tengan una longitud de $\sqrt{\pi}$. Durante más de dos mil años, todo filósofo y matemático que se preciara dedicó varias horas diarias a encontrar una solución para este problema. Hobbes nos dejó un volumen entero de construcciones inteligentemente inspiradas pero ineluctablemente erróneas. El número resulta ser trascendental, lo que significa que no puede ni expresarse como una razón de dos números enteros ni construirse con métodos euclidianos ni ser una raíz de una ecuación algebraica.

6 Construya un cuadrado unidad, ABCD. Biseque el lado AB en E, luego una E y C. El teorema de Pitágoras nos dice que $EC = \sqrt{5}/2$. Con E como centro y CE como radio, trace un arco AF, tal que F se halle en la prolongación de la línea AB. Ya está. AF = ϕ y AFGD y BFGC son rectángulos áureos.

7 Ikeda, Daisaku, Katsuji Saito, Takanori Endo y Haruo Suda: *The Wisdom of the Lotus*, Vol. III, World Tribune Press, Santa Monica, California, 2000, cap. 8: «A Cultural History of the Lotus Flower.»

8 Obras reveladoras sobre geometría sagrada incluyen Ghyka, Matila: *The Geometry of Art and Life*, Dover Publications, Nueva York, 1977; Lawlor, Robert: *Geometría sagrada: filosofía y práctica*, Editorial Debate, Barcelona, 1994; Tashner, Rudolf: *Der Zhalen gigantische Schatten*, Vieweg Verlag, Wiesbaden, 2004.

9 Bohm, David: *La totalidad y el orden implicado*, Kairós, Barcelona, 1992.

10 P. ej., v. Devaney, Robert: *Chaos, Fractals and Dynamics*, Addison-Wesley Publishing Company, 1990; Schroeder, Manfred: *Fractals, Chaos, Power Laws*, W. H. Freeman & Company, Nueva York, 1982.

11 Mandelbrot, Benoît: *La geometría fractal de la naturaleza*, Tusquets, Barcelona, 1997.

¹² Nagarjuna: *Fundamentos de la vía media*, Siruela, Madrid, 2004, p. ej., v.
<http://en.wikipedia.org/wiki/Nagarjuna>.

Segunda parte

Los extremos y los filósofos abc

Extremos políticos: Una sociedad estadounidense polarizada y la ausencia de un bien común

Es, pues, evidente que la ciudad-estado es una cosa natural y que el hombre es por naturaleza un animal político o social.

Aristóteles

Dejemos que el aspirante observe no las perversidades de los demás, ni tampoco lo que los demás han hecho y han dejado de hacer; mejor que considere lo que ha hecho él y lo que aún le queda por hacer.

Buda

Un caballero es orgulloso pero no pendenciero; se alía con individuos, no con partidos.

Confucio

Los filósofos abc y la política

Aristóteles, Buda y Confucio reconocieron la importancia de la política, cada uno a su modo. Aristóteles consideraba al ser humano como un «animal político» por naturaleza. Pese a tener en mayor estima la vida contemplativa que la vida de los proyectos empresariales y la búsqueda de placeres sensuales, se percató de que las actividades e interacciones de los grupos humanos están en última instancia gobernadas por la política. La palabra «política» proviene del término griego *polis*, el cual significa ciudad-estado independiente junto con su territorio circundante. Atenas y Esparta fueron las dos principales polis de la civilización griega clásica y ambas se destruyeron mutuamente durante la guerra del Peloponeso, una de cuyas desafortunadas secuelas fue el proceso de Sócrates.

En la Grecia clásica se experimentó con la mayoría de las formas de gobierno,

incluyendo la monarquía (el gobierno de una sola persona), la oligarquía (el gobierno de una minoría), la timocracia (el gobierno de los ricos), la democracia (el gobierno de la mayoría) e incluso la anarquía (la ausencia de gobierno).

Las metrópolis actuales todavía conservan el regusto independiente y la efervescencia intelectual de las bulliciosas polis griegas, pese a formar parte de entidades políticas de mayores dimensiones. Todas las grandes metrópolis contrastan con el resto de sus respectivos estados-nación: Nueva York con Estados Unidos; Londres con Inglaterra; París con Francia, etc. La metrópoli actual es una iteración fractal de la antigua polis griega: de mayor tamaño y más compleja, pero con los mismos patrones reconocibles. Las grandes ciudades del mundo concentran una considerable cantidad de recursos humanos y tienden a ser más complejas e innovadoras que los núcleos urbanos de menor tamaño. Las metrópolis son los centros neurálgicos y los motores de la civilización.

También debo recordarle algo que dijo Aristóteles sobre la polis, que continúa siendo aplicable a las metrópolis, las megalópolis, los estados-nación y las civilizaciones actuales. Tal vez le sorprenda, pero Aristóteles afirmaba que el factor más importante para la buena salud y sostenibilidad de una polis es poseer una clase media fuerte. Escribió: «[...] que la comunidad política administrada por la clase media es la mejor, y que pueden gobernarse bien las ciudades en las cuales la clase media es numerosa y más fuerte...».¹ Esto tiene repercusiones políticas y religiosas, aparte de económicas, dado que la política y la religión condicionan notablemente la economía y, conjuntamente, favorecen o bien menoscaban a la clase media. Huelga decir que la clase media y el camino medio también están relacionados, como veremos más adelante. Las libertades, oportunidades y esperanzas (o su ausencia) con que los seres humanos nos encontramos en la vida están determinadas en parte, si no en gran medida, por los sistemas políticos en que vivimos.

Sócrates fue juzgado y condenado a muerte en un clima político hostil que permitió que se presentaran cargos falsos contra él. Su discípulo Platón recibió un gran apoyo en un clima político favorable para fundar la Academia, el modelo de nuestras universidades actuales. La Academia de Platón se convirtió, entre otras cosas, en un centro de estudios para formar a futuros gobernantes atenienses (una función comparable a la que desempeñaron las ochos prestigiosas universidades de la Ivy League estadounidense en el siglo XX). Aristóteles aprendió de sus predecesores que el destino de los filósofos depende del clima político en que les toque vivir. Si esto es cierto para los pensadores, cuyo trabajo depende mucho menos de cuestiones materiales que el de los productores y consumidores corrientes, todavía será más cierto para estos últimos. Todos estamos inmersos en un entramado político.

Observaciones posteriores en humanos y animales sociales realizadas a lo largo de

siglos permiten concluir que somos animales políticos porque somos animales sociales. Los animales sociales pasan una cantidad de tiempo considerable en grupo, y en los grupos siempre surgen líderes. El proceso mediante el cual los grupos eligen a sus líderes, o mediante el cual los líderes eligen a sus grupos, o mediante el cual los posibles líderes compiten entre sí, arrastrando también a sus seguidores a la competición, sea ésta violenta o pacífica, no es otro que el proceso político. Entendamos o no de política, las fuerzas políticas nos gobiernan. Usted puede disfrutar de la libertad o el lujo temporal de negarse a participar en política, pero la política nunca renuncia a participar en su vida. Parafraseando a Trotski una vez más: «Aunque no tenga interés en el proceso político, el proceso político tiene interés en usted.»

¿Era el enfoque de Aristóteles liberal o conservador? Ni una cosa ni la otra, o más bien una mezcla de las dos. Por ejemplo, Aristóteles abogaba por lo que posteriormente se convertiría en el núcleo central del pensamiento liberal —la libertad y la facultad de perfeccionamiento del ser humano—, pero no estaría de acuerdo con el corolario liberal radical de que la ingeniería social, los programas de gobierno y otras fuerzas externas conducen a la libertad o a la perfección. Asimismo, Aristóteles apoyaba lo que posteriormente se convertiría en el núcleo central del pensamiento conservador —la legitimación de la autoridad y la responsabilidad individual—, pero se opondría con vehemencia a los corolarios ortodoxos de que debemos acatar ciegamente todo lo que dicte la autoridad y de que los individuos son los únicos responsables de lo que les sucede. Si Aristóteles fuera estadounidense, no votaría ni a los Demócratas ni a los Republicanos, porque el sistema bipartidista de Estados Unidos cada vez está más polarizado y es más ajeno al bien común.

Asimismo, la política confuciana era una mezcla equilibrada de valores liberales y conservadores; si bien las culturas asiáticas contemporáneas han conservado gran parte (algunos consideran que demasiado) del hincapié confuciano en la subordinación de los intereses individuales a los intereses colectivos, lo cual ha tenido dos repercusiones políticas. Por un lado, la obediencia absoluta se utilizó para justificar regímenes políticos totalitarios, como el de Mao Zedong, que surgió de la izquierda política revolucionaria. Por otro, la obediencia absoluta se utilizó para justificar sistemas feudales militares e industriales, como el del Japón imperial, que tuvo su origen en la derecha política reaccionaria.

Al igual que Aristóteles, Confucio creía que llevar una vida recta equivale a practicar la virtud: «Quien gobierna a un pueblo dando buen ejemplo se parece a la estrella polar, que permanece inmutable mientras todos los astros menores dan vueltas a su alrededor.»² Como Aristóteles, valoraba la contemplación, el estudio y el conocimiento

por encima de todo lo demás. Confucio también creía que todos podemos aprender algo de las personas que se cruzan en nuestro camino: éste es un enfoque igualitario, libre de prejuicios y liberal. Por otra parte, al igual que Aristóteles, Confucio creía que, para que una sociedad sea buena y fuerte, necesita un gobierno bueno y fuerte, y que el cargo de gobernante, del cual emana su autoridad, debe ser respetado. Éste es un punto de vista tradicional, jerárquico y conservador.

Confucio fue aún más lejos que Aristóteles y adjudicó a cada individuo un lugar significativo en la disposición general de las cosas (cuya fuente es el Tao). De nuevo, nos encontramos ante una mezcla de valores conservadores y liberales. En el polo conservador, Confucio (como Aristóteles) sostenía que hay un orden natural fijo, mantenido por leyes naturales. Para ser armoniosa y productiva, la sociedad humana debe reproducir la porción de leyes naturales que le corresponde. En el polo liberal, todo el mundo ocupa un lugar en la sociedad: no se excluye ni se margina a nadie. No obstante, el lugar que cada uno ocupa no es arbitrario ni revolucionario; está constantemente sujeto a las limitaciones naturales. No todo el mundo está capacitado para hacerlo todo, por lo que el resultado nunca puede ser totalmente equitativo. Es un punto de vista realista y pragmático, que también compartía Aristóteles.

Este enfoque confuciano presagió un importante desarrollo de la civilización occidental: la cosmovisión isabelina. Al igual que la perspectiva confuciana, la cosmovisión isabelina se basaba en la concepción de una gran cadena del ser y en el corolario de que todo ser vivo contribuye a ella. Según este modelo, existen cuatro estados, cada uno de los cuales representa un gigantesco eslabón de la cadena: el estado divino, donde Dios gobierna sobre los ángeles y las almas que se han salvado; el estado político, donde los monarcas gobiernan sobre sus súbditos humanos; el estado animal, donde el león es el rey (el origen del «rey de los animales»), aparte de un depredador que ocupa una de las primeras posiciones de lo que hoy denominamos cadena alimentaria; y el estado infernal, donde Satán gobierna sobre los diablos y las almas condenadas. Sean cuales sean sus deficiencias políticas, una gran cadena asigna a cada persona su lugar en el cosmos. Esta sensación de formar parte de un todo lleva aparejada la sensación de que la vida tiene un sentido y un propósito.

El liberalismo político de Occidente y su énfasis cada vez mayor en los derechos del individuo sobre los de la colectividad (salvo en sus universidades estalinizadas, como veremos en el capítulo 11) han generado una pérdida endémica del sentido y el propósito de la vida. Esta pérdida se ha visto acompañada, aunque no resuelta, por los correspondientes aumentos en el consumo masivo de psicoterapia y psicofármacos. También explica la creciente popularidad del asesoramiento filosófico, por un lado, y de los fundamentalismos religiosos por otro. Históricamente, los existencialistas se hallaron

entre los primeros que experimentaron y presagiaron la pérdida por parte del hombre moderno de su lugar en el mundo y su identidad. Fueron los portavoces de generaciones de intelectuales y activistas occidentales «liberados» que no obstante están, como diría Walker Percy, «perdidos en el cosmos».³ Como veremos en el capítulo 7, los posmodernistas se han vengado de la modernidad, llegando a tales extremos que han terminado socavando los cimientos de la propia civilización occidental. Tanto Aristóteles como Confucio advertirían que, si se permite a las personas burlar las leyes de la naturaleza que atañen a las sociedades humanas, en otras palabras, si se les permite romper su eslabón con la cadena del ser, se convertirán en seres incapaces de realizarse como individuos.

Esto es exactamente lo que observamos en Occidente: una profunda y persistente falta de sentido, propósito y realización personal. Viktor Frankl, el fundador de la logoterapia, lo denominó «vacío existencial». Escribió: «Cada vez hay más pacientes que atestan nuestras clínicas y consultas quejándose de un vacío interior, una sensación de total y completa falta de sentido en sus vidas. Se puede definir el vacío existencial como la frustración de lo que podemos considerar la fuerza motivadora más básica del ser humano y que podemos denominar [...] la voluntad de significar.»⁴ El significado no puede ser sustituido por el dinero ni la movilidad. Emana de los compromisos con la virtud individual y la estabilidad social, que tanto Aristóteles como Confucio consideraban fundamentales, pero que Occidente ha rechazado a favor del relativismo moral y la inestabilidad social. Nadie está eximido de las leyes naturales. Creamos o no en la fuerza de la gravedad, si saltamos desde un tejado caeremos al suelo en vez de flotar. Y creamos o no en el Tao, si nuestra sociedad se aparta del Camino se hundirá en vez de prosperar.

¿Y qué tiene que decir Buda sobre política? Tengo buenas y malas noticias para usted. La buena noticia es que el budismo trasciende en su mayor parte la política. La mala noticia es que los budistas no lo hacen. Permítame explicarme.

En primer lugar, me centraré en la buena noticia. Las enseñanzas originarias de Buda dejan muy claro que su sistema no es ni una filosofía ni una religión. Más bien es un conjunto de principios y prácticas, el camino medio, que, de seguirse, reduce el sufrimiento y genera felicidad, independientemente de las circunstancias externas. El mismo Buda declaró que era una pérdida de tiempo y una corrupción para la conciencia especular o debatir sobre la existencia o inexistencia de las almas, los dioses, la reencarnación, las otras vidas, lo sobrenatural, las realidades paralelas y cuestiones similares. No obstante, éstos son temas sobre los cuales a todas las religiones y a muchas filosofías les encanta especular o debatir. La controversia humana no tiene fin, como

tampoco lo tiene el sufrimiento humano provocado por especulaciones y debates interminables. Éste era el enfoque de Buda, y también su razón para eludir las controversias teológicas y filosóficas.

Como contrapartida, Buda instaba a sus discípulos a trascender sus supersticiones religiosas y sus discusiones metafísicas, junto con todas las demás ataduras que encadenan al ser humano al sufrimiento. Y por eso trasciende el budismo la política: porque todo sistema político que el ser humano ha concebido hasta la fecha tiene profundamente enterrados en sus cimientos unos principios religiosos o filosóficos (si no ambos). Si uno socava esos principios, el edificio político se desmorona; pero si los trasciende, sencillamente deja de necesitar el edificio. Lo ha superado para convertirse en un ser autogobernado.

Naturalmente, puesto que la mayoría de las personas no son capaces de autogobernarse (y muchas no desean hacerlo), tras la muerte de Buda ocurrieron dos cosas bastante previsibles. En primer lugar, fue deificado y venerado como un Dios y sus enseñanzas tomaron la forma de prácticas religiosas. Así que, irónicamente, el budismo se convirtió en una religión o incluso una teocracia, como en el Tíbet antes de la expulsión del Dalai Lama. En segundo lugar, las enseñanzas de Buda se divulgaron por todo el mundo y fueron adoptadas y transformadas por muchas culturas. Este proceso todavía está en curso. Una de las consecuencias derivadas de ello es la emergencia en Occidente de una suerte de «budismo intelectual», cuyos adeptos admiran profundamente las enseñanzas de Buda desde el punto de vista teórico sin practicarlas como Buda dijo que se practicasen. Así que el budismo se ha convertido también en una filosofía. Lo que ha ocurrido, más bien, es que los aspectos filosóficos del budismo han sido abstraídos del conjunto por una serie de personas reflexivas y sinceras que pecan de un exceso de contemplación y de un defecto de práctica. Es posible que yo sea una de esas personas.

No obstante, el budismo es tan universal, tanto en su concepción del ser humano como en las prácticas que despiertan nuestra humanidad, que atrae a personas con virtualmente cualquier bagaje religioso o filosófico, aunque sean mutuamente incompatibles. Cuando las personas son capaces de prescindir de sus diferencias religiosas y filosóficas a fin de experimentar completa y profundamente su humanidad, también son capaces de dejar a un lado sus diferencias políticas. He ahí cómo y por qué el budismo trasciende la política.

Vayamos ahora a por la mala noticia: los budistas no trascienden necesariamente la política. ¿Por qué no? Para empezar, recordemos las tres Joyas del budismo: Buda, el Dharma y la Sangha (el modelo, las enseñanzas, la comunidad). La última gema, la

comunidad, genera una política interna y otra externa.

Internamente, las razones que las personas comparten para reunirse en un grupo, incluso las razones budistas, no pueden evitar ni evitarán nunca que el grupo esté regido por las leyes fundamentales de la naturaleza. Por ejemplo, siempre habrá líderes y seguidores. Siempre habrá competencia entre los posibles líderes, la cual generará facciones en el seno del grupo. Inevitablemente surgirán motivos ocultos, conflictos personales y relaciones interpersonales, todo lo cual afectará a la dinámica interna del grupo. Así pues, también los grupos budistas son propensos a tener conflictos políticos, aunque puedan estar más preparados que la mayoría para disimularlos o mitigarlos, si no para resolverlos.

Externamente, también vemos competencia entre los grupos budistas, aunque ésta sea menor que en la mayoría de los ruidos políticos, para atraer a nuevos miembros e incluso para hacer proselitismo de sus doctrinas particulares. En defensa de los grupos budistas, cabe decir que la mayoría de los budistas evitan atacar a quienes no lo son y a otros grupos budistas; palabras como «enemigo», «infiel», «ateo» o «pagano» no existen en el léxico budista, a diferencia de lo que ocurre, tristemente, en tantas de las religiones mundiales. Sin embargo, los budistas han sido y son objeto de persecución por motivos políticos; no son inmunes a las fuerzas políticas externas por el hecho de trascenderlas a título individual.

Un ejemplo de tiempos remotos lo encontramos en Nichiren, el monje japonés del siglo xiii que intentó hacer un regalo de inestimable valor, su interpretación del Sutra del Loto de Buda, a un pueblo sometido militarmente y gobernado por sacerdotes budistas corruptos. Algunos de estos sacerdotes budistas fueron cómplices de varios intentos de asesinato de Nichiren y de su posterior exilio político; acciones no sólo no recomendadas en ningún pasaje del Óctuple Sendero de Buda, sino proscritas abierta y reiteradamente. Nichiren tuvo la suerte de contar con cierta protección política para poder proseguir con la labor de su vida y dejar un gran legado a la humanidad que ha perdurado hasta nuestro siglo y seguirá haciéndolo en los venideros.

Mucho antes de la época de Nichiren, los budistas también habían sido perseguidos en China, tanto por razones superficiales como por motivos más profundos. Algunos de los budistas que habían venido de la India para difundir las enseñanzas de Buda fueron vistos con horror por el mero hecho de llevar la cabeza afeitada. El precepto confuciano de honrar a los padres se había transformado en la prohibición de cortarse el pelo, porque el pelo era un «legado» de los padres y, como tal, debía conservarse. No obstante, el budismo no tardó en ser apreciado y echar raíces en China, debido a sus compatibilidades con la cultura confuciana y a la gran labor de pioneros indígenas como

Tien Tai, quien sintetizó los ideales más elevados tanto del camino medio como del Tao: compasión universal y *ren* universal. No obstante, las posteriores comunidades budistas a menudo fueron disueltas y diseminadas por los vientos del cambio político, sobre todo cuando los gobernantes despóticos las vieron como amenazas subversivas al orden confuciano establecido.

¿Por qué? Porque la práctica budista ayuda al individuo a ser más capaz de autogobernarse. Esto es bastante compatible con los sistemas políticos aristotélicos occidentales, que llevan siglos centrándose en el individuo y tienden a considerar saludables para la comunidad política a personas que son capaces de autogobernarse. Thoreau personificó este punto de vista. No era un anarquista; sí quería, en cambio, que las personas desarrollaran más su facultad de autogobierno para que los gobernantes tuvieran que gobernar menos. No obstante, el concepto de autogobierno enseguida se interpreta erróneamente como una amenaza en los sistemas confucianos, que siempre tienden a suponer que las personas capaces de autogobernarse optarán por abandonar el orden confuciano y romperán su vínculo con el *li*, el cual define sus deberes para con los demás. Por lo tanto, el budismo, que favorece el autogobierno transformando a las personas desde dentro, parece tan peligroso para los sistemas políticos autoritarios como las religiones organizadas, las cuales desplazan el amor y la dependencia de las personas a autoridades más elevadas que el gobierno: las deidades.

En este contexto, la expulsión tibetana de los maoístas forma parte de un patrón político e histórico más amplio del Asia confuciana. Aunque el actual florecimiento económico de China esta relajando las constricciones sociales, las autoridades políticas chinas siguen desconfiando de un «exceso» de autogobierno. De igual forma, el autoritario Vietnam ha realizado importantes progresos económicos desde su reunificación, pero también ha prohibido y perseguido las religiones organizadas, incluido el budismo theravada, que está profundamente arraigado en la cultura vietnamita. Asimismo, los partidos políticos japoneses reaccionarios y los medios de comunicación públicos han rechazado el budismo nichiren de Soka Gakkai, precisamente porque lo conciben como una fuerza liberadora y temen que pueda socavar sus propios fundamentos políticos.

Así pues, los budistas deben perseverar en su intento de trascender la política, tanto en sus propias Sanghas como en el seno de las más amplias comunidades políticas en que viven. El mismo Buda integró y reconcilió las visiones políticas liberal y conservadora. Su tesis de que cualquier ser humano, sea hombre o mujer, puede despertar a su auténtica naturaleza es igualitaria, idealista y liberal; mientras que las prácticas que conducen a este despertar son universales, morales y conservadoras. Esto es el camino medio. Si más personas lo siguieran, nuestros dirigentes políticos y líderes empresariales

también se verían impelidos a seguirlo. Y el mundo sería un lugar más seguro y más feliz para todos.

La polarización política en Estados Unidos

Estados Unidos es un país de extremos, polarizado y fracturado a lo largo de muchos ejes: político, religioso, económico, cultural, educacional, racial y sexual... por mencionar sólo unos pocos. Como descubrió un destacado encuestador sobre la opinión pública de los estadounidenses en política exterior: «[...] no existe ninguna postura mayoritaria. En cambio, grupos polarizados de estadounidenses se fulminan mutuamente con la mirada separados por profundos abismos».⁵ Por desgracia, esto ocurre en todos los ejes que acabo de mencionar. Y los estadounidenses hacen mucho más que fulminarse con la mirada: se lanzan activamente invectivas con una intolerancia imbuida de superioridad y un odio ponzoñoso. El entramado político y social de Estados Unidos se está resquebrajando progresiva y dolorosamente, por carecer de un camino medio que pueda salvar los abismos cada vez más anchos de los extremismos.

Yo viajo por todo Estados Unidos y, vaya donde vaya, se abre bajo mis pies el abismo de la polarización política. Tengo muchos buenos amigos que son liberales, algunos de ellos muy influyentes, y a todos les corroe el odio que sienten por el presidente Bush y el conservadurismo. Abominan de Bush, hablan pestes de él, tanto de su persona como de todo lo que defiende, pero plantean muy pocas propuestas constructivas sobre cómo gobernar el país. Cuando les insisto para que hablen del bien común o les pido que expliquen cuál es su visión de Estados Unidos, su respuesta es siempre la misma: «Odio a Bush.» Si les pregunto sobre política nacional, política exterior o cualquier otra cosa, siempre obtengo la misma respuesta: «Odio a Bush.» Lo lamento por mis amigos liberales, pero el odio de la oposición no es una base sana para gobernar un país. He mediado en debates más profundos sobre la política exterior de Bush en El Cairo que en Nueva York.

También tengo muchos buenos amigos que son conservadores, algunos de ellos muy influyentes, y a todos les corroe también el odio que sienten por Bill Clinton y el liberalismo. Aquellos cuyos recuerdos se remontan a más atrás también odian a John F. Kennedy, y los de mayor edad odian incluso a Franklin Delano Roosevelt, hasta hoy.

En los extremos del liberalismo, me encuentro con marxistas y anarquistas, quienes quieren destruir la civilización occidental (y ya han hecho grandes progresos en ese sentido, como veremos). En los extremos del conservadurismo, me encuentro con racistas y fanáticos religiosos que no toleran la diversidad humana. Demasiados liberales «moderados» parecen ignorar por completo o negar radicalmente el racismo inverso

institucionalizado y la intolerancia totalitaria de la extrema izquierda; están demasiado ocupados odiando a Bush y el conservadurismo para preocuparse por esas cuestiones. Demasiados conservadores «moderados» están dispuestos a disculpar o consentir tácitamente la intolerancia religiosa de la extrema derecha; están demasiado ocupados odiando a Clinton y el liberalismo para preocuparse por esas cuestiones.

Personalmente, yo intento no odiar a nadie ni a nada, incluyendo el odio mismo, y este esfuerzo se ve inmensamente favorecido cuando uno se refugia en el camino medio. El odio es una de las tres ponzoñosas toxinas (las otras dos son la avaricia y la envidia) que envenenan la mente, endurecen el corazón y envilecen el espíritu. Tras ser abordado por extremistas políticos en cualquier parte de Estados Unidos a la que viajo y verme atrapado en su fulminante fuego cruzado, también yo he terminado parapetándome en un extremo para hacerles frente: el centro extremo. En este lugar reinan la paz y el silencio. Esto se debe a que, en muchos de los lugares adonde voy, tengo la sensación de ser prácticamente el único en esa posición. Al parecer, todos los demás están ocupados odiándose mutuamente.

Este odio tiene un origen mucho más profundo que la indignación con los líderes del partido opuesto; ha infectado la médula misma del país y ha fracturado la sociedad estadounidense más gravemente que en ningún otro momento de su historia desde la guerra de Secesión. La guerra a tiros entre los estados yanquis uniformados de azul y los estados confederados uniformados de gris se ha transformado en una guerra de culturas entre los estados azules del extremo liberal y los estados rojos del extremo conservador, tal como ilustra la figura 6.1. La superficie total ocupada por los estados rojos es mucho mayor que la ocupada por los estados azules; sin embargo, sus poblaciones son casi idénticas. Así pues, el punto muerto en que se encuentra el electorado estadounidense, cuyos votos se dividen al 50% entre las únicas dos opciones posibles, provoca un verdadero atasco político. Lo que es más importante, el país está vehementemente dividido con respecto a cualquier tema: de la invasión de Iraq a la legalización del matrimonio entre homosexuales, del aborto a la pena de muerte, de la investigación con células madre al uso médico de la marihuana, del adoctrinamiento religioso ultraortodoxo de la derecha conservadora a la anarquía posmoderna y el caos moral de la izquierda liberal. La sociedad media estadounidense necesita desesperadamente un camino medio, al igual que la aldea global.



Figura 6.1. Estados rojos frente a estados azules.
Elecciones presidenciales de Estados Unidos de 2000.

Cuando escribo estas líneas, Irán está amenazando a Israel con la destrucción nuclear; mientras que Venezuela, entre muchos otros países, pide la destrucción de Israel. En respuesta a los atentados del 11-S, Estados Unidos ha derrocado dos regímenes retrógrados, en Afganistán e Iraq; los cuales habían apoyado, albergado y promovido el terrorismo contra Israel, contra Estados Unidos y contra Occidente, incluyendo los hechos del 11-S, entre incontables actos terroristas. Ahora Teherán declara que el islam podría «ganar» una guerra nuclear contra Israel, porque unas pocas cabezas nucleares borrarían de la faz de la Tierra el diminuto Estado judío y a sus seis millones de habitantes, mientras que cualquier represalia por parte de Israel (o cualquier otra potencia occidental) se quedaría muy lejos de aniquilar a los más de mil millones de musulmanes que viven en decenas de países islámicos.⁶ Por tanto, el gobierno de Irán sostiene que el islam podría destruir a Israel perdiendo «únicamente» decenas de millones de personas en el proceso, lo que ellos considerarían una «victoria». Esto es lo que mis amigos budistas denominan «anhelos ilusorios» a escala astronómica.

No obstante, la mitad de la aldea global, junto con la extrema izquierda estadounidense, considera que Estados Unidos es hoy el país de la aldea global que más amenaza a la paz mundial. Opino que este punto de vista es casi tan ilusorio como el de los fanáticos islámicos que ansían el holocausto nuclear. Por otra parte, no obstante, también es cierto que a los fanáticos de la extrema derecha estadounidense apenas les quitaría el sueño que Estados Unidos tomara represalias nucleares contra cualquier acto

de terrorismo nuclear. Ya lo estoy viendo... montones de pegatinas en los parachoques de los coches con frases como: «Exterminio nuclear del islam en nombre de Jesús.» Los filósofos abc desaprueban todos estos extremos y, naturalmente, el camino medio es la mejor vía para reconciliarlos.

Sin embargo, el sentido común también desaprueba y condena a los agresores; y, por carecer de un camino medio, la aldea global se ha quedado tan desprovista de sentido común que parece haber olvidado que Estados Unidos no fue el agresor en la Primera Guerra Mundial como tampoco lo fue en la Segunda, en la guerra de Corea, la Guerra Fría o los atentados del 11-S. Kishore Mahbubani, ex embajador de las Naciones Unidas en Singapur, actual decano de la Facultad de política pública Lee Kwam Yew de la Universidad Nacional de Singapur e intelectual de fama mundial, llamó a Estados Unidos «La gran potencia más benevolente de la historia».⁷ Cómo se puede transformar la mayor benevolencia de la historia en la «mayor amenaza» a la paz mundial es, sin duda, un tema digno de investigación, pertenezca al terreno de la realidad objetiva o al de la fantasía subjetiva. Por otra parte, la aldea global también ha olvidado que Israel no fue el agresor en ninguna de las guerras árabe-israelíes y que las facciones palestinas violentas llevan demasiado tiempo dedicadas al terrorismo agresivo en vez de a la política constructiva. La negación desde hace décadas de la realidad de Oriente Medio por parte de la izquierda occidental ha contribuido a que el propio Occidente se convierta en objetivo del terrorismo islámico. Volveremos a tratar estas cuestiones en los capítulos 14 y 15.

La figura 6.2 ilustra dos de los ejes que dividen políticamente a Estados Unidos, en apariencia desde un punto de vista extremadamente conservador. Esta visión estereotipada de las actitudes rojas frente a las azules presenta al «soldado ejemplar» frente a los «gays liberados». Supuestamente, debemos inferir que el «estadounidense normal», blanco, varón, heterosexual, temeroso de Dios y patriótico, es un defensor de la libertad, las oportunidades y la esperanza, dispuesto a sacrificar su vida con tal de preservar estos bienes de inestimable valor para todo el mundo, incluidos los homosexuales que se oponen a los conflictos armados y los desprecian. También deberíamos inferir que los «gays liberados» son «estadounidenses anómalos», homosexuales, ateos, hedonistas y antipatrióticos, que están actualmente ampliando sus libertades civiles para incluir el «derecho» a contraer matrimonio, mientras eluden la responsabilidad de defender la libertad y la seguridad que les permiten progresar en su normalización.

ESTADOS ROJOS



ESTADOS AZULES



¿ALGUNA PREGUNTA?

Dick Vomer

Figura 6.2. Un intento de estereotipar los valores rojos frente a los azules.

Pero la figura 6.2 también se puede interpretar justo al revés. Según el dialecto liberal radical, el «soldado ejemplar» es «pura basura blanca», un peón de escaso nivel cultural y socioeconómicamente desfavorecido en el ajedrez mundial dominado por el fundamentalismo cristiano capitalista patriarcal del varón blanco heterosexual, el cual derrama sangre por petróleo; en cambio, los «gays liberados» son «héroes» cultos, agnósticos, revolucionarios y con movilidad socioeconómica que practican el relativismo moral y luchan por la completa superación de unas normas arbitrarias e intolerantes, aunque «privilegiadas», que llevan demasiado tiempo oprimiendo al mundo en virtud de la raza, la clase social o el sexo.

La figura 6.3 invierte completamente estos estereotipos. A la derecha, encontramos a Pym Fortuyn, un político holandés abiertamente homosexual pero políticamente ultraconservador, una figura en alza en las encuestas sobre intención de voto hasta ser asesinado en 2002 por un fanático ecologista holandés. A la izquierda, encontramos a la teniente O'Neil, el retrato hollywoodiense de la fantasía feminista de que las mujeres, si las «dejaran», podrían ser «hombres de combate» tan eficaces como los mismos hombres. Claro que un homosexual puede ser un político destacado, pero no es lo habitual; del mismo modo que una mujer puede ser un soldado destacado, si bien tampoco es lo habitual.



La teniente O'Neil



Pym Fortuyn

Figura 6.3. Inversión de estereotipos.

Desde cualquier extremo, el mundo se ve en blanco y negro o, últimamente en Estados Unidos, en rojo y azul. Pero el espectro completo de la realidad engloba infinitos tonos y matices. En defensa del «soldado ejemplar», es innegable que, a lo largo del siglo XX, cientos de miles de jóvenes estadounidenses sacrificaron altruistamente sus vidas en horribles guerras que Estados Unidos no inició, sino acabó, y que lo hicieron para salvaguardar la libertad, las oportunidades y la esperanza tan características de la civilización occidental. En defensa de los «gays liberados», es innegable que los fundamentalistas cristianos han dado monstruosas muestras de intolerancia en nombre de un Dios misericordioso. En la década de 1990 vi una camiseta en una tienda de recuerdos turísticos de Provincetown donde ponía: «Jesús, protégeme de tus discípulos.»⁸ Como filósofo y como judío, enseguida me identifiqué con aquel mensaje, pero mi compañera de viaje me disuadió de comprar la camiseta. «¿No tienes ya suficientes problemas?», me recordó retóricamente.

No obstante, ahora que la aldea global tiene problemas más que suficientes, he

decidido «salir del armario» como defensor del camino medio. En realidad, el siglo XX cargó a Estados Unidos con la tarea, a veces imposible y siempre poco envidiable, de «mantener el orden» en el mundo. Aunque muchos poetas y pacifistas, hombres de la talla de John Lennon y Phil Ochs, protestaron justificadamente contra la «brutalidad policial» de los «polis del mundo», ninguna ciudad, país o civilización puede sobrevivir y prosperar sin leyes o sin un sistema judicial, ya sea municipal, federal o internacional, que las haga cumplir, del cual la policía es un componente necesario. Por otra parte, hay homosexuales en el ejército de Estados Unidos que, sin lugar a dudas, sirven con valentía y distinción, del mismo modo que hay homosexuales de todas las profesiones y condiciones, desde dependientes, agentes de bolsa o científicos hasta maestros o artistas, así como de cualquier religión, color o etnia, que hacen inestimables aportaciones a nuestra cultura y cuyas posturas políticas abarcan todo el espectro ideológico. La orientación sexual de una persona (gay, lesbiana, bisexual, célibe) no revela nada sobre si es un ciudadano virtuoso, un buen vecino y un ser humano moral; mientras que lo lejos o cerca que esté del camino medio resulta mucho más revelador.

También podemos encontrar ejemplos de polarización en el propio camino medio. Consideremos, por ejemplo, la autoinmolación de monjes budistas, una forma extrema de protestar contra la injusticia y la violencia sin ocasionar daños a terceras personas. El ejemplo más famoso del siglo XX tal vez sea el de Thich Quang Duc, quien se inmoló en Saigón en 1963 (ver figura 6.4). Quang Duc no protestaba contra la guerra de Vietnam, sino contra la persecución religiosa de los budistas por parte del régimen corrupto de Diem, un régimen que Estados Unidos había apoyado como un «mal menor» para hacer frente al comunismo. En franco contraste, el primer funeral budista en un cementerio militar estadounidense, Arlington National, tuvo lugar en abril de 2003, cuando se dio sepultura al marine Kemaphoom Chanawongse en una ceremonia donde se mezclaron togas de color azafrán y uniformes azules: el rojo y el azul reunidos (ver figura 6.4). Kemaphoom Chanawongse vivió en Connecticut y murió en Iraq. Su familia había emigrado a Estados Unidos desde Tailandia. «Querían vivir en la tierra de los libres», declaró su tío, Kim Atkinson.⁹



Junio de 1963: el monje budista Thich Quang Duc se inmola en Saigón para protestar contra la persecución religiosa de los budistas por parte del gobierno de Diem.



Abril de 2003: el marine Kemaphoom Chanawongse, de Connecticut, recibe sepultura en el cementerio Arlington National. Murió en la guerra de Iraq.

Figura 6.4. ¿Polarización del camino medio?

Los budistas cantan libremente por la paz en todo Estados Unidos cuando, en realidad, su libertad para hacerlo está comprada y pagada con sangre y vidas humanas. Como he dicho en el capítulo 2 y nunca me cansaré de repetir: cuando los budistas puedan cantar por la paz en Bagdad, Kabul, Teherán, Islamabad, Riyadh y Damasco tan libremente como lo hacen en Nueva York, Los Ángeles, Ottawa, Londres, París y Berlín, entonces, irónicamente, es posible que ya no necesiten cantar tanto. Hasta que eso ocurra, el camino medio aún tiene un largo trecho que recorrer antes de llegar a la polarizada sociedad media estadounidense, así como a la polarización que con respecto a ella existe en la aldea global.

Es una constante de las democracias que discutan incesantemente por asuntos de política nacional, así como por asuntos de política exterior, y que sus facciones rivales se unan de forma transitoria (si llegan a hacerlo) únicamente cuando se enfrentan a una catástrofe común, y que entonces sólo lo hagan durante un breve espacio de tiempo. No obstante, cuando las facciones rivales no consiguen reconciliarse hallando un bien común a todas, la distribución política normal se viene abajo y la opinión pública se polariza. Ésta es una situación indeseable y pernicioso. Si permitimos que la luz del bien común se debilite, los espectros que acechan entre las sombras cada vez más alargadas se adueñarán del alma dividida de un país en cuanto la noche caiga sobre él.

El repicar de la campana de Gauss

En el capítulo anterior he mencionado la distribución normal de Gauss y he propuesto adoptarla como símbolo geométrico de la Sangha: el camino medio para las comunidades humanas. Examinemos ahora esta distribución en mayor detalle. Al igual que la espiral de Fibonacci, esta curva en forma de campana abunda en la naturaleza y también entre los seres humanos, por mucho que intentemos disociarnos de la naturaleza y de sus patrones subyacentes. La distribución normal se ilustra en la figura 6.5. El área verde representa una desviación estándar con respecto a la media y abarca el 68% del área bajo la curva, comprendiendo así el 68% de los datos observados. Dos desviaciones estándar con respecto a la media abarcan el 95% de los datos observados, mientras que tres desviaciones estándar con respecto a la media comprenden el 99,7% de los datos observados. Lo que decidamos calificar de «extremo» dependerá de lo que estemos observando. No obstante, conforme vayamos sumando desviaciones estándar en una u otra dirección, las áreas restantes serán, por definición, cada vez más extremas: es decir, más alejadas de la media, que es la norma. En la figura 6.5, la zona azul indica un extremo creciente por defecto que abarca el 16% del área bajo la curva y comprende el 16% de una población dada. Asimismo, la zona roja indica un extremo creciente por exceso que también representa el 16% de una población dada.

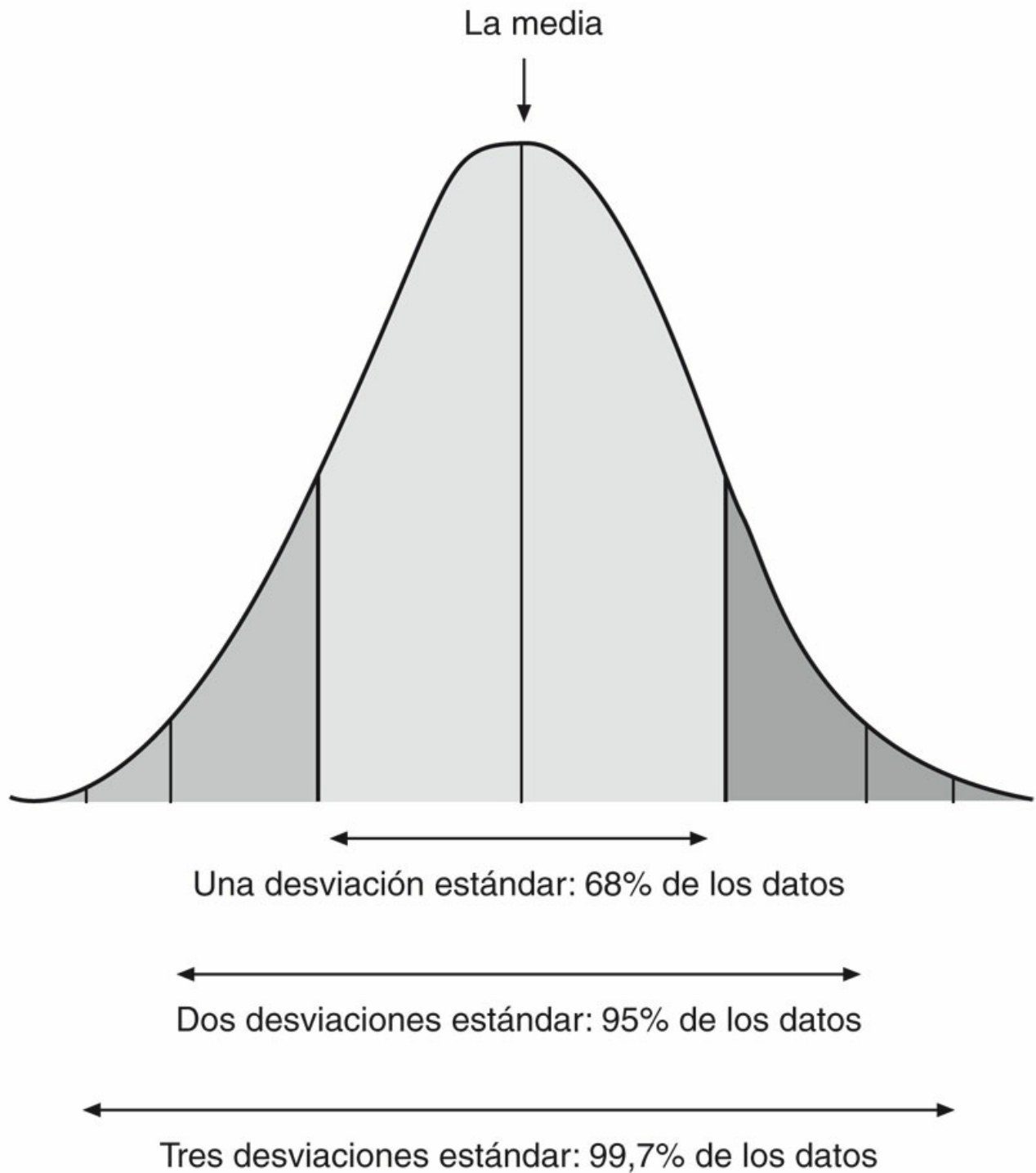
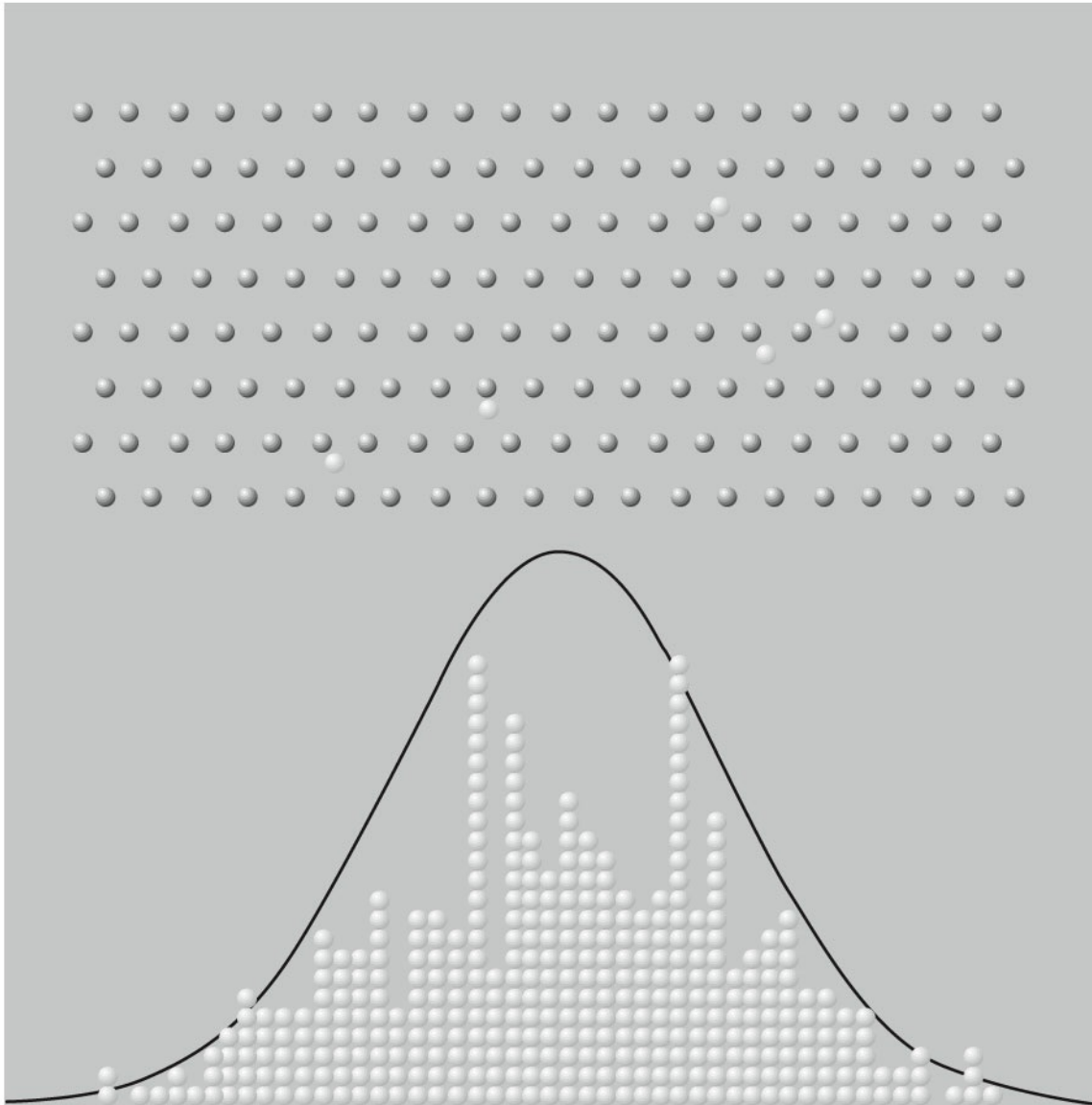


Figura 6.5. La función de Gauss o distribución normal, también conocida como campana de Gauss.

Esta curva en forma de campana describe innumerables propiedades de las agregaciones, de una escala atómica a una cósmica, incluyendo muchas propiedades de

los grupos de seres humanos. Si examinamos un puñado de arena, el tamaño de los granos seguirá una distribución normal. Si examinamos una arboleda, las alturas y la cantidad de hojas de los árboles también estarán normalmente distribuidas. Si seleccionamos un grupo de personas al azar, sus estaturas, pesos y cocientes intelectuales seguirán también una distribución normal. Si usted registra cuánto tarda en llegar al trabajo todas las mañanas, esos tiempos también estarán normalmente distribuidos. La naturaleza adora la distribución normal, al menos tanto como adora la razón áurea.¹⁰

Las distribuciones de la opinión política son muy sensibles a las fuerzas culturales, además de a las naturales. Como consecuencia, una cultura puede tender a reforzar, o a mermar, la distribución normal de la opinión política.



<http://webphysics.davidson.edu/Applets/galton4/intro.html>

Figura 6.6. La distribución normal simulada mediante bolitas que rebotan en una máquina del millón.

La figura 6.7 ilustra el espectro de opinión política. Desplazándonos desde el centro hacia la izquierda del espectro, lo cual corresponde a las posturas políticas de la izquierda, encontramos a los socialdemócratas, los socialistas y los marxistas. Desplazándonos desde el centro hacia la derecha del espectro, lo cual corresponde a las posturas políticas de la derecha, encontramos a los darwinistas sociales, los

fundamentalistas religiosos y los fascistas. La parte central del espectro está ocupada por los moderados: centristas y libertarios, y a su lado están los conservadores liberales y los liberales conservadores.

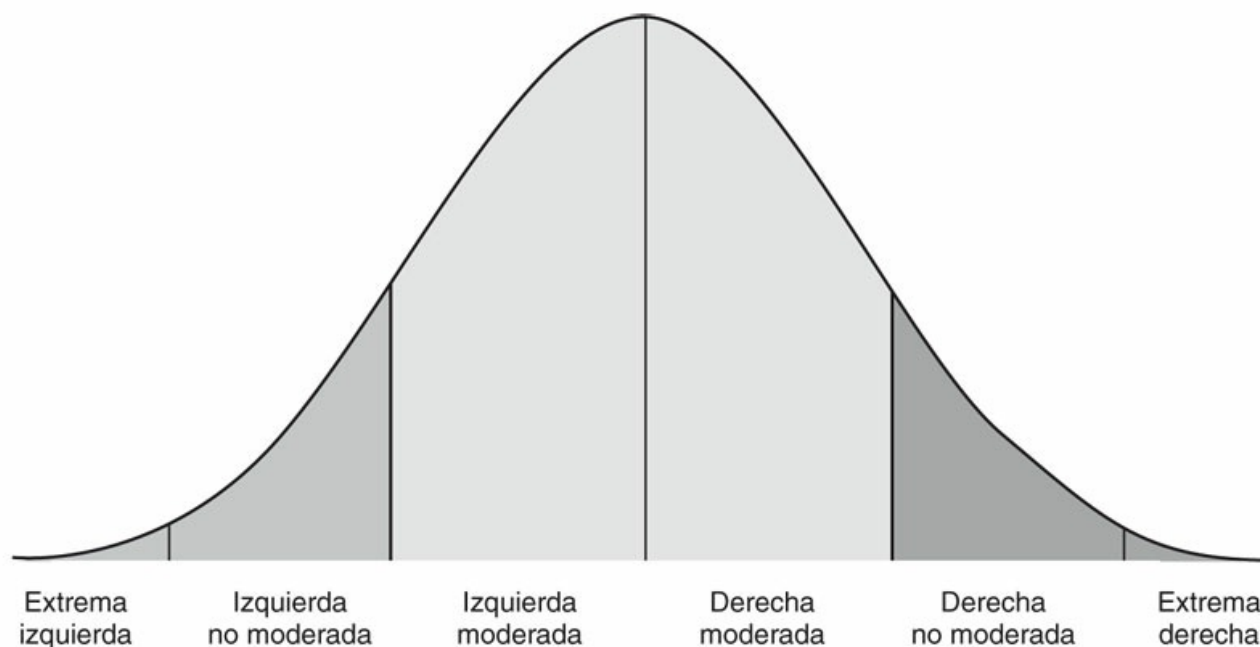


Figura 6.7. Una distribución política normal.

Fíjese también en que los extremos más extremos se vuelven difusos. El marxismo y el fascismo, en apariencia las posturas más alejadas entre sí, están ambos a un paso del totalitarismo. El totalitarismo de izquierdas es prácticamente indistinguible del totalitarismo de derechas. George Orwell comprendía esto mejor que la mayoría; de ahí su observación de que una bota militar en la cara hace el mismo daño, sea la izquierda o la derecha.

Si la opinión política tiene una distribución normal, su aspecto es similar al de la figura 6.7. Cuando el presidente de Estados Unidos Lyndon Johnson se refirió a la «gran sociedad» en la década de 1960, estaba hablando de la mayoría moderada de aquel entonces, una «mayoría moral» que, pese a sus inclinaciones derechistas o izquierdistas, seguía compartiendo un conjunto de valores comunes. No obstante, la opinión política de los estadounidenses no sigue hoy una distribución normal. Estados Unidos es un hogar cada vez más dividido, entre los extremistas de la izquierda y los de la derecha. Es bien sabido que la reelección del presidente Bush en 2004 se decidió sobre todo en virtud de

dos cuestiones: la seguridad y la moralidad. Después de los atentados del 11-S, los estadounidenses se han polarizado en lo que respecta a la seguridad. La izquierda prefiere las medidas diplomáticas y económicas como medios para hacer frente al terrorismo, así como la contemporalización o la más absoluta negación; la derecha prefiere las medidas militares y políticas, incluidas la confrontación abierta y los cambios de régimen impuestos por la fuerza. Ésta es una oposición sin complementariedad. ¿Dónde está el camino medio? Lo veremos más adelante. Y antes de los hechos del 11-S, Estados Unidos estaba inmerso en guerras entre culturas, razas y sexos que han sido relegadas a un segundo plano por la prioridad de la lucha contra el terrorismo; aunque siguen dividiendo a la opinión pública estadounidense.¹¹

La izquierda percibe a la derecha como fundamentalista, dogmática, represora, autoritaria y antiintelectual; mientras que la derecha percibe a la izquierda como deconstruida, radical, promiscua, anárquica y amoral. Los extremistas de ambos bandos que se creen en posesión de la verdad han abierto un profundo abismo en la sociedad estadounidense, desde cuyos extremos opuestos religiosos y ateos se condenan, temen y detestan mutuamente. Una vez más, vemos oposición sin complementariedad. ¿Dónde está el camino medio?

El sistema político de Estados Unidos, al igual que su sistema judicial, es confrontador. Esta idea es constante en la civilización occidental y ha sido defendida por filósofos y estadistas, desde Cicerón en Roma hasta John Stuart Mill en Inglaterra. La teoría es que las opiniones enfrentadas permiten dilucidar la verdad, porque cada una alumbró algo más grande que ella al defender su punto de vista. Ésta fue también la celebrada idea de Hegel: toda tesis tiene una antítesis, y ambas se pueden siempre sintetizar para revelar una verdad mayor. Sin embargo, el sistema confrontador puede fracasar, a veces estrepitosamente. Esto ocurre cuando dos opiniones enfrentadas alumbran algo más reducido que sí mismas, en lugar de algo mayor. Por ejemplo, muchas de las personas que defienden los cambios de régimen impuestos por Estados Unidos en el mundo islámico asumen que la democracia de corte occidental se puede imponer militarmente, con «mano dura», sin que vaya precedida del proceso fundamental de instauración de los valores necesarios para sustentarla por la «vía blanda» de la cultura. Por otra parte, muchas de las personas que se oponen a los cambios de régimen impuestos por Estados Unidos en el mundo islámico tienen muy poca o ninguna conciencia de lo que significaron los atentados del 11-S y de los peligros reales que amenazan la paz, la prosperidad y la seguridad, no sólo en Estados Unidos sino en toda la aldea global. En vez de unidos mediante una síntesis de estos dos puntos de vista enfrentados, los estadounidenses y otros habitantes del planeta están separados

por un gran abismo. La verdad es engullida por este profundo abismo y su lugar es ocupado por dos versiones extremas de la realidad, ambas sesgadas y distorsionadas, aunque cada una se considera a sí misma como «normal» y considera a la otra como «anormal». En vez de una normalidad común, nos encontramos con dos anormalidades radicalmente enfrentadas.

La polarización de Estados Unidos se ilustra en la figura 6.8. Como puede apreciar, se trata de una distribución muy alejada de la normal, conocida como «bimodal» o «bipolar». ¿Qué ha pasado con la «gran sociedad»? ¿Con la mayoría moral? ¿Con el estadounidense medio? Se los ha tragado el abismo que separa a los extremos. ¿Dónde está el camino medio? Lo veremos más adelante.

Mentiras, malditas mentiras y estadísticas

Puesto que la campana de Gauss y otras estadísticas relacionadas de las ciencias sociales nos acompañarán a lo largo de todo el libro, no está de más revisar algunos de los peligros que entraña basar en cifras actuaciones políticas concretas. La rama de las matemáticas que denominamos «estadística», cuyo origen se remonta a las postrimerías del siglo XIX, contó entre sus pioneros con Karl Pearson, del University College de Londres. Poco antes, Francis Galton (el primo de Charles Darwin) había publicado un estudio estadístico satírico en una revista muy leída por los intelectuales de su época, *The Fortnightly Review*, planteándose si el poder de la oración tenía algún efecto cuantificable.¹² Galton observaba que millones de británicos rezaban diariamente por la salud y la prosperidad de la familia real inglesa y otros aristócratas. También realizaba un estudio que revelaba que, por término medio, los miembros de la realeza vivían menos años y padecían más enfermedades mentales (probablemente debido a la endogamia) y más disfunciones familiares que sus súbditos. Así pues, Galton concluía que todas aquellas oraciones diarias estaban surtiendo un efecto negativo, y conjeturaba que la familia real gozaría de mejor salud si sus súbditos dejaban de rezar por ella. Para ser aún más convincente, citaré las palabras de Benjamin Disraeli, Primer Ministro y mordaz ingenio de la época victoriana: «Hay tres clases de mentiras: mentiras, malditas mentiras y estadísticas.»¹³

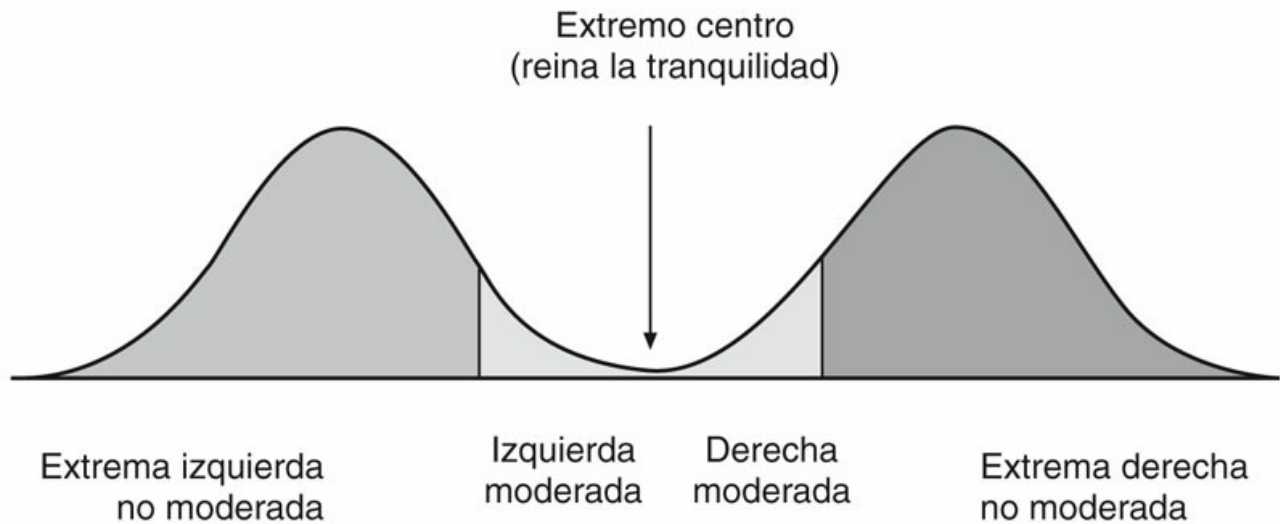


Figura 6.8. Polarización política en Estados Unidos: la ausencia de un bien común.

Estas bromas encierran un argumento serio, que voy a sintetizar para usted. Las estadísticas son correlaciones, que pueden o no indicar relaciones causales más profundas. Por ejemplo, fumar mucho está positivamente correlacionado con el cáncer de pulmón y las cardiopatías, y es también una causa de estas enfermedades. Pero nacer está aún más positivamente correlacionado con morir —el 100% de todos los nacimientos culminan en muerte, tarde o temprano—; pero ningún médico se atrevería a afirmar que nacer es una causa de muerte. La expansión del universo se correlaciona positivamente con el incremento de la esperanza de vida en algunas partes del mundo; sin embargo, ninguno es causa del otro. Mi pérdida diaria de neuronas se correlaciona negativamente con el incremento diario del número de teléfonos móviles en Asia, pero

estos dos hechos no están causalmente relacionados. Aun así, los científicos sociales pregonan estadísticas a diario y recomiendan actuaciones políticas y sociales basándose en correlaciones. Ésta es una práctica muy extendida y muy arriesgada. Es fácil remitirse a las estadísticas, pero aún es más fácil interpretarlas erróneamente o tergiversarlas; de ahí la sátira de Galton y la burla de Disraeli.

Política, raza y la mayoría moral

Desde los atentados del 11-S, la polarización de Estados Unidos ha ocupado el primer plano de la conciencia nacional y mundial. David Brock, intelectual y homosexual, supo qué era la polarización en Estados Unidos a base de cometer errores.¹⁴ Mientras estudiaba periodismo en Berkeley, a Brock se le ocurrió expresar su punto de vista «liberal clásico» (razonable, moderado, con principios, tolerante) en la revista estudiantil universitaria, de orientación izquierdista radical, donde fue duramente censurado, rechazado por su liberalismo clásico y tachado de fascista. De este modo, los neomarxistas que dictaban el pensamiento políticamente correcto en Berkeley arrojaron a un Brock desesperado a los brazos de la extrema derecha, que, con igual frialdad, lo utilizó como polemista contra la izquierda hasta que Brock ya no pudo mantenerse tampoco en aquel extremo. Espero y deseo que Brock haya descubierto, por fin, la serenidad del centro extremo, donde hay amplias posibilidades de crecer intelectualmente y exponer puntos de vista políticos sin tener que odiar a nadie.

El odio de ambos bandos es alimentado y avivado por unos medios de comunicación vengativos, que controlan las opiniones extremistas pero están completamente desmandados, embriagados con su propio poder y corruptos más allá de lo imaginable. Para los líderes mediáticos, desde Pat Robertson y Rush Limbaugh hasta Al Franken y Michael Moore, las masas de consumidores son como rebaños de crédulos corderitos que, día tras día, pacen dócilmente en sus envenenados pastos sin cuestionarles nada. Yo llegué a Estados Unidos en 1994, mucho antes de que los atentados del 11-S estremecieran y cambiaran al mundo, y mucho antes de que los medios extremistas de comunicación de ambos bandos aprovecharan el 11-S para airear su ponzoñoso rencor.

Lo que los medios de comunicación han descuidado temporalmente, no obstante, es la gran cuestión que, por sí sola, polarizó durante décadas la opinión política de la sociedad estadounidense antes de los hechos del 11-S. Yo no la he olvidado, porque verme expuesto a ella como inmigrante recién llegado a Estados Unidos me dejó una huella profunda y duradera.

Por si hace falta que le refresque un poco la memoria, en Estados Unidos, la década de 1990 fue un período de extrema polarización de las relaciones raciales. El juicio de O.

J. Simpson cautivó a los estadounidenses y muchos temieron que un veredicto de «culpabilidad» pudiera desencadenar los peores enfrentamientos raciales desde la década de 1960. La solución diplomática y «salomónica» del sistema judicial estadounidense, absolverlo de sus cargos criminales y llevarlo luego a la quiebra en un tribunal civil, apenas consiguió mitigar las emociones de ambos extremos. Los racistas blancos y los intolerantes con deseos de venganza ya estaban furiosos porque Simpson era rico y famoso y les indignaba que se hubiera casado con una mujer blanca a la que presuntamente había matado. Los racistas negros y los liberales blancos consumidos por la culpa pedían la absolución de Simpson para compensar las «injusticias históricas» que se habían cometido con la raza negra. Eran tantos los afroamericanos que habían sido acusados y condenados injustamente, si no linchados por blancos, que muchos extremistas de izquierdas veían la absolución de Simpson como un acto de justicia compensatoria ineludible, una forma de «compensar» parcialmente al pueblo negro por una «deuda histórica» de sangre.

La década de 1990 también presenció el apaleamiento de Rodney King y los disturbios raciales que este suceso desencadenó en Los Ángeles, así como el apaleamiento en represalia de Reginald Denny, que no desencadenó disturbios pero contribuyó a exacerbar el racismo blanco. Esta década asistió también a la publicación del libro de Herrnstein y Murray *The Bell Curve* (La campana de Gauss) y a los malentendidos que fomentó en todo Estados Unidos. Añada a esto una avalancha de publicaciones de grandes figuras de la extrema derecha acusando a las culturas negra y latina del exceso de delincuencia y violencia en la sociedad estadounidense, respondida por una avalancha de publicaciones de académicos de la extrema izquierda atribuyendo estos problemas al «racismo institucionalizado», «la civilización eurocéntrica» y la «hegemonía patriarcal del varón blanco heterosexual».

Como inmigrante recién llegado a Estados Unidos procedente de Canadá, mi impresión global de Estados Unidos en los años noventa fue la de un país profundamente dominado por los conflictos y amargamente dividido, no tanto por cuestiones raciales, como por polarizaciones políticas constantes y extremas de las cuestiones raciales. Por una parte, en mi vida cotidiana me relacionaba con estadounidenses corrientes, ciudadanos de a pie de todos los colores y creencias, con los que me llevaba bien. Pero, por otra, sufría el constante bombardeo de la propaganda racial de ambos extremos, procedente en su mayor parte de las universidades y los medios de comunicación de masas. Poco a poco, me fui dando cuenta de que los extremistas de ambos bandos cosechaban inmensos beneficios, tanto en el terreno económico como en su poder y prestigio personales, fomentando, apoyando y exacerbando esos conflictos y divisiones. Me indigné y me horroricé al percatarme de que juicios como el de Simpson no se

basaban en las pruebas y los testimonios, el procedimiento legal y la duda razonable. Todo giraba en torno a la raza, la clase social y el género, y a su politización por parte de los extremistas de ambos bandos. Por todo Estados Unidos hay calles, colegios y monumentos en honor de Martin Luther King; pero en casi ningún lugar de este país veo indicios de que alguien aplique su máximo precepto: lo que importa no es el color de la piel, sino el contenido del carácter.¹⁵ En la década de 1990, Estados Unidos era un país sin mayoría moral, una sociedad marcadamente polarizada y ajena al camino medio. No obstante, el contacto con estadounidenses corrientes de todas las tendencias (y, por supuesto, de todos los colores) me inducía a creer que la mayoría moral seguía estando allí, si bien pasaba inadvertida debido a la flagrante desatención de que era objeto. Nadie hablaba en su nombre, mientras que los extremistas de ambos bandos, instigados por los medios de comunicación de masas, estaban constantemente intentando polarizar lo que quedaba de ella.

Estadísticas, raza y el camino medio

Aunque la sociedad estadounidense está polarizada a lo largo de muchos ejes, no hay ninguno de ellos que reciba más atención continua y avive más el fuego del odio que el racial. En parte gracias al éxito de los movimientos en defensa de los derechos civiles y en parte, también, pese a ellos, hay más tensiones raciales en la sociedad estadounidense integrada de hoy que en la época de la segregación racial. En Estados Unidos, al igual que en los países en vías de desarrollo, vemos que la igualdad de oportunidades genera resultados dispares, no sólo en lo que atañe a la raza sino también, como veremos, en lo que atañe al género. Los extremistas liberales y conservadores calibran e interpretan estas disparidades de formas diferentes, utilizando las estadísticas para avalar sus conclusiones políticas contrapuestas y mutuamente incompatibles. Como hemos visto en el capítulo anterior, la geometría nos permite medir las cosas para ayudarnos a entender sus patrones subyacentes y sus formas trascendentes. Como seguiremos viendo, la estadística nos permite medir agregaciones de cosas para correlacionar entre sí una o más variables o propiedades.

La estadística es un modelo matemático de «tipo gladiador», y uno de los pocos modelos matemáticos aplicables a las ciencias sociales. Pero, puesto que las estadísticas sólo son correlaciones, debemos tener constantemente presente que incluso las correlaciones muy altas no siempre son, o no lo son en absoluto, indicativas de relaciones causales. E incluso cuando las correlaciones estadísticas indican una relación causal, como ocurre entre fumar tabaco y desarrollar cáncer de pulmón, la relación causal siempre se establece como probable, nunca como forzosa. Hay personas que fuman y no

desarrollan cáncer de pulmón. Hay personas que desarrollan cáncer de pulmón y no han fumado en su vida. Así pues, cuando los científicos sociales utilizan las estadísticas para intentar persuadirnos de sus sesgos políticos, son como gladiadores que intentan dominar o derrotar las teorías opuestas con la fuerza de las cifras. Circos romanos estadounidenses de muchos tipos —académicos, mediáticos, cinematográficos, editoriales y la misma política— están atestados de masas polarizadas, pletóricas y exaltadas, todas ellas igual de subyugadas por los eslóganes, las bendiciones, los encantos y las estadísticas que avalan sus propios prejuicios.

Empleemos, pues, el método confrontador que usaron Cicerón en Roma y John Stuart Mill en Inglaterra: descubrir verdades que nos unan, no medias verdades que nos separen. En este caso, como en todos los casos donde los juicios morales no se utilizan como un bálsamo para curar heridas sino como armas para infligirlas, debemos intentar, exactamente como aconseja el maestro budista Pema Chödrön, trascender la «moralidad corriente» sobre el bien y el mal.¹⁶

Todos los estadounidenses de origen extranjero han encontrado antes o después una forma de expresar su grandeza. ¿Cómo? Todos los estadounidenses tienen antepasados que vivieron momentos difíciles en estas tierras, de una u otra forma. Sin duda, algunos lo pasaron mucho peor que otros. Pero todo el mundo ha pagado su cuota para ser «acogido» en Estados Unidos. Los africanos, los irlandeses, los alemanes, los judíos, los árabes, los armenios, los chinos, los japoneses, los indios, los latinos, por mencionar unos pocos grupos, han pagado sus cuotas por vivir en Estados Unidos. Pero los afroamericanos son probablemente los que más han pagado de todos.

La grandeza de Estados Unidos nunca ha residido en su forma de acoger a los recién llegados, ni en su forma de conquistar los países indígenas descendientes de los pioneros que cruzaron el estrecho de Bering durante la última glaciación. La grandeza de Estados Unidos reside en su forma de invitar, antes o después, a los supervivientes de sus «grupos acogidos» a participar en el sueño americano, a realizarse como personas bañándose en las aguas de su inagotable manantial de libertad, oportunidades y esperanza. Este manantial dista mucho de estar seco; no obstante, en estas últimas décadas, bañarse en él está siendo una tarea cada vez más ardua para muchos estadounidenses.

Si nos centramos en la población negra en Estados Unidos, como ocurre con cualquier otro grupo humano que haya emigrado a este país, podemos dibujar un panorama de profundos contrastes que abarca grandes éxitos y grandes fracasos. Por una parte, encontramos personas de raza negra prácticamente en todos los estratos de poder, prestigio, riqueza, influencia y fama, así como en las artes y el deporte. Tras sobrevivir a

la esclavitud en la nueva Roma (léase Estados Unidos) y haber accedido, al fin, a las libertades, oportunidades y esperanzas que procura la plena ciudadanía estadounidense, innumerables afroamericanos se han convertido en nuevos romanos, distinguidos y valerosos, que honran con su grandeza a su país, a su civilización y a la aldea global. De Martin Luther King a James Baldwin, de Colin Powell a Oprah Winfrey, de Condoleezza Rice a Denzel Washington, de Michael Jordan a Toni Morrison, de Herbie Hancock a Thurgood Marshall, de Winston Marsalis a Spike Lee, vemos una presencia significativa, destacados logros y enormes aportaciones de afroamericanos que ya gozan de libertad, oportunidades y esperanza. Su presencia impregna todos los estratos de la sociedad: hay afroamericanos que son políticos, legisladores, jueces, alcaldes, jefes de policía, abogados, médicos, profesores, agentes de bolsa. Cualquier cosa que usted nombre, ellos la están consiguiendo. Y no sólo eso: han alcanzado este nivel de grandeza en meras décadas desde su emancipación, gracias al movimiento en defensa de los derechos civiles y sus consecuencias.

No obstante, esta grandeza, como todo, tiene su opuesto. Los afroamericanos también constituyen el grupo más numeroso de la población penitenciaria de Estados Unidos, tienen el mayor índice de natalidad fuera del matrimonio y son el grupo más numeroso que subsiste en el estrato más bajo de la escala socioeconómica.¹⁷ Al igual que los otros grupos de estadounidenses inmigrantes o descendientes de inmigrantes, los afroamericanos abarcan toda la distribución estadística en lo que a ingresos se refiere. Pero, a diferencia de los demás grupos, los afroamericanos vinieron a Estados Unidos en contra de su voluntad, no en busca de libertad, oportunidades y esperanza, como la mayoría de los inmigrantes, sino en calidad de esclavos, a quienes estos preciosos regalos les fueron negados desde el principio y de forma indefinida. Se podría dedicar un libro entero a esclarecer qué tienen en común los afroamericanos y los judíos, incluyendo el perdurable impacto de la esclavitud en su autoestima individual y colectiva y la peligrosa e incierta diáspora que se inicia únicamente después de la emancipación. Porque la libertad sólo es el principio de una vida digna y con significado, no el fin.

Los judíos todavía no han olvidado su éxodo de Egipto, la antigua tierra de los faraones que esclavizó a los hijos de Israel. La historia del éxodo de Egipto se recuerda año tras año, siglo tras siglo, milenio tras milenio. Los recuerdos sobre la esclavitud en Egipto y su posterior emancipación siguen teniendo impacto en los judíos de hoy, 4.000 años después. Sólo sobre esa base, ¿cómo puede alguien esperar que los afroamericanos olviden su esclavitud mucho más reciente en el Nuevo Mundo?

Los afroamericanos recién emancipados se enfrentaron a una dificultad que los hijos de Israel no tuvieron. Moisés fue tanto un libertador como, necesariamente, un dictador

de leyes. Porque, una vez obtenida su valiosa libertad, los hijos de Israel pasaron al extremo opuesto, de la esclavitud a la idolatría, y a corrupciones similares. Por ese motivo, Moisés les entregó los diez mandamientos: leyes para canalizar su libertad recién obtenida a fin de preservarse como pueblo, en vez de autodestruirse. Con bastante modestia, Martin Luther King fue el libertador mosaico de los afroamericanos; pero, por desgracia, murió asesinado antes de poder cumplir con su misión secundaria aunque igual de fundamental: dictar leyes. Poco después de su emancipación, los afroamericanos se dividieron en dos bandos. Por una parte, aquellos que (como King) abrazaban la Constitución de Estados Unidos y su Declaración de Derechos, las cuales, aunque con retraso, al fin los incluían también a ellos. Y, por otra, aquellos que (como Malcom X, Angela Davis, Bobby Seale y muchos más) rechazaban la Constitución de Estados Unidos y buscaban alternativas políticas mediante una revolución violenta, ya fuera de corte islámico, comunista o anarquista.

Y aún hubo otra dificultad más. El éxodo de los judíos tuvo lugar desde la «casa» que los había esclavizado hasta la Tierra Prometida. En cambio, el éxodo de los afroamericanos tuvo lugar desde un ala de la casa que los había esclavizado hasta otras alas de esa misma mansión. Éste es el origen de la doble conciencia de los afroamericanos: la conciencia de ser estadounidenses libres y la conciencia de haber sido esclavos.

Como ha observado Daisaku Ikeda, los encarnizados conflictos raciales que surgen en Estados Unidos (al igual que en cualquier otro lugar) se deben al hecho de acentuar las diferencias, en vez de celebrar los aspectos comunes. Así pues, permítame ilustrar cómo se convierten las diferencias en la leña que alimenta el fuego de los interminables enfrentamientos políticos entre los extremistas de la izquierda y la derecha. Después haré una comparación con el camino medio.

¿Cómo explican ambos tipos de extremistas la disparidad entre los grandes logros de algunos individuos afroamericanos y las terribles desgracias de la mayoría empobrecida de esta población? Ambos bandos utilizan las estadísticas para «demostrar» sus puntos de vista; por eso he empezado este apartado con una llamada a la cautela, valiéndome primero de Galton y luego de Disraeli. Las estadísticas son convincentes, pero también engañosas. De ahí que haya que interpretarlas con prudencia y sentido común.

Extremismos de izquierdas

Los extremistas liberales aducen que existe una confabulación a escala nacional e institucional. Sostienen que el sistema «favorece» y «exhibe» a unas cuantas personas de color para poder fingir que ha logrado la integración racial y presentarlas como prueba de

ello. Pero los extremistas liberales, tanto blancos como negros, también sostienen que la inmensa mayoría de los negros sigue bajo el yugo del racismo institucional, el cual opera secreta pero influyentemente entre bastidores, impidiéndoles el acceso a la igualdad de oportunidades y persiguiéndolos activamente bajo el disfraz de la ley y el orden. De esta forma explican los liberales extremistas tanto el éxito estelar de los afroamericanos en todo el espectro social como sus elevados índices de pobreza, ilegalidad y condenas criminales.

Un extremista liberal típico es Manning Marable, profesor de historia y ciencias políticas y director del Institute for Research in African-American Studies de la Universidad de Columbia. Sus enfoques extremistas son «políticamente correctos» y han sido adoptados como dogma por las universidades de todo Estados Unidos. Como veremos en el capítulo 11, el profesorado estadounidense es liberal radical en un 95% y los profesores de otras ideologías que forman el 5% restante, no sólo los de extrema derecha sino también los moderados, los libertarios y los conservadores, son acallados, censurados y perseguidos por las administraciones universitarias totalitarias que muestran tan poco respeto por la Declaración de Derechos como el que demostraron los defensores sureños de la esclavitud antes de la guerra de Secesión.

El profesor Marable cita las siguientes estadísticas: «En Nueva York, un estado donde los negros y los latinos representan el 25% de la población total, en 1999 representaban el 83% de la población penitenciaria estatal y el 84% de las personas condenadas por delitos relacionados con drogas.» Centrándose en la población joven de raza negra, el profesor Marable cita las siguientes estadísticas aplicables al conjunto de Estados Unidos: «Los negros representan el 44% de los arrestados en cárceles juveniles, el 46% de los juzgados en tribunales penales para adultos y el 58% de los jóvenes que están “aparcados” en cárceles para adultos.» Teniendo en cuenta que los negros sólo representan el 12% de la población estadounidense total, estas cifras referidas a la juventud negra son alarmantes. ¿Cómo explica todo esto el profesor Marable? Racismo institucional.

Lo que parece evidente es que se ha construido en todo nuestro país un nuevo Leviatán de desigualdades raciales. Carece de la brutal simplicidad del viejo sistema segregacionista, con sus omnipresentes carteles «para blancos» y «para negros». Pero en muchos aspectos es potencialmente mucho más devastador, porque se presenta ante el mundo como un sistema que carece de prejuicios raciales [...]. Como estadounidenses que todavía creemos en la igualdad racial y la justicia social, no podemos guardar silencio mientras millones de conciudadanos son destruidos a nuestro alrededor. El complejo industrial de las cárceles

«racializadas» es el gran reto moral y político de nuestro tiempo.¹⁸

Yo sostengo que esto es cierto en parte, pero también falso en parte. El profesor Marable tiene razón cuando dice que el racismo contra los negros sigue existiendo en Estados Unidos. No es difícil encontrar personas de color que atestigüen no haber sido bien recibidas en muchos barrios y organizaciones exclusiva e injustamente por el mero hecho de ser negras. Estas injusticias persisten incluso en los feudos tradicionales del movimiento por la abolición de la esclavitud, como Nueva Inglaterra. No obstante, el profesor Marable olvida mencionar que la forma más palmaria de racismo institucionalizado contemporáneo en Estados Unidos es la línea política, permitida oficialmente, de las propias universidades, las cuales respaldan abierta e impunemente las ofensas y difamaciones contra los hombres de raza blanca, los heterosexuales y los cristianos. Los hombres judíos también se consideran «blancos» y son, asimismo, perseguidos, excluidos y difamados; mientras que los profesores negros y las feministas son encumbrados por escupir rabiosas condenas contra la civilización occidental y sus creadores desde los atriles y púlpitos académicos (del mismo modo que los profesores homosexuales de ambos sexos son premiados por presentar a los hombres heterosexuales como una aberración). Cornel West en Yale, Angela Davis en Berkeley y Leonard Jeffries en el City College de Nueva York son algunos de los muchos ejemplos de afroamericanos que odian abiertamente a los blancos e incitan al odio contra ellos (especialmente contra los hombres blancos), con el orgulloso respaldo de sus respectivas universidades. Encabezados por las ocho prestigiosas universidades de la Ivy League, los campus universitarios de todo Estados Unidos se han convertido en caldos de cultivo de la propaganda racista y sexista contra los blancos y contra los hombres; pero sobre este tema el profesor Marable guarda un lamentable y vergonzoso silencio. El racismo siempre es deleznable: sea contra los negros, contra los blancos o contra cualquier otro color de piel. El racismo es una injusticia contra la humanidad; no obstante, hemos de reconocer que personas de cualquier color (y sexo) son capaces de ser racistas (y sexistas).

A diferencia de la izquierda no liberal, los liberales clásicos y los conservadores liberales tienen un punto de vista distinto. Sostienen que los responsables de sus éxitos o fracasos son los propios individuos, no alguna conspiración inventada. Hay afroamericanos que también comparten este punto de vista, en especial Thomas Sowell. Pero Sowell es un paria de la izquierda no liberal, odiado y temido por apelar a la responsabilidad individual en una época de victimismo colectivo.¹⁹ Los negros conservadores a menudo se lamentan y avergüenzan de que sean tantos los

afroamericanos que han caído en «las grietas» del sistema.

Extremismo de derechas

En contra de Marable, los extremistas de derechas aportan sus propias estadísticas. Por ejemplo, Jared Taylor afirma:

Los estadounidenses son globalmente más violentos que los europeos: tienen dos veces más probabilidades de cometer un asesinato que los franceses y cinco veces más probabilidades de cometer un robo que los alemanes. No obstante, como es evidente al comparar los datos sobre la población negra y la blanca, son los elevadísimos índices de delitos violentos cometidos por los negros —que superan los índices de los blancos ocho veces para el asesinato y más de diez para el robo— los que arrojan este resultado. De hecho, estas cifras inflan los índices de delincuencia de la población blanca, ya que los informes oficiales sobre delincuencia del fbi clasifican a los hispanos como «blancos». Aproximadamente el 9% de la población estadounidense está formada por hispanos, y las jurisdicciones que los consideran una categoría aparte informan de que su probabilidad de cometer un asesinato o un robo es entre dos y seis veces superior a la de los blancos [...]. Esta comparación con Europa sugiere que Estados Unidos no tiene ni una «cultura de la violencia» especialmente arraigada ni leyes inadecuadas sobre la posesión de armas de fuego. Tiene un elevado índice de delitos violentos porque alberga un gran número de delincuentes negros violentos.²⁰

Así pues, los extremistas de izquierdas echan la culpa al «racismo institucional», mientras que los extremistas de derechas se la echan a la «delincuencia negra». Éstas son las dos posturas raciales que han predominado en Estados Unidos desde finales de la década de 1960. No es extraño que la cultura estadounidense esté tan polarizada y tan paralizada a la vez. Como tampoco lo es que el resto del mundo lo advierta.

En nuestro progreso hacia el camino medio, quiero incitar a los extremistas de ambos bandos a pensar en sus afirmaciones con más detenimiento. Sin duda, en Estados Unidos hay tanto racismo institucional como subculturas disfuncionales. No obstante, ninguna de estas realidades asume la forma que proclaman, respectivamente, los extremistas de izquierdas y derechas. Tampoco están «causadas» por las conclusiones que unos y otros extraen de sus estadísticas. Permítame que se lo explique...

El sentimiento de culpa de los liberales radicales blancos

Una culpa profunda y persistente impregna la psique colectiva de los liberales radicales blancos. Me quedé muy sorprendido la primera vez que me topé con ella poco tiempo después de llegar a Estados Unidos, y tardé un tiempo en comprender sus perniciosos efectos. Algunos liberales radicales blancos, incluidos los judíos, los cristianos y los agnósticos, se sienten culpables por el legado esclavista de Estados Unidos, pese a no haber tenido nunca personalmente ningún esclavo ni, en la mayoría de casos, antepasados que se aprovecharan del régimen esclavista. Para mitigar su culpa, quieren «compensar» a los afroamericanos por la opresión que sufrieron en tiempos pasados. Así pues, han ofrecido a los negros todo tipo de programas, iniciativas e incentivos especiales, que a veces los han ayudado y otras han sido contraproducentes. Sin embargo, más que favorecer el reconocimiento de la humanidad que compartimos con nuestros hermanos de color, estas medidas son más bien un intento por parte de los liberales blancos de mitigar su culpa. Son fruto de una actitud arrogante, egoísta, fraudulenta y falsa, no humanitaria.

Según muchos afroamericanos influyentes, prósperos e inteligentes que se consideran socialmente liberales pero fiscalmente conservadores, ser los «beneficiarios» de la culpa blanca se traduce en ser favorecidos, pero no realmente aceptados, por la sociedad blanca. Estos afroamericanos tienen familias estables, bonitas casas, coches lujosos, prestigiosas carreras, hijos en alguna de las ocho universidades de la Ivy League: todos los elementos del sueño americano. Pero, aun así, muchos continúan sin sentirse parte de él; más bien, se sienten tratados con condescendencia y utilizados por los liberales blancos que quieren mitigar su honda culpa por la esclavitud y la segregación racial, y nada más. Irónicamente, estos afroamericanos «favorecidos» suelen ser rechazados por otros de su raza menos favorecidos que ellos, quienes los acusan de haberse vendido, de ser como las galletas Oreo: negros por fuera pero blancos por dentro. Así pues, paradójicamente quizás, algunos de los afroamericanos más prósperos son los que con mayor intensidad perciben la persistencia del racismo en Estados Unidos. Por supuesto, aceptan las prerrogativas que sus éxitos les confieren —sería de locos no hacerlo—; pero, al mismo tiempo, tienen una sensación de vacío o incluso de victoria pírrica. Y esto ocurre, subrayan ellos, en el bando liberal, donde se supone que son más aceptados. De hecho, son económicamente solventes pero se sienten políticamente huérfanos, lo cual no deja de ser triste para ellos. Imagine cuán más triste es para un número mucho mayor de afroamericanos que, además de sentirse políticamente huérfanos, también sufren graves privaciones económicas.

En las inmensas plantaciones sureñas de los tiempos anteriores a la guerra de Secesión, muchos esclavos fueron «ascendidos», adoptados en cierto sentido, por las familias propietarias de las plantaciones. Trabajaron y a menudo vivieron en las

mansiones de sus amos y se hicieron indispensables para su familia y para su hogar. Algunas mujeres negras alumbraron hijos de padres blancos. Estos esclavos iban bien vestidos, estaban bien alimentados, hablaban bien y eran cultos. Pertenecían a una clase especial: la sofisticada clase de los «criados», que los dirigentes de todas las civilizaciones han promovido durante sus mandatos. Pero los criados negros nunca fueron aceptados como iguales. Y ésta es la dolorosa sensación que hoy tienen muchos afroamericanos «Oreo». Aunque los inviten a Washington D. C. para asistir a cenas de gala o a debates políticos, muchos se sienten como un símbolo de la culpa blanca, que los premia abiertamente pero los rechaza en secreto.²¹ Y éstos son sus «amigos». No es extraño que algunos afroamericanos prefieran la cruda sinceridad de los intolerantes extremistas de la derecha, que al menos tienen la franqueza de expresar abiertamente sus prejuicios.

Culpa frente a vergüenza

Se dice que Occidente es la civilización de la culpa, mientras que Oriente es la civilización de la vergüenza. La culpa es un tormento interiorizado, que se porta y se contagia como una enfermedad. Las personas que sienten culpa creen que pueden mitigarla por medios públicos, como compensar a otros. Esto no es así. La culpa se puede expiar obteniendo el perdón de las personas ofendidas (si eso es posible en primer lugar) y, finalmente, perdonándose a uno mismo. La absolución nunca surte por sí sola un efecto duradero, porque mitiga la culpa de forma condicional mientras refuerza precisamente las condiciones que la hacen posible. Algunas personas viven consumidas por una culpa persistente, lo cual las desgasta psicológicamente del mismo modo que la malaria o cualquier otra enfermedad persistente las desgastaría físicamente.

La vergüenza es diferente, y mucho más sana. La vergüenza es el complemento del orgullo; y ambos pueden hacernos bien, con moderación, por supuesto. Nos avergonzamos públicamente, ante los demás, y podemos expiar la vergüenza transformándola primero en humildad y realizando luego actos honrosos de una forma humilde. En cambio, la culpa no se puede expiar de ese modo. Cuanto más intentamos compensar a otra persona para mitigar nuestra culpa, más la alimentamos. La culpa nos enferma; la vergüenza nos sana. La lengua tibetana, moldeada por siglos de budismo, no tiene ninguna palabra para «culpa». Reflexione sobre ello.

Siempre que voy a Alemania, siento un gran alivio al encontrarme con la sana vergüenza que tantos alemanes contemporáneos sienten por el período nazi de su historia reciente. Puesto que la mayoría de los alemanes que están vivos hoy nacieron después de 1945, no tienen nada de qué sentirse culpables, aun cuando sus propios padres fueran nazis. La vergüenza es un bálsamo para ellos: les ayuda a asumir dolorosas verdades

sobre su pasado colectivo, pero los libera para hacer el bien en el momento presente. Contraponga esto a la culpa que sienten muchos estadounidenses liberales radicales de raza blanca, la cual los induce a responsabilizarse de actos que ellos no cometieron y a compensar, con la arrogancia de quien se cree moralmente superior, a los descendientes de las víctimas, cueste lo que cueste. Esta grotesca «cultura de la compensación» sólo logra perpetuar el victimismo: premia a las personas por ser víctimas en lugar de liberar y cultivar su humanidad. En vez de avergonzarse de su pasado y hacer el bien de ahora en adelante, los liberales consumidos por la culpa perpetúan tanto el racismo como el victimismo. A muchos afroamericanos les incomoda sacar este tema a colación en público, en parte porque muchos de sus «benefactores» están tan consumidos por la culpa que son incapaces de reconocer sus devastadores efectos.

La culpa y la intolerancia son dos formas de odio hacia uno mismo. Como todos los pueblos perseguidos saben, los extremistas de derechas intentan sentirse importantes despreciando a otros. Las personas intolerantes carecen de autoestima. Y, como todos los «beneficiarios» de actitudes presuntamente liberales saben, los extremistas de izquierdas necesitan mitigar su culpa compensando a las presuntas víctimas. Las personas consumidas por la culpa también carecen de autoestima. Ni la derecha intolerante ni la izquierda consumida por la culpa tienen compasión de sus semejantes. Cada extremo, a su modo, vive un engaño que lo vuelve cruel e insensible.

El blues

Durante la Expo de 1967 en Montreal, pasé mucho tiempo en el pabellón de Estados Unidos, una gigantesca y espaciosa cúpula geodésica de varias plantas repleta de prodigiosas exposiciones y maravillosos entretenimientos. Un amigo mío participaba en la organización; gracias a él, conocí a los músicos del pabellón y pude improvisar con algunos de ellos. En aquella época yo era un hippie que tocaba la guitarra y adoraba el blues, el cual había viajado desde el delta del río Misisipí hasta el barrio South Side de Chicago, y a su vez de allí al mundo entero. En los clubes que yo solía frecuentar, escuché y conocí a muchas leyendas vivas como Sonny Terry, Brownie McGhee, Muddy Waters, Otis Spann, John Lee Hooker, Howling Wolf o Buddy Guy. El blues es, junto con el gospel, el soul, el rythm & blues, el motown y el jazz, una forma de música creada por los afroamericanos y apreciada en el mundo entero. Es la viva expresión de la tragedia y la tristeza humanas. Músicos blancos de la década de 1960 también tocaron blues: Paul Butterfield, Mike Bloomfield, Johnny Winter, Eric Clapton, Jack Bruce y John Mayall, entre muchos otros. En definitiva, el blues no entiende de colores de piel: pese a estar engendrado por la experiencia única de los afroamericanos, habla a la condición humana universal del sufrimiento circunstancial y la esperanza de trascenderlo,

de hacer frente a la desesperación con la perseverancia del amor e incluso con la acidez de la ironía.

Así que, una tarde, me puse a tocar en el pabellón de Estados Unidos con Robert Pete Williams, un amante del blues que trabajaba en la vendimia del delta. Sus letras hablaban sobre no tener zapatos y sobre lo maravilloso que sería encontrar un par. Era un hombre sencillo, de gran corazón y facciones angelicales. Ni un solo mal pensamiento le arrugaba la frente, aunque sólo Dios sabe cuántos problemas habría tenido en su vida. Me aceptó sin la menor objeción, sencillamente porque yo estaba allí; y tocó conmigo porque los dos teníamos una guitarra y adorábamos el blues. Aquello era suficiente para los dos.

Desde el otro extremo de la sala, alguien me estaba observando. Yo percibía su mirada penetrante, repleta de animosidad. Sabía quien era: Robert Lockwood Junior, una leyenda viva del blues del South Side de Chicago. Sobrino del inmortal Robert Johnson, sólo Dios sabe qué experiencias habría vivido en la jungla de asfalto de Chicago. Llevaba un buen par de zapatos y, además, de fina piel italiana: mejores que mis viejas zapatillas de deporte agujereadas o las desgastadas botas de trabajo de Robert Pete. Pero su actitud reflejaba mucho sufrimiento e ira. Si ciertos ejecutivos blancos de mala fama, célebres por hacer «pobres y famosos» a los músicos negros de blues, no le habían engañado con contratos basura de grabación y derechos de autor, seguro que algún otro blanco lo había hecho. Saltaba a la vista. Era un hombre complicado, y las arrugas que surcaban su frente reflejaban las injusticias y las tribulaciones que había padecido en su vida. Tal vez me tomó por un mimado diletante judío de buena familia. O quizá se fijó simplemente en el color de mi piel y decidió que yo no era lo bastante negro como para tocar blues. Seguro que no sabía que en aquella época yo había tenido que empeñar varias guitarras para pagar el alquiler e, incluso, para poder comer. Yo quería recordarle que todos pagamos nuestras cuotas: los blancos, los negros e incluso los que son como galletas Oreo a la inversa (negros por dentro y blancos por fuera).

Otra trágica ironía es ésta: si hay algo en este mundo que pueda curar las heridas del sufrimiento, por una parte, y ayudar a las personas a reconocer su humanidad común por otra, es la música. Así que yo quería hablar a Robert Lockwood Junior sobre una exótica noche de verano en el casco antiguo de Montreal, en la que varios amigos y yo regalamos flores a Sonny Terry y a Brownie McGhee, que estaban tocando en la animada sala del Norm Silver's Esquire Show Bar. Aquellos músicos de blues veteranos, originarios del delta, nos agradecieron el detalle y nos dijeron bromeando que era agradable recibir flores mientras aún estabas vivo. Quería hablarle a Robert Lockwood Junior sobre mi guitarra Les Paul empeñada, que ahora estaba en la trastienda de la casa de empeños de Jack. Jack solía dejarme tocarla enchufada a un amplificador Marshall de

200 vatios y unos altavoces Lansing de 15 pulgadas. Así que una mañana, yo estaba tocando *Crossroads*, escrito por el ilustre tío de Lockwood, el mismísimo Robert Johnson, en la trastienda de la casa de empeños de Jack, cuando una gran limusina negra se paró y de ella salió un hombre alto de color vestido con un largo abrigo de piel, que luego entró en la tienda. Era un músico rico y famoso cuyo grupo estaba de gira; su próximo concierto era en Montreal. Me oyó tocar los últimos 12 acordes de *Crossroads* y me invitó a unirme a su grupo. Yo quería decir a Robert Lockwood Junior que había montones de músicos negros en todo el mundo que conciben el blues como algo completamente ajeno al color de la piel y que ven a los blancos (incluso a los que son como galletas Oreo a la inversa) como hermanos.

Como tantos otros músicos urbanos de blues, el sufrimiento de Robert Lockwood Junior no se debía a la miseria del delta del Misisipí, sino a la libertad de la ciudad de Chicago. Era un caso grave de músico de blues urbano. No obstante, entendiendo y salvando el abismo que separaba a Robert Pete Williams y a Robert Lockwood Junior, podemos trascender la moralidad corriente y, de este modo, intentar reconciliar los extremos raciales que siguen polarizando la sociedad estadounidense.

De una esclavitud ordenada a una libertad caótica

Millones de afroamericanos migraron de los estados rurales del sur a los estados urbanos del norte durante la «edad de oro» del capitalismo estadounidense. Los disturbios del movimiento en defensa de los derechos humanos, que vio arder como teas durante la década de 1960 los guetos urbanos donde se recluía a los negros, vinieron acompañados de una fuerte oleada de reformismo radical y revolucionario exacerbada por aquella turbulenta década. Los hippies, los yippies, los sds, los Panteras Negras, los Panteras Blancas, los Weathermen, el proceso de los «Ocho de Chicago», el Verano del amor, el festival de Woodstock, la bahía Cochinos, la guerra de Vietnam, las protestas o el viaje a la Luna tienen todos efectos secundarios que siguen patentes en el Estados Unidos de hoy.

Entre finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, un mundo estadounidense que era literalmente «en blanco y negro» —segregación racial entre blancos y negros, televisión en blanco y negro, azulejos blancos y negros en los lavabos, estilos de vida en blanco y negro— fue radicalmente transformado en un mundo a todo color. Los estadounidenses ultraconservadores de aquel entonces, que aún no se sentían cómodos escuchando a Elvis cantar *Zapatos de gamuza de azul*, se encontraron de pronto con *Lucy in the Sky with Diamonds* de los Beatles. Los hippies, los rebeldes y los radicales de la izquierda psicodélica se colocaban con cualquier cosa en los conciertos de rock, mientras que los predicadores cristianos evangélicos y sus fanáticos seguidores se

colocaban alabando a Jesús y destrozando discos de rock en asambleas evangelistas. Los sesenta también presenciaron en Estados Unidos casos de «negro sobre negro», cuando el separatismo de Malcom X arremetió contra el nacionalismo de Martin Luther King; y de «blanco sobre blanco», cuando agentes de policía blancos golpearon en la cabeza a niños blancos de clase media en la televisión internacional. «El mundo entero nos está observando, el mundo entero nos está observando», corearon los estadounidenses en las sangrientas protestas de Chicago de 1968. El mundo entero sigue observando a Estados Unidos, pero con más incredulidad e incompreensión que nunca.

Mientras la izquierda política se dedicaba a los viajes psicodélicos, la derecha política cerraba filas. Cada una tiró del pueblo en la dirección contraria, y la cultura estadounidense nunca se ha recuperado de esa polarización. En las décadas subsiguientes, la «gran sociedad» dejó paso a la «gran división». Millones de afroamericanos se polarizaron durante este proceso. Se arracimaron en barrios urbanos, liberados de la esclavitud y la segregación del sur racista y conservador, pero esclavizados de nuevo por las ideologías de signo contrario del norte liberal consumido por la culpa. Abandonaron a millones un orden injusto pero estable para caer en un desorden justo pero caótico. Pasaron del apartheid rural a los guetos urbanos. Fueron de un extremo a otro.

Es cierto que los afroamericanos y sus aliados liberales radicales de raza blanca arrancaron valiosas libertades a los extremistas conservadores blancos mediante valientes protestas políticas no violentas. Pero, al mismo tiempo, la izquierda liberal radical endosó otras libertades a los negros recién emancipados, libertades que no conducen a la realización personal, se endosen a quien se endosen, y especialmente en un momento crítico de su desarrollo como pueblo emancipado. La libertad para autodestruirse nunca ha conducido a la autorrealización. Los afroamericanos pasaron rápidamente del extremo de la opresión conservadora al extremo de la autodestrucción liberal.

El pueblo estadounidense cruzó el Rubicón a principios del siglo XXI: en 2004, más del 50% de los niños estadounidenses vivía en hogares monoparentales. Esto se debe a dos factores principales: el incremento en los índices de divorcio y la proliferación de los nacimientos fuera del matrimonio. Los afroamericanos están a la cabeza en esta última categoría, que alcanza un promedio del 50% en toda la ciudad de Nueva York y de hasta del 80% en algunos barrios. «El 45% de las mujeres de raza negra que ocupan puestos directivos o tienen otros trabajos remunerados han tenido un hijo ilegítimo, en comparación con el 3% de sus homólogas de raza blanca.»²² ¿Cómo se ha llegado a esta situación? He aquí una ecuación sobre la que reflexionar: amor libre + feminismo radical + culpa liberal blanca = catástrofe sociológica.

Existen secuencias recomendadas para hacer las cosas en la vida y, hoy en día, tener

un hijo fuera del matrimonio durante la adolescencia es prematuro según nuestras «mejores prácticas» para el desarrollo humano. No obstante, las políticas sociales de los liberales blancos consumidos por la culpa «premian» a las adolescentes de color que tienen hijos fuera del matrimonio ofreciéndoles apartamentos exentos de alquiler y asistencia social. Esto refuerza las conductas autodestructivas. No hay duda de que estas madres adolescentes son víctimas, pero en este caso no de la intolerancia de la derecha sureña, sino de la culpa de la izquierda nortea. Se les ha concedido demasiada libertad sin exigirles responsabilidad ni preparación para ejercerla.

Para colmo, a partir de finales de los años sesenta, las universidades estadounidenses cedieron en masa a las exigencias de los radicales neomarxistas, abolendo las pruebas de acceso basadas en habilidades lingüísticas y matemáticas, a fin de satisfacer los cupos de admisión preestablecidos para los negros y otras minorías. Cuando la universidad se convirtió en un «derecho» determinado por los cupos en lugar de ser un privilegio obtenido mediante los logros académicos, el sistema de enseñanza primaria y secundaria perdió todo su incentivo para educar. Como dicen los rusos: «Un pez empieza a descomponerse por la cabeza.» Y así es como se ha descompuesto el sistema educativo estadounidense.

¿Y qué les espera a las generaciones de niños que crecen sin la figura paterna? Relea *El señor de las moscas* de Golding y descubrirá qué les ocurre a los niños que crecen sin la autoridad de los adultos; en particular, sin la autoridad de la figura paterna. La paternidad ha sido despreciada y tachada de «patriarcado» por las feministas militantes estadounidenses. Abandonados a su propia suerte, los niños sin padre de la alegoría de Golding reinventaron sus propias jerarquías sociales y políticas, como los filósofos abc nos dicen que harían naturalmente todos los seres humanos. Sólo que, en ese caso, la jerarquía asumió por defecto la forma más degenerada: la de bandas de jóvenes, con un modo de vida basado en delitos menores violentos. Y en Estados Unidos esto es un tremendo error. Si usted estafa en este país cientos de millones de dólares a montones de ilusos ciudadanos sin hacer uso de la violencia, el sistema puede darle un palmetazo, multarlo con unos pocos miles de dólares y sancionarlo con la pena mínima. No obstante, si atraca a alguien a punta de pistola para llevarse unos pocos dólares, el sistema lo castiga con todo el peso de la ley, precisamente porque no ha aprendido a saltársela como es debido.

Resumiendo, el factor que más contribuye al número desproporcionadamente elevado de jóvenes negros en las cárceles estadounidenses no es la teoría del «racismo institucional» que defiende la extrema izquierda, ni tampoco la falacia de la «criminalidad negra» que defiende la extrema derecha. Más bien, es la ausencia de una familia nuclear de clase media —con un padre que gane el sustento y discipline amorosamente a sus

hijos y una madre madura que los quiera incondicionalmente— así como de una comunidad formada por esta clase de familias que garantice una buena educación para sus hijos y genere alternativas estructurales a las bandas juveniles.

El camino medio

Mientras los afroamericanos prosiguen con su increíble epopeya, desde la injusticia ordenada de los intolerantes estados del sur hasta la injusticia caótica de los estados nortños consumidos por la culpa y, más allá de estos extremos, hacia un camino medio que los trascienda, nada les ayudará más que la emergencia de una clase media fuerte y sólida que, con su saludable ejemplo y sus constructivas aportaciones, refute y acalle a los extremistas de ambos bandos. Como hemos visto al principio de este capítulo, esto sería también lo que recomendarían tanto Aristóteles como Confucio. Además, una clase media así, una vez liberada de los extremismos políticos, percibiría mejor el camino medio y lo seguiría.

En un artículo de referencia publicado en *Tricycle Magazine* en 2004, el editor y colaborador Clark Strand elogió a Soka Gakkai USA por la evidente diversidad de sus miembros, una diversidad lograda (a diferencia de lo que ha ocurrido en las universidades, entre muchas otras instituciones estadounidenses) sin sistemas paritarios o de cupos, programas de acción afirmativa o discriminación positiva, adoctrinamiento político, descenso del nivel académico ni ninguna otra de las medidas injustas e insidiosas que caracterizan a las guerras culturales. Masao Yokota, director del Boston Research Center de Soka Gakkai International (sgi), pidió a Strand que reflexionase sobre las razones del éxito de la diversidad no impuesta de sgi. He aquí la respuesta de Strand.²³

El Sutra del Loto de Buda es la principal razón. Hay un mandato teológico en el Sutra del Loto, tal como se practica en el budismo nichiren, para abrazar la diversidad. Se encuentra en sus enseñanzas sobre la absoluta igualdad de todos los seres humanos. En Japón, donde no hay mucha diversidad racial ni cultural, no se ha llevado a la práctica. Pero en Estados Unidos tuvo la oportunidad de hacerse realidad, de concretarse. Porque, cuando sgi llegó aquí, se encontró por primera vez con una sociedad realmente plural.

Lo que al final tanto me fascinó de sgi fue que, en cierto sentido, constituye la realización del sueño americano. No sólo el sueño de que haya prosperidad económica, sino el sueño americano de que haya libertad y justicia para todos. El sueño americano que expresa tolerancia religiosa y pluralidad religiosa. sgi no es la única organización budista plural de Estados Unidos; sería justo decir que es una de las escasísimas organizaciones religiosas plurales que acepta todas las

confesiones de Estados Unidos. Hay otras, pero son pocas.

He oído decir que en Estados Unidos el domingo es el día de la semana en que hay más segregación racial, lo cual significa que, cuando las personas practican sus respectivas tradiciones religiosas en sus iglesias, sinagogas y mezquitas, están básicamente segregadas. Hay muy poca mezcla racial, incluso dentro de la misma tradición religiosa. Por ejemplo, hay iglesias bautistas negras e iglesias bautistas blancas, pero rara vez se cruza la línea del color de forma apreciable.

Suscribo la experiencia de Clark Strand con sgi. Soka Gakkai USA ha hecho mucho más que ninguna otra organización que yo conozca para trascender los enfrentamientos raciales y tender puentes sobre los abismos de una sociedad estadounidense polarizada. Cuando visito sanghas de sgi, que se reúnen en centros culturales, desde Nueva York hasta Los Ángeles, me quedo impresionado con dos fenómenos conectados. En primer lugar, me encuentro con un grupo de personas plural desde el punto de vista tanto racial como cultural que, no obstante, no incluye ninguna cuestión racial entre sus prioridades ni necesita eslóganes para celebrar su pluralidad. ¿Por qué? Porque su única «prioridad» es la celebración de su humanidad compartida, que tiene muchos «sabores» diferentes: masculino y femenino, blanco y negro, joven y viejo, liberal y conservador, todos los que queramos. Pero estas diferencias puramente superficiales no significan nada entre los iluminados, cuya conciencia de Buda tiene un único sabor: el sabor de la emancipación del sufrimiento, incluido el sufrimiento impuesto por los extremismos políticos.

Contraponamos esta humanista acogida de los budistas, que perciben sólo seres humanos, al enfoque deshumanizado de las universidades estadounidenses, las cuales, en lugar de seres humanos, sólo perciben razas y sexos. Todas las personas que solicitan el acceso a una universidad estadounidense, sean alumnos o profesores, son encasilladas por burocracias orwellianas (en nombre de la «igualdad») atendiendo a su raza y sexo, y son obligadas (en algunos estados por imposición legal) a divulgar sus identidades raciales y sexuales.²⁴ ¿Qué ha sido de la exhortación de Martin Luther King para que se nos juzgue, no por el color de la piel, sino por el contenido de nuestro carácter? Las universidades estadounidenses adolecen tanto de racismo como de sexismo institucionalizado (como veremos en los capítulos 9 y 11), lo cual es absolutamente deshumanizante. Los budistas aspiran, sobre todo, a unir a las personas sobre la base de nuestra humanidad compartida.

Aristóteles enseña que necesitamos descubrir y desarrollar nuestras virtudes para realizarnos: pero el objetivo es la realización en sí misma, ninguna virtud en particular. Confucio enseña que, sin una estructura familiar estable, tanto el individuo como la

sociedad sufrirán, y este sufrimiento está dolorosamente presente en todo Occidente. Buda enseña que necesitamos despertar a las verdaderas causas del sufrimiento, porque sólo entonces podremos aliviarlo en nosotros y en los demás. La principal causa del sufrimiento en las relaciones raciales, en ambos extremos, es no saber percibir nuestra humanidad compartida.

Ni la derecha intolerante ni los liberales consumidos por la culpa consiguen trabajar por el bien común; y tampoco lo hacen los políticos estadounidenses polarizados que aspiran al poder. Durante la campaña electoral de 2004, ningún candidato a la presidencia de Estados Unidos mencionó las Metas de Desarrollo del Milenio, que fueron concebidas para mitigar el sufrimiento y contribuir al bien común de la aldea global. Los filósofos abc están sobre todo interesados en lograr el bien común; los extremismos políticos de ambos bandos están básicamente interesados en fomentar la división. Esto no se aplica únicamente a Estados Unidos, sino a todos los países sometidos a extremismos políticos.

Cuando pedí a Daisaku Ikeda que explicara el notable éxito de sgi en la conciliación de divisiones políticas en Estados Unidos, incluyendo las raciales, él me contestó: «El budismo ve en toda vida las ilimitables posibilidades positivas de la naturaleza de Buda; también descubre en todas las personas, sin tener en cuenta su raza, nacionalidad, cultura o sexo, una capacidad idéntica para realizar su potencial. El impulso de discriminar está profundamente arraigado en la vida y la experiencia humanas; de ahí que sólo se pueda afrontar y transformar con una fe inquebrantable en la igualdad humana.»²⁵

La fe inquebrantable en la igualdad humana no surge de los extremos intolerantes, consumidos por la culpa o el odio: surge del camino medio. En el próximo capítulo analizaremos más extremos relacionados con los políticos: los extremos religiosos inflexibles, apoyados por la derecha política, y los extremos ateos anárquicos, apoyados por la izquierda política.

¹ Aristóteles: *Política*.

² Confucio: *Analectas*.

³ Percy, Walker: *Lost in the Cosmos: The Last Self-Help Book*, Farrar, Straus, Nueva York, 1983.

⁴ Frankl, Viktor: «Reduccionism and Nihilism», en A. Koestler & J. Smythies (eds.), *Beyond Reduccionism*, Hutchinson, Londres, 1969.

⁵ Yankelovitch, Daniel: «Poll Positions», en *Foreign Affairs*, septiembre/octubre de 2005, pp. 2-16.

⁶ Entre muchas otras fuentes, ver p. ej. <http://mideasttruth.com/forum/viewtopic.php?>

$t=3667$.

7 Mahbubani, Kishore: *Can Asians Think?*, Time Books Internacional, Singapur, 1999.

8 Provincetown, situada en la punta del turístico cabo Cod (Nueva Inglaterra), ha atraído a una extensa comunidad gay en las últimas décadas.

9 P. ej., v. <http://www.arlingtoncemetery.net/kachanawongse.htm>.

10 Muchas páginas de Internet contienen representaciones gráficas que generan distribuciones normales en tiempo real, habitualmente simulando bolitas que rebotan aleatoriamente en una máquina del millón. La figura 6.6 muestra una instantánea de este proceso. Puede ver el proceso en curso consultando la siguiente página: <http://webphysics.davidson.edu/Applets/galton4/intro.html>.

11 P. ej., v. Gerzon, Mark: *A House of Divided*, Putnam, Nueva York, 1997.

12 Galton, Francis: «Statistical Inquiries into the Efficacy of Prayer», en *The Fortnightly Review*, vol. 12, 1872, pp. 125-135.

13 A veces atribuido también a Mark Twain. P. ej., v. <http://www.ucpress.edu/books/pages/9358/9358.intro.html>.

14 Brock, David: *Blinded by the Right*, Crown Publishers, Nueva York, 2002.

15 En palabras de King: «I have a dream that my four little children will one day live in a nation where they will not be judged by the color of their skin but by the content of their character.» (Sueño con que un día mis cuatro hijos pequeños vivirán en un país donde no serán juzgados por el color de su piel, sino por el contenido de su carácter.) De su célebre discurso: «I have a dream». P. ej., <http://www.usconstitution.net/dream.html>.

16 Chödrön, Pema: *Cuando todo se derrumba: palabras sabias para momentos difíciles*, Gaia, Madrid, 1999.

17 V. p. ej., Herrnstein, Richard y Charles Murray: *The Bell Curve*, The Free Press, Nueva York, 1994; y D'Souza, Dinesh: *The End of Racism*, The Free Press, Nueva York, 1995. V. tb. <http://www.afsc.org/pwork/1200/122k05.htm>.

18 <http://afsc.org/pwork/1200/122k05.htm>.

19 P. ej., Sowell, Thomas: *The Vision of the Anointed*, Basic Books, Nueva York, 1996.

20 <http://ww2.davidduke.com/index.php?p=30>.

21 Como les ocurre a los periodistas, no puedo divulgar mis fuentes. Estas cosas me las han revelado amigos míos afroamericanos de todo Estados Unidos.

22 <http://www.okayplayer.com/dcforum/DCForumID1/24328.html>.

23 <http://www.gakkaionline.net/soka/strand.html>.

24 Quienes presentan solicitudes de acceso a la universidad están obligados a identificarse escogiendo entre las siguientes opciones: «Identificación racial/étnica:

amerindio o nativo de Alaska, negro (de origen no hispano), islas de Asia/Pacífico, hispano/latino, blanco (de origen no hispano). Género: Hombre o Mujer.» Personalmente, yo no puedo completar este formulario. En primer lugar, porque soy un ser humano. No hay ninguna categoría para los seres humanos. En segundo lugar, soy de origen judío. No hay ninguna categoría para los judíos. En tercer lugar, mi género es masculino; mi sexo es viril. Pero no existe ninguna categoría para el sexo, porque el sexo y el género se han confundido deliberadamente por cuestiones de corrección política. Examinaremos estas cuestiones en mayor profundidad en los capítulos 9 y 11.

²⁵ Ikeda, Daisaku: comunicación personal, 2005.

Extremos profanos y sagrados: Fe ciega frente a negación de la fe

En ningún otro tema deberíamos ser más modestos que cuando hablamos de los dioses [...] no fuera que por temeridad o imprudencia tuviéramos que hacer afirmaciones basadas en la ignorancia o mentir intencionadamente.

Aristóteles¹

Aquellos que toman lo irreal por real y lo real por irreal y así son víctimas de nociones erróneas, no conocen nunca la esencia de la realidad.

Buda

De un caballero se debe esperar coherencia, no lealtad ciega.

Confucio

Del fanatismo religioso a la anarquía moral

Históricamente, el crecimiento y dominio de la civilización occidental han tenido lugar mediante encarnizados, aunque en última instancia fértiles, enfrentamientos entre los dogmas religiosos de la hebra judeocristiana y las investigaciones científicas de la hebra aristotélica que constituyen su ADN cultural. El progreso del conocimiento fiable, que ha allanado el camino a todas las tecnologías que permiten la globalización, ha sido regularmente impedido, censurado y sofocado por extremos religiosos políticamente poderosos que hacen de la fe ciega una norma cultural. Paso a paso, tortuosamente, el fanatismo religioso fue retirándose de mala gana ante el irreprimible avance de la ciencia. Pero en el siglo XX, irónicamente, la ciencia occidental y la tecnología se habían desarrollado lo suficiente como para contribuir primero a reforzar y luego a consolidar los movimientos de masas políticos de ambos extremos. Así que tanto el fascismo como el comunismo se volvieron en contra de la ciencia, ya que los Estados totalitarios no pueden tolerar la libertad de pensamiento mejor de lo que lo hicieron sus teocráticos antepasados. A un precio muy elevado y con enormes sacrificios, el Occidente libre derrotó a las

resistentes fuerzas del totalitarismo fascista en la Segunda Guerra Mundial y del totalitarismo comunista en la Guerra Fría, sólo para sucumbir en su seno a las aberraciones relativamente sutiles pero tan letales como el veneno del neomarxismo ateo, el feminismo parricida y el posmodernismo antirrealista.

Este capítulo detalla la polarización que actualmente aflige a la sociedad estadounidense en el eje de las creencias reverentes frente a las irreverentes. En un polo nos encontramos con la derecha religiosa sacra, personificada por la coalición cristiana y el fanático extremo del cristianismo evangélico, unas creencias apocalípticas que celebran y alimentan el choque de Occidente con el islamismo fanático y parecen igual de intolerantes con las sensibilidades científicas y humanistas. En el polo opuesto, nos encontramos con la izquierda atea y sacrílega, personificada por los zombis deconstruidos, producidos en masa y formados en las líneas de montaje de las fábricas totalitarias del posmodernismo: las universidades. Cuando visitemos algunas de esas fábricas en el capítulo 11, usted ya estará mejor preparado para afrontar el surrealismo supremo y el pernicioso antirrealismo que le aguarda. En los extremos fanáticos de la izquierda atea, los militantes neomarxistas y las feministas radicales se han apropiado del posmodernismo, utilizándolo como un caballo de Troya para inocular disimuladamente la ruina intelectual, la anarquía moral y el caos político en el alma de la civilización occidental. En el extremo religioso, nos encontramos con la fe ciega en un dogma sobrenatural; en el extremo ateo, con la negación de la fe y de la realidad misma. En ambos extremos se ignoran los principios de los filósofos abc, y frecuentemente se proscriben. El extremo sacro está obsesionado con el Cielo y paralizado por el Infierno; el extremo ateo recrea el Infierno en la Tierra y da otro nombre al Cielo.

La dicotomía no está aquí entre fe y razón, ni entre duda y razón. Tanto el extremo religioso como el ateo utilizan sus propias versiones de razón para despertar fuertes emociones, favoreciendo de este modo la adhesión a doctrinas irracionales que terminan paralizando la razón misma. La razón no es la enemiga de la fe ni de la duda: es una buena y necesaria amiga de ambas. La fe y la duda son, de hecho, complementarias y, como tales, coexisten en la naturaleza humana. Pero los extremos de la fe y la duda inhiben el ejercicio de la razón. El bienestar requiere un constante equilibrio entre fe y duda; sin embargo, los extremistas trabajan incansablemente para que las personas se desequilibren pecando de la una o de la otra. Los extremistas religiosos exageran el papel de la fe, sin dar cabida a la duda. Esto es insano en todos los sentidos, porque la duda (como en el «escepticismo sano») es un poderoso instrumento que impulsa la investigación y contribuye a descubrir la verdad y descartar la falsedad. Un desequilibrio similar crean los ideólogos radicales que exageran el papel de la duda, criticándolo todo, deconstruyéndolo todo y no dejando ningún margen para la fe. Esto también es insano,

porque la fe es un poderoso instrumento que refuerza nuestra capacidad para aceptar situaciones que pueden no apetecernos y para permanecer en circunstancias que pueden no gustarnos. La fe también nos impide malgastar nuestra energía en personas o circunstancias que no podemos cambiar de inmediato. Todo ser humano vive con una necesaria complementariedad entre fe y duda. Elimine su duda y mutilará su humanidad; elimine su fe y menospreciará su humanidad. Equilibrelas, y mantendrá su ecuanimidad.

En el primer capítulo de este libro, he mencionado seis ejemplos en los que los extremistas religiosos o ateos reprimieron la investigación razonada y la verdad objetiva: la prohibición de la astronomía de Galileo por parte de la Iglesia romana, la censura anglicana y católica romana de la teoría política de Hobbes, la negación creacionista del evolucionismo darwiniano, la proscripción nazi de la «física judía», la adopción soviética de la agronomía lamarckiana y el repudio de la ciencia y la realidad objetiva por parte de los aliados antirrealistas (neomarxistas, feministas y posmodernos). Ahora examinaremos cada caso en más de detalle.

La Inquisición de Galileo

Galileo fue el primer hombre en ser amenazado con la pena de muerte por enfocar la Luna con un telescopio. Los alemanes habían sido los primeros en pulir lentes y fabricar tanto microscopios como telescopios. Pero en el siglo XVII los telescopios se utilizaron con finalidades militares y comerciales, desde el espionaje hasta la detección de barcos mercantes próximos a los puertos. Cuando Galileo observó la Luna a través de un telescopio, vio una superficie surcada de montañas y agujereada por cráteres. Pero esta observación era una herejía contra la Iglesia, del suficiente calibre como para justificar su muerte en la hoguera. ¿Por qué? Porque tanto la física aristotélica como la cosmología se basaban en asunciones optimistas, pero injustificadas, sobre la perfección del universo. «La forma del cielo es necesariamente esférica —escribió Aristóteles—, porque ésa es la forma que más se adecua a su sustancia y es también la que dicta su naturaleza.»² Esto encaja bien con el mito judeocristiano de la creación descrito en el Génesis y con la perfección de la obra de Dios; así que la Iglesia católica romana de la época tomó por buenas las asunciones erróneas de Aristóteles y, lo que es más, las consagró como doctrina oficial. El Papa las creía, y se suponía que el Papa era «infalible». La fe ciega cierra la mente, abraza falsedades y las convierte en «verdades» absolutas e incuestionables. Cualquiera que pretenda corregir estos errores corre el riesgo de desatar la ira y la indignación de quienes se cierran a la verdad. Basta con recordar al pobre Hipaso, quien pagó con la vida su divulgación de la demostración de que la raíz cuadrada de dos es irracional.

Galileo ya había expuesto diversos errores de la física aristotélica y defendía el modelo heliocéntrico copernicano de sistema solar en contraposición al modelo geocéntrico de Tolomeo. Así pues, se había convertido en un problema molesto e irritante, si no en una amenaza, para la autoridad de los teócratas católicos romanos reinantes, quienes cometieron el habitual error de intentar ocultar la verdad acallando a su portador. El lamentablemente famoso cardenal Bellarmino, que pronto atraería la fulminante pluma de Hobbes, testificó durante el juicio contra Galileo: «Afirmar que la Tierra gira alrededor del sol es tan erróneo como afirmar que Jesús no nació de una virgen.»³ Sin más. La fe ciega, de cualquier confesión, es propensa a confundir los hechos objetivos con los artículos de fe subjetivos.

A diferencia de Hipaso, Galileo no tenía ninguna intención de convertirse en mártir, de modo que aceptó un pacto político: se retractó públicamente de sus «herejías» y sufrió arresto domiciliario, evitando así la hoguera. Pero la verdad ya había salido a la luz, la revolución científica ya había empezado y la sustitución de arraigadas supersticiones por hipótesis contrastables ya estaba en marcha. Al menos, durante un tiempo.

La herejía de Hobbes

Thomas Hobbes fue contemporáneo de Galileo, a quien había conocido en Padua mientras acompañaba, como tutor, a los hijos de la familia Cavendish en un largo viaje por Europa. Hobbes estaba profundamente impresionado por la manera en que Galileo utilizaba los experimentos y la geometría para refutar la física aristotélica, y por el cambio de paradigma a mayor escala que su obra presagiaba: la emancipación de la física, que dejaría de ser una rama de la teología para convertirse en una rama de la filosofía experimental (como se denominó originariamente a la ciencia) por méritos propios. Cuando Hobbes regresó a Inglaterra, decidió hacer lo mismo con la política.

Y lo hizo, pero no en circunstancias que él podría haber previsto. Thomas Hobbes se vio inevitablemente envuelto en la Guerra Civil inglesa. Al principio, fue un conflicto político; pero rápidamente adquirió fuertes connotaciones religiosas. La guerra había empezado como un enfrentamiento político entre la autoridad absoluta del rey Carlos I y las crecientes demandas de los parlamentarios, como Oliver Cromwell, para tener más voz y voto en los asuntos de Estado. El pago de impuestos sin representación era una cuestión central, como lo sería en la ulterior revolución de Estados Unidos.

El conflicto religioso ya estaba latente desde hacía tiempo. El rey Enrique VIII fundó la Iglesia anglicana para anular varios de sus matrimonios, petición a la que se habían mostrado reticentes los papas Julio II y Clemente VII. Isabel I, hija de Enrique VIII y heredera del trono, estableció esta institución como la Iglesia de Inglaterra, lo cual fue la

causa que precipitó el intento fallido de invasión por parte de la Armada española en 1588, el año en que nació Hobbes. El linaje de los Tudores se había extinguido a causa de la esterilidad de Isabel, siendo sustituido por el linaje monárquico escocés de los Estuardos. El rey Jaime I mandó traducir al inglés la Biblia que lleva su nombre, un pilar de la liturgia anglicana. Pero su hijo Carlos I se casó con una princesa francesa católica, quien inquietó tanto a la aristocracia anglicana como al Parlamento celebrando abiertamente misa en la corte. Y, cuando los ejércitos parlamentarios de Cromwell vencieron a los monárquicos, Carlos acudió secretamente al Papa y urdió un plan para invadir Inglaterra desde Irlanda con tropas católicas europeas. Cuando Carlos perdió la guerra, esta traición, entre otras, le costó la cabeza.

Hobbes, cuya vida corría peligro en Inglaterra a causa de sus conocidas simpatías por la autoridad política del rey, encontró un refugio seguro en París en 1640, donde acompañó a la reina, a su hijo, el príncipe Carlos II, y a sus cortesanos. Fue durante estos once años de exilio en Francia cuando Hobbes escribió el *Leviatán*, el clásico que fundó dos nuevas disciplinas, la ciencia política moderna y la psicología empírica, y estuvo a punto de costar la vida a su autor. ¿Por qué?

Hobbes presentó su obra maestra en 1651 al joven príncipe Carlos (que luego se convertiría en Carlos II de Inglaterra), de quien había sido tutor y profesor de geometría y lenguas clásicas, pero a quien le estaba expresamente prohibido instruir sobre el arte aristotélico de la política. En el célebre capítulo 13 del *Leviatán*, Hobbes contradice abiertamente la doctrina agustiniana sobre el pecado original, el pilar teológico tanto de la Iglesia católica romana como de la Iglesia anglicana. «Los deseos y otras pasiones del hombre no son en sí mismos pecado», declaró Hobbes. La cuarta parte del *Leviatán* es íntegramente una polémica contra la Iglesia romana en general y el cardenal Bellarmino en particular. Hobbes llamó a la Iglesia romana «Reino de la oscuridad», gobernado por una «confederación de mentirosos». Roma incluyó inmediatamente la obra en su lista de libros prohibidos, y los clérigos franceses se prepararon para acusar a Hobbes de herejía. En aquel momento tan delicado, Hobbes también perdió su inmunidad diplomática en la corte, porque el contingente católico inglés sacó la cabeza el tiempo suficiente para convencer al joven príncipe de que el *Leviatán* era una apología de Cromwell en vez de una defensa de la monarquía. (De hecho, se puede interpretar de ambas formas.) Así que Hobbes volvió a Inglaterra, donde Cromwell, ahora dueño y señor del reino, se abstuvo de perseguirlo.

Pero, tras la grave epidemia de peste y el gran incendio de Londres, los obispos propusieron ante el Parlamento la condena política del *Leviatán* en 1667. Adujeron que sus blasfemias eran las principales causas de la peste y el incendio que habían arrasado Londres, dos castigos que, según ellos, el Todopoderoso había impuesto al país por

acoger a Thomas Hobbes y su filosofía. La moción de los obispos fue una gran ironía, puesto que la tesis central del *Leviatán* es que la política no debería ser una rama de la teología. El Parlamento respaldó a Hobbes. Tramitó la moción, pero no la aprobó.

El corolario de Hobbes era que los seres humanos sólo pueden prosperar realmente en una comunidad gobernada por una autoridad política laica, se trate de un hombre o de una asamblea de hombres. Hoy en día, la mayor parte de la civilización occidental da esto por supuesto, pero en el siglo XVII era una herejía punible con la muerte, como ocurre hoy en gran parte del mundo islámico, que sigue esperando a un Lutero de Arabia para reformar sus ortodoxias extremas y a un Hobbes islámico para separar la mezquita del Estado. (Kamal Atartuk hizo precisamente esto en Turquía en el siglo XX, pero el mundo árabe no ha secundado su iniciativa.)

Hobbes tampoco era muy popular en la universidad donde había estudiado, Oxford. En aquella época, la universidad estaba estrictamente controlada por la Iglesia anglicana y había que hacerse prelado o cura para dedicarse al mundo académico. En 1684, durante un episodio particularmente violento en contra del conocimiento que las universidades son lamentablemente famosas por promover, el decano John Fell quemó diversos libros en una hoguera en defensa de la Iglesia cristiana. Utilizó el *Leviatán* de Hobbes para encenderla.

Un joven estudiante interno contempló horrorizado la humeante hoguera y se dispuso a huir de la represión teocrática de Oxford. Si bien discrepaba de Hobbes en la naturaleza del hombre, los censores aún discrepaban más de él. Su posterior filosofía política, incluyendo la defensa de la propiedad privada, acabaría ejerciendo una influencia decisiva en uno de los creadores de la Constitución de Estados Unidos. Se llamaba John Locke. De este modo, la antorcha de la visión política de Occidente, la que concibe a pueblos viviendo en libertad en una comunidad próspera y laica, se mantuvo encendida gracias a Hobbes y fue recogida por Locke, quien a su vez se la pasó a Thomas Jefferson.

Pero tendrían que transcurrir casi dos siglos más para que el concepto hobbesiano de una universidad laica se hiciera realidad. Jeremy Bentham, el padre del utilitarismo, fundó en 1867 el University College de Londres (UCL). El UCL fue la primera universidad pública que admitió mujeres, judíos, católicos y disidentes, entre otros grupos que tenían vedado el acceso a la educación superior. Su institución «hermana», el City College de Nueva York, se había fundado antes, en 1847, pero no admitió mujeres hasta mediados del siglo XX. Así pues, de igual forma que Galileo liberó la física del yugo de la teología, Hobbes liberó la política, la psicología e, indirectamente, la educación.

La apostasía de Darwin

Con la publicación en 1859 de *El origen de las especies*, Charles Darwin prendió la llama de la lucha, aún en curso, para liberar la biología de la teología. Para entonces, las matemáticas, la física y la química occidental habían progresado tanto que los intelectuales estaban preparados para dar un gran paso en la teoría biológica. Es imposible exagerar la importancia del hecho de que los grandes matemáticos y científicos de la Ilustración, incluyendo a Darwin, siguieran creyendo fervientemente en Dios y necesitaran libertad política de los dogmas religiosos para poder hacer su trabajo, que consistía en seguir avanzando en el conocimiento fiable de la naturaleza y todos sus productos, incluido el hombre.

Darwin nunca utilizó la palabra «evolución», que se introdujo a título póstumo en la sexta edición de *El origen de las especies*. Él había puesto «descendencia con modificaciones». Tampoco fue él quien acuñó la expresión «la ley del más fuerte». Eso fue cosa del darwinista social Herbert Spencer, y Darwin nunca lo aprobó. Además, en contra de la creencia popular, Darwin no era ni ateo ni materialista. Conjeturó que toda vida en la Tierra descende de una «forma primordial, a la que fue insuflada la vida en un principio». Aunque esto es incompatible con una interpretación literal del mito del Génesis, insinúa que hizo falta un Creador para insuflar vida a la materia inerte. Aun así, la célebre intuición de Darwin, quien se anticipó a su tiempo profetizando el desarrollo de la ciencia de la genética, creó tal escándalo en un Occidente dominado por los cristianos fundamentalistas que la mujer del obispo de Worcester supuestamente observó: «¿Descendientes de los monos? Esperemos que no sea cierto; pero, de serlo, recemos para que esto no sea de dominio público.» No obstante, como ya hemos visto, el primo de Darwin, Francis Galton, no tardaría mucho en demostrar que, estadísticamente hablando, rezar tiene una elevada probabilidad de generar el efecto contrario del deseado. La denominada «teoría de la evolución de Darwin» se convirtió en el paradigma de la biología moderna, aunque no sin provocar acalorados debates. T. H. Huxley, el abuelo de Aldous Huxley, se ganó el sobrenombre de «buldog de Darwin» por su leal defensa contra el abanderado del creacionismo, el obispo de Wilberforce. En Estados Unidos de 1925, Tennessee prohibió legalmente la enseñanza de la teoría de Darwin en todos los colegios y universidades, lo que condujo al lamentablemente famoso juicio de Scopes.

John Scopes, un inmigrante escocés con una sensibilidad especial para reconocer la verdad, había desafiado la ley enseñando la teoría de la evolución como parte de la asignatura de ciencias en un instituto de Dayton (Tennessee), lo cual le valió la acusación de ateísmo y su condena en un tribunal de Dayton. Scopes fue defendido, aunque en vano, por el célebre Clarence Darrow. He aquí la conclusión de la crónica de H. L.

Mencken sobre el juicio:

El juicio de Scopes, desde el principio, ha transcurrido de un modo que va en perfecta consonancia con la ley contraria a la evolución y la imbecilidad simiesca que la caracteriza. No ha habido la menor pretensión de decoro. El pueblerino juez, un candidato que se presenta a la reelección, ha actuado como un payaso en un circo de segunda línea, y sus palabras han sido casi todas un flagrante llamamiento a los prejuicios y la superstición. El fiscal, que ha comenzado como un letrado competente y un hombre íntegro, ha terminado como un evangelista en una asamblea dirigida por el mismísimo pastor Billy Sunday. Al final, se le ha ocurrido hacer la clara y sorprendente afirmación de que el fundamentalismo triunfa sobre la teoría de la justicia. Lo que ha dicho, en resumidas cuentas, es que un hombre acusado de ateísmo no tiene ningún derecho según la ley de Tennessee [...].

Darrow ha perdido el juicio. Ya lo tenía perdido mucho antes de llegar a Dayton. No obstante, considero que, pese a todo, ha prestado un importante servicio público luchando hasta el final y haciéndolo con total seriedad. Que nadie lo confunda con una pantomima, por muy ridículo que haya sido en todos sus detalles. Pone en conocimiento del país que el hombre de Neandertal manda en este atrasado estado olvidado, gobernado por un fanático carente de sentido común y de conciencia. Tennessee, demasiado timorato para hacerle frente a tiempo, ve ahora sus tribunales convertidos en asambleas evangelistas y la Declaración de Derechos puesta en ridículo por los funcionarios de la ley.⁴

Un tribunal desautorizado es el lugar perfecto para un juicio absurdo. Precisamente porque las ideas políticas de Hobbes no habían logrado penetrar en el llamado «cinturón bíblico» de Estados Unidos, la biología de Darwin fue repudiada por un tribunal que interpretó su Constitución desde el prisma del cristianismo fundamentalista. Esta cuestión ha atormentado a la sociedad estadounidense durante todo el siglo XX y lo sigue haciendo en nuestros días. Mientras escribo estas líneas, no da ninguna muestra de remitir. Un filósofo que aceptó un puesto docente en una universidad del «cinturón bíblico» me contó que había introducido el darwinismo en sus clases, señalando sus virtudes y defectos como teoría de la evolución. Al poco tiempo, fue invitado a almorzar por un diácono de la Iglesia, quien le sugirió que dejara de divulgar herejías en sus clases. Esto ocurrió en 1995, setenta años después del juicio de Scopes. Nada había cambiado, salvo los actores de la farsa.

La intolerancia del fervor religioso

La Ilustración arrojó mucha luz sobre el progreso científico, demasiado a menudo enfrentándose a la inflexibilidad del fundamentalismo religioso. Lo mismo ocurre con todas las religiones fundamentalistas cuando los fanáticos acceden al poder político, y sucede en los círculos literarios y artísticos, además de en los científicos. De este modo, el escritor Salman Rushdie fue sentenciado a muerte por fanáticos islámicos, por atreverse a reinterpretar el Corán en su novela *Versos satánicos*; mientras que el cineasta Theo van Gogh fue asesinado por un fanático islámico en las calles de Amsterdam, por atreverse a expresar opiniones provocadoras sobre el islam.

Reitero que la fe y la duda coexisten en la mente humana, a menudo incómodamente. Son complementarias, y deben equilibrarse para que el ser humano alcance la ecuanimidad. Cuando las religiones fundamentalistas exageran la fe ciega y reprimen la duda imparcial, mantienen a sus adeptos en un estado de desequilibrio. Esto se pone de manifiesto en su constante necesidad de hacer proselitismo, tanto entre los suyos como entre los demás. Cualquiera que esté seguro de su fe, lo seguirá estando a pesar de la duda, de modo que no necesitará hacer proselitismo. Si usted se acepta a sí mismo por lo que es, también podrá aceptar a los demás por lo que son. Pero, si no está seguro de su fe, es porque no ha aceptado sus dudas. Si intenta ocultarlas tras el velo de la fe ciega, necesitará que otros profesen sus mismas creencias, para juntos fingir que nadie tiene dudas. Es una alucinación colectiva. No obstante, fuera de su círculo de creyentes, sigue habiendo otros que dudan, y su duda le recuerda su propia duda no resuelta, por lo que usted debe convertirlos o acallarlos para restablecer su sensación colectiva, aunque falsa, de seguridad. Si usted no puede tolerar la duda en otros, es porque no ha confrontado ni aceptado la suya propia. Incluso si una religión proselitista triunfara sobre las demás y consiguiera convertir a toda la humanidad, entonces y sólo entonces empezarían los verdaderos problemas. Con nadie más a quien convertir, los creyentes devotos tendrían que empezar a enfrentarse a sus propias dudas.

Por eso necesitan desesperadamente los creyentes devotos tener todas las respuestas. No pueden tolerar ni el menor atisbo de duda. Si permiten que surja una sola duda, todo el edificio de su fe se desmorona. Esta fe no es en absoluto fuerte, sino claramente débil. La fe fuerte tolera fácilmente la duda; sólo la fe débil necesita acallarla. Y por eso ha perseguido tan a menudo el fundamentalismo a los filósofos: los filósofos saben plantear dudas como nadie. Los filósofos nunca afirman tener todas las respuestas. Al contrario, tienen todas las preguntas. Si usted piensa que cree algo más allá de toda duda, consulte a un filósofo, quien seguramente hallará la forma de trastocar sus creencias. ¿Cómo? Cuestionándoselas. Haciéndole preguntas, un filósofo puede inducirle a plantearse dudas

cuya existencia no habría imaginado jamás. También sucede a la inversa, aunque con muy poca frecuencia. Si tiene usted demasiadas dudas, un filósofo se las puede cuestionar y ayudarle a recobrar la fe.

La paz y el progreso residen en el camino medio, que equilibra la fe y la duda. Como consejero filosófico y orientador, me enfrento a toda clase de creencias y dudas. El ingenio humano no tiene límites, incluyendo los diversos problemas que las personas se inventan debilitando su duda con una fe exagerada en un extremo, o debilitando su fe con una duda exagerada en el otro. Una de mis obras favoritas del misticismo cristiano es *La nube del no saber*, donde un monje anónimo fortaleció su fe meditando sobre lo desconocido y lo incognoscible. «Sobre el mismo Dios no puede pensar ningún hombre», escribió.⁵ Si Dios es sólo la mitad de grande (o cualquier otra fracción) de lo que afirman los creyentes devotos, nadie ha conocido ni puede conocer jamás el contenido de su mente, el funcionamiento de su voluntad, la realización de sus designios. Todo aquel que afirme conocer estas cosas, no dice la verdad, exista o no Dios.

A veces, la gente me pregunta en qué creo. A los creyentes devotos, les encanta que les hagan esta pregunta, porque es una invitación al proselitismo. Pero los filósofos la consideramos una pregunta difícil, porque sabemos que un interlocutor astuto puede trastocar fácilmente nuestras creencias y exponer nuestras dudas. Así pues, cuando me preguntan «¿En qué cree?», yo habitualmente contesto que «Creo en lo que dudo, y dudo de lo que creo». Muchos encuentran mi respuesta desconcertante, pero yo la encuentro liberadora. Una ventaja de este estado mental es que me inmuniza tanto contra los extremos religiosos como contra los ateos. Después de examinar algunos de los extremos sacros del fanatismo religioso y de la fe ciega en lo sobrenatural, centrémonos ahora en el otro polo: los extremos profanos del fanatismo ateo y la negación de la realidad.

Extremos ateos

Ya hemos examinado brevemente tres ejemplos de persecución de la razón por parte del extremo sacro del fanatismo religioso. La física de Galileo, la política de Hobbes y la biología de Darwin padecieron las tres este tipo de persecución. Hay miles de ejemplos, pero indudablemente éstos bastan para transmitir la idea principal. Centrémonos ahora en tres ejemplos de persecución de la razón por extremos profanos del fanatismo ateo: la proscripción nazi de la «física judía», la adopción soviética de la agronomía lamarckiana y el repudio de la realidad misma por parte de los aliados antirrealistas.

Aunque la separación entre política y teología hizo posible el nacimiento del Estado laico moderno, el laicismo pronto fue vulnerable a los extremos políticos ateos, cuyos

horrores azotaron a la humanidad durante el siglo XX, a escalas dantescas. El fanatismo religioso exagera la fe y reprime la duda; el fanatismo político atenúa la fe y prohíbe la duda. ¿Cómo? Sustituyendo a los dioses por dictadores, y las doctrinas religiosas por ideologías políticas. Nuestros tres ejemplos ilustran que este extremo profano es tan ilusorio como su homólogo sagrado, y produce incluso más sufrimiento.

Proscripción nazi de la «física judía»

Los nazis se consideraban una «raza superior», los supuestos arios puros, y trataron de subyugar o eliminar al resto de razas europeas. La mitología de Hitler sobre la raza, la sangre y la tierra apelaba a algunos de los elementos primigenios del hombre, y también a los más siniestros. Sus intenciones de sustituir la autoridad religiosa por la ideología nazi eran claras. En el Tercer Reich, por ejemplo, todos los matrimonios recibían el libro *Mi lucha*, de Hitler, como regalo de bodas obligatorio; y se esperaba que dedicaran su luna de miel no sólo a concebir hijos para la madre patria, sino también a leer sus novecientas páginas de rimbombante prosa. La intrusión de su visión política en el sacramento del matrimonio compendia el deseo de Hitler de atenuar la fe religiosa y canalizarla hacia el Estado y hacia sí mismo como deidad mortal. De igual forma, todos los oficiales del ejército estaban obligados a hacer un juramento de lealtad, no a Dios, al rey o al país, sino al fñhrer: Adolph Hitler en persona. Los dictadores no toleran otras autoridades superiores a ellos.

La verdad es una de estas autoridades superiores. Nadie la gobierna, aunque algunos cometen el error de intentar legislarla. Hemos visto que los extremistas religiosos han prohibido verdades científicas y perseguido o ejecutado a sus descubridores. En el extremo ateo ocurre exactamente lo mismo. Un elemento central de la ideología nazi fue desacreditar, perseguir e intentar aniquilar a los judíos europeos. Hitler consideró oportuno utilizarlos como chivos expiatorios. Fue a ellos a quienes culpó de la grave situación económica que vivió Alemania durante la hiperinflación de la república de Weimar. Y, a mayor escala, los acusó de mover los hilos del capitalismo internacional y de conspirar incesantemente para poder gobernar el mundo (justo lo que él pretendía). Utilizando como prueba los deleznales *Protocolos de los sabios de Si3n* y una propaganda implacable como refuerzo, supo aprovecharse de los miles de años de antisemitismo europeo para renovar y fomentar un profundo y violento odio contra el judaísmo y todo lo judío.

Las leyes de Nuremberg de 1935 fueron la antesala del holocausto judío. Constituyeron la base para negar la ciudadanía de los judíos en el Tercer Reich y despojarlos de todos sus derechos. A finales de la década de 1930, los nazis habían confiscado los comercios judíos, prohibido a médicos y abogados judíos ejercer su

profesión y expulsado a los profesores judíos de las universidades. Pero los judíos europeos (sobre todo, los alemanes) habían hecho destacadas aportaciones a la física del siglo XX. Albert Einstein, Niels Bohr, Albert Michelson, Wolfgang Pauli, James Franck y Otto Stern fueron algunos de los judíos que recibieron el premio Nobel de física antes del año 1945, pero sus trabajos fueron desautorizados por los extremos ateos de la ideología nazi. Werner Heisenberg, uno de los fundadores de la teoría cuántica y descubridor de la «desigualdad de Heisenberg», estuvo a punto de perder su cátedra universitaria sólo por mencionar el nombre de Einstein durante una clase. Fue exculpado del delito de promover la «física judía», pero porque su hermana era amiga de la hermana de Himmler.

Es obvio para cualquiera que esté en su sano juicio que las leyes de la física, como todas las leyes de la naturaleza, no son negras, blancas, marrones, amarillas, arias o no arias. Tampoco son judías, cristianas, islámicas, hindúes, budistas, sijs, agnósticas ni ateas. Y tampoco son eurocéntricas, afrocéntricas, democráticas, republicanas, socialistas, comunistas, libertarias ni anarquistas. Las leyes de la física, al igual que todas las leyes de la naturaleza, trascienden las categorías divisivas —raciales, religiosas o políticas— de las que los seres humanos abusan para perpetuar conflictos inútiles y dolorosos.

Al anteponer el culto de la raza aria a cualquier otro criterio y prohibir la «física judía» (y la presencia de los físicos judíos) en las universidades, Hitler denigró la verdad sometiéndola a la mitología racial. Y Alemania pagó el precio inevitable de su aberración ideológica. El éxodo de los científicos judíos de la Alemania y la Italia fascistas, y más adelante de la Europa ocupada (junto con el genocidio de los que no pudieron escapar), no sólo supuso el fin de la preeminencia de Alemania en las ciencias físicas, sino que además postergó el desarrollo de la bomba atómica en la Alemania nazi. La cantidad de energía liberada mediante fisión nuclear viene determinada por $E = mc^2$, una «ecuación judía» derivada por Einstein. El temor de que Hitler fuera el primero en fabricar y utilizar armas atómicas impulsó a dos físicos judíos, Albert Einstein y Leo Szilard, ambos refugiados de la Europa nazi, a persuadir al presidente de Estados Unidos Franklin Roosevelt para que pusiera en marcha el Proyecto Manhattan en 1941.⁶ A raíz de este proyecto, otro físico judío refugiado de la Italia fascista de Mussolini, Enrico Fermi, construyó la primera pila atómica e indujo la primera reacción nuclear en cadena autosostenida en las pistas subterráneas de squash de la Universidad de Chicago. Los nazis jamás habrían permitido nada semejante: un partido de «squash judío» jugado con «neutrones judíos».

Así pues, la persecución nazi de los judíos favoreció el ascenso al poder de Hitler,

pero también contribuyó a la caída del Tercer Reich. Nada queda impune. Así es como opera el karma a gran escala. La persecución nazi de los judíos también fue decisiva en las victorias de Occidente, tanto en la Guerra Fría como en la «carrera espacial» contra la antigua URSS, lo cual dio pie al jocosos comentario que tanto les gusta hacer a los expertos occidentales: «Nuestros científicos alemanes ganaron a sus científicos alemanes.» Esto es también una verdad, aunque se diga en clave de humor. Antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, los científicos alemanes huyeron preferentemente a Occidente, hacia la libertad, las oportunidades y la esperanza. Al este se hallaba el gemelo totalitarista de izquierdas de la Alemania nazi, la Rusia marxista-leninista-estalinista. Era un lugar que merecía la pena evitar. Basta con preguntárselo a las víctimas de Stalin, quien asesinó de veinte a treinta millones de «camaradas» rusos, superando incluso la carnicería de Hitler. ¿Por qué? Porque había adoptado ideologías ateas ultraizquierdistas de la historia y la economía: las de Karl Marx.

De la «física judía» a la «biología soviética»

La Alemania nazi de Hitler fue un Estado totalitario, un extremo ateo de la derecha política. La Unión Soviética de Stalin fue un Estado totalitario complementario, un extremo ateo de la izquierda política. Recuerde al maestro chino que habló sobre los dos extremos de un cordel. Ambos extremos se tocan cuando se cierra el bucle; y, de forma similar, una bota militar izquierda en la cara hace el mismo daño que una derecha. Así pues, siempre que las leyes de la naturaleza se subordinen a la ideología, sea ésta de extrema derecha o de extrema izquierda, el resultado será siempre el mismo: aberración política y sufrimiento humano.

Para apreciar la aberración de la soviétización de la biología, utilizando el ejemplo de la agronomía lamarckiana de Lysenko, debemos volver primero a Charles Darwin y presentar a un contemporáneo suyo de Londres, famoso hoy aunque desconocido en su tiempo, con quien mantuvo una breve pero acalorada correspondencia: Karl Marx. Yo recibo regularmente cartas de mis lectores sobre mis libros más populares. Muchos me preguntan por qué ignoro a Marx y no lo incluyo entre los «grandes pensadores del mundo». Prometo no ignorarlo más. Tenga presente que, mientras escribo estas líneas (a finales de 2005), una encuesta de la BBC acaba de declarar a Karl Marx el filósofo más popular de Gran Bretaña.⁷ Los filósofos que, según la BBC, ocupan los diez primeros puestos y los porcentajes de votos obtenidos son los siguientes: 1) Marx 27,93%; 2) Hume 12,67%; 3) Wittgenstein 6,80%; 4) Nietzsche 6,49%; 5) Platón 5,65%; 6) Kant 5,61%; 7) Santo Tomás de Aquino 4,83%; 8) Sócrates 4,82%; 9) Aristóteles 4,52%; 10) Popper 4,20%.

Este resultado es indicativo de la rápida decadencia que está sufriendo la civilización occidental. También es atemorizante por diversas razones; entre ellas, el hecho de que el público británico haya sido incapaz de recordar el nombre de John Stuart Mill (o quizá de que la BBC haya sabido borrarlo de la «competición»). En palabras de Isaiah Berlin, el ensayo de Mill *Sobre la libertad* «continúa siendo hasta la fecha el alegato en favor de la libertad individual más elocuente, sincero y convincente que se haya escrito jamás».⁸ La completa ausencia del nombre de Mill y la prominencia del de Marx son señales de peligro en el camino que conduce al sometimiento del individuo por parte de los colectivos, algo que los medios de comunicación británicos, si no sus consumidores, están evidentemente resueltos a conseguir.

Karl Marx fue un brillante intelectual y un completo inadaptado social, en gran parte inútil para el trabajo y condenado en su mayor parte al ostracismo por la Gran Bretaña decimonónica que tanto lo venera en estos últimos tiempos. Nació en Alemania, en el seno de una familia judía de prósperos mercaderes y profesionales liberales y alcanzó la mayoría de edad en un *impasse* de relativa tolerancia europea hacia los judíos. Pese al escándalo Dreyfus en Francia y los pogromos de Rusia, Disraeli era Primer Ministro del caduco imperio británico victoriano mientras Freud revolucionaba la psicología en Viena. Los judíos alemanes tenían la oportunidad de prosperar si se convertían al cristianismo. Muchos la aprovecharon, incluido el poeta Heinrich Heine y el compositor Gustav Mahler. Marx también se convirtió y se casó con una protestante, después de lo cual su propia familia lo desheredó. Exiliado del continente europeo debido a su activismo comunista, Marx se estableció en Londres, donde malvivió sin apenas dinero ni contactos sociales, escribiendo artículos por una miseria para alimentar a su hambrienta familia mientras incubaba *Das Kapital*, que escribió en la Biblioteca Británica.

Un siglo más tarde, yo escribía casualmente en esa misma gran biblioteca cuando Gorbachov visitó a Margaret Thatcher en Londres. Ella quería enseñarle todos los lugares de interés turístico de la ciudad, desde la abadía de Westminster hasta las Joyas de la Corona, pero él sólo tenía ojos para la Biblioteca Británica. Gorbachov quería ver la silla donde Marx había escrito *Das Kapital*. Así que le señalaron una y él quedó satisfecho. De hecho, ningún londinense sabe dónde se sentó Marx. Sus ideas dejaron, con diferencia, la huella más duradera.

Tanto en la teoría como en la práctica, Marx se esforzó por destruir la civilización occidental tal como la conocemos, separando las dos hebras de su ADN cultural y sustituyéndolas por su versión de comunismo. Negó las religiones abrahámicas, valiéndose del materialismo dialéctico: ningún Dios, un libro (*Das Kapital*), un panfleto (el *Manifiesto Comunista*), un profeta (Karl Marx). Desafió a Aristóteles al desordenar la

jerarquía de las artes y las ciencias y anteponer la economía a todo lo demás. Sometió la política y, por tanto, el resto de ciencias y artes, al control central de la economía. Su teoría económica pretendía poner fin a los graves males sufridos por la clase trabajadora durante la Revolución Industrial y estaba concebida para difundirse por todo el mundo. El capitalismo se consideraba un mal; el comunismo, un bien.

Marx no estaba solo en su diatriba contra el debilitante, deshumanizante y voraz capitalismo de la Revolución Industrial. Las miserables, sórdidas y desesperadas condiciones en que vivían las clases trabajadoras en Inglaterra, entre otros lugares, provocaron una rebelión romántica contra la mecanización del espíritu humano encabezada por poetas como Wordsworth y Browning y el filósofo Henri Bergson: engendraron un interés utilitario por maximizar el bien para el mayor número posible de personas, encabezado por los filósofos activistas Bentham y Mill; favorecieron reformas de la ley penal para que los niños no pudieran ser ahorcados por hurto; promovieron reformas de la esclavitud, en el marco más amplio del «comercio triangular» del imperialismo británico; motivaron mordaces condenas literarias de la pobreza humana, fruto de las plumas de Charles Dickens y Victor Hugo; motivaron a los precursores del socialismo y del movimiento sindical que luego garantizarían los derechos de los trabajadores; e inspiraron el *Manifiesto Comunista* de Karl Marx, que exigía el derrocamiento revolucionario violento de los gobiernos industrializados de Occidente.

Dicho esto, Marx envidiaba en su fuero interno las condiciones y el estilo de vida de la llamada «pequeña burguesía», la clase media, a la cual acusaba de complicidad en la explotación del proletariado. Tras hallar a un amigo y benefactor en Friedrich Engels, quien había heredado varias fábricas en el interior industrializado de Inglaterra, Marx pudo al fin llevar la cómoda vida de la clase media acomodada que, por lo demás, quería destruir desde una casa de Londres comprada y pagada con el sudor de los obreros que trabajaban en las fábricas de Engels.

No obstante, el marxismo representó la tendencia más extrema y atea de una rebelión romántica y utópica muy extendida en Europa contra la miríada de sufrimientos que padecían los más desfavorecidos, impuestos durante siglos por sucesivas capas superpuestas de feudalismo, monarquía, teocracia, mercantilismo, imperialismo e industrialización. Las reformas democráticas y socialistas que ya estaban en curso no eran suficientes para Marx, que deseaba un cambio más rápido y radical.

La Primera Guerra Mundial, llamada ingenuamente «la guerra para poner fin a todas las guerras», fue un punto de inflexión para el movimiento comunista. En Europa del Este, Lenin derrocó al régimen zarista y asesinó al zar, con lo cual retiró a Rusia de la alianza occidental contra la belicosa Alemania, inició setenta años de comunismo

soviético e inspiró la posterior toma del poder en China por parte del marxista-leninista Mao Zedong. En Occidente, una generación entera de hombres jóvenes fue acribillada por ametralladoras Maxim, destrozada por el fuego de artillería, cegada por el gas mostaza o abandonada hasta morir en el pútrido cieno de las pestilentes trincheras. Los intelectuales occidentales que consiguieron sobrevivir a esta carnicería sin precedentes señalaron al imperialismo y al capitalismo como los principales enemigos, y no a los alemanes. Debido a la Primera Guerra Mundial, el clima intelectual de Occidente sustituyó la rebelión romántica por el activismo político, la reforma gradual por el reformismo radical. Intelectuales bienintencionados pero políticamente ingenuos vieron en el socialismo, y en su versión más extrema, el marxismo, un antídoto contra los excesos del capitalismo y una puerta a la fraternidad humana. La esperanza nunca muere, pero con demasiada frecuencia se alimenta de una pueril ingenuidad política. Los idealistas utópicos son los extremistas políticos más peligrosos de todos por la destrucción que siembran entre sus semejantes, a quienes acusan falsamente y culpan erróneamente de los fallos y defectos de sus propias doctrinas.

Algunos de los intelectuales occidentales más lúcidos de aquella generación, desposeídos y desautorizados por un mundo que se había vuelto loco, se convirtieron en fervientes socialistas y comunistas, hasta abrir los ojos a los verdaderos horrores provocados por su errado movimiento.

Dos de estas grandes figuras fueron Arthur Koestler y George Orwell, socialistas intelectuales que se alistaron como voluntarios para luchar en la Guerra Civil española contra el ejército del general Franco, respaldado por los nazis. Orwell fue traicionado por la misma «fraternidad» de socialistas que él había tomado ingenuamente por un movimiento político utópico. El despertar de Arthur Koestler llegó más tarde, cuando viajó a la mismísima madre Rusia, donde presenció personalmente los retrógrados horrores de la «dictadura del proletariado» marxista. Orwell y Koestler no tardaron en escribir inmortales obras literarias anticomunistas, donde expusieron las retorcidas mentiras, las enrevesadas doctrinas y las masacres que fueron necesarias para mantener el antinatural sometimiento de la política a la economía propugnado por Marx. *Rebelión en la granja* de Orwell es una sátira de la revolución bolchevique de Lenin; *El cero y el infinito* de Koestler expone la purga realizada por Stalin entre los mismos bolcheviques; y *1984* de Orwell describe gráficamente el infierno del totalitarismo y su cruel anulación de la mente, el corazón y el espíritu humanos.

En una memorable conversación entre Daisaku Ikeda y Mijaíl Gorbachov, estos dos grandes líderes explican sus influencias formativas así como los horrores que cada uno vivió en manos de extremismos totalitarios: Ikeda durante su juventud en el Japón imperial y Gorbachov durante su juventud en la Rusia estalinista. Gorbachov critica

duramente los males de la colectivización y lo que él llama sin ambages «la mentira de la ideología totalitaria». Pese a su nostalgia por la silla de Marx en la Biblioteca Británica, Gorbachov se declara «enemigo del autoritarismo y la práctica e ideología del puño de hierro».⁹

Regresemos ahora al Londres de 1867, cuando Marx acababa de escribir *Das Kapital*, el crisol donde se forjó la «ideología del puño de hierro». Pese a vivir aislado en la más mísera pobreza y estar corroído por la rabia contra las clases acomodadas que él consideraba inútiles, Marx tuvo el sentido común de buscar amigos influyentes para apoyar su causa. Como cualquier escritor ambicioso, quería que su libro contara con el apoyo de personas prominentes y acreditadas. De ahí que escribiera al mismísimo Charles Darwin, cuyo nuevo paradigma biológico se había difundido por toda la civilización occidental, para sembrar la polémica por doquier y desencadenar una verdadera revolución. Pero Darwin rehusó la invitación de Marx a que apoyara públicamente *Das Kapital*. «Mis teorías se refieren solamente a los reinos animal y vegetal —escribió en respuesta a Marx—, y no al reino de la política.»¹⁰ He aquí una prueba incontrovertible de que Darwin no era un darwinista social. Irónicamente, el rechazo de las ideas de Marx por parte de Darwin resultó ser recíproco: millones de rusos pronto morirían de hambre a consecuencia del rechazo marxista-leninista de las teorías biológicas de Darwin.

En el Moscú posrevolucionario, la «dictadura del proletariado» marxista-leninista-estalinista tuvo que determinar y dictar una teoría de la ciencia agrícola políticamente correcta, que estuviera en consonancia con el materialismo dialéctico marxista aun cuando fuera totalmente en contra de la genética neodarwiniana, que por aquel entonces era una ciencia emergente en Occidente. Darwin había predicho correcta y lúcidamente que los rasgos visibles de plantas y animales (lo que hoy llamamos «fenotipo») eran manifestaciones externas de una información que se transmitía de generación en generación por medios encubiertos (lo que hoy llamamos «genotipo»). El darwinismo social había extendido interesada pero incorrectamente esta doctrina a los ámbitos cultural y político, a fin de justificar el imperialismo, junto con las distinciones de clase, raza y género (y, por tanto, también de estatus socioeconómico), basándose en la seudodarwiniana «superioridad innata». De este modo, los pobres obreros seguían siendo obreros, no por la implacable esclavitud industrial, sino porque, al parecer, eran portadores de «genes empobrecidos». El marxismo, que aspiraba a eliminar todas las diferencias de clase, no podía bajo ningún concepto tolerar el darwinismo social; pero, por desgracia, los secuaces de Stalin actuaron con exceso de celo y rechazaron también la genética darwiniana. Irónicamente, un monje de la Rusia prerrevolucionaria llamado

Gregor Mendel había corroborado sin saberlo la teoría darwiniana en experimentos con hortalizas.

No obstante, el problema agrícola específico al que más tarde se tuvo que enfrentar Stalin fue recoger una segunda cosecha de trigo, el denominado «trigo de invierno», para alimentar a las masas recién soviéticas (es decir, colectivizadas), que ya se estaban muriendo de hambre a causa precisamente de la colectivización. La pregunta era: ¿cómo conseguir que el «trigo de verano» resista las frías temperaturas del otoño ruso? La respuesta del neodarwinismo, y la respuesta científicamente correcta, es: ir cultivando variedades de trigo cada vez más resistentes al frío mediante selección genética. Pero Darwin era políticamente incorrecto, así que el ministro de agricultura de Stalin, Lysenko, acudió al rival políticamente correcto, aunque científicamente incorrecto de Darwin: Lamarck.

Jean-Baptiste Lamarck (1744-1829) había regalado al emperador Napoleón su obra maestra, *Filosofía zoológica*, en 1805. El lamarckismo continuó siendo el principal rival del darwinismo en Europa hasta bien avanzado el siglo XX y fue especialmente popular en Francia, por la convincente razón patriótica de que Lamarck era francés mientras que Darwin era inglés. La tesis central de Lamarck era que la evolución consiste en la transmisión de caracteres adquiridos externamente, en vez de heredados internamente. Así pues, suponga que quiere criar ratones sin cola. Darwin le diría que empezara apareando ratones normales y corrientes y continuara apareando únicamente los descendientes con una cola más corta de lo normal, y así sucesivamente. A la larga, seleccionando selectivamente los ratones que presentan el fenotipo deseado y apareándolos, seleccionaría indirectamente el genotipo subyacente. La cría selectiva de plantas y animales era ya una práctica eficaz en todo el mundo, que permitía obtener exquisitos vinos franceses, entre otras muchas cosas; pero, hasta la llegada de Darwin, no existía ninguna teoría que explicara por qué era tan eficaz.

En franco contraste, Lamarck planteaba lo que yo denomino la «cuestión francesa» (*la question française*): «La cría selectiva funciona en la práctica, pero ¿funcionará alguna vez en teoría?» Al parecer, no en Francia. Por ello Lamarck le diría que empezara con ratones normales y corrientes y que, antes de aparearlos, les corte la cola. Si la próxima generación nace con cola, amputémosela también, y siga apareándolos y amputándosela indefinidamente. A la larga, asegura Lamarck, los ratones «aprenderán» a transmitir este carácter adquirido de «falta de cola», y parirán ratones sin cola. Esta fantasía biológica excepcionalmente creativa merecía ser incluida en un libro de cuentos infantiles, aunque también era del todo compatible con la fantasía económica excepcionalmente creativa de Marx. Y ambas tenían una cosa en común: las dos funcionaban bastante bien en teoría, pero en absoluto en la práctica.

Así pues, fiel al lamarckismo políticamente correcto, Lysenko procedió a «enseñar» al trigo ruso a soportar el frío congelando la cosecha entera de semillas, que no tardó en morir. Millones de personas perecieron de hambre. Esta anécdota también fue premonitoria: todo el edificio marxista de falsedades políticamente correctas se acabaría desmoronando bajo el peso de su grotesca negación y represión de la realidad científica, económica y política.

En contraste con el Soviet Supremo, hay también una suprema ironía: si bien los darwinistas sociales estaban equivocados respecto a los mecanismos que regulan la cultura humana y su dinámica (como el mismo Darwin sabía), los lamarckistas habrían dado en el clavo si hubieran aplicado su teoría a la evolución cultural en vez de a la biológica, algo de lo que en parte se percató el mismo Lamarck. La teoría de Lamarck ha resultado ser cierta en una proporción reducida y especial de casos biológicos. Por ejemplo, una madre que se infecta con el VIH o es adicta a la cocaína puede transmitirlo a su descendencia durante el embarazo: un ejemplo lamarckiano clásico de herencia de caracteres adquiridos. Sin embargo, en lo que atañe a la cultura, los seres humanos adquirimos el lenguaje, las costumbres, las innovaciones, las verdades, las falsedades, los prejuicios, los odios y toda clase de bagaje psicológico por medios externos que luego transmitimos a nuestros hijos. Ésta es la teoría de Lamarck, que impera en el ámbito cultural.

Si yuxtaponemos a Darwin y Lamarck, llegamos a la siguiente conclusión: los seres humanos nacemos con grandes cerebros; una herencia darwiniana, transmitida por medios genéticos internos. El cerebro humano es, de hecho, un hardware vivo que ha evolucionado biológicamente para cargar y ejecutar software cultural, cuyo contenido varía de acuerdo con la transmisión lamarckiana de caracteres adquiridos. Por ejemplo, usted ha heredado un hardware biológico (mediante procesos darwinianos) que le permite adquirir su lengua materna y su cultura. Pero, en sí mismas, las lenguas y las culturas se adquieren y transmiten precisamente mediante procesos lamarckianos externos. El hardware del cerebro darwiniano está tan bien adaptado que puede aceptar y ejecutar prácticamente cualquier tipo de programa cultural lamarckiano. Los seres humanos somos biológicamente más igualitarios de lo que muchos imaginan. Un bebé recién nacido de cualquier raza, etnia, clase social o género absorberá el idioma y la cultura a los que sea expuesto primero, sin que importen el idioma y la cultura en que haya nacido.

Sin embargo, no todo el software cultural conduce en la misma medida a la consecución de lo mejor y más noble en el ser humano: entre otras cosas, las virtudes de los filósofos abc. Como veremos en el próximo capítulo, los programas culturales llevan milenios evolucionando para adaptar personas a regiones geopolíticas concretas. Además, algunos programas culturales también tienden a ignorar nuestra humanidad común y a

transmitir prejuicios debilitantes, si no odio y violencia, contra otros programas culturales. La globalización está obligando ahora a que programas culturales antes incompatibles se ejecuten uno junto a otro, en barrios adyacentes o multiculturales de la aldea global. No pondremos fin a las guerras ni a otros mortíferos conflictos humanos hasta que modifiquemos estos sistemas operativos para que sean mutuamente compatibles, no mutuamente excluyentes. Por fortuna, podemos lograrlo aplicando métodos lamarckianos: exponiendo las culturas a los principios de los filósofos abc, éstas pueden aprender a convivir modificando sus sistemas operativos según sea necesario; sobre todo sus módulos políticos y religiosos, que son los que gobiernan sobre todos los demás. Y esto es labor de la educación humanista, no de la revolución marxista. Aquí termina la primera lección sobre la ideología profana y atea del marxismo.

Una extraña pareja

Sir Winston Churchill y George Orwell (pseudónimo de Eric Blair) vivieron en polos opuestos de la civilización occidental del siglo XX. No podrían haber estado más lejos política, religiosa ni socioeconómicamente y, no obstante, sus visiones del mundo convergían totalmente en un aspecto fundamental: la aberración del colectivismo marxista y su cruel aniquilación de la mente, el corazón y el espíritu humanos.

Churchill, descendiente de los duques de Marlborough, nació en el seno de la clase alta inglesa, rodeado de privilegios y oportunidades. Sacó el mejor provecho de sus circunstancias, y la historia lo reconoce como un típico hombre del Renacimiento: estadista, profeta, escritor, pintor, albañil, cáustico ingenio y visionario político. Churchill pagó un precio muy alto por sus muchos talentos, incluyendo años de ostracismo político en la década de 1930 durante los cuales «predicó en el desierto», haciendo alarmantes pero desoídas advertencias a Gran Bretaña y Europa, mientras Hitler rearmaba el Tercer Reich ante la debilidad, la cobardía y la actitud contemporizadora de Occidente. Si Gran Bretaña y Europa hubieran escuchado a Churchill, podrían haber detenido la máquina bélica de Hitler antes de que ésta se hubiera puesto siquiera en marcha. Pero, cuando empezaron a hacerlo, ya era demasiado tarde para Europa y Churchill tuvo que guiar a Gran Bretaña en uno de los peores períodos de su historia. Lo hizo con gran valentía y determinación, exhortando a los británicos, que no estaban preparados para una guerra, a resistir contra los belicosos nazis, hasta que al fin las cosas cambiaron. Churchill fue el último Primer Ministro, y probablemente el mejor, de la Gran Bretaña imperial. Lo cierto es que fue el último británico de la era que estuvo a la altura de Truman y Stalin, cuando las dos emergentes superpotencias de Estados Unidos y la URSS pasaron rápidamente de su alianza contra Hitler a su mutua enemistad durante la subsiguiente Guerra Fría.

George Orwell nació en la India. Su padre era un funcionario de poca monta dedicado

al negocio del opio; su madre, una birmana que comerciaba con té. Educado en buenos colegios británicos, incluyendo Eton, Orwell desarrolló un profundo odio por el sistema clasista inglés, junto con una atracción por los estilos de vida de los desheredados, con quienes convivió en Londres y París. Como escritor en ciernes, vagabundeo por los albergues sumido en la pobreza y probó también con ocupaciones propias de las clases medias: policía en Birmania, maestro de escuela y tendero en Gran Bretaña. Se sintió atraído por el socialismo y, como ya hemos visto, luchó como voluntario en las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil española, donde las aberraciones cometidas por la extrema izquierda le abrieron los ojos. En sus mejores obras, Orwell se consagró a exponer las absurdas injusticias de la revolución marxista-leninista y la estalinización que ésta lleva inevitablemente aparejada.

Eso es precisamente lo que Churchill y Orwell tenían en común: ambos eran conscientes de los horrores del marxismo. Aunque habitaron en partes del Imperio británico totalmente distantes y distanciadas, y aunque Churchill defendió enérgicamente el sistema de clases británico mientras que Orwell lo criticó duramente, estos dos grandes hombres llegaron a la conclusión de que la «solución» de Marx a las desigualdades sociales del capitalismo era mucho peor y mucho más aberrante que el problema de base.

El fundador de Singapur y visionario Lee Kwan Yew sabe perfectamente, como bien pocos parecen saber, que el marxismo es un virus cultural oportunista, propenso a infectar y someter a cualquier comunidad política que esté lo bastante debilitada. Como escribió en sus *Memoirs*: «cuando políticas equivocadas basadas en teorías digeridas sólo a medias sobre el socialismo y la redistribución de la riqueza fueron aplicadas por gobernantes incompetentes, sociedades antes cohesionadas por gobiernos coloniales se fragmentaron, con desastrosas consecuencias».¹¹ China, Cuba, Angola, Corea del Norte, Vietnam y Camboya han sufrido en carne propia esas consecuencias. Si los maoístas acaban ganando la actual guerra civil en el Nepal, harán exactamente lo que hizo el Khmer Rouge en Kampuchea: convertirlo en un Estado orwelliano, cuyos cementerios son campos de exterminio. Eso es lo que hacen los marxistas cuando acceden al poder. No saben hacer otra cosa.

Y eso es exactamente lo que han hecho con el pensamiento en las universidades estadounidenses, como veremos en el capítulo 11. Han destruido metódicamente las bases de la civilización que los ha nutrido y protegido de los extremos políticos profanos y ateos tanto de la Alemania nazi como de la Rusia soviética. Los marxistas también son humanos, por supuesto; y, como tales, tienen naturalezas de Buda. No son ni más ni menos inteligentes que el resto de los mortales. Lo único que ocurre es que sus doctrinas son más corrosivas para la humanidad que la mayoría. Como sucede con los ácidos

fuertes, deben embotellarse y manipularse con extrema precaución.

Créame, me sé de memoria las habituales objeciones a mi postura. Muchos marxistas me dirán: «No, no, no. ¡El leninismo, el estalinismo y el maoísmo no son marxismos! Marx era un gran humanista y sus teorías nunca se han aplicado correctamente. De haber sido así, estaríamos todos viviendo en la utopía.» Tanto entusiasmo es encomiable, pero la miopía política que lo acompaña es lamentable. El marxismo es una ideología atea que desvaloriza al individuo en favor de la colectividad, que desordena las jerarquías naturales y arrasa las diferencias naturales, imposibilitando tanto la realización personal como el orden equilibrado. Como tal, es completamente incompatible con los principios de los filósofos abc y con cualquier versión del camino medio que éstos adopten. No podemos confiar el poder político a los ideólogos ateos del marxismo más de lo que se lo podemos confiar a los sacerdotes y ayatolás de los extremistas religiosos. Dicho esto, debo admitir que hay algunas clases de comunismo que pueden funcionar y funcionan a pequeña escala. Muchas comunas han prosperado, desde los kibbutz israelíes hasta las cooperativas de los inuit, procurando a sus componentes una vida buena y con sentido. Estas comunas controlan sus propios recursos, compartidos por todos sus componentes, quienes deciden sus modos de producción, con independencia de cualquier autoridad central. Pero, para prosperar, estas comunas tienen que estar forzosamente amparadas por un abanico más amplio de mercados libres y por instituciones políticas democráticas que velen por la libertad de elección individual (como decidir si unirse a una comuna o abandonarla) y por los propios mercados libres.

Posmodernismo: la deconstrucción de la civilización occidental

Incluso cuando Estados Unidos y Europa occidental se unieron, tal vez por última vez, contra la terrible amenaza del totalitarismo soviético en Europa del Este y del totalitarismo maoísta en el Lejano Oriente, los neomarxistas occidentales nunca renunciaron a la misión original de Marx de destruir la civilización occidental desde dentro. Como no lograban su objetivo mediante una revolución violenta, descubrieron un caballo de Troya francés que les permitió sembrar el caos mediante la infiltración cultural. Es el llamado «posmodernismo», introducido en la fortaleza y caldo de cultivo intelectual de Occidente, el mundo universitario, por la contracultura occidental radicalizada de los años sesenta. A finales del siglo XX, los extremistas ateos ocultos en el vientre del caballo ya habían cumplido su misión: la deconstrucción de las bases de la civilización occidental. Mientras la globalización avanza siguiendo el modelo estadounidense de libertad, oportunidades y esperanza, el edificio cultural de Estados Unidos se desmorona a causa del sabotaje de su estructura interna que están llevando a cabo los triunfantes radicales de la extrema izquierda atea, quienes han colonizado el

lenguaje, el pensamiento y la educación, socavando los cimientos debilitados de la misma civilización que cometió la imprudencia de procurarles la libertad, las oportunidades y la esperanza para poder hacerlo.

Téngase en consideración que no estoy culpando exclusivamente a los marxistas del desmoronamiento cultural de Occidente, el cual parece inminente en cuestión de décadas si no se hace nada para impedirlo. Hay muchas otras fuerzas y factores implicados, como la misma globalización y todos los conflictos que ésta potencia conforme va desdibujando las fronteras entre las civilizaciones. Otra de esas fuerzas omnipresentes es el karma. Como muy bien sabían los antiguos chinos, y como Occidente está empezando a aprender, todos los imperios crecen y menguan,¹² al igual que las civilizaciones que contribuyen a definir. Así pues, debido a las continuas ondas expansivas de Occidente durante su época de esplendor, que han arrasado culturas y civilizaciones menores y menos dinámicas, condenándolas al olvido o a la agonía de la asimilación parcial, Occidente también debe ser barrido o agonizar en la noche que traerá consigo el reflujo mismo de la globalización.

Antes he mencionado la trayectoria paralela seguida por las violentas revoluciones democráticas que tuvieron lugar en Estados Unidos y Francia a finales del siglo XVIII, y ahora retomo ese hilo. Para entender el posmodernismo y su deconstrucción de la civilización occidental, debemos comprender la especial relación que mantienen Estados Unidos y Francia.

Si lee cualquier libro de historia sobre este período revolucionario, comprobará que la gestación y la eclosión de ambas revoluciones (Estados Unidos 1776, Francia 1789) se inspiraron y reforzaron mutuamente. Los padres fundadores de Estados Unidos se embarcaron con bastante conciencia en un experimento político democrático, inspirado en la Ilustración europea, que tenía como objetivo avanzar en el conocimiento tanto del ámbito natural como del social. Francia había contribuido enormemente a la filosofía, la matemática, las ciencias y la literatura de la Ilustración (la hebra aristotélica de la civilización occidental) y, al igual que Estados Unidos, pero a diferencia de la Inglaterra y la Alemania de aquella época, se había liberado de la monarquía mediante una revolución «utópica» que atribuyó poder a los sanguinarios jacobinos. No obstante, la elite intelectual de la recién creada nación estadounidense, representada por grandes mentes como las de Jefferson y Franklin, también era consciente de la relativa juventud y rudeza del Nuevo Mundo, en comparación con la sofisticación y la elegancia del Viejo. Los intelectuales estadounidenses admiraban a Francia como una especie de hermana mayor, como modelo de muchas cosas que Estados Unidos era demasiado joven para alcanzar, pero no demasiado inmaduro para emular.¹³

Esta admiración fue evolucionando por etapas hasta convertirse en la idolatría del idioma, la literatura, la gastronomía y la cultura francesas que ha persistido hasta el día de hoy. En el siglo XIX, un francés llamado Alexis de Tocqueville pintó el «retrato» definitivo de la democracia estadounidense; retrato que aún siguen estudiando y admirando los historiadores inmunes al posmodernismo.¹⁴ En el período de entreguerras del siglo XX, París se convirtió en el destino romántico y artístico preferido de una influyente generación de escritores, poetas, músicos, compositores, bailarines, pintores y escultores estadounidenses. El impresionismo, el surrealismo y el dadaísmo franceses inspiraron el estilo de vida neobohehmo de la llamada «generación beat» y el arte pop de Andy Warhol. Los existencialistas franceses fueron el modelo filosófico del antihéroe americano por antonomasia: James Dean, un rebelde sin causa. Hasta la más formal de las anfitrionas de Nueva Inglaterra, Julia Child, una mujer de impecables modales puritanos, entregó su corazón y su alma anglosajones a la cocina francesa. Ganar un premio en el festival de Cannes significa más para muchos cineastas y cinéfilos que ganar un Oscar en Hollywood.

Desde la época de sus revoluciones afines, Estados Unidos siempre ha tenido debilidad por Francia. Desde su perspectiva, los franceses han poseído históricamente refinamientos culturales de cuya carencia muchos estadounidenses se avergüenzan; entre ellos, la alta costura, la *haute cuisine*, buenos vinos, un idioma poético, una literatura romántica, unas pasiones desinhibidas y un inefable *savoir faire* en cuestiones de tocador, ante los cuales muchos estadounidenses se sienten (no injustificadamente) como burdos neandertales en un simposio helénico. De hecho, no sólo los franceses, sino muchos otros europeos consideran la «cultura estadounidense» como un nido de contradicciones: una «cultura» neorromana que ha convertido los espectáculos circenses en *reality shows*, una «cultura» de pueril sensacionalismo barato, una «cultura» consumista, donde todo se puede comprar y tirar al instante. Así que la elite estadounidense sigue enviando a sus hijas a Brown para que estudien literatura francesa. Lo francés confiere cierto esnobismo a los estadounidenses que desean superarse. Muchos neoyorquinos se creen «cultos» cuando son capaces de chapurrear unas cuantas frases en francés durante una cena. En cualquier caso, muchos estadounidenses siguen perdidamente enamorados de todo lo francés, por lo que aceptaron el posmodernismo francés incluso con más fervor que Sócrates cuando aceptó su vaso de cicuta, e incluso con más aplausos que los franceses cuando aceptaron a Jerry Lewis, con diferencia su estadounidense favorito después de Benjamin Franklin.

Desde luego, los franceses también han sido objeto de algunas reacciones adversas por parte de las masas estadounidenses tras los atentados del 11-S. Por ejemplo, en

respuesta a las críticas francesas y a la falta de apoyo de Francia en la «Guerra contra el Terror», los estadounidenses patrióticos amantes de los tubérculos rebautizaron las patatas fritas (*French fries* en inglés) como *Freedoom fries* («patatas de la libertad»). Pero esto es una medida superficial. La herida más profunda, y posiblemente mortal, infligida por los franceses a la libertad estadounidense es de tipo ideológico. Se llama «posmodernismo», y la envergadura de su carnicería cultural supera la comprensión de las masas de consumidores. La catástrofe del posmodernismo no se puede contener ni remediar cambiando el nombre a las patatas fritas, como tampoco el choque interno entre las culturas posmoderna e islámica que se está produciendo en la Francia actual se puede contener ni remediar prohibiendo el velo en los colegios. Aunque las soluciones superficiales resuelven los problemas superficiales, comprar a un niño una gorra nueva no va a curarle un tumor cerebral. El posmodernismo francés es un tumor cerebral que afecta a la mente y que ha deconstruido la concepción ordenada de realidad del modernismo, para sustituirla por caóticas fantasías y dejar el edificio de la civilización occidental tan expuesto al desmoronamiento cultural como lo estaban las Torres Gemelas a la destrucción física. De igual forma que el carburante incendiado de los aviones fundió las estructuras que sustentaban el World Trade Center en los atentados del 11-S, la ideología incendiaria del posmodernismo está fundiendo los paradigmas que sustentan la civilización occidental.

La terminología de Lyotard

El término posmodernismo fue acuñado en Francia por el extremista Jean-François Lyotard en la década de 1960, la misma en que el teórico mediático canadiense Marshall McLuhan acuñó la expresión «aldea global» y el inventor estadounidense Buckminster Fuller propuso la metáfora de la «nave espacial Tierra». Lyotard había sido un ferviente trotskista y había agitado las masas en nombre de la revolución comunista violenta en Occidente. Pero terminó desencantándose a causa de las incesantes y violentas disputas entre facciones marxistas rivales, que siempre estaban dispuestas a destruirse por diferencias ideológicas. Aunque todas las variaciones de marxismo concebibles fracasan estrepitosamente en la práctica, estos académicos neomarxistas franceses rebatían implacablemente (¿qué otra cosa podían hacer?) la «cuestión francesa»: ¿qué variación funciona mejor en teoría? Lyotard terminó cansándose de estos infructuosos conflictos fanáticos e intentó trascenderlos rechazándolo todo, desde el marxismo a la modernidad misma. El posmodernismo es el rechazo de todos los puntos de vista: cualquier teoría política, cualquier perspectiva histórica, cualquier sistema económico, cualquier creencia religiosa, cualquier paradigma científico, cualquier valor humano común y cualquier otra forma concebible de entender el mundo y el lugar que ocupamos en él, incluyendo, por

supuesto, el camino medio.

En la terminología de Lyotard, todas estas «formas» de ver la cosas —la mitología, la historia, la religión, la ciencia, la política, el arte, la filosofía, los propios filósofos abc— son «metarrelatos» o «grandes relatos». Para Lyotard y la generación de posmodernistas que él y Derrida engendraron, estos relatos sólo son cuentos grandilocuentes y exagerados que nos inventamos para intentar conferir un sentido a nuestra vida y al mundo que nos rodea. ¿Y qué hay de malo en ello? Lyotard nos lo explica: «En la sociedad y cultura contemporáneas, la sociedad posindustrial, la cultura posmoderna, estos grandes relatos han perdido toda su credibilidad, sea cual sea el modo de unificación que utilicen, sean relatos especulativos o emancipadores.»¹⁵ Así pues, Lyotard denigra y descalifica todas las formas posibles de ver las cosas (salvo, por supuesto, su propia «antiforma») llamándolas «grandes relatos» y aduciendo que no tienen ninguna «credibilidad». Éste es el mantra que millones de estudiantes universitarios de Occidente llevan décadas repitiendo, inmersos como están en un adoctrinamiento político que pasa por educación superior en las universidades: no hay ninguna forma creíble de entender ni explicar nada. Ninguno de los credos acuñados hasta la fecha desprecia tanto la verdad y la realidad como éste, y ninguno de los mantras inventados hasta la fecha podría hundir más el alma humana en una ciénaga de caos y confusión.

En realidad, Lyotard está diciendo a más de mil millones de cristianos que el cristianismo no tiene ninguna «credibilidad»; está diciendo a más de mil millones de musulmanes que el islam no tiene ninguna «credibilidad»; está diciendo a más de mil millones de indios que la filosofía védica no tiene ninguna «credibilidad»; está diciendo a más de mil millones de confucianos que Confucio no tiene ninguna «credibilidad». Lyotard está diciendo a todos los científicos aristotélicos del mundo que la ciencia no tiene ninguna «credibilidad»; a todos los capitalistas del mundo que el capitalismo no tiene ninguna «credibilidad»; a todos los budistas del mundo que el budismo no tiene ninguna «credibilidad»; a todos los ciudadanos de todos los Estados democráticos modernos del mundo que la democracia y el modernismo no tienen ninguna «credibilidad». El posmodernismo degrada todas las perspectivas compartidas, censura todas las aspiraciones comunes y destruye todos los intentos de unir a la humanidad. Lyotard declara: «El sentimiento de lo sublime no es ni la universalidad moral ni la universalización estética, sino, más bien, la destrucción de una por la otra en la violencia de su diferendo.»¹⁶ Por «diferendo» se entienden las diferencias conceptuales y lingüísticas que dividen a las personas, con una insistencia fanática en que ningún paradigma es «más verdadero» que otro en teoría y en que ningún sistema funciona

«mejor» que otro en la práctica.

Esto estructura el plan apenas velado de Lyotard, que consiste en escoger los paradigmas más sofisticados y emancipadores de la historia de la humanidad —la ciencia y la modernidad occidentales, la envidia de la aldea global— y acusarlos de ser los menos creíbles y los más perniciosos de todos. El posmodernismo de Lyotard es un metaparadigma de artificios, tras el cual acecha, agazapado y frustrado pero implacable, un trotskista decidido a no cejar en su intento de destruir Occidente. Así pues, Lyotard denuncia los avances científicos, tecnológicos, políticos y socioeconómicos más importantes de la historia de la humanidad, y los llama «síntomas». ¿Pero cuál es la enfermedad? Según Lyotard, «Es la historia íntegra del imperialismo cultural desde los albores de la civilización occidental».¹⁷

Por tanto, el posmodernismo concibe la civilización occidental como una «enfermedad», precisamente porque todas las pruebas objetivas demuestran de forma concluyente que el paradigma occidental moderno ofrece a sus ciudadanos más libertad, más oportunidades y más esperanza que ningún otro paradigma del mundo. Es la modernidad occidental la que ha despertado las formidables facultades creativas y resolutivas de la aldea global en su conjunto. Es la modernidad occidental lo que las demás grandes civilizaciones, junto con muchos otros estados-nación orbitales y centrales están deseosos de abrazar. La modernidad de Occidente es el motor de la globalización. No obstante, al igual que los saqueadores y parásitos de la sobresaliente profecía de Ayn Rand, *La rebelión del Atlas*, los posmodernistas están empeñados en destruir el mismo sistema que les ha dado cobijo. El posmodernismo es una enfermedad que, sin tratar ni diagnosticar, está haciendo estragos en el ADN cultural de Occidente. Como bien sabía Antonio Gramsci, entre otros marxistas europeos, uno puede destruir una civilización sin hacer ni un solo disparo, adueñándose de sus instituciones culturales.

Pese a sus problemas e inconvenientes, la civilización occidental moderna ha alcanzado el mejor nivel de vida para el mayor número de ciudadanos como parte del fruto de su evolución. En este proceso, también ha desarrollado manuales de «mejores prácticas» para el gobierno de sus estables democracias, la sostenibilidad de sus productivas economías y el mantenimiento de las libertades, oportunidades y esperanzas que ofrece a la totalidad de la aldea global. Pese a sus muchos errores y debido a sus muchas virtudes, la civilización occidental se ha convertido en la envidia de la aldea global y ha generado el modelo de globalización que tantos países en vías de desarrollo y tantas regiones emergentes del mundo están impacientes por aplicar. No es ninguna coincidencia que la civilización del Lejano Oriente, así como los países latinoamericanos, estén progresando en la medida en que quieren y pueden adoptar este modelo. En

cambio, partes de la civilización islámica, Asia meridional y el continente africano se están quedando rezagadas con respecto al resto de la aldea global en la medida en que no quieren o pueden adoptar ese modelo. Este modelo vanguardista de civilización es sinónimo de «modernidad».

La sensibilidad marxista de Lyotard se vio profundamente perturbada por la noción de que un relato pudiera ser «mejor» que otro, si por «mejor» nos referimos a cosas como tener sentido, descubrir la verdad o producir resultados. Pero recuerde que, para las personas que plantean la «cuestión francesa», lo que cuenta es siempre la teoría. Así pues, el posmodernismo adopta la perspectiva igualitaria, extrema y laica de que todos los metarrelatos son equivalentes: un relato es «tan bueno» como cualquier otro y, de hecho, todos son inadecuados. ¿Por qué? Porque, según la teoría posmoderna, todos los relatos cometen el error de suponer que, para empezar, el mundo tiene sentido. De hecho, sostiene el posmodernismo, nada tiene sentido. La verdad no existe y, por tanto, ningún metarrelato puede ser más, o menos, verdadero que otro.

Siento tener que disentir. *Forbes Magazine* publicó recientemente un artículo advirtiendo a los occidentales de que no viajaran a los catorce países más peligrosamente inestables, violentos y anárquicos de la aldea global en 2006.¹⁸ Se trata de los Estados fallidos o en decadencia, descritos por la periodista Sophia Banay: «Desde Afganistán hasta Zimbabwe, hay países y pueblos que están siendo pulverizados por la opresión, el terrorismo, la pobreza y la muerte. Son lugares donde el ejercicio de la ley es arbitrario, la educación, impensable y donde la vida no vale nada.»¹⁹ Estos mundos infernales no sólo carecen de un gobierno eficaz, de ley y orden: sus economías también se han deteriorado y padecen todos los males sociales concebibles. Sus ciudadanos no sólo sufren a causa de la violenta criminalidad, sino también a causa de la corrupción política, los elevados índices de desempleo, la pobreza endémica, la falta de atención sanitaria y la elevada tasa de mortalidad infantil. Las ruinosas infraestructuras no pueden asegurar el suministro de agua corriente, electricidad ni alimentos a poblaciones cada vez mayores, ni tan siquiera en los centros urbanos. Estos países en proceso de desintegración subsisten a duras penas en el extremo más alejado de la civilización occidental, precisamente porque han rechazado o no han sido capaces de mantener, sin ayuda, los paradigmas centrales de Occidente. Sin embargo, Lyotard y sus adoctrinados ejércitos posmodernistas persisten en declarar que la civilización occidental es una horrible enfermedad.

¿A quién se lo declaran? A los estudiantes y a la intelectualidad de Occidente, de quienes llevan alimentándose como parásitos ideológicos desde finales de los años sesenta. Si la civilización occidental es una abominación tan absoluta, ¿por qué no migran en masa los posmodernistas a los catorce países más «no occidentales» de la Tierra, de

Afganistán a Zimbabwe? ¿Tal vez porque llevan una vida incomparablemente mejor difamando y destruyendo los valores occidentales desde dentro del mismo Occidente, que (para su grave peligro) les ofrece la libertad, las oportunidades y la esperanza de hacerlo?

Las deconstrucciones de Derrida

Lyotard allanó el terreno a Derrida, otra de las grandes «figuras» del posmodernismo, quien desarrolló la herramienta de la «deconstrucción» para dismantelar el lenguaje y el pensamiento. Apenas había condenado Lyotard el edificio de la civilización occidental cuando Derrida llegó para iniciar su demolición, ladrillo a ladrillo. Aunque las palabras y las ideas no son los únicos medios que tenemos para entendernos, ni tampoco los más profundos, son no obstante los medios que utilizamos con más naturalidad y frecuencia para adquirir y transmitir la cultura, incluyendo los manuales de mejores prácticas y los modelos de sociedad civil.

Derrida hizo con las palabras y las ideas exactamente lo que Lyotard había hecho con los paradigmas: las despojó de significado. Por ejemplo, Derrida analiza pares fundamentales de palabras que Aristóteles llama opuestos y los taoístas denominan complementos, como verdadero/falso, objeto/sujeto, masculino/femenino, razón/emoción, teoría/práctica, realidad/fantasia. A continuación, afirma que estas «estructuras enfrentadas» son dogmática y violentamente jerárquicas y que la civilización occidental las «utiliza» para mantener las jerarquías de poder. El cometido de la deconstrucción es pues socavarlas dogmática y violentamente, de cualquier forma posible. Para los deconstruccionistas, el lenguaje no tiene ningún significado en absoluto y se refiere a las cosas con la única finalidad de crear «estructuras de poder» mediante las que sus creadores pueden ejercer un dominio jerárquico, por ejemplo «la hegemonía patriarcal del varón blanco heterosexual». Así pues, en manos de los deconstruccionistas, la matemática se convierte en una «construcción social» opresora, censurada por mantener supuestamente su hegemonía sobre las mujeres y otras víctimas de la civilización.

Por ejemplo, el profesor Kevin Kumashiro, un destacado deconstruccionista, es director del Centre for Anti-Oppressive Education (Centro de educación antiopresora) fundado por él en Washington, D. C. Al igual que los altos mandos del deconstruccionismo instalados cómodamente en las universidades de todo Occidente, predica la siguiente doctrina: «Históricamente, la matemática ha sido una herramienta del colonialismo y el imperialismo. Esto no debería sorprendernos, dado que la matemática posee una “lógica del control” subyacente: matematizar y cuantificar la naturaleza, el tiempo y el espacio son formas en que los seres humanos podemos controlar, no sólo la

naturaleza, sino también la sociedad, ya que definir “razón” en parte como la capacidad de pensar “matemáticamente” permite que ciertas personas (a saber, los “matemáticos”) aumenten su control sobre los demás.»²⁰ En cambio, al redefinir «razón» como algo que cualquiera puede imaginar o evocar sobre cualquier cosa en cualquier momento dado, los posmodernistas han arrebatado el «control» de los «demás» a los matemáticos imperialistas y a su «tiranía» de rigor científico. Así de fácil. Las especialidades académicas del profesor Kumashiro son «estudios sobre la juventud negra homosexual» y «educación antiopresora». Poniendo las ciencias y la lengua de las aulas estadounidenses de su parte para eliminar la matemática, y sustituyéndolas por vulgares politizaciones, mejorará sin duda las perspectivas educacionales de todos los alumnos que caigan en sus garras, no sólo de los alumnos negros homosexuales. Su educación «antiopresora» orwelliana garantiza que sus alumnos sean oprimidos para convertirse en ignorantes disfuncionales, en lugar de en seres humanos funcionales.

Huelga decir que las mujeres han sido unas «víctimas» especiales de la matemática. Como veremos en el capítulo 9, una de las diferencias sexuales bien establecidas es que las mujeres tienen, de promedio, menos aptitudes para la matemática que los hombres.²¹ Así pues, no es extraño que muchas mujeres experimenten la matemática de forma distinta a los hombres. El deconstruccionismo, no obstante, convierte esto en un motivo de denuncia y resentimiento, como expone la profesora Betty Johnson de la Universidad de Tecnología de Sydney:

Descubrimos que gran parte de las matemáticas que habíamos experimentado pertenecían a una práctica dominadora que nos alejó de nuestro propio conocimiento y del mundo cotidiano, separando la mente, el cuerpo y la emoción y anteponiendo la abstracción y la generalización al significado [...]. Estas prácticas hegemónicas no son, por tanto, las únicas posibles; el esfuerzo requerido para mantenerlas, de hecho, demuestra el grado en que pueden concebirse como negaciones de experiencias alternativas.²²

Así pues, en manos de los deconstruccionistas, las matemáticas (y las ciencias) ya no se elogian como uno de nuestros medios más concisos y refinados de indagar con fiabilidad y profundidad en el funcionamiento interno de la verdad lógica y la realidad física, ni se respetan ya como uno de los mayores logros de la razón humana; en cambio, se consideran «prácticas hegemónicas» que «dominan» a la mujeres, obligándolas a «negar» sus «experiencias alternativas». Una de las consecuencias de la colonización que ha sufrido el sistema educativo estadounidense por parte de los deconstruccionistas,

incluyendo a feministas militantes cuyas insatisfactorias experiencias emocionales con la matemática las han empujado a politizar la razón y a eliminarla de los planes de estudios, es que multitudes de sus alumnos universitarios no aprenden a distinguir entre fantasía y realidad. Otra consecuencia para Estados Unidos en el mundo real (que los deconstruccionistas niegan) es que esas multitudes de estadounidenses mal formados ya no son competitivas en los florecientes mercados intelectuales de Asia.

Recuerde el lema que Platón colocó sobre la entrada de su Academia, cuyo mensaje Aristóteles leyó todos los días durante la década y media que pasó allí y se tomó totalmente en serio durante el resto de su vida: «Nadie entre aquí que no sepa geometría.» Recuerde que en el capítulo 5 he esbozado la conexión helénica entre matemática, ética y política. Ahora, dos milenios y medio después, nuestra Academia ha caído en manos de los ejecutores de la razón, que han sustituido el lema de Platón por su opuesto: «Nadie entre aquí que sepa geometría.» Los efectos de la deconstrucción están muy difundidos y son perniciosos. No es ninguna coincidencia que los estudiantes estadounidenses tengan un rendimiento académico cada vez peor, según criterios internacionales, en matemática y ciencias, como tampoco lo es que Estados Unidos esté perdiendo su liderazgo mundial tanto en el sector científico como en el tecnológico. Estas cualidades culturales de Occidente se han visto debilitadas por el cáncer del deconstruccionismo, que se ha extendido por toda la civilización occidental.

Las horribles deficiencias culturales de la población estadounidense, incluyendo su ignorancia no sólo en matemática y ciencia sino, cada vez más, en cultura general, no han pasado inadvertidas en el resto del mundo. Como afirman los autores de *¿Por qué la gente odia Estados Unidos?:* «¿Por qué —no dejan de preguntarse en todo el mundo— los estadounidenses, en un país con el sistema y las instituciones educativas más avanzadas del mundo, saben tan sumamente poco sobre lo que sucede en el mundo? No saben los nombres de los gobernantes de otros países, ni siquiera los de sus aliados occidentales. No saben localizar geográficamente otros países. No conocen la historia del mundo. Y tampoco parece que les importe.»²³

Los extremos políticos que hemos examinado en el capítulo anterior conspiran sin darse cuenta para acrecentar el vacío de la ignorancia estadounidense. La extrema derecha está interesada en el dogmatismo religioso y en los beneficios económicos de las grandes empresas, y es demasiado corta de vista y avara para financiar las necesarias reformas educativas. La extrema izquierda está obsesionada con la deconstrucción y la ideología marxista, y ha parasitado el sistema educativo estadounidense hasta casi provocar su desmoronamiento. Volveremos a tratar estas cuestiones en los capítulos 10 y 11.

Todo esto tiene contraída una deuda imponderable con la entusiasta adopción de Lyotard y Derrida por parte de Estados Unidos. El papel de Francia como caldo de cultivo del posmodernismo es tragicómico, especialmente ante la grandeza de las aportaciones francesas a la cultura erudita por parte de genios matemáticos como Pascal o D'Alembert, Laplace o Fourier, Poincaré o Mandelbrot. Pero, por si acaso lo olvidamos, el químico francés Lavoiser, de origen noble, fue guillotinado por los jacobinos con estas palabras resonándole en los oídos: «*On n'a pas besoin des savants dans notre Republique.*»²⁴ De igual modo, generaciones enteras de estudiantes occidentales han sido guillotinas también por el posmodernismo y su ridículo mantra: la verdad y la realidad no existen; todo es una construcción social.

Volveremos a tratar la negación de la verdad científica por parte del posmodernismo y el feminismo radical en el capítulo 11. Entretanto, durante la década de 1990, el físico de la Universidad de Nueva York Alan Sokal se indignó tanto con los auténticos disparates perorados por los críticos posmodernistas de la ciencia que escribió un artículo satírico titulado: «Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformacional de la gravedad cuántica», publicado en *Social Text*, la revista posmodernista más destacada de Estados Unidos. Su artículo expuso la flagrante fraudulencia del posmodernismo, cuyas principales figuras estadounidenses (como el editor de la revista, el profesor Stanley Fish) fueron incapaces de distinguir entre su galimatías «auténtico» y el galimatías «falso» de la sátira de Sokal.²⁵ Fíjese en que lo contrario no habría sido posible: ningún ignorante posmoderno puede publicar nada en una buena revista científica, porque la ciencia maneja conceptos sofisticados, métodos fiables y leyes universales que son una abominación para las «construcciones sociales» del antirrealismo. Las lúcidas exposiciones científicas son cualquier cosa menos una sarta arbitraria de jerga sin sentido que apenas logra disimular protestas pueriles, emocionales o histéricas contra la cruda realidad y sus sutiles matices, incluyendo la ley natural y el orden equilibrado.

El posmodernismo es el «nuevo paradigma del emperador», otro paso hacia la destrucción de la civilización occidental. Negando las estructuras preñadas de significado del lenguaje y el pensamiento y rechazando el mundo objetivamente ordenado al que se refieren los significados, los deconstruccionistas han llegado a extremos absurdos de negación, a fin de socavar y destruir todo lo que tocan salvo sus propios disparates. Han lavado el cerebro a una generación entera de estudiantes occidentales crédulos, manipulables y políticamente polarizados para que repitan como loros la sublime afirmación de que todos los aspectos concebibles de la realidad, desde las demostraciones geométricas hasta las leyes científicas, son «construcciones sociales», afirmación que paradójicamente aceptan como verdad absoluta. No se les ocurre pensar que la idea

misma de «construcción social» es ya una construcción social. Como termitas oportunistas, han roído los cimientos de una civilización, cuyas libertades, oportunidades y esperanzas ganadas a pulso los han «facultado» para convertir a sus hijos, mediante una «educación» deconstruida y politizada, en esclavos descerebrados, incapaces de nada que no sea negar obscena y ruidosamente las realidades que irónicamente los sustentan.

La miopía de Francis Fukuyama, que de no padecerla sería un teórico político erudito, lo instó a anunciar «el final de la historia». Fukuyama está convencido de que los éxitos de la democracia liberal, iniciada con las revoluciones estadounidense y francesa y difundida ampliamente desde entonces, convierten la historia política en un «producto acabado» que todos los países deben imitar antes o después.²⁶ Fukuyama parece no darse cuenta de que las culturas deconstruidas estadounidense y francesa están ambas implosionando y de que sus libertades, oportunidades y esperanzas fundamentales están siendo sustituidas por manuales de uso totalitarios y orwellianos. Lo más probable es que el siglo XXI sea testigo de horrores políticos que eclipsarán los del siglo XX. ¿Es esto «el final de la historia»? Yo creo que no. La historia no tardará en anunciar «el final de Fukuyama» (como hace con todos nosotros) y seguirá su curso.

Laozi escribió: «Lo que va en contra del Tao pronto llegará a su fin.» El posmodernismo va en contra del Tao, al deconstruir su metafísica del yin y el yang, por lo que pronto debe llegar a su fin. Mi mayor preocupación es que arrastre con él a la totalidad de la civilización occidental. No diría esto si el posmodernismo sólo fuera otro excéntrico extremismo intelectual más que afectara únicamente a un sector marginal de la contracultura. Por el contrario, nuestros omnipresentes amigos marxistas se han asegurado de que las debilitantes doctrinas posmodernistas formen el núcleo de las enseñanzas, políticamente correctas y oficialmente autorizadas, impartidas por el sistema de «estudios superiores» occidental, cuyos alumnos amaestrados han difundido a todos los sectores imaginables: los medios de comunicación, la industria editorial, el ejército, el sistema legal, la cultura empresarial y el gobierno, por citar sólo unos pocos.

Como George Orwell supo advertir, la destrucción del lenguaje es un componente fundamental de la opresión.²⁷ Los marxistas occidentales han utilizado y explotado a los desventurados posmodernistas con este único objetivo: destruir el lenguaje, la esencia de la razón, lo cual permitirá a neoestalinistas y neomaoístas establecer su tiranía marxista sobre las universidades y, de aquí, sobre la totalidad de la cultura. Ilustraré esto sin omitir ningún detalle escabroso en el capítulo 11.

Esto es un legado de la década de 1960, en que la «cuestión francesa» del posmodernismo llegó a Estados Unidos por la vía de la globalización. Aunque mi

experiencia de esta década se inscribe predominantemente en la cultura hippie y en su expansión de la conciencia mediante sustancias alucinógenas, la música pop, la filosofía oriental, los estilos de vida comunales y el amor libre, aquellos turbulentos años también fueron testigo de la dispersión por todo Occidente de tendencias revolucionarias neomarxistas estructuralmente violentas. Al final, hubo tantas facciones enfrentadas que la contracultura de izquierdas se desmoronó por completo. Los hippies rescataron y cultivaron tanta paz y amor como pudieron, y acabaron en gran parte retomando normas occidentales reconocibles. Como un erudito observó: «Los valores de la clase media demostraron ser más fuertes que el ácido», una defensa del camino medio que yo suscribo. Pero los marxistas invadieron las universidades, cuyas administraciones cedieron a todas sus demandas concebibles: cuanto más radicales, más rápida la capitulación; cuanto más destructivas para la civilización occidental, más profunda la capitulación. Herbert Marcuse, Noam Chomsky, la Escuela de Frankfurt, una generación entera de marxistas se apoderó del mundo universitario, y los posmodernistas se convirtieron en sus marionetas. Los marxistas entendían perfectamente lo que George Orwell sabía: que destruyendo el lenguaje podrían esclavizar a toda una generación rebautizando simplemente su esclavitud como «liberación». «La libertad es esclavitud», escribió Orwell en su premonitoria sátira.

Esto ha culminado en una profunda transformación del sistema de educación superior estadounidense, el cual ha dejado de estudiar la verdad y la realidad para renegar sistemáticamente de ambas. En palabras de uno de los principales profetas del antirrealismo, el filósofo Richard Rorty: «Hoy en día, a muchas personas les parece inmaduro creer en Dios y, con el tiempo, a muchas les parecerá inmaduro el realismo.»²⁸ La «maduración» de este antirrealismo profano está propiciando el desmoronamiento de Occidente, exactamente como pretenden sus saboteadores neomarxistas. Estas figuras principales de la cultura intelectual estadounidense afirman que, en verdad, no hay verdad y que, en realidad, no hay realidad. Un niño intuitivo no haría caso de esta irrisoria paradoja y la interpretaría como una broma. Sin embargo, toda una civilización se ha dejado deconstruir por un mero juego de manos semántico, un claro truco mental.

Julius Lester, un buen periodista político de la década de 1960 que fue guerrillero urbano, rompió con los marxistas en cuanto comprendió su verdadero orden de prioridades. En vano, advirtió: «Ojalá “las personas” en cuyo nombre decimos hablar puedan ahorrarse nuestro ascenso al poder.»²⁹ En la década de 1940, Ayn Rand había hecho la misma advertencia en su excepcional clásico *La rebelión del Atlas*, también aparentemente en vano. Y lo mismo había hecho Isaiah Berlin, quien, al igual que Rand,

había huido de la esclavitud colectivista de la Rusia marxista-leninista en pos de las libertades individuales de Occidente.

Si le gustan los guiños sarcásticos, pruebe con éste: adquirí la nacionalidad estadounidense en 2003 y, como parte del proceso, tuve que dar fe por escrito de lo siguiente: «No soy ni he sido nunca miembro del partido comunista.» Este vestigio de macartismo se administra discretamente a los millones de inmigrantes que han buscado refugio político en Estados Unidos para eludir las injusticias del totalitarismo, incluyendo la versión de Marx. Yo mismo soy un refugiado político del totalitarismo canadiense. (Michael Moore se olvidó de filmar esa parte de Canadá. Yo remediaré su omisión en el capítulo 11.) Así pues, el Servicio de Inmigración y Naturalización (ins) de Estados Unidos sigue buscando «rojos». Menuda tenacidad. Más de una mujer envidiaría la fortaleza de su compromiso. Opino que el ins merece un premio por haber tardado más que nadie en cerrar la puerta después de escapársele el caballo. En vez de hacer el juramento, yo tenía ganas de decirle al agente del ins: «Por el amor de Dios. Los rojos están controlando las universidades estadounidenses. Yo soy parte de la solución, no parte del problema.» Pero también tenía presente que, en la víspera de la vista de su nacionalización, Kurt Godel encontró una laguna jurídica en la Constitución de Estados Unidos que permitiría a un dictador hacerse con el poder. Quiso advertir al juez, pero Einstein lo disuadió. Si Godel hubiera hablado, quizá también lo habría hecho yo.

Pero hasta el sistema estadounidense, y a veces especialmente el sistema estadounidense, te apalea y te somete. Una aguda observación al agente del ins podría haberme supuesto dos años más de espera para obtener la nacionalidad. Así que suspiré y firmé. Y, a menos que usted quiera ayudarme a hacer algo más al respecto, Marx será quien reirá el último, es decir, a menos que la comedia política de Lyotard y Derrida no le haya arrancado ya algunas risas. Después de todo, qué podría divertir a un marxista inveterado más que esto: las dos peores ideas que Francia ha engendrado en doscientos años, el posmodernismo y la deconstrucción, han podido, en gran parte gracias a Estados Unidos, disolver los cimientos de la civilización occidental. Lo único que quizá sea más divertido es la reacción de Estados Unidos al reciente alejamiento político de Francia. Sí, sus doscientos años de enamoramiento pueden estar llegando a su fin, si el hecho de cambiar el nombre a las patatas fritas después de una divergencia política significa algo parecido a cambiar el nombre en el buzón después de un divorcio. Si yo fuera un marxista inveterado, es posible que las «patatas de la libertad» me hicieran reír el último. Esto fue misteriosamente vaticinado por el poeta estadounidense del siglo XX e. e. Cummings, quien escribió un poema cuyo título, traducido, reza «Mientras la libertad sea un ingrediente del desayuno».³⁰

Estos extremos ateos de negación posmoderna, y su dogmática sordera frente a la realidad, están radicalmente enfrentados a los extremos religiosos de la fe ciega y su dogmática afirmación de lo sobrenatural. El caos impuesto por la izquierda anárquica entra diariamente en conflicto con el ordenado *mythos* de la derecha religiosa. Las víctimas de esta guerra son el *logos* (la razón y la palabra) y el *ethos* (las normas). Esta polarización está haciendo pedazos tanto a Estados Unidos como a Occidente. Solamente el camino medio de los filósofos abc puede restablecer una semblanza de proporción, armonía y orden y, por lo tanto, de humanidad en una civilización en peligro.

Lo que he intentado mostrarle en este capítulo es algo que también nos recuerda Daisaku Ikeda en su conversación con Gorbachov: «La historia ofrece muchos ejemplos de conservadores y liberales que, tras volverse indiferentes y cínicos con respecto a la verdad, se han dejado manipular por falsos profetas y charlatanes.»³¹ Los extremos religiosos y ateos son movimientos masivos de tribus ideológicas. El tribalismo fue un antiguo avance evolutivo que en su día resultó muy beneficioso, ya que favorecía nuestra supervivencia como especie. Pero los órdenes de prioridades y los conflictos de las tribus ideológicas contemporáneas son cada vez más hostiles a la prosperidad del ser humano. El próximo capítulo examina los extremismos tribales genéricos derivados de nuestras raíces evolutivas primates.

1 De los *Fragmentos* de Aristóteles, citado por Séneca.

2 Aristóteles: *Acerca del cielo*.

3 <http://www.skepticfiles.org/atheist/virginjc.htm>.

4 <http://www.law.um.edu/faculty/projects/ftrials/scopes/menk.htm>.

5 Anónimo: *La nube del no saber*, Editorial Herder, Barcelona, 2000 (versión bilingüe español-inglés).

6 V. p. ej.: Jungk, Robert: *Más brillante que mil soles*, Argos, 1976.

7 http://www.bbc.co.uk/pressoffice/pressreleases/stories/2005/07_july/13/radio4.shtml.

8 Berlin, Isaiah: *Freedom and its Betrayal: Six Enemies of Human Liberty*, Henry Hardy (ed.), Princeton University Press, Princeton, 2002.

9 Gorbachov, Mijaíl y Daisaku Ikeda: *Moral Lessons of the Twentieth Century: Gorbachev and Ikeda on Buddhism and Communism*, I. B. Tauris, Londres, 2005, pp. 147-148.

10 Cit. por Stanley, S.: *The New Evolutionary Timetable*, Basic Books, Nueva York, 1981, p. 205.

11 <http://www.gnXP.com/MT2/archives/001952.html>.

- 12 «Los imperios crecen y menguan» son las primeras palabras de la novela épica china de Lo Kuan-Chung *Historia de los tres reinos*, Pekín, 1955 (texto en chino).
- 13 V. p. ej., la excelente biografía de Isaacson, Walter: *Benjamin Franklin: An American Life*, Simon & Schuster, Nueva York, 2003.
- 14 De Tocqueville, Alexis: *La democracia en América*, Alianza Editorial, Madrid, 2002.
- 15 <http://www.egs.edu/faculty/lyotard-resources.html>.
- 16 <http://www.egs.edu/faculty/lyotard-resources.html>.
- 17 <http://www.egs.edu/faculty/lyotard-resources.html>.
- 18 Afganistán, Burundi, Costa de Marfil, República Democrática del Congo, Georgia, Haití, Iraq, Liberia, Pakistán, Papúa Nueva Guinea, Rusia (Chechenia), Somalia, Sudán, Zimbabwe.
- 19 http://www.forbes.com/lifestyle/travel/2006/02/16/dangerous-travel-destinations-cx_sb_0216feat_ls.html?partner=netscape.
- 20 Kumashiro, Kevin: «Perspectives on Anti-Oppressive Education in Social Studies, English, Mathematics and Science Classrooms», en *Educational Researcher*, vol. 30, n.o 3, pp. 3-12, 2001.
- 21 Entre otros muchos hallazgos de este tipo, obtenidos por investigadoras, v. E. MACCOBY y C. JACKLIN: *The Psychology of Sex Differences*, Standford University Press, Standford, 1975.
- 22 <http://www.nottingham.ac.uk/csme/meas/papers/johnson.html>.
- 23 Sardar, Ziauddin y Merryl Wyn Davies *¿Por qué la gente odia a Estados Unidos?*, Gedisa, Barcelona, 2003.
- 24 «No necesitamos genios en nuestra República.»
- 25 <http://www.physics.nyu.edu/faculty/sokal/>.
- 26 Fukuyama, Francis: *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1995-1996.
- 27 Orwell, George: *Politics and the English Language*, 1946. V. también http://www.orwell.ru/library/essays/politics/english/e_polit.
- 28 *The Philosophers Magazine*, otoño de 1999.
- 29 Cit. por Peck, Abe: *Uncovering the Sixties*, Pantheon Books, Nueva York, 1985.
- 30 <http://www.americanpoems.com/poets/eecummings/11881>.
- 31 *Moral Lessons of the Twentieth Century*, p. 44.

Extremos tribales: Dispersión natural y mestizaje cultural en la aldea global

Las personas se consideran nobles en todas partes, no sólo en su tierra; pero juzgan nobles a los extranjeros sólo cuando ellos están en la suya.
Aristóteles

En el cielo, no existe ninguna distinción entre este y oeste; las personas crean las distinciones en su mente y entonces creen que son reales.
Buda

Los hombres están cerca cuando nacen; las vidas que llevan los separan.
Confucio

La materia prohibida

Este capítulo también podría llevar por título «Introducción a la sociobiología humana: las bases evolutivas del tribalismo». El siglo XX fue una época de avances científicos sin precedentes, que asistió no sólo al desarrollo de todas las ramas tradicionales de la matemática y las ciencias, sino también a la emergencia de muchas ramas, materias y disciplinas nuevas, así como a fusiones de disciplinas antes diferenciadas. Una de esas fusiones, la sociobiología, estudia las bases biológicas del comportamiento social de los animales. Una de las voces pioneras en esta nueva ciencia, E. O. Wilson, publicó un magnífico texto fundamental sobre el tema en la década de 1970.¹ Es innegable que el comportamiento social de los animales está influido por su biología. No obstante, los intentos de ampliar este enfoque a los humanos se toparon con extremas diferencias de opinión. Así, pues, la sociobiología se convirtió en un campo de batalla para los extremismos políticos enfrentados de la década de 1970, los mismos extremismos que desencadenaron las «guerras culturales» y «las guerras de sexos» que han polarizado la sociedad estadounidense. El extremo conservador afirma que el comportamiento social humano debe tanto a la biología como el del resto de animales; en

otras palabras, que la cultura está en gran parte determinada por la biología. El extremo liberal afirma que el comportamiento social humano no debe nada a la biología y todo a la cultura; en otras palabras, que la cultura no está en absoluto determinada por la biología. Dado que el extremo liberal y su deconstrucción posmodernista del lenguaje, la verdad, la ciencia y la realidad han prevalecido en los campus de las universidades estadounidenses, la sociobiología humana se ha convertido en una materia esencialmente prohibida. Puesto que he acabado especializándome en enseñar una serie de materias prohibidas, me complace ofrecerle una breve introducción a la sociobiología humana. No la encontrará en los programas de estudios de las universidades estadounidenses, se lo aseguro.

Como es habitual, el camino medio afirma que cultura y biología no son opuestos polares, sino complementos taoístas. Cada una contiene algo de la otra y ambas parecen compenetrarse a la perfección. Los seres humanos somos al menos la suma de nuestra biología y nuestra cultura, y cada ámbito tiene la facultad de influir en el otro. Afirmar la importancia de la biología (herencia) negando la importancia de la cultura (aprendizaje) peca de conservadurismo extremo, mientras que afirmar la importancia de la cultura negando la importancia de la biología peca de liberalismo extremo. Un camino medio debe afirmar la importancia de biología y cultura por igual y esforzarse por entender su interacción. Éste es el camino para la liberación del ser humano. ¿Liberación de qué? De los extremos del tribalismo que afligen a la aldea global.

En los dos capítulos anteriores hemos visto que los extremos políticos, así como los extremos religiosos y ateos, polarizan las sociedades y entran violentamente en conflicto separados por los abismos que crean sus polarizaciones. En ausencia de un camino medio, las personas deben elegir entre extremismos enfrentados o precipitarse al abismo que los separa, sacrificios humanos en nombre del dios Moloch del fanatismo. Sea quien sea y esté donde esté, usted sabe perfectamente que política y religión son dos temas consagrados con la facultad de provocar acaloradas discusiones, incluso (o especialmente) entre buenos amigos y en el seno de familias muy unidas. Simplemente, los debates sobre cuestiones políticas y religiosas no se acaban nunca. Estas interminables riñas forman parte de la condición humana y pueden ser saludables siempre que procedan desde el punto de vista del bien común o progresen hacia el descubrimiento de un terreno común, para que las personas puedan coincidir o discrepar en el contexto más amplio de su humanidad compartida y sin infligirse daño, sea mortal o de otro tipo. Los filósofos abc procuran este contexto humano universal con particular eficacia, para que las diferencias inevitables entre las personas y los pueblos no tengan que convertirse en la base del odio, la violencia, el derramamiento de sangre y el desaprovechamiento de la vida humana y su enorme potencial.

El esencial factor común que convierte las cuestiones políticas y religiosas en tema de interminables discusiones es, en una palabra, el tribalismo. Siempre que los grupos humanos se cohesionan o unen en torno a un mito, un tótem, una bandera, un partido, un credo, un eslogan, una ideología o unas escrituras, sus componentes siempre experimentan dos cosas: ellos y los otros. Esta tensión entre pertenecer al grupo y no hacerlo ha estado omnipresente desde los albores de la humanidad. La unidad social básica se denomina «tribu», y fue durante mucho tiempo la unidad fundamental para la supervivencia humana. Según Darwin, la tribu permitió sobrevivir a los seres humanos durante decenas si no cientos de miles de años, dispersándolos en pequeños grupos por todos los hábitats concebibles del planeta; pero con el consiguiente coste de inevitables hostilidades entre tribus. Según Lamarck, distintas tribus adquirieron y transmitieron herramientas y símbolos distintos, tanto para mantener su integridad como para competir con otras tribus. Donde biología y cultura se complementaron bien, las tribus humanas prosperaron; donde biología y cultura no se complementaron, las tribus humanas desaparecieron.

Los extremos de la geografía humana y los caprichos de la naturaleza humana moldearon distintas variedades de tribus y, durante largo tiempo, tanto la evolución natural como la cultural favorecieron la dispersión de tribus de cazadores y recolectores mutuamente hostiles. Estos grupos dispersos reprodujeron esencialmente muchas de las estructuras sociales que ya habían demostrado su viabilidad en la evolución biológica de nuestros parientes vivos más cercanos, los grandes simios y algunos monos del Viejo Mundo, especialmente los papiones. Dado que las estructuras sociales de los primates representan las mismísimas raíces de las «estructuras de poder» y «hegemonías privilegiadas» humanas que los marxistas y posmodernistas están obsesionados por denunciar y deconstruir, incluidas todas las estructuras políticas y religiosas tradicionales, nos incumbe examinarlas aquí en mayor detalle.

Dispersión y mestizaje

Voy a articular los dos extremos fundamentales y en apariencia opuestos de este capítulo, que primero exageraré y luego intentaré reconciliar a través del camino medio. El extremo del primate prehistórico favoreció la dispersión geográfica y la enemistad competitiva entre pequeñas tropas de monos, grupos reducidos de grandes simios y pequeñas tribus de seres humanos, un modo de vida avalado por el tiempo que dominó durante aproximadamente 15 millones de años de evolución del primate, incluyendo los últimos 10.000 años de evolución cultural humana. Los etólogos y antropólogos culturales no realizaron investigaciones de campo hasta el siglo XX, justo a tiempo para observar y estudiar el comportamiento de los animales sociales en estado natural y de

seres humanos supervivientes de la Edad de Piedra en hábitats naturales que no habían cambiado desde hacía muchos miles de años y habían permanecido completamente aislados de las grandes civilizaciones que comenzaron a florecer hace unos 10.000 años. Los primeros humanos modernos que vivieron entre los inuit del norte de Canadá, los pigmeos de la selva ecuatorial africana, los yanomamos del Amazonas, los bosquimanos del Kalahari, los indígenas de Nueva Guinea o los aborígenes australianos se montaron básicamente en una máquina del tiempo que los llevó a la prehistoria de la humanidad, donde pudieron observar estados primitivos de cultura estática, antes de que la Revolución Neolítica permitiera la creación y el crecimiento de grandes asentamientos permanentes y la evolución de civilizaciones dinámicas que han conducido a la globalización. Y he aquí el otro extremo: la propia globalización, la cual, con rapidez y a la fuerza, ha mezclado tribus y pueblos cuyas evoluciones culturales llevaban milenios siendo distintas, incompatibles e incluso mutuamente hostiles.

Largo tiempo atrás, los seres humanos vivían en grupos reducidos, denominados «tribus dialécticas» porque todos sus componentes se conocían por su nombre de pila. A lo largo de sus vidas, de treinta o, como mucho, cuarenta años de duración, casi todos los cazadores y recolectores primitivos llegaban a conocer por su nombre a entre 25 y 200 personas. Las tribus dialécticas estáticas eran prehistóricas. Tenían complejas tradiciones orales —mitos, leyendas, historias, cantos— así como abundantes tradiciones populares sobre modos de coexistir con sus ecosistemas. Sus herramientas y estructuras simbólicas eran, desde nuestra perspectiva actual, primitivas en lo que atañe a su simplicidad, pero no en lo que respecta a su eficacia. Aquellos primeros humanos eran verdaderos supervivientes que, pese a su corta esperanza de vida, elevada mortalidad infantil, rudimentarias armas y herramientas, toscos modales y sencillas viviendas, tenían manuales orales de «mejores prácticas» para administrar bien sus recursos naturales y costumbres efectivas, aunque a veces represivas, para regular su comportamiento social y político. No eran exactamente los «buenos salvajes» de Rousseau, ni tampoco se encontraban en un estado natural hobbesiano, donde la vida es «solitaria, pobre, desagradable, embrutecida y corta». Éstos son dos extremos, utopía frente a distopía, y los grupos humanos primitivos sobrevivieron y prosperaron entre ambos, o no estaríamos aquí para hacer estas observaciones. Los homínidos habían ascendido rápidamente a la cúspide de la cadena alimentaria y, en su mayor parte, se temían entre sí. Aun así, de no haber sido increíblemente estables, las tribus dialécticas no habrían podido resistir durante los 100.000 o 200.000 años que el hombre tardó en dar el siguiente «gran salto» en la evolución humana: la Revolución Neolítica y el establecimiento de grandes poblados permanentes.

A modo de trágica ironía, aún falta por ver si el «hombre histórico» durará tanto

como duró el prehistórico y si el próximo homínido que espera en la cola derramará alguna lágrima por ninguno de los dos. ¿Por qué? Por muchos motivos. Podría darle el argumento ecológico: que los seres humanos representamos ahora colectivamente el mayor peligro que amenaza al bienestar de nuestro planeta desde los orígenes de la historia biológica, que tiene tres mil millones de años.² Pero, en lugar de ello, extraeré mi argumento de la antropología física, en forma de una correlación estadística que Darwin y su primo Galton quizás habrían encontrado interesante.

La radiación de los driopitecinos

Hace unos 15 millones de años, tuvo lugar un proceso conocido como radiación de los driopitecinos cuando, a partir de un primate ancestral denominado *Dryopithecus*, el resto de simios antropoides, incluidos los seres humanos, evolucionó mediante procesos darwinianos. Una técnica muy utilizada actualmente en biología, que consiste en establecer distancias inmunológicas entre especies, indica que los humanos compartimos el 98% o más del material genético con los chimpancés, mientras que una ciencia denominada antropología molecular estima que la cantidad de tiempo que han tardado estas dos especies en divergir con respecto a su antepasado común es de unos 15 millones de años. Huelga decir que los humanos actuales somos, desde el punto de vista genético, una sola especie, y que las llamadas diferencias «raciales» o «étnicas» son meramente superficiales. Es el software cultural humano lo que determina qué pensamos de nuestros congéneres y cómo actuamos con ellos. Que los veamos como esclavos, opresores, amigos, enemigos, herejes, infieles o Budas dependerá de nuestro poso cultural, no de nuestras bases biológicas.

Pero, curiosamente, no ha sido posible crear un zoológico humano porque todas las especies de homínidos aparte de la nuestra han desaparecido. Se fueron extinguiendo, y no lo hicieron siguiendo un orden aleatorio. Al contrario, la esperanza de vida de las especies de homínidos está negativamente correlacionada (es decir, tiene una relación inversa) con el tamaño del cerebro (promediado por especie y ajustado al peso corporal promedio). Dicho sin rodeos, cuanto más listos se volvieron los primates, más rápidamente se extinguieron. Los australopitecinos, que eran mucho más listos y estaban mucho más encefalizados que los grandes simios, sólo duraron unos pocos millones de años. Después de los australopitecinos, el *Homo habilis* duró aproximadamente un millón de años. Lo siguió el *Homo sapiens* arcaico: los hombres de Cro-Magnon, Java y Neanderthal, nuestros antecesores protohumanos, que duraron sólo varios cientos de miles de años. Y entonces aparecimos nosotros. El *Homo sapiens sapiens* (u *Homo politicus*) sólo lleva viviendo cien o doscientos mil años, y todavía falta por ver cuánto

más durará.

Los seres humanos estamos aniquilando rápida e inexorablemente a los grandes simios, las últimas cinco especies que han sobrevivido a la radiación de los driopitecinos: el gorila, el chimpancé, el bonobo, el siamang y el orangután. Pese a ser menos inteligentes que lo homínidos antes mencionados, nuestros primos simios manifestaron mayores habilidades para sobrevivir, que en parte consistieron en evitar a toda costa a homínidos y humanos. A los grandes simios les fue bien durante mucho tiempo (millones de años), pero ahora están chocando con el sórdido reverso de la globalización: la extensión de las tierras de cultivo y la deforestación están reduciendo sus hábitats, mientras que la caza furtiva, el rapto de crías y el comercio ilegal de especies están disminuyendo drásticamente sus efectivos poblacionales. A los simios no les queda mucho en este mundo, pero ya han durado mucho más que sus primos con cerebros cada vez más grandes. Merece la pena reflexionar sobre ello.

Y aún hay más: los papiones de la sabana africana, que son monos terrestres del Viejo Mundo con cerebros mucho más pequeños que los de los simios, no son en absoluto una especie amenazada (al menos, no todavía). ¿Por qué? Porque sus pautas de comportamiento y sistemas sociales están mucho mejor adaptados que los de los simios tanto a la naturaleza como a su invasión por parte del hombre. Si examinamos con mayor detenimiento lo que ha permitido sobrevivir a los papiones, nos encontraremos con lo que marxistas y deconstructivistas más ganas tienen de exterminar: la hegemonía patriarcal del varón blanco heterosexual (aunque sean peludos y nada blancos). Los papiones establecen claras y abundantes distinciones sociales y sexuales, motivo por el cual es posible que sobrevivan a primates con un cerebro más grande que utilizan para deconstruirlas. Volveremos a hablar de los papiones para analizar su estrategia de supervivencia.

Si fuera jugador, apostaría a que los australopitecinos fueron llevados a la extinción por el *Homo habilis*, el cual a su vez fue llevado a la extinción por el hombre de Cro-Magnon, y así sucesivamente, hasta que el hombre de Neanderthal fue llevado a la extinción por nuestra especie: *Homo sapiens sapiens*. Los seres humanos estamos actualmente embarcados en un proceso que causa la extinción diaria, mensual y anual de más formas de vida que en ningún otro momento de la historia biológica, incluidas las dos extinciones masivas más recientes del Jurásico y finales del Cretácico. El hombre no sólo es un Buda dormido, sino también un simio sonámbulo. Es inmensamente benevolente cuando ha despertado, pero sumamente destructivo cuando está dormido; y cuando el hombre se queda dormido en la rueda de la globalización, amenaza al planeta mismo.

Sin embargo, el hombre es también algo más, algo que, por lo que sé, nunca se ha realizado como merece. El hombre es un animal cuya organización social moderna y posmoderna es sumamente variable, pero cuyo «manual de supervivencia» más longevo, el cual perduró durante toda la Edad de Piedra, mostró una concordancia sorprendente en todas las tribus dialécticas del mundo. Aquellas tribus habían sobrevivido muy distanciadas entre sí; sin embargo, todas habían evolucionado por vías sorprendentemente paralelas y estables. Quiero volver a incidir en que las culturas homínidas y humanas siguieron evolucionando por estas mismas vías durante millones de años y que nuestra propia especie lo hizo durante al menos 100.000 años. Nuestras discusiones sobre filosofía moral y política sólo tienen unos pocos miles de años de antigüedad, y no fue hasta el siglo XX que las mujeres tuvieron derecho a voto en las democracias occidentales. De igual modo que los simios con un gran cerebro son experimentos evolutivos cuya viabilidad biológica a largo plazo aún está por demostrar, las democracias son experimentos políticos cuya viabilidad cultural a largo plazo aún está por demostrar.

Primatología dialéctica

He aquí tres características comunes a todas las tribus prehistóricas dialécticas, que atañen a hombres, mujeres y niños. Con respecto a los niños, tenían (y tienen) una capacidad universal para jugar. Con respecto a las mujeres, existía (y en algunas culturas todavía existe) una división del trabajo basada estrictamente en el género. Con respecto a los hombres, había (y en casi todas las culturas hay) una jerarquía de dominancia entre machos. Analicemos estas características comunes por orden, para ver qué papel desempeñaron en la supervivencia de primates y hombres.

Los antropólogos han observado que el juego infantil es un fenómeno generalizado, y los psicólogos saben que el juego es fundamental tanto para el desarrollo cognitivo como para la maduración social. Todos los niños juegan porque es algo connatural a ellos. Los adultos también jugarían, aparte de trabajar, si se lo permitieran y no se inhibieran tanto. Sabemos que el juego es una actividad amena y fundamental que favorece el aprendizaje en los bebés, los niños y los jóvenes humanos, y que también vivifica a los adultos. También sabemos que hay muchos otros animales que juegan regularmente y a los que es fácil inducir a jugar con humanos. La lista de animales juguetones (especialmente durante su infancia) incluye nutrias, perros, gatos, hámsteres, caballos, focas, delfines, periquitos, loros, monos y simios. (Yo también he tenido reptiles, y en una ocasión tuve una boa constrictor que era capaz de participar en un juego rudimentario.) No obstante, los niños humanos juegan tan a menudo, tanto y con tanto entusiasmo que, en 1949, el teórico cultural holandés Johan Huizinga bautizó nuestra especie como «*Homo ludens*»,

animal juguetero, en virtud de esta característica.³

Los antropólogos también han observado un rasgo natural que todos los niños del mundo comparten cuando juegan: adoptan una expresión facial característica llamada «cara de juego», que consiste en aflojar la mandíbula y abrir la boca mientras están absortos en el juego. Los juegos concretos están determinados por convenciones culturales. Todos aprendemos juegos de nuestros padres o amigos, quienes los han adquirido y nos los han transmitido mediante procesos lamarckianos. El hecho de jugar es darwiniano, pero su contenido, el juego concreto, es lamarckiano. Tal es la complementariedad de biología y cultura. Los juegos concretos pueden cambiar y evolucionar, pero la esencia del juego, tanto la necesidad de jugar como los beneficios que aporta, es inherente al ser humano y, por tanto, inalterable.

En lo que respecta a las mujeres, nos encontramos con otro fenómeno común a todas las tribus cazadoras y recolectoras del mundo. Independientemente del clima, el hábitat, la cadena alimentaria o las herramientas disponibles, ha existido siempre una división sexual del trabajo casi ubicua: los hombres se ocupaban de la caza y la protección, las mujeres, de la recolección y el cuidado de la prole.⁴ Esta división del trabajo tiene hondas raíces evolutivas. Ahora sabemos (gracias, en gran parte, a la labor de Jane Goodall)⁵ que los chimpancés cazan monos y otras presas para comerse su carne, y que los cazadores siempre son machos. Las hembras de chimpancé y las crías sólo pueden comer carne cuando se la ofrecen o, lo más probable, si logran arrebatarse impunemente algún resto a los machos adultos, más corpulentos y fieros. Aunque los primates se acicalan mutuamente con regularidad, lo cual, aparte de desempeñar una función higiénica, afianza los vínculos sociales, no tienen la costumbre de compartir el alimento. Los seres humanos sí tenemos la costumbre de compartir el alimento; pero tradicionalmente, durante los cientos de miles de años de caza y recolección, los hombres pescaban y cazaban mientras las mujeres recogían agua, frutas, bayas y tubérculos. El equivalente moderno de la recolección es comprar. No cabe duda de que casi todas las mujeres compran mejor que los hombres: cuentan con una larga preparación evolutiva para esta actividad. Las multitudes que frecuentan hoy los centros comerciales, que se han convertido en la atracción principal de la cultura estadounidense, no son conscientes de que fueron concebidos como el mayor sistema de entrega posible de pintalabios y otros productos cosméticos, cuyos principales consumidores (y, en este caso, también recolectores) son, con diferencia, las mujeres.

La caza y la recolección cumplen dos funciones distintas, sin las cuales ni los primates ni los humanos habrían sobrevivido tanto tiempo, o tan poco, según cuál sea nuestra perspectiva. El grupo altamente estructurado de machos cazadores es también el consejo

de guerra. Es decir, aparte de ser los abastecedores de carne, los cazadores son además los defensores y protectores de la tribu, especialmente de sus recursos más valiosos: las hembras reproductoras y cuidadoras de sus crías. Por la misma razón, los círculos laxamente estructurados de hembras recolectoras eran el medio para cuidar comunalmente de la prole y procurar apoyo social. Las madres llevaban a sus bebés colgados de una tela atada al cuello o a la cintura como también los hijos que ya sabían andar las acompañaban y las ayudaban, lo que les permitía tener las manos libres para la recolección.

Una raíz evolutiva más profunda y más literal de esta división sexual del trabajo se encuentra en la estructura dental humana. Pásele un dedo por las encías superiores. Si es hombre, palpará de inmediato dos inmensos bultos justo encima de los incisivos. Son las raíces vestigiales de lo que fueron sus prominentes «colmillos», que los papiones macho aún poseen y utilizan. Si es mujer, no tendrá estas raíces vestigiales porque sus antepasadas nunca poseyeron los formidables colmillos que emergían de ellas. Las hembras de muchas otras especies sí tienen colmillos, incluyendo los felinos (de los leones a los gatos domésticos), los cánidos (del lobo al perro caniche pasando por el zorro) y los úrsidos (osos). Todas las hembras de estas especies cazan (salvo los perros falderos), por lo que necesitan colmillos para arrancar y rasgar la carne cruda. No obstante, en los primates, sean monos o simios, estén o no extintos, la hembra carece de colmillos porque no ha evolucionado para dedicarse a las dos ocupaciones que requieren su uso: cazar y proteger al grupo. Estas dos ocupaciones conllevan violencia: derramar sangre y quitar la vida.

Al igual que ocurre con los papiones y los chimpancés, la hembra humana no evolucionó para ser cazadora ni guerrera, no más de lo que el macho humano evolucionó para ser recolector y cuidar de la prole. Desde la prehistoria hasta finales del siglo XIX, esta división sexual del trabajo estaba basada en mucho más que en la dentición, y sus raíces llegaban mucho más hondo que la política. Se trata de una cuestión que atañe a nuestra propia naturaleza. Cuando los hombres prehistóricos salían a cazar animales grandes, para lo cual se reunían en grupos reducidos, armados con toscos palos acabados en punta con los que abatían a mamuts y mastodontes, o cuando ahuyentaban a leones y tigres, necesitaban las piernas, el corazón y el cerebro de un cazador y un guerrero. Para arriesgar su vida y protegerse entre sí con el fin de abastecer de carne a su tribu dialéctica, donde, a diferencia de otros primates, compartían gustosamente la carne con sus mujeres e hijos, los hombres necesitaron forjar un vínculo masculino entre ellos. Para hacerlo, también necesitaron excluir de la caza a las mujeres, junto con el bagaje emocional y el atractivo erótico. Y las mujeres aceptaron de buena gana aquella exclusión, porque habían evolucionado para la recolección y la crianza, para ser el

recurso más valioso de la tribu, para merecer que los hombres las abastecieran y protegieran y para formar grupos de apoyo donde realizar estas actividades puramente femeninas.

Un terrible problema que aflige actualmente a la civilización occidental está originado por su éxito en transformar la caza en una actividad simbólica. Si usted caza un sueldo en lugar de un animal peligroso, su sexo puede parecer irrelevante. No obstante, las prioridades primordiales de machos y hembras no han cambiado y, dado que son connaturales a nosotros, no pueden hacerlo. Si usted hubiera enviado a la sabana a grupos de caza primitivos formados exclusivamente por hombres o por mujeres, ¿qué resultado esperaría? Los hombres traerían más caza; las mujeres, menos. ¿Por qué? Porque los machos humanos han evolucionado para ser más fuertes, más rápidos y más fieros que las mujeres; es decir, más capaces de hacer frente a las exigencias de la caza. El hombre está dotado de más resistencia, y de una mayor capacidad para unirse e improvisar estrategias en situaciones de vida o muerte. Estas capacidades, que convierten a los hombres en mejores cazadores, y sus complementos, que convierten a las mujeres en mejores recolectoras, evolucionaron durante millones de años y están profundamente arraigadas en las diferencias sexuales entre machos y hembras. Por eso juegan preferentemente los niños con instrumentos mientras que las niñas lo hacen más con muñecas, debido a la evolución divergente de nuestras funciones sociales. No son las «construcciones sociales» ni ninguna «hegemonía privilegiada» lo que determina estas diferencias. Los niños ensayan su futura función de abastecedores de carne y protectores, y las niñas su futura función de recolectoras y madres. Esto resultó útil a los primates durante millones y millones de años, hasta el siglo XX.⁶

Después de 15 millones de años de evolución primate, decenas de miles de años de evolución cultural y décadas de liberación de la mujer, tanto hombres como mujeres van a oficinas todos los días. Las culturas organizacionales son los territorios de caza de la globalización. Las economías globalizadas dependen del trabajo de las mujeres tanto como dependen del de los hombres; pero las mujeres siguen ganando, de promedio, menos dinero que los hombres en todos los sectores laborales. ¿Por qué? Como siempre, nos encontramos con dos respuestas extremas, ambas distorsionadas. Un extremo, el machista, afirma que las mujeres no trabajan tan bien como los hombres, por lo que merecen cobrar menos. Esto es injusto, además de falso. Hombres y mujeres pueden ser igual de holgazanes y estar igual de desmotivados, o ser diligentes y estar muy motivados. Como veremos, en algunos sectores laborales, las mujeres trabajan mejor que los hombres.

No obstante, la protección y la defensa son roles tradicionalmente masculinos, lo cual

tiene repercusiones tanto internas como externas. El primate macho, además de ser cazador, tiene la obligación de proteger y defender a hembras y crías de las amenazas externas: depredadores en general y, sobre todo, otros machos de su misma especie pertenecientes a otros grupos. El primate macho también tiene la obligación de proteger y defender a las hembras y crías de las amenazas internas, sobre todo de otros machos más jóvenes del mismo grupo, los cuales ambicionan convertirse en el macho dominante para acceder a las hembras reproductoras. Esta doble función del macho de primate, cazador y protector, favoreció la evolución y el mantenimiento de las jerarquías de dominancia entre machos que encontramos en todos los grupos de monos, simios y humanos. No es una «construcción social», sino un método de la naturaleza probado durante millones de años para garantizar la supervivencia de este curioso grupo de primates con grandes cerebros, a cuya cúspide hemos ascendido los humanos combinando estas estructuras naturales con las dimensiones culturales del tribalismo, y todas sus correspondientes políticas, religiones e ideologías; entre ellas las religiones que exacerban la importancia cultural de las diferencias sexuales y las ideologías que alegremente la deconstruyen.

Desde la perspectiva del macho primate, las hembras y su descendencia son los recursos más valiosos del grupo, banda o tribu. Por este motivo, las capacidades que los machos desarrollaron para ser buenos cazadores son idénticas a las que utilizan como protectores: fuerza, astucia, resistencia, valentía, ferocidad, estrategia y agresividad. Pero, una vez admitida en el grupo de caza, la mujer se convierte tanto en abastecedora como en competidora del hombre. Entonces, deja de necesitarlo como abastecedor e imagina que tampoco lo necesita ya como protector. Pero, dado que la hembra humana no ha evolucionado físicamente para protegerse tan bien como la puede proteger un hombre, tampoco ha evolucionado para cazar sola tan bien como un hombre puede cazar para ella. No me estoy refiriendo a los pocos y evidentes casos en que mujeres brillantes han amasado fabulosas fortunas, como Oprah Winfrey. Estoy haciendo una observación estadística sobre cientos de millones de mujeres trabajadoras corrientes que, en todas las ocupaciones y profesiones, ganan menos que los hombres por hacer el mismo trabajo. El «techo de cristal» que les impide ascender laboralmente es su aviso para despertar: con la ayuda y la complicidad de los machos, se han infiltrado en la antiquísima jerarquía de dominancia entre machos que, como era de esperar, encuentran glacial o inhóspita u ofensiva, precisamente porque ha evolucionado para excluirlas a fin de abastecerlas, protegerlas y defenderlas mejor, para que ellas, a cambio, puedan desempeñar los roles dispuestos por la naturaleza: dedicarse a la recolección, los hijos y la casa.

En la medida en que las llamadas «mujeres liberadas» han logrado usurpar este antiguo orden —la jerarquía de dominancia entre machos—, también han logrado que los

hombres sean superfluos y que ellas sean mucho más infelices de lo que la naturaleza ha querido nunca que sean. En todo el mundo desarrollado las mujeres padecen más depresiones que los hombres, sobre todo entre los 15 y los 50 años, cuando la proporción de mujeres deprimidas dobla o triplica la de hombres deprimidos.⁷ Los hombres se suicidan en general más que las mujeres, y pronto veremos que esta estadística tiene profundas raíces evolutivas. No obstante, las mujeres profesionales tienen unos índices de suicidio cada vez más elevados, y ahora las médicas han rebasado en esto a sus homólogos masculinos. Como concluye un estudio: «En las últimas décadas, las mujeres se han incorporado a la profesión médica en cantidades ingentes, pero el progreso ha tenido un precio.»⁸ De hecho, ésta sólo es una de las dimensiones del precio que la mujer ha pagado por su emancipación del orden social propio de los primates.

Así pues, en un extremo, los hombres machistas excluirían a las mujeres de todos los aspectos no domésticos de la vida humana, lo que es claramente injusto. Pero en el otro extremo, el feminismo de género (aliado con las posturas marxistas y posmodernas) afirma que las mujeres son víctimas de una discriminación universal en el ámbito laboral, y que se enfrentan a un «techo de cristal» por el que pueden mirar pero más allá del cual no pueden progresar debido a la «discriminación de género». Esto también es, en parte, cierto y, en parte, falso. Es innegable que, cuando las mujeres están «facultadas» para invadir un dominio antes exclusivo de los hombres, siempre con la «ayuda» de serviles cómplices masculinos, violan un sentido de la masculinidad profundamente arraigado y es bien seguro que provocarán viscerales reacciones contrarias. Cuando las mujeres necesitan feminizar el lugar de trabajo para sentirse como «en casa», típicamente, exigiendo la institución de códigos sobre usos lingüísticos, la represión del humor, la regulación de la conducta e incluso (en las universidades) la previa aprobación de los propios pensamientos, transforman el territorio de caza en una especie de gallinero, convirtiéndolo a menudo en un lugar intolerante e inhóspito para los hombres. Cuando, al fin y a pesar de estas cosas, las mujeres se topan con el «techo de cristal», es porque han obtenido una perspectiva privilegiada desde la cual pueden observar de cerca, por primera vez en su historia, el funcionamiento interno de los círculos de machos depredadores que ocupan la cúspide de la jerarquía. Para las mujeres, es más difícil entrar en estos círculos en la misma proporción que los hombres debido a su evolución biológica sexualmente divergente (que analizaremos con más detenimiento en el capítulo 9).

El maestro de Aristóteles, Platón, fue, en cierto sentido, el primer feminista igualitario. En la utópica ciudad-estado que propuso en la *República*, Platón imaginó una clase

gobernante de «guardianes» en la cúspide de la pirámide social de soldados, comerciantes, artesanos y agricultores que comprendía la población general. Los guardianes se encargaban de organizar los aspectos políticos, militares y educacionales de la ciudad-estado. Eran la elite, elegidos no por su origen noble ni por su riqueza, sino por sus méritos y logros. Puesto que su deber era gobernar, Platón no quería que tuvieran otras distracciones ni conflictos de intereses. Por este motivo, los guardianes llevaban una vida comunal, sin propiedades privadas ni casas independientes. Sus hijos eran criados y educados también de forma comunal, sin saber quiénes eran sus padres biológicos. Platón describió a la clase de los guardianes como una elite compuesta tanto por hombres como por mujeres, a quienes imaginó capaces incluso de luchar desnudos cuerpo a cuerpo en el gimnasio sin sucumbir a Eros. Platón se abstuvo de mencionar si los guardianes tendrían un número igual de hombres y mujeres, si se establecería un sistema paritario para asegurar este objetivo o si se permitiría que la proporción entre los sexos fluctuara en virtud de las capacidades innatas. Quizá Platón, como hombre sabio que era, guardó prudentemente silencio sobre esta cuestión, la cual se está hoy decidiendo en Occidente por el método más burdo y superficial posible: contando cabezas.

En Occidente, las mujeres representan el 52% de la población general. Gracias a la revolución feminista, este porcentaje de mujeres (y otros más elevados) se refleja hoy en las matriculaciones universitarias y procederá a reflejarse en muchas y variadas profesiones, entre otras opciones laborales, para las cuales es necesaria una educación superior. Asimismo, las clases trabajadoras con niveles de estudios más bajos también reflejan una paridad cada vez mayor entre hombres y mujeres en la población activa. De hecho, puesto que los sueldos reales han disminuido en Estados Unidos desde la década de 1970, muchas mujeres se ven ahora atrapadas en sus puestos de trabajo: bien porque (gracias al exorbitante aumento de los divorcios) son el único sostén de la familia, bien porque sus familias no pueden prosperar o siquiera sobrevivir sin dos sueldos.

No obstante, en la cúspide de las jerarquías de dominancia humanas no encontramos proporcionalmente a tantas mujeres. Durante los últimos años, el número de directoras generales en las 500 empresas mayores del mundo según la revista *Fortune* ha sido, por término medio, de unas 10. Asimismo, en unos doscientos países, el número de jefas de Estado ha sido, de promedio, inferior a 10. Aunque las mujeres excepcionales pueden, y lo hacen, rendir tanto como los hombres excepcionales en altos cargos políticos y empresariales, los factores evolutivos pueden explicar la reducida proporción de mujeres excepcionales comparada con la de hombres. En pocas palabras: en el orden de los primates, las hembras no han evolucionado para convertirse en machos dominantes, como tampoco han evolucionado para ser boxeadoras ni pilotos de Fórmula Uno. Si se les ofrecen las mismas oportunidades, las mujeres con talento pueden descollar en los

negocios, la política, el boxeo y las carreras de coches; pero la igualdad de oportunidades no puede garantizar ni garantiza la igualdad de resultados. Como veremos, la fabricación social de resultados iguales, para satisfacer sistemas paritarios arbitrarios basados en expectativas poco realistas, es catastrófica para todas las personas implicadas. Ni los zapatitos de cristal ni los techos de cristal son «construcciones sociales».

Es evidente que muchas mujeres, hasta llegar a la treintena, creen fervientemente en los zapatitos de cristal. Puede que la Cenicienta sea un arquetipo más que un cuento de hadas. Incontables mujeres esperan que un príncipe azul venga a rescatarlas, al menos hasta ser adoctrinadas políticamente por los deconstruccionistas, quienes las convencen de que las diferencias sexuales sólo son una «construcción social». Esto les asegura la desagradable sorpresa que más adelante se van a llevar. Montones de mujeres se ponen trajes pantalón y se internan en el territorio de caza organizacional. Cuando se topan con el techo de cristal en lugar de con el zapatito de cristal, muchas no están preparadas ni tienen los recursos necesarios para entender la índole de esta barrera. Su «emancipación» les permite asomarse a ella por primera vez en la vida, observar los entresijos del mundo de los hombres. Pero la barrera les recuerda crudamente que no son hombres y que todas las fantasías políticas del mundo (como la absurda afirmación del posmodernismo de que las diferencias sexuales están «socialmente construidas») no las convertirán en hombres. La competencia profesional no es específica de género: en cualquier nivel del territorio de caza organizacional las mujeres pueden trabajar y trabajan tan bien como los hombres. No obstante, falta por ver si pueden alcanzar o alcanzarán alguna vez las mismas proporciones que los hombres entre los equivalentes actuales a los guardianes de Platón: líderes políticos, directores generales de empresas y genios científicos. Las guerras culturales se están recrudeciendo cada vez más en estos ámbitos, como veremos muy pronto, y precisamente porque el camino medio está casi ausente. Los machistas extremos son reacios a admitir que las mujeres puedan atravesar el techo de cristal sólo en virtud de sus méritos, como permite la cultura; mientras que las feministas de género son reacias a admitir que muchas mujeres preferirían quedarse esperando a su príncipe azul, como dispone la naturaleza.

No obstante, desde la perspectiva del camino medio, es evidente que las aportaciones de las mujeres a las economías desarrolladas son fundamentales e inestimables. En muchos aspectos, las mujeres son mejores estudiantes y trabajan mejor que los hombres: generalmente son más receptivas, más simpáticas, más meticulosas, más afables, más obedientes, más conformistas y más cumplidoras que los hombres. Cuando transfieren su capacidad innata para la dedicación, la fidelidad, la ayuda y la entrega del entorno doméstico (el ámbito de la biología) a los entornos académico, profesional o empresarial (el ámbito de la cultura), las mujeres pueden sin lugar a dudas convertirse en verdaderas

joyas en su lugar de trabajo, como lo eran en casa.

No obstante, emancipación y autorización son dos cosas distintas que últimamente se han confundido a propósito. Cuando nos emancipan, nos liberan de alguna forma de sometimiento; ya sea la esclavitud o alguna otra forma de opresión. Cuando nos autorizan, nos brindan la oportunidad de alcanzar algún tipo de objetivo, ya sea cazar presas grandes o ganar un buen sueldo. Lo que ambos procesos tienen en común es esto: no existe ninguna garantía de que, liberando a una persona de su sometimiento, ésta sepa gestionar automática y adecuadamente su recién adquirida libertad. Y, de forma similar, no existe ninguna garantía de que, brindando a una persona la oportunidad de alcanzar un objetivo, ella sepa gestionar automática y responsablemente su poder recién adquirido. Nadie posee la facultad de facultar a otro para que ejerza poderes que la naturaleza no le ha dotado para ejercer.

El camino medio enseña que la emancipación y la autorización están en nosotros. Tanto hombres como mujeres se liberan de su sometimiento al descubrir su naturaleza más profunda, para lo cual es necesario que antes acepten sus roles evolutivos. Hombres y mujeres se autorizan mediante esta aceptación, comprendiendo qué son en el sentido humano más profundo, el cual trasciende, pero no puede deconstruir su biología. La realización personal duradera que preconiza Aristóteles se puede alcanzar mejor mediante el orden social equilibrado que preconiza Confucio. El camino medio de Buda incorpora lo mejor de los dos. Negar la naturaleza humana o imaginar que es distinta de lo que es, o deconstruirla, o incluso intentar imponerle cambios para satisfacer caprichos políticos, son formas seguras de buscarse problemas.

Jerarquías de dominancia

Ha llegado el momento de hablar sobre los hombres y su impopular «jerarquía de dominancia». Es un círculo en parte vicioso y en parte virtuoso. Es virtuoso porque los hombres se realizan políticamente encontrando su lugar en la jerarquía y estableciendo vínculos acordes con otros hombres. También es virtuoso porque las mujeres se realizan emocional, maternal y socialmente bajo la protección que garantiza esta jerarquía, la cual les procura la seguridad personal y la estabilidad comunal que necesitan para ser buenas esposas, madres y seres sociales. No obstante, las jerarquías de dominancia entre machos pueden también ser viciosas, porque los hombres son capaces de perpetrar abusos sexuales y actos de violencia física, tanto contra otros hombres como contra mujeres y niños. Así pues, aunque mujeres y niños necesitan la protección de los hombres y la protección de una estructura política estable que exija que los hombres se comporten como protectores y abastecedores, es de sus ataques de lo que mujeres y niños necesitan más protección. Las razones de esto también tienen profundas raíces

evolutivas.

En innumerables especies, también de aves y peces, el apareamiento va siempre precedido de unas exhibiciones conocidas como «rituales de cortejo» que los machos dirigen a las hembras; estas exhibiciones, que son el origen natural de la caballerosidad, a menudo van acompañadas de exhibiciones territoriales dirigidas a los machos. Las hembras de incontables especies (incluyendo la humana) reaccionan al «imperativo territorial»: en las aves, los peces, los bípedos y una amplia variedad de especies, los machos más dominantes ocupan los mejores territorios, defendiéndolos agresivamente contra los intentos de «usurpación» en guerras territoriales favorecidas por la agresividad instintiva y orientadas al éxito reproductor. Las hembras de incontables especies, aunque pueden ser futuras víctimas de la violencia masculina, se sienten desde el principio sexualmente atraídas por los machos más dominantes (y, por tanto, más agresivos y potencialmente más violentos) y son, por tanto, siervas y cómplices de la violencia, pues cuidan amorosamente de la próxima generación de jóvenes machos agresivos que se disputarán la dominancia en la jerarquía y la próxima generación de jóvenes hembras receptivas que se aparearán con los más dominantes.

La jerarquía de dominancia entre machos, exclusiva de los primates, es como la mítica serpiente Ouroboro que se muerde la cola. Las violentas jerarquías de dominancia entre machos han evolucionado tanto para la protección interna como para la externa. Internamente, son estructuras concebidas para canalizar, limitar o ritualizar las tendencias agresivas innatas con que la naturaleza ha dotado a los machos de los primates. Externamente, permiten proteger al grupo, a las bandas, la tropa o la tribu de los ataques de otros machos violentos pertenecientes a otros grupos, bandas, tropas o tribus, que cazarían sin freno si nadie se lo impidiera.

Me aparto aquí del tema para señalar que las jerarquías de dominancia en el reino animal no son exclusivamente masculinas. Hay muchas especies de mamíferos en que la hembra es más grande y fuerte que el macho, y, por tanto, es dominante desde el punto de vista social (por ejemplo, los hámsteres y las hienas); y otras en que los machos de mayor tamaño y más fuertes son excluidos de la sociedad, salvo durante la época de apareamiento (por ejemplo, los elefantes). Los leones son un ejemplo interesante en tanto en cuanto que las hembras se ocupan mayoritariamente de cazar. Una manada de leonas es una unidad de depredación sumamente astuta, cooperativa y letal, lo cual disipa rotundamente la falsa creencia de que las hembras no pueden cazar; no obstante, la propia manada es defendida por los machos dominantes.

También hay especies como los «insectos sociales» (hormigas, abejas y avispas) en las que la autoridad absoluta se confiere a la reina y en las que la mayoría de las obreras

son hermanas. Los relativamente escasos machos de las poblaciones de insectos sociales son zánganos indefensos, sin aguijón y de vida corta, cuya única función consiste en aparearse con la reina y cuyo destino es morir justo después. Muchas otras especies de invertebrados primitivos, desde las arañas hasta las mantis religiosas, muestran una sorprendente longevidad evolutiva, no viven en grupos sociales y han favorecido la evolución de hembras grandes y dominantes, que en muchos casos devoran a los machos, más pequeños y débiles, durante o después de copular con ellos. Así pues, no hay ninguna «ley de la naturaleza» que establezca la dominancia universal de los machos o de las hembras; encontramos ambas posibilidades. Pero tampoco hay nada en la naturaleza que permita prever las guerras de poder que ahora existen entre hombres y mujeres sobre esta cuestión humana todavía no resuelta. Conozco a influyentes mujeres liberadas que admiran abiertamente el sistema de los insectos sociales y consideran que merecería la pena aplicarlo también a las sociedades humanas. Si alguna vez tuvieran poder político para hacerlo, convertirían gustosamente a los hombres en zánganos humanos.

En la mayoría de animales gregarios —caballos, búfalos, ciervos, alces, antílopes, jirafas, ñus, focas, morsas, leones marinos—, las jerarquías de dominancia entre machos son las que mantienen unida la manada. Y la mayoría de las hembras son inseminadas por una minoría de machos dominantes. Los animales que viven en colonias, como las ratas, están tan bien organizados socialmente que siguen compitiendo con éxito con los seres humanos y, al igual que la mayoría de los humanos, establecen relaciones monógamas, aunque también poseen jerarquías de dominancia entre machos. Las manadas de lobos tienen muchos rasgos en común con los primeros humanos cazadores y recolectores. Los lobos son monógamos y forman pareja de por vida. Machos y hembras cazan juntos, pero, una vez más, el macho es más corpulento, más fuerte y socialmente dominante, y es una jerarquía de dominancia entre machos la que mantiene la manada unida y protegida.

Cuando observamos a nuestros parientes vivos más próximos, los primates, encontramos jerarquías de dominancia entre machos más pronunciadas en las especies que viven en grupo. De las cinco especies de grandes simios, los gibones y el orangután son bastante antisociales. Los orangutanes sexualmente maduros llevan vidas solitarias, reuniéndose con las hembras sólo para aparearse. A diferencia de otros simios, los orangutanes copulan de frente, en la llamada postura del misionero, que los misioneros deberían haber llamado «postura del orangután». Los gibones no han desarrollado jerarquías políticas más allá de la familia nuclear. El macho es característicamente mayor y más fuerte que la hembra, por lo que es dominante en la familia. Los gibones viven y se aparean como las aves, en nidos que fabrican en los árboles. Los abandonan para

buscar alimento que no lo comparten, salvo con las crías. La hembra se dedica prioritariamente a cuidar de las crías y, el macho, a defender el territorio. Él está ejecutando un programa estándar de primate macho «defensor»; ella, un programa estándar de primate hembra «maternal», exactamente los mismos programas que ejecutamos los seres humanos, con la salvedad de que contienen muchos menos elementos y son menos sofisticados. Esto también ocurre con los papiones, los chimpancés, los gorilas y las tribus humanas que viven en estado natural.

En todas las especies de primates, el macho es mayor y más fuerte que la hembra. Ella está mejor preparada para captar las relaciones y necesidades de sus crías, y todos los aspectos que rodean esas necesidades. Él está mejor preparado para proteger la integridad del territorio y defender sus vidas frente a las amenazas externas y, por tanto, para captar aspectos correspondientemente distintos de la realidad. Ella experimenta las emociones y las relaciones como su forma primordial de ser; él percibe patrones y concibe estrategias como su forma primordial de ser y hacer. Ella mira hacia dentro, hacia su hogar y su familia, y es evidente que desempeñar este papel la satisface emocionalmente. Él mira hacia afuera, para anticipar las amenazas externas y proteger de ellas su hogar y a su familia, y es evidente que desempeñar este papel también lo satisface emocionalmente.

Los gorilas, pese a su intimidatorio tamaño, son vegetarianos pacíficos que viven y dejan vivir a menos que alguien se entrometa. El macho dominante es siempre un veterano con la espalda plateada que mantiene un harén de hembras receptivas y relativamente dóciles. Ellas se pasan la mayor parte del día alimentándose y atendiendo a sus crías; él, defendiendo el territorio contra los intrusos y luchando por que otros machos más jóvenes no le usurpen el poder; hasta que, un día, el peso de los años lo obliga a dejar paso a su sucesor. De inmediato, las hembras se ponen a coquetear con su nuevo «dueño», se muestran sumisas con él, lo engañan y le son infieles, una eficaz estrategia de supervivencia de las hembras de primate. Esta organización social funcionó durante millones de años en las exuberantes selvas de las montañas volcánicas africanas mientras no hubo intromisión humana. Pequeños grupos de gorilas, de 10 a 20 miembros, salpican todavía estas remotas regiones africanas, aunque no por mucho tiempo. Gracias a los trabajos pioneros de la primatóloga Diane Fossey, que estudió e intentó proteger a los gorilas hasta ser asesinada por cazadores furtivos, sabemos que el gorila no se parece en nada al monstruo en que lo convierten en *King Kong*. Los machos de gorila no pueden competir con fusiles AK47 ni con machetes como, lamentablemente, no pueden hacerlo las primatólogas desarmadas. Jerarquías de dominancia entre machos formadas por cazadores furtivos, junto con redes aliadas de consumidores humanos de ambos sexos que compren los trofeos de caza y otros productos derivados, están

llevando a los gorilas a la extinción, igual que hicieron nuestros antepasados con otras especies de primates. Diane Fossey, dotada de una maravillosa capacidad para estudiar la política y la sociología de los gorilas, no pudo proteger de los furtivos a los gorilas ni a su propia persona. Los guardas forestales y los vigilantes de los parques naturales, insuficientes en número, mal pagados y mal equipados, tampoco pudieron protegerlos de los furtivos que actuaban por dinero. Sólo jerarquías de dominancia entre machos más poderosas pueden mantener otras a raya, o persuadirlas para que lo hagan ellas mismas. Esto es tan cierto en el Oriente Medio contemporáneo (ver capítulos 14 y 15) como lo fue en la selva tropical africana primitiva.

Creo que no hace falta recordar a nadie que las jerarquías de dominancia entre machos han hecho la mayoría de guerras humanas hasta la fecha, que han inventado y utilizado la mayoría de armas más mortíferas, incluidas las nucleares. El papel de Marie Curie en el aprovechamiento de los ingentes poderes de la radiactividad fue fundamental, pero histórica y estadísticamente muchas menos mujeres que hombres han «cazado» a la «presa de caza mayor» más valiosa y escurridiza: las leyes matemáticas del pensamiento y las leyes físicas de la naturaleza. Hasta el siglo XX, las mujeres estaban en gran parte excluidas de este tipo de «caza». Ahora, en plena liberación de la mujer, ¿qué proporción de mujeres, según Gauss, podemos esperar que gane un premio Nobel de física? Abordaremos esta polémica cuestión en el capítulo 9. En cualquier caso, existe una fuerte analogía, si no una débil homología, entre cazar presas de caza mayor y hacer ciencia teórica. La presa ha evolucionado, desde luego, de lo material a lo conceptual; pero las cualidades que se exigen a los cazadores han sido meramente trasladadas, del ámbito físico al intelectual.

Lo que quiero decir aquí es que las raíces de la violencia humana son lamentablemente evolutivas y que las agresiones más violentas cometidas por unos seres humanos contra otros, sea por su motivación delictiva, religiosa, política, sexual o patológica, han sido perpetradas por hombres de la jerarquía dominante.⁹ Uno de los principales retos de la civilización ha sido canalizar constructivamente la violencia de los varones dominantes. Últimamente, esto se ha convertido también en un reto de la globalización, tanto para los estados fallidos y en decadencia como para los beligerantes y alborotadores. Es crucial para la seguridad mundial que la conexión existente en los primates entre biología y política se comprenda desde la perspectiva correcta: el camino medio. Por una parte, los seres humanos tenemos una naturaleza que todavía no se ha «reducido» a biología, y es posible que no lo haga nunca. Así pues, debemos rechazar ese extremo: que la política se pueda «biologizar». Por otra parte, los seres humanos tenemos una cultura que puede «adscribir» cualquier ideología a la biología, sólo por

razones políticas. Así que también debemos rechazar ese otro extremo: la «politización» de la biología. Volveremos a tratar este espinoso tema en el capítulo 9. Mientras tanto, aunque los hombres son los agresores más violentos, a menudo cuentan con la complicidad de las mujeres o sucumben a su manipulación. Charles Manson tenía mujeres cómplices; la mujer de Mao instigó la «revolución cultural»; Hitler dependía del apoyo emocional de Eva Braun; Salomé ordenó que le trajeran la cabeza de san Juan Bautista servida en una bandeja de plata. Una jerarquía de hombres dominantes se la sirvió, no para alimentar su naturaleza de Buda, sino a su salvaje niña simia interior.

Gracias en gran parte a la célebre obra de Jane Goodall, la «madre» de todos los primatólogos, podemos percibir mejor la conexión evolutiva que existe entre la violencia en chimpancés y en humanos. Los chimpancés, quienes siempre ganan en todos nuestros concursos científicos y sentimentales como nuestros «parientes vivos más próximos», también son los simios que exhiben más promiscuidad sexual, más abusos sexuales y más violencia intergrupala de todo tipo, así como los precursores de la caza y la guerra en los primeros homínidos. Los machos dominantes gobiernan una jerarquía inestable y volátil mejor descrita como un desorden equilibrado, mientras que las hembras que se han emparejado con ellos son las que tienen más protección pese a sufrir también malos tratos y abusos sexuales de forma regular. Estas hembras con «estatus» (es decir, con pareja y una cría) los toleran de buen grado, dado que su posición les permite maltratar a hembras menos «privilegiadas» que no les caen simpáticas o a los machos inmaduros que las molestan. Responder a los ataques de una hembra dominante es arriesgarse a desatar la ira de su compañero dominante. Los chimpancés se quieren, se desean, se temen, se acicalan, se manipulan y se son infieles igual que hacemos los humanos. Ahora estamos usurpando sus hábitats y ellos se hallan en grave peligro de extinción, no por sus jerarquías de machos dominantes y sus subordinados sociales, cuyas relaciones de cooperación y enfrentamientos les han bastado para adaptarse y sobrevivir desde hace doce millones de años. Los chimpancés están amenazados por nosotros los humanos, debido a nuestra prisa por arrasar la naturaleza, saciar las hambrientas fauces de la globalización, comprar y vender cosas y convertir las selvas en paisajes lunares o aparcamientos.

La quinta especie de gran simio, a menudo confundida con los chimpancés, pero considerablemente diferente de ellos, son los bonobos.¹⁰ Los machos de bonobo son menos agresivos y tienen la musculatura menos desarrollada que los machos de chimpancé, pero son sus conductas sexuales lo que diferencia a esta especie del resto de simios. Los bonobos son bisexuales, polimórficamente perversos y orgiásticos. Lo hacen todo a todas horas. También viven en armonía: sin violencia y sin jerarquías de

dominancia. Esencialmente, los bonobos han llevado el amor libre mucho más lejos que los hippies. Viven perpetuamente en paz, pero a un precio: siempre han sido menos numerosos que los chimpancés, con cuya agresividad no pueden competir. En la actualidad, su modo de vida pacífico y orgiástico los pone incluso en mayor peligro de extinción que a los chimpancés y la globalización pronto los exterminará sin siquiera darse cuenta.

No obstante, la desesperación de la aldea global por encontrar soluciones a sus conflictos tribales políticos, religiosos e ideológicos es tal que la mismísima *Foreign Affairs*, la publicación quincenal que realiza la valoración más importante sobre el papel dominante actual de Estados Unidos en los asuntos mundiales, publicó recientemente un artículo sobre la función de la primatología en la política mundial.¹¹ En él se describe también a los bonobos, con el fin de ofrecer a los lectores al menos un ejemplo de gran simio que no ha necesitado la violencia ni la dominancia para desarrollar y mantener una sociedad estable. Por otra parte, sin embargo, el bonobo está hoy al borde de la extinción. Así pues, no sería rentable ni oportuno intentar convertir a nadie al «bonobismo». Sin duda, los seres humanos tenemos una «naturaleza de bonobo» aparte de una naturaleza de Buda. Decida usted mismo cuál de las dos ofrece mejores perspectivas para la paz mundial. Como hijo de los años sesenta, he experimentado bonobismo más que suficiente. Pero, como adulto del siglo XXI, todavía no he experimentado suficiente budismo. Así que ya sabe cuál es mi postura.

«Papionismo» patriarcal del macho pardo

Los papiones aún no son una especie amenazada. ¿Por qué? Quizá, paradójicamente, porque su inteligencia y su creatividad son mucho menores que las de los simios, mientras que su orden social es comparativamente más estricto. Los humanos admiramos el carácter juguetón y el ingenio de chimpancés y gorilas. Los chimpancés utilizan piedras como herramientas para romper frutos secos, hojas machacadas como esponjas y ramitas o palitos para «pescar» termitas en los termiteros. También se afligen profundamente por la muerte de sus seres queridos; las madres a menudo llevan auestas el cadáver de su cría durante días y se resisten a desprenderse de él. En cautividad, chimpancés y gorilas han aprendido a comunicarse con los humanos mediante el lenguaje de los signos, y a expresarse pintando cuadros «impresionistas abstractos» que puede que aun dejen en ridículo al pintor estadounidense Jackson Pollock. Los papiones no hacen ninguna de estas cosas. No obstante, los de la sabana africana han evolucionado para hacer algo que ni los chimpancés ni los gorilas pueden: alimentarse y sobrevivir en campo abierto, donde se tropezaron y compitieron directamente con los

primeros homínidos y, más adelante, con el hombre.¹²

A diferencia de los humanos, todos los grandes simios viven al abrigo de los árboles o en sus copas, lo cual les permite huir rápidamente unos de otros y de otras amenazas externas. Solamente los gorilas, que son más corpulentos, no pueden trepar a los árboles; aunque en el suelo no tienen nada que temer (aparte de al hombre). Las copas de los árboles son las carreteras de monos y simios, y todos estos primates están sorprendentemente bien adaptados para trepar, colgarse, columpiarse y recorrer considerables distancias saltando de rama en rama y de árbol en árbol. Para lograrlo, necesitaron atravesar un importante cambio evolutivo en virtud del cual sustituyeron la primacía del olfato imperante en los mamíferos inferiores de vida terrestre por la primacía de la visión binocular (como las aves de presa) y adquirieron una soberbia coordinación mano-ojo y pie-ojo. Recuerde bien esto: en el capítulo 10 examinaremos las consecuencias impredecibles y potencialmente catastróficas que ha supuesto para los seres humanos la primacía del sentido de la vista sobre los demás sentidos.

Los seres humanos no somos precisamente arborícolas. Los niños trepan a los árboles mejor que los adultos; pero, como especie, no hemos evolucionado para vivir en los árboles. Más bien, los primeros humanos habitaron cuevas, donde se podían proteger de los elementos y, a veces y con mayor perentoriedad, de otros depredadores, incluidos otros humanos. No es gratuito ni inadecuado referirnos a los primeros humanos como a los «hombres de las cavernas». No obstante, en todas las especies de primates, la posibilidad de variar la dieta, la diversificación de las habilidades para la caza y la recolección y el establecimiento de patrones migratorios dependen básicamente de la capacidad para sobrevivir a los peligros que entraña vivir en campo abierto y desplazarse por él, sin la protección del dosel arbóreo ni las cavernas. La transición de las copas de los árboles y las cavernas a campo abierto es el rasgo que distingue a dos especies de primates: los papiones y el hombre. Los papiones lo consiguieron hace millones de años; el hombre, hace sólo unos miles. Fijémonos, pues, en nuestros instructores evolutivos y veamos qué medios emplearon para superar este gigantesco reto.

Los papiones se alimentan en campo abierto, en presencia de muchos depredadores, especialmente grandes felinos (sobre todo leopardos), serpientes venenosas y constrictoras y el hombre. Los papiones tienen jerarquías de dominancia entre machos muy estrictas y mantienen un orden social equilibrado que resulta evidente, tanto cuando se desplazan por la sabana como cuando descansan. Al igual que una tribu humana dialéctica, una tropa de papiones típica contiene varias decenas de miembros que se desplazan y se alimentan por un territorio de varios cientos de kilómetros cuadrados. Cuando se desplazan, los papiones lo hacen en forma de columna simétrica. A la cabeza

de la columna, y también en la cola, se encuentran los machos adolescentes, que son tanto los miembros más temerarios como los más prescindibles del grupo. Son temerarios precisamente porque son machos adolescentes, programados para poner su vida en peligro con la esperanza de ascender a una posición dominante, cuyos privilegios incluyen el acceso sexual a las hembras reproductoras. Las hembras de papión, a su vez, están sólo o principalmente receptivas a los machos dominantes.

Hago una pausa para observar que este fenómeno se reproduce con gran precisión, aunque de una forma mucho más elaborada, en las sociedades humanas. Incluso en períodos de paz, los adolescentes varones tienen una mortalidad mucho más elevada que las adolescentes, y esto se debe principalmente a la sensación de ser invencibles para la que están genéticamente programados, la cual los impulsa a impresionar a las hembras jóvenes con su audacia. Muchos mueren en este proceso, en accidentes de tráfico, por intoxicación alcohólica aguda o en otras hazañas extremas; y cuando estos impulsos se ponen al servicio de la maquinaria bélica, estos jóvenes mueren a millones. Pero, puesto que la audacia a menudo es el precio de la victoria, sea en la guerra, la creatividad o el amor, esta táctica, adoptada a sabiendas o no de los papiones, funciona igual de bien en contextos humanos.

Por tanto, los machos jóvenes de papión ocupan las posiciones más arriesgadas a la cabeza, la cola y los flancos de la columna para proteger a la tropa mientras ésta se alimenta. Junto a ellos encontramos al siguiente segmento más prescindible de la población: las hembras adolescentes, seguidas de la jerarquía de machos dominantes, que representan la última línea de defensa, y también la más formidable, contra los ataques de los depredadores. Los machos dominantes protegen directamente los recursos más valiosos del grupo: las hembras con crías lactantes y las hembras embarazadas. Los machos adolescentes que vigilan la periferia del grupo, así como los machos maduros dominantes que rodean al círculo central de hembras con crías, darían su vida por proteger la integridad del grupo y, en particular, la de sus hembras reproductoras y sus crías. Casi todos los grandes simios y monos tienen una conducta individualista en el marco de una estructura social más laxa; la cual, en momentos de grave amenaza, es propensa a desintegrarse transitoriamente. Los chimpancés, por ejemplo, pueden huir a los árboles cuando se sienten amenazados pensando únicamente en salvarse ellos. Sin embargo, los papiones no rompen filas y combaten. Un número reducido de valientes machos, armados sólo con sus colmillos y su desesperación, puede incluso ahuyentar a leopardos, uno de sus depredadores más habituales.

Cuando los papiones descansan, la columna se convierte en un círculo, cuyo perímetro, una vez más, es vigilado por los machos adolescentes y en cuyo centro, vigiladas y protegidas por los machos dominantes, se encuentran las madres con crías

lactantes y las hembras embarazadas. Los papiones están constantemente al acecho y son sumamente disciplinados. Pese a no ser tan juguetones, tan creativos ni tan «humanos» como los simios, están mucho mejor adaptados al campo abierto y sobrevivirán durante más tiempo a la usurpación de sus hábitats naturales por parte del ser humano.

Usted podría ver esta diferencia con sus propios ojos si le permitieran hacer el siguiente experimento en cualquiera de los parques de animales salvajes que salpican la campiña estadounidense. Si aparcara el coche en el recinto de los chimpancés, éste pronto necesitaría una buena limpieza. Si lo aparcara en el recinto de los papiones, pronto se quedaría sin todas las partes extraíbles. Los chimpancés han evolucionado para ser unos juguistas, retozando despreocupadamente en la abundancia; los papiones han evolucionado para ser carroñeros y aprovecharlo todo, buscando alimento sin descanso, siempre rodeados de riesgos e inseguridades.

Desde la perspectiva de la psicoprimatología, el estilo de vida de los chimpancés se asemeja tanto al ello freudiano como a la izquierda política radical: imaginativo, erótico, impredecible, indisciplinado, caótico. En cambio, el estilo de vida de los papiones se asemeja al super-yo freudiano y a la derecha política ortodoxa: obediente, casto, predecible, disciplinado, ordenado. Pero, a diferencia de chimpancés y papiones, que están fijados evolutivamente en sus respectivos comportamientos sociales, los individuos y las culturas humanas tienen una maleabilidad inmensamente mayor, así como la capacidad de alternar entre un modo u otro de comportamiento según lo exijan las circunstancias. Así, un ser humano o una tribu humana pueden comportarse como chimpancés en un contexto y como papiones en otro. Y también hay humanos que se comportan más como gorilas, viviendo y dejando vivir y manteniendo harenes o perteneciendo a ellos; y otros que lo hacen más como gibones u orangutanes, manteniendo relaciones monógamas o viviendo solos según el caso.

Los monos aulladores se llaman acertadamente así por su comportamiento: todas las mañanas, al despuntar el alba, los machos dominantes se dirigen a la periferia de su territorio y aúllan a los monos aulladores que ocupan los territorios adyacentes, quienes, a su vez, les aúllan a ellos. Esta competición de aullidos restablece lo que el destacado etólogo Robert Ardrey llamó «imperativo territorial», puesto que, en estos monos, como ocurre en una amplia variedad de especies de todo el mundo, tanto de vida aérea como marina o terrestre, la defensa de un territorio permite a los machos dominantes alcanzar dos objetivos fundamentales: controlar los recursos alimenticios y atraer a hembras reproductoras.¹³ Las hembras de mono aullador se sienten muy atraídas por los machos más dominantes, porque, al defender un territorio, éstos les aseguran también los

recursos alimenticios y la protección contra depredadores e intrusos, elementos que una hembra necesita para volverse sexualmente receptiva, tener descendencia y cuidar de ella. Así pues, cuando Mary Wollstonecraft, en su clásico de 1790 *On the Subjection of Women* [Sobre el sometimiento de la mujer], fue la primera mujer en denunciar que el matrimonio es una «prostitución legal», un acuerdo mediante el cual la esposa se compromete a ofrecer sexo a cambio de seguridad económica, difícilmente podría haberse percatado de que las raíces evolutivas de este fenómeno preceden al nacimiento de la humanidad en millones de años y afectan a miles de especies.¹⁴ De forma similar, cuando los líderes políticos hacen afirmaciones poco diplomáticas que ofenden o escandalizan a los líderes de países rivales o vecinos, y provocan represalias verbales e incluso declaraciones políticas ostentosas y alardes de un poder que no se tiene, lo cual, a su vez, moviliza a los medios de comunicación y a sus consumidores, poco sospechan todos que están ejecutando una versión humana del antiguo programa de «mono aullador», que aún viene incorporado al sistema operativo del cerebro humano. Después de tantos millones de años, probablemente ya hace tiempo que necesita una actualización: los filósofos abc.

Dispersión dialéctica y estructuras simbólicas

Si da ahora un paso hacia atrás o hacia arriba para internarse en el espacio orbital filosófico, puede apreciar cuán ingeniosa es la forma en que la naturaleza dispersa y equilibra millones de formas de vida en ecosistemas y hábitats que están siempre en evolución y, no obstante, son relativamente estables. Observemos arrecifes coralinos, lluviosas selvas ecuatoriales, ondulantes sabanas, lagunas saladas o áridos desiertos; siempre apreciaremos el mismo fenómeno, en miríadas de formas, tanto en las especies depredadoras como en las presas: los machos están programados para ocupar y defender los territorios de caza y recolección, combatiendo individualmente entre ellos o como grupo contra otros grupos, a fin de asegurar el acceso a los recursos alimenticios y atraer a las hembras. Las hembras están programadas para reproducirse y, por tanto, se sienten atraídas por los machos que pueden procurar los mejores territorios para ellas y para sus crías, a los que son sexualmente receptivas.

Cada ecosistema o hábitat contiene cientos o miles de especies, inmersas todas ellas en este juego evolutivo que implica sobrevivir, adaptarse y reproducirse, coexistiendo en un equilibrio inestable y constituyendo, conjuntamente, la cadena alimentaria. Para maximizar las probabilidades de supervivencia y garantizar así la continuidad de la vida misma, la naturaleza ha decretado ingeniosamente (para todas las criaturas salvo para el hombre) un camino medio para la densidad poblacional de una especie determinada en

un territorio determinado. En todas las especies salvo la humana, este camino medio se denomina densidad óptima: una cifra que designa el número ideal de miembros de una especie que puede soportar un territorio determinado. Si la densidad poblacional de una especie (sean hormigas, ranas, ratones, ciervos, leones o monos) es demasiado baja para un hábitat determinado, sus miembros prosperarán y se reproducirán hasta alcanzar la densidad óptima. Si su densidad poblacional se hace excesiva, sus comportamientos sociales normales cesarán hasta que su número absoluto se reduzca o la población se divida en dos grupos, uno de los cuales migrará a otro territorio. En ambos casos, se restaurará la densidad óptima y, en el segundo caso, la dispersión de la especie incrementará sus probabilidades de supervivencia. Si una población disminuye muy por debajo de su densidad óptima, puede llegar a extinguirse. Y si aumenta muy por encima de su densidad óptima, puede agotar permanentemente los recursos de su hábitat y, por tanto, enfrentarse también a la extinción.

Mediante la dispersión, la flora y la fauna han acabado habitando todas las regiones del planeta y alcanzando un equilibrio inestable que fluctúa en torno al camino medio de la naturaleza: la densidad óptima de cada especie. Aun así, el 95% de todas las especies que han habitado la faz de la Tierra están ahora extintas. La mayoría perecieron durante los cataclismos que ha sufrido el conjunto de la biosfera, desencadenados por enormes meteoritos o por otras fuerzas capaces de ejercer un impacto planetario. Los seres humanos nos hemos convertido en una de estas fuerzas planetarias, y es una tragedia de la globalización que estemos destruyendo hábitats naturales y exterminando especies a mayor velocidad que ningún otro cataclismo de la historia de nuestro planeta.

Irónicamente, quizá, recalco que la dispersión evolutiva de primates, homínidos y humanos tuvo como finalidad protegerlos de la extinción, obligándolos a ocupar territorios alejados y a no mantenerse en contacto entre sí. No obstante, hay diferencias significativas entre los monos, los simios y el hombre. Los monos aulladores definen y redefinen sus territorios mediante el propio ritual de aullarse competitivamente, lo cual también significa que no necesitan atacarse ni disputarse los límites de sus territorios mediante la violencia coercitiva. Los chimpancés, que son el «camino medio» entre los monos y el hombre, se comportan unas veces como monos y otras como hombres. Al igual que ocurre con los monos, sus jerarquías de dominancia entre machos pueden operar mediante exhibiciones de poder y amenazas violentas; sin embargo, al igual que los hombres, expresan su poder recurriendo a la violencia, que vierten sobre grupos de chimpancés vecinos en forma de asaltos no provocados, asesinatos y violaciones: los precursores de las guerras humanas. Los humanos somos capaces de mostrar muchos comportamientos animales. Ciertamente, hay grupos de humanos que se aúllan como los monos aulladores, sólo que sus aullidos adquieren significados incomparablemente más

ricos: casi siempre la afirmación de ideologías políticas o doctrinas religiosas. Éstas son formas humanas de aullar. Los humanos también nos comportamos como chimpancés y, desde la prehistoria hasta los albores de las civilizaciones, elevamos la jerarquía de dominancia entre machos y la forma de guerra no provocada contra grupos vecinos de los chimpancés a la categoría de tradiciones culturales y formas artísticas. Y desde el crepúsculo de la prehistoria hasta los albores de la globalización, la hembra humana ha sido voluntariamente cómplice de esta forma de vida, unas veces protegida y otras maltratada por los machos humanos y su inevitable política, hacia quienes se ha sentido atraída por su deseo programado de concebir hijos y cuidar de ellos, y a los que la han atado sus relativamente limitadas habilidades para cazar y defender el territorio.

El proceso evolutivo de la dispersión extrema dio tan buenos resultados que terminó conduciendo a la fundación y desarrollo de asentamientos permanentes, la agricultura, la ganadería y la fabricación cada vez más sofisticada de herramientas, armas y defensas contra grupos de merodeadores humanos y ejércitos de conquistadores. Las transiciones de tribu dialéctica a ciudad-estado, y de ciudad-estado a civilización, junto con el desarrollo de civilizaciones sostenibles, requirieron más que herramientas rudimentarias, más que tecnologías primitivas, más que tradiciones orales de mitos y leyendas, más que jerarquías de dominancia entre machos, más que incesantes ciclos reproductivos femeninos y más que imperativos territoriales tribales. Requirieron el desarrollo paralelo de ideologías políticas y doctrinas religiosas para procurar lo que Hobbes llamó «un poder común que los intimidara a todos», al menos durante el tiempo suficiente para que una tribu resistiera o se fraguara una civilización.

Los sistemas políticos humanos y las religiones organizadas son estructuras culturales simbólicas que trascienden las anteriores fronteras primatológicas, tanto geográficas como tribales. Estos sistemas permiten que muchas tribus con costumbres distintas y de regiones geográficas diferentes se unan bajo un tótem trascendente: sea una bandera o unas escrituras. No obstante, la mayoría de las políticas nacionalistas y las religiones transnacionales no niegan ni pretenden erradicar las raíces biológicas y primatológicas del ser humano; más bien, crean marcos más amplios en los que estas antiguas influencias pueden florecer y fructificar. Visto de este modo, podemos interpretar primatológicamente la Guerra Fría como una confrontación diaria y rutinaria entre gigantescos grupos de monos aulladores humanos de la URSS y de Estados Unidos. Estos monos, no obstante, habían descubierto cómo abastecerse de armas nucleares y, por tanto, tenían que aullar lo bastante alto para recordárselo mutuamente sin excederse, por temor a provocar más que aullidos en el bando contrario. Por supuesto, los monos capitalistas que dominaban Estados Unidos tenían un sistema que ofrecía incomparablemente más libertad, más oportunidades y más esperanza que los monos

comunistas que dominaban la URSS; si bien un visitante de otro planeta (o un intelectual occidental políticamente ingenuo) no podría nunca haber discernido estas palpables diferencias únicamente escuchando a los dos bandos aullar. De forma similar, todas las guerras tribales entre humanos, al igual que todas las invasiones humanas, tienen rasgos que, a pequeña escala, recuerdan a las «guerras entre chimpancés» tan bien descritas por Jane Goodall y rasgos que, a gran escala, recuerdan a las devastadoras expansiones de colonias de hormigas observadas por el pionero francés de la mirmecología Auguste Forel, con capturas de esclavos, saqueos y la aniquilación de colonias de hormigas rivales.

Dicho esto, Forel también había observado una impresionante variedad de actividades constructivas y cooperativas en las que pueden ocuparse las hormigas, tal como revela su inventario de 1928: «Entre las hormigas, encontramos tejedoras, carniceras, ganaderas, albañilas, constructoras de carreteras, recolectoras, panaderas, cultivadoras de setas, excelentes enfermeras de distintos tipos, jardineras, guerreras, pacifistas, esclavistas, ladronas, bandidas y parásitas; pero no encontramos profesoras, oradoras, gobernadoras, burócratas ni generales, ni siquiera cabos, como tampoco encontramos capitalistas, especuladoras ni meras estafadoras.»¹⁵ Forel también descubrió que las hormigas pueden modificar su comportamiento mediante el aprendizaje, y observó que especies de hormigas hostiles entre sí pueden aprender a vivir una junto a otra en cordial neutralidad, lo que él denominó «parabiosis». Esto lo llevó a hacer la siguiente reflexión: «¿Por qué, entonces, deberían la selección y las mutaciones de la filogenia haber tendido a crear diferencias de olores que desencadenan guerras entre criaturas tan capaces de formar alianzas sociales pacíficas? [...] Si las cosas no fueran como son, en principio, nada podría impedir una “formicidad universal”.»¹⁶ De hecho, si existiera un hormiguero universal, también existiría una civilización universal de seres humanos. Pero eso requeriría que más humanos descubrieran lo más noble que hay en ellos, en vez de reflejar lo más animal.

El hombre es como 5.000 animales

Desde la perspectiva evolutiva y organizacional de los grupos humanos, salta a la vista que el ser humano no sólo ocupa la cúspide de la cadena alimentaria del planeta, sino también la cumbre de su escala evolutiva. Como consecuencia, los seres humanos no sólo son capaces de matar o comerse cualquier otra especie vegetal o animal de la biosfera, sino también de incorporar algunos de sus rasgos de conducta esenciales. Un día cualquiera en cualquier comunidad humana, podemos ver a personas comportándose como hormigas, abejas, termitas, ratas, ovejas, cabras, cerdos, perros, gatos, monos,

simios, perezosos, tiburones, osos, toros, gallinas, gallos, pavos reales, loros, tortugas, serpientes, águilas, buitres, zorros, chacales, lobos, corderos, conejos, palomas, halcones, gusanos y parásitos de muchos tipos. Esto es más que metafórico. Algunas personas encarnan claramente rasgos de animales concretos; otras se comportan como animales distintos cuando se enfrentan a situaciones diversas o experimentan estados diversos. Los seres humanos también manifiestan comportamientos de tipo vegetal, desde la tendencia a aferrarse de la enredadera o a crecer bajo tierra de la patata a otros estados vegetativos. Al igual que las flores, los seres humanos florecen y se marchitan. Y no se trata tan sólo de símiles.

Hemos visto, a partir del budismo tien tai, que los seres humanos manifestamos simultáneamente 3.000 estados. También hemos visto, a partir del *Yijing*, que los seres humanos nos enfrentamos simultáneamente a 4.000 situaciones. Ahora vemos, a partir de consideraciones evolutivas, que los seres humanos nos comportamos simultáneamente como 5.000 formas de vida. Ser humano es ser la suma de todas las formas de flora y fauna posibles, cuyas combinaciones son en sí mismas, todas y cualquiera de ellas, menos que humanas. Al igual que algunos estados son inherentemente más beneficiosos que otros y algunas situaciones son inherentemente más deseables que otras, algunas formas animales son también inherentemente preferibles a otras. ¿Qué forma animal es la preferible para los seres humanos? La forma humana, que es más que la suma de todas las demás y distinta de ellas.

Para entenderlo mejor, examinemos algunos ámbitos que se circunscriben a los territorios de insectos sociales, roedores, primates y tribus. La identidad de una hormiga no es otra que una feromona concreta, su documento de identidad químico, que la identifica como miembro de un hormiguero o formicario (una red de hormigueros). Ésa entre otras feromonas es fabricada por la reina y las hormigas que no están impregnadas de ella se consideran invasoras y, por tanto, son aniquiladas. Las hormigas obreras nacen de huevos puestos exclusivamente por una reina, con lo que se ahorran los conflictos sexuales a que se enfrentan las especies superiores, invariablemente generados por las consecuencias sociales de las diferencias sexuales. El sentido de «yo» que tiene una hormiga está íntimamente ligado a su principal distinción social entre «nosotros» (miembros de su hormiguero o formicario) y «ellos» (miembros de otros hormigueros o formicarios). Esto da buenos resultados entre las hormigas, quienes sobreviven desde hace decenas, si no cientos de millones de años, y sobrevivirán probablemente a los humanos.

Las ratas son seres de un orden muy superior a las hormigas, incomparablemente más sensibles e inteligentes. También utilizan feromonas en sus transacciones sexuales y sociales. Las feromonas, por ejemplo, provocan el denominado «efecto Bruce»: cuando

una hembra embarazada mantiene una proximidad excesiva con un macho maduro que no es el padre de su futura camada, puede abortar espontáneamente. Las ratas se basan en un sentido del olfato muy desarrollado, tanto para mantener el orden dentro de la colonia como para establecer las fronteras con otras colonias rivales. Libran feroces guerras con otras colonias para controlar el territorio y, cuando abunda el alimento en ausencia de predadores, se multiplican (como dice la expresión) como ratas. Pero, si la densidad poblacional aumenta demasiado, el efecto Bruce sólo es uno de los muchos mecanismos instintivos de control poblacional que se activan para paliar la superpoblación. También practicarán el canibalismo, comiéndose a sus propias crías y las unas a las otras vivas para favorecer la recuperación de la densidad óptima.

Las similitudes entre las ratas y los seres humanos son demasiado numerosas para nombrarlas. Hans Zinsser, el intuitivo médico que desarrolló la primera vacuna contra la fiebre amarilla, describió estas similitudes en su espléndido libro *Rats, Lice and History* [Ratas, piojos y la historia]. Como señaló Zinsser:

En primer lugar, la rata, como el hombre, se ha vuelto prácticamente omnívora [...]. Se aparea en todas las estaciones del año y, de nuevo como el hombre, es más amorosa en primavera. Hibrida fácilmente y, a juzgar por las tensas relaciones que existen entre las ratas negra y parda, desarrolla prejuicios sociales o raciales contra esta práctica. La endogamia es bastante frecuente. Los machos son más grandes y las hembras, más gordas. Se adapta a todo tipo de climas. Libra cruentas guerras contra otras colonias de su especie. Al igual que el hombre, la rata es individualista hasta que necesita ayuda. Es decir, pelea valientemente sola contra rivales más débiles, sea por comida o por amor; pero también sabe organizar ejércitos y pelear multitudinariamente cuando es necesario [...]. El hombre y la rata son, hasta la fecha, los animales de presa más eficaces. Son destructivos con otras formas de vida [...]. El exterminio gradual, incesante, progresivo, de la rata negra por parte de la parda no tiene mejor paralelismo en la naturaleza que el exterminio similar de una raza de hombres por otra.¹⁷

No obstante, como veremos en el capítulo 12 y a diferencia de todas las demás especies del planeta, las civilizaciones humanas no tienen ninguna «densidad óptima» para regular su fecundidad reproductora y avidez predatoria. En última instancia, es posible que los seres humanos pronto sobreexploten sus hábitats hasta que no quede nada consumible, momento en que nuestra especie se consumirá a sí misma.

Entretanto, debería quedar claro que a los colectivos humanos —la tribu dialéctica, la comunidad religiosa, el estado-nación político y la empresa multinacional— no les bastan

las feromonas de los insectos ni el olfato de los mamíferos para mantener unidos a sus miembros. Necesitan tótems y tabúes, leyendas y tradiciones, banderas y libros sagrados, «un poder común [hobbesiano] que los intimide a todos». Lamentablemente, muchos colectivos humanos necesitan también enemigos para hechizar a sus componentes con el odio, la intolerancia y el desprecio hacia otros colectivos. Lo hemos visto en las polarizaciones políticas de alcance planetario y en el odio recalcitrante que cada bando se profesa. Lo hemos visto en todo tipo de racismo, y con todos los colores de piel. Lo hemos visto en violentas enemistades étnicas heredadas que persisten durante siglos, una tribu unida a otra a través de un cordón umbilical envenenado por la enemistad y el odio mutuos. Lo hemos visto en genocidios desde el Viejo Mundo hasta el Nuevo, desde el hemisferio norte hasta el sur. Lo hemos visto en la intolerancia religiosa, en los períodos de fanáticas persecuciones y sanguinarios extremismos que antes o después afligen a todas las religiones proselitistas. ¿Cuándo aprenderemos los humanos a tratarnos como sensibles congéneres, en vez de como extraterrestres de planetas inferiores o subhumanos de especies inferiores? Tal vez aprendamos cuando adoptemos el camino medio, cuyas prácticas ponen fin a todas nuestras peleas internas.

Hemos visto cómo dispersaron las fuerzas de la evolución biológica a las primeras tribus humanas por un amplio abanico de territorios y climas para procurar a estos homínidos frágiles y en apariencia indefensos más oportunidades de adaptarse y sobrevivir. Así, los primeros humanos se asentaron en una amplia diversidad de hábitats remotos y aislados entre sí, y su evolución cultural siguió sendas igualmente diversas, aunque con algunos denominadores comunes. Las tribus humanas, sustentadas por jerarquías de machos dominantes dedicadas al abastecimiento de carne y la protección y por grupos de apoyo integrados por hembras subordinadas igual de dedicadas a la recolección de vegetales y al cuidado de la prole, evolucionaron gradualmente hasta convertirse en civilizaciones. En estas civilizaciones, el «software» cultural —lenguaje y tradiciones, costumbres y rituales— desempeñó un papel equivalente a las feromonas en las hormigas, el olfato en las ratas y los aullidos en los monos aulladores: distinguir entre «nosotros» y «ellos», «esta» tribu y «esa» tribu, «nuestro» territorio y «su» territorio.

Y así, en estos extremos de dispersión evolutiva, se hace posible que algunas tribus humanas no reconozcan la humanidad de otras tribus humanas, porque su «software cultural» parece haberlas beneficiado haciéndolo. No obstante, la incapacidad de reconocer la humanidad de otros seres humanos no es sino la incapacidad de reconocer la propia humanidad. Si los seres humanos hemos evolucionado en esta Tierra para aniquilar todo lo demás y, finalmente, a nosotros mismos, nuestra extendida incapacidad para reconocer la humanidad en nosotros y en los demás está entonces demostrando ser un rasgo útil. No obstante, si los seres humanos hemos evolucionado en este planeta para

comprender y apreciar la belleza de la naturaleza y la diversidad de la cultura, y las aspiraciones más nobles de la vida sensible en sí misma, reconocer la humanidad, en nosotros y en los demás, se convierte entonces en el esfuerzo primordial que debe regir o condicionar a todos los demás.

Los seres humanos contenemos por naturaleza 5.000 animales, del mismo modo que por naturaleza nos enfrentamos a 4.000 situaciones en 3.000 estados. Esto es lo que nos hace tan intrigantes, indefinibles y contradictorios. Cuando usted se encuentra con otro ser humano, en ningún momento sabe qué animal manifestará qué situación a partir de qué estado. No obstante, para desarrollar todo su potencial como ser humano, es necesario y suficiente que usted se comporte como el mejor animal que resta después de haber dispersado todos los que son menos humanos: manifestar la mejor situación que resta después de haber descartado todas las que son menos beneficiosas, y entrar en el estado más saludable que resta después de haber disipado todos los que son menos saludables. El camino medio hace esto posible.

Los «recortes» de la naturaleza

Hay especialmente tres avances evolutivos que han «acorralado» a los seres humanos en un «rincón» evolutivo, en el cual (como los demás primates) parecen tener escaso margen de maniobra, pero del que pueden escapar entendiendo su grave situación y aplicando los principios de los filósofos abc. En primer lugar, en la evolución del cerebro primate, la superioridad del sentido del olfato, propia de los mamíferos sociales inferiores (por ejemplo, roedores y cánidos) ha sido sustituida por la prioridad de la vista, sentido que predomina en los monos, los simios y el hombre. La evolución de la visión binocular ha permitido a nuestros «primos» los primates llevar una vida arborícola, mientras que a nosotros nos ha permitido vivir en campo abierto, y conducir y volar por él a velocidades inalcanzables por medios naturales. Pero la supremacía de la visión también está provocando graves problemas, tanto porque inhibe el reconocimiento de nuestra propia especie como porque entorpece el desarrollo cognitivo, como veremos en el capítulo 10.

En segundo lugar, el cerebro primate tuvo que modificarse para adaptarse a esta emergente prioridad de la vista sobre el olfato. Para ello, el bulbo olfativo se redujo y la corteza cerebral visual aumentó de tamaño. No obstante, en los mamíferos sociales inferiores, el olfato es el sentido fundamental que permite distinguir entre familiares, amigos y enemigos; y también el que permite a los machos saber si una hembra está «en celo» (es decir, ovulando) y, por tanto, si es sexualmente receptiva. En los mamíferos inferiores, el bulbo olfativo está conectado con el módulo más antiguo del sistema límbico reptil, el cual permite que el sentido del olfato controle comportamientos como la lucha, la huida y el apareamiento. Sin embargo, en los primates, el bulbo olfativo se ha

reducido drásticamente y ha perdido la mayor parte de su contacto con el sistema límbico, mientras que la corteza cerebral visual emergente no lo tiene. Como consecuencia, los seres humanos hemos perdido nuestra capacidad olfativa para distinguir entre familiares, amigos y enemigos, y entre parejas sexuales receptivas y no receptivas y, en su lugar, hemos desarrollado la capacidad de confundir todos los distintos comportamientos que nuestros encuentros con estas distintas categorías de coespecíficos normalmente desencadenarían. De esta forma, indicaciones visuales (y verbales) inofensivas pueden desencadenar, como ya lo hacen, comportamientos agresivos. La vista y el oído estimulan emociones intensas, pero no hay un bulbo olfativo que garantice las reacciones más apropiadas. Aquí el principal problema es que la dominancia, la violencia y la sexualidad están todas ellas mezcladas en el cerebro primate. Éste es el origen de los abusos sexuales y la violencia sexual, que mayoritariamente (aunque no de forma exclusiva) los machos dirigen contra las hembras. También es el origen de que el sexo sirva en los humanos a cualquier propósito imaginable salvo la reproducción, incluyendo la dominación, la humillación, la diversión y la prostitución; y ambos sexos son cómplices en esto. Repito que sólo los primates padecen este problema, y los humanos lo padecemos más que cualquier otra especie de primate.¹⁸

Sigmund Freud había profundizado inteligente pero polémicamente en las bases psicológicas de este enigma, sin ser consciente de sus raíces evolutivas, etológicas y sociobiológicas. Freud no veía curación posible y, por tanto, no abrigaba ninguna esperanza para el ser humano. Expresó su convencimiento de que los seres humanos vivimos «psicológicamente por encima de nuestras posibilidades», para presuponer que nunca podremos corregir nuestras tendencias más malévolas.¹⁹

En tercer lugar, y concretamente en la evolución de los seres humanos, la naturaleza ha practicado una serie de «recortes» que han demostrado ser letales para nuestra especie porque exacerban el defecto de diseño del cerebro primate. Los seres humanos diferimos de todos los demás animales en nuestra inmensa variedad de herramientas y armas, así como en los efectos perniciosos que algunas de ellas tienen en la biosfera; sin embargo, los seres humanos no somos los inventores de estas herramientas y armas. La naturaleza ya había anticipado muchos de los avances científicos y tecnológicos que nos han permitido imitar su amplio abanico de utensilios y arsenales de armas. Aristóteles comentó este hecho largo tiempo atrás: «Porque los demás animales sólo tienen cada uno un único modo de defensa, que nunca pueden modificar [...]. Pero para el hombre existen numerosos modos de defensa que, además, puede modificar a voluntad.»²⁰ Hay algunos ejemplos muy ilustrativos.

Con respecto a las «armas blancas», numerosas especies de flora y fauna utilizan

pinchos, espinas, cuernos, púas y aguijones. Estas armas, como en el caso del puercoespín, pueden ser como garfios. Los felinos arañan con garras afiladas como cuchillas; los dientes de los cánidos se clavan como dagas; las astas, los cuernos y los colmillos se hincan como lanzas y arpones; mientras que el pez espada y el narval blanden espadas y picas, respectivamente. La mandíbula de una hormiga soldado, las pinzas de un crustáceo y el pico de las aves funcionan como fuertes pinzas y tijeras. Los caracoles de huerta se lanzan mutuamente dardos de carbonato cálcico (como parte de un ritual sadomasoquista de cortejo).²¹

Las armas químicas abundan en las plantas, los insectos, los arácnidos y los reptiles, por no mencionar la mofeta. Las plantas sintetizan una amplia gama de alcaloides, terpenos y otros compuestos para protegerse de los insectos. Las sustancias químicas de origen vegetal más ingeniosas son las hormonas juveniles de algunos insectos sintetizadas por determinados árboles; las cuales, si son ingeridas por los insectos en el momento adecuado de su ciclo vital, les impiden alcanzar la madurez sexual.²² Además, a diferencia de lo que ocurre con los hidrocarburos clorados de fabricación humana, los insectos no pueden hacerse inmunes a sus propias hormonas. Las hormigas esclavistas utilizan las denominadas «feromonas de propaganda» (por ejemplo, decil acetato y polidecil acetato), algunas de las cuales incitan a las defensoras de un hormiguero a atacarse entre sí mientras las invasoras se llevan a las crías para convertirlas en esclavas.²³ El veneno de las serpientes, que éstas inyectan con los colmillos, actúa como una daga o dardo natural envenenado. La hormiga *Formica rufa* y la cobra escupidora pueden proyectar el veneno con gran precisión.

Con fines exclusivamente defensivos, la naturaleza ha diseñado armaduras de lujo, como la «cota de malla» de queratina de los reptiles, el «traje» del armadillo, el caparazón de la tortuga y una variedad francamente enorme de conchas de invertebrados. Otras defensas incluyen la cortina de humo del escarabajo bombardero, el equivalente aéreo de la nube de tinta del pulpo o el calamar. El camuflaje corporal es doblemente ubicuo, hallándose «en todas las partes del mundo y en todos los grupos de animales».²⁴

En lo que respecta a herramientas y armas especiales, la naturaleza también se ha anticipado al hombre. Las trampas de hoyo las utilizan también la hormiga león y el gusano león. Las hormigas también construyen puentes. Los animales que horadan túneles precedieron a la perforadora industrial. Las arañas tejen redes. La anguila *Electrophorus electricus* administra descargas eléctricas que generan una fuerza electromagnética de 600 voltios. El pez arquero lanza balas de agua a los insectos. Los sistemas internos de orientación de los animales migratorios continúan siendo un enigma

para el hombre. Los murciélagos y las marsopas se orientan mediante ondas sonoras o «sonares». Las serpientes, con sus lenguas provistas de sensores infrarrojos, utilizan la cabeza como un misil de corto alcance capaz de detectar el calor.

En pocas palabras, los seres humanos no hemos inventado las armas: las hemos reinventado, como una prolongación cultural de los 5.000 animales que naturalmente contenemos. Pero hay una contrapartida: la mayoría de las especies que nacen equipadas con un arma mortífera también están equipadas con un programa para limitar su uso, sobre todo contra otros miembros de su misma especie. Por ejemplo, los camarones mantis se golpean en la parte más resistente de su armadura: la cola. Las serpientes venenosas luchan cuerpo a cuerpo en lugar de morderse e inyectarse veneno. Los lobos se ponen panza arriba y exponen la garganta como gesto de sumisión; una señal que, de hecho, impide que los lobos más dominantes muerdan en la yugular a los miembros más sumisos de la manada. Los perros domésticos han heredado este comportamiento, que usted puede desencadenar mientras juega con ellos (a menos que ellos lo dominen a usted). Darwin señaló acertadamente que los instintos animales no se pierden tras la domesticación.

En todo el reino animal abundan gestos reconocibles de sumisión y apaciguamiento, los cuales han evolucionado como extraordinarios mecanismos conductuales de alta seguridad que sirven para ritualizar o limitar la violencia entre coespecíficos. ¿Qué hay de los seres humanos? Por desgracia, la naturaleza se ha ahorrado con nosotros un pequeño detalle, con graves consecuencias. Los humanos nacemos tan completamente indefensos y dependientes, y lo continuamos siendo durante tanto tiempo, que es evidente que no representamos ninguna amenaza para nadie ni para nada. No tenemos ningún arma natural de ninguna clase y, por tanto (razona correctamente la naturaleza), no necesitamos ningún programa implantado biológicamente para limitar su uso. He aquí la gran ironía: los indefensos lactantes que alcanzan la madurez se convierten en los depredadores más mortíferos del planeta, cuyos enormes cerebros los dotan de medios para inventar armas cada vez más letales, si bien carecen de mecanismos instintivos para limitar su uso. A diferencia de todas las demás especies, los humanos necesitamos convenciones culturales —la caballerosidad, banderas blancas, cruces rojas, teorías de la guerra justa, convenciones de Ginebra y de la Haya, tratados para limitar las armas estratégicas— que frenen nuestro uso de las armas no limitado por naturaleza. Gran parte de la historia de la humanidad es la historia de la ineficacia de estos frenos. Si a esto sumamos un cerebro que tampoco tiene la capacidad natural de reconocer con fiabilidad a otros humanos como coespecíficos ni de regular con fiabilidad sus conductas con la familia, los amigos y las parejas sexuales, obtenemos un ser que ha nacido para sembrar viento y cosechar tempestades. Pero no está condenado a ello. Asombrosa y

afortunadamente, también tiene cierta libertad de elección.

Los seres humanos tenemos la gran suerte de haber engendrado a los filósofos abc, dado que sólo el camino medio posee la fuerza suficiente para contrarrestar «las bazas» que la evolución biológica nos ha repartido. Podemos y debemos orientar y motivar a nuestros congéneres para que actúen más a menudo con una conciencia más plena de su humanidad y menos a menudo con una falta de conciencia de su propensión a manifestar los rasgos menos que humanos de hormigas, ratas, monos y simios, así como las conductas indecentemente inhumanas que el hombre también está predispuesto a manifestar. Si prestamos atención a los principios de los filósofos abc y practicamos sus virtudes, podemos pasar más tiempo emulando estados animales mejores y menos tiempo instalados en estados peores. Una vez más, y a través de estos principios, podemos encontrar formas más constructivas y productivas, y menos destructivas y contraproducentes, de interpretar nuestras propias situaciones. Y, quizá lo más importante de todo, los inagotables principios de los filósofos abc nos ayudan a descubrir y a celebrar los aspectos más profundos de nuestra humanidad y a salvar, de este modo, las profundas divisiones tribales y totémicas por las cuales habitualmente aullamos, o algo peor.

En la medida en que los seres humanos hemos expandido meramente comportamientos biológicos en culturas, los hemos amplificado con tecnologías, los hemos justificado con ideologías políticas y los hemos santificado con doctrinas religiosas, sólo somos animales sociales y tribales exquisitamente complejos y profundamente contradictorios. No obstante, a diferencia de otros animales, los seres humanos tenemos otra vía perpetuamente abierta, que es la realización de nuestro potencial exclusivamente humano para alcanzar estados de conciencia y benevolencia no pertenecientes a ninguna cultura en concreto, sino a todo el conjunto de la humanidad.

La sociedad globalizada posmoderna obliga ahora a la convergencia geográfica de enormes tribus humanas, cuyas normas interculturales han evolucionado según criterios hostiles y competitivos, no cordiales y cooperativos. Demócratas y republicanos, cristianos y musulmanes, capitalistas y marxistas, patriarcalistas y posmodernos son inmensas tribus que han emergido de un proceso bievolutivo: una evolución biológica que en otro tiempo favoreció su dispersión y *anhomie*, y una evolución cultural que ahora las obliga a mezclarse y exige su *bonhomie*.

El ser humano es un productor y un consumidor no sólo de artículos y servicios, sino también de paradojas. Que el hombre es un animal social se sabe desde tiempos inmemorables, y nuestros filósofos abc lo sabían bien. Aristóteles dijo: «Quien no es capaz de vivir en sociedad, o quien no la necesita porque se basta a sí mismo, tiene que

ser una bestia o un dios.»²⁵ Mucho más tarde, Nietzsche no se pudo resistir a añadir una sarcástica tercera opción: que para vivir solo un hombre tiene que ser una bestia, un dios o un filósofo. Aun así, la frase de Aristóteles nos está diciendo algo fundamental sobre el hecho de ser humanos: que nuestra humanidad no se puede mantener ni cultivar en un vacío social. Las personas necesitamos a otras personas; de ahí que nos reunamos en grupos. Buda ratificó la importancia de la comunidad. En su lecho de muerte, en vez de nombrar un sucesor, instruyó a sus discípulos con la intención de que mantuvieran la Sangha (o comunidad) como vehículo para difundir sus enseñanzas (el Dharma). Y, por supuesto, Confucio también antepone las reivindicaciones legítimas del grupo, sea la familia, la comunidad o el Estado, a los intereses particulares del individuo. Siglos después de los filósofos abc, al fin llegó la d, de Darwin, cuyos trabajos científicos son la base del enfoque sociobiológico (no del darwiniano social) que explica por qué son tan importantes los grupos para el ser humano. La clave reside en qué descubrió Darwin sobre nuestra relación con los simios y nuestra dispersión como especie.

Los seres humanos tendemos a agruparnos en «rebaños», como parte de nuestra tendencia natural a imitar otras formas animales. La mayoría de las personas se siente cómoda en un rebaño; lo cual, desde una perspectiva humana, equivale a una comunidad, una congregación religiosa, una multitud, una asamblea, una muchedumbre, etc. El rebaño humano también necesita pastores, una de cuyas funciones es protegerlo de los lobos y otros depredadores. Los buenos pastores siempre están dispuestos a guiar y proteger su rebaño, pero los lobos y otros depredadores están igual de dispuestos a atacar a sus miembros más incautos, despreocupados y vulnerables. A veces ocurre que los lobos se disfrazan de pastores y convencen al rebaño (mediante propaganda, lavados de cerebro y medios similares) de que los auténticos pastores son lobos. Entonces, el rebaño abjura de su pastor y sigue a los lobos hasta su perdición. Hitler fue un lobo disfrazado de pastor. También lo fue Stalin. Y Pol Pot. También lo fueron los talibanes. Y también lo son Osama Bin Laden y muchos asesinos en serie que atraen a sus víctimas con seductoras mentiras para destruirlas. Si, por ejemplo, usted sigue un camino que le inculca el odio y le exhorta a atacar sin que haya provocación, asesinar de forma premeditada y morir prematuramente, está siguiendo a un lobo y no a un pastor.

Buda advirtió: «No creas nada, no importa dónde lo has leído ni quién lo ha dicho; no importa si lo he dicho yo, a menos que concuerde con tu propia razón y tu propio sentido común.» Pese a sus advertencias, el rebaño humano rara vez es capaz de discernir tales engaños hasta que es demasiado tarde, e incluso personas brillantes son víctimas de ellos. Así pues, distinguir entre pastores y lobos no atañe únicamente a la mente, también atañe al corazón y al espíritu. Las teorías y prácticas budistas tienen un gran poder para

quitarnos la venda de los ojos y ayudarnos a discernir con mayor claridad si estamos siguiendo a pastores o a lobos. Entre las últimas cosas que dijo Buda, hallamos estas importantes palabras: «Persigue tu propia salvación. No dependas de los demás.»

Al nacer, la naturaleza nos lega una terrible paradoja: nacemos con la necesidad de pertenecer a un grupo social, pero también necesitamos separar grupos sociales más pequeños de los más grandes, y del grupo universal. Entendemos intelectualmente que «todos los hombres somos hermanos», como enseñan todas las religiones y filosofías del mundo; sin embargo, evolutivamente, somos casi incapaces de convivir como hermanos. Para hacerlo, debemos reducir o anular las fuerzas repelentes entre un grupo y otro: el odio xenófobo del racismo, los crueles prejuicios del etnocentrismo y las falsas creencias separatistas del tribalismo.

¿Cómo puede reconciliar el camino medio los conflictos extremos entre grupos? Veamos qué dicen los filósofos abc. Aristóteles nos pediría que tuviéramos en cuenta la finalidad de la vida humana, que consiste en alcanzar la felicidad y la plena realización mediante la mejora personal y la práctica de la virtud. Como afirmó en sus *Éticas*: «La felicidad es, pues, la cosa mejor, más noble y placentera del mundo.» Las personas que abrigan prejuicios y odios no son felices, y tampoco alcanzan la felicidad exteriorizando sus prejuicios y sus temores. Estas personas no comprenden el sentido de estar vivas. Como había observado Aristóteles: «Las personas se consideran nobles en todas partes, no sólo en su tierra; pero juzgan nobles a los extranjeros sólo cuando ellos están en la suya.» Debemos aprender a percibir la nobleza humana en todas y cada una de las personas, puesto que la aldea global es nuestra tierra común.

Las enseñanzas de Buda unifican la humanidad incluso con más fuerza, recordándonos que la oportunidad de llevar una vida humana es un gran regalo. Todos los seres humanos tenemos el potencial de despertar a nuestra verdadera naturaleza, lo cual no guarda relación con la raza, el sexo, el género, la etnia o la tribu, ni siquiera con la religión o la política. Bajo la piel y por encima de nuestras falsas creencias, todos somos seres humanos, capaces de ser felices sin hacerlo a cuenta de nadie. Buda dijo: «En el cielo no existe ninguna distinción entre este y oeste; las personas crean las distinciones en su mente y creen entonces que son reales.» Los pensamientos divisivos provocan discursos divisivos que, a su vez, provocan actos divisivos. De ahí que nuestros pensamientos sean tan sumamente importantes.

Confucio estaría de acuerdo en que la humanidad es común a todos, pero objetaría que nuestras instituciones nos separan. En las *Analectas* dice: «Los hombres están cerca cuando nacen; las vidas que llevan los separan.» Los principios de los filósofos abc pueden ayudarnos a reparar las cadenas rotas de nuestra humanidad común y

capacitarnos para generar paz y compartir prosperidad en la aldea global. En el cumplimiento de esta misión, trataremos en el próximo capítulo algunas cuestiones candentes asociadas a extremos que afligen a las mujeres. De igual modo que el contenido de este capítulo, la sociobiología humana, es básicamente una materia prohibida en las universidades estadounidenses, algunas de las cosas que expondré a continuación están más que prohibidas en los deconstruidos campus universitarios y en el clima políticamente correcto de Occidente. Como usted mismo descubrirá seguidamente y en el capítulo 11, son temas tabú.

1 Wilson, Edward Osborne: *Sociobiología: la nueva síntesis*, Omega, Barcelona, 1980.

2 V. p. ej.: Gore, Al: *La tierra en juego: ecología y conciencia humana*, Emecé, Barcelona, 1993.

3 Huizinga, Johan: *Homo ludens*, Alianza Editorial, Madrid, 2000.

4 Los datos globales sobre 224 tribus ofrecieron los siguientes porcentajes (% de hombres / % de mujeres) en diversas actividades: combate, 100/0; trabajo del metal, 100/0; caza y colocación de trampas, 97/3; pesca, 86/14; comercio, 74/26; agricultura, 48/52; hacer fuego y vigilarlo, 30/70; cerámica, 18/82; fabricación y reparación de ropa, 16/84; cocina, 9/91. Fuente: Scheinfeld, Amram: *Women and Men*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1944.

5 Goodall, Jane: *En la senda del hombre: vida y costumbres de los chimpancés*, Salvat, Barcelona, 1986; y *The Chimpanzees of Gombe*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1986.

6 Me aparto del tema para señalar que la hembra de nuestra especie también es una formidable cazadora por méritos propios, altamente especializada en la caza de una presa por encima de todas las demás: el macho humano. Y la hembra humana ha desarrollado una estrategia exclusiva para cazar al macho: la de ser una cazadora disfrazada de presa. Acostumbrado como está a su función evolutiva de cazador, el hombre imagina que es él quien caza a la mujer; pero en esta caza tiene las mismas probabilidades de ser él la presa incauta e indefensa.

7 <http://www.pubmedcentral.nih.gov/articlerender.fcgi?artid=65549>.

8 <http://www.straightdope.com/columns/010420.html>.

9 Wrangham, Richard y Dale Peterson: *Demonic Males: Apes and the Origins of Human Violence*, Houghton Mifflin, Boston, 1996.

10 V. *Demonic Males*, cap. 10: «The Gentle Ape».

11 Sapolsky, Robert: «A Natural History of Peace», en *Foreign Affairs*, pp. 104-120,

enero/febrero de 2006.

12 De Vore, I. y S. Washburn: «Baboon Ecology and Human Evolution», en F. Howell y F. Bourliere (eds.) *African Ecology and Human Evolution*, Methuen & Co. Ltd., Londres, 1964.

13 Ardrey, Robert: *The Territorial Imperative*, Collins, Londres, 1967.

14 Pero muchas feministas contemporáneas ignoran alegremente los precedentes biológicos que contradicen sus ideologías y, en lugar de ello, «legitiman» sus ideologías para que nieguen la realidad de la biología.

15 Forel, Auguste: *Le Monde Social des fourmis du Globe comparé à celui de l'Homme*, Librairie Kundig, Ginebra, 1921-1923.

16 *Ibid.*, vol. I, p. 60.

17 Zinsser, Hans: *Rats, Lice and History*, Bantam Books, Nueva York, 1960, pp. 146-155.

18 V. Koestler, Arthur: *The Ghost in the Machine*, Hutchinson & Co. Ltd., Londres, 1967.

19 Freud, Sigmund: *ZeitgemäÙes über Krieg und Tod*, 1915.

20 Aristóteles: *De las partes de los animales*.

21 Carr, Donald E.: *Los sexos*, Bruguera, Barcelona, 1976.

22 Carr, Donald E.: *The Deadly Feast of Life*, William Heinemann Ltd., Londres, 1970.

23 Wilson, Edward Osborne, *op. cit.*, 1975, p. 370.

24 Friedmann, H. «The Natural History Background to Camouflage», *Smithsonian Institution War Background Studies*, 5, 1942, p. 17. V. también Julian HUXLEY: «Evolution, Cultural and Biological», en *New Bottles for Old Wine*, Chatto & Windus, Londres, 1957, pp. 137-154.

25 Aristóteles: *Política*.

Los extremos de Pandora: La politización de la diferencia entre los sexos

¿Y qué puede ser más sagrado, o más deseable para un hombre en su sano juicio, que engendrar, con una esposa noble y honesta, a hijos que velarán con celo y lealtad a su padre y su madre cual pastores de su ancianidad y serán los custodios de toda su hacienda?

Aristóteles

¿Cuál es la conducta apropiada para un hombre o una mujer en este mundo, donde todos se aferran a este escombros? ¿Cuál es el saludo adecuado entre las personas que se cruzan entre sí en esta riada?

Buda

En vano he buscado a alguien cuyo deseo de fortalecer su poder moral fuera tan intenso como su deseo sexual.

Confucio

Machismo contra feminismo

La naturaleza confronta a los seres humanos con los extremos en un nivel fundamental de nuestra existencia: el dimorfismo sexual. Dios o la naturaleza (o ambos) han dispuesto que la humanidad se manifieste en dos formas distintas: femenina y masculina. Todas las personas razonables convienen en que existen diferencias biológicas entre ambos sexos: de carácter anatómico, fisiológico, endocrinológico y en el funcionamiento cerebral, por ejemplo. La mayoría convendrá también en que estas diferencias biológicas (empezando por XX en oposición a XY) generan a su vez diferencias emocionales, conductuales, psicológicas, socioeconómicas, políticas y arquetípicas. No obstante, en la aldea global chocan dos posturas extremas sobre el significado de estas diferencias.

La postura machista, compartida por muchas mujeres de ortodoxia religiosa o social,

sostiene que la diferencia sexual biológica da lugar a consecuencias sociales inevitables e irremediables (o diferencias de género), y que el manual antediluviano actualizado de «buenas prácticas» para la división sexual del trabajo —entre otras facetas de la sociedad—, que hemos heredado de los tiempos de la separación del Driopiteco, es válido aún para el siglo XXI y tiempos futuros. La postura feminista radical, compartida por muchos neomarxistas y hombres deconstruidos, dice que los hombres han oprimido a las mujeres desde el principio de los tiempos y que, cuando las mujeres se hayan emancipado por completo, todas las diferencias sociales entre hombres y mujeres se verán como simples construcciones sociales.

En la actualidad, la propia palabra «género» se encuentra en primera línea de las guerras de los sexos, y tiene dos usos completamente distintos: el tradicional y el radical. Los tradicionalistas, incluidas las feministas igualitarias como Christina Hoff Sommers, distinguen entre sexo y género. El sexo es un término biológico (por ejemplo, estructuras y funciones estrictamente masculinas o femeninas), mientras que el género es un término cultural (por ejemplo, aspectos de la personalidad y del comportamiento estrictamente masculinos o femeninos). Las feministas igualitarias consideran que a medida que las mujeres adquieran plena emancipación, serán capaces de conseguir más o menos todo lo que puedan conseguir los hombres; si bien conservarán sus características femeninas esenciales. Por ello, el feminismo igualitario reivindica la igualdad de oportunidades para las mujeres sin negar por ello la existencia de diferencias entre mujeres y hombres. Una derivación importante del feminismo igualitario es que la igualdad de oportunidades para mujeres y hombres no siempre conlleva necesariamente una igualdad de resultados entre mujeres y hombres. ¿Por qué? Porque tanto las diferencias entre los sexos como las preferencias de género influyen en nuestro comportamiento y en nuestras elecciones.

No obstante, las denominadas «feministas de género» han deconstruido la postura del feminismo igualitario y lo han sustituido por un conglomerado de criterios que incluyen los más radicales y los más ilusorios. El feminismo de género se ha impuesto como postura oficial y políticamente correcta en el Occidente posmoderno. Las feministas de género han erradicado la palabra «sexo» de su discurso, y dicen «género» para referirse tanto a las características biológicas como a las sociales. Afirman que todas las diferencias de género son construcciones sociales que, al ser completamente arbitrarias, pueden cambiarse como convenga. Por ejemplo, las profesoras Lucy Gilbert y Paula Webster de Hunter College (Nueva York) postulan:

A cada persona se le asigna desde la infancia una categoría u otra en función de la forma de los genitales. Una vez asignada esta categoría, cada uno de nosotros seremos lo que la cultura nos considera: femeninos o masculinos. Aunque son

muchos quienes creen que hombres y mujeres somos la expresión natural de un esquema genético, el género es producto de la cultura y el pensamiento humanos, una construcción social que crea la «auténtica naturaleza» de todos los individuos.¹

Así pues, el feminismo de género sostiene que la feminidad no tiene relación con ser mujer, y que la masculinidad no tiene relación con ser hombre. Aunque esta postura ilusoria se encuentra desmentida por abundantes datos objetivos, cuenta con la gran ventaja de cuadrar perfectamente dentro de la teoría marxista-feminista-posmoderna, cuyo objetivo político expreso no es la igualdad de oportunidades para las mujeres, sino la eliminación del patriarcado. Según afirma Kate Bornstein, un hombre que se sometió a un cambio de sexo (lo cual lo convierte en «testigo y especialista» para el Partido): «La mujer no sufriría opresión sin el concepto de “mujer” [...]. Eliminar el género es esencial para eliminar el patriarcado.»² Las feministas de género tendrán que «eliminar» también a la amplia mayoría de mujeres moderadas, que al parecer no sólo están a gusto con el hecho de ser mujeres, sino que también consideran que mujeres y hombres deben vivir como iguales en la humanidad que comparten. Sin embargo, esta amplia mayoría de mujeres moderadas no tiene una idea exacta del daño y la opresión infligidos a la civilización occidental por la política marxista del feminismo de género, tan deshumanizador como ilusorio. Tanto ellas como el lector en general hallarán más información al respecto en el capítulo 11.

Entretanto, los extremos de Pandora se encuentran en las antípodas: el machismo asume que la diferencia sexual lo determina todo en términos de actuación social; el feminismo de género considera que la diferencia sexual no determina nada en términos de actuación social. Busquemos el camino medio.

Una síntesis para la reconciliación

Ninguno de ambos extremos representa una visión exacta de la realidad. Como suele ocurrir, cada uno de ellos entraña cierta verdad y cierta falsedad. Cada uno desprecia la verdad del otro y pregonas su propia falsedad. Más de mil millones de mujeres de este planeta se hallan aún desfavorecidas por dictados procedentes del extremo del machismo; al mismo tiempo, el ADN cultural de la civilización occidental en sí (que afecta a otro millar de millones de personas) se ha deshinchado con la connivencia implacable del extremo del feminismo de género. Como siempre, hace falta un camino medio para reconciliarlos.

Explicaré ahora mismo en qué consiste esta reconciliación, y si lo desea puede saltarse

el resto del capítulo. Se trata de lo siguiente: existen diferencias sexuales entre los seres humanos. Comportan ciertas consecuencias sociales (y «ciertas» significa menos que «todas» y más que «ninguna»). Según la teoría budista, todas las diferencias entre los seres humanos se manifiestan en los niveles bajos de conciencia, pero no en los más elevados. Todas las personas, de cualquier sexo o género, pueden alcanzar un estado de conciencia y compasión sin que interfiera la diferencia entre los sexos ni la orientación de género. No obstante, para ello es necesario poner en práctica el camino medio. Quienes se apartan demasiado de su recorrido de moderación pueden acabar siendo víctimas de uno u otro extremo: el machismo radical o el feminismo de género. Ésta es la explicación corta.

Sin embargo, y dado que la «guerra de los sexos» parece ser eterna, tenemos tiempo para dar también la explicación larga. Vamos allá. Érase una vez... Tanto la biología como la cultura hicieron que la estructura rigiera la función. La estructura sexual humana no está tan polarizada como lo ha provocado la acción de muchas culturas (y sus versiones deconstruidas). Los embriones humanos atraviesan una fase hermafrodita que manifiesta estructuras reproductoras tanto wolffianas masculinas como müllerianas femeninas. Sin embargo, la evolución de nuestra especie no nos ha hecho funcionalmente hermafroditas; tanto es así que una parte de estas estructuras se desarrolla normalmente hasta su plenitud, mientras que la otra pasa a un relativo segundo plano. Aun así, no hay tipologías femeninas o masculinas «puras»: al igual que sus arquetipos de yin y yang, cada uno afecta al otro. Ciertas culturas, sobre todo en el mundo en vías de desarrollo, tratan automáticamente a hombres y mujeres como opuestos radicales basándose sólo en las diferencias sexuales; pero este extremo no tiene en cuenta nuestros atributos comunes más importantes. En el otro extremo, algunas culturas del mundo desarrollado niegan en la actualidad que existan consecuencias sociales de ningún tipo ni diferencias entre los sexos, pero su necesidad totalitaria de aplicar esta falsedad les impide igualmente tener en cuenta nuestros atributos comunes más importantes, en especial la dimensión moral que tenemos como seres humanos. Ambos casos dan lugar a conflictos y sufrimientos innecesarios. ¿Y cuáles son estos atributos comunes? Los filósofos abc nos informan muy bien al respecto.

Gracias a Aristóteles, sabemos que toda persona tiene el potencial para la realización, que puede alcanzar puliendo y expresando su talento por vía de la «proporción áurea». Gracias a Confucio, sabemos que el orden social armonioso es necesario también para que las personas lleguen a su realización por medio del Tao. El extremo machista no permite a las mujeres expresar sus virtudes humanas más allá de la maternidad y la domesticidad, mientras que el extremo feminista deconstruye el propio orden social eliminando tanto la feminidad como la masculinidad con el fin de «igualar» los sexos. Es

decir, el machismo lleva a Confucio hasta un extremo imponiendo una jerarquía social rígida, mientras que el feminismo de género lleva a Aristóteles hasta el otro extremo politizando y seguidamente deconstruyendo las mismas diferencias que hacen posible la vida en sociedad. El camino medio de Buda permite reconciliar estos extremos mediante su modelo de nueve niveles de conciencia, una alternativa a la psicología occidental tradicional más profunda incluso que la metafísica china antigua.

Al enumerar estos nueve niveles, resumiré la postura budista nichiren como la expresaba, por ejemplo, el doctor Yoichi Kawada en un discurso que dio recientemente en Nueva York.³ El doctor Kawada, que es un cultivado erudito budista además de inmunólogo, dirige el Instituto de Estudios Orientales de Tokio desde 1985.

Los primeros cinco niveles de conciencia corresponden a los cinco sentidos externos. Lo que vemos excita la corteza visual; lo que oímos, la corteza auditiva; y así sucesivamente. El mundo fenoménico estimula el cerebro por los circuitos sensoriales, que en ocasiones se intercambian creando lo que los psicólogos llaman «sinestesia»: experimentar un sentido mediante otro. Si usted ha oído alguna vez el sonido de una puesta de sol o ha notado en la piel un tintineo, ha experimentado la sinestesia. El sexto nivel es el raciocinio: el ejercicio de la razón y la voluntad, el nivel en el que evaluamos lo que nos dicen los sentidos (por ejemplo, que la música está muy alta) y lo que haremos al respecto (por ejemplo, bajarla). El séptimo nivel corresponde al subconsciente freudiano, el inconsciente, cuyos procesos mentales y emociones (así como los sueños, los recuerdos y las fantasías) influyen en la razón y la voluntad conscientes, aunque nosotros no advirtamos dichos procesos. El octavo nivel corresponde al inconsciente colectivo de Jung y también al mundo de las ideas de Platón: aquí residen los arquetipos primordiales y las formas idealizadas que todas las personas reconocen y comparten. El noveno nivel es la conciencia de Buda, que puede alcanzar todo ser humano dispuesto a liberarse de las cadenas de los otros ocho niveles. El camino medio es precisamente la vía rápida que conduce a este noveno nivel.

Sólo en el noveno nivel somos libres de las dualidades y los dimorfismos que se manifiestan en los demás niveles, todos ellos sensibles a los anhelos ilusorios que provocan el sufrimiento humano. La psique sufre cuando la razón y la voluntad son prisioneras de los apetitos, llámense ansias, pasiones, emociones, necesidades, carencias, deseos, fantasías o expectativas, que afectan a todos los niveles excepto al noveno. Sólo este nivel se encuentra vacío de anhelos y lleno de amor incondicional, compasión, atención y una disposición ilimitada para ayudar a las personas necesitadas. En el noveno nivel no hay diferencia sexual ni de género.

Sólo se pueden hacer tres cosas con los apetitos: saciarlos de forma sana, saciarlos de

forma malsana o no saciarlos. ¿Cuál de los tres es el camino medio? Efectivamente, saciarlos de forma sana es el virtuoso camino medio; cualquier otro camino conduce a vicios extremos. Por ejemplo, todos nosotros tenemos apetitos relacionados con la comida. Esto es normal; necesitamos ingerir todo tipo de nutrientes para mantener una dieta equilibrada. Quienes comen demasiado terminan padeciendo obesidad, una epidemia que afecta a muchos estadounidenses y, cada vez más, a todas las culturas globalizadas. En el otro extremo se encuentran los que, aun teniendo comida abundante al alcance, se privan de ella hasta morir de hambre. Los occidentales llamamos «anorexia» a este problema. En un sentido amplio, el camino medio supone comer a diario lo suficiente en términos cuantitativos y cualitativos. El apetito de comida humano, de por sí, no es más que parte de una cadena alimentaria natural más extensa. No constituye un pecado ni un crimen ni «mal karma» tener hambre cada tantas horas. No obstante, la elección de lo que se come, así como de la forma de obtenerlo y de prepararlo, establece una serie de causas. Los efectos de éstas determinan, en parte, lo bien o lo mal que se viva. Alimentarse de comida sana contribuye a llevar una vida sana; alimentarse de comida basura, a tener una vida poco saludable. Usted es lo que come, como también es lo que piensa.

La mayoría de los apetitos humanos son similares a este respecto, ya sean de comida, bebida, vivienda, ropa, constancia, cambio, posesiones, mitos, leyendas, tótems, relaciones, sexo, hijos, posición social, dinero, poder o cualquier otra cosa. Tanto la privación extrema como la autocomplacencia extrema entrañan un escaso placer y producen un gran sufrimiento, incluso si se practican con buena intención y buen criterio. Por ejemplo, puede ser que trabajar mucho sea su deber y puede ser también que le guste hacerlo. Sin embargo, a partir de cierto punto, la adicción al trabajo se convierte en un extremo, aunque el trabajo que usted haga sea beneficioso. ¿Cuándo? Cuando empieza a perjudicarle y, por tanto, a disminuir su capacidad de ayudar a los demás. Hasta los buenos extremos pueden llevarse a extremos dañinos.

Incluso la expresión normal de estos apetitos puede diferir tanto entre hombres y mujeres que a veces percibimos al otro sexo como si perteneciera a otra especie, o viniera de otro planeta (de Marte y de Venus, como tan bien expone John Gray).⁴ El viaje espiritual humano es el mismo para todas las personas en cuanto al destino, que es el noveno nivel; pero, para alcanzarlo, se nos asignan vehículos distintos. Unos son vehículos masculinos; otros, femeninos. Sus diferencias deben ser reconocidas, valoradas, honradas,preciadas y respetadas, no utilizadas como base para la opresión ni la deconstrucción.

Como veremos al final de este capítulo, la moral común trasciende también dichas

diferencias. Un acto «bueno» no es ni un acto de «hombres» ni de «mujeres»; tampoco es un acto «masculino» ni «femenino»: es un acto humano. Tanto las mujeres como los hombres cometen el error de buscar la felicidad a expensas del prójimo, lo cual sólo conduce a la infelicidad. El budismo mahayana enseña que tanto los hombres como las mujeres podemos alcanzar la felicidad únicamente buscando la felicidad de los demás. Eso no quiere decir que las tareas que desempeñan mujeres y hombres, para sí mismos o para los demás, para el bien o para el mal, sean necesariamente las mismas. Con la politización de las diferencias entre los sexos, el machismo en un extremo y el feminismo de género en el otro cometen por igual injusticias flagrantes contra los seres humanos sometidos a su dominio. El primero aplica excesivamente las diferencias entre los sexos a la cultura para retener el poder político y, de este modo, excluye injustamente a las mujeres de las oportunidades de realización que merecen como seres humanos. El segundo aplica excesivamente las ideologías antirrealistas y neomarxistas a la naturaleza, también por aspiraciones políticas; de modo que niega hasta el absurdo las diferencias entre los sexos que resurgen de forma inevitable en contextos culturales y que ni la voluntad ni la ingeniería social pueden erradicar. Los conflictos provocados por estos extremos en liza generan un gran sufrimiento a ambos sexos y géneros. La polarización de las personas, sea por la reafirmación de las diferencias entre los sexos o por su negación, se opone a la noción de humanidad compartida y, por tanto, a la felicidad humana.

El camino medio ofrece una perspectiva equilibrada, realista y humanista. Propone que, hasta que alcancemos el noveno nivel de conciencia, las diferencias entre los sexos siguen existiendo. Sin embargo, tales diferencias poco afectan a los fines más profundos y amplios de la existencia humana; es decir, la atención y la expresión de la naturaleza de Buda en uno mismo y en los demás. Hombres y mujeres pueden compartir en pie de igualdad algo mucho más precioso que sus diferencias: la humanidad que tienen en común y el estado de conciencia iluminado al alcance de todas las personas, que trasciende y unifica las divisiones producidas tanto por los cromosomas como por la cultura. Hacia el final de este capítulo ofreceré una convincente argumentación de este aspecto, sacada de un discurso del doctor Kawada.

La cuestión principal

La cuestión principal que divide a quienes han analizado la diferencia entre los sexos, desde el Génesis hasta Platón, desde las sufragistas a los posmodernos, desde las feministas a los machistas, es el grado en que la biología influye en la sociedad. Es decir, ¿dónde trazamos la línea que separa la biología de la cultura?, ¿qué nivel de igualdad cabe esperar entre los sexos? La desigualdad de resultados, por ejemplo, ¿en qué medida

resulta de una diferencia natural (que difícilmente o en absoluto puede alterarse) o de convenciones culturales (que puede alterar la moral o la voluntad política)?

En un extremo se halla una extendida doctrina tradicional que predomina todavía en más de la mitad del mundo. Sostiene que la mujer es, por definición, inferior al hombre en muchos aspectos importantes, por lo que el lugar de la mujer debe estar subordinado al del hombre. Esta versión es la de la supremacía masculina. En el extremo opuesto tenemos la ideología neomarxista preponderante en Occidente desde la década de 1960 y que, en la actualidad, ha adquirido la condición de dogma incontestable. Postula que todas las diferencias importantes entre hombres y mujeres son «construcciones sociales» y que la mujer ha sido esclavizada históricamente por el hombre, o es una clase social explotada y oprimida que tan sólo necesita liberarse para ser igual al hombre. Toda manifestación cultural de la diferencia entre los sexos se percibe como un problema político que puede solventarse con la ingeniería social. Los estragos causados por este antirrealismo flagrante son enormes. Volveremos a la institucionalización de este postulado en el capítulo 11. Estos dos extremos mantienen una guerra abierta (conocida como «guerra de los sexos») desde hace varias generaciones, y la humanidad es su víctima principal. En ambos extremos se han malgastado, y siguen malgastándose, incontables vidas.

La siguiente anécdota nos ayudará a llegar al meollo del debate. En el año 2005, el presidente de la Universidad de Harvard, Larry Summers, escandalizó al extremo del feminismo de género y la corrección política al preguntarse si las diferencias innatas entre los sexos son la causa de la desproporción entre los logros de los hombres y de las mujeres en las ciencias naturales y las matemáticas. Las repercusiones de estas declaraciones llegaron a extremos. Los defensores de la supremacía masculina reaccionaron diciendo entre risas: «¿Y qué? Era obvio.» Las feministas radicales y sus seguidores de sexo masculino se subieron por las paredes. Como Salomé, querían que les sirvieran la cabeza de Summers en una bandeja. Rigiéndose ya no por su lema (*veritas*, o «verdad») sino por los dictados de la corrección política, la universidad movilizó rápidamente a un regimiento de publicistas, diplomáticos y comisarios políticos para que se disculparan en nombre de Summers y zanjaran el debate.

Harvard es la universidad más destacada del mundo, la primera en la lista de cualquier persona. Cuenta con la mayor dotación presupuestaria (25.000 millones de dólares en el momento de redactar estas líneas) y con el mayor número de Premios Nobel entre sus graduados (40 en el momento de redactar estas líneas), entre muchos otros factores que contribuyen a su grandeza. No obstante, el Tao nos recuerda que la grandeza está inevitablemente acompañada de la atrocidad. Por ello, cuanto mayor sea Harvard, más atroz será. ¿De qué manera? Renunciando a su propio lema (*veritas*) y sustituyendo la

libertad de investigación académica por imposiciones totalitaristas de control del pensamiento, lo cual se conoce también como corrección política. La antigua grandeza de la Universidad de Harvard se ve gravemente dañada por la actual atrocidad de su otro yo: la Universidad Democrática Popular de Harvard, cuyos comisarios políticos, partiendo de las artes liberales y creando una metástasis por toda la institución, han reemplazado de forma sistemática la educación superior por el adoctrinamiento político.

Tuve la ocasión de pedir explicaciones a uno de los comisarios políticos más importantes de Harvard, un hombre influyente de la JFK School of Government que ha asesorado a presidentes estadounidenses, tanto demócratas como republicanos, acerca de la vergonzosa supresión de las libertades de pensamiento, expresión e investigación, los pilares de la cultura universitaria de costa a costa. Poco después de las declaraciones de Summers, este hombre fue enviado a una cena privada en la que los asistentes debatíamos el tema de las diferencias sexuales en el cerebro humano y sus consecuencias culturales, e interrumpió el debate que manteníamos para pronunciar unas palabras que sonaban a discurso político por encargo: era su «apología» de Summers.

Este alto comisario político de la Universidad Democrática Popular de Harvard empezó confirmándonos que no sabía nada de ciencia, pero que tenía la convicción de que el presidente Summers no debería haber hecho aquellas declaraciones. Los presentes, entre quienes había distinguidos científicos, filósofos, intelectuales y empresarios, tanto hombres como mujeres, teníamos dos importantes objeciones. En primer lugar, si no sabía nada de ciencia, ¿cómo pretendía juzgar las afirmaciones de Summers? En segundo lugar, ¿la misión de las universidades no debería ser debatir, investigar y aclarar cuestiones, analizar hipótesis y descubrir verdades científicas, en lugar de censurar debates políticamente incorrectos y promulgar ideologías políticamente correctas? Animado por algunos de mis comensales, planteé al comisario político estas objeciones. Muchos de los presentes coincidían conmigo, pues eran defensores de las libertades humanas fundamentales, como la libertad de expresión, la libertad de investigación académica y la libertad de poseer y comunicar opiniones incómodas o incluso políticamente incorrectas (sin olvidar la libertad de equivocarse), con el fin de desvelar la verdad. Sin embargo, el comisario político de la Universidad Democrática Popular de Harvard se indignó al oír mis observaciones, y se indignó aún más al oír el aplauso que generaron. Estaba demasiado acostumbrado a dictar opiniones políticamente autorizadas en su universidad y a suprimir sin contemplaciones cualquier voz disidente, como el resto de comisarios políticos del estalinizado gulag estadounidense de educación superior que se extiende de costa a costa. En el capítulo 11 haremos una visita al gulag estadounidense.

Lo que expongo a continuación es, en esencia, el argumento políticamente incorrecto

que plantee al comisario político de Harvard y que éste se vio incapaz de rebatir. Ser hombre o mujer, es decir, la diferencia sexual, es algo innato y depende de los cromosomas sexuales. Toda persona es concebida, gestada y alumbrada con sexo masculino (XY) o femenino (XX). Las primeras palabras con que se describe a alguien corresponden a la diferencia sexual: «es una niña» o «es un niño». Por un lado, hay un continuo de diferenciación sexual, con una escasa presencia de hermafroditas en el centro; pero, por el otro, también existe una concentración de características en cada polo. De este modo, la especie humana en sí hereda el «trastorno bipolar» más extendido de todos los tiempos: el dimorfismo sexual. Aun así, cada sexo reúne también trazas del otro. Hombres y mujeres no son opuestos totales como los polos magnéticos positivo y negativo, sino más bien complementos taoístas que nacen del territorio común que es la humanidad. Con todo, existen claras diferencias entre hombres y mujeres que, con fines políticos, han sido exacerbadas por los machistas y deconstruidas por los posmodernos.

Mary Wollstonecraft, de forma tan sucinta como conmovedora, observó que «o bien la naturaleza ha establecido enormes diferencias entre el hombre y la mujer, o bien la civilización que ha existido hasta este momento en el mundo ha sido muy parcial».⁵ Dado que ahora resulta políticamente incorrecto señalar «enormes diferencias» entre hombres y mujeres (es decir, las dadas por la biología), todo problema surgido de la diferencia entre los sexos se achaca actualmente a la civilización (es decir, a la cultura). Según los posmodernos, si se «arregla» la cultura, se «arreglará» la desigualdad sexual. Este planteamiento sólo presenta un problema: «arreglar» la cultura para eliminar las diferencias sexuales biológicas contraviene el camino que hace que la cultura prevalezca. Las radicales que se han propuesto que hombre y mujer sean idénticos mediante la ingeniería social sólo consiguen destruir con ello nuestra civilización. Ser iguales no es lo mismo que ser idénticos.

Wollstonecraft está en lo cierto, naturalmente, pero mucho más de lo que ella misma esperaba. No se trata de que una de las dos opciones sea verdadera y la otra falsa: ambas son verdaderas. Es verdad que «la naturaleza ha establecido enormes diferencias» entre el hombre y la mujer, pero por decreto político está prohibido decirlo en las universidades de Estados Unidos y en todo el espacio que abarca la cultura de la extrema izquierda. También es verdad que, durante mucho tiempo, la civilización ha sido «muy parcial» en favor de los hombres y en contra de las mujeres, y sigue siendo «muy parcial» en ese mismo sentido en el mundo en vías de desarrollo, pero el machismo no permite decirlo. En justicia, los prejuicios culturales deberían erradicarse. Sin embargo, siglo tras siglo, la historia humana repite una y otra vez el mismo error, que conduce a conflictos constantes de los cuales sólo salen victoriosos los extremistas. Este error consiste en

crear inequidad en el presente y en el futuro en un empeño estéril de «compensar» la inequidad del pasado. El rencoroso sendero revolucionario de Rousseau siempre lleva, y siempre llevará, no a la serenidad de Buda, sino a la guillotina de Robespierre.

Durante muchísimo tiempo, las mujeres occidentales se han visto apartadas del poder político, económico y social. La diferencia sexual se aplicó y expresó de forma injusta como diferencia cultural. Como ocurre con los monos, la anatomía marcaba el destino. Después, a lo largo del siglo XX, las mujeres occidentales adquirieron cierto poder político, económico y social. En la actualidad, no sólo ejercen su propio poder (algo positivo), sino que reciben poder para «compensar» que no lo tuvieran en el pasado (algo negativo). Ahora, el péndulo de la injusticia se ha movido demasiado en la dirección opuesta. En lugar de emplear la diferencia sexual para excluir injustamente a las mujeres, se pasa por alto para incluirlas injustamente. Y, en las instituciones políticas y académicas, no se permite que nadie mencione la diferencia sexual ni los efectos culturales de ésta, ya que no «entra en el programa». (Pasemos por alto los cráteres y montes de la Luna, decían los comisarios políticos jesuitas: al fin y al cabo, Galileo no «entra en el programa».) Por desgracia, cuando «el programa» se ciñe a dogmas incuestionables, no es la verdad la que sufre. Son las personas y las civilizaciones, víctimas del engaño y la destrucción. Como dijo Schopenhauer: «La verdad puede esperar, ya que vive mucho tiempo.» En cambio, los seres humanos no vivimos mucho tiempo, especialmente en relación con nuestra capacidad de comprender el tiempo. Es cierto que podemos experimentar «la eternidad en un instante», pero cada instante también puede parecer una eternidad cuando se sufre. Y las mentiras hacen sufrir a la gente.

La masculinidad es una extensión cultural de ser hombre; la feminidad, de ser mujer. Existen consecuencias culturales objetivamente reales de diferencias sexuales objetivamente reales. No me cabe ninguna duda. Es una certeza que se mantiene por sí sola, sea «políticamente incorrecta» o no. ¿No me cree? Si conduce, coja un coche y comprobará personalmente esta certeza en sólo unos minutos (aunque un decreto político prohíba decirlo en la Universidad Democrática Popular de Harvard). Si es usted mujer y vive en una cultura cuyas normas siguen hallándose en el extremo machista, conducir le está totalmente prohibido. Esta restricción refleja un modelo de división del trabajo por sexos que data de la Edad de Piedra. En el momento de escribir estas líneas (finales de 2005), el gobierno de Arabia Saudí se dispone a permitir que las mujeres obtengan permiso de conducción. Sin duda, se trata de una reforma importante, una de muchas por venir (con gran retraso, en muchos casos) y que, en su conjunto, permitirán la entrada del mundo árabe en el siglo XXI. Prohibir a las mujeres conducir por el mero hecho de serlo (como privarlas de saber leer y escribir, cursar estudios y desempeñar una

profesión) es una negación injusta de su humanidad. No obstante, hombres y mujeres demuestran estadísticamente marcadas diferencias en la forma de conducir. Así pues, la igualdad en lo que respecta a la posibilidad de manejar vehículos de motor (algo positivo) sigue originando diferencias observables en una numerosa población de conductores: muchos hombres y mujeres conducen de forma distinta al sexo opuesto (algo innegable). En todos los niveles mundanos de la existencia, ser iguales no es lo mismo que ser idénticos.

Ilustración de la evolución cultural

Quienes vivimos en el (antiguamente) libre Occidente conocemos bien esta historia, ya que hemos constatado de qué son capaces las mujeres cuando se ven libres de los grilletes impuestos por una ciudadanía de segunda clase. Las convenciones de la época victoriana, por ejemplo, relegaban a las mujeres al papel de muñecas en una casa de muñecas (ver figura 9.1). Si bien muchas mujeres sin duda apreciaban (y siguen apreciando) ciertos aspectos de ser «muñecas», otras detestaban claramente las restricciones de tener que limitarse a cumplir este papel.



Figura 9.1. La mujer victoriana, 1880-1900.

Por ejemplo, antes de la Primera Guerra Mundial, a las mujeres británicas se les prohibía conducir autobuses y camiones porque eran actividades consideradas «poco femeninas». Del mismo modo, muchas mujeres no aspiran en la actualidad a conducir autobuses ni camiones y, sin embargo, no sería justo excluir a las que lo hacen. Hoy día, un siglo más tarde, hay muchas mujeres que conducen autobuses y camiones profesionalmente, y lo hacen tan bien como los hombres; aunque la proporción de mujeres es mucho menor: mucho más que cero, pero mucho menos que el 50%. Me pregunto si Larry Summers habría suscitado las iras de las feministas si hubiese afirmado que las diferencias naturales entre los sexos ayudarían a explicar por qué hay menos mujeres que hombres conduciendo camiones.

Durante la Primera Guerra Mundial, mientras las trincheras de Europa se convertían en mataderos para una generación de hombres sanos, de pronto se hizo necesario que las

mujeres desempeñaran todo tipo de «trabajos para hombres» que anteriormente les habían sido vedados. Las mujeres estadounidenses vivieron esta situación durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los carteles de guerra, con la imagen de «Rosie la remachadora», animaban a las mujeres a realizar tareas de todo tipo, como remachar o soldar, que anteriormente estaban reservadas en exclusiva a los hombres por convenciones culturales, no por leyes naturales inamovibles (ver figura 9.2).

Las mujeres británicas dieron un importante paso en la continuada evolución cultural durante la batalla de Inglaterra, cuando se las reclutó (junto con los veteranos discapacitados de la Primera Guerra Mundial) para transportar cazas nuevos de las fábricas hasta los aeródromos, donde los pilotos necesitaban con urgencia los aviones para defender valientemente los temibles asaltos de la Luftwaffe. De este modo, en apenas una generación, las mujeres británicas «evolucionaron» de sufrir la prohibición de conducir autobuses a cubrir la necesidad de transportar aviones de guerra. Ningún darwiniano en su sano juicio atribuiría esta transformación a una mutación genética favorable en las mujeres británicas. Se trata de un ejemplo transparente de evolución cultural de las normas sociales equitativas, que curiosamente precipitó (como muchos avances de la ciencia, la tecnología y la política social) la guerra, siempre librada por las jerarquías masculinas dominantes con la complicidad de las mujeres.

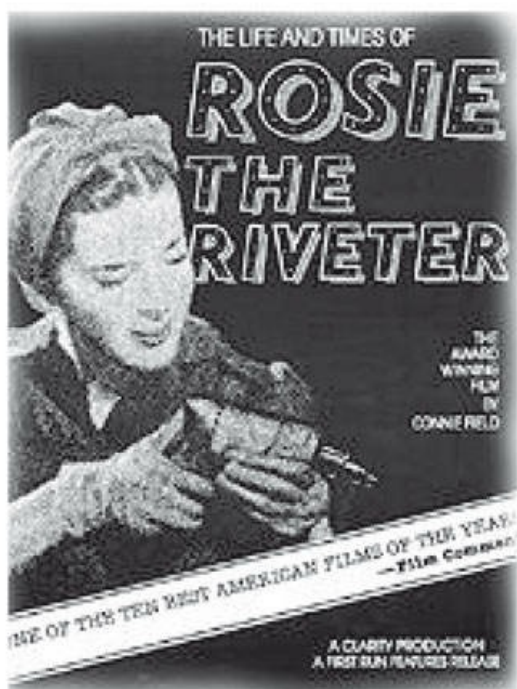


Figura 9.2. La mujer estadounidense, década de 1940.

Así pues, a finales de 2005, mientras nuestros vecinos de Arabia Saudí empiezan a fraguar su política «revolucionaria» de permitir que las mujeres conduzcan coches, constatamos que se encuentran más o menos un siglo por detrás de Occidente en este aspecto concreto de la liberación de las mujeres. Y mientras que la evolución biológica

requiere por norma millones de años para hacerse notar, la evolución cultural puede dar lugar a cambios trascendentales, para bien o para mal, en una sola generación.

La transformación de las mujeres de muñecas victorianas a obreras fue más marcada en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. (De nuevo, ver figura 9.2.) Según un informe de la Administración Federal de Carreteras del Departamento de Transporte de Estados Unidos:

Entre 1940 y 1945, el número de mujeres trabajadoras se incrementó cerca de un 50%, de 12 a 18 millones. En 1940, las mujeres constituían un 8% del total de trabajadores empleados en la producción de bienes duraderos. En 1945, este número se incrementó hasta el 25%. Durante los años de guerra, las mujeres se hicieron conductoras de tranvía, taxistas, empresarias, cajeras de vuelos comerciales, ingenieras aerodinámicas y ferroviarias. Manejaban maquinaria, tranvías, autobuses, grúas y tractores; descargaban mercancías, construían dirigibles y planeadores, trabajaban en aserraderos y plantas siderúrgicas y fabricaban munición. En esencia, las mujeres cubrían casi todos los aspectos de la industria.⁶

El mundo en vías de desarrollo, incluidas muchas regiones de África y grandes zonas de las civilizaciones islámicas y asiáticas, todavía van muy a la zaga de la mayoría de los países desarrollados, cuyas activas economías dependen más que nunca de la plena integración de la mujer en el trabajo, no sólo en la fabricación de productos sino, cada vez más, en la prestación de servicios.

Al mismo tiempo, no debemos perder de vista otro factor. Si bien las mujeres de la generación de «Rosie la remachadora» estaban dispuestas, capacitadas y requeridas para desempeñar tareas de todo tipo que anteriormente el machismo había clasificado como «de hombres», en tiempo de guerra se excluía del combate en sí a las mujeres. Montaban armas, pero no las disparaban; construían barcos de guerra, pero no subían a bordo; transportaban cazas, pero no los pilotaban en misiones de combate. Desde la prehistoria hasta 1976, las mujeres combatían en las guerras sólo en las circunstancias más desesperadas, o cuando las medidas desesperadas habían fallado y no quedaba más que el recurso del combate suicida. Valientes mujeres formaron parte de la lucha llevada a cabo por la Resistencia francesa, los partisanos yugoslavos, el alzamiento del gueto de Varsovia, la insurgencia del Viet Cong y otras causas igualmente desesperadas; pero sólo cuando las circunstancias eran tan nefastas que habían abandonado toda esperanza de gozar del hogar, el matrimonio y la maternidad, de la libertad y las oportunidades.

En 1976, el sistema militar estadounidense cedió ante el feminismo y, con la aprobación de la Ley Stratton, permitió por primera vez el ingreso de las mujeres en las academias militares, hecho que ha levantado una miríada de polémicas, escándalos sexuales, pleitos, debates y oportunidades para la investigación sociológica (cuando la política no lo ha prohibido). El tema de las mujeres en el campo de batalla es muy espinoso, y lo ha sido desde la época de Platón. Ahora lo menciono sólo de paso. Divide por igual a hombres y mujeres, y no se atisba un consenso en el horizonte. El almirante estadounidense Zumwalt (entre otros) ha constatado que, en muchos aspectos, las mujeres llegan a ser mejores soldados que los hombres, del mismo modo que a menudo llegan a ser mejores estudiantes y trabajadoras. Yo coincido con esta postura, y en breve volveremos a este tema. No obstante, por esta misma regla, las mujeres también pueden llegar a ser «mejores» terroristas que los hombres, lo que sin duda constituye un motivo de preocupación.

Margaret Mead dio un premonitorio aviso acerca de los peligros de arrancar a la mujer del hogar, donde se expresa y florece su naturaleza femenina. Cuando las mujeres, desposeídas de sus roles de esposa y madre, se convierten en combatientes armadas en tiempo de guerra, se desencadena su versión de salvajismo primordial. Aunque la violencia se halla de forma más frecuente, abundante y evidente en el hombre, la capacidad para la violencia reside en las profundas capas de primate, tanto en hombres como en mujeres. Del mismo modo que todas las personas pueden alcanzar el más alto nivel de conciencia (la naturaleza de Buda), todas ellas pueden también manifestar los estadios más primitivos de la violencia animal, sobre todo cuando se ha borrado cualquier otra salida. De este modo, Mead advertía de que las mujeres apartadas del hogar «pasan a ser más despiadadas y salvajes que los hombres. [...] Las mujeres y los animales hembra no juegan. Cuando luchan, lo hacen con fiereza y hasta la muerte».⁷

Así es, y las mujeres llegan a ser también torturadoras más crueles que los hombres. Tal fue el caso de los mártires jesuitas del Bajo Canadá, a quienes los iroqueses capturaron y torturaron hasta la muerte. Cuando los bravos terminaron con ellos, los dejaron en manos de las *squaws*, que prolongaron la agonía y los estertores de los prisioneros con métodos más ingeniosos que los de los hombres. Es de justicia decir las cosas como son. Del mismo modo que las mujeres acostumbran a ser más compasivas que los hombres, también pueden ser más crueles.

Por un lado, los defensores de la justicia social aplauden la integración laboral de las mujeres en el mundo desarrollado, a quienes por primera vez en la historia homínida y humana se les concede plena participación como abastecedoras (siguiendo precisamente la misma evolución de los hombres como abastecedores). Por otro lado, la esperanza de

que el mundo se convertirá de forma automática en un lugar más pacífico gracias a la liberación de las mujeres (que, en teoría, permitirá que su naturaleza «nutridora» y «tierna» se extienda al terreno de la política y las relaciones internacionales) es demostrablemente falsa. Tanto hombres como mujeres mantuvieron esta esperanza, basada en la noción errónea de que «la violencia es de hombres»⁸ y vivió su apogeo durante las décadas de 1970 y 1980.⁹ No obstante, en las décadas de 1960 y 1970, Europa occidental vivió una oleada de terrorismo urbano, cuyos exponentes más destacados eran la banda Bader-Meinhof en Alemania y las Brigadas Rojas en Italia. Se trataba de guerrillas urbanas neomarxistas, algunos de cuyos miembros eran gente instruida y procedente de familias acomodadas, que capturaban y asesinaban a políticos, banqueros e industriales blancos de sexo masculino. El único «crimen» cometido por sus víctimas era haber contribuido a mejorar el nivel de libertad y prosperidad en la historia europea. Estos grupos terroristas se consideraban a sí mismos los equivalentes urbanos del Che Guevara, emulaban el naciente terrorismo de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), explotaban los flecos de seguridad y la política contemporizadora de Europa occidental respecto al terrorismo de la OLP y se financiaban mediante el secuestro, la extorsión, el robo y el narcotráfico. En el momento más violento de criminalidad urbana, 14 de los 22 terroristas más buscados de Europa, es decir, el 63%, eran mujeres.¹⁰ Así pues, si bien es cierto que las mujeres han avanzado mucho, no siempre o de forma automática lo han hecho siguiendo el camino medio. (Ver figura 9.3.)



Ulrike Meinhof



Figura 9.3. Mujeres terroristas a partir de la década de 1960.

Para todos los seres humanos, sean hombres o mujeres, la liberación no significa trocar un yugo por otro, ni intercambiar los papeles de opresor y oprimido. El ciclo de sufrimiento humano no se puede romper ni por el extremo del machismo ni del radicalismo, sino únicamente por el camino medio.

Incluso las revoluciones pacíficas tienen un precio. En efecto, el declive del macrocosmos de la civilización occidental es atribuible en gran medida a la desaparición de su microcosmos, es decir, la familia nuclear, que no ha podido, puede ni podrá sobrevivir a la situación de tener dos sueldos y nadie que se ocupe de la casa. Las mujeres parecen ser conscientes de este hecho, y están aprendiendo a las malas que su integración en las economías desarrolladas no supone su realización como seres humanos ni su felicidad personal. En el ejercicio de mi actividad como asesor filosófico, me he encontrado con una afluencia constante de mujeres profesionales que, pese a su juventud, éxito e inteligencia, no se sienten realizadas ni felices por tener impresionantes tarjetas de presentación; ni siquiera por ganar buenos sueldos. Su educación superior en Estados Unidos ha expuesto a la mayoría de ellas al adoctrinamiento político de las feministas radicales, que las han programado para que crean alcanzar la realización y la felicidad viviendo y trabajando más o menos a imitación de los hombres. Sin embargo, el reloj biológico femenino, que avanza implacablemente y suena de forma más insistente cada año que pasa, obliga a estas mujeres jóvenes a reconocer una verdad más profunda: la maternidad no es una construcción social, sino más bien la compleción de la función natural de la mujer y su pasaporte para una satisfacción verdadera. De este modo, las presiones que le obligan a intentar ser tanto una buena profesional como una buena madre son realmente tremendas. Hay mujeres de talento excepcional que logran ser ambas cosas haciendo malabarismos, y encima consiguen ser buenas esposas; pero a menudo terminan sufriendo falta de sueño y estrés, lo cual a su vez acarrea otros problemas. Paradójicamente, muchas de estas mujeres jóvenes afirman que envidian a sus madres o a sus abuelas, que eran amas de casa «sin liberar». Esta afirmación coincide con la de las mujeres de la antigua Unión Soviética que habían vivido una «liberación» forzada y habían trabajado al lado de los hombres como camaradas «iguales»: envidiaban a las amas de casa estadounidenses de la Edad de Oro del capitalismo. Desde el momento en que el feminismo ha pasado de una bienintencionada emancipación de la mujer a una guerra ensañada del matriarcado contra el patriarcado, ha pasado, como un péndulo sobrecargado, de un extremo al otro. (Ver figura 9.4.)

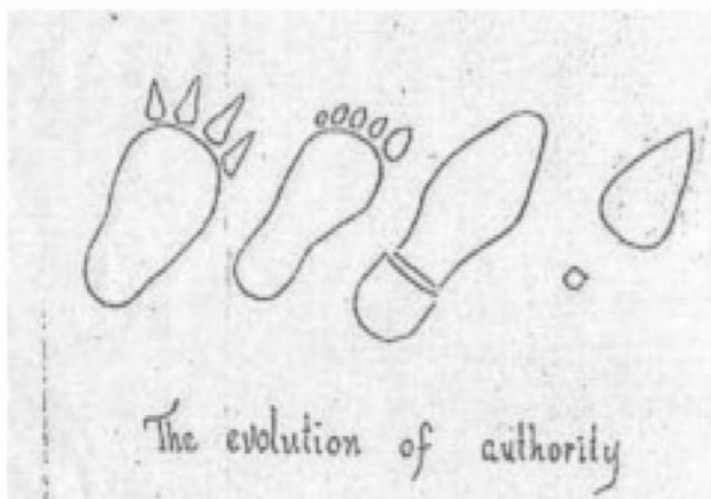
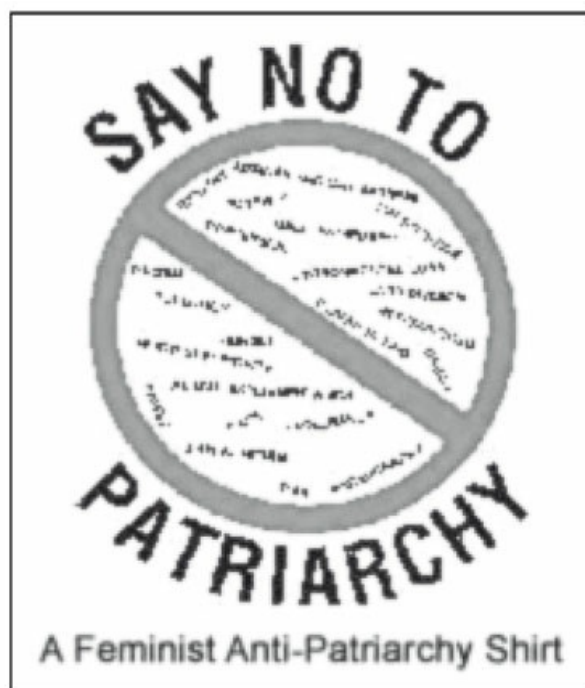


Figura 9.4. El feminismo, a partir de la década de 1960

«Si tuviera un martillo... ¡Aplastaría el patriarcado!» «¡Yo ya lo tengo!»
 «DI NO AL PATRIARCADO» «Camiseta feminista contra el patriarcado»
 «Feministas al poder»
 «Evolución de la autoridad»

Desde la perspectiva del camino medio, parece ser que los seres humanos encuentran la satisfacción a duras penas, y la insatisfacción con facilidad. Y las mujeres pueden experimentar más formas de estar insatisfechas que los hombres. En el mundo en vías de desarrollo, las mujeres sufren por la falta de igualdad de oportunidades; mientras que, en el mundo desarrollado, sufren por su exceso. La igualdad de oportunidades no conduce de forma automática a la felicidad, y, en el caso de las mujeres, se debe en parte a que no son idénticas a los hombres, excepto como seres morales y cuando alcanzan el noveno nivel de conciencia.

La igualdad de oportunidades significa desigualdad de resultados

La igualdad de oportunidades para mujeres y hombres produce, en muchos casos, resultados dispares entre ambos. Si esta disparidad se debe a convenciones sociales, se puede corregir con la evolución cultural. Si se debe a diferencias naturales, entonces no se puede corregir con la evolución cultural ni con ingeniería social, desde luego. Aun así, estas dos facetas de la humanidad, la biología y cultura, están muy ligadas. Por ello, las correcciones culturales pueden servir también para remarcar las diferencias naturales: la igualdad de oportunidades para que mujeres y hombres se hagan camioneros, físicos o jefes de Estado no redundaría necesariamente en una igualdad numérica de mujeres y hombres que se hacen camioneros, físicos o jefes de Estado. En el siglo XX, la condición de las mujeres occidentales ha avanzado mucho: de muñecas victorianas encerradas en sus casas a líderes electas (ver figura 9.5). Sin embargo, del mismo modo que resultaba extremadamente injusto negar a las mujeres la igualdad de oportunidades y con ello impedir que manifestaran sus cualidades humanas, también es extremadamente injusto establecer sistemas de cupos que imponen resultados arbitrarios y que fomentan la mediocridad y la incompetencia, en lugar de las cualidades humanas. La desigualdad de resultados es, con frecuencia, consecuencia natural de la igualdad de oportunidades, tanto si se concede a hombres como a mujeres.



Golda Meir, Israel



Indira Gandhi, India



Benazir Bhutto, Pakistán



Margaret Thatcher, Reino Unido



Mary Robinson, Irlanda



Corazón Aquino, Filipinas

Figura 9.5. Líderes electas a partir de la década de 1960.

Y este hecho es el que pronto van a descubrir nuestros vecinos de Arabia Saudí, cuando corrijan la convención social que prohíbe conducir a las mujeres. Permitirles conducir no las convierte en hombres, sino en mujeres conductoras. Las diferencias entre ambos sexos al volante son muy evidentes, como suele ocurrir entre estos dos extremos.

Si usted vive en una cultura cuyas normas son más equitativas y donde las mujeres conducen coches (y otros vehículos) desde principios o mediados del siglo XX, sabrá perfectamente que la diferencia sexual se manifiesta como diferencia de género en la conducción. La mayoría de los conductores, tanto hombres como mujeres, se encuentran en el centro de una distribución estadística normal: no notamos gran diferencia, porque conducen «normal» (los hombres un poco más rápido que la media y las mujeres un poco más lento, aunque no de forma marcada). Sin embargo, en los extremos, los hombres tienden a la agresión y la imprudencia; las mujeres, al temor y la indecisión.

Es obvio que estas diferencias de género en la conducción son reflejo de diferencias sexuales en el cerebro, afianzadas durante millones de años de evolución. En ella, se favoreció la agresividad en los primates machos, ya que era la mejor forma de ascender en la jerarquía de dominio masculino y de atraer a las hembras. También se favoreció la sumisión en los primates hembras, por ser la mejor forma de atraer la protección y la paternidad de los machos dominantes. Dar coches y permisos de conducir a seres humanos, un avance cultural de un siglo aproximado de antigüedad, no anula 15 millones de años de evolución en los primates. Conceder la igualdad social a las mujeres, permitiéndoles por ejemplo poseer permisos de conducir, no altera la diferencia sexual ni de género, sino que expone una dimensión cultural cuyas diferencias pueden estudiar los sociólogos con el objetivo de reducir los accidentes de tráfico. La mayoría de éstos ocurren en los extremos: demasiada imprudencia o demasiado temor; demasiado yang o demasiado yin. Los mejores conductores, tanto hombres como mujeres, equilibran el yin y el yang cuando están al volante.

Si las Universidades Democráticas Populares de América no impusieran una cultura monolítica de corrección política, prohibiendo la libertad de pensamiento, expresión e investigación académica, sería interesante crear una autoescuela experimental y observar hasta qué punto la agresión imprudente y la duda temerosa se pueden modificar por aprendizaje. Sería útil poder determinar en qué medida la reprogramación cultural puede anular el sistema biológico. Harvard podría asumir la investigación y los saudíes, la financiación. Sin embargo, nunca podremos descubrir estas cosas si estamos gobernados por culturas extremistas que utilizan la diferencia sexual como base para su política social

excluyente, o por culturas extremistas que niegan la diferencia sexual también con fines políticos.

Igual no es lo mismo que idéntico

Los conflictos de género actuales se ven inflamados y exacerbados por confusiones ideológicas de las feministas radicales y sus defensores masculinos, que dogmática y erróneamente repiten que lo que es igual es idéntico. Sin embargo, no es así. Dos más tres es igual a cuatro más uno, pero lo primero no es idéntico a lo segundo. Me gustan las manzanas y las naranjas por igual, pero no son cosas idénticas. Seguramente usted quiere a todos sus hijos por igual, y en cambio puede distinguirlos porque no son idénticos. Gozar de los mismos derechos y oportunidades no significa que los resultados sean idénticos para todos. Conceder la igualdad política o social a las mujeres no las hace idénticas a los hombres. Confundir igual con idéntico es uno de los pocos pero generalizados errores monumentales del «pensamiento posmoderno» (valga la contradicción) que cometen mujeres y hombres por igual y que, junto con la confusión entre «derecho» y «privilegio», entre «ofensa» y «daño», han favorecido una serie de medidas que están socavando los cimientos de la civilización occidental. Además, la confusión hace más infeliz a la gente y la mantiene más engañada de lo que le conviene.

Los hombres y las mujeres ven muchas cosas de forma diferente, empezando por lo que significa ser hombre y mujer. Dado que son iguales en su humanidad pero distintos en su forma mundana de manifestarla, hombres y mujeres pueden tender fácilmente a demonizarse entre sí. Los hombres llevan siglos haciéndolo. Por ejemplo, las inquisiciones europeas quemaban en la hoguera a una de cada diez mujeres en el apogeo de sus persecuciones desquiciadas; y los inquisidores estaban convencidos de que obraban en nombre de Dios. Visto en términos de la psicología budista, esta violencia moralista era una manifestación de la ignorancia y el miedo: ignorancia de los mecanismos reales del mundo y miedo de las mujeres a las que, en su ignorancia, acusaban de brujería. Juntos, la ignorancia y el miedo engendran ira, una de las tres toxinas (la envidia y la codicia son las otras dos) que envenenan la mente humana con anhelos ilusorios y la llevan a cometer actos abyectos. Cuando los hombres sienten ira, tienden a atacar, debido al primer reflejo de su legado como primates. Las supuestas «cazas de brujas», como se han venido en denominar desde entonces este tipo de persecuciones continuadas, sólo pueden llevarlas a cabo las personas poseídas por los mismos «demonios» que afirman querer exorcizar de los demás. Estos «demonios» son los efectos de su propia ira envenenadora.

Teniendo esto en cuenta, las mujeres pueden igualmente ser envenenadas por la ira, que tienden a expresar de forma distinta que los hombres. Este hecho es una verdad

obvia y demostrable, aunque esté prohibido decirlo e incluso pensarlo en Harvard. Mientras que los hombres tienden a emprenderla a golpes, las mujeres suelen interiorizar la ira y transformarla en depresión o resentimiento. En Occidente, donde la politización de la diferencia sexual ha inhibido la expresión sexual sana y ha fomentado mucha ira en la población general, la depresión aguda y crónica se ha disparado, para alborozo de las compañías farmacéuticas que fomentan por igual la depresión y la disfunción sexual y se benefician de estas afecciones. Hay muchas más mujeres que hombres con depresión o que padecen trastornos de la alimentación. Hay muchos más hombres que mujeres que cometen actos de agresión doméstica y otros delitos violentos. Los hombres infelices tienden al sadismo, a infligir dolor y sufrimiento a los demás intentando en vano ser felices ellos mismos; en cambio, las mujeres infelices tienden al masoquismo, a infligirse dolor y sufrimiento a ellas mismas intentando, también en vano (aunque de forma claramente diferente), ser felices ellas mismas. Estas conductas son consecuencia de la diferencia biológica entre los sexos. No son construcciones sociales.

Otras dos diferencias entre los sexos están correlacionadas. Se observa una proporción mayor de hombres que de mujeres entre los líderes, y de mujeres que de hombres entre los depresivos. Estos dos fenómenos tienen relación, al menos, con un denominador común biológico: los niveles de serotonina, sustancia que el cerebro segrega y reabsorbe en un ciclo constante. Los niveles de serotonina están estrechamente relacionados con la felicidad, la confianza y la autoestima. Se ha observado y documentado de forma generalizada que las mujeres suelen demostrar menos felicidad, confianza y autoestima que los hombres. No hay duda de que este hecho está relacionado con una diferencia sexual en neuroendocrinología: las mujeres tienden a presentar niveles de serotonina inferiores a los de los hombres. Productos como el Prozac son «inhibidores de la reabsorción de la serotonina» por el cerebro, de modo que refuerzan la presencia de esta sustancia y favorecen en teoría más felicidad, confianza y autoestima. Al mismo tiempo, estudios recientes realizados con primates revelan que, cuando éstos ascienden en las jerarquías de dominio, sus niveles de serotonina aumentan en consonancia.

Se trata, sin duda, de un proceso interactivo. Para ascender en una jerarquía de dominio, un primate tiene que ser capaz de mantener niveles de serotonina superiores a la media. A su vez, la capacidad de mantener dichos niveles se expresaría en la capacidad de ascender en una jerarquía de dominio. Las mujeres que llegan a ser líderes por ascensión (y no por designación) manifiestan las mismas cualidades de confianza y autoestima que presentan los hombres líderes, aunque es posible que estadísticamente haya menos mujeres que mantengan niveles de serotonina lo suficientemente elevados como para competir con la misma eficacia en las jerarquías de dominio masculino. Las

culturas machistas han incurrido en un injusto error al excluir a todas las mujeres de la política. De hecho, algunas pueden dirigir con tanta eficacia como los hombres, y muchas pueden ocupar puestos electos y desempeñar tareas políticas igual de bien que los hombres. El liderazgo es una cualidad humana; no es masculina ni femenina. La historia de la civilización occidental, que ha dado énfasis a la libertad individual, está salpicada de mujeres que han destacado como líderes, desde Juana de Arco a Catalina la Grande, de la reina Isabel I a la reina Victoria de Inglaterra; de Margaret Thatcher hasta Mary Robinson.

Aun así, en proporción hay menos mujeres que hayan alcanzado tal grandeza hasta la fecha. Canadá y Estados Unidos encabezan la liberación femenina en el mundo. En 2004, ambos países llevaron a cabo encuestas populistas, lanzadas por la televisión, para identificar tanto a los canadienses «más grandes» como a los estadounidenses «más grandes». No había ninguna mujer entre los diez primeros de la lista canadiense, y sólo una (Oprah) en la estadounidense. Seguidamente, la BBC llevó a cabo su propia encuesta sobre Estados Unidos, y el número uno de la lista (Homer Simpson) refleja tanto la animosidad de la BBC como la caída en picado de la opinión internacional sobre Estados Unidos. Entre los diez primeros de esta lista no había mujeres.¹¹ Naturalmente, todos estos «grandes» hombres tuvieron «grandes» madres y muchos de ellos «grandes» esposas, quienes se contentaron con ser la «gran mujer detrás del gran hombre». No hay hombre que haya alcanzado grandeza sin la correspondiente grandeza de las mujeres (sea con su presencia como compañeras o con su ausencia como musas), aunque esta correspondencia en grandeza pueda expresarse de formas diversas.

Huelga decir también que, si se hubieran llevado a cabo encuestas para identificar a los canadienses y estadounidenses más «atroces», las listas estarían asimismo dominadas por hombres. ¿Qué significa esto? Entre otras cosas, sugiere que los hombres son más extremos que las mujeres en cuanto a la capacidad, tanto para la grandeza como para la atrocidad.

Es posible que las feministas tengan razón al afirmar que las mujeres necesitan cierto tiempo para contrarrestar el «déficit» de grandeza femenino achacable a la «desventaja histórica»; pero también es posible que se equivoquen al reivindicar proporciones iguales de mujeres líderes, porque pasan por alto la posibilidad de que los primates hembras no posean la química cerebral propia del liderazgo (entre otros atributos) en la misma proporción que los hombres. En efecto, la cualidad de liderazgo de las mujeres puede igualar a la de los hombres, pero quizás entre las mujeres no surjan grandes líderes en la misma proporción que entre los hombres. Ser iguales no es, por fuerza, lo mismo que ser idénticos. Por este motivo, es necesario derribar el mito de la «representación femenina

injusta»: no podemos evaluar la justicia social tomando sólo como base la representación numérica. Es posible que la existencia de proporciones distintas de hombres y de mujeres en campos distintos indique discrepancias naturales en capacidades y preferencias. La igualdad de oportunidades no combate necesariamente la desigualdad de resultados, pues ésta no es producto siempre de la injusticia social.

Los primates machos se sienten realizados cuando ascienden hasta la posición que les corresponde como protectores y abastecedores en la jerarquía de dominio. Los primates hembras se sienten realizados cuando consiguen la protección y el abastecimiento de los machos dominantes, y cuando cuidan de su progenie. Estas diferentes vías de realización se observan a lo largo de todo el espectro de los primates: monos, simios y humanos. Si pedimos a un hombre prototípico que se defina, lo primero que hará será sacar una tarjeta de presentación o decir a qué se dedica. Si pedimos a una mujer prototípica que se defina, lo primero que hará será comunicarnos su estado civil o decir si tiene hijos. Incluso las mujeres con más éxito y poder del mundo, que han ascendido en las jerarquías de dominio humano tras haberse liberado para expresar sus habilidades naturales (sin haberse valido de la ingeniería social para ascender hasta posiciones que no habrían alcanzado de otro modo), incluso esas mujeres tan poderosas que no necesitan tarjeta de presentación nos hablarán de su estado civil y de sus hijos.

Como veremos, un efecto invariable de la liberación de la mujer es una caída en picado de las tasas de natalidad en las sociedades acomodadas. Este hecho indica que incluso el sistema operativo femenino heredado de la evolución de los primates que se llama «maternidad» puede reprogramarse con la evolución cultural. Sin embargo, el precio de esta reprogramación (la deconstrucción de la maternidad) es el inminente desmoronamiento demográfico de la propia civilización occidental. Por ello, la maternidad no puede considerarse una construcción social, sino una precondition para la existencia en sí de la sociedad.

Como todos los primates, los machos y las hembras humanos son iguales en lo que respecta a su capacidad de alcanzar la realización biológica y social; en cambio, distan mucho de ser iguales en las estrategias y metas que se marcan, tras millones de años de evolución y a través de los ocho primeros niveles de conciencia, para adquirir dicha realización. A diferencia de los demás primates, y según la psicología budista, los machos y las hembras humanos son iguales en cuanto a su capacidad para alcanzar el noveno nivel de conciencia, tienen exactamente la misma experiencia de él («un solo sabor»), y llegan a él siguiendo exactamente el mismo camino: el camino medio. Únicamente en este aspecto ser iguales equivale a ser idénticos. El machismo y el feminismo de género no consiguen más que distorsionar y negar la diferencia entre los sexos y, por ende, perpetuar el sufrimiento humano innecesario.

La mutua demonización de los sexos

Resulta fácil y tentador, pero también contraproducente, utilizar las diferencias sexuales (y las diferencias de género derivadas de ello) para demonizar un sexo o género desde el punto de vista del otro. El hombre y la mujer se desean y atraen mutuamente, pero al mismo tiempo se aborrecen y repelen el uno al otro. Desde tiempos inmemoriales, los hombres han demonizado aspectos de la feminidad cuando se sienten enfurecidos o irritados por ellos y, del mismo modo, desde que se «liberaron» y politizaron, las mujeres han demonizado aspectos de la masculinidad que les repugnan o repelen. Por un lado, hombres y mujeres necesitan pasar cierto tiempo juntos para explorar sus capacidades compatibles para el romanticismo, el amor, el afecto y la paternidad; por otro lado, también necesitan pasar cierto tiempo separados (los hombres con otros hombres con los que traban vínculos y las mujeres con otras mujeres con las que encuentran apoyo) para vivir sus manifestaciones incompatibles por la diferencia sexual y de género.

Sólo en las Sanghas budistas veo que los hombres buscan juntos su humanidad común. En ellas, se trasciende (y no se demoniza ni segrega, como en tantas religiones teístas) tanto la diferencia sexual como la diferencia de género. En las comunidades budistas, se renuncia a los ocho primeros niveles de conciencia para llegar al último. Hombres y mujeres recuerdan a los guardianes de Platón, y pueden ser (aunque no necesariamente) los dignos ciudadanos de la República que proponía: hombres y mujeres que luchan desnudos en el *gymnasium* sin que Eros interfiera en sus ejercicios. En las Sanghas, es posible incluso debatir las diferencias entre los sexos y sus consecuencias sociales. Al contrario que los comisarios políticos de Harvard, los budistas no temen la libertad de expresión.

En mi lista de diez mejores aforismos se encuentra el siguiente (acuñado por una mujer, Anaïs Nin): «No vemos las cosas tal como son, las vemos tal como somos.» Con esta observación demostró ser muy perceptiva. El hombre y la mujer comparten la misma capacidad de ver. No hay diferencia sexual en las partes del ojo en sí, y las imágenes internas transmitidas a la corteza visual son probablemente similares si no idénticas. Sin embargo, aquí es donde terminan las similitudes. Cuando Anaïs Nin afirma que «vemos» las cosas como somos, quiere decir que interpretamos las mismas imágenes de forma distinta, según las diferencias estructurales del cerebro, las diferencias funcionales de la neuropsicología de la percepción y las diferencias de género de la conducta. Todo ello generado por la diferencia sexual. Sólo en el noveno nivel de conciencia, que trasciende la diferencia sexual, el hombre y la mujer ven por igual las cosas «como son». En todos los demás niveles, las ven «como somos»: las mismas

imágenes pero interpretaciones distintas. Situados en el mismo contexto social, o al contemplar un mismo fenómeno social, los hombres y las mujeres tienden a percibir cosas diferentes.

Voy a darle un ejemplo. Muchos de mis amigos, tanto hombres como mujeres, son escritores. Llamemos a uno de ellos «John Smith». Un día hablé de John a una colega (llamémosla «Jane Doe»), una mujer inteligente que goza de éxito profesional. Jane conoce a varias mujeres que conocen a John, y cuando mencioné el nombre de éste, su reacción inmediata fue:

—¿John Smith? Es un diablillo.

¿Qué quería decir Jane con esto? Yo lo interpreté de una forma, pero resulta que ella quería decir otra muy distinta. El sentido que le atribuí es esencialmente masculino; el que ella le quería dar, esencialmente femenino. Cuando Jane llamó «diablillo» a John, al principio no pude creerlo, porque sé que es un guerrero espiritual al servicio del bien. Sin embargo, John tiene un lado oscuro. Como todos. También sé que, en principio, sólo hay una forma en que un hombre puede convertirse en un diablillo: haciendo un trato con un diablo mayor. Ésa es la historia de Fausto y Mefistófeles, Adán y el fruto prohibido del Edén, las *Cartas del diablo a su sobrino* de C. S. Lewis, y Frank Sinatra y el Padrino. Es una historia arquetípica, arraigada en el octavo nivel de conciencia y que, por ello, aparece en los mitos y leyendas de todas las culturas. Una persona vende su alma al diablo (o a su representante de ventas) a cambio de poder o de un placer transitorio y paga un elevado precio, puede que para toda la eternidad. Así pues, la interpretación inmediata que hice del comentario de Jane fue que John Smith había vendido su alma a cambio de fama y fortuna. No sería el primero ni el último en cerrar ese perverso trato. Si de eso se trataba, me apené por John. Todo esto cruzó mi mente mientras formulaba esta pregunta a Jane:

—¿Por qué dices que es un diablillo?

Sin dudarle, contestó:

—Tiene una mujer en cada puerto.

Al oírlo, me eché a reír. Este ejemplo ilustra a la perfección que vemos las cosas «como somos». Muchos hombres han tenido, o tienen, o aspiran a tener «una mujer en cada puerto». Mantener un harén internacional es una prolongación cultural de nuestra herencia como primates y consiste en poco más que en proporcionar un visado a un gorila macho dominante. E innumerables mujeres han estado, están, o aspiran a estar en uno de esos puertos. Desde una óptica masculina, tener una mujer en cada puerto es indicativo de fama, o de sed de viajes, o la condición de marino; cosas que suelen resultar atractivas para las mujeres. Y también desde la óptica masculina, tener una mujer

en cada puerto puede ser una de las «recompensas» que entraña hacer un pacto con el diablo. En ese caso, no obstante, John Smith no es un diablillo porque tenga una mujer en cada puerto (la óptica femenina), sino que tiene una mujer en cada puerto porque es un diablillo (la óptica masculina). Nos hallamos ante una diferencia sexual enorme: ésta tiene la facultad de invertir la forma en que se percibe la propia relación de causa y efecto, incluidas todas las relaciones de causa y efecto que mueven el mundo. En los ocho primeros niveles de conciencia, vemos las cosas como *somos*, lo que origina interminables disputas entre los sexos al verlas de modo diferente. En el noveno nivel, vemos las cosas como *son*.

Así pues, ¿cuál es la «causa» y cuál el «efecto»? Uno se siente tentado, como los posmodernos y los relativistas morales, a suponer que cada modo de ver las cosas resulta correcto a ojos de quien las percibe, y que nada «supedita» un modo de ver a otro.

El camino medio propone algo distinto. Existen causas y existen efectos, y no deben confundirse entre sí. El sufrimiento desaparece cuando se eliminan sus causas, no sus efectos. Del mismo modo, el sufrimiento desaparece cuando se elimina la conciencia personal del reino donde se unen causa y efecto. Esto se consigue al simultaneizar ambos, momento en que se aniquilan entre sí. Es algo similar a salir del espacio y el tiempo. Sin causa, no puede aparecer el sufrimiento. Sin efecto, éste no puede propagarse. El camino medio no sólo elabora teorías tan armoniosas como ésta, sino que además enseña prácticas que las confirman mediante la experiencia. La moraleja para los seres humanos es la siguiente: si ves un diablillo en otra persona, asegúrate de no haberlo puesto tú ahí.

Igualdad contra desigualdad de oportunidades, y sus diferentes resultados

Si examinamos algunos resultados a gran escala de la civilización humana, veremos que los obtenidos por hombres y mujeres son extremadamente dispares. Esta desigualdad apoya los dos postulados de Wollstonecraft: que la naturaleza ha establecido grandes diferencias entre hombres y mujeres, y que (hasta el siglo XX) las civilizaciones han tendido a favorecer a los hombres y a desfavorecer a las mujeres.

El grado de alfabetización es uno de los mejores indicadores de la parcialidad o imparcialidad de una cultura. Aunque la tradición oral cumplió en el pasado una función fundamental, y tribus pequeñas y aisladas lograron perdurar sin tradición escrita, con el inicio de la era moderna la alfabetización ha terminado siendo un prerequisite y pasaporte para llevar una vida aceptable en la aldea global. Quienes aprenden a leer y escribir a temprana edad cuentan de por vida con una considerable ventaja sobre las personas que no lo hayan hecho. Lamentablemente, las mujeres del mundo en vías de desarrollo han sido excluidas en masa de la alfabetización, y por ende de todas las

oportunidades que ésta trae aparejada. Las mujeres analfabetas conforman aproximadamente el 70% de la población más pobre del mundo. Tienen menos oportunidades de cuidar tan bien de sus hijos como las mujeres que saben leer y escribir, o de mandarlos a la escuela, y por ello corren un mayor riesgo de perpetuar la trampa de pobreza en la que se encuentran. El analfabetismo femenino es un auténtico círculo vicioso que sólo puede romperse si se acompaña de reformas socioeconómicas, religiosas y políticas vinculadas. Como advierte UNICEF: «La desigualdad de género es evidente en prácticamente todos los países, sean ricos o pobres; pero la desigualdad en la educación es especialmente importante porque debilita la lucha por la igualdad en casi todos los demás campos.»¹² (Examinaremos los extremos educacionales en posteriores capítulos.) El círculo vicioso del analfabetismo femenino resulta paradójico, porque una diferencia entre los sexos claramente establecida es que las niñas demuestran mayores facultades verbales que los niños.¹³

En las culturas donde las niñas acceden por igual a la escolarización, leen más de media que los niños; tendencia que conservan en la edad adulta. En los países de mayor producción editorial, las mujeres leen más que los hombres. Por otro lado, tampoco eligen el mismo tipo de lecturas. Una alfabetización igualitaria no comporta gustos literarios idénticos. Ambos sexos valoran los clásicos, pero sus gustos corrientes son radicalmente divergentes, como refleja la gran diferencia de contenido entre las revistas convencionales «masculinas» y las «femeninas».

La igualdad de oportunidades no erradica las diferencias sexuales ni las de género. Las mujeres pueden quedarse embarazadas; los hombres, no. Los hombres pueden fecundar; las mujeres, no. Las mujeres pueden ser madres; los hombres, no. Los hombres pueden ser padres; las mujeres, no. Estas funciones son biológicamente diferentes y siempre lo serán, tengan o no los hombres y las mujeres los mismos derechos a la educación y al trabajo. Y estas funciones diferentes rigen sus correspondientes diferencias culturales en cuanto a actitudes, preferencias, gustos e intereses.

Frecuento las universidades desde hace décadas, y he enseñado y aprendido en centros de todas las partes del mundo. He enseñado a estudiantes de más de 150 países sólo en el City College de Nueva York. Y he constatado empíricamente que, con el mismo grado de escolarización y de libertad para elegir sus estudios, los hombres se interesan de media más que las mujeres en las ciencias naturales (física, química, ingeniería) y las matemáticas; en cambio, las mujeres con inclinaciones científicas se sienten de media más atraídas por las ciencias biológicas, sociales y de conducta (biología, psicología, sociología). Existe mucha mayor igualdad de intereses en profesiones como la medicina, el derecho o el periodismo (esencialmente, las ciencias

aplicadas y las artes del espectáculo), en las que mujeres y hombres logran resultados más o menos equivalentes.

He visto a docentes feministas intentando de forma persistente estimular a las mujeres para que estudien matemáticas y ciencias naturales, por medio de la persuasión o la coacción; pero la proporción de mujeres que optan por estos programas alcanza entre un cuarto y un tercio respecto a los hombres. Lo que sucede a continuación viene dado por la diferencia de género, no por la política. Una y otra vez, un número considerablemente mayor de mujeres que de hombres abandonan los estudios de matemáticas y ciencias naturales para elegir disciplinas como las ciencias sociales, la medicina, el derecho o las humanidades. Las mujeres no han necesitado muchos estímulos ni incentivos especiales para acudir en masa a programas de «estudios de género» y «estudios de la mujer», que se han convertido en semilleros para la deconstrucción y el vilipendio de disciplinas «dominadas por hombres» como las matemáticas y las ciencias naturales. Desde la década de 1960, las feministas radicales han criticado de forma tan estentórea como persistente las ciencias y las matemáticas (al igual que a los hombres que destacan en estos campos), porque estas radicales se encuentran encerradas en su propia trampa de engaños. Defienden con convicción la falsa premisa de que si las mujeres y los hombres reciben las mismas oportunidades para emprender estudios superiores, demostrarán de forma automática el mismo interés en todas las disciplinas. En el extremo opuesto, los machistas no están dispuestos a reconocer que muchas mujeres son perfectamente capaces de dedicarse a las matemáticas, la física y la ingeniería.

Entre estos dos extremos hallamos la verdad empírica: hay más hombres que mujeres que se interesan por las matemáticas y las ciencias naturales, como hay más mujeres que hombres que se interesan por las ciencias sociales, las humanidades y las artes del espectáculo. Sin duda, las diferencias naturales son responsables en parte de la disparidad estadística entre hombres y mujeres que han sido genios de las ciencias teóricas. La figura 9.6 muestra una fotografía de la Conferencia de Solvay de 1927, a la que asistieron los físicos teóricos más brillantes de la época (incluidos algunos de los mejores de la historia). Sólo una mujer, Marie Curie, reunía los méritos necesarios para participar. Sin embargo, como descubriría Larry Summers, plantear la mera hipótesis de que esta disparidad empírica guarda alguna relación con las diferencias naturales constituye un «crimen de pensamiento» contra la tiranía de la corrección política.



Figura 9.6. Conferencia de Solvay, 1927.

Las mujeres son perfectamente capaces de aprender cálculo, del mismo modo que los hombres son perfectamente capaces de aprender calceta. Cuando era universitario, daba clases particulares de matemáticas y física a mujeres, y estaba muy solicitado porque me especialicé en casos de «neurosis con las matemáticas» (que yo sepa, ningún hombre ha solicitado la ayuda de mujeres que le ayuden a superar una «neurosis con la calceta»). Todas mis alumnas aprobaron. Todas ellas eran capaces de resolver problemas de matemáticas y física, y la mayoría de ellas no necesitaba más que apoyo extra y explicaciones claras. Además, me pareció muy evidente que a la mayoría no le gustaban las matemáticas ni la física, y no le parecía estimulante demostrar un teorema ni resolver un problema como les ocurre a muchos hombres. Sin duda, las mujeres son capaces de manejar planteamientos de lógica desapasionada, pero en su mayoría demuestran poco interés en desarrollar esta capacidad de forma profesional. Les interesan mucho más las relaciones humanas, y por un motivo muy claro: han evolucionado en ese sentido. Por contra, las relaciones abstractas de ideas interesan mucho más a los hombres, también por un motivo muy claro: han evolucionado en ese sentido. Estas diferencias no son «construcciones sociales», sino manifestaciones sociales de dimorfismo sexual distribuidas de forma normal. La igualdad de oportunidades no comporta resultados

idénticos.

Los machistas sostienen que las mujeres son incapaces de demostrar genialidad matemática o científica por el simple motivo de su sexo. Las feministas de género esgrimen argumentos de «conspiración histórica», de «opresión masculina» de las mujeres, que les «impide» exhibir su genialidad matemática y científica (además de literaria). El camino medio puede resolver este choque de extremismos, pero sólo para quienes están dispuestos a abandonar los prejuicios procedentes de ambas perspectivas.

¿Dónde están las mujeres geniales?

Antes de que el alto comisario político de Harvard llegara a la cena para reprendernos en nombre de la Gran Hermana y dejar claro que todos nosotros celebraríamos la «diversidad» pensando sólo de acuerdo con ideas preconcebidas, los hombres y mujeres cultivados allí presentes nos habíamos mostrado de acuerdo en algunos puntos importantes y en desacuerdo en otros aspectos.

Por ejemplo, estábamos de acuerdo en que las diferencias de género en el mundo en vías de desarrollo se deben en gran parte a ciertas exclusiones culturales de las mujeres, y no a diferencias del cerebro entre los sexos. Coincidimos en que la liberación femenina en Occidente había enriquecido las vidas de las mujeres, pero también había complicado sus vidas y las había expuesto a nuevas formas de infelicidad; debido, posiblemente y en parte, a diferencias ancestrales del cerebro entre los sexos. Incluso coincidimos en que las desigualdades salariales entre hombres y mujeres no son en general (o en absoluto) achacables a una conspiración universal masculina para pagar menos a las mujeres que a los hombres, sino que las mujeres tienden a valorarse menos que los hombres, a pedir menos y a conformarse con menos que ellos; lo cual puede ser debido, en parte, a diferencias del cerebro entre los sexos.

También estábamos de acuerdo en que el omnipresente fenómeno de la escasez de logros femeninos requiere un estudio más a fondo. No dejamos de ver mujeres brillantes en los estudios o en el trabajo que rechazan oportunidades de oro de mejora profesional que podían haber puesto en peligro su relación con un novio menos realizado, forzado su matrimonio o absorbido un tiempo que dedicarían a cuidar de la familia. Las prioridades sociales humanas se ven muy influenciadas por programas evolutivos de los primates, cuyo funcionamiento entraña diferencias del cerebro entre los sexos.

Las mujeres asistentes se mostraron además horrorizadas ante la desenfrenada promiscuidad de la generación femenina adolescente actual, cuya tendencia a tener «rollos» (sexo esporádico sin un vínculo emocional) parece contradecirse con la «eterna» preocupación femenina por la «relación de pareja». Efectivamente, si la liberación de la

mujer y el feminismo radical han dado lugar a esta situación, entonces lo único que han conseguido es deshacer el propio tejido social que posibilita las relaciones de pareja.

La última cuestión que debatíamos hasta que se nos impuso la respuesta políticamente correcta («está prohibido plantearse esta cuestión») era verdaderamente difícil. Se trataba de la que planteó Larry Summers: ¿cómo explicamos la predominancia de genialidad masculina sobre la femenina en las artes creativas y las ciencias? Como suele ocurrir, los extremistas de derechas afirmaban que las mujeres son por naturaleza intelectualmente inferiores a los hombres y que, por tanto, no pueden mostrar genialidad. Como suele ocurrir, los extremistas de izquierdas sostenían que la conspiración opresiva de la «hegemonía patriarcal del varón blanco heterosexual» ha impedido, desde tiempos inmemoriales, que las mujeres manifiesten su genialidad, la cual poseen en la misma medida que los hombres.

Voy a ofrecerle mi respuesta particular, que intenta confirmar las verdades y desmentir las falsedades procedentes de ambos extremos. Quisiera que usted tuviera en cuenta dos ideas. En primer lugar, la mayoría de las ciencias se dividen en las ramas teórica y experimental (o «pura» y «aplicada»). En segundo lugar, las artes se dividen de forma similar en ramas creativa y del espectáculo. Desde su emancipación en el siglo XX, las mujeres occidentales no han tardado en demostrar todo tipo de talentos en las ciencias experimentales y aplicadas, como la medicina y la ingeniería, así como en todas las variantes de las artes del espectáculo (con inclusión de la música, el baile, el teatro y el cine), y el derecho y la política. Aunque es posible que las mujeres no estén tan bien representadas como los hombres en algunas de estas áreas, demuestran no obstante una capacidad equivalente para alcanzar los máximos niveles de rendimiento. Dada la abundancia de datos al respecto, no queda más remedio que reconocer que la ausencia histórica de la mujer en estos campos es producto de prejuicios culturales contra ella, que no de deficiencias naturales de talento o incluso de genialidad. He aprendido mucho de gran variedad de mujeres brillantes, que han destacado en innumerables campos desde que se les concedió una igualdad de oportunidades.

Con todo, no han demostrado (al menos, no todavía) las mismas capacidades para destacar en los campos más estrictos de las ciencias teóricas y las artes creativas. Aunque con notables excepciones, los hombres siguen predominando en las matemáticas puras, la lógica simbólica, la física teórica y la filosofía más estricta, así como la composición musical, la poesía, la pintura y la arquitectura de calidad inmortal. Para Freud, alcanzar la cúspide de la creatividad precisaba (entre otras cosas) la sublimación de la energía sexual, cosa que, según sus observaciones, las mujeres no hacen del mismo modo que los hombres. Sea como fuere, es esta patente ausencia de genialidad femenina en las ciencias teóricas y en las artes creativas la que dio lugar a los comentarios de Lawrence Summers,

y la que se convirtió en el centro de nuestro debate de sobremesa hasta que el comisario político irrumpió para dictar las directrices del Partido.

Abro un paréntesis para señalar un campo claramente creativo en el que las mujeres han gozado de un éxito considerable desde que se les permitió expresarse en él, y que por supuesto es la escritura. Se ha dado una proliferación de escritoras, algunas de ellas verdaderamente dotadas, que han podido firmar su obra con su propio nombre una vez superada la prohibición victoriana que suprimía talentos como el de George Eliot. Aun así, incluso en el amplio campo de la escritura, la proporción de hombres es mayor entre los poetas, dramaturgos, novelistas e historiadores de talento inmortal. Virginia Woolf redactó una convincente condena del prejuicio cultural contra las mujeres escritoras,¹⁴ en la que afirmaba que, si Shakespeare hubiese nacido mujer, es decir, si hubiese nacido con su mente literaria alojada en un cuerpo de mujer, nunca se le habría permitido escribir y montar obras. Una mujer Shakespeare, postula Woolf, habría sido víctima de incomprensión, malos tratos, insultos, marginación, deshonra y persecución, y con toda probabilidad, en lugar de fama y renombre, habría encontrado un fin prematuro al verse empujada al suicidio.

Considero que la postura de Virginia Woolf tiene validez, aunque puede que no tanta como ella pretendía. Lo que dice es que la sociedad no habría aceptado a una escritora genial, que por lo tanto habría terminado muriendo por el abandono, el olvido o el suicidio. No obstante, desde una perspectiva histórica, se observa claramente que los hombres geniales también se veían privados de aceptación, en muchos casos durante décadas y con frecuencia durante toda su vida, precisamente porque la propia naturaleza del genio es claramente inconformista. Su lugar está al lado de las ideas poco ortodoxas o incluso heterodoxas, del descubrimiento de verdades novedosas o de la creación de obras originales, no de la conformidad con las normas enquistadas, del elogio de verdades impuestas ni de la recitación de dogmas populares con el objetivo de recibir la «aceptación» de la sociedad.

Una de las consecuencias sociales más significativas de las diferencias entre los sexos, observada desde la Antigüedad y confirmada por la psicología moderna, es que estadísticamente las mujeres se someten mucho más a las normas sociales predominantes de todo tipo que los hombres, mientras que éstos tienden mucho más a rebelarse y a reformar las normas para adecuarlas a su propia visión. Además, el apoyo emocional que las mujeres reciben de los grupos depende de su conformidad con el propio grupo: con sus opiniones, gustos, tendencias, conductas y estilos de vida; en suma, con todas sus normas. Incluso Jean-Jacques Rousseau, el archienemigo de la libertad, la humanidad y la civilización occidental, a quien por ello los deconstruccionistas han convertido en su

santo patrón, se tomó considerables molestias para describir en términos de defectos y virtudes exactamente lo que la posfeminista Phyllis Chesler reconfirma con la sociología: la autonomía de pensamiento y la indiferencia respecto a lo que los demás piensen de uno son virtudes en un hombre pero defectos en una mujer, mientras que la conformidad de pensamiento y la preocupación respecto a lo que los demás piensen de uno por encima de todo son virtudes en una mujer y defectos en un hombre.¹⁵

Así pues, mi respuesta a Woolf es la siguiente: la evolución inclina a la mayoría de las mujeres a acatar las normas, no a transgredirlas. Los Galileo, Beethoven, Van Gogh, Cantor, Dostoievski y Turing de este mundo tenían que ser genios para llegar hasta donde llegaron, pero también tenían que ser hombres para sobrevivir a las vicisitudes de la genialidad el tiempo necesario para crear obras maduras y duraderas. Tuvieron que soportar la tortura, la persecución, la Inquisición, el aislamiento, el rechazo, la oposición y la prisión (sin olvidar la envidia, el odio, la crueldad, las calumnias y el olvido de sus semejantes), y también tuvieron que ahuyentar o mantener a raya el peligro de la locura que tan a menudo acompaña a mentes tan creativas y, en última instancia, se apodera de ellas. Tenían todos estos factores en su contra. Y terminaron suicidándose. Virginia Woolf tiene toda la razón al observar que la mayoría de las mujeres no habrían sobrevivido a los «efectos secundarios» que tan a menudo acompañan a los genios creativos; pero no sólo porque la sociedad las condenaría al ostracismo (huelga decirlo), sino sobre todo porque la evolución de las mujeres les inclinaba a buscar el abrazo, el amor y el cariño de las familias, los grupos de apoyo y las comunidades, no el aislamiento. Por añadidura, si hubiera habido una mujer Pitágoras, Euclides, Newton, Gauss, Riemann, Einstein, Goedel o Ramanujan, ningún poder sobre la Tierra habría impedido que estas mujeres entregaran al mundo los frutos de su genialidad matemática. En honor a la verdad, la «opresión» por sí sola no es una excusa válida.

El tiempo dirá si con la liberación de las mujeres y la corrupta revolución feminista aparecerán mujeres de genialidad inmortal, y en qué proporción respecto a los hombres. Mi conjetura es la siguiente: más que cero (en contra de la postura machista) y menos de la mitad (en contra de la postura del feminismo de género). Cuando importantes universidades como Harvard se decidan a investigar la cuestión, en lugar de dictar dogmas de corrección política, empezaremos a hacer algo más que conjeturar.

En un extremo, la civilización occidental se desmorona ante la politización de la diferencia sexual y la negación de las consecuencias sociales de ésta. En el extremo opuesto, el mundo en vías de desarrollo se esfuerza por asimilar la civilización occidental y liberarse de la omnipresente injusticia y la penuria que acarrea la reafirmación de las consecuencias sociales de la diferencia sexual. Efectivamente, Mary Wollstonecraft tenía

razón en ambos sentidos: la biología ha establecido una diferencia, y la cultura ha sido demasiado parcial. Entonces, ¿dónde está el camino medio?

Visión aristotélica y confuciana de la mujer

En lo que respecta a la mujer, tanto Aristóteles como Confucio ofrecen una perspectiva primordial para evitar los extremos. Buda es el más humanista de los filósofos abc, por lo que le concederemos la última palabra.

La visión aristotélica de la mujer, en general, era similar a la postura que prevaleció en todas partes hasta el siglo XX: subrayaba las diferencias obvias y exponía las excusas habituales como base para mantener lo que viene a ser la jerarquía de dominio masculino.¹⁶ Las mujeres no podían asistir al Liceo de Aristóteles, del mismo modo que en los siglos y milenios siguientes se les negó el acceso a la educación superior. Incluso los archienemigos de la civilización aristotélica, como Rousseau, daban por sentado que los niños y las niñas debían tener educaciones distintas para prepararse para sus vidas distintas como adultos.¹⁷

Habiendo enseñado durante décadas como profesor de clases sexualmente integradas, puedo asegurar por experiencia que, por término medio, las mujeres suelen ser mejores estudiantes que los hombres en diversos aspectos. A continuación ofreceré dos de ellos. En primer lugar, las mujeres jóvenes poseen de media mejores aptitudes verbales que los hombres jóvenes (se trata de una diferencia sexual), y la lectura y la escritura son esenciales para el aprendizaje. En segundo lugar, el arquetipo femenino es yin, el lado receptivo: por ello, las mujeres son más receptivas en clase a las ideas, y menos polemistas que los hombres. Este aspecto concuerda bastante con la noción vital de talento individual que Aristóteles elaboró para los hombres, pero no para las mujeres, debido al énfasis que dio a las diferencias. Las mujeres tienen talentos humanos de todo tipo que deben desarrollar de forma virtuosa para realizarse como seres humanos.

Al mismo tiempo, Aristóteles fue el primer filósofo que nos advirtió de que el ser humano es un animal político. Por ello, cualquier aspecto de la humanidad en este mundo puede ser politizado, como ocurre en la guerra de los sexos estadounidense con la diferencia entre el hombre y mujer. Si Aristóteles pudiera presenciar la absurdidad de la politización de la diferencia sexual, y si pudiera examinar la hipocresía y el odio hacia los hombres y la ciencia que pasan por «estudios» feministas —y que se encuentran inmunizados políticamente ante el control de calidad de Harvard a lo largo y ancho del gulag estadounidense de la educación superior—, estaría tentado de decir «os lo dije». Todo esto no hace más que exacerbar los conflictos de género, en lugar de resolverlos. No obstante, ya nos lo dijo.

De modo similar, encontramos sabiduría pero también limitaciones en la panorámica

confuciana. Confucio está en lo cierto al destacar la importancia de la familia y el lugar de la mujer en ésta (y la mayoría de las mujeres que no son marxistas resentidas o vengativas feministas de género comparten implícitamente la postura de Confucio al preocuparse por buscar maridos, hijos y las satisfacciones emocionales de la maternidad y la vida familiar). El trabajo sigue siendo una prioridad secundaria para la mayor parte de las mujeres, incluso para las que gozan de éxito profesional. El «programa de maternidad» es la característica más destacada del sistema operativo femenino, y la jerarquía familiar es esencial para su correcto funcionamiento. La mujer asume su papel de madre de forma más natural y feliz cuando, simultáneamente, el hombre asume su papel de protector y abastecedor de la familia de forma natural y feliz. Hace mucho tiempo que las culturas confucianas comprenden la inviolabilidad del orden equilibrado que mantiene la armonía social, y por ello hace mucho que comprenden (al igual que las culturas védicas) la importancia que tiene el servicio. El orden inmutable de la naturaleza, como reflejan claramente muchas culturas, es el que sigue: la mujer encuentra satisfacción al servir a su hombre; el hombre encuentra satisfacción al servir a su soberano; el soberano encuentra satisfacción al seguir el mandato celestial. Mientras cada una de las partes siga con diligencia el Camino (el Tao), todos pueden conocer la paz y la prosperidad.

El código *bushido* japonés, aun habiendo pasado por el filtro del confucianismo y el budismo, ofrecía una versión elegante y elaborada de este orden, en el que los hombres y las mujeres se respetaban, honraban y valoraban entre sí al considerar las cosas como son y al rendirse a la doctrina del servicio. Como Inazo Nitobe explicó a los occidentales en su obra clásica, *Bushido*:

La entrega de la mujer a su esposo, hogar y familia era tan honorable y voluntariosa como la entrega del hombre al bien de su señor y su país. La renuncia a uno mismo, sin la cual no puede resolverse ningún enigma vital, era primordial en la lealtad del hombre y la domesticidad de la mujer. Ni ella era esclava del hombre ni su esposo lo era de su señor. [...] Estoy hablando de la doctrina del servicio, la mayor que predicaban Cristo y el sagrado centro de su misión; siendo así, el *bushido* se basaba en la verdad eterna.¹⁸

¿Qué verdad? Que todos hemos nacido en igualdad para servir; y sin embargo no hay dos personas que sirvan exactamente de la misma manera. Somos iguales y a la vez distintos.

Al liberarse de las jerarquías familiares, muchas de las mujeres occidentales han logrado éxitos profesionales, pero se sienten insatisfechas en el plano personal. La

explosión de las economías ha venido acompañada de la implosión del orden social. La desintegración de la propia familia nuclear, junto con la caída en picado de las tasas de natalidad en las naciones occidentales más pudientes, ha traído a Occidente un legado de prosperidad económica a corto plazo sin precedentes, pero posiblemente a costa de una incapacidad a largo plazo de sostener su propia civilización. Como una supernova que anuncia la muerte de una estrella, la plena integración de la mujer en las economías occidentales ha permitido que éstas brillen y se expandan; sin embargo, es posible que este factor señale un desmoronamiento de la civilización más marcado aún. La infraestructura fundamental que posibilita que una civilización perdure, es decir, el orden familiar equilibrado, se está desintegrando. Por este motivo, las otras tres grandes civilizaciones (la islámica, la india y la asiática oriental) prefieren una globalización a su manera, que evite asumir lo que perciben como la manipulación autodestructiva de la estabilidad social y la longevidad cultural de los órdenes naturales que demuestra el extremismo occidental.

Al mismo tiempo, observamos que un exceso de orden equilibrado produce una excesiva rigidez social y, sobre todo, condena a la mujer a roles que delimitan o inhiben su realización como seres humanos. ¿Existe un camino medio entre ambos extremos? Efectivamente, y Buda lo reveló hace mucho tiempo.

La mujer como camino medio de la humanidad

Hemos visto que tanto Aristóteles como Confucio ensalzaban las virtudes del matrimonio y el respeto mutuo entre los sexos; no sólo por ser buenas de por sí, sino por ser armoniosas con la naturaleza y necesarias para el mantenimiento de la civilización. En cambio, hemos visto que el extremo del feminismo politizado niega y deconstruye las consecuencias culturales de la diferencia sexual humana, mientras que el extremo del machismo asiático exagera y pone demasiado énfasis en dichas consecuencias. Ambos extremos producen injusticia al evitar que tanto las mujeres como los hombres alcancen su pleno potencial en el marco de su humanidad compartida.

El budismo, como principio y práctica, evita ambos extremos y propugna en su lugar un camino medio que libera al ser humano del sufrimiento al eliminar sus causas. Dichas causas impregnan de forma invariable los ocho niveles más bajos de conciencia, donde se manifiestan como anhelos ilusorios. La diferencia sexual hace que estos anhelos se manifiesten de forma distinta. La evolución ha hecho, por ejemplo, que el hombre vea a la mujer propiamente como un fin (un juguete, una posesión, un objeto de placer) y que por ello suponga que, al conquistar a una mujer determinada, será feliz. Sus anhelos son reales, pero la noción de que saciarlos de este modo le acarreará una felicidad duradera es ilusoria. Y la evolución ha hecho, siguiendo un ejemplo similar, que la mujer vea al

hombre como un medio para sus fines, como protector y abastecedor para sus hijos y su familia, y que por ello suponga que, al casarse con un hombre determinado, vivirá feliz por siempre jamás. Sus anhelos son también reales, pero la noción de que saciarlos de este modo le acarreará una felicidad duradera es igualmente ilusoria.

Al actuar siguiendo sus anhelos, que se manifiestan de forma distinta pero son igualmente ilusorios, tanto hombres como mujeres intentan hallar la plenitud mediante el Otro, aunque de forma selectiva: sólo mediante las partes y facetas del Otro que necesita o desea cada uno por su lado. Cuando no consiguen una felicidad duradera de este modo, cosa que ocurre siempre porque no reconocen al Otro como un ser humano pleno, sino como recipiente de ciertas partes y facetas, de pronto se dan cuenta de las imperfecciones y diferencias del Otro; lo cual origina discusiones, desacuerdos, conflictos, riñas, reproches, demonizaciones, guerra psicológica, agresiones y desprecio mutuo irreconciliables. Así es el balance de la confusión.

El budismo desintoxica las mentes, disipa las ilusiones y abre el camino al noveno nivel de conciencia, donde no percibimos a hombres y mujeres, sino a seres humanos en diversos estadios del despertar. Las diferencias sexuales y de género no son más que las vestiduras de las mentes encarnadas, simples efectos cosméticos que pueden resultar atractivos o repulsivos en los niveles bajos de conciencia, pero que pueden y deben trascenderse para poner fin al sufrimiento. Toda mente libre de anhelos ilusorios puede relacionarse con los demás de este modo: como seres iluminados por derecho propio. En lugar de recalcar las diferencias humanas más innobles, el budismo se centra en las semejanzas humanas más nobles, es decir, el más elevado nivel de conciencia. La realización se encuentra tanto para el hombre como para la mujer en este nivel, y puede alcanzarse durante esta vida e incluso en este preciso instante, siguiendo el camino medio.

Durante dos mil años o más, los hombres han escrito incansablemente que las mujeres son hermosas, encantadoras y adorables por un lado, e irracionales, insaciables e intratables por el otro. Como es natural, a las mujeres les gusta que los hombres las adoren y les desagrada que las oprobien. Hoy día, a cualquier hombre que critique a las mujeres se le tacha de «sexista» o de «misógino», y como tal se le apoyará o denunciará, en función de la tendencia política predominante. Muchos hombres se han mordido la lengua y han refrenado su pluma antes de franquear este tentador pero peligroso Rubicón. Tolstói llegó hasta el mismísimo borde, pero se mantuvo en terreno seguro.¹⁹ Schopenhauer y Nietzsche lo cruzaron y, en consecuencia, se condenaron a la perdición.

Desde que empezó el siglo XX, las mujeres liberadas han escrito que los hombres son poderosos, fascinantes y admirables por un lado e insensibles, indiferentes e

inconmovibles por el otro. Y, como es natural, a los hombres les gusta que las mujeres los admiren y les desagrade que los recriminen. A cualquier mujer que critique a los hombres se la tildará de «mala» o de «bruja», o se le concederán puestos de importancia o prestigio como estudiosa feminista, en función de la tendencia política predominante. De este modo, así como Edmond Burke respondió con desprecio a las peticiones de liberación de Wollstonecraft, Sandra Harding y otras «estudiosas feministas» liberadas han repudiado con histerismo las mejores obras de Newton.

Como anuncié, voy a terminar este capítulo con una anécdota budista que demuestra claramente cómo podemos respetar y honrar las consecuencias sociales de la diferencia sexual evitando los extremos que consisten en exagerarlas o deconstruirlas. En su discurso sobre los nueve niveles de conciencia, el doctor Kawada señaló que las personas que se restablecen tras pasar por experiencias cercanas a la muerte, o que recuperan la conciencia tras haber estado en coma profundo, a menudo despiertan estimulados por las voces de los seres queridos que les cuidan y les llaman (o que, como hacen los budistas nichiren, cantan para que se restablezcan). Según ha constatado en persona, los hombres que están en coma despiertan con frecuencia al oír las voces de su esposa; las mujeres que están en coma, al oír las de sus hijos. Este hecho denota las consecuencias sociales de la diferencia sexual, pero no en un sentido político. Lo que hace es arrojar luz sobre el precioso don de la conciencia en sí y sobre la meta humana universal de alcanzar un estado que trascienda los condicionamientos y las secuelas de las manifestaciones más bajas del dimorfismo sexual. Lo importante es que nos despierten, no quién lo hace.

Es posible que, cuando Schopenhauer escribió: «La mujer es [...] cierto estado intermedio entre el niño y el hombre»,²⁰ no estuviera dando una interpretación budista a sus palabras. «Damas y caballeros» y «las mujeres y los niños» son expresiones que se repiten a diario y por doquier, mientras que no suele oírse «los hombres y los niños». En su rol conyugal, la mujer cuida del hombre al ser él el cocreador de los hijos y el protector y abastecedor de la familia. En su rol maternal, la mujer cuida de los niños al ser ella la fuente primaria de atenciones durante los delicados períodos de la gestación y la primera infancia. En este sentido, la mujer constituye en verdad el camino medio entre el hombre y el niño, la que enlaza a ambos: el anillo que los une. Y, sin embargo, la mujer no es ni hombre ni niño.

Esta óptica se refleja en la revelación del doctor Kawada de que los hombres despiertan del coma al oír a sus esposas y que las mujeres lo hacen al oír a sus hijos. La mujer despierta al hombre; el niño, a la mujer. Ella es el eslabón que los une y, por ello, es ciertamente la intermediaria entre el hombre y el niño. Es el camino medio de la humanidad. Sin embargo, este orden equilibrado del camino medio no discrimina a favor

ni en contra de nadie por razones de sexo ni de género, sino que valora la conciencia humana por encima de todo lo demás y anima a todos los seres humanos a alcanzar el noveno nivel. En este sentido, no importa de quién es la voz que les lleva del sueño a la vigilia, del coma a la conciencia o del ensimismamiento a la atención total.

Tal vez las máximas consecuencias sociales de la diferencia sexual se hallen no en la vida, sino en la muerte. Las mujeres viven más tiempo que los hombres, unos cuatro años de media. Dada la alegría y la tristeza ilimitadas que podemos experimentar en un instante cualquiera, cuatro años pueden parecer un espacio de tiempo verdaderamente largo, pero es efímero y no es nada al lado de la eternidad. Más pronunciado aún es un fenómeno que usted puede observar en el cementerio más próximo: las viudas son, de media, más longevas que los viudos. Siempre que vea a dos cónyuges yaciendo uno junto al otro, en paz y unidos al fin, su amor supuestamente eterno conservado por la muerte, examine en las placas el tiempo que han vivido. Cuando es el hombre el primero en fallecer, su viuda suele vivir años y muchas veces incluso décadas, sintiéndose realizada por la familia que ha creado con él (ya que, para ella, él era sólo un medio para conseguir este fin). Cuando es la mujer la que fallece antes, su viudo suele hacerlo poco después, al cabo de meses o pocos años. ¿Por qué? Es posible que no encuentre consuelo tras la muerte de ella. O que sea menos capaz de valerse por sí solo. Aunque estas lápidas sean «construcciones sociales», vestigios cincelados sobre el frío mármol de su cálida pero breve unión, los hechos que narran son verdades de la naturaleza, no invenciones humanas.

El camino medio, que es también el camino entre la vida y la muerte, propone que cerremos la caja de Pandora y, en su lugar, abramos nuestra mente.

1 Francis, Babette: «Is gender a social construct or a biological imperative?», en *Family Futures: Issues in Research and Policy*, 7th Australian Institute of Family Studies Conference, Sydney, 24-26 de julio de 2000. <http://www.aifs.gov.au/institute/afrc7/francis.html> [en inglés].

2 Cit. *ibid.*

3 SGI Culture Center, Nueva York, 12 de octubre de 2005.

4 Gray, John: *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus*, Nuevas Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 2004.

5 Wollstonecraft, Mary: Introducción de *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), Editorial Debate, Barcelona, 1998.

6 <http://www.fhwa.dot.gov/wit/rosie.htm> [en inglés].

7 Mead, Margaret: «Alternatives to War», en M. Fried, M. Harris y M. Murphy (eds.): *War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression*, The Natural History Press, Garden City, 1968.

8 Easlea, Brian: *Fathering the Unthinkable*, Pluto Press Ltd., Londres, 1983.

9 P. ej.: «Un aumento generalizado en el porcentaje de posiciones de poder ocupadas por mujeres podría contribuir a proteger de la violencia a los sistemas políticos», en M. Konner: *The Tangled Wing*, Penguin Books Ltd., Harmondsworth, 1982.

10 V. p. ej. Laffin, J.: *Women in Battle*, Abelard-Schuman, Londres, 1967; BINKIN, M., y S. BACH: *Women and the Military*, The Brookings Institution, Washington, D. C., 1977; SMYTH, R.: «Daughters of the Gun», en *Observer Magazine*, 11 de diciembre de 1977.

11 Diez primeros del Discovery Channel: Ronald Reagan, Abraham Lincoln, Martin Luther King Jr., George Washington, Benjamin Franklin, George W. Bush, Bill Clinton, Elvis Presley, Oprah Winfrey, Franklin D. Roosevelt. <http://dsc.discovery.com/convergence/greatestamerican/greatestamerican.html> [en inglés].

Diez primeros de la CBC: Frederick Banting, Alexander Graham Bell, Don Cherry, Tommy Douglas, Terry Fox, Wayne Gretzky, sir John A. Macdonald, Lester Pearson, David Suzuki, Pierre Trudeau. http://www.cbc.ca/greatest/top_ten/ [en inglés].

Diez primeros de la BBC: Homer Simpson, Abraham Lincoln Martin Luther King Jr., Mr. T, Thomas Jefferson, George Washington, Bob Dylan, Benjamin Franklin, Franklin D. Roosevelt, Bill Clinton. <http://news.bbc.co.uk/1/hi/programmes/wtwta/2997144.stm> [en inglés].

12 <http://www.unicef.org/pon95/chil0011.html> [en inglés].

13 Maccoby y Jacklin, entre otras investigadoras, han establecido cuatro diferencias de género primordiales, desde el punto de vista estadístico, entre niños y niñas. En primer lugar, los niños tienen facultades espaciotemporales superiores. En segundo lugar, las niñas tienen facultades verbales superiores. En tercer lugar, los niños establecen jerarquías sociales más competitivas y rígidas que las niñas. En cuarto lugar, las niñas presentan una mayor disposición al apoyo y la conformidad sociales que los chicos. Estos datos (obvios para los filósofos desde la Antigüedad), corroboran firmemente la observación de Larry Summers y explican además las disparidades entre el liderazgo de hombres y mujeres.

14 Woolf, Virginia: *Una habitación propia*; ensayo de 1929 que se ha convertido en clásico.

15 «Por la ley de la naturaleza, las mujeres, por su propio bien y por el bien de sus hijos,

se encuentran a merced del juicio de los hombres. No basta con el mérito, una mujer debe ser vista como digna; ni con la belleza, pues debe ser admirada; ni con la sabiduría, pues debe ser respetada. Su honor no procede sólo de su conducta sino de su reputación, y no existe la posibilidad de que la mujer que permite tener una imagen deshonrosa pueda ser jamás buena. Cuando un hombre hace lo correcto sólo depende de sí mismo y puede desafiar el criterio público; pero cuando una mujer hace lo correcto, sólo ha cumplido la mitad de su tarea, pues lo que la gente piense de ella no es menos importante que lo que en realidad es. De ahí que su educación deba ser, a este respecto, contraria a la nuestra.» Rousseau, Jean-Jacques: *Emilio*, sección 1278. V. también Chesler, Phyllis: *Woman's Inhumanity to Woman*, Nation Books, Nueva York, 2002.

16 «La mujer es más compasiva que el hombre, más propensa a las lágrimas, y al mismo tiempo es más envidiosa, más quejumbrosa, más proclive a reñir y atacar. Asimismo, tiende más al abatimiento y menos a la esperanza que el hombre, es más carente de vergüenza, más falsa de palabra, más engañosa y de memoria más retentiva.» Aristóteles: *Historia de los animales*, Libro IX.

17 «Una vez que se ha demostrado que hombres y mujeres ni tienen ni deben tener la misma constitución, sea de carácter o de temperamento, se deduce que no deben recibir la misma educación. Cultivar las virtudes masculinas en las mujeres y pasar por alto sus propias virtudes es, sin duda, hacerles mal.» Jean-Jacques Rousseau: *Emilio*.

18 Nitobe, Inazo: *El bushido: el alma del Japón*, Ed. José J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 2002.

19 «Cuando tenga un pie en la tumba, diré toda la verdad acerca de las mujeres. Lo diré, me meteré en mi ataúd, cerraré la tapa sobre mí y diré: "Ahora, haced lo que queráis."» Liev Tolstói.

20 Schopenhauer, Arthur: «On Women», en *Essays and Aphorisms*, R. Hollingdale (trad.), Penguin Books, Harmondworth, 1970.

Los extremos cognitivos: Las tradiciones oral, escrita, visual y digital

Sin una imagen, pensar es imposible.

Aristóteles

Una mente disciplinada conduce a la felicidad.

Buda

Podemos alcanzar la sabiduría mediante tres métodos: primero, con la reflexión, que es el más noble; segundo, por imitación, que es el más fácil; tercero, por experiencia, que es el más amargo.

Confucio

El mayor instrumento de la Tierra

En la actualidad, los líderes políticos, empresariales, culturales y religiosos de todos los rincones del planeta subrayan, aunque sea de boquilla, la importancia de la educación. Ahora mismo, el futuro de nuestra aldea global se halla determinado por lo que están aprendiendo durante su infancia nuestros futuros líderes y sus seguidores. Sin embargo, los sistemas educativos están sometidos a extremismos de diversa índole, que estropean las mentes jóvenes por descuido o por el envenenamiento con doctrinas contaminantes. Antes de examinar algunos de estos extremos con más detalle en el capítulo 11 y de sugerir de qué modo pueden reconciliarse siguiendo el camino medio, repasaré ciertos aspectos básicos sobre la educación en sí.

En primer lugar, nuestro gran cerebro nos convierte primordialmente en animales que aprenden. Casi todas las formas de vida de la Tierra son capaces de «aprender» en cierto grado, entendiendo por ello que, en respuesta a su entorno, pueden modificar su conducta como mínimo, o sus procesos cognitivos (si los tienen) como máximo. No obstante, las conductas instintivas (incluso las más sofisticadas, como las de las hormigas, capaces de seguir rastros olfativos hasta las fuentes de alimentos; o las de las abejas,

capaces de comunicarse la ubicación de las flores) son heredadas. Estos animales no aprenden el uno del otro, sino que ejecutan programas genéticamente implantados. En términos generales, cuanto mayor es el cerebro de un animal, más necesita aprender éste para sobrevivir y reproducirse. Para los leones, por ejemplo, acechar y atacar son conductas instintivas; pero no la caza mayor, habilidad que consta de componentes instintivos pero también adquiridos, una interacción de elementos darwinianos y lamarckianos. Los seres humanos necesitamos aprender en mayor medida que cualquier otro animal para sobrevivir y reproducirnos, lo que explica la importancia de una educación y un aprendizaje que dure toda la vida. Por ejemplo, todos nosotros nacemos con la capacidad innata de aprender uno o más idiomas, pero aquellos a los que estemos expuestos durante nuestra infancia serán los que aprenderemos mejor. Si no estamos expuestos a ningún idioma, nunca activaremos esta capacidad innata, y nuestro cerebro no se desarrollará dentro de parámetros cognitivos óptimos o siquiera normales.

Progresamos de un nivel de conciencia al siguiente cuando hay un desarrollo cognitivo, y no llegamos a progresar cuando hay una ausencia de éste. La finalidad de nuestro primer aprendizaje, que empieza en el útero y continúa durante la primera infancia, consiste en fomentar el desarrollo neurológico y cognitivo en el cerebro inmaduro. En efecto, muchos parámetros neuronales se establecen y maduran como respuesta a estímulos del entorno. El cerebro inmaduro del bebé acepta todas las aportaciones procedentes de fuentes tanto humanas como ambientales (visuales, verbales, musicales, táctiles, olfativas, emocionales), que influirán en su crecimiento y desarrollo, para bien o para mal. La primera educación, que comprende aproximadamente los primeros siete años de edad, sienta los cimientos cognitivos del aprendizaje humano. Si estos cimientos son fuertes y quedan bien arraigados, podrán sostener en el futuro un edificio elevado; si son débiles y poco profundos, no será así. Cada una de las tres tradiciones cognitivas (oral, escrita, visual) proporciona un tipo de cimientos distinto. La más sólida de estas tres es la escrita; la siguiente, la oral; la menos sólida, la visual. La tradición digital aúna las tres, y multiplica enormemente tanto sus puntos fuertes como los débiles. La experiencia nos facilita la observación y comprensión de los efectos generales de las tradiciones oral y escrita, relativamente antiguas, sobre el desarrollo cognitivo. Asimismo, los efectos de la reciente tradición visual, que empezaron con la difusión de la televisión en la década de 1950, son tan potentes y pronunciados que también pueden evaluarse; aunque dicha tradición es desde luego mucho más nueva.

La tradición digital merece tratarse por separado. El ordenador personal, su diversidad de aplicaciones informáticas y sus capacidades de interconexión por Internet son avances que transforman civilizaciones y definen paradigmas, y sus efectos son comparables a la invención de la imprenta por Gutenberg, aunque inmensamente mayores. El uso de

Internet se generalizó en un momento tan reciente como la década de 1990, y sin embargo ha remodelado por completo la forma en que se intercambian datos, se establecen interacciones, se desarrollan las identidades y se vive la vida. La tradición digital está redefiniendo las rutinas diarias, las negociaciones y los estilos de vida de cientos de millones de personas (a un lado de la «frontera digital» que divide a la aldea global).¹ Tanto es así que la tradición digital, si bien sólo ha empezado a evolucionar, está alterando ya los fundamentos de la propia humanidad. Con todo, quienes hemos nacido y nos hemos criado en la tradición escrita, y quienes recordamos la invasión de la visual (y posiblemente nos hemos resistido a ella), somos las únicas personas del mundo que pueden empezar a apreciar la enormidad de los efectos de la tradición digital en la aldea global y en la civilización humana. Por este motivo, desgraciadamente, mi valoración de la tradición digital es por fuerza incompleta. Aun así, incluso una valoración incompleta bastará para dar una idea de las repercusiones de la revolución digital en la evolución cultural. Dado que la tradición digital es la última en aparecer de las cuatro, la trataré en último lugar.

Así pues, empezaremos con las tres primeras tradiciones (la oral, la escrita y la visual) para evaluar sus efectos, para bien y para mal, en el desarrollo cognitivo humano. El orden cronológico en que aparecieron estas tres tradiciones no es el orden ascendente de sus beneficios cognitivos: la tradición visual es la última, pero también la más dañina de las tres; cosa que no augura nada bueno para nosotros como especie. Cada una de estas tradiciones tiene sus puntos fuertes y sus puntos débiles, aunque también entre ellos existe un camino medio. Como veremos, la tradición oral limita el desarrollo cognitivo, mientras que la visual lo reduce. La tradición escrita es el camino medio, y el mejor para el desarrollo cognitivo de los seres humanos; por tanto, el mejor para que éstos se beneficien de la educación superior. Mientras que la tradición digital constituye el entorno de aprendizaje y el instrumento mental más avanzado.

La cuestión de la educación se encuentra muy próxima a mi corazón, ya que he participado en ella durante la mayor parte de mi vida, como alumno y maestro, como universitario y docente, como tutor, asesor, estudiante de por vida e innovador educativo, en todas las partes del mundo. Los padres responsables conocen la importancia de la educación: en Estados Unidos, muchos de ellos buscan de forma exhaustiva las mejores escuelas para sus hijos, y la ubicación de éstas suelen ser un factor determinante para elegir el lugar de la propia residencia. Muchos padres están dispuestos a grandes sacrificios en aras de la educación de los hijos (vivir a gran distancia del trabajo, soportar impuestos más altos, pagar matrículas caras) para poder mandarlos a las mejores escuelas posibles. Pese a ello, muchos de estos padres prestan escasa o nula atención al

desarrollo cognitivo de sus hijos, que es lo que posibilita la educación, con independencia de la escolarización en sí.

La mejor educación global requiere la colaboración entre padres y escuelas. Los padres son responsables principalmente del desarrollo cognitivo de sus hijos y de crear en ellos buenos hábitos de estudio; mientras que las escuelas son responsables principalmente de los planes de estudios y su contenido, así como de reforzar tanto los hábitos académicos como los sociales. Hay países, como Japón, cuyo éxito educativo se debe a que se exige que ambas partes asuman la responsabilidad del aprendizaje de los jóvenes. En otros países, como Estados Unidos, la educación experimenta un descenso en picado porque, a menudo, ambas partes eluden dicha responsabilidad. En el mundo en vías de desarrollo hay muchos países sumidos en un caos educativo porque ambas partes están poco dispuestas y poco preparadas para empezar incluso a emprender medidas de responsabilidad adecuadas.

Los jesuitas eran muy conscientes de la importancia del desarrollo cognitivo, y es célebre su máxima «Denos el niño hasta los siete años de edad y responderemos del hombre». En efecto, los primeros siete años de vida son fundamentales. Un niño recibirá una fuerte influencia emocional e intelectual de los valores y prejuicios que se le inculquen durante este período. La música que oigan en esta etapa de su vida permanecerá fielmente en la memoria auditiva a largo plazo, los vínculos emocionales con creencias religiosas o míticas arraigadas en esta fase duran toda la vida. Después del nacimiento, el sistema neurológico del niño tarda años en madurar, pero que éste alcance o no su potencial cognitivo dependerá de los primeros estímulos que reciba.

El gran cerebro que poseen los seres humanos es un don y, a la vez, una carga: el embarazo, el parto y la maternidad son experiencias más arduas para las hembras de nuestra especie que para cualquier otra, incluidos nuestros parientes primates. Las crías de mamíferos sociales que pacen, escarban o pastan en manadas (como los ciervos, los antílopes, las jirafas y los elefantes) nacen sin trastornos y sin ayuda de la madre. Estos recién nacidos cuentan con alrededor de una hora de tiempo para ponerse en pie, mantener el equilibrio y desplazarse con el resto de la manada, aunque guiados y amamantados por sus madres. Las crías de los monos no deben separarse de las madres durante un tiempo mucho más prolongado, normalmente meses, hasta que su sistema nervioso haya madurado lo suficiente como para proporcionarles una movilidad y una seguridad independientes. Los bebés humanos conservan el «reflejo de prensión» de los monos: presione con el dedo la palma de la mano de un recién nacido y se lo agarrará con tanta fuerza que usted podrá elevar al bebé sin peligro. No obstante, el bebé tarda cerca de un año por lo general en hacer sus primeros y tambaleantes pasos, y varios años de atención constante en alcanzar un estado de madurez neuromuscular que le permita

gozar de períodos de relativa independencia como la que adquieren las crías de los ungulados en cuestión de horas y las de los primates en meses. ¿Por qué los seres humanos tardan tantos años en madurar?

La respuesta evolutiva es clara: nuestro gran cerebro, el instrumento más fascinante sobre la faz de la Tierra, requiere años de desarrollo neurológico y cognitivo para madurar y, posteriormente, precisa un afinamiento constante. De este modo, la naturaleza ha tenido que llegar a un arreglo que permita los nacimientos humanos. Como ha señalado Steven J. Gould, para que los seres humanos recién nacidos fueran tan maduros neurológicamente como los monos recién nacidos, nuestro período de gestación sería de 18 meses en lugar de nueve, y muy pocas madres sobrevivirían al parto.² Cuanto mayor fuera el cerebro del bebé, más tendría que cambiar el tamaño y la orientación de la pelvis de la madre para permitir la gestación y el parto. Dicho de otro modo: cuanto mayor fuera el cerebro del bebé, menos movilidad tendría la madre durante el embarazo (las hembras humanas tienen de por sí, sin estar embarazadas, menos movilidad que los machos). El músculo más fuerte del cuerpo de la mujer es el uterino, que ha evolucionado para expulsar al feto, de tamaño desproporcionado, en el parto. El músculo más fuerte del cuerpo del hombre es el cuádriceps, que ha evolucionado para la caza mayor y la defensa de grandes territorios. El arreglo de la naturaleza consiste, pues, en lo siguiente: el bebé humano se encuentra indefenso durante meses y años después de nacer, y la madre apenas posee movilidad durante las últimas fases del embarazo, y tiene más problemas para dar a luz que cualquier otro animal de la Tierra. ¿A cambio de qué? De tener un gran cerebro.

¿Y qué es lo que hacemos con el gran cerebro que tenemos? Lo ideal es que aprendamos. Piense en lo mucho que nos dedicamos a aprender gran parte de las personas. En el mundo desarrollado, existe un sistema de educación primaria y secundaria, que luego permite la posibilidad de estudiar cuatro años en universidades y otros centros de educación superior, y posteriormente más años cursando estudios académicos o profesionales. Alguien con un máster puede haber pasado veinte años estudiando; con un doctorado, veinticuatro; con un doctorado superior, veintiocho. De este modo, una persona puede pasar entre una cuarta y una tercera parte de su vida en un entorno de educación formal, preparándose para la «caza mayor» de sueldos y oportunidades profesionales. Esto supone una gran cantidad de aprendizaje, pero es sólo el principio. También se puede aprender a conducir, a practicar un juego o deporte, a tocar un instrumento musical, a hablar otro idioma. Se puede aprender a cortejar, a ser padre o madre, a atravesar un proceso de divorcio, de partición de bienes o de batalla por la tutela infantil. Se puede aprender a escalar puestos o a cambiar de profesión, a

reinventarse a uno mismo, a sobrellevar o recuperarse de una enfermedad grave, a disfrutar de las alegrías inesperadas y a sobreponerse a las desilusiones de la vida. Se pueden aprender muchas cosas cada vez que se lee un libro o un periódico, se escucha la radio, se navega por Internet, se viaja o se hacen amistades.

Si es usted un profesional, deberá proseguir su aprendizaje a medida que evolucione su profesión. Si utiliza el ordenador, tendrá que seguir aprendiendo sobre componentes y programas nuevos. Si adquiere tecnología nueva, deberá seguir la curva de aprendizaje vinculada. La aldea global funciona cada vez más como «economía del conocimiento», y los ciudadanos de sus regiones más prósperas se entregan a un aprendizaje de por vida. Éste es el legado de nuestro gran cerebro, y para ningún otro animal sobre la Tierra es el aprendizaje un medio tan fundamental para fines tan numerosos.

El gran cerebro humano nos permite utilizar y desarrollar el lenguaje de formas muy elaboradas que, una vez activada esta capacidad, nos separa de los demás simios. Existen casos documentados de niños salvajes cuyo comportamiento es muy similar al de otros animales en estado salvaje.³ Algunos de estos niños habían vagado por los extensos bosques que cubrían Europa antes de la Revolución Industrial, donde, aun estando perdidos, consiguieron sobrevivir como animales salvajes. Sin educación ni aculturación, fueron incapaces de adquirir la capacidad del lenguaje y, sin ésta, no desarrollaron la cognición humana y permanecieron en estados similares al del mono. Si un niño no recibe la educación y la aculturación adecuadas, y si no ha adquirido una lengua materna alrededor de los siete años, nunca alcanzará su pleno potencial humano. La máxima jesuita también funciona en sentido inverso: «Desatienda al niño hasta los siete años de edad, y nunca se convertirá en hombre.» Si no adquiere por lo menos un idioma durante el período de «plasticidad» neurológica en los años que siguen al nacimiento, el niño se convierte en un animal salvaje en lugar de en un ser humano.

Este proceso es irreversible y pone de manifiesto una de las asimetrías fundamentales y cruciales del desarrollo cognitivo humano. Hoy en día es un hecho comprobado que el aprendizaje empieza en el mismo útero, por lo que la futura madre puede hacer mucho para ayudar o dañar al bebé durante la gestación. Después de nacer, éste debe recibir una aculturación que le permita dominar al menos un idioma. Durante el «período plástico» de los siete primeros años, puede adquirir con facilidad algunos idiomas más sin confundirlos. Después de este momento, la capacidad de adquisición lingüística se ralentiza. La lengua materna son los cimientos sobre los que se construye el edificio del aprendizaje que se realiza durante toda la vida. El lenguaje es la primera ventana de la comprensión; si no se abre, el cerebro se echa a perder. Sin un primer idioma, el ser humano es poco más funcional que un simio. Si Da Vinci, Bach, Newton o Einstein se

hubiesen perdido en el bosque y se hubieran convertido en niños salvajes, nunca habrían cumplido su potencial para la genialidad. Este hecho se aplica a todas las personas. Quien no llegue a adquirir una lengua materna es incapaz de cumplir su potencial humano. La conclusión asimétrica, pues, es la siguiente: no creamos genios con la educación, pero sí impedimos la normalidad por falta de ella.

Así pues, ¿cuál es la mejor forma de adquirir un primer idioma? La experiencia al respecto nos ayuda a ver en qué se diferencian las tres primeras tradiciones (oral, escrita y visual) respecto a esta tarea esencial. A continuación, resumiré cierto número de ventajas e inconvenientes de cada una.

La tradición oral y los cuatro pilares de la cognición

Imagínese, si lo desea, a nuestros ancestros cazadores y recolectores, que vivían hace alrededor de 50.000 años en grupos de varias decenas de miembros. Deambulaban por territorios de entre varios cientos a varios miles de kilómetros cuadrados, comían lo que los hombres pudieran cazar y lo que las mujeres pudieran recolectar, sabían encender un fuego, empleaban herramientas y armas de la Edad de Piedra, enterraban a sus muertos con sus pertenencias más preciadas (plumas, pieles y útiles de sílex) y se comunicaban con un lenguaje gestual y oral rudimentario. Sin duda, bailaban y cantaban, y tocaban música con tambores de piel y flautas de hueso. Se reunían en torno a fogatas y contaban relatos. E inventaron mitos para explicar el mundo que les rodeaba y el lugar que ocupaban en él. Desarrollaron una tradición oral, una historia de sí mismos y del mundo, que transmitían de generación en generación.

Para que una historia sea contada y recontada, comprendida, embellecida y transmitida, se requieren tres cosas. En primer lugar, tiene que haber un lenguaje común entre generaciones, con un vocabulario y una gramática que los niños empiecen a absorber desde que nacen. En segundo lugar, tiene que haber narradores a quienes se haya confiado la tradición del grupo o tribu, y que recuerden y transmitan los mitos y leyendas. En tercer lugar, tiene que haber oyentes que comprendan y absorban la tradición, y de quienes surja la siguiente generación de narradores.

Los pueblos inmersos en tradiciones orales desarrollan cuatro habilidades humanas vitales que conducen a su desarrollo cognitivo y social. Los llamo «los cuatro pilares de la cognición». Son los siguientes: la capacidad de atención, la agudeza lingüística, la imaginación y la memoria cultural. Para seguir, comprender y recordar un relato, los cuatro son necesarios. Recuerde (o anote) estos cuatro pilares para ver mejor qué ocurre con ellos a medida que avanzamos por las tres tradiciones iniciales de aprendizaje: de la oral a la escrita y a la visual y, posteriormente, a la tradición digital.

No es difícil examinar estos atributos en acción: basta con que cuente un relato a un niño al acostarlo (si no es usted un gran narrador, puede «hacer trampa» y leerle: el niño recibirá el relato oralmente de todos modos). Obsérvele mientras le cuenta o le lee un cuento y se dará cuenta de cómo entran en juego estos cuatro atributos. En primer lugar, la capacidad de atención: los niños adoran los cuentos, y les prestarán más atención que a muchas otras cosas. Podrá observar cómo el niño ejercita la atención mientras absorbe el relato. Se crea un período de relajada pero ininterrumpida concentración y quietud, que no es otra cosa que la capacidad de atención. Además, la práctica permite reforzar este atributo. Cuantos más relatos asimile el niño, mayor será su capacidad de asimilar otros. Se trata de una retroalimentación positiva. La capacidad de atención es crucial para una implicación real en otras actividades vitales: el estudio, el juego, el trabajo y la conciencia de la propia condición humana. La tradición oral, es decir, la narración de relatos, es un medio esencial con el cual los niños desarrollan y ejercitan la capacidad de atención. Y es un medio muy agradable y lleno de ternura para todos los participantes, siempre que el relato en sí no esté salpicado de prejuicios, odios y otras toxinas que envenenan con tanta facilidad las mentes abiertas y crédulas.

En segundo lugar, cuando el niño ya está atento, ¿a qué presta atención en concreto? Principalmente, al lenguaje en el que se recita el cuento. Si éste es demasiado aburrido, predecible o incomprensible, decaerá su atención. Si es emocionante, elocuente y estimulante, crecerá. Todos nosotros comprendemos muchas más palabras de las que empleamos, y esto se aplica también a los niños. La tradición oral ayuda a los niños a adquirir vocabulario nuevo, a asentar estructuras gramaticales y, por ende, a dominar el primer idioma. La lengua materna y los relatos narrados en ella se convierten en una ventana hacia su cultura y, si tienen un ámbito lo bastante universal, en una ventana hacia la humanidad y el mundo. Los idiomas humanos y sus narraciones refuerzan la comprensión tanto en niños como en adultos.

En tercer lugar, después de la capacidad de atención y la agudeza lingüística, aparece la valiosísima imaginación humana (en su sentido literal, la visualización de imágenes). Cualquiera de nuestros sentidos puede provocar una respuesta imaginativa pero, dado que la visión es el principal sentido humano, las imágenes mentales surgen de forma natural ante estímulos externos. La propia palabra «imaginación» refleja la capacidad humana para generar imágenes internas ante estímulos externos (y también ante estímulos interiorizados o inconscientes, como ocurre con los sueños). Por este motivo, cuando le cuenta un relato a un niño, éste no es un mero receptor pasivo al que se bombardea con lenguaje. Al contrario, genera imágenes activamente, produce de forma creativa una representación visual de las palabras que es interna pero dinámica. Del mismo modo que usted «representa» el relato al leer estas palabras al niño, éste lo

«representa» al oírlas. Se trata de una fascinante capacidad. Todo ser humano es, en esencia, productor y director de sus propias películas internas, engendradas por el «guión» que escuchan en otra persona.

A este hecho se debe también que fuera posible, antes de la llegada de la televisión, retransmitir acontecimientos deportivos por la radio y que la televisión no haya convertido la retransmisión radiofónica en algo obsoleto. Si los locutores son narradores suficientemente hábiles, pueden «narrar» el encuentro de fútbol o béisbol o hockey a millones de oyentes, cuya imaginación participa ávidamente en la producción y el envío de imágenes internas engendradas por la retransmisión oral. La capacidad de visualizar, es decir, de generar imágenes internas, es también muy importante para otros fines, además del entretenimiento y la capacidad cognitiva. La tradición oral es muy buena para fomentar esta capacidad. Y, por este mismo motivo, la tradición oral de la retransmisión radiofónica no ha quedado anticuada ante los productos de otras tradiciones. Además, la telefonía móvil se ha convertido en un sector con un auge tremendo en todo el mundo, y se basa directamente en la tradición oral. Marshall McLuhan calificó el medio oral de «caliente», cuyo fuego cognitivo no se ve apagado por medios «fríos» como la televisión.

Resulta también de extrema importancia constatar que la música se recibe por vía auditiva y, por ello, se encuentra estrechamente ligada a la tradición oral. Todas las culturas tienen su música, que nos cautiva la mente y el corazón y resuena con las vibraciones fundamentales que sostienen el propio universo. Por este motivo, la televisión y el cine se sirven también de la música: la propia tradición visual queda incompleta sin este componente auditivo. Nunca deben subestimarse la fuerza de las palabras, el poder de los mantras ni la magia de la música, todos ellos arraigados en la tradición oral.

En cuarto lugar, cuando se cuenta un relato a un niño, la narración puede tener ramificaciones mucho más allá de los tres aspectos del desarrollo cognitivo individual mencionados: la capacidad de atención, la agudeza lingüística y la capacidad de imaginación. La narración en sí se convierte en una lente a través de la cual el niño interpretará el mundo que le rodea, así como todo lo que le ocurre a él o a ella y a las demás personas que conoce. Todas las narraciones que resisten el paso del tiempo ofrecen una moraleja, encierran un significado, enseñan una lección o dan un toque de advertencia. Cuando usted narra un relato a un niño, sea un cuento de hadas de los hermanos Grimm, una fábula de La Fontaine, una rima disparatada de Edward Lear, una parábola de un texto sagrado, un mito de Hesíodo, una leyenda de los mayas o una ensoñación aborígen, está proporcionando al niño una forma de observarse y comprenderse a sí mismo y a los demás, su cultura y el mundo. Las imágenes que genera

en su mente cuando escucha un relato son privadas, puesto que sólo él o ella puede «verlas»; pero los significados que extrae son públicos, ya que tratan siempre aspectos universales de la condición humana.

Al mismo tiempo, todas las tribus, culturas, religiones, etnias, nacionalidades y cultos tienen su conjunto definido de historias, que aporta a sus miembros una identidad colectiva, aunque muchas veces a cambio de considerar a los demás colectivos como «enemigos» o «extranjeros» o «infieles» o «demoníacos». Una y otra vez, la condición humana se ve fracturada por las limitaciones de una historia determinada, que incluye a unas personas pero excluye o deshumaniza a otras, o que intenta aniquilarlas o convertirlas en lugar de tolerar sus historias. Las culturas más fuertes pueden imponerse sobre las más débiles y colonizarlas o destruirlas. También pueden incorporar las culturas más débiles con cierto grado de tolerancia (o de intolerancia). Las culturas más débiles pueden resistirse o acomodarse a las más fuertes con más o menos éxito, o sucumbir completamente. Es el contenido y el propósito de un conjunto dado de mitos, leyendas y tradiciones lo que condiciona en gran medida la capacidad (o incapacidad) de su cultura de evolucionar de forma constructiva en sus inevitables encuentros con otras culturas, sean éstas más débiles o más fuertes.

Así pues, nos encontramos ante una paradoja de la tradición oral. En otro contexto (el capítulo 8) hemos visto que la cultura es una fuerza de unión de un grupo humano, como también hemos visto que la incompatibilidad o competencia entre culturas era necesaria para la dispersión y el florecimiento de la especie humana sobre la faz de la Tierra. Sin embargo, ahora que todos nosotros vivimos en una sola aldea, la aldea global, resulta necesario reconciliar y recombinar las fuerzas culturales que en el pasado nos dividieron y alejaron. No se trata de una tarea sencilla, sobre todo cuando los narradores de un grupo incitan al odio hacia los relatos o las personas pertenecientes a otro grupo. Nietzsche escribió que «un pueblo feliz no posee historia». Por desgracia, hay muchos pueblos que fomentan su infelicidad al hacer demasiado hincapié en su historia.

Los chimpancés necesitan familias y comunidades para ser normales. Lo mismo nos ocurre a los seres humanos; pero además necesitamos una memoria cultural, transmitida en su origen mediante la tradición oral. De forma gradual, mientras algunos cazadores y recolectores se convertían en moradores permanentes, y mientras algunos asentamientos se transformaban en civilizaciones, sus relatos también evolucionaron: de leyendas contadas en torno a una fogata a religiones de alcance mundial, por ejemplo. Pero esta transformación no se habría producido sin la tradición escrita.

La tradición escrita

La invención de signos escritos, sean alfabéticos o pictóricos, que simbolizan letras y palabras, u objetos y conceptos, posibilita el progreso y la permanencia de la civilización humana. Los seres humanos aparecieron hace entre 100.000 y 200.000 años, posiblemente más si consideramos también humanos a los Neanderthales. Sin embargo, las tradiciones escritas sólo tienen entre 5.000 y 10.000 años de antigüedad. Cuando hablamos del mundo antiguo o la Antigüedad, hablamos únicamente de este último período de varios miles de años en que empezaron a ponerse por escrito las historias. A lo largo de la mayor parte de la existencia humana, nadie leía; en el mundo antiguo, sólo un grupo relativamente reducido sabía leer y escribir. En el mundo contemporáneo, como veremos en el capítulo siguiente, la alfabetización se ha polarizado: mientras que algunas poblaciones se encuentran alfabetizadas casi por completo, en otras hay un analfabetismo extremo. En 1969, la vanguardia de la tradición escrita consiguió volar a la luna. Aquel mismo año, sin embargo, en la retaguardia, la mitad de la población mundial nunca había visto un listín de teléfonos ni era capaz de consultarlo.

Los filósofos abc salvan este abismo entre las tradiciones oral y escrita. Aristóteles, como su maestro Platón, escribió obras de gran importancia cuyo contenido contribuyó a modelar y forjar la civilización occidental. En cambio, Sócrates, el maestro de Platón, no escribió nada, y fue éste quien documentó o reconstruyó sus diálogos. De modo parecido, las enseñanzas de Confucio contribuyeron enormemente a las civilizaciones de Asia oriental, y sin embargo él no escribió nada personalmente: sus *Analectas* fueron registradas por sus alumnos y los descendientes de éstos. Buda, cuyas enseñanzas han influido en muchas civilizaciones, incluida la occidental en tiempos recientes, tampoco escribió nada. Sus alumnos (o discípulos) pusieron sus Sutras por escrito. Esta constante aparece una y otra vez en la formación de las principales religiones del mundo. Abraham no escribió nada. Jesús no escribió nada. Mahoma no escribió nada. Pero sus discípulos y herederos escribieron libros que influyeron en miles de millones de personas, los seguidores de las «escrituras». Estas escrituras pueden ser tanto la Torá, la Biblia, el Corán, el Mahabharata, las *Analectas*, el Canon Pali o el Sutra del Loto. La tradición escrita y sus «escrituras» permiten la difusión ilimitada del mensaje y la expansión de la tribu.

De las tres manifestaciones lingüísticas principales (el habla, la lectura y la escritura), sólo el habla aparece de modo natural. Todos los bebés de todas las culturas balbucean por instinto, ensayando fonemas («pa-pa», «ta-ta», «ma-ma») que se convierten en las piezas con las que construirán las palabras. Siempre que estén expuestos a un idioma natural, los niños adquirirán cierta habilidad verbal sin pasar interminables horas dedicando esfuerzos arduos y programados. La lectura, en cambio, es más difícil, y tiene que ser enseñada, aprendida y practicada. La escritura lo es todavía más, y también tiene

que ser enseñada, aprendida y practicada. Quienes hablan bien un idioma saben apreciar la buena oratoria, mientras que los que leen bien un idioma saben apreciar también la buena literatura. Este aspecto pone de manifiesto el daño perpetrado a la función cognitiva por las deconstrucciones posmodernas del significado. Quienes han deconstruido el lenguaje y la literatura no aprecian la grandeza de la expresión lingüística y, por ende, no alcanzan sus propios potenciales para el desarrollo cognitivo.⁴

Así pues, ¿en qué medida afecta la tradición escrita a los cuatro atributos de la cognición humana (la capacidad de atención, la agudeza lingüística, la imaginación y la memoria cultural)? Comparada con la tradición oral, los mejora todos. Veamos sucintamente cómo.

En primer lugar, aunque las personas pueden prestar atención (por ejemplo, para cazar, recolectar, rezar o meditar) sin saber leer ni escribir, los hábitos de estudio y los estados de concentración que se ganan al ejercitar la habilidad de leer y escribir permiten la máxima capacidad de atención para el máximo número de personas. Por ello, la tradición escrita resulta útil a este respecto. Estos hábitos, estados y habilidades también permiten a los individuos contemplar nuevos pensamientos sirviéndose de la perspectiva que otorga conocer los pensamientos documentados con anterioridad. De este modo, las personas creativas inmersas en una tradición escrita pueden redirigir su atención para producir nuevas obras de poesía, ficción, música, matemáticas, ciencia y filosofía. Estos exquisitos frutos de la contemplación y la inspiración humana pueden ser cosechados por creadores e intérpretes, y degustados y apreciados por estudiantes y públicos de varias generaciones, mediante una capacidad de atención bien cultivada. La tradición escrita es superior a la oral en este sentido: requiere menos tiempo pero más poder de concentración leer un relato que escuchar uno o contarlos en voz alta. La tradición escrita tiene la facultad de comprimir y condensar el pensamiento, por lo que leer requiere (e inculca) una funcionalidad cognitiva más intensa que narrar o escuchar. Leer refuerza el poder mental.

Otro aspecto de extrema importancia: los niños que aprenden a leer y escribir bien no sólo hablarán de forma más inteligible, sino que también serán capaces de prestar una atención mejor y más prolongada. La epidemia del denominado trastorno por déficit de atención que afecta a millones de escolares estadounidenses es una deficiencia cognitiva inducida culturalmente, que se debe a una insuficiente enseñanza de la lectura y la escritura en las escuelas, junto a un exceso de exposición a la televisión y a otros estímulos visuales a una edad demasiado temprana y a dietas atroces y otros hábitos de vida deficientes. Volveremos a esta catástrofe cultural en este mismo capítulo.

En segundo lugar, nada mejora la agudeza lingüística como la lectura y la escritura.

Para empezar, leer es la mejor forma de aprender palabras nuevas, y un vocabulario rico contribuye a pensar con más claridad, abundancia y creatividad. Si sólo conoce 500 palabras de un idioma, lo cual equivale a lo que encontraría en una guía de bolsillo para viajeros, sólo podrá comunicarse de forma rudimentaria, para cubrir tal vez sus necesidades más básicas. La mayoría de la gente conoce unas 20.000 palabras en su lengua materna, y emplea cerca de la mitad en sus conversaciones y pensamientos cotidianos. El inglés, que se ha convertido en la lengua franca internacional de la ciencia y el comercio, contiene cerca de 250.000 palabras, lo que quiere decir que la mayor parte de los angloparlantes emplean sólo entre el cinco y el diez por ciento de los recursos lingüísticos a su alcance. De modo similar, la mayoría de la gente utiliza sólo entre el cinco y el diez por ciento de su poder mental. Y dado que las palabras no son sólo representaciones del habla sino también las piezas con las que se construye el pensamiento, la mayor parte de los hablantes de cualquier idioma piensa con mucha menos riqueza, precisión y elegancia de lo que haría si dispusieran de más piezas. ¿Qué es lo que se puede construir con un juego de piezas Lego elemental? Cosas básicas, con posibilidades limitadas. ¿Qué es lo que se puede construir con un juego de piezas avanzado? Cosas mucho más elaboradas e interesantes en función de su imaginación. Lo mismo puede decirse del idioma, de cualquiera de ellos. Cuanto más avanzado sea su vocabulario, más elaborados e interesantes serán los pensamientos que podrá construir. Leer y escribir son las mejores formas (tal vez las únicas) de mejorar sus pensamientos y de crear una mente avanzada.

En tercer lugar, si lee y escribe, usted podrá sin duda dar salida a su capacidad imaginativa. Si aplica su capacidad de atención y comprensión a lo que lee, representa lo que se narra, describe o conjetura, y se representa a sí mismo como parte de ello; lo cual, por tanto, se convierte en parte de usted. Todo aquel que lee y comprende las grandes obras literarias de la tradición escrita de cualquier cultura también adquiere grandeza: la de su propia mente, que le permite apreciar estas obras.

El canon de los grandes libros es la historia de la humanidad en sí. Todo aquel que no pueda leer dicha historia, o al menos las partes importantes de ésta, corre un mayor riesgo de no poder apreciar su propia humanidad. ¿Por qué motivo, entonces, siendo tan precioso el don de una vida humana, alguien no iba a desear enriquecerla con grandeza, mediante la parte de ésta que consiste en leer y comprender la literatura mundial?

Existen dos extremos que apartan a la gente de este enriquecimiento. Los denomino «extremo cero» y «extremo uno» (conocido también como «un solo extremo verdadero».) El extremo cero se crea bien cuando una cultura carece de libros, como ocurriría con tradiciones puramente orales de cazadores y recolectores aislados de la civilización, bien cuando una cultura deconstruye los libros que posee y los despoja de su

utilidad. El extremo uno se crea cuando una cultura posee sólo un libro, o un libro ensalzado por encima de todos los demás (como ocurre con todos los religiosos fanáticos que consultan un solo libro para explicarlo absolutamente todo) y de cuyos adeptos surge la mayor parte de sus explicaciones para todo, historias y relatos colectivos. El camino medio es la amplia ruta que discurre entre la ausencia de libros y la existencia de un solo libro; lo bastante ancha como para incluir todos los libros y lo bastante profunda como para valorar unos sobre otros según su propósito. Los médicos valoran el juramento hipocrático, pero estudian y ejercen la medicina moderna. Daisaku Ikeda valora el Sutra del Loto, pero lee y estudia de todo.⁵ Cuanto más lea uno los grandes libros de las grandes culturas del mundo, mejor visualizará la genialidad y la riqueza y los logros alcanzados por la mente humana. Todos nosotros nacemos con cerebro; no obstante, éste debe recibir aculturación. El camino medio dice: léalo todo. No tenga miedo de visualizar algo nuevo o diferente. Cultive su mente con la lectura. No existen ideas que no puedan pensarse, ni palabras que no puedan leerse, ni límites imaginables a la imaginación.

En cuarto lugar, la tradición escrita es incomparablemente superior a la oral en lo que respecta a la memoria cultural. ¿Cuántos relatos podría usted memorizar literalmente? ¿Diez? ¿Cien? ¿Mil? Existe un límite máximo, y además debería ensayarlos constantemente para conservarlos en la memoria. En cambio, ¿cuántos libros puede contener una biblioteca? Miles, decenas de miles, centenares de miles. Si su contenido se digitaliza, entonces una biblioteca puede almacenar millones. Si una cultura cuenta con una tradición escrita, su memoria puede ampliarse infinitamente. No existe límite máximo. Y nadie tiene que recordar nada en absoluto, excepto leer y escribir. Al igual que la narrativa, la lectura y la escritura se desarrollan y mantienen con la práctica. Cuanto más practica uno, más mejora. Y cuanto más mejora la capacidad de leer y escribir, más aprende.

Una marcada diferencia entre las tradiciones oral y escrita radica en la conservación de la memoria cultural. En una tradición oral, si los narradores desaparecen, las historias mueren con ellos. Por ejemplo, una tradición oral rica y hermosa de los mayas estaba a punto de extinguirse debido a lo insostenible de su estilo de vida frente a la globalización y la corrupción política latinoamericana. Entonces, un venerable chamán maya llamado Nicolás Chiviliu llamó a un acólito que sabía leer y escribir, llamado Martin Prechtel, a quien transmitió oralmente sus enseñanzas. Prechtel escribió algunas de ellas en libros publicados en inglés, con el fin de preservarlas para las futuras generaciones.⁶ Las culturas antiguas que dejan un testimonio escrito (desde la escritura cuneiforme babilónica y los jeroglíficos egipcios hasta los alfabetos indoeuropeos y los ideogramas

chinos) pueden transmitir su irreemplazable memoria cultural a las generaciones futuras de la humanidad, aunque los narradores, oyentes e idiomas originales hayan desaparecido. Mientras exista una copia física, podremos descodificarla, traducirla y añadirla a la memoria cultural colectiva de la humanidad.

El Sutra del Loto, por ejemplo, reúne las enseñanzas máximas de Buda. En un principio fueron transmitidas oralmente por Gautama en el norte de la India y anotadas en sánscrito. Viajaron al Tíbet, China, Corea, Japón y Estados Unidos (entre muchísimos otros países) y fueron convenientemente traducidas del sánscrito al tibetano, al chino, coreano, japonés e inglés (entre decenas de otros idiomas). Es probable que sin la tradición escrita estas inestimables enseñanzas se hubieran perdido. Gracias a la tradición escrita, se han incorporado a la memoria cultural de la humanidad, donde se han preservado para que puedan beneficiar a millones de personas. Lo mismo puede decirse de los *Elementos* de Euclides, *El clave bien temperado* de Bach y las novelas de Dostoievski. Estas obras sobreviven, entre una miríada de obras más, porque están escritas.

Siendo estudiante universitario en Londres, acudía principalmente a leer a la Biblioteca Británica, alojada en aquel entonces en el edificio del Museo Británico de Montague Street. Al ser una de las mayores bibliotecas del mundo, contenía cerca de seis millones de tomos in situ, y otros seis millones en lejanos almacenes que podían recibirse en un día o dos. Desde la Biblioteca Británica daba una vuelta y pasaba junto a la Cámara del Senado, sede de la Universidad de Londres, cuya biblioteca alojaba otros cuatro millones de tomos. Mi paseo me llevaba seguidamente a la facultad, el University College de Londres, cuya librería albergaba la cifra más modesta de dos millones de tomos. A veces me dirigía al Strand, donde se encontraba la London School of Economics, nuestra facultad asociada, cuya biblioteca contenía otros cuatro millones de tomos. Desde allí, visitaba a veces la Biblioteca de Ciencias de la Biblioteca Británica, en Chancery Lane, o su Sala de Lecturas Orientales, o la Biblioteca de Derecho de la London School of Economics, que estaba en Russell Square. En cuestión de una hora, podía recorrer un circuito que rodeaba unos 25 millones de libros y leer acerca de cualquier tema posible, y todo gracias al asombroso poder de la tradición escrita. Puesto que es un almacén de enseñanzas acumuladas y una plataforma sobre la que edificar nuevas enseñanzas, la tradición escrita es incomparablemente más poderosa que la oral.

La lectura y la escritura cuentan asimismo con una ventaja de mayor profundidad, si cabe, sobre la narración: cuando algo se plasma por escrito, deja espacio libre a nuestra memoria activa, de modo que podemos participar de cada momento de forma más plena. Este factor es análogo a la memoria de un ordenador en términos de memoria de disco frente a la RAM (memoria de acceso aleatorio) activa. Por regla general, el espacio para

el almacenamiento de datos en el disco duro es de varios gigabytes (dentro de poco, de terabytes), mientras que la RAM activa es mucho menor, por regla general de varios megabytes (dentro de poco, de gigabytes). El sistema operativo de un ordenador, junto con los programas informáticos, se cargan en la RAM. Cuanto mayor sea la RAM, mejor será el rendimiento del sistema. Sin embargo, si el usuario empezara a llenar la RAM con datos almacenados procedentes de la memoria de disco, pronto se agotaría su capacidad, y la funcionalidad del sistema operativo no tardaría en verse muy limitada.

La memoria activa de una persona es como la RAM. La tradición oral ocupa memoria activa con sus relatos y, por supuesto, con los «programas informáticos» necesarios para comprenderlos (es decir, la lengua hablada). La tradición oral no tiene otra forma de «almacenar» los relatos aparte de «grabarlos» permanentemente en la memoria a largo plazo por medio de una ardua repetición; y no tiene otra forma de consultarla o comprenderla aparte de la lengua hablada. Se trata de algo muy restrictivo. En cambio, la tradición escrita ocupa la memoria activa sólo con los «programas informáticos» necesarios para hablar, leer y escribir; y «graba» los relatos en sí en libros y en almacenes llenos de libros (las bibliotecas, las librerías y las estanterías de los hogares). La tradición escrita nos proporciona una capacidad de almacenamiento ilimitada y, al mismo tiempo, vacía de la memoria activa el espacio que ocupa la memorización y lo deja libre para la lectura, la interpretación de ideas, la reinterpretación de las ya existentes y la creación de otras nuevas. Un sistema operativo tan flexible y potente aumenta en gran medida la capacidad del ser humano de actuar, aprender y desarrollar su pleno potencial cognitivo.

Por último, la tradición escrita preserva no sólo enormes cantidades de datos, sino también los planos que permiten regenerar lo que describen dichos datos. Si deseara hacerse constructor dentro de una tradición oral, tendría que copiar las casas existentes aprendiendo las técnicas de un constructor o averiguándolas mediante un meticuloso método de ensayo y error. Si desea hacerse constructor dentro de una tradición escrita, puede leer libros acerca de todo lo que respecta a la construcción y edificar su propia casa siguiendo un plano. Los planos son plantillas que permiten transformar lo imaginado en cosas materiales. De modo similar, los *Elementos* de Euclides, por ejemplo, son planos para la geometría. En una tradición oral, muy pocas gentes podrían imaginar o recordar, y mucho menos comprender, la geometría plana. En una tradición escrita, millones o incluso miles de millones de personas pueden comprender la geometría plana después de haber leído a Euclides. Y, sin la geometría plana, careceríamos de ciencia y tendríamos una tecnología y una arquitectura primitivas. En resumen, la tradición escrita preserva los planos de la civilización humana. Unos pocos cientos de libros (de todos los 25 millones que pueden abarcarse con un paseo de una hora en Londres) cambiaron el

curso del pensamiento y la historia de la humanidad. La tradición oral es estática; la escrita, dinámica.

La tradición visual

Debido al éxito sin precedentes de la tradición escrita dinámica, tanto por su capacidad de preservar las ideas existentes como de dejar espacio libre a la mente para concebir ideas nuevas, los seres humanos hemos evolucionado culturalmente por completo en un espacio de tiempo biológico muy reducido. Hoy día, el ser humano es más o menos el mismo animal biológico que era hace 100.000 años o más: se dice que, si diéramos a un hombre de Neanderthal un afeitado y un corte de pelo, le pusiéramos un traje y lo metiéramos en un metro en hora punta, pasaría por un ciudadano actual. Otra cosa completamente distinta sería intentar enseñar al hombre de Neanderthal a hacer la multitud de cosas que usted hace a diario: prepararse el desayuno, leer el periódico, contestar al teléfono, desplazarse al trabajo o trabajar desde casa. La diferencia es que usted ha heredado unos miles de años de evolución cultural en forma de tradición escrita y sus planos, cosa que el hombre de Neanderthal no ha hecho. Y aun así, si se educara a bebés neanderthales dentro de una tradición escrita, podrían cubrir en una generación 100.000 años de diferencia cultural. Tal es el poder del cerebro humano.

El dinamismo cultural, mediante la invención y la innovación, es el sello característico de la tradición escrita. Pese a ello, esta misma tradición dio lugar, en el siglo XX, a un invento que ha cambiado (y, paradójicamente, ha invertido) el curso de la propia evolución cultural. Este invento es el tubo de rayos catódicos. Ha posibilitado los posteriores inventos de la televisión, las pantallas de ordenador y las videoconsolas. Con gran rapidez, y en cuestión de pocas décadas, estos inventos han desplazado a su vez a los libros en gran medida, hasta el punto de sustituir la tradición escrita por la visual. Dicha tradición ha alterado fundamentalmente las formas en que los seres humanos aprendemos, recordamos y pensamos, y en absoluto para mejor.

Los niños estadounidenses se encuentran en primera línea de la tendencia a recibir la cultura principalmente a través de medios visuales y no a través de medios impresos, tendencia que está barriendo el mundo desarrollado. Mientras que la tradición escrita fue una inmensa mejora sobre la oral, la visual supone un inmenso empobrecimiento sobre la escrita. Es posible que lo que voy a decir en las páginas siguientes del presente capítulo lo escandalice, pero es mejor escandalizarse y abrir bien los ojos que engañarse y tenerlos cerrados. Piense solamente que los niños estadounidenses ven de media 4,5 horas de televisión al día y, además, juegan con videojuegos y navegan por Internet varias horas más. Su principal medio de aprendizaje es el tubo de rayos catódicos (o su descendiente, la pantalla plana o de plasma). Esto ocurre desde que empiezan preescolar hasta que

terminan los estudios secundarios.

Como profesor, heredo a estos alumnos en el sistema universitario público. La inmensa mayoría es incapaz de pensar, hablar, leer y escribir con coherencia. La sobreexposición a la tradición visual, y la subexposición a la escrita, les ha privado de forma irreversible del lenguaje y la aculturación, y a muchos de ellos les ha incapacitado la cognición de por vida. Para entender este hecho, vamos a reexaminar los cuatro pilares de la cognición en lo que respecta a la tradición visual: la capacidad de atención, la agudeza lingüística, la imaginación y la memoria cultural.

En primer lugar, ver la televisión debilita la capacidad de atención. Peor aún, también deteriora la capacidad de desarrollarla. ¿Qué es lo que les gusta hacer a muchos adultos después de un duro día de trabajo en la oficina? Les gusta «plantarse» ante la tele. Se trata de una expresión muy acertada: también plantamos vegetales. Aquellos que se lo toman por costumbre «vegetan» en el sofá (otra expresión acertada). ¿Qué significan estas expresiones? Que ver demasiada televisión nos convierte mentalmente en un vegetal, en una planta. Los vegetales, las plantas, son pasivos. Carecen de locomoción, no manifiestan conciencia activa, son incapaces de aprender. Los peores casos de muerte cerebral humana se denominan «estado vegetativo permanente». Vegetar frente al televisor no provoca la muerte cerebral, pero sí la muerte mental. Cuanto más tiempo pase la mente en un estado vegetativo, más tiempo querrá permanecer en dicho estado. Al debilitar la capacidad de atención, la tradición visual ha hecho que los seres humanos dejemos de ser visualizadores e intérpretes, en un primer plano de la conciencia, de narraciones orales y escritas para ser receptores pasivos, en un segundo plano, de imágenes y narraciones impuestas visualmente. Este factor, a su vez, contribuye a la muerte mental de la civilización occidental.

Si le parece que estoy exagerando, piense lo siguiente: los locutores de televisión siempre hablan de lo que tristemente denominan «análisis» sobre temas de interés en espacios que duran cerca de diez minutos. Efectivamente, diez minutos son una eternidad en televisión. Por contra, en la tradición escrita, un investigador académico podría pasar diez meses analizando el mismo tema, mientras que un filósofo podría pasar diez años analizándolo reflexivamente. ¿Qué son diez minutos, en comparación? Poco más que cero. Llamar «análisis» a lo que se da en un espacio de diez minutos es orwelliano. De hecho, casi no podría ser más superficial. Sólo una persona con una capacidad de atención igual de corta lo percibiría como «análisis». Si diez minutos parece un espacio de tiempo muy largo en televisión es precisamente porque dicho medio debilita gravemente la capacidad de atención.

Cuando a los niños con capacidad de atención de poco más que cero (y dietas

cargadas de azúcar) se les pide que se sienten quietos en un aula y se concentren en un programa escrito de estudios, para cuya absorción no se les ha preparado culturalmente, obviamente son incapaces de hacerlo. Por este motivo se les «diagnostica» un trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH): un diagnóstico bien descrito, dadas las circunstancias. Teniendo en cuenta la «epidemia» en masa de TDAH que afecta a los escolares de Estados Unidos y de cada vez más países, hasta el punto que entre 12 y 15 millones de niños estadounidenses se medican a diario con Ritalin, ¿por qué prácticamente nadie se ha preguntado cuáles son las causas de este brote sin precedentes?⁷

Siempre que hay una epidemia, hay una epidemiología. Las enfermedades epidémicas se incuban, transmiten, contraen, reincuban, retransmiten, y así sucesivamente. Muchas de ellas son muy contagiosas. Pero ¿cuál es la epidemiología del TDAH? En la década de 1980, cuando empezaron a aparecer en las aulas los efectos generalizados de muerte mental por tradición visual, los psicólogos admitieron este trastorno en el *Diagnostic and Statistical Manual* (DSM) por votación. Esta epidemia ha empeorado desde entonces, porque también lo ha hecho lo que lo causa: el aumento del uso de la televisión, los videojuegos y los ordenadores por los niños pequeños, unido a un lenguaje deconstruido, un plan de estudios incoherente, una dieta deficiente y una falta absoluta de disciplina en los hogares, todos ellos factores que, por desgracia, reemplazan la cura. Es decir: el regreso a la tradición escrita.

La historia ha registrado epidemias mortales y muy extendidas de gripe, poliomielitis, viruela, fiebre amarilla, peste y otras enfermedades biológicamente contagiosas que han afectado a adultos y niños desde tiempos inmemoriales; si bien los avances en la ciencia médica (y gracias a la tradición escrita) han permitido controlarlas en muchos casos. Aunque siempre se han dado casos de niños hiperactivos, provocados en su mayoría por problemas concretos y *no contagiosos* del funcionamiento cerebral, la «epidemia» del TDAH nunca se había presentado en culturas basadas en la tradición oral o la escrita. ¿Por qué? Porque, como hemos visto, las tradiciones orales desarrollan la capacidad de atención hasta cierto nivel, mientras que las escritas la han llevado todavía más lejos. Sólo la tradición visual la debilita, y sólo las recientes generaciones de niños educados en dicha tradición han sucumbido ante esta «epidemia» inducida culturalmente.

La tradición visual también es culturalmente contagiosa, y muy adictiva. Para comprobarlo, bastaría con preguntar a Nintendo cuántas unidades han vendido, y después preguntar a los millones de padres cuántas veces y cuántas horas y durante cuántos años han permitido que la televisión, los videojuegos o Internet hicieran de canguros o de tutores para sus hijos. ¿Alguna vez ha visto que un niño se aparte por

voluntad propia de una pantalla de cualquier tipo para leer un libro o hacer los deberes por escrito? Por supuesto que no. No pueden. Los seres humanos estamos evolutivamente adaptados para que nos atraigan y fascinen los estímulos visuales. Como hemos visto en el capítulo 8, la preeminencia de la corteza visual por encima de los demás centros de procesamiento sensorial del cerebro es la marca distintiva de la evolución de los primates. Últimamente, se ha convertido también en nuestro talón de Aquiles.

Los adultos instruidos también son vulnerables al poder de atracción de los medios visuales. La visión sigue siendo el primer mecanismo sensorial de todos los primates, con inclusión de los seres humanos adultos. Pude dar fe de este mecanismo en una conferencia de adultos muy inteligentes y cultivados, que paseaban por una exposición de libros durante una pausa para el café. En ausencia de otros estímulos, estos adultos instruidos habrían cogido, examinado y comprado muchos libros. Sin embargo, uno de los expositores había instalado un televisor y un aparato de vídeo que reproducía una cinta interminable en la que se entrevistaba a un escritor. Todos los que entraban en la exposición de libros se arremolinaban inmediatamente en torno al televisor, atraídos y fascinados por el estímulo visual. Nadie cogió, examinó ni compró ni un solo libro (ni siquiera el que se anunciaba en la entrevista) mientras estuvo en marcha el televisor. Si unos adultos instruidos sucumben de forma tan rápida y completa ante la tradición visual, ¿cómo se pueden librar los niños pequeños? De ninguna manera. La diferencia es que los adultos educados en una tradición escrita todavía pueden escoger y leer un libro, mientras que los niños educados en una tradición visual apenas son capaces de leer. Es una muestra de los efectos catastróficos de la tradición visual sobre el primer pilar de la cognición: la capacidad de atención.

En segundo lugar, la tradición visual atrofia la agudeza lingüística. A quienes manejan bien la lengua inglesa en el mundo (como los australianos, británicos y canadienses —los abc del idioma inglés—, y los habitantes de toda la Commonwealth) no se les escapa que el inglés de Estados Unidos presenta una serie de atrofas, incrementadas por las recientes deconstrucciones del idioma. Por un lado, la americanización de la lengua inglesa tiene tintes tragicómicos; por el otro, a muchos estadounidenses les cuesta sobremanera comprender el inglés hablado fuera de Estados Unidos, allá donde se hable de forma fluida. En los peores casos, muchos estadounidenses (incluidos ciertos presidentes y otros personajes destacados) apenas parecen dominar un primer idioma: hablan el inglés casi como un segundo idioma. Muchos europeos manejan sin dificultad cuatro o cinco idiomas, mientras que gran parte de los estadounidenses apenas saben articular uno.

¿De dónde procede la agudeza lingüística, y por qué se ha empobrecido tanto el inglés

de Estados Unidos? La agudeza lingüística se desarrolla durante el «período plástico» de la niñez, entre el nacimiento y los siete años de edad, cuando los niños demuestran una gran rapidez y disposición para imitar las pautas lingüísticas que oyen a su alrededor. Si lo que oyen es correcto, hablarán bien su lengua materna; si es atroz, la hablarán de forma igualmente atroz. La agudeza lingüística, además, procede de la lectura y la escritura, que son más difíciles que el habla y, por ello, requieren una mayor práctica en el ejercicio de la atención, y a veces cierta ayuda externa. Por desgracia, la tradición visual ya ha mermado la capacidad de atención de los niños de Estados Unidos y de cada vez más países occidentales cuya tradición oral y escrita se está viendo suplantada por la visual. Los que no hablan bien en su idioma tienen más dificultades para leer, y los que no pueden leer bien tienen más dificultades para escribir. Si usted compara la cantidad de horas que los niños pasan frente a una pantalla de televisión, videojuegos o de ordenador con la cantidad de horas que pasan leyendo y escribiendo, verá que la exposición a la tradición visual se corresponde con el grado de atrofia de la agudeza lingüística. Dado que los estadounidenses pasan más tiempo que cualquier otra población del mundo paralizados por los medios visuales, su agudeza lingüística es también la más atrofiada.

En tercer lugar, la tradición visual provoca graves limitaciones en la capacidad de imaginación. ¿Por qué? Porque los medios visuales imponen imágenes externas en la mente, sustituyendo a la imaginación, mientras que los medios orales y escritos estimulan la creación de imágenes por la mente mediante la visualización de palabras en forma de imágenes. Cuando lee una novela, su mente participa de forma activa, no sólo para procesar el lenguaje y comprender la narración, sino también para generar un rico tapiz de imágenes internas: literalmente, para usar su imaginación. Cuando ve la televisión, su mente sufre de forma pasiva el bombardeo y la grabación de imágenes externas, que ejercen un efecto hipnótico sobre ella. El lenguaje queda relegado a un segundo plano, se convierte en una «banda sonora» en retroceso, en un mero accesorio de las imágenes. La tradición visual atrae la atención precisamente hacia aquello que debilita la capacidad de atención (una secuencia de imágenes), mientras anula la agudeza lingüística y sustituye a la imaginación.

En cuarto lugar, el daño que la tradición visual inflige a la mente culmina con la erradicación de la memoria cultural. Muchos universitarios estadounidenses actuales carentes de capacidad de atención, agudeza lingüística e imaginación, carecen también de memoria cultural. Tienen una escasa noción de la historia, la geografía, la política, la educación, la ciencia, las matemáticas, el arte, la literatura o cualquiera de las materias que constituyen el núcleo del plan de estudios de la civilización occidental. Los que no pueden leer palabras sencillas son analfabetos funcionales, mientras que los que pueden leer palabras sencillas pero no comprenden su significado son analfabetos culturales. Para

contrarrestar el analfabetismo cultural generalizado, tres educadores estadounidenses han publicado el *Dictionary of Cultural Literacy* [Diccionario de educación cultural], un éxito de ventas que contiene cerca de 5.000 entradas con información básica sobre cultura y civilización que en el pasado solía ser de dominio público y se asimilaba mediante la tradición escrita.⁸ Dicho conocimiento ya no forma parte de la cultura, debido al desplazamiento de la tradición escrita por la tradición visual, sumado a la deconstrucción totalitarista y kafkiana del lenguaje escrito que las propias universidades han llevado a cabo.

La inmensa mayoría de los niños y estudiantes estadounidenses actuales habitan un mundo sin espacio ni tiempo, compuesto de centros comerciales, televisión y páginas web. Apenas tienen una noción de cómo algo ha llegado a ser lo que es, debido a que no han asimilado una tradición escrita hacia la que orientar la evolución cultural que nos ha hecho humanos y que ha inventado los centros comerciales, la televisión y las páginas web. La tradición visual ha creado una generación de niños salvajes culturalmente, que han heredado una civilización que ni comprenden ni serán capaces de mantener.

Desde la aparición de la televisión comercial en la década de 1950, la tradición visual ha socavado de forma tan rápida como exhaustiva una tradición escrita que se remonta a varios miles de años y una tradición oral que se remonta a varias decenas de miles de años. Este problema se podría haber detenido, analizado y corregido de no haber sido por la revolución neobolchevique que se produjo en la década de 1960 en los centros universitarios estadounidenses. Como veremos con mayor detalle en el próximo capítulo, la extrema izquierda por sí sola ha denigrado y destruido la tradición escrita en las humanidades desde dentro del propio santuario que debería dedicarse a su estudio y conservación: la institución académica.

Los adultos que han recibido educación y aculturación en la tradición escrita pueden exponerse a la tradición visual sin que ésta debilite sus capacidades cognitivas: ver de vez en cuando la televisión no va a perjudicarles. Por contra, los niños que han recibido educación y aculturación en la tradición visual de forma exclusiva o predominante presentan una atrofia cognitiva tal que su capacidad para adquirir una tradición escrita se encuentra probablemente mermada de por vida. Por este motivo, un número reducido de padres estadounidenses muy conscientes de este problema no tienen televisor en sus casas o limitan a una hora o dos los fines de semana la televisión que pueden ver sus hijos. Probablemente, estos niños no contraerán el TDAH, y tendrán la oportunidad de desarrollarse plenamente como seres cognitivos. También serán «diferentes» dentro de una entera generación de niños estadounidenses incapacitados cognitivamente.

Como persona que aprecia la creatividad, no estoy menoscabando las posibilidades

artísticas de cualquier medio, incluido el visual. Al contrario. La televisión y el cine también pueden ser transmisores de grandes obras artísticas, y pueden servir además para muchos otros fines: desde el comentario social hasta el documental educativo, desde el entretenimiento hasta la evasión. Las personas que hacen la mejor televisión y el mejor cine son genios creativos, de eso no hay duda. No obstante, la «Edad de Oro» de Hollywood, así como la mayoría de las mejores películas jamás filmadas, surgieron desde la base de la tradición escrita, que aportaba la sustancia trasladada a la gran pantalla. La espiral decadente de las incontables producciones que caracterizan la tradición visual contemporánea (del sexo gratuito a la violencia explícita, de los efectos especiales sin sustancia a la telerrealidad) está estrechamente ligada a la erosión de la tradición escrita.

La televisión y el cine clásicos son formas artísticas admirables, pero sólo cuando van de la mano con la tradición escrita, no cuando la sustituyen. Hay muchas películas adaptadas de grandes libros o basadas en ellos, pero es muy infrecuente que una gran película sea tan buena como el gran libro que ha versionado. Lo mismo puede decirse de las producciones cinematográficas adaptadas para la pantalla a partir de obras de teatro. El traslado de una tradición oral o escrita a una tradición visual casi siempre empobrece el arte que ha sido trasladado, y es raro que lo mejore. Incluso cuando estas adaptaciones son tremendos «taquillazos», constituyen el pan y el circo de la aldea global, no contribuciones duraderas a la cultura que sustenta una civilización.

La tradición digital

Curiosamente, los cimientos de la informática digital preceden a la tradición visual en décadas, si no en siglos. La numeración binaria fue inventada por los antiguos chinos y reinventada por Gottfried Leibniz, mientras que Charles Babbage construyó una computadora digital (la máquina diferencial) en el siglo XIX. Sin embargo, fue la invención del transistor en 1949 por parte de William Shockley la que dio lugar a una rápida evolución de la radio, la televisión y la informática. Recuerdo cómo era mi primera radio transistor de principios de la década de 1960. Era un modelo «de lujo», porque tenía ocho transistores del tamaño de un dedal. Shockley ganó dos premios Nobel y, junto con otros grandes cerebros de los años cincuenta como Alan Turing, allanó el camino para la tradición digital y la revolución de la información. Al llegar la década de 1990, los ingenieros informáticos ya habían conseguido colocar millones de transistores microscópicos en un solo chip informático más pequeño que un dedal.

La mayor parte de las herramientas y tecnologías humanas pueden entenderse como extensiones de nuestros miembros, sentidos y facultades. Las bicicletas y los coches son extensiones de nuestras piernas; los cubiertos y los palillos chinos, de nuestros dedos.

Los telescopios, los microscopios y las cámaras son extensiones de nuestros ojos; las parabólicas y otras antenas, de nuestros oídos; los teléfonos y las radios, de nuestra habla. Los ordenadores personales son extensiones de nuestras mentes. No sólo incorporan, sino que también amplifican por igual todas las virtudes y todos los defectos de las tradiciones oral, escrita y visual. Los ordenadores personales nos convierten a todos en productores y consumidores multidimensionales de bienes y servicios y, además, nos permiten crear y desarrollar identidades virtuales, establecer contacto con comunidades virtuales ilimitadas, manipular datos a una escala colosal y embarcarnos en viajes de exploración por el ciberespacio.

Los ordenadores también han aportado una nueva dimensión a la eterna lucha por el poder entre el hombre y la máquina. ¿Mandamos sobre los ordenadores, o mandan ellos sobre nosotros? ¿Son los ordenadores herramientas digitales multifunción que sirven a fines humanos, o somos nosotros herramientas humanas multifunción que servimos de nodos a la red digital? En la actualidad, todos nosotros somos una combinación de amo y esclavo, y alternamos el mando de nuestros aparatos digitales con la obediencia a ellos.

Además de asumir todas las novedades que surgen a raíz de la revolución informática, es muy importante comprender que la tradición digital incorpora y mejora las tres tradiciones anteriores: oral, escrita y visual. Un ordenador personal y sus periféricos pueden funcionar como radio, reproductor de cedés, biblioteca musical, estudio de grabación, sistema de mensajería de voz, lector de textos y mucho más, de modo que reproducen todas las funciones de la tradición oral. Un ordenador personal y sus periféricos pueden funcionar asimismo como procesador de textos, maquetador, impresora, calculadora gráfica, oficina de correos, sistema de mensajería de textos y mucho más, de modo que reproducen todas las funciones de la tradición escrita. Además, un ordenador personal y sus periféricos pueden funcionar de procesador de imágenes, laboratorio fotográfico, estudio de animación, estudio cinematográfico, televisor, máquina de videojuegos, reproductor de DVD y mucho más, de modo que reproducen todas las funciones de la tradición visual.

Por otro lado, una página web no es más que un montaje digital de estas tres tradiciones: el HTML (lenguaje de marcado de hipertexto) da cabida a sonidos, textos e imágenes, así como a programas (o aplicaciones) que permiten una mayor manipulación de sonidos, textos e imágenes. La tradición digital aúna a la perfección las tres tradiciones previas y aporta su propia y novedosa dimensión a la realidad, es decir, la virtualidad. La virtualidad en sí es un «efecto especial» de primer orden: una capa tras otra de representaciones de datos, cuya sustancia primordial es nada más y nada menos que cadenas de ceros y unos. De este modo, la tradición digital combina de forma ingeniosa los extremos de simplicidad y complejidad, y los convierte en una extensión y un reflejo

de nuestra mente.

En los dominios virtuales, el correo y el comercio electrónicos han cambiado radicalmente la forma en que nos comunicamos, compramos y vendemos. Internet supera los límites naturales del espacio y el tiempo, y los elimina como barreras para la interconexión humana.

El ciberespacio enlaza a un comunicante con cualquier otro, y permite no sólo intercambiar información sino también examinar, comprar y vender artículos y servicios de modo instantáneo en cualquier lugar de la aldea global. Estos aspectos de la tradición digital subrayan en gran medida el precepto budista de que todos los fenómenos están interconectados. Nada describe mejor el ciberespacio. Y el medio digital nos recuerda sin cesar, al igual que el budismo, que todos los fenómenos son transitorios. Vea si no estos mensajes de error zen, cuyo significado reconocerá cualquiera que trabaja en el ciberespacio (lo que cada vez más equivale a todos los habitantes del mundo desarrollado):⁹

Libera espacio.
¿Quién abarcará el cielo?
Ay, ni tú ni yo.

¿Guardé mi archivo?
Podría ser muy útil.
Pero ya no está.

Este sitio web
no ha podido encontrarse
pero hay muchos más.

Esto es un caos.
Reflexiona y reinicia.
Volverá el orden.

Todos mis maestros budistas, pasados y actuales, tienen un sitio web. ¿Por qué? Porque el ciberespacio es un lugar perfecto para el budismo. Las copias no impresas son transitorias; los sitios web, efímeros. De ahí que no haya una mejor forma de ilustrar la interconectividad y la transitoriedad que por medio de Internet. La enseñanza de Nagarjuna de que «todos los Dharmas están vacíos» se ve subrayada cuando la propia enseñanza aparece en una página web.

La denominada «frontera digital» es el abismo virtual que separa el mundo desarrollado del mundo en desarrollo. La gente que todavía carece de una tradición escrita queda aún más rezagada ante el acelerado paso que toma la evolución cultural mundial, impulsada por la tradición digital. Piense en cuántas horas al día pasa la gente frente al ordenador o conectada con otros aparatos digitales y en el efecto final que se produce: cada persona pasa a ser un módulo (una célula mental de un enorme y amorfo ciberorganismo) conectado con todos los demás módulos mediante todas las capas y texturas y todos los enlaces e hipertextos del ciberespacio. En este sentido, todas las páginas web reflejan el contenido máspreciado de la mente de sus propietarios: los sonidos, imágenes y textos que deciden exponer de forma exuberante ante toda la aldea global, y para los objetivos que deseen. De hecho, sus misiones suelen quedar explícitas también en sus páginas web. Visto de esta forma, el ciberespacio es un enorme foro público virtual donde cada uno puede conocer el contenido mental y los objetivos de los demás. El ciberespacio, en suma, es el ayuntamiento de la aldea global.

Actualmente, para ser un ciudadano de pleno derecho de la aldea global se precisa un acceso a Internet y una identidad virtual (una dirección gratuita de correo electrónico, por ejemplo, o un sitio web interactivo). Así pues, los ordenadores no sólo actúan como extensiones de nuestra mente, sino que proyectan el contenido de ésta al ciberespacio, que a su vez almacena todos los contenidos de las otras tres tradiciones (oral, escrita, visual) para que los actualicemos, aumentemos, carguemos, exploremos, descarguemos, reprocesemos y reconectemos sin cesar.

La tradición digital y los cuatro pilares de la cognición

Puesto que la tradición digital incorpora las tres tradiciones anteriores (oral, escrita y visual) es importante preguntarse el papel que cumple esta tradición revolucionaria en cuanto a los cuatro pilares de la cognición. En primer lugar, respecto a la capacidad de atención, la tradición digital puede tanto aumentarla como disminuirla. La gente educada en la tradición visual tenderá a emplear los medios digitales como plataformas para otros estímulos visuales: televisión, películas, vídeos y juegos. Siempre que se emplee un ordenador para reproducir la experiencia de la televisión, afectará a la capacidad de atención de la misma forma que lo haría un televisor: destruyéndola. Los videojuegos son harina de otro costal. Practicar cualquier tipo de juego exige cierto nivel de rendimiento personal, lo que a su vez requiere atención. Éste es sin duda el valor evolutivo del juego, que practican, disfrutan y necesitan los niños de todas las culturas. Practicar juegos durante la infancia potencia el desarrollo cognitivo, mientras que jugar en la madurez y en la vejez mantiene también la buena forma cognitiva, y se ha demostrado que retrasa o evita la aparición de enfermedades como la de Alzheimer.

Así pues, las personas que juegan al ajedrez contra un ordenador, o contra otra persona en Internet, presentarán la misma capacidad de atención que si jugaran al ajedrez contra otro jugador en persona. Los niños que pasan horas (y años) jugando con videojuegos también desarrollan y practican la atención; pero ¿qué se consigue mejorar con ello? Dos cosas: la coordinación visomanual y la participación en entornos interactivos animados. La coordinación visomanual se afina con el uso de ciertos instrumentos digitales (teclados minúsculos y *joysticks*). El que juega bien con un juego de Nintendo, juega bien con todos.

Una vez que se ha alcanzado un dominio en la manipulación de instrumentos digitales y se ha relegado a los niveles inferiores de conciencia, la atención se concentra en la participación del jugador en el juego. Sin embargo, el contenido de los videojuegos es uniforme, primitivo y a menudo inmaduro; lo cual apela a la capacidad más peligrosa y más atrayente de la existencia humana: la violencia y el erotismo, respectivamente. Estas dos tendencias están tan profundamente arraigadas en la evolución de los primates, como hemos visto en el capítulo 8, que no sorprende verlas reflejadas de forma tan generalizada en la tradición digital. Desde una perspectiva educativa, los niños encontrarán más violencia y sexualidad en el mundo real de la que necesitan, por lo que tal vez sus incursiones en el mundo virtual deberían ofrecer un material más instructivo para sus mentes jóvenes. La atención es algo bueno, pero la sobreatención a animaciones basadas en la violencia y el erotismo a costa de un material más educativo se convierte en un extremismo que lleva por un camino poco deseable.

El segundo pilar de la cognición es la agudeza lingüística. De nuevo, la tradición digital puede reforzar esta facultad y también atrofiarla de modo permanente. Internet contiene recursos para potenciar la capacidad lingüística por medio de todas las tradiciones que incorpora, y también para realizar traducciones instantáneas de muchos idiomas a muchos otros. También contiene cada vez más «lectores de texto» buenos, lo que permite que la tradición oral resurja para quienes deseen disfrutar de ella. Todos estos contenidos pueden sustentar la agudeza lingüística, aunque no parecen ofrecer tan buena base como las actividades de la «vieja escuela» practicadas en el mundo real: leer libros, aprender gramática y hacer redacciones. Además, en la tradición digital el contenido lingüístico de los dominios visuales que incorpora (televisión, vídeos, juegos) es muy deficiente.

El tercer pilar es la imaginación. Una vez más, la tradición digital puede reforzarla o disminuirla. Internet es una biblioteca cada vez más extensa de imágenes (y de imágenes de imágenes). Todas las grandes obras del arte y la arquitectura del mundo se encuentran almacenadas y expuestas en el ciberespacio. La presentación informática de imágenes nos permite ver cosas que nunca habíamos visto antes de que apareciera la tradición

digital, desde imágenes telemétricas de estrellas y galaxias lejanas hasta imágenes tomográficas del cerebro en diferentes estados e imágenes caóticas de conjuntos de Mandelbrot y otros objetos improbables de la matemática moderna. Todo esto no puede hacer otra cosa que estimular la imaginación. Sin embargo, si la tradición digital no se utiliza más que para reproducir la tradición visual, reducirá la conciencia humana a estados vegetativos con tanta rapidez y facilidad como la televisión.

El cuarto pilar es la memoria cultural. Se trata tal vez del pilar más fuerte hasta la fecha de la tradición digital. Hume fue el primer filósofo occidental que trazó la conexión entre la identidad personal y la memoria.¹⁰ La personalidad egoísta es en gran medida la suma de los recuerdos que elegimos retener en la conciencia activa, junto a aquellos que hemos reprimido (en términos de Freud) o imprimido (en la psicología budista) en el inconsciente. De un modo o de otro, sin recuerdos retrocederíamos a estados más primitivos tanto del consciente como del inconsciente, lo que puede expresarse de forma sana o de forma insana. Por un lado, la enfermedad de Alzheimer borra la memoria y con ella otras funciones cognitivas, lo cual reduce a los seres humanos a un estado de indefensión. Por el otro, las prácticas budistas suelen sustentar los estados cognitivos que perciben recuerdos, pero no los exageran ni atrofian en cualquier otro sentido por un apego indebido a ellos. Sea como fuere, siempre que «poseamos» una identidad personal, ésta estará compuesta en gran medida de recuerdos. No puedo dejar de añadir que los recuerdos nos pueden ayudar tanto como perjudicar, y que todos los seres humanos tenemos en común una identidad mucho más fundamental y mucho más trascendental que no depende de la memoria personal ni cultural, sino más bien de la liberación de la mente de los grilletes que conforman sus recuerdos, tanto los buenos como los malos.

Del mismo modo, siempre que existan identidades culturales diferenciadas, estarán compuestas en gran medida de recuerdos colectivos o compartidos, que se transmiten de generación en generación y que evolucionan, pasando por un proceso de selección sintética, hasta convertirse en lo que Richard Dawkins denominaba «memes», el equivalente cultural de los genes.¹¹ Del mismo modo que nuestra identidad física se construye inicialmente con los genes que heredamos, extraídos de una inmensa reserva genética humana, nuestra identidad cultural se construye inicialmente con los memes que heredamos, extraídos de una inmensa reserva memética humana. Internet es un reflejo de esta rica reserva memética humana.

La inmensa cantidad de datos acumulados en Internet es pasmosa. Los 25 millones de libros que pueden abarcarse con un paseo de una hora en Londres equivalen aproximadamente a 8.400 millones de páginas (contando una media de 300 páginas por

libro). Sea cual sea el método de recuento, existen miles de millones de páginas impresas en las grandes bibliotecas del mundo, que tardaron cerca de 5.000 años en acumularse. En el momento de escribir estas líneas, resulta que hay algo más de 8.000 millones de páginas en el dominio público de Internet: existe aproximadamente el mismo número de páginas electrónicas en el ciberespacio que de páginas impresas en una gran biblioteca. Sin embargo, estos 8.000 millones de páginas web se han acumulado en una simple década, y tienen un ritmo de acumulación mayor que el del material impreso. Este hecho pone de manifiesto una importante diferencia entre la realidad y la virtualidad.

En la realidad, hay muchos más lectores que escritores, y muchos más escritores que editoriales. En cambio, en la virtualidad, todo cibernauta es un lector, escritor y editorial en uno. En muy poco tiempo, una cantidad astronómica de datos (sonidos, imágenes y textos) se han acumulado en Internet, y no hay límites predecibles acerca de la cantidad de material que puede contener el ciberespacio. La cantidad de datos acumulados en páginas web por la tradición digital pronto eclipsará a la de todos los medios de almacenamiento cultural combinados. Así pues, en lo que respecta al almacenamiento de la memoria cultural, intercultural y humana global, Internet es el medio ideal, y la tradición digital parece extraordinariamente útil desde este punto de vista.

Un peligro virtual

Por atractiva que sea, la televisión no acabó con la radio y el teatro. La tradición visual ocupa y actúa sobre un espacio de conciencia distinto a la oral. Del mismo modo, las páginas web no han acabado con los libros, ya que la tradición digital ocupa y actúa sobre un espacio de conciencia distinto a la escrita. Como bien saben todos los que trabajan con material tanto electrónico como editorial, hay algo satisfactorio de por sí en sujetar y leer un libro: no es la misma experiencia que leer texto electrónico en una pantalla. Como medio para la lectura, un libro sigue teniendo ventajas sobre un ordenador portátil en varios aspectos. Un libro es más duradero. Un libro es un regalo asequible. Se puede llevar un libro a la playa sin tener que preocuparse de que se llene de arena. No cuesta mucho dinero volver a comprar un libro que se ha perdido. Los libros no consumen energía ni necesitan mantenimiento. Uno puede leer un libro sentado, de pie o recostado de forma más cómoda que cuando se trabaja con un ordenador. Se puede tener un libro dedicado por el autor. Y, lo más importante, hay unos centenares de libros que han cambiado o alterado el curso de la civilización humana. No conozco ni una sola página web de la que se pueda decir lo mismo.

El ciberespacio es un medio igualitario, eso seguro. La mayoría de nosotros no podemos permitirnos el lujo de anunciarnos públicamente en vallas de autopista o en marquesinas urbanas; mientras que soltar un discurso en el Speaker's Corner de Hyde

Park ante los curiosos no cuesta dinero, si bien difícilmente llegará a un público amplio (o equilibrado). En cambio, cualquiera que tenga acceso a Internet se puede permitir publicar una página web. Lo que es más, no es necesario pagar una fortuna a diseñadores web para tener un sitio presentable; el material y la preparación necesarios son cada vez más accesibles y asequibles. El diseño y el contenido de las páginas web dependen principalmente del gusto y el estilo de cada uno, no del presupuesto. Un sitio web expone la estructura y el contenido de la mente de su propietario, aunque no de forma indiscreta, a todo aquel que esté interesado.

Además, la aparición de bitácoras (*blogs*) ha hecho más igualitario el periodismo, al despojar de poder a los manipuladores multinacionales y monolíticos de noticias para dárselo a los propios consumidores. Las grandes empresas de comunicación se han emborrachado con su propio poder hasta el punto de crear histerias que se propagan sin control y de inventar, distorsionar y exagerar noticias para sus propios intereses en lugar de transmitirlos para el beneficio del público. Las bitácoras ponen freno a los estragos causados por el descontrol de los medios de comunicación. Para bien o para mal, autores de bitácoras indignados derribaron a una figura del calibre del presentador Dan Rather, lo cual da que pensar. Por un lado, la actividad de las bitácoras puede salirse de madre y acabar propiciando linchamientos virtuales. Por el otro, la irresponsabilidad y la corrupción de las grandes empresas de comunicación han llegado a tal punto que las bitácoras pueden surtir el efecto de obligarles a ser (más o menos) sinceros. Mientras que los medios de comunicación tradicionales han concedido a incontables ciudadanos corrientes lo que Andy Warhol denominó «quince minutos de fama», el ciberespacio concede su equivalente virtual a incontables *bitacoreros* corrientes: quince millones de visitas, o quince megabytes de banda. La bitácora de cualquiera que ofrezca un mensaje oportuno o significativo puede verse inundada por un alud de visitas. Si le gusta el igualitarismo, le encantará el ciberespacio.

Con todo, esta característica igualadora de la tradición digital tiene sus facetas preocupantes. El ciberespacio se encuentra muy interconectado y escapa a jerarquías preconcebidas o impuestas. Cualquier página puede enlazar con otra; un recorrido de enlaces puede llevar de cualquier parte a cualquier otra. Esta apertura debe ser aplaudida. Sin embargo, al mismo tiempo, también engendra un nuevo tipo de caos cultural. En una biblioteca tradicional de libros impresos, cualquier visitante se encuentra con una jerarquía conceptual preconcebida, es decir, un sistema de clasificación. Usted puede leer lo que le apetezca, pero buscará los libros siguiendo una jerarquía que ha sido diseñada para usted, no por usted. En el ciberespacio, existen jerarquías conceptuales preconcebidas sólo en la superficialidad de los buscadores. Presentan resultados en función de lo que se les haya pagado o de la demanda popular. Un motor de búsqueda es

sólo un portal al ciberespacio, un punto de partida, no un destino. El visitante sigue teniendo libertad para navegar de cualquier página a cualquier otra sin que le guíe una jerarquía preconcebida.

No obstante, el peligro de esta apertura también salta a la vista. En una biblioteca tradicional usted encontrará, por ejemplo, libros de historia así como de historia revisionista. Probablemente conocerá la diferencia, porque la tradición escrita alojada en una gran biblioteca ofrece una guía uniforme de su contenido: un sistema de clasificación. En cambio, en el ciberespacio, usted puede visitar dos (o más) páginas web que ofrecerán versiones contradictorias e incompatibles de un hecho histórico dado, pero no encontrará ningún modo de determinar cuál de ellas es de historia y cuál de historia revisionista. No hay un sistema de clasificación uniforme de páginas web. De este modo, por ejemplo, un grupo de páginas web afirma que Al Qaeda planeó y llevó a cabo los atentados del 11-S, mientras que otro grupo sostiene que el Mossad (el servicio de inteligencia israelí) planeó y llevó a cabo los atentados del 11-S.

¿Cuáles de estas páginas son de historia y cuáles de historia revisionista? La mayoría de la gente perteneciente a la civilización occidental piensa que los atentados del 11-S fueron obra de Al Qaeda, mientras que un gran número de personas pertenecientes a la civilización islámica piensan que fueron obra del Mossad. En la civilización occidental, la mayoría de la gente considera también que cualquiera que piense que los israelíes (o los estadounidenses) perpetraron los atentados del 11-S no tiene ningún sentido. Por desgracia, tal afirmación carece de significado en el ciberespacio, porque, por definición, la virtualidad está completamente desapegada de la realidad. Y, precisamente porque la tradición digital es instantánea y abierta, pueden coincidir versiones históricas y revisionistas. Aparecen instantánea y simultáneamente, y no hay posibilidad de desenmarañarlas, no hay un sistema de clasificación cibernético que lo haga. En este sentido, el ciberespacio es orwelliano. «Quien controla el pasado, controla el futuro; quien controla el presente, controla el pasado», escribió Orwell en su escalofriante *1984*. Sin duda, el ciberespacio controla el presente inmediato, ya que toda página web busca instantáneamente el asentimiento de cualquiera que la visite. Pero nadie controla el propio ciberespacio, y a la mayoría de los cibernautas (como a la mayoría de los defensores de la libertad) les repugna la idea de un control central. Sin embargo, esto significa a su vez que la verdad no impera en la biblioteca virtual. En el ciberespacio, puede que cualquier cosa o nada sea cierto y, una vez más, no existe una guía preconcebida, un sistema de clasificación oficial ni una jerarquía impuesta que contextualicen lo que se está leyendo. El ciberespacio es el crisol global donde se apolotonan datos de cualquier tipo concebible (e inconcebible), y se mezclan de forma instantánea las verdades plausibles y las falsedades patentes, sin que a cambio se ofrezca

un medio de distinguirlas. Lo que se produce es una anarquía de datos sin diferenciar, una fórmula para la fragmentación y el caos en la mente de la aldea global de la que es un reflejo. Se trata de una perspectiva alarmante.

Para que la tradición digital contribuya a unificar la humanidad, debe surgir una visión compartida de la historia, entre muchas otras cosas. No puede haber un nuevo orden mundial perdurable con la ausencia de un nuevo orden virtual: una forma de honrar la verdad y de rechazar la falsedad, una forma de que la virtualidad reproduzca fielmente la realidad. Éste es el reto que afronta la tradición digital para que sienta los cimientos de la civilización global del mismo modo que la tradición escrita sentó los cimientos de Occidente.

Las implicaciones para el desarrollo cognitivo, igual que para la educación, son claras. Dar un ordenador a cada niño no será garantía ni de su desarrollo cognitivo ni de su educación como ciudadanos útiles y productivos de la aldea global. Una vez más, siempre que haya una exposición previa a una tradición escrita, la tradición digital puede llevar la cognición a nuevos dominios que sirvan para formar una identidad humana nueva y compartida en la aldea global.

Boletín de notas en los cuatro pilares

Como educador en la aldea global, he preparado un «boletín de notas» que evalúa lo bien o lo mal que cada una de las cuatro tradiciones (la oral, la escrita, la visual y la digital) ha afectado a cada uno de los cuatro pilares de la cognición humana. El boletín de notas aparece en la figura 10.1. Espero que le ayude a plantearse la cuestión de cuáles son las mejores formas de ampliar su desarrollo cognitivo y el de sus hijos.

Pilar cognitivo → Tradición cultural ↓	Capacidad de atención	Agudeza lingüística	Imaginación	Memoria cultural
 Oral	Notable	Notable	Bien	Aprobado
 Escrita	Sobre-saliente	Sobre-saliente	Sobre-saliente	Sobre-saliente
 Visual	Muy deficiente	Suspense	Muy deficiente	Muy deficiente
 Digital	Cualquiera de los anteriores	Cualquiera de los anteriores	Cualquiera de los anteriores	Matrícula de honor

Figura 10.1. Boletín de notas en los cuatro pilares.

De las tres tradiciones originales, la escrita es sin duda el camino medio entre la oral y la visual. En general, la tradición oral por sí sola tiene unas capacidades demasiado limitadas como para desarrollar plenamente la cognición humana, mientras que la tradición visual por sí sola debilita incluso la función cognitiva. Aprender a leer y escribir bien un idioma, por medio de la tradición escrita, es el pilar principal del desarrollo cognitivo. La tradición digital puede mejorar, o empeorar, las cosas. Puede reforzar las virtudes de la tradición escrita o agravar los defectos de la oral y la visual. Puesto que dar un ordenador a cada niño no es la respuesta a la educación global, la aparición de la tradición digital pone de manifiesto la necesidad de un plan de estudios y un contenido educativo global.

Los que han aprendido y dominan una tradición escrita pueden extraer mucha utilidad, poder y rendimiento de los medios digitales; por ejemplo, con la maquetación digital en lugar de manual, la simulación de ingeniería digital en lugar de física, el procesamiento de imágenes digital en lugar de químico, o el procesamiento de textos

digital en lugar de mecánico. En cada caso, no obstante, la tradición digital informática, bien mejora las capacidades ya adquiridas con la tradición escrita, bien inhibe las capacidades que no han sido adquiridas con dicha tradición. Por ello, los universitarios estadounidenses que han aprendido a leer y escribir adecuadamente pueden utilizar el procesamiento de textos digital y explotar las enormes minas de datos existentes en Internet para escribir trabajos dignos de los sistemas y estándares educativos que un día fueron punteros. Por contra, hay muchos universitarios estadounidenses que han sido educados únicamente en una tradición visual, y por añadidura nunca se les obligó a aprender a leer y escribir bien durante lo que pretendió ser su «educación» en el de por sí decadente sistema educativo de Estados Unidos. Este tipo de estudiantes, sean de una de las ocho prestigiosas universidades de la Ivy League o de una academia profesional cualquiera, apenas saben leer, escribir ni asimilar nada por escrito, por lo que recurren a un uso abusivo de la tradición visual para bajarse, imprimir y entregar trabajos comprados en el sitio www.essays.com. La profesión y el arte académicos de enseñar el canon de la civilización está degenerando de la exploración y la exposición creativas y constructivas de ideas escritas a una «pedagogía forense» dedicada a detectar y exponer trabajos fusilados del ciberespacio. ¿Hacia dónde se dirige una civilización así? Hacia *La guerra de las galaxias* o hacia la caverna de Platón, o tal vez hacia una combinación de ambas.

Si la vida de los seres humanos en esta galaxia y su viaje a través de ella resulta ser parecido a *La guerra de las galaxias*, entonces la tradición oral de los maestros jedi, unida a la tradición visual de los videojuegos y a la arquetípica lucha del bien contra el mal y el guerrero que rescata a la princesa, bastarán para el cumplimiento del propósito humano en la galaxia. De este modo, nos pareceremos a nuestros videojuegos. No obstante, o nos acompaña la fuerza, o lo que ocurrirá es que nos acompañará la farsa. Los aspectos de farsa de las tradiciones visual y digital triunfarán sobre la fuerza de la escrita, del mismo modo que la farsa de una «educación superior» deconstruida está peligrosamente cerca de triunfar sobre la fuerza de la educación clásica. En tal caso, necesitaremos una caverna muy grande que aloje a la humanidad, y ésta será la caverna de Platón.

Los filósofos abc de la cognición

Los filósofos abc tienen una postura bien clara. El propio Aristóteles fue el primer filósofo que puso sistemáticamente por escrito todo un plan de estudios de intereses culturales, y sus obras completas consolidaron en muchos sentidos la tradición escrita en la línea helénica de la civilización occidental, en la que reforzaron el compromiso abrahámico con «las escrituras». Para Aristóteles, la vida más noble es la contemplativa,

y las contemplaciones se componen de pensamientos. Cuando Aristóteles dijo que «sin una imagen, pensar es imposible», comprendía que el pensamiento requiere capacidad de imaginación. Einstein, uno de los pensadores más profundos de la historia de la humanidad, desarrollaba sus teorías «imaginando» tanto la realidad física como las formas matemáticas y, seguidamente, seleccionaba o extraía las formas que cuadraban mejor con sus imágenes de la realidad. Ambos hombres estaban inmersos en una tradición escrita que optimizaba su capacidad de imaginación y permitía también que las generaciones futuras pudieran acceder a ésta.

Confucio dijo: «Podemos alcanzar la sabiduría mediante tres métodos: primero, con la reflexión, que es el más noble; segundo, por imitación, que es el más fácil; tercero, por experiencia, que es el más amargo.» Si la reflexión confuciana equivale a la contemplación aristotélica, entonces está refrendando la tradición escrita. La imitación es claramente la segunda opción de Confucio, y también la seña distintiva de la tradición oral. Y es la segunda opción por un buen motivo. Quienes son capaces de reflexionar terminarán viendo lo que muestra la reflexión, y de este modo descubrirán el Camino. Quienes sólo son capaces de imitar podrán aprender cosas sabias y útiles de este modo, pero también es posible que aprendan cosas necias o dañinas. Sin el poder que les otorga la reflexión, no pueden distinguir la sabiduría de la necedad, ni lo útil de lo dañino, ni los pastores de los lobos. De entre 5.000 especies animales, el mono es el que más se parece a nosotros, por lo que las personas pueden retroceder fácilmente a imitar como un mono sin prestar suficiente atención humana a lo que están haciendo, a menos que pongan en marcha su poder humano de reflexión. Lo peor de todo es que, cuando imitamos una lección dañina y no reflexionamos sobre su carácter dañino, nos condenamos a nosotros mismos a aprender una lección más amarga en el futuro, cuando de forma inevitable se cosechan los frutos de ese daño. En este aspecto convergen también el Tao y el karma.

Así pues, pasamos a Buda, quien dijo: «Una mente disciplinada conduce a la felicidad.» Las mentes jóvenes adquieren una mejor disciplina cuando se las educa en la tradición escrita. Nadie valora mejor este aspecto que Daisaku Ikeda, a quien pronto vamos a escuchar.

Mientras tanto, los frutos del daño perpetrado contra la educación superior estadounidense desde finales de la década de 1960, debido a un puñetazo «uno-dos» involuntario (una combinación de la tradición visual y la deconstrucción de la escrita) están más que maduros. Como veremos a continuación, de hecho están más que podridos. A menos que las universidades estadounidenses se vean dispuestas y capaces de reinstaurar la tradición escrita, junto a sus estándares y contenidos, al sistema de educación primaria y secundaria, a falta de otro incentivo, no le quedará más remedio que sucumbir ante las fuerzas que han convertido la educación en una burla. Nunca se

podrá subrayar como merece la vital importancia que tiene la educación para la civilización. La mayor parte de la gente no nace siendo un genio ni estando cognitivamente discapacitado. La inmensa mayoría de nosotros empieza a alcanzar su potencial, si lo hace, por medio de la educación formal. La ausencia de ésta le impedirá empezar siquiera. El sistema estadounidense ha fallado a toda una generación, y un fruto podrido de este fracaso será la incapacidad de ésta de sustentar su propia civilización.

Hay demasiados estadounidenses (incluidas algunas de las figuras más destacadas) que no parecen comprender el alcance de las discapacidades culturales autoinfligidas que padece su país, y a esto se debe sin duda que siga sin verse un fin a este declive. Las carencias culturales estadounidenses contribuyen además en gran medida a la imagen cada vez más negativa que Estados Unidos da al resto del mundo. Estas propias carencias se ven empeoradas (si no producidas) por los dos extremos políticos que hemos visto en el capítulo 6. La extrema derecha se resiste a dedicar los fondos necesarios para elevar la cultura, por ejemplo apoyando económicamente los estudios de humanidades. La extrema izquierda, por su parte, deconstruye la cultura en sí desde dentro de las universidades. La imagen cultural resultante que Estados Unidos transmite al resto del mundo no tiene nada de elevada. Las turbinas de gran potencia de Estados Unidos (el poder militar dominante) se alimentan de una decreciente reserva de baja potencia (los valores culturales en decadencia). Como ha observado con perspicacia Kishore Mahbubani, Estados Unidos ha forjado un mundo en el siglo XX que los propios estadounidenses están cada vez menos preparados para habitar en el XXI.¹²

Veo algo muy diferente en los centros de enseñanza Soka, tanto en Japón como en Estados Unidos. Ni se omiten las tradiciones oral y visual ni se deconstruye la tradición escrita. En ellas se inculca la lectura, la escritura, el pensamiento, el habla y las habilidades musicales como camino medio para una educación excelente y equilibrada, a cuyos jóvenes beneficiarios se prepara para que lleven la antorcha de una civilización humana pacífica y progresista hacia el siglo XXI y más allá. Pregunté a Daisaku Ikeda qué filosofía tenía de la educación, dado que los centros de enseñanza que ha fundado contrastan tanto con los extremos educativos del analfabetismo funcional generalizado en los países en desarrollo por un lado, y del analfabetismo cultural predominante en los países más desarrollados por el otro. Su respuesta fue la siguiente:

La educación es una tarea que trata directamente con los aspectos más esenciales de lo que significa ser humano. No es excesivo afirmar que sólo por medio de la educación llegamos a ser genuina y completamente humanos. El fin de la educación es formar, modelar, fomentar, profundizar y pulir nuestra humanidad. En mi opinión, la educación debe servir para dotar a las personas de la capacidad

de participar en la labor de crear valores para uno mismo y para la sociedad en su conjunto. Debe estimular, impulsar y liberar los potenciales ocultos en las personas. En este sentido, la educación está estrechamente ligada a la idea budista de la revolución humana.

Basándome en este ideal, y con la firme intención de cumplir la visión y los sueños de mis antecesores, los presidentes Makiguchi y Toda, fundé el sistema educativo integral Soka, que abarca desde preescolar hasta los cursos universitarios. Huelga decir que he puesto un gran interés personal en estos centros, y he hecho todo cuanto estaba en mi mano para crear un entorno educativo que propiciara el desarrollo de todos los talentos incipientes de los estudiantes, que fomentara la fortaleza, la profundidad y la apertura de carácter, que educara a personas válidas y capaces de aportar algo real y duradero al mundo.

El objetivo y el fin de la educación deben ser siempre quienes aprenden. Los estudiantes o discípulos siempre deben ocupar el lugar central de todo esfuerzo educativo, y todo lo que pase por alto su individualidad, inculque conocimiento por la fuerza o les obligue a entrar en un molde uniforme debe ser rechazado.¹³

A continuación, examinaremos lo que ocurre con el potencial y la individualidad humanos donde dicho lugar central todavía está por crearse (en el mundo en vías de desarrollo que está tan a la zaga) y donde ha sido derribado (el gulag estadounidense). Tal vez la filosofía de Daisaku Ikeda de la educación le ayude a ilustrar de forma más clara la ruta que debe seguirse (el camino medio) y la que debe rechazarse, es decir, los extremos.

¹ La «frontera digital» es la brecha tecnológica existente entre las poblaciones que tienen ordenador y acceso a Internet y las que no. Los que están en el «lado malo» de la frontera digital se están rezagando ante el ritmo acelerado de la globalización.

² Gould, S. J.: *Desde Darwin: Reflexiones sobre historia natural*, Hermann Blume, Madrid, 1983.

³ V. p. ej. Malson, L.: *Los niños selváticos*, Alianza Editorial, Madrid, 1973; e Itard, J.: *Victor de l'Aveyron*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

⁴ Basta con comparar el óptimo uso del lenguaje que encontramos en los clásicos de cualquier tradición escrita con el pésimo que encontramos en los escritos posmodernos. Por ejemplo, los «ganadores» del «concurso de mala redacción» en inglés del profesor Denis Dutton: www.aldaily.com/bwc.htm [en inglés].

- 5 Entre los consejos de Daisuku Ikeda a los jóvenes figura éste: «La lectura te permite acceder a los tesoros del espíritu humano, de todas la edades y de todas las procedencias. Quien tenga conciencia de eso se encontrará en posesión de un bien que nadie podrá arrebatarse. Es como tener una cuenta bancaria inagotable de la que puedes retirar tanto dinero como quieras. Y aquellos que han experimentado esta dicha, los que ven en los libros a un amigo, son fuertes.» Además, añade: «La lectura es esencial para el pensamiento [...] La construcción de una sociedad en la que el ser humano viva dignamente requiere líderes que conozcan la gran literatura.» Daisuku Ikeda, *The Way of Youth: Buddhist Common Sense for Handling Life's Questions*, Middleway Press, Santa Mónica, 2000, págs. 74-76.
- 6 En las «Lecturas recomendadas» hay cuatro libros de Martin Prechtel. Le animo a leerlos todos.
- 7 Una exposición por parte de un médico del fraude del TDAH es el libro de Lawrence Diller: *Running on Ritalin*, Bantam Books, Nueva York, 1998.
- 8 Hirsch, Ed, Joseph Kett y James Trefil: *The Dictionary of Cultural Literacy*, Houghton Mifflin, Boston, 1993.
- 9 http://buddhism.kalachakranet.org/resources/zen_fun.html [en inglés].
- 10 Hume, David: «No tenemos un yo sustancial al que seamos idénticos», de *Tratado de la naturaleza humana*, 1738.
- 11 Dawkins, R.: *El gen egoísta*, Salvat Editores, Barcelona, 2000.
- 12 Mahbubani, Kishore: *Beyond the Age of Innocence: Rebuilding trust between America and the World*, Perseus Books Group, Nueva York, 2005.
- 13 Ikeda, Daisaku: comunicación personal, 2005.

Los extremos educacionales: El desfase global y el gulag estadounidense

Los instruidos se diferencian de los no instruidos como los vivos de los muertos.
Aristóteles

La mente es la fuente de todas las malas acciones. Si la mente se transforma, ¿pueden permanecer las malas acciones?
Buda

Aquellos cuyas medidas son dictadas por la mera conveniencia generarán siempre el descontento.
Confucio

Enseñe bien a sus hijos

Como acabamos de ver, una característica que distingue —si no define— a la humanidad es nuestra capacidad para el desarrollo cognitivo. Esta capacidad se desarrolla en mayor grado gracias a un conjunto de influencias, preferentemente la colaboración entre padres y escuelas. Los cuatro pilares de la cognición (la capacidad de atención, la agudeza lingüística, la imaginación y la memoria cultural) se erigen durante los primeros días y años de nuestra vida como seres sensibles, por lo que en el primer cuidador, sea la madre, el padre o la niñera, recae la primera y principal responsabilidad. No obstante, para aquellos de esos niños que sean lo bastante afortunados como para recibir también una educación formal, la escolarización debe empezar durante los primeros y vitales primeros años para que sea más efectiva. Además, como hemos visto también, la tradición escrita es de lejos el medio más fuerte para erigir los cuatro pilares del desarrollo cognitivo. De este modo, la misión de un buen padre y una buena madre consiste en ayudar al hijo a alcanzar su potencial cognitivo, así como en apoyar un sistema educativo formal eficaz.

En el presente capítulo, examinaremos dos extremos educacionales. En un extremo se

encuentra el desfase global en cuanto a la alfabetización, que afecta a miles de millones de personas en todo el mundo, excluidas de la educación formal y de la oportunidad de adquirir ningún tipo de tradición escrita. Sin una educación formal y sin la posibilidad de adquirir una tradición escrita, muy pocos seres humanos pueden alcanzar su pleno potencial, y la mayoría de ellos languidecerán en condiciones de privación que son la vergüenza de nuestra aldea global. En el extremo opuesto se encuentra el gulag estadounidense, que ha transformado el sistema educativo de las artes liberales más importante del mundo en una imposición totalitarista de una ideología de corrección política a menudo estúpida. Durante este proceso, los *apparatchiks* del gulag estadounidense han deconstruido y difamado lo más bello, noble y elevado de nuestra tradición escrita, sustituyendo las grandes obras con apologías de la mediocridad e inculcando un odio hacia la propia civilización occidental, que han derribado hasta sus cimientos con una cantinela llena de rencor que achaca todos los males del mundo a la «hegemonía patriarcal del varón blanco heterosexual».

Donde más necesario es un camino medio es en la esfera educativa. Mis amigos budistas enseñan cómo «generar causas positivas» de las condiciones adversas, por lo que al término del presente capítulo propondré un medio para «generar causas positivas» de estos dos extremos descontrolados.

Dicho esto, la educación no ocurre ni debe ocurrir en el vacío. Es un hilo vital perteneciente a un complejo tapiz tejido también con hilos socioeconómicos, religiosos e incluso políticos. En los capítulos anteriores, hemos visto el daño infligido tanto a niños como a adultos por los sistemas políticos y religiosos opresivos, y en el siguiente capítulo examinaremos algunas de las flagrantes brechas económicas de la aldea global, que despojan a la mitad de la población mundial de las necesidades más básicas de la vida y, por supuesto, del lujo de la educación. Para los niños de la calle salvajes que viven en la jungla urbana de Río de Janeiro, los objetivos diarios consisten en drogarse y conseguir algo de comer. Para los niños que subsisten en las chabolas que envuelven las mayores megalópolis del mundo, desde América Latina hasta Asia, la rutina diaria consiste en mendigar comida y dinero o peor. Los muchachos de los Estados fallidos o en decadencia de África, Asia y América Latina encuentran más oportunidades como soldados que como estudiantes. Aprenden a manejar armas y no a leer libros. Las muchachas de muchos Estados islámicos fundamentalistas se ven flagrantemente excluidas de lo que tristemente pasa por educación en esos lugares, mientras que las muchachas del sureste asiático son vendidas como esclavas sexuales en lugar de ser enviadas a la escuela. En la India rural hay 200 millones de pobres, cuyas familias subsisten con uno o dos dólares al día. Mientras tanto, los depredadores capitalistas «salvan» a niños pobres de todo el mundo en vías de desarrollo empleándolos en

fábricas del lugar como mano de obra esclavizada.

Añada a todo esto las cargas mortales de la malaria, el sida, las inundaciones, las hambrunas y la inestabilidad política, y el mosaico de niños que sufren en el mundo en desarrollo adquiere proporciones que la mayoría de quienes vivimos en el mundo desarrollado seríamos incapaces de asumir, y mucho menos arreglar.

Desde la época de la parábola de Buda y la semilla de mostaza hasta ahora, la muerte de un niño siempre ha sido motivo de un dolor inconsolable en el seno de la familia. ¿Cómo deben de sentirse entonces las muertes diarias de 40.000 niños en el mundo en vías de desarrollo, mayoritariamente por causas evitables, en el seno de la familia humana? Gandhi apuntó con buen criterio que la moral de una sociedad se puede medir por la forma en que trata a los animales. No es menos cierto que la moral de la aldea global se puede medir por la forma en que trata a los niños.

Así pues, la falta de educación en la tradición escrita, que ocasiona unos bajos niveles de alfabetización y va aparejada a una telaraña de sufrimiento humano y de potenciales sin alcanzar, también redundando en una corta esperanza de vida y en una calidad de vida disminuida. La aldea global posee la tecnología y el dinero necesarios para corregir el problema planetario de la mortalidad y la peligrosidad infantil, y cuenta, por añadidura, con todos los manuales de buenas prácticas y buen gobierno imaginables; no obstante, carece de voluntad política para corregirlo. Esto se debe a que, con notables excepciones, la humanidad todavía no ha suscrito un paradigma humano en común para la aldea global del siglo XXI.

Varias cifras sobre la mesa

Vamos a contrastar una serie de reveladores datos estadísticos de dos democracias: Canadá y la India.

Si tomamos Canadá, un país que se encuentra entre los que tienen los niveles de vida más altos del mundo, enseguida nos damos cuenta de la importancia de la educación. Cerca de la mitad de los nuevos trabajos creados por la economía canadiense requieren al menos 16 años de estudios. Esto equivale a la educación primaria y secundaria y de tres a cinco años de universidad u otros estudios superiores, como mínimo. Entre los canadienses con un menor nivel de educación hay una tasa de desempleo del 26%, en contraste con el 4% de desempleo existente entre los que cuentan con un mayor nivel educativo. Así pues, mientras que la educación es claramente una pasarela al empleo, es necesario recordar que también es fruto de la colaboración entre padres y escuelas. En Canadá, el 34% de los niños procedentes de las familias con menores ingresos no termina sus estudios secundarios. De este modo, una buena parte de estas familias de ingresos

bajos no cumple con su parte como socios educativos al dejar que sus hijos sean prisioneros de un ciclo de falta de educación y, por consiguiente, de oportunidades. Aunque Canadá cuenta con una generosa «red de seguridad» para sus ciudadanos menos favorecidos, cerca del 60% de quienes reciben ayudas sociales no han terminado los estudios secundarios. Una buena educación tiene sin excepción una relación directa con las oportunidades socioeconómicas; una educación incompleta, con el estancamiento socioeconómico. Sorprendentemente, aunque la canadiense es una de las poblaciones mejor instruidas y acomodadas de la aldea global, el 22% de los adultos canadienses presentan «graves problemas» para manejar materiales impresos, mientras que casi tres cuartas partes de las empresas canadienses se quejan de problemas de analfabetismo funcional en ciertas secciones de sus organizaciones. Siendo así, incluso en un país tan avanzado como Canadá, que ha hecho más que la mayoría de los demás países para fomentar la educación pública, aumentar la instrucción y reducir la pobreza, se confirma la distribución de Gauss. En cualquier país, siempre habrá segmentos de la población que precisan una mayor ayuda social, que se encuentran peor preparados para adquirir una instrucción básica y se ven menos capaces de animar a sus hijos a estudiar. Aun así, Canadá no deja de ser uno de los mejores países de la Tierra en los que ocupar las zonas inferiores de la campana de Gauss.¹

En la India, las estadísticas son mucho más desalentadoras. La alfabetización total masculina es del 64%, mientras que la femenina es sólo del 35%. Casi el 100% de los niños canadienses terminan el quinto curso, mientras que el 62% de los niños indios estudia hasta los diez años. Sólo el 30% de los adultos indios ha completado ocho años de educación. Un tercio de los niños indios de entre seis y 14 años no va a la escuela, lo que equivale a unos 23 millones de niños y 36 millones de niñas. Estos datos ayudan a explicar por qué, en el año 2000, la mitad de la población analfabeta vivía en la India. El esquema del sur de Asia, consistente en una baja alfabetización general, un pronunciado desfase de alfabetismo entre hombres y mujeres y una pobreza extrema perpetua en grandes segmentos de la población, se repite a lo largo y ancho de todo el mundo en vías de desarrollo. La tasa de alfabetismo adulto del sur de Asia (49%) queda por detrás de la del África subsahariana (57%) y de la del «mundo árabe» (59%). En la India y el Nepal, entre el 40% y el 59% del total de niños se considera «de riesgo» (en términos de mortalidad, analfabetismo, malnutrición y riesgo de ser víctimas del sida y de conflictos armados). El 47% de la población india y el 50% de la nepalí viven con menos de un dólar al día. Aparte de Sri Lanka, que ha mostrado algunos avances positivos, las mujeres del sur de Asia son las menos escolarizadas del mundo, con una media de 1,2 años de estudios por mujer. La media en el mundo en desarrollo es de tres años. La tasa de alfabetización femenina en el Nepal es la más baja del mundo (13%), y la tasa de

alfabetización adulta total es la cuarta más baja del mundo (28%).²

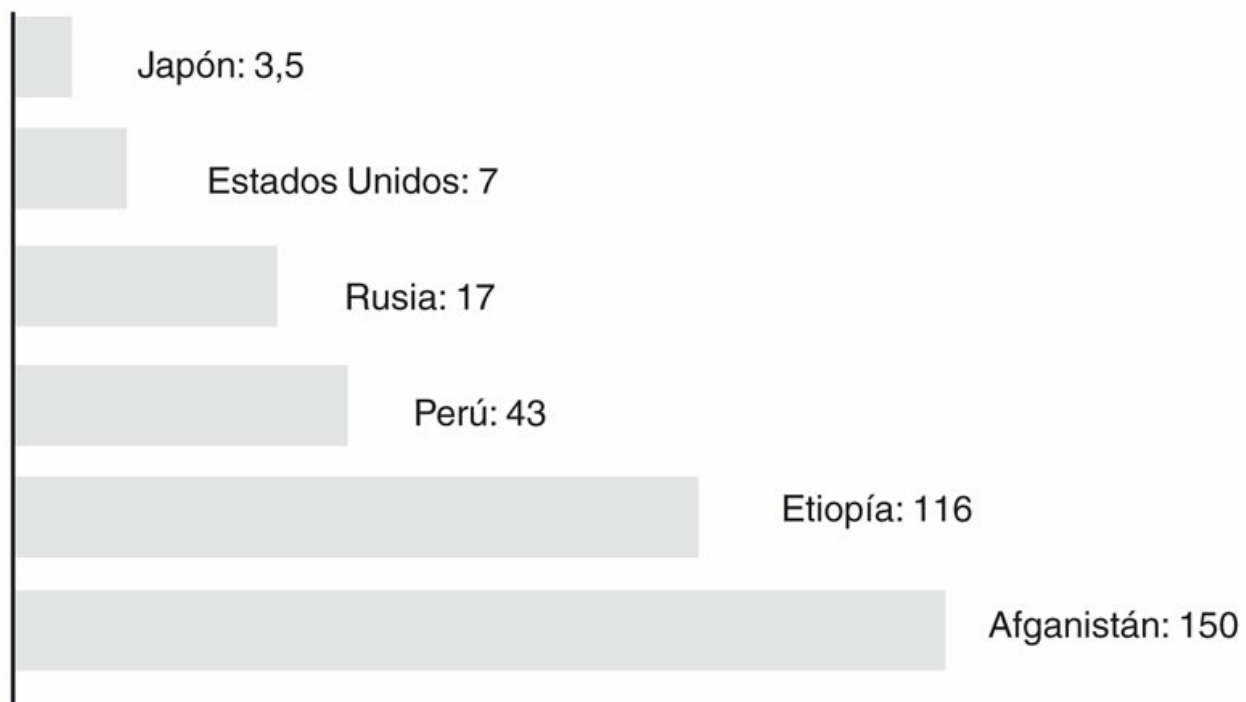
En todo el mundo, cerca de mil millones de adultos son analfabetos, y casi dos tercios de ellos son mujeres. En 1969, cuando la humanidad dio el «paso gigante» sobre la Luna, el 80% de las mujeres africanas eran todavía analfabetas. Esta tasa ha bajado hoy hasta el 50% aproximadamente, pero no deja de ser una copa medio vacía. Más de 100 millones de niños (60 millones de los cuales son niñas) siguen sin escolarizar en todo el mundo.³

En 1990, había 18 países en los que la tasa de alfabetización masculina era más del doble de la femenina (ver figura 11.1). Las mayores desproporciones entre la alfabetización masculina y la femenina se encuentran invariablemente en países africanos, sudasiáticos e islámicos. El analfabetismo femenino guarda relación tanto con una mortalidad infantil elevada (ver figura 11.2) como con las explosiones demográficas. Cuanta menos educación reciben las mujeres, más hijos tienen. Los niños nacidos de estas mujeres están en una mayor situación de riesgo por multitud de motivos, y los que sobreviven están más expuestos (sobre todo las mujeres) a ser presas de este despiadado ciclo de analfabetismo, pobreza y superpoblación. La difícil situación de estas mujeres no sólo es espeluznante; representa un extremo desmesurado y una gran asignatura pendiente de la globalización.

País	% de hombres	% de mujeres	ratio entre hombres y mujeres
Afganistán	42	11	x 3,8
Burkina Faso	26	7	x 3,7
Níger	18	5	x 3,6
Nepal	37	11	x 3,4
Sierra Leona	40	14	x 2,9
Liberia	49	18	x 2,7
Mozambique	52	19	x 2,7
Guinea	45	18	x 2,5
Burundi	45	19	x 2,4
Gambia	48	20	x 2,4
Benín	42	19	x 2,2
Bután	51	23	x 2,2
Pakistán	46	21	x 2,2
Senegal	39	19	x 2,1
Bangladesh	47	23	x 2,0
Yibuti	55	27	x 2,0
Marruecos	52	26	x 2,0
Togo	61	30	x 2,0

Fuente: <http://www.unicef.org/pon95/chil0011.html> [en inglés].

Figura 11.1. Alfabetismo adulto, 1990.



http://www.prb.org/Content/NavigationMenu/PRB/Educators/Human_Population/Health2/World_Health1.htm

Figura 11.2. Mortalidad infantil.

En todos estos países y regiones en vías de desarrollo, donde la falta de escolarización procede de una constante de corrupción política o religiosa, mal gobierno, administración fallida o régimen inmoral, se da también una inquietante preponderancia de niños soldado. Los muchachos sin padres o con pocas oportunidades de escolarización, o pocas ganas de languidecer pasivamente en un estado de pobreza, tienen fácil acceso a armas de fuego, balas y conflictos; en marcado contraste con la escasez de libros, profesores y aulas. Mientras que una aldea tarda un tiempo considerable en educar a un niño, una economía en quiebra o una política fallida pueden armarlo con rapidez. Estas barriadas de la aldea global han degenerado literalmente en «estados de la naturaleza» de Hobbes (guerras de todos contra todos) que han desposeído a estos muchachos de su preciosa niñez y la han sustituido por una vida descrita por Hobbes como «solitaria, desgraciada, desagradable, salvaje y breve». Unas cuantas imágenes valen sus correspondientes tantos miles de palabras, como puede comprobar examinando las figuras 11.3 y 11.4.

Si la dinámica, el dinero, el poder y los manuales de «buenas prácticas» de la globalización son incapaces de mejorar este extremo, en el que las vidas de niñas y niños

se reducen a la supervivencia diaria en las circunstancias más inhumanas, entonces la globalización no habrá llegado a cumplir su promesa más ostensible. Aun así, no es coincidencia que los países con niñas esclavas y niños soldado sean aquellos en los que los propios globalizadores apenas pueden encontrar medios para sentar las bases de la modernización. Si las personas que se desplazan allí para ayudar van a ser víctimas de explosiones, disparos, secuestros, torturas, decapitaciones o demonizaciones, lo mejor será enviar a cabalistas, jesuitas y budistas y no a la infantería de Marina.

Los educadores, movidos por el buen juicio, recitamos el eterno tópico de que es mucho mejor para los niños la educación que la esclavitud y la guerra, y de que además es incalculablemente menos cara. La educación parece ocupar una posición perpetua y central en cualquier gran solución a los problemas del mundo, sobre todo a los que afectan a los niños del mundo en vías de desarrollo. Si desea corroborarlo con cifras y argumentos sólidos, lea el siguiente extracto de *An Encyclopedia of Pacifism*, de Aldous Huxley. La cuestión que se planteaba era: ¿qué podríamos haber conseguido con el dinero que se gastó en la Primera Guerra Mundial, si lo hubiésemos invertido todo en educación? Huxley se basó en el estadounidense Nicholas Murray Butler, un destacado pedagogo, filósofo y Premio Nobel de la Paz en 1931 para contestar lo que sigue:

El coste de la Gran Guerra se ha calculado en una cifra aproximada de cuatrocientos mil millones de dólares, u ochenta mil millones de libras. Según los datos citados por el doctor Nicholas Murray Butler en el informe que presentó en 1934 a la Fundación Carnegie, esta suma habría bastado para proporcionar, a cada familia de Estados Unidos, Canadá, Australia, Gran Bretaña e Irlanda, Francia, Bélgica, Alemania y Rusia una vivienda por valor de quinientas libras, muebles por valor de doscientas libras y bienes raíces por valor de cien libras. A cada ciudad de veinte mil habitantes o más de los países mencionados se podía haber facilitado una biblioteca por valor de un millón de libras y una universidad por valor de dos millones. Y a continuación habría sido posible comprar la totalidad de Francia y Bélgica, es decir, la totalidad de las tierras, las viviendas, las fábricas, los ferrocarriles, las iglesias, las carreteras, los puertos, etc., de dichos países.⁴



Sierra Leona



«Mundo árabe»



Sudán



Birmania

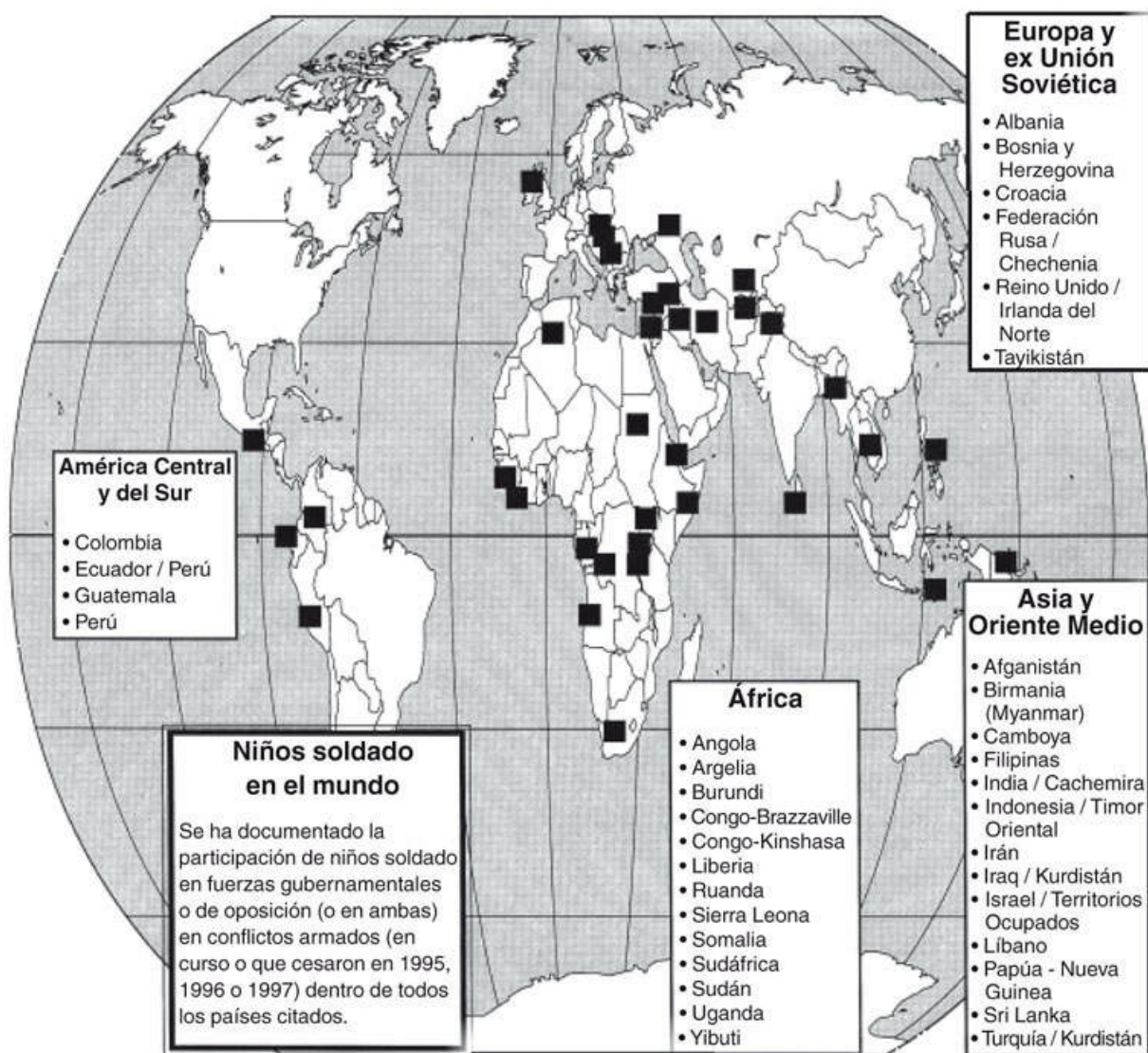


Colombia



Tailandia

Figura 11.3. Niños soldado.



<http://hrw.org/campaigns/crp/crp-map.htm>

Figura 11.4. Niños soldado en el mundo.

Ahora piense que el coste de la Primera Guerra Mundial fue verdaderamente desdeñable comparado con el de la Segunda Guerra Mundial. Pasada ésta, el coste de evitar una tercera guerra mundial (la carrera armamentística nuclear, la guerra espacial, la disuasión, la amenaza de destrucción mutua asegurada, más las entre 30 y 40 guerras

convencionales libradas simultáneamente en el mundo año tras año desde el fin de la Segunda Guerra Mundial) sin duda ha eclipsado a su vez todos los gastos militares anteriores. Siendo así, podríamos haber alimentado, vestido, alojado y educado a todos los habitantes del planeta varias veces, por una fracción del coste de las guerras del siglo XX. Pero no lo hemos hecho. En lugar de ello, hemos producido extremos: educación inadecuada en el mundo en vías de desarrollo y educación deconstruida en el desarrollado.

Una mejor educación cubriría los mejores intereses de los pueblos del mundo en vías de desarrollo. Dotarlos de dicha educación, empero, se dice rápido. ¿Cómo podemos llevar la educación a lugares adonde no llega una empresa de mensajería internacional? ¿Cómo se hace para dar el poder a los buenos pastores, y quitárselo a los lobos, cuando éstos nunca lo cederán voluntariamente? ¿Cómo se hace para emancipar a las niñas analfabetas, desarmar a los niños analfabetos y animarlos a ir a clase? ¿Con reformas emprendidas por el pueblo? ¿Con un cambio de régimen? ¿Con cánticos? Ojalá lo supiera. Lo que sí sé es que el extremo del analfabetismo y la educación deficiente es una afrenta a la decencia humana, y que este desfase global debe corregirse de algún modo y encauzarse hacia el camino medio. Entonces decenas de millones de niños sufrirán menos, vivirán mejor y se sentirán más realizados como seres humanos.

El extremo opuesto

¿Y cómo es el otro extremo?, puede que se pregunte. ¿Se puede hablar de «demasiada educación»? Yo diría que no. Recuerde que hemos nacido para aprender durante toda la vida. Si el extremo predominante del mundo en desarrollo es la notoria ausencia de un sistema educativo viable, el extremo correspondiente en el mundo desarrollado será entonces la deconstrucción del que fue el sistema educativo primordial de la aldea global (el de Occidente libre) y su sustitución por un régimen totalitario de corrección política, cupos raciales y sexuales para la contratación en empresas y el ingreso en instituciones, la eliminación de la calidad académica, el adoctrinamiento obligatorio, las políticas identitarias, los códigos de expresión, el control mental y el odio envenenador hacia la propia civilización occidental. A todo este sistema lo llamo «el gulag estadounidense». Gulag es un acrónimo ruso,⁵ que se refiere a un despiadado sistema punitivo cuyo objetivo en general era la brutal represión del pensamiento, la expresión y las acciones de disidencia política.⁶ En el gulag estadounidense, los disidentes políticos no son otros que los defensores de la propia civilización occidental (incluido el que escribe estas líneas).

He estudiado, habitado y trabajado en este gulag y me he resistido a él, no sólo en

Estados Unidos sino también en sus pabellones británico y canadiense, desde la década de 1980. También se me vincula y a menudo identifica con un reducido pero incansable movimiento de resistencia contra estos extremos tiránicos: un puñado de investigadores, pedagogos e intelectuales que rechazan firmemente al dios Dinero. Unas pocas decenas de disidentes mantienen encendidas las parpadeantes antorchas de la libertad, la oportunidad y la esperanza, que habían apagado sin piedad los lobos académicos con licencia para devorar rebaños de estudiantes en ciernes (destruyendo en lugar de desarrollar sus mentes) mientras afirman que se ocupan de su educación.

Ya hemos examinado las raíces marxistas de la revolución neobolchevique que se produjo en las universidades occidentales a finales de la década de 1960. Asimismo, hemos echado un vistazo a la forma en que el posmodernismo francés (equipado por definición con el antirrealismo y el deconstruccionismo) ha destruido el contenido aristotélico de la educación superior y lo ha sustituido por el adoctrinamiento político. A continuación, veremos algunos ejemplos de la vida cotidiana en la dimensión desconocida del gulag estadounidense para que el lector que no se encuentre sometido a sus dictados políticos absurdos e inmorales se haga una idea de una serie de sucesos y procesos que superan los límites de la imaginación. Estos sucesos y procesos han socavado y derruido gradualmente la civilización occidental desde dentro, aunque también han sido sacados a la luz y criticados por una reducida e infatigable pero hasta ahora relativamente modesta resistencia, con la que me enorgullezco de estar relacionado. En el apartado «Recursos» del presente capítulo se enumeran algunas obras importantes de disidentes, objetores y contrarrevolucionarios a partes iguales, de Canadá y Estados Unidos. Lo animo a consultarlas.⁷

Antes de explorar el territorio político de los gulags canadiense y estadounidense, quisiera recordarle los dos modelos totalitarios de los que está copiada su ideología: el nazismo y el estalinismo. Quisiera pedirle que coloque en perspectiva lo que estoy diciendo. Los gulags canadiense y estadounidense no acumulan poder para aniquilar la carne humana. No asesinan a nadie físicamente. Sin embargo, acumulan y hacen uso del poder para destruir carreras profesionales y para aniquilar la mente humana y, con ella, la vida y la cultura de la contemplación (vital para cualquier comunidad civilizada) que Aristóteles valoraba por encima de todo lo demás. Y, como muy bien sabía Antonio Gramsci, y como enseñó a sus secuaces neomarxistas, se puede fomentar una revolución y destruir una comunidad política sin disparar una sola bala, siempre que uno tome el control de sus instituciones culturales desde dentro y, como un retrovirus político nocivo, mute su ADN cultural para que se autodestruya. De este modo, la cultura, y la civilización que sostiene, se vienen abajo sin darse cuenta siquiera de que estaba

mortalmente enferma. Entretanto, aquellos de nosotros que nos negamos a sucumbir ante esta enfermedad (una forma de locura política, una ilusión colectiva que no se registra en el DSM)⁸ seguimos defendiendo lo más noble y lo mejor de la civilización occidental, aunque al hacerlo estemos cometiendo «crímenes» contra la administración de las propias universidades. ¿Suena a locura todo esto? Con razón. Es una locura. Pero también es cierto.

Locos, ranas y agua hirviendo

Elie Wiesel es un superviviente de Auschwitz y Buchenwald, testigo de los horrores del nazismo que mataron a su madre, padre, hermana, pueblo natal y acabaron también con su apacible estilo de vida. La historia de cómo los nazis capturaron a los habitantes de su recóndita comunidad judía en los montes Cárpatos de Hungría, los deportaron a Auschwitz y, al llegar, gasearon a su madre y a su hermana pequeña, entre muchos otros, se revela en su libro titulado *La noche*⁹ (que Oprah ha recomendado recientemente, tal vez como forma de solidarizarse con la incipiente oleada de antisemitismo que emana de los caldos de cultivo del odio en las civilizaciones europea e islámica). Al principio del libro, Wiesel narra los últimos e idílicos días de su infancia, cuando él, su familia y su pueblo creían que la vida seguiría transcurriendo como lo había hecho siempre. El budismo, claro está, nos enseña a no dar este tipo de cosas por sentadas, y nos recuerda constantemente que todos los fenómenos son efímeros; y, en este caso, el nazismo llegó a los Cárpatos antes que el Dharma.

Pues bien, el relato de Wiesel presenta a un personaje a quien su pueblo tomó por loco y que bien podría haber interpretado el papel de un budista. Era un judío vagabundo y pobre que les advirtió de las increíbles atrocidades que los nazis estaban cometiendo en lugares lejanos. Satisfechos con su estilo de vida, y reacios a reconocer siquiera la posibilidad de un cambio a peor (y menos aún a plantearse lo inimaginable), los aldeanos lo ridiculizaron y rechazaron sus graves advertencias tachándolas de locura. Cuando llegaron a sus oídos los rumores y noticias de la invasión nazi de Hungría y la ocupación de Budapest, también las rechazaron. Lo racionalizaron diciendo: «No llegará hasta aquí.» Lo relativizaron diciendo: «Ya pasará.» Pero estaban equivocados; trágica y mortalmente equivocados. Naturalmente, no culpo a las víctimas de lo que les ocurrió, como tampoco lo hacía Elie Wiesel. Los nazis eran culpables de genocidio, entre muchos otros crímenes contra la humanidad. Los judíos de los Cárpatos (como muchos otros) cometieron un leve pero funesto error por omisión: no creían que aquello pudiera ocurrirles a ellos.

El loco que visitó el pueblo de Elie Wiesel es un arquetipo de la vida real. Aparece a

lo largo de toda la historia humana, en muchas culturas y contextos. Es el profeta bíblico, a menudo injuriado o perseguido (no por pronunciar graves advertencias, sino por decir verdades incómodas). Es el poeta sufí, increíblemente recto e irreverente a la vez. Es el bufón de Shakespeare, ridiculizado o vilipendiado por su capacidad de rasgar los velos de la ilusión que cubren y ciegan a los demás personajes. Es el interno de una institución psiquiátrica estadounidense, que intuitivamente vio a través de un engaño en el que unos filósofos éticos fingían ser pacientes para investigar abusos por parte del personal, y que se dirigió a uno de ellos diciendo: «No estáis locos; estáis controlando a los médicos.»¹⁰ A veces, el loco es un modesto profesor de instituto alemán, como Oswald Spengler, que tuvo una terrible visión de la decadencia de Occidente. A veces, un monje budista japonés como Nichiren, que fue perseguido salvajemente, casi ejecutado y finalmente condenado al exilio por denunciar la corrupción, por advertir del inevitable coste de ésta a los gobernantes y por querer mejorar la condición humana. A veces, es un chamán maya como Martin Prechtel, que con un precio puesto sobre su cabeza fue cazado como un animal y salvó la vida por poco escapando a Guatemala, acusado de practicar las artes sanadoras de una cultura antigua condenada a la extinción por la ciega vanguardia globalizadora. A veces, es un líder intrépido como Winston Churchill, que fue duramente abucheado y marginado por el Parlamento al calificar la política de apaciguamiento de Chamberlain hacia Hitler en Múnich como «una rotunda derrota». Y, a veces, este loco arquetípico puede ser incluso un profesor de filosofía, que declara ser un refugiado político de Canadá y un disidente político del gulag estadounidense.

Una metáfora popular que trata de la incapacidad de reconocer un creciente peligro es la de la rana en el agua. Sumerja una rana en agua hirviendo y verá como salta de inmediato para salir del cazo. Sumérjala en agua tibia que se caliente lenta pero inexorablemente y verá cómo morirá hervida sin darse cuenta siquiera del peligro. Esta metáfora ilustra lo que ocurre cuando la imaginación humana falla. Más que un pilar de la cognición, la imaginación es uno de los mayores dones de la humanidad; cuando fracasa, se convierte en una de nuestras peores desgracias. Cuando nos negamos a imaginar lo que se halla un poco más allá del umbral de nuestra experiencia, a cambio de la falsa seguridad que nos otorga la ilusión de permanencia, nos arriesgamos a ser incapaces de ver magníficas oportunidades sólo un poco más allá de nuestro alcance, y también de reconocer peligros mortales que aumentan en progresión, como la marea al subir o el agua al acercarse lentamente al punto de ebullición.

De este modo, para cuando el pueblo de Elie Wiesel se tomó en serio la amenaza del nazismo, ya era demasiado tarde. Eran lo que los estadounidenses llaman «muertos andantes»; las aguas del Holocausto se habían calentado lentamente en torno a ellos,

poco a poco, y los mató inexorablemente.

Otro testigo del nazismo, el periodista estadounidense de origen alemán William Shirer, experimentó tanto los efectos progresivos como instantáneos del calor del nazismo. Destinado a Berlín durante la transformación hitleriana de la democrática República de Weimar al totalitarista Tercer Reich, Shirer presenció el creciente horror de lo que sucedía a su alrededor. Paso a paso, con cada decreto y proclama, bajo el manto de la propaganda, Hitler erradicó lenta pero inexorablemente la democracia. Suspendió las libertades civiles, bloqueó las libertades académicas, privó del derecho de representación a los alemanes judíos y rearmó al ejército, todo ello como preparación para ejecutar el plan que había publicado en *Mi lucha*, un libro que todos estaban obligados a leer pero que por lo visto nadie creyó. De este modo, inmersa en esta aparentemente tibia fase del nazismo, la vida en Alemania parecía normal para bastante gente. Como recordaba Shirer:

Yo mismo experimentaré en persona la facilidad con que uno se deja arrastrar por la censura y las mentiras de la prensa y la radio de un Estado totalitario. [...] Una dieta constante, año tras año, de falsedades y distorsiones creaba una impresión determinada en la mente y a menudo la engañaba. Una persona que no haya vivido durante años en suelo totalitario no puede concebir siquiera lo difícil que es escapar de las pavorosas consecuencias de la propaganda calculada e incesante de un régimen.¹¹

Shirer describe también la rapidez con la que las universidades alemanas se rindieron ante el nacionalsocialismo, el reducido número de profesores que se opusieron a la tiranía o huyeron de ella y el elevado número de los que la apoyaron y, con ella, el derribo de la educación superior para conservar sus puestos. Un profesor escribió más tarde: «Era una escena de prostitución que ha empañado la honorable historia de la enseñanza alemana.» Otro profesor se lamentaba, en 1945: «Las universidades alemanas fallaron al no oponerse públicamente y con todo su poder, cuando aún estaban a tiempo, a la destrucción del conocimiento y del Estado democrático. Fallaron al no mantener encendido el faro de la libertad y el derecho durante la noche de la tiranía.»¹²

Entretanto, tras el Telón de Acero, había surgido otro tipo de Estado totalitario, no de la extrema derecha sino de la extrema izquierda. Stalin no tenía nada que envidiar a Hitler, ni mucho menos. Para quienes aprecian (o desprecian) la vida humana sólo en relación con el recuento estadístico, Stalin fue el mayor de los carniceros: asesinó, mató de hambre o de esclavitud a entre 20 y 30 millones de sus «camaradas» durante un

reinado de terror que sobrevivió al del Tercer Reich. Al igual que Hitler, Stalin construyó una amplia red de campos de concentración, algunos de ellos destinados a trabajos forzados manuales, otros a trabajos forzados intelectuales, otros a trabajos forzados tan duros que mataban a los condenados, otros al encarcelamiento previo a la ejecución. Este sistema de campos de reclusión y trabajo se denominaba «gulag». El gulag alojaba a diversos tipos de reclusos: delincuentes comunes, disidentes políticos, cualquier persona que simplemente se sospechara políticamente incorrecta, inocentes denunciados por delatores paranoicos, resentidos o torturados que esperaban salvarse denunciando a los demás, y prisioneros de guerra soviéticos cuya heroica supervivencia contra la Alemania nazi comportó a su regreso ser condenados como «traidores» a la Unión Soviética.

Del mismo modo que muchos de los denominados «buenos alemanes» conocían, de una forma u otra, la existencia de los campos de exterminio de Hitler, pero fingían no saberlo o se lo negaban a sí mismos para proteger su conciencia o su seguridad personal, también la mayoría de los rusos conocían la existencia del gulag, y de modo similar fingían no saberlo o se lo negaban a sí mismos temiendo desaparecer en aquel monstruoso laberinto. Ahora bien, como he señalado antes, había una clara diferencia entre el totalitarismo de la derecha y el de la izquierda, y es el siguiente: el totalitarismo de la derecha es veraz y sincero en ciertos aspectos importantes, mientras que el de la izquierda es falso y hermético en esos mismos aspectos. Por ejemplo, en la Alemania de Hitler, si uno era ario y miembro del Partido Nazi, y si apoyaba abiertamente al *Führer* y criticaba de forma estentórea a los judíos, se le consideraba «un buen ciudadano» del Reich y disfrutaba de los privilegios y protecciones que éste pudiera ofrecer. Por contra, en la Unión Soviética de Stalin, aunque uno fuera miembro del Partido Comunista, apoyara abiertamente a Stalin y criticara de forma estentórea el capitalismo y a todos los «enemigos» del comunismo, de todos modos podía verse fácilmente acusado y condenado por esconder una traición contrarrevolucionaria bajo una máscara de entusiasmo, como también podía desaparecer en cualquier instante en el gulag para no volver jamás y para que su existencia fuera borrada.

Así pues, el extremismo nazi alimentaba el odio; el soviético, la paranoia. Al menos los intolerantes y los racistas tienen la sinceridad de odiar abiertamente a sus víctimas, mientras que los estalinistas y los maoístas abrigan un odio hacia la humanidad en sí, que esconden bajo la «noble» apariencia del idealismo revolucionario. Cuando los intolerantes y los racistas asesinan a alguien, es porque se odian a sí mismos y lo culpan de sus deficiencias. En cambio, cuando los estalinistas y los maoístas asesinan a alguien, es porque está «interfiriendo» de algún modo en el «bien mayor» de sus revoluciones marxistas. Hitler asesinó a judíos y gitanos porque se odiaba a sí mismo y los culpaba de su odio; Stalin «purgaba» a bolcheviques, mencheviques, trotskistas, *kulaks*, oficiales del

Ejército Rojo, prisioneros de guerra liberados, ingenieros, médicos, intelectuales y ciudadanos soviéticos de todo tipo, e incluso purgaba a los propios purgadores (la NKVD), porque todos ellos «interferían» de algún modo en la revolución. Stalin también se odiaba a sí mismo, y culpaba a sus víctimas de su odio, pero en nombre de «la revolución», cualquiera era una víctima potencial. El nazismo es sádico: demoniza y explota a los demás. El estalinismo es masoquista: se demoniza y se explota a sí mismo.

Shirer constató cuán fácilmente la población se deja seducir por la fase tibia del nazismo. Se veían arios sanos trabajando o divirtiéndose, familias arias felices y una economía aria dinámica. Nadie prestaba mucha atención a lo que se reservaba a los que no eran arios. No ocurría lo mismo en la Unión Soviética de Stalin. Los trabajadores soviéticos no estaban sanos y no se divertían. La economía marxista no podía ser dinámica por definición. Además, las familias soviéticas no podían ser felices. ¿Por qué? Porque se animaba a los niños a denunciar a sus padres y a hacer que desaparecieran en el gulag, y todo en nombre de «la revolución». Reflexione sobre este aspecto. La familia es la unidad y el microcosmos más fundamental del Estado, y de ella dependen la salud y prosperidad de éste. Es un hecho conocido desde los tiempos de Aristóteles, Buda y Confucio. Y, sin embargo, el extremismo de la izquierda destruye la familia, supuestamente por «el bien» del Estado.

De este modo, en teoría, es más fácil rehabilitar a los extremistas de la derecha que a los de la izquierda. ¿Por qué? Despertar a la humanidad de la influencia de aquellos cuyas deficiencias asumen la forma de un odio rotundo hacia los demás es más directo que despertarla de la influencia de aquellos cuyas deficiencias asumen la forma de un odio hacia los demás disfrazado de ayuda. Éste es el motivo por el cual los marxistas ofrecen mayor resistencia a la «desprogramación» que los nazis, y por el que el marxismo, como virus cultural mundial, ha demostrado ser una amenaza más persistente y ubicua para la humanidad, mientras que el nazismo es (por suerte) más discontinuo y contenible. En Estados Unidos, Reino Unido y Alemania siguen proliferando grupos neonazis; aunque hoy día no plantean una amenaza grave contra ninguna nación ni civilización. No puede afirmarse lo mismo del marxismo.

El gulag soviético

El público occidental empezó a conocer la existencia del gulag soviético de la mano de un recluso, Aleksandr Solzhenitsyn, quien escribió y distribuyó clandestinamente una novela que es hoy un clásico, *Un día en la vida de Iván Denisovich*, que ofrecía su primera crónica de un nodo siberiano en la red de colonias penales nacionales de Stalin. Esta obra fue seguida de *Archipiélago Gulag*. Más tarde, en la obra maestra *El primer círculo*, Solzhenitsyn describía una instalación completamente distinta del mismo sistema,

esta vez en el corazón de Moscú. Como indica el título, esta instalación alojaba a la elite de entre la gran variedad de reclusos del gulag: los ingenieros y científicos políticamente incorrectos. Estos presos, por lo general con penas de entre diez y treinta años por el crimen de tener opiniones, o pensar ideas no autorizadas, tenían no obstante el «privilegio» de poder ejercer su especialidad, aunque no como profesionales humanos, sino como bienes utilizados por Stalin a su antojo. A diferencia de su doble totalitarista Hitler, Stalin no escribió ningún libro que informara al mundo de sus grandes planes. Lo que hacía era repasar a diario las listas negras, eligiendo personalmente para el asesinato a miles de víctimas, así como a las decenas y los centenares de miles que morían asesinados o de hambre por las purgas sistemáticas a gran escala que instituyó.

Sin embargo, en el «primer círculo» se daba al menos a los presos políticos la oportunidad de alcanzar su excelencia personal, lo que, en la línea aristotélica habitual, les satisfacía enormemente. Además, había cierto orden confuciano en su vida comunitaria, por poco armónica que fuera en ocasiones, que en cualquier caso es preferible al caos. (Buda aparece también en la obra, en una deliciosa y sorprendente digresión.)¹³ Siendo políticamente incorrectos, estos presos estaban también políticamente despiertos, y por ello sabían que muchos millones de sus camaradas «iguales» padecían atroces condiciones de frío, hambre, trabajo pesado y una plétora de privaciones por el estilo. Por este motivo, los presos del «primer círculo» tenían el buen sentido de apreciar, con ciertas dosis de cinismo e incluso humor, la parte buena de su situación. Los rusos tienen un finísimo sentido del humor irónico y sardónico. Absortos en su trabajo, los presos políticos del «primer círculo» a menudo parecen más felices que los estadounidenses libres que detestan su trabajo.

La existencia de esta instalación era secreta, y los viajeros que paseaban por las calles de Moscú no veían ninguna señal de ella (a excepción de las camionetas de reparto de carne que recorrían periódicamente ciertas rutas). Como comenta Solzhenitsyn, una persona ingenua que visitara Moscú deduciría del frecuente paso de camionetas de carne que los moscovitas estaban bastante bien alimentados. En realidad, las camionetas de carne eran un disfraz para el transporte de presos. Era un ardid irónico y sardónico de los rusos, dado que todos los ciudadanos de la Rusia soviética no eran más que trozos de carne que esperaban aterrorizados su turno, que llegaría sin aviso, en cualquier momento o lugar, para ser devorados por el perro del Estado. Así pues, una persona ingenua que visitara Moscú podría quedar convencida por la fachada y la propaganda (furgonetas de carne y *Pravda*) de este paraíso marxista-leninista-estalinista para el trabajador, del mismo modo que muchos podían quedar convencidos por el pleno empleo y las familias felices con rosadas complexiones alpinas y pantaloncitos con tirantes del

nacionalsocialismo.

Por este motivo, Platón, el maestro de Aristóteles, nos advierte tan encarecidamente que no confundamos la apariencia con la realidad. Todos nosotros somos visitantes ingenuos vayamos a donde vayamos en este planeta, incluso en los lugares y con las personas a los que creemos conocer. Tener un atisbo de la realidad es como dar en el blanco con una flecha, o conseguir un punto directo en el tenis, o ejecutar una pieza musical a la perfección. Ocurre sólo cuando, en un breve espacio de tiempo, usted consigue hacerlo todo de forma perfecta y sin esfuerzo. También se alcanza como resultado de muchos años de práctica constante, en el transcurso de los cuales (si usted es como la mayoría de nosotros) probablemente habrá obtenido muchos momentos de hacerlo todo de forma errónea y con mucho esfuerzo.

Tener un atisbo de la realidad significa también saber cuándo le conviene más desoír la voz de su pueblo y escuchar al arquetipo del loco vagabundo. Ya que, si éste trae una historia que a usted le parece imposible, entonces tal vez deba llevar un paso más adelante su noción de lo que es posible. Si vive sin refrescar periódicamente esta noción, no sólo se está privando de libertad, oportunidades y esperanza, sino que también se lo pone más fácil a quienes se odian a sí mismos y, culpándolo a usted, le arrebatan estos dones y puede que también su vida. Siempre le convendrá más tener un atisbo de la realidad que caer víctima de las apariencias.

El gulag canadiense

La transformación paulatina de Canadá de colonia a dominio del Imperio británico y, posteriormente, a nación autónoma soberana, se completó bajo la dirección de su gran estadista, Pierre Elliot Trudeau. Este primer ministro excéntrico, moderno, de educación jesuita, bilingüe y bicultural fue el único político de la década de 1960 que mereció el sufijo «-mania», reservado generalmente para gente como los Beatles (su arrolladora victoria electoral en 1968 se produjo con el slogan «trudeaumanía»). El logro supremo de su brillante carrera llegó durante su último mandato, cuando en 1982 desvinculó la Constitución canadiense de la del Reino Unido. No obstante, este avance histórico estuvo acompañado de la promulgación de la Carta Canadiense de Derechos y Libertades, documento cuyo loable título esconde un cambio orwelliano de derechos individuales a «derechos de grupos».

Como hemos visto una y otra vez, la civilización occidental se ha caracterizado por su énfasis en el individualismo, y por la declaración de derechos que pertenecen a los individuos, denominados «derechos inalienables». Ciertamente, la historia de la civilización occidental es también una historia de luchas por obtener derechos

individuales de instituciones políticas, religiosas o comerciales reacias a concederlos. Con todo, estas luchas no se habrían iniciado, y mucho menos ganado, sin un fuerte y profundo trasfondo de simpatía y compromiso hacia la supremacía moral del individuo sobre el colectivo. En cualquier lugar donde existan, los derechos humanos se erigen en escudo político que protege al individuo contra abusos y otras injusticias a manos del Estado, sea por sus servidores o por sus tiranos. Los derechos humanos son inseparables de los derechos individuales. Los denominados órganos de vigilancia contra los abusos de los derechos humanos velan invariablemente por los derechos de los individuos, no de los grupos, sea en el territorio nacional o en el extranjero. La Constitución de la UNESCO de 1945 reconoce asimismo los derechos de los individuos, no los de los grupos. El movimiento por los derechos civiles se centró directamente en aplicar las protecciones y los derechos de la ley estadounidense de derechos a los ciudadanos negros como individuos, al reconocer que, aunque la esclavitud y la segregación los desposeyó colectivamente de derechos, su salvación política residía en garantizarles colectivamente los mismos derechos individuales de los que gozaban los ciudadanos blancos bajo la égida de la Constitución. De igual modo, la liberación de la mujer fue concebida en principio siguiendo justo el mismo principio, que pretendía conceder a la mujer, como individuo, todos los derechos políticos que se habían otorgado y restringido a los hombres como individuos. Como manifestante y *hippie* durante la década de 1960, yo apoyé con entusiasmo los movimientos en pro de los derechos civiles y de la liberación de la mujer, y lo hice expresamente bajo la presunción de que los individuos, y no los colectivos, eran los merecedores y los beneficiarios en última instancia del precioso don de los derechos humanos.

Usted, como individuo, tiene derecho a votar. Usted, como individuo, tiene derecho a la propiedad. Usted, como individuo, tiene derecho a la intimidad. Usted, como individuo, tiene derecho a la libertad de expresión. Usted, como individuo, tiene derecho a un juicio equitativo y a representación letrada. Usted, como individuo, tiene derecho a la vida, a la libertad, a la seguridad y a buscar la felicidad. A usted se le han otorgado tales derechos y otros derechos afines como ser humano individual, no como miembro de ningún grupo (excepto de la especie humana). Los derechos humanos pertenecen a todas las personas, y la «unidad» fundamental de la humanidad es el individuo.

En Canadá, la noble aspiración occidental de consagrar los derechos humanos universales a través de los derechos individuales murió en 1982, a manos de la misma Carta que debería garantizarlos.¹⁴ La ejecución empezaba de forma bastante prometedora. La Sección 2, por ejemplo, se llama «Libertades Fundamentales», y declara que «todos tienen derecho» a una serie de cosas que conoce y espera cualquier

occidental: «Libertad de conciencia y religión; libertad de pensamiento, creencia, opinión y expresión, incluidas la libertad de prensa y la de cualquier otro medio de información; libertad de reunión pacífica; y libertad de asociación.» Hasta aquí, bien. Todos estos derechos son individuales: la conciencia, la religión, el pensamiento, la creencia, la expresión, la asociación con otras personas. No obstante, en el centro de la Carta, encontramos los párrafos 15(1) y 15(2), bajo el famoso encabezado «Igualdad de derechos»:

15(1) Todos son iguales ante la ley y ésta se aplica igualmente a todos, y todos tienen derecho a la misma protección y al mismo beneficio de la ley, independiente de toda discriminación, especialmente de discriminación fundada en raza, origen nacional o étnico, color, religión, sexo, edad o deficiencias mentales o físicas.

Estupendo. Se trata de una exposición igualmente perfecta y sucinta de la tesis fundamental de los derechos humanos: que pertenecen a las personas, no a los grupos. Entonces es cuando aparece el párrafo 15(2):

15(2) El párrafo (1) no excluye ninguna ley, programa o actividad destinada a mejorar la situación de individuos o de grupos menos favorecidos, especialmente en razón de su raza, origen nacional o étnico, de su color, de su religión, de su sexo, de su edad o de sus deficiencias mentales o físicas.

Se trata de una exposición igualmente perfecta y sucinta de la tesis fundamental del secuestro de los derechos individuales por el colectivismo: que tales derechos pertenecen a los grupos, no a las personas. George Orwell no habría podido pensar una parodia mejor. En efecto, el párrafo 15(1) especifica: «Todas las personas tienen derechos iguales», mientras que el 15(2) afirma: «Algunas personas y algunos grupos tienen derechos más iguales que otros.» Habiendo legislado la «granja» orwelliana, Canadá se procuró rápidamente de ganado. El párrafo 15(2) se convirtió en el instrumento de opresión preferido de los enemigos neomarxistas de los derechos individuales, que lo utilizaron para ampliar su plan colectivista de políticas identitarias, los sistemas paritarios, la justicia retributiva y, en concreto, la exclusión de los varones blancos y judíos del empleo. A diferencia de Estados Unidos, Canadá carece de una historia y un legado de esclavitud y segregación, por lo que no ha atravesado los catárticos choques raciales presentes en todas las facetas de la vida en Estados Unidos. En Canadá, pues, las mujeres fueron las primeras en sacar provecho de sus «derechos de grupo». A las feministas militantes les faltó tiempo para sacar partido político de todas las posibles

supresiones de derechos individuales impuestas por el párrafo 15(2). Sustituyeron rápidamente los derechos individuales universales por una política identitaria feminista, con lo que erigieron edificios culturales de odio monumental e intolerancia virulenta hacia los individuos, sobre todo los varones blancos y judíos, a quienes culparon de todos los males del mundo, con inclusión del «mayor mal» de todos, es decir, la civilización occidental.

Para desplegar toda la artillería del párrafo 15(2), las feministas tenían que pasar a ser víctimas de agravio sexual, cosa que hicieron con premura y alborozo. Una fiebre de cultos y culturas de victimismo asoló Canadá (y Estados Unidos) durante las décadas de 1980 y 1990, momento en que todo el que no fuera varón blanco se abalanzó a cosechar las compensaciones ofrecidas por «agravio histórico». En Canadá, las feministas en concreto crearon un monopolio virtual del victimismo, consolidado por estudios orientados a los resultados como el denominado «Changing the Landscape» [Un nuevo horizonte] de CanPan, el Comité Canadiense sobre la Violencia contra la Mujer, que costó diez millones de dólares. El término «orientado a los resultados» es un eufemismo. Significa que se establecen por adelantado los resultados políticamente deseados de un «estudio» sociológico, cuyo propósito será el de confirmar estos «hallazgos» preestablecidos. Naturalmente, esto es la antítesis de la ciencia; pero, como hemos visto en el capítulo 7, la verdad y la ciencia no tienen nada que hacer, a corto plazo, contra la ideología. Así, el estudio orientado a los resultados de CanPan, escrito por y para feministas, afirmaba que las mujeres canadienses son cautivas de «vidas que pocas personas de este mundo elegirían vivir». Las mujeres canadienses están «inmovilizadas, atadas por la desigualdad y amordazadas por el miedo», y la sociedad canadiense en general libra una supuesta «guerra contra las mujeres». De hecho, CanPan llegó a la conclusión de que «prácticamente todas las instituciones canadienses están organizadas en torno al odio y la hostilidad hacia las mujeres».¹⁵

¿Recuerda la comparación entre Canadá y la India con la que empezaba este capítulo? Teniendo en cuenta el nivel de alfabetización y educación, y la libertad, la oportunidad y la esperanza que llevan aparejadas, Canadá es sin duda uno de los países más avanzados del mundo en cuanto a las ventajas que ofrece a sus ciudadanos (hombres, mujeres y niños por igual) mientras que la India es uno de los menos desarrollados en este aspecto. Todos los datos objetivos disponibles indican que millones de mujeres asiáticas (por ejemplo, en la India y el Nepal) se encuentran en efecto cautivas de «vidas que pocas personas de este mundo elegirían vivir», mientras que las mujeres canadienses llevan vidas que son la envidia del mundo. Es decir, lo son en el mundo real, que no se halla dentro del mapa mental de la mayoría de las feministas militantes.

La acusación grotesca y distorsionada de CanPan de que hay un sexismo institucional omnipresente y una «guerra contra las mujeres» no era más que un burdo pretexto para establecer de punta a punta del país instituciones sexistas en sentido inverso, organizadas manifiestamente en torno al odio y la hostilidad hacia los varones blancos y judíos. El estudio de CanPan y sus hermanas hicieron proliferar iniciativas colectivistas de alcance nacional cuyo propósito es el de purgar a los varones blancos y judíos en una campaña de desgaste y sustituirlos por mujeres: no en función de los méritos individuales sino de sistemas de cupos surgidos de las políticas identitarias, justificados por los «derechos de grupo» e impuestos por el párrafo 15(2) de la Carta de supuestos «derechos y libertades».

John Fekete es un profesor canadiense de humanidades cuyos padres huyeron de Hungría tras haber sufrido la ocupación de los nazis primero y de los soviéticos después. Así pues, el profesor Fekete no es ajeno al totalitarismo de ambos extremos, por lo que lamenta con razón el estudio de CanPan, calificándolo de «ejemplo extremo de biopolítica [...] obsesivo y exagerado, que no ve más allá del pensamiento de género rebosante de hostilidad».¹⁶

El gulag canadiense alcanzó nuevas cotas con la elección en 1990 de Bob Rae como presidente de Ontario, la provincia más grande, rica y políticamente correcta de Canadá. Los miembros del gobierno de Rae, que no tardaron en ganarse el mote de «Rae-cistas», aprobaron una ley de equidad del empleo (Proyecto de ley 79) basada en el párrafo 15(2) de la Carta. El artículo 2.2 de la ley expresa: «Las plantillas de todo empleador, en todas las categorías ocupacionales y en todos los niveles de empleo, deberán reflejar la representación de personas aborígenes, personas con discapacidades, miembros de minorías raciales y mujeres de su comunidad.» Dicho de otro modo, se obligaba a todos los empleadores a realizar un estudio demográfico local y contratar a los empleados de acuerdo con los cupos establecidos por los datos obtenidos. Ni siquiera el sistema de planificación central soviético llegó a una absurdidad tan evidente como la de elegir al personal rellenando huecos preestablecidos.

En el capítulo 8, hemos echado un vistazo a los orígenes evolutivos primitivos de la predisposición humana a la xenofobia y la hostilidad hacia los que presentan un aspecto distinto, sea por el atuendo, la pigmentación o los cromosomas. De este modo, los extremistas de la derecha discriminan injustamente *en contra* de los aborígenes, las personas con discapacidades, los miembros de minorías raciales y las mujeres porque no los ven como seres humanos iguales. Ahora bien, los extremistas de la izquierda discriminan injustamente *en favor* de los aborígenes, las personas con discapacidades, los miembros de minorías raciales y las mujeres porque no los ven como seres humanos

iguales, sino como objetos estadísticos. Nunca se obtiene justicia sustituyendo un tipo de injusticia por otro. ¿Cuándo van a aprender?

Para ser justos, deberíamos contratar a la persona que esté más cualificada para el puesto, reconociendo siempre la humanidad igual y compartida de cada aspirante. La trascendental declaración de Martin Luther King acerca de que nuestros hijos sean juzgados no por el color de la piel, sino por las características personales, ha sido purgada de la conciencia social de Occidente a manos de los insulsos e irresponsables extremistas de la izquierda, bajo cuyos regímenes políticos deshumanizadores se juzga a *todas* las personas en primer lugar por el color de la piel y, en segundo, por el grado de devoción servil a los dogmas que impulsan esta deshumanización. En la versión de justicia de King, que comparto y además practico con los demás (excepto cuando lo prohíben las universidades), en primer lugar veo seres humanos, e intento percibir lo que hay en su mente y en su corazón: las características personales.

Discriminar en favor o en contra de ciertas personas significa no verlas como seres humanos. Cuando un empleador entrevista a los candidatos a un puesto, en primer lugar debe interesarse por la preparación y el carácter que tengan. Éstos son los aspectos importantes. Ahora bien, resulta que muchas personas cualificadas y fiables son también aborígenes, personas con discapacidades, miembros de minorías raciales, mujeres, e incluso algún varón blanco. ¿Por que no podemos contratar a seres humanos sin más? Porque la política identitaria marxista-leninista-estalinista-maoísta-feminista prohíbe la existencia del individuo y sólo ve a las personas como representantes de grupos raciales, étnicos o de género. En esto consiste la «justicia» marxista. Lea *El doctor Zhivago*, de Pasternak, o *El cero y el infinito* de Koestler, y redescubrirá mediante la ficción histórica cómo los revolucionarios bolcheviques prohibieron históricamente justo lo que la civilización occidental valora por encima de todo: la vida privada de los individuos, con inclusión de la vida eterna y el romance épico, libre de la politización de fanáticos sin humor ni corazón que lo politizan absolutamente todo.

Para aplicar el proyecto de ley 79, el presidente Rae creó una Oficina de Equidad del Empleo, con el poder de controlar la composición de la plantilla de cada empleador de Ontario y de velar por que la contratación se hiciera teniendo en cuenta únicamente los datos demográficos. Los méritos eran irrelevantes; la preparación, objeto de sospecha; los cupos, de obligado cumplimiento. Sin embargo, cuando un investigador independiente intentó averiguar la composición de la plantilla de la propia Oficina de Equidad del Empleo, con potestad para obligar a revelar este dato exactamente a cualquier empleador de Ontario, no encontró más que evasivas.¹⁷ Finalmente, la Oficina fue obligada en virtud de la ley de libertad de información de Canadá a revelar la composición de su

propia plantilla. El censo de 1991 indicaba que las mujeres constituían el 46,6% de la población activa de Ontario, pero el 90,5% del personal de la Oficina de Equidad del Empleo. Las minorías raciales constituían el 13% de la población activa de la provincia, pero el 53% del personal de la Oficina. ¿Y los varones blancos activos? «La Oficina informó de que el 0% indicó pertenecer a esta categoría.»¹⁸ Este dato casa bastante con el párrafo 15(2) de la Carta canadiense: efectivamente, algunos grupos son «más iguales» que otros.

Por aquel entonces, un filósofo blanco amigo mío fue preseleccionado para un puesto en una universidad de Ontario. La otra preseleccionada era una mujer, que estaba claramente menos cualificada pero que acabó obteniendo el puesto. Dos miembros del comité de contratación se opusieron a este nombramiento alegando que había sido manipulado políticamente. El comité había recibido la orden de contratar a una mujer para satisfacer el sistema de cupos, en lugar de contratar al candidato que satisficiera mejor los requisitos del puesto. Estos dos miembros del comité estaban dispuestos a prestar declaración ante la Comisión de Derechos Humanos de Ontario, cuya misión, de hecho, era velar por el cumplimiento de la Carta. Recuerde que el párrafo 15(1) garantiza exactamente lo que prohíbe el 15(2): «El mismo beneficio de la ley, independiente de toda discriminación, especialmente de discriminación fundada en raza, origen nacional o étnico, color, religión, sexo, edad o deficiencias mentales o físicas.» Supongo que esto se aplica también a los varones blancos.

Así pues, este filósofo blanco apeló ante la Comisión de Derechos Humanos de Ontario, arguyendo que se habían violado sus derechos. Su apelación fue desestimada por procedimiento sumario. Se le comunicó que era imposible, por definición, que nadie lo discriminara. ¿Por qué? Porque era un varón blanco. Bienvenido al gulag canadiense, donde todos tienen los mismos derechos excepto los varones blancos, a quienes es imposible que se discrimine porque han oprimido «históricamente» a todos los demás canadienses y, por añadidura, han encerrado a las mujeres canadienses en «vidas que pocas personas de este mundo elegirían vivir». Por tanto, todos los demás necesitan tener derechos «más que iguales», incluido el derecho a agraviar a los varones blancos a quienes, por definición, no se puede discriminar. Hasta Orwell se habría mostrado impresionado. Como no me cansaré de afirmar, el odio ideológico de la izquierda es mucho más retorcido que la simple intolerancia de la derecha.

El párrafo 15(2) de la Carta Canadiense de Derechos y Libertades, el estudio de CanPan y el Proyecto de ley 79 son unas pocas estrellas en la galaxia de la corrección política canadiense y sus constelaciones, de cuyos torcidos rayos se sirven los comisarios políticos y los *apparatchiks* del gulag canadiense para propagar sus odios y para ofrecer

su engañosa versión de la justicia social. Puesto que la ideología neomarxista de estas iniciativas tiene sus raíces en las universidades, no resulta sorprendente que éstas se encuentren en primera línea de la implosión de la civilización occidental. Al fin y al cabo, sus titulares radicales conforman el equipo de demolición.

Por ejemplo, en 1993, la Asociación Filosófica Canadiense (Canadian Philosophical Association, CPA) adoptó un famoso conjunto de recomendaciones de contratación, basado en otro informe feminista «orientado a los resultados», que esta vez descubría (para su horror) que la filosofía era, y siempre había sido, una actividad «dominada por hombres» y dedicada principalmente a la exclusión de las mujeres.¹⁹ Valiéndose de un elaborado método «sociológico», es decir, del recuento estadístico, las feministas hallaron que el 13% de los filósofos canadienses eran mujeres y llegaron a la conclusión de que este dato revelaba un «problema» que había que «corregir». ¿Por qué? Porque las mujeres constituyen cerca del 52% del total de la población. Por tanto, según la filosofía de justicia que parte de la corrección política, es decir, el sistema de cupos, toda diferencia estrictamente numérica pasa a ser «prueba» indiscutible de injusticia institucional. Según este informe, las filósofas eran «demasiado pocas» no sólo porque las mujeres habían sido presuntamente excluidas de la filosofía sino porque, al parecer, ciertos «intereses políticos» de los estudios filosóficos dominados por los hombres «construyen socialmente» unas materias, una tradición y un clima que son hostiles a los intereses de las mujeres.

El informe recomendaba cupos explícitos para el número de filósofas (el 40% para el año 2020), de modo que cualquier mujer que tuviera un doctorado en filosofía tendría garantizado un puesto académico, estuviera cualificada o no para él. En la práctica, el fondo de mujeres cualificadas se agotaba rápidamente (cosa que sigue ocurriendo), por lo que las mujeres no cualificadas saltaban a los primeros puestos de la cola de aspirantes (cosa que sigue ocurriendo). Esto significa que mujeres que no han terminado todavía el doctorado, que no han acumulado experiencia postdoctoral, que han publicado poco o nada y que apenas han impartido clases si lo han hecho (en otras palabras, aspirantes que deberían situarse al final de cualquier lista de candidatos al profesorado basada en los méritos objetivos) son objeto de preferencia para la contratación, por encima de aspirantes de sexo masculino con doctorado, experiencia postdoctoral, publicaciones de peso y buena capacidad docente demostrable.

Este informe sostenía que «ser mujer es de por sí un valor académico en una candidatura a un puesto». Esta irresponsable afirmación no hace más que repetir la suma y esencia de las leyes de Nuremberg de Hitler, que excluían a los judíos de las universidades alegando que ser ario era de por sí un valor académico en una candidatura

a un puesto.²⁰ La gran paradoja era que en aquel entonces se excluía a los alemanes judíos del empleo por ser «no arios», es decir, por no ser lo bastante blancos, mientras que ahora, a los hombres judíos canadienses, entre los que se cuenta un servidor, se los excluye del empleo por ser «demasiado blancos». La pregunta que formulo es la siguiente: ¿cuándo va a aprender el mundo a ser incluyente partiendo de la humanidad, en lugar de ser excluyente partiendo de la deshumanización? A juzgar por el ejemplo de Canadá, un país relativamente «avanzado», no va a ser pronto.

Del mismo modo que los nazis demonizaron la «física judía», las feministas militantes han demonizado la «filosofía masculina». El informe de la CPA añadía: «¿Confundimos los roles sociales masculinos tradicionales (especialmente los vinculados con la agresividad) con la capacidad filosófica? Muchas mujeres simplemente no se encuentran a gusto con las conductas sociales vinculadas con una filosofía confrontacional. [...] Las políticas de contratación del profesorado no podrán alcanzar sus objetivos a menos que se convenza a las universitarias de que la filosofía ofrece un clima acogedor para las mujeres.» Es así como las feministas fanáticas politizan y degradan 2.500 años de riguroso estudio filosófico (con inclusión de las matemáticas y las ciencias), cuyo objetivo constante ha sido el de profundizar en la comprensión humana y descubrir las verdades naturales, siempre en aras de mejorar la condición humana. La misión de la filosofía ya no es sentar los cimientos del edificio de la educación superior, sino el de hacer «sentir bien» a las mujeres al ofrecerles un «clima acogedor».

Puede que ahora comprenda en toda su dimensión los temas principales que hemos tocado en el capítulo 8. Recordemos que las tribus cazadoras y recolectoras primitivas de todo el mundo practicaban una división estricta del trabajo: los hombres cazaban y las mujeres recolectaban. Se excluía a las mujeres de las partidas de caza primitivas de los hombres, por lo que además deberían sentirse agradecidas: la evolución hizo a las mujeres humanas madres y recolectoras, no guerreras y cazadoras. La mayoría de las mujeres que hubieran salido a cazar con los hombres habrían experimentado extremas incomodidades que, por evolución, no buscaban ávidamente ni soportaban gratamente. No obstante, la evolución cultural ha cambiado el territorio de caza (de las sabanas a las estructuras simbólicas) y ha transformado las presas (de animales de carne y hueso a números electrónicos). De este modo, hay una miríada de estructuras simbólicas en las que las mujeres pueden cazar tan bien como los hombres (desde vender propiedad inmobiliaria a entablar demandas y practicar la medicina) siempre que dispongan de la libertad, la oportunidad y la esperanza de hacerlo.

Dentro de la «caza mayor» más escurridiza que persigue la mente humana se encuentran las ideas filosóficas, los teoremas matemáticos y las leyes de la física: estos

conceptos tan trascendentales son atisbados, acechados, perseguidos y a veces cazados por los «mejores depredadores» en la estratosfera de la mente elevada, que resulta pertenecer mayoritariamente pero no exclusivamente a los hombres (y por muy buenas razones evolutivas, como hemos visto en los capítulos 8 y 9). La caza mayor en la mente puede ser tan ardua y extenuante como la caza mayor en la naturaleza. Y, como refleja su propio testimonio, las feministas académicas militantes sienten tanta incomodidad en esta caza intelectual como la que habrían sentido en la física: las matemáticas, la lógica y la física teórica no satisfacen las necesidades emocionales que para ellas, como refleja su propio testimonio, tienen una clara prioridad sobre las intelectuales. (Recordemos la afirmación de la profesora Betty Johnson, plasmada en el capítulo 7: «Hemos visto que gran parte de nuestra experiencia matemática pertenecía a una práctica dominante que nos ha alienado de nuestro propio conocimiento y del mundo cotidiano al separar la mente, el cuerpo y la emoción, y al dar prioridad a la abstracción y la generalización sobre el significado.») Para sentirse mejor, dichas feministas han obligado a las universidades a ofrecer un «clima acogedor» en lugar de una base intelectual. Por consiguiente, se han degradado tremendamente la cultura y la civilización sustentadas por las universidades.

Hemos visto brevemente que, bajo la política de la Alemania nazi, la función de la ciencia decayó de la noble búsqueda de las leyes universales a una degradada promoción de la mitología racial. Demonizar y excluir a los judíos ofreció un «clima acogedor» para los arios. De un modo similar, bajo la política del gulag canadiense, las feministas militantes han rebajado la filosofía del noble amor por la sabiduría a una degradada promoción de la mitología feminista. Demonizar y excluir a los hombres ofrece un «clima acogedor» para las mujeres.

El informe de la CPA se topó con la valiente pero infructuosa resistencia de un puñado de académicos (seres humanos de ambos sexos y variado color), para quienes este fascismo de la nueva izquierda constituía una afrenta a las preciadas libertades y derechos fundamentales y a la dignidad humana que se habían convertido en papel mojado en los departamentos de filosofía canadienses de una costa a otra. No obstante, este deplorable informe era sólo una pequeña ráfaga en una creciente tormenta totalitaria que escapa del ámbito de los departamentos de filosofía para transformar «el verdadero norte, fuerte y libre» (según el himno nacional de Canadá) en una República Democrática Popular.

Se ha producido un éxodo constante a muchas partes del mundo de varones blancos y judíos cualificados pero incolocables procedentes del gulag canadiense. Estamos unidos en el exilio, porque somos portadores de un cromosoma prohibido políticamente: el cromosoma XY. Tuve la suerte de encontrar un puesto académico en Estados Unidos,

por lo que agradezco a las feministas canadienses que me excluyeran. Supongo que en el fondo amo a la Gran Hermana (a una distancia prudencial).²¹ Sin embargo, el fascismo liberal de Canadá, amparado constitucionalmente, niega los derechos individuales, despoja de igualdad de oportunidades y excluye del empleo a muchas de las mejores y más brillantes mentes de Canadá, que resultan estar alojadas en cuerpos de varones blancos y judíos. Michael Moore se olvidó de rodar esa parte de Canadá. Como tantos otros «buenos liberales», está cegado por una negación total de los extremos totalitarios de la izquierda intolerante.

El gulag estadounidense

Así pues, en 1994 escapé del fuego feminista para caer en las brasas racistas, pasé de un gulag canadiense de tercera a un gulag estadounidense de primera división. Y no fui a parar a una prisión política cualquiera, sino que se me recluyó en el primer círculo estadounidense: el City College de Nueva York. Por mucho que repudiara y destruyera la libertad, la corrección política canadiense parece no provocar más que escozor al lado de la corrosión de su homóloga estadounidense. En términos deportivos, es como comparar el fulbito con el fútbol.

El componente feminista de la corrección política estadounidense es igual de furibundo que su equivalente canadiense, pero comparte sus poderes totalitarios con intereses más «diversos». El punto de partida feminista militante para las relaciones de género en Canadá y Estados Unidos es el de Marilyn French: «Todos los hombres son violadores y nada más que violadores. Nos violan con sus ojos, sus leyes y sus códigos.» Triste, pero cierto: no todos aman a la Gran Hermana. Sin embargo, las feministas estadounidenses han tenido que ceder los asientos de preferencia a algo que no existe en Canadá: el legado de corrección política que tiene su origen en el tráfico de esclavos africanos. La carta más valiosa de la baraja estadounidense de las políticas identitarias es el as de la raza, seguido por el rey de la clase, la reina del género y la sota del victimismo. Las feministas estadounidenses apoyan a los más pobres (madres solteras adolescentes, gracias en parte al feminismo) en la «lucha de clases» y se alinean o alían con gays y lesbianas en la «lucha de géneros». La medida y, por tanto, el poder de sus quejas, basadas en el «agravio histórico», se encuentra estrictamente graduada. Las feministas reconocen tácitamente que la esclavitud y segregación de africanos, así como las distinciones socioeconómicas que detestan los marxistas, son atrocidades peores que la «esclavitud de la mujer a manos del hombre», también conocida como matrimonio, que también ha demostrado poseer una dinámica de amo y esclavo en ambas direcciones.

Jugar la carta de la raza se ha convertido ya en un arte refinado. Cuando pillaron al

periodista del *New York Times* Jason Blair haciendo reportajes de lugares donde nunca había estado, lo que por algún extraño motivo viola la ética periodística, sacó a relucir la carta de la raza: no es responsable de periodismo fraudulento, porque su tatarabuelo fue esclavo. Aprendió este recurso de los liberales blancos con sentido de culpa, que aspiran a sentirse mejor afirmando que responsabilizar a un hombre negro de sus acciones constituye racismo. Es algo inmensamente triste poseer un legado de esclavitud. Comparto el dolor de Jason por la tragedia de sus antepasados. La renuncia a la responsabilidad individual, no obstante, es un concepto implantado en la cabeza desde que nació, o antes, por el martilleo de los comisarios políticos del gulag estadounidense, que no pretenden otra cosa que perpetuar la tragedia a través de Jason y sus descendientes en lugar de liberarles de ella. Con esto quiero decir que, si descubren a una feminista cometiendo un fraude profesional, desde luego puede formular una defensa (apoyada tal vez por su abogada y su psicóloga) basada en el victimismo, pero no puede negar su responsabilidad de forma creíble alegando que su tatarabuela era ama de casa. Y éste es el motivo por el que la raza vale más que el sexo en la baraja estadounidense.

El gulag estadounidense, de una costa a otra, defiende un postulado por encima de todo: que el mundo entero sufre opresión por motivos de raza, clase y género, debido a una despiadada conspiración urdida por la hegemonía patriarcal del varón blanco heterosexual, cuyos textos y narraciones son obra de la manipulación de varones blancos eurocentristas. Derribemos la civilización occidental, afirman los comisarios políticos y sus radicales titulares, y todo irá bien. Seguro que sí. Como en África, Oriente Medio y el sur de Asia. El antirrealismo, el odio a la razón y el desprecio a la libertad flagrantes que han gobernado la cultura académica, deconstruido el canon occidental y debilitado a generaciones de mentes estadounidenses jóvenes desde la década de 1960 han avanzado mucho hacia la consecución de su fin: minar la vitalidad intelectual de la civilización occidental con doctrinas envenenadas para que los rebaños no sepan distinguir entre lobos y pastores, entre verdades y falsedades, entre libertad y esclavitud.

Si usted desea conocer la identidad de los lobos, así como sus doctrinas, podrá leer todo lo que desee al respecto. Mientras las feministas militantes canadienses llevaban a cabo un prolongado trabajo con su Carta, sus homólogas estadounidenses se mantuvieron igual de activas durante estas décadas, deconstruyendo la república y convirtiéndola en un gulag. Fueron europeos muy instruidos (el comunista Herbert Marcuse en Berkeley, el ex nazi Paul de Man en Yale, el maestro deconstruccionista Jacques Derrida, todos ellos omnipresentes) quienes, adiestrados por el marxista italiano Antonio Gramsci, sembraron cínicamente las primeras semillas del odio institucionalizado de los estadounidenses hacia sí mismos. En la actualidad, los rebaños despojados de civilización tras ser esquilados por estos lobos se gradúan en las cuerdas académicas de la

Ivy League, balando acusaciones como «eurocentrista» a la misma civilización que les ha engendrado, nutrido y educado (y les ha dado la libertad y oportunidad de balar).

Los planes totalitarios de los fascistas y marxistas europeos fueron vencidos por Estados Unidos y sus aliados: mejor dicho, fueron vencidos desde los puntos de vista político, militar, económico y geoestratégico. Sin embargo, no fueron vencidos completamente, ni pueden serlo jamás, desde el punto de vista cultural. Los marxistas más acérrimos secuestraron de Europa el ADN cultural del totalitarismo y lo trajeron a Norteamérica en el caballo de Troya de los sesenta. Fue un gran caballo, y volvería a subirme a él en cualquier momento; pero también fue la mula del karma, pues sirvió para introducir clandestinamente un virus cultural mortal (el totalitarismo) en el cerebro mismo de la cultura occidental (las universidades). Los principales totalitaristas de cosecha propia pronto se unieron a la refriega: el híbrido comunista-fascista Noam Chomsky en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, el deconstruccionista Stanley Fish en la Universidad de Duke, estadounidenses antisemitas de raza negra como Leonard Jeffries en el City College de Nueva York, el azote de blancos anglosajones y protestantes Cornel West en Yale y feministas andrófobas como la profesora Sandra Harding, entre cuyas «contribuciones» a la «educación superior» se encuentra la crítica de los *Principios* de Isaac Newton como «manual para violadores».²²

Como dicen los rusos, el pez empieza a pudrirse por la cabeza. Y así es como se han podrido las universidades de Estados Unidos. Instituciones ilustres cuya misión había sido estudiar y ampliar el canon de lo que Matthew Arnold denominó «lo mejor que se ha pensado y dicho», fueron convertidas al gulag estadounidense, dedicadas a la destrucción sistemática de la civilización occidental desde dentro. En palabras de Roger Kimball, que ha seguido de primera mano este proceso de putrefacción:

Lo que afrontamos en la actualidad es nada menos que la destrucción de las premisas fundamentales que sustentan nuestra concepción tanto de la educación liberal como de la política democrática liberal. El respeto a la racionalidad y a los derechos del individuo, la entrega a los ideales de la crítica desinteresada y a una justicia que no distingue colores, el avance en función de los méritos y no del sexo, la raza o el origen étnico: estas ideas occidentales por antonomasia son los cimientos de nuestros sistemas político y educativo. Y éstas son precisamente las ideas que atacan los académicos bienpensantes embriagados por las posibilidades coercitivas de una virtud sin amarras. ¿Hasta qué punto llega esta degradación? Por desgracia, resulta casi imposible quedarse corto.²³

Pensamiento de grupo y crimen del pensamiento

Como todas las instituciones del gulag estadounidense, la Universidad de Pennsylvania mantiene un compromiso con la «diversidad», una palabra que es sinónimo de otras como «variedad, mezcla, multiplicidad, pluralidad, diferencia, desigualdad, disparidad». En el lenguaje orwelliano del gulag, empero, las palabras frecuentemente designan su contrario. De este modo, «diversidad» se refiere en realidad a un despiadado control mental sobre los estudiantes ejercido por las administraciones, que imponen la conformidad con las doctrinas monolíticas actuales. Una estudiante de la Universidad de Pennsylvania osó criticar el «Programa de Seguimiento de la Diversidad» que vigila y corrige las actitudes de los estudiantes para que se ajusten al «pensamiento de grupo». Esta estudiante se quejó del desprecio de dicho programa por el individualismo y de su intención de «considerar al colectivo por encima del individuo de forma continuada». De este modo, arguyó que «dictar lo que se debe pensar acerca de grupos e individuos» no era otra cosa que «un proceso de homogenización del pensamiento» que en realidad destruía «la diversidad intelectual».²⁴

El comisariado político (es decir, la administración de la universidad) subrayó del memorando de esta estudiante la palabra «individuo» y escribió: «Ésta es hoy una expresión “de bandera roja”, que muchos consideran racista. [...] Los argumentos que defienden al individuo por encima del grupo privilegian [sic] en última instancia al “individuo” que pertenece al grupo dominante. [...] En una sociedad plural, los individuos tienen la misma importancia que el grupo al que pertenecen.»²⁵

Ahí lo tiene. Y, desde luego, no todos los grupos son iguales: unos son más iguales que otros. Por ejemplo, una oficina universitaria de asuntos estudiantiles de la Ivy League imprime anualmente un manual que alaba la «tolerancia» y ensalza las virtudes de la «diversidad» cultural. Esta misma oficina obliga también a presenciar películas de orientación para estudiantes de primer curso, una de las cuales muestra métodos anticonceptivos y abortivos. Cuando una estudiante católica quiso abandonar la sala, afirmando que no tenía por qué ver estas prácticas porque estaban prohibidas por su religión, le impidieron físicamente la salida. La coaccionaron físicamente en nombre de la «tolerancia» y la «diversidad» para que viera toda la película entera. La flagrante hipocresía es otra faceta de la corrección política.

Es necesario aprender a descodificar los retorcidos significados de palabras como «diversidad» y «pluralismo» en el gulag estadounidense. En palabras del profesor Alan Kors, defensor de la libertad en la Universidad de Pennsylvania, «Un individuo no es un ser moral autónomo, sino un miembro de un grupo racial e histórico que posee deuda o crédito moral. Sólo existe un conjunto de posturas adecuado acerca de la raza, el género, la preferencia sexual y la cultura; y mantener una creencia inadecuada, una vez que se ha

ofrecido la verdad, no constituye un desacuerdo intelectual, sino un acto de opresión o de negación. Cualquier conducta y pensamiento son “políticos”, incluida la oposición a talleres de “concienciación” politizados». ²⁶ En su clásica novela *1984*, Orwell llamó «crimen del pensamiento» a este tipo de oposición. En efecto, en el gulag estadounidense, mantener opiniones individuales o pensar por uno mismo se ha convertido en un crimen contra las administraciones universitarias. Para los estudiantes, estos «crímenes» están castigados con la expulsión temporal o permanente; para el profesorado, con el despido, la denegación del ascenso o de la titularidad u otras formas de sabotaje administrativo de sus carreras.

Códigos de expresión

Dado que la libertad de pensamiento es intolerable en el gulag estadounidense, la libertad de expresión debe suprimirse sin contemplaciones. En las universidades de toda la geografía nacional se imponen códigos de expresión, que prohíben por regla general lo mismo que la Universidad de Maryland, en College Park: «charla frívola de carácter sexual», «descripciones sexuales gráficas; afrentas sexuales, insinuaciones sexuales», «comentarios acerca de la ropa, el cuerpo o las actividades sexuales de una persona», «comentarios de carácter sexual acerca del peso, la figura, el tamaño o la talla corporal» y «consejos de carácter pseudomédico como “si te encuentras mal será porque necesitas algo más fuerte”». La comunicación no verbal también se encuentra estrictamente reglamentada. Entre los gestos prohibidos se especifican los «movimientos del cuerpo, la cabeza, las manos y los dedos, y la cara y los ojos que expresen una idea, opinión o emoción». Otros gestos inaceptables son «sujetar la comida o comer de forma provocativa». ²⁷ Por encima de todo, se aplican los códigos de expresión para prevenir la creación de un «entorno hostil de aprendizaje», en otras palabras, decir algo que cualquier persona con suficiente «diversidad» encuentre mínimamente provocativo o desagradable. Los castigos por infringir los códigos de expresión son los mismos que los reservados para quienes cometen crímenes del pensamiento: la expulsión temporal o permanente para los estudiantes y el despido o la destrucción profesional para el profesorado.

Lo que el gulag tolera, estimula, apadrina y celebra sistemáticamente es una hostilidad explícita y un odio frontal hacia varones blancos, heterosexuales, cristianos, conservadores y, en general, cualquier individuo (es decir, disidente político) cuyos pensamientos, opiniones o acciones no estén conformes con la «diversidad». Como exponen Kors y Silvergate, «en prácticamente todas las instituciones académicas, pese a todas sus normas sobre “civismo” y todas sus prohibiciones para evitar un “entorno

hostil”, hombres y mujeres negros integracionistas viven diariamente con que se empleen con impunidad términos como “tío Tom” y “galleta Oreo”, mientras sus hostigadores viven con protecciones especiales contra la ofensa. Estudiantes blancos oyen diariamente cómo se les tacha a ellos, a sus amigos y a sus padres de “racistas” y “opresores”, mientras que sus hostigadores viven con protecciones especiales contra la ofensa. Cristianos creyentes oyen ridiculizar sus creencias y ven difamar sus símbolos sagrados (en nombre de la libertad, no se permite decir casi nada contra ellos en las aulas, en las reuniones ni en los encuentros personales), mientras que sus hostigadores viven con protecciones especiales contra la ofensa. Los hombres oyen denigrar su sexo, se ven culpados de todos los males del mundo y asisten a clases cuya propia finalidad es hacerles sentir a disgusto, mientras que sus hostigadoras viven con protecciones especiales contra un entorno “hostil”». ²⁸

Eliminación de las garantías procesales

En toda la geografía estadounidense, una amplia y creciente red de comisarios políticos y *apparatchiks* vigila el pensamiento, la expresión y la conducta de los estudiantes y el personal docente desde las oficinas orwellianas de Discriminación Positiva, Igualdad de Oportunidades, Asuntos Estudiantiles, Diversidad Cultural, Concienciación, Acoso Sexual, etc. Gozan de poderes amplios, numerosos y secretos. Cualquier persona acusada de infringir cualquier prohibición registrada en los extensos manuales de adoctrinamiento político y deshumanización que han sustituido a la educación superior en Estados Unidos termina encausada y condenada en ausencia, sin poder recurrir a las garantías procesales debidas. Fiel a su forma totalitaria, el gulag estadounidense no sólo elimina la presunción de inocencia sino también el derecho a conocer la identidad de los acusadores e incluso el carácter específico de los cargos que se le imputan. Como hemos visto, los cargos de «racismo», «acoso sexual» o «creación de un entorno hostil» pueden denotar la expresión de una opinión contraria, comer de forma no aconsejada o citar una versión de la historia no autorizada (es decir, sin «diversidad» suficiente).

El sometimiento a los arbitrarios juicios de Dios y otros métodos inquisitoriales está a la orden del día. Son pocos los afortunados que encuentran abogados que les defiendan en tribunales federales o periodistas que revelen públicamente las atroces persecuciones del gulag. Sólo hay dos cosas que temen los comisarios políticos: el juicio de una autoridad superior y la exposición a la luz pública. Sin embargo, los tribunales suelen resistirse a invadir el terreno académico, por un paradójico respeto mal entendido a la libertad académica, mientras que muchos reclusos del gulag evitan hablar ante la prensa

por un temor comprensible a represalias de los comisarios. Hasta que las tres ramas del gobierno estadounidense (las resoluciones del Tribunal Supremo, las sesiones del Senado y las medidas del Ejecutivo) se ocupen de las injusticias del gulag estadounidense y las erradiquen, los contribuyentes estadounidenses seguirán financiando (lo quieran o no) el fraude educativo más monumental de la historia de la civilización occidental, y confiando con orgullo a sus propios hijos al gulag. El periodista Arnie Silverstein informó acerca de un proceso inquisitorial especialmente ensañado contra un estudiante judío de la Universidad de Pennsylvania, que fue declarado culpable de «racismo» por llamar «búfalos» a un grupo de estudiantes borrachos que armaron jarana bajo la ventana de su dormitorio a las tres de la madrugada. Tras entregar su reportaje, el periodista comentó: «Qué ganas tengo de irme de Pennsylvania y volver a Estados Unidos de América.»²⁹

Los castigos reservados al profesorado disidente son más severos, pero menos publicitados. Y la Carta de Derechos no se aplica en el recinto de las universidades privadas. En un centro de New Hampshire, una representación mayoritaria del personal docente votó suprimir la libertad de expresión en el recinto. El lema del estado de New Hampshire es «Vive libre o muere». En la costa oeste, un profesor fue despedido por decir lo mismo que Jean-Jacques Rousseau y Larry Summers: que las diferencias naturales pueden explicar, en parte, el menor interés de las mujeres en las ciencias teóricas. En un centro del sur dirigido por una orden religiosa, un profesor latino fue objeto de censura por querer dar un curso sobre humanismo en el cine clásico. La administración le obligó a eliminar la palabra «humanismo» del contenido y la descripción del curso, porque consideraba que el «humanismo» es una doctrina «ofensiva» difundida por las «elites eurocentristas». Si se negaba, lo despedirían. Este profesor tiene una mujer e hijos que mantener. La paradoja es que es hijo de refugiados cubanos que huyeron del totalitarismo de Castro buscando la libertad en Estados Unidos, donde resultó que la vida de contemplación de este hijo se vio segada por el gulag estadounidense.

Confusión entre daño y ofensa

Uno de los pilares de la corrección política es la disposición a tomar como «ofensa» cualquier expresión o gesto que viole, o parezca violar, los requisitos monolíticos de la «diversidad». Toda persona que se vea oficialmente «ofendida» por cualquier cosa imaginable (siempre y cuando esta persona pertenezca a los grupos privilegiados, que están amparados por los códigos de expresión y que son los primeros en sentirse ofendidos por los supuestamente «privilegiados» varones blancos y judíos, cristianos, conservadores y heterosexuales) puede acusar a los presuntos «ofensores» con total

impunidad y puede hacer caer sobre ellos todo el peso de la ley del gulag, que en definitiva sólo existe para aumentar las mismas tensiones que finge rectificar.

La marca distintiva de la corrección política es la confusión entre daño y ofensa, así como la invocación de remedios (indemnizaciones, castigos y reparaciones) que se aplican normalmente a casos de daño. Esta confusión tiene sus raíces en el gulag, pero se ha extendido como un cáncer maligno por toda la civilización occidental. He publicado muchos escritos que clarifican y derriban esta confusión y que identifican los perjuicios que se derivan de ella, mediante diversos formatos: artículos académicos, revistas y un libro popular que dedica un capítulo entero al tema.³⁰ La editora neoyorquina de dicho libro, que resulta ser una entusiasta graduada por el gulag estadounidense, quiso censurar ese mismo capítulo porque la «ofendía». Al mismo tiempo, he recibido más muestras de agradecimiento por este capítulo que por cualquier otro, por parte de lectores de Estados Unidos y de otras partes del mundo que lo consideraron de gran ayuda. ¿Para qué? Para recordar una lección moral inestimable que prohíbe deliberadamente la corrección política: la asunción de la responsabilidad personal por el propio estado mental.

Si alguien le inflige daño corporal al actuar con violencia, normalmente usted no será responsable del daño recibido. La persona que le haya hecho daño será la responsable, lo haya hecho accidentalmente o no. Probablemente usted no ha deseado recibir este daño, y posiblemente no ha podido evitarlo. Toda sociedad civilizada posee leyes destinadas a proteger a sus ciudadanos contra el daño que puedan infligirles los demás y a aplicar castigos contra los autores cuando se les lleva ante la justicia. De hecho, usted tiene derecho a no sufrir daño: ataques, lesiones, golpes, violación, asesinato, etc. Una vez más, este derecho le pertenece individualmente como ser humano, con independencia de su raza, clase, sexo, género, etnia, religión y postura política. Lo que es más, incluso un profesional autorizado, como una enfermera, un dentista o un médico, debe obtener su consentimiento informado antes de llevar a cabo una operación que pueda provocarle un daño no intencionado. Todo buen gobierno tiene el deber de proteger a sus ciudadanos contra todo daño y, por tanto, de limitar las libertades de todo aquel que pudiera perpetrarlo, sea de forma intencionada (como en el caso de violencia premeditada) o involuntaria (como en el caso de la conducción bajo los efectos del alcohol). John Stuart Mill, defensor británico de la libertad individual (que ya no se encuentra entre los diez filósofos más valorados del Reino Unido, cosa que no presagia nada bueno), sentó este precepto fundamental en lo que ha acabado conociéndose como el «principio del daño»: «Que el único objetivo por el que justamente se puede ejercer el poder sobre un miembro de una comunidad civilizada, en contra de su voluntad, es para prevenir el daño a otros.»³¹

En cambio, no hay forma de que nadie pueda ofenderlo contra su voluntad. Pueden atacarlo, lesionarlo, golpearlo, violarlo o asesinarlo contra su voluntad; pero la ofensa es algo que sólo pueden ofrecerle y usted nunca estará obligado a aceptarla contra su voluntad. Si alguien le ofrece un insulto o expresa simplemente una opinión que usted no comparte, no le ha infligido ningún daño. Le habrá proferido una ofensa, y le corresponde a usted la responsabilidad de aceptarla o rechazarla. No obstante, si un sistema que le arrebatara su individualidad y humanidad y lo transforma en una víctima colectiva lo ha adoctrinado políticamente para aceptar las ofensas a la primera de cambio; y si lo ha condicionado ideológicamente para que se altere cada vez que oiga cierta palabra o expresión o que vea cierto gesto o símbolo, y si le ha reforzado un tipo de conducta que exija indemnización o castigo cada vez que se le ofenda, entonces vivirá en un estado de agitación y sufrimiento constantes, y siempre culpará a los demás, en lugar de ejercer su poder *individual* para realizarse como ser humano.

Así pues, bienvenido al gulag estadounidense, donde todos se «ofenden» constantemente y a continuación culpan a los demás de su estado mental alegando que han recibido un daño y exigen un castigo. El gulag otorga a sus víctimas el poder de aplicar una plétora de castigos arbitrarios (persecución, intolerancia, odio y exclusión de sus «enemigos»), un poder que les hace todavía más vulnerables al sufrimiento autoinfligido. La racialización y la feminización de las universidades estadounidenses han provocado la infantilización del alumnado, el profesorado y la administración de éstas, y de la propia civilización occidental a través de ellos. Al igual que en Canadá, algunas voces defensoras de la libertad y la razón se han alzado en Estados Unidos contra esta tiranía, pero con escasos resultados. Algunas de sus obras se enumeran en las sugerencias de lectura correspondientes al presente capítulo. Si le importa mínimamente la civilización occidental, le animo a que las lea. Si alguna vez se me presentara la oportunidad de levantar la educación superior estadounidense sobre sus ruinas, lo haría con sumo agrado. Créame cuando le digo que sé exactamente lo que se debe hacer y cómo.

Entretanto, por extraño que suene, soy un preso político del gulag estadounidense desde el año 2000, en que fui denunciado por practicar la filosofía en la City University de Nueva York (CUNY). ¿Denunciado por quién? Se me prohíbe saberlo, por orden del gulag. Los indicios señalan a ciertos psicólogos clínicos, que se sintieron «ofendidos» o «amenazados» por la idea de que la filosofía también ayuda a la gente. Según parece, convencieron a los comisarios políticos de la CUNY de que la gente que recibe asesoramiento filosófico corre peligro de convertirse en enferma mental y suicidarse. ¿Qué pruebas tienen? Ninguna, pero tampoco las necesitan. En el gulag, siempre se presume la culpabilidad del acusado, a quien no se permite ni afrontar a los acusadores,

ni conocer su identidad, ni defenderse de sus cargos, y ni siquiera saber en qué consisten éstos. En el gulag estadounidense, basta con la sola acusación para dictar sentencia y fijar la condena, en ausencia del acusado y sin juicio. Al estudiante o profesor condenado se le envía seguidamente un memorando en el que se le informa de que se ha dictado sentencia. Es *El proceso* de Franz Kafka, que ha cobrado vida en el gulag estadounidense.

Como bien saben Kors y Silvergate, que han visto este fenómeno de una costa a otra, «no queda prácticamente ningún lugar de Estados Unidos donde los tribunales de opereta y los procesos inquisitoriales sean la norma y no la excepción; salvo en universidades y centros académicos».³²

Por lo que sé, se me condenó por practicar filosofía sin licencia y por cometer crímenes del pensamiento; en concreto, por ayudar e inducir a los clientes a tener pensamientos no aprobados previamente por la universidad, y tal vez incluso por ciertos psicólogos. (Usted se estará haciendo perfectamente cargo de lo impopular que ha llegado a ser el tener pensamientos no autorizados en un centro universitario.) Tenga en cuenta que ningún estado de la Unión y ningún país del mundo exige ni expide licencias para el ejercicio profesional de la filosofía. Da lo mismo. El gulag estadounidense se aplica sus propias leyes. Así pues, desde el año 2000, la CUNY ha prohibido mi actividad filosófica en su recinto. Al parecer, la orden emana de la oficina del mismísimo Gran Hermano de la universidad: el rector Matthew Goldstein. Merecer esta atención supone un claro privilegio. Imagínese a John Glenn, el primer estadounidense que salió al espacio, parado por la policía interplanetaria para que le enseñe la licencia para orbitar la Tierra. Ahora imagínese a un pionero del asesoramiento filosófico interceptado por la policía del pensamiento del gulag para que le enseñe la licencia para orbitar el espacio filosófico con sus clientes.

Tras la prohibición de ejercer en mi universidad, se me ha invitado y animado a practicar la filosofía en todos los rincones de la aldea global; en todas partes, menos en el gulag estadounidense. De este modo, les agradezco a mis amigos y mentores budistas que me hayan ayudado a transformar esta prohibición en algo positivo, y por el mismo motivo agradezco al rector Goldstein de la CUNY (o a quienquiera que diera la orden) que haya contribuido a crear estas oportunidades tan buenas. Del mismo modo que aprendí a amar a la Gran Hermana (desde una distancia prudencial), también he aprendido a amar al Gran Hermano (desde una distancia aún más prudencial). Lo único que necesitas es amor.

Sin embargo, muchos de mis colegas estadounidenses han sido menos afortunados. Este gulag ha destruido carreras, aplastado mentes y devaluado el concepto de

humanidad. Cuando hablo de estos asuntos con mis amigos rusos o de la Europa oriental, reconocen al instante que el estalinismo está vivo y coleando y que ahora aterroriza a la mente política del mismo país que derrotó al cuerpo político de Stalin. De este modo, se manifiesta una vez más la sabiduría del camino medio: al abrigar ideas sobre «un enemigo», corremos el peligro de convertirnos en él, incluso derrotándolo. Los males deben corregirse, pero nunca pueden corregirse con otro mal.

Entre el gran número de cartas y de mensajes de correo electrónico que recibo, una breve nota escrita a mano es la que más me ha conmovido. Procedía de una chica negra de 18 años de Los Ángeles. No me escribió directamente a mí, sino a la asociación filosófica de la que soy cofundador:³³ «Señores de la APPA: Gracias por lo que están haciendo por nuestra civilización.» Mi único deseo es poder hacer más. Por ella y por toda su generación, a quienes ha traicionado el gulag estadounidense, y por los jóvenes a lo largo y ancho del mundo en vías de desarrollo, que necesitan con urgencia las «buenas prácticas» educativas de una civilización vetada por el gulag estadounidense.

¿Sorprende acaso que europeos y asiáticos se muestren cada vez más atónitos ante la ignorancia de generaciones de estadounidenses «educados» y «graduados» por este gulag? Las artes liberales han sido sustituidas por un resentimiento destructivo y un odio encarnizado hacia «lo mejor que se ha pensado y dicho» debido a la implacable demonización de quienes lo pensaron y dijeron y por el adoctrinamiento político que aniquila la preciosa vida mental y repudia las libertades individuales que conforman el corazón y la base de nuestra propia civilización. El gulag estadounidense no es cosa de risa, son unos establos de Augías que necesitan una limpieza urgente. El día que encuentre una escoba, prometo barrerlos a conciencia.

Nueva visita al reino de la diversidad

Fuera del ámbito universitario, doy charlas a grupos muy heterogéneos de toda la geografía estadounidense: ejecutivos, profesionales, funcionarios, inversores e industriales, entre otros. Estos grupos me invitan a asistir a sus cenas para que les hable del papel de la filosofía en relación con su posición y con la aldea global. Les brindo muchos de los temas que estoy tratando en el presente libro y con planteamientos muy similares. Ya se habrá dado cuenta de que soy un provocador de mentes, capaz de agitar los hábitos de pensamiento autocomplacientes de las personas, de retarlas a pensar con más detenimiento en qué creen y por qué, de alentarlas a examinar el modo en que viven (al menos, durante una hora o dos después de sus banquetes anuales). Disfruto mucho de esta interacción con las personas, y ellas aprecian también mis aportaciones. Este tipo de auditorio está compuesto de estadounidenses francos y trabajadores, y en su mayoría

tienen, y desean mantener, un pie bien asentado en la realidad. Por eso, siempre me resulta extraño cuando les oigo decir, como ocurre una y otra vez en estos actos: «Usted no habla como un académico» o «Lo que dice no suena como lo que dice ninguno de los profesores que conozco». Lo dicen en tono a la vez sorprendido y aliviado, porque para muchas de estas personas supone un inesperado soplo de aire fresco.

Aun así, ¿no es extraño? He basado mi actividad en el ámbito académico durante la mayor parte de mi vida adulta, y he enseñado filosofía en universidades desde la década de 1980. Los perros ladran, los gatos maúllan, los patos graznan, las vacas mugen. ¿Cuál es la voz de un académico? ¿Cómo tiene que «sonar» lo que dice un profesor? Estas personas sensatas y trabajadoras, alejadas del ámbito académico, han sido sometidas a una sobreexposición a la propaganda del gulag estadounidense: una cultura monolítica de extremismo institucionalizado, colectivizado y deshumanizado que supura odio, intolerancia, política identitaria y difamación de la civilización occidental en todos los sentidos. Más que extraño, resulta perversamente trágico que los académicos y profesores a los que han conocido o escuchado hablen exactamente igual que todos los demás. Ahí tienen el resultado de la «diversidad».

Mi colega Daphne Patai se hizo profesora para expresar su humanidad de forma más plena. Las circunstancias revelaron que, trabajando en su caso en la célebre Universidad Amherst de Massachusetts del gulag estadounidense, no pudo haber elegido un peor camino profesional para este objetivo tan encomiable. Reproduzco a continuación lo que publicó en una revista llamada *The Liberal*, en un conmovedor artículo titulado «Speaking as a Human» [Hablar como un ser humano]. Prepárese, porque lo que dice la profesora Patai tampoco «suena» a académico.

Siempre he querido poder hablar como un ser humano, pero con los años esta aspiración ha sido cada vez más difícil de alcanzar. Me hice profesora movida por mi deseo de dedicarme a las ideas. Seguidamente, pasé a ser profesora feminista y tuve que ejercer la mitad de mi labor académica en el departamento de Estudios de la Mujer. Por la época en que se me clasificó como mujer privilegiada en calidad de blanca, heterosexual y de etnia europea (y comprendí que nuestra docencia estaba específicamente encaminada a guiar a las alumnas hacia el activismo feminista) me convertí en profesora ex feminista y volví a tiempo completo a mi departamento original [Lenguas Románicas]. [...] ¿Qué es lo que ocurre cuando una persona escribe o habla como miembro de un grupo de identidad u otro? [...] Cuando hablo como mujer, a los hombres más les vale callarse. Cuando hablo como mujer heterosexual, las mujeres lesbianas pueden imponerse sobre mí, pero si éstas son blancas, las mujeres que no son blancas, sean lesbianas o no, pueden

imponerse a su vez sobre ellas. [...] Sin embargo, estoy convencida de que ésta no es forma de llevar una docencia o una vida académica, y que la política identitaria tiene un efecto pernicioso en la educación [...] como revela la reciente contratación en mi Universidad de una profesora de ciencias sociales lesbiana (cuyos defensores han reconocido incluso que no era la mejor candidata para el puesto), con la justificación de que «nuestro alumnado necesita una maestra lesbiana». [...] Evidentemente, tendré que esperar a otra vida para poder hablar como un ser humano.³⁴

¿Entiende a la profesora Patai? No se le permite ser humana en esta vida por decreto del gulag estadounidense, que ha abolido su libertad, negado su oportunidad y aplastado su esperanza de ser humana.

Aristóteles, como sabemos, valoraba la vida dedicada a la contemplación por encima de cualquier otra al considerar que es la que mejor conduce a la realización *como ser humano*. La aspiración de la profesora Patai era la misma: dedicarse «a las ideas» como forma de experimentar su humanidad en plenitud. Recordemos lo que afirmaba Aristóteles: «Los instruidos se diferencian de los no instruidos como los vivos de los muertos.» Los seres instruidos que trabajan en colectivos no instruidos se sienten, en efecto, como si vivieran entre los muertos: los muertos de mente, muertos en su propia humanidad.

Recordemos también la filosofía budista de Daisaku Ikeda respecto a la educación: «Los estudiantes o discípulos siempre deben ocupar el lugar central de todo esfuerzo educativo, y todo lo que pase por alto su individualidad, inculque conocimiento por la fuerza o les obligue a entrar en un molde uniforme debe ser rechazado.» El gulag estadounidense sitúa las políticas identitarias y las ideologías deshumanizadoras en el lugar central de su esfuerzo educativo. El gulag estadounidense no sólo no tiene en cuenta la individualidad de sus estudiantes; la señala con una «bandera roja», la demoniza y prohíbe y también su saludable expresión. El gulag estadounidense no inculca conocimiento por la fuerza a sus estudiantes; peor aún, deconstruye el saber y, en su lugar, inculca por la fuerza la historia revisionista y mitologías racista y sexista invertidas. El gulag estadounidense debe rechazarse y sustituirse (como ha hecho Daisaku Ikeda) por academias y universidades que valoren al estudiante como individuo y le transmitan la tradición de las artes liberales.

Como sabemos también, Confucio se veía como transmisor de cultura y enseñó a sus discípulos a honrar sus tradiciones, a venerar a sus antepasados, a respetar a sus maestros y a practicar la bondad y la rectitud entre ellos. ¿Dónde están la honra, la

veneración, el respeto, la bondad y la rectitud en el gulag estadounidense? Como observó Confucio: «Aquellos cuyas medidas son dictadas por la mera conveniencia generarán siempre el descontento.» Así es el gulag estadounidense: un mundo infernal cuyas medidas son dictadas por la conveniencia más desnuda (la conveniencia nueva del emperador) y cuyos secuaces adoctrinados se consumen en un perpetuo desprecio hacia ellos mismos, la historia y todo el ancho mundo que los rodea.

Los filósofos abc

Cualquiera que valore la humanidad, y que vea la educación como un aspecto vital en la realización de todo individuo, no puede más que sentir consternación ante estos dos extremos educativos de la aldea global. En el mundo en vías de desarrollo, como hemos visto, se excluye a las niñas de la alfabetización mientras los niños portan armas de asalto. Estos niños no tienen la oportunidad de acceder a una educación adecuada. Sus mentes jóvenes se atrofiarán y echarán a perder. En el mundo desarrollado, como hemos visto también, la educación ha sido sustituida por una incapacitación cognitiva y un adoctrinamiento político generalizados. Estos niños tienen abundantes oportunidades de acceder a una educación indecente. En ninguno de ambos extremos cuenta mucho el individuo. En ninguno de los dos los niños tienen la oportunidad de aprender y ampliar «lo mejor que se ha pensado y dicho» por seres humanos individuales para el provecho de otros seres humanos individuales. Ni en el desfase global ni en el gulag estadounidense pueden florecer las personas como han defendido los filósofos abc. Esta situación no trae nada bueno a la aldea global.

1 <http://www.worldlit.ca/facts.html> [en inglés].

2 <http://www.worldlit.ca/facts.html> [en inglés].

3 Ibid.

4 HUXLEY, Aldous: *An Encyclopedia of Pacifism*, Chatto & Windus, Londres, 1937, p. 32.

5 Gulag es un acrónimo formado por la expresión Glavnoie Upravlenie ispravitelno-trudovij Lagueri i koloni (la Administración Superior de los Campamentos y colonias de trabajo correctivo del NKVD).

6 <http://en.wikipedia.org/wiki/Gulag> [versión del artículo en castellano: <http://es.wikipedia.org/wiki/Gulag>].

7 Son miembros de la resistencia canadiense, entre otros: Grant Brown, John Fekete, John Furedy, Bill Gairdner, Andrew Irvine, Jan Narveson, Karen Selick. Son miembros

de la resistencia estadounidense, entre otros: Stephen Balch, Allan Bloom, John Frary, Barry Gross, Paul Gross, Susan Haack, David Kelley, Roger Kimball, Noretta Koertge, Alan Kors, Michael Levin, Norman Levitt, Daphne Patai, Harvey Silverglate, Christina Hoff Sommers, Thomas Sowell.

8 El DSM es el Diagnostic and Statistical Manual [Manual diagnóstico y estadístico], publicado por la Asociación Estadounidense de Psiquiatría. Es la «biblia» de las enfermedades mentales, que consultan los psiquiatras y los psicólogos colegiados para efectuar sus diagnósticos.

9 WIESEL, Elie: La noche, el alba, el día, El Aleph Editores, Barcelona, 1986.

10 ROSENHAN, D.: «On being sane in insane places», Science, núm. 179 (enero de 1973), pp. 250-7.

11 SHIRER, William: Auge y caída del III Reich, Caralt Editores, S. A., Barcelona, 1971.

12 Cit. *ibid.*, pp. 251-2.

13 Un día, sin motivo aparente, se baña, viste y alimenta adecuadamente a un puñado de presos. Sus celdas se proveen de libros, revistas y adornos. Tras unos días con este tratamiento celestial, averiguan a qué se debe: se ha dado permiso a un equipo de la Cruz Roja Internacional para visitar la prisión. Lo que ve la delegación la convence de que los presos están bien tratados. Cuando termina la visita, se despoja a los presos de sus ropas y se les obliga a ponerse los harapos de antes. Se reinstaura la horrible dieta y se retiran los libros, revistas y adornos de las celdas. No obstante, en la celda de uno de los presos, queda una figurilla, encajada en una grieta de la pared, que no han visto los guardias: un buda sonriente.

14 Carta Canadiense de Derechos y Libertades (Canadian Charter of Rights and Freedoms), 1982, Parte 1 de la ley constitucional, 1982.

15 Comité Canadiense sobre la Violencia contra la Mujer (Canadian Panel on Violence Against Women): Changing the Landscape: Ending Violence - Achieving Equality, Ministerio de Suministros y Servicios de Canadá, Ottawa, 1993.

16 FEKETE, John: Moral Panic, Robert Davies, Montreal, 1994, p. 23.

17 LONEY, M.: «The Politics of Race and Gender», Inroads, 3, verano de 1994, pp. 84-5.

18 18. *Ibid.*

19 BAKER, B., J. BOULAD-AYOUB, L. CODE, M. MCDONALD, K. OKRUHLIK, S. SHERWIN y W. SUMNER: Report to the Canadian Philosophical Association from the Committee to Study Hiring Policies Affecting Women, Canadian Philosophical Association, 1991.

- 20 <http://www.mtsu.edu/~baustin/nurmlaw2.html> [en inglés].
- 21 El nombre del déspota totalitario de 1984, de George Orwell, es el «Gran Hermano».
- 22 La obra de Paul Gross y Norman Levitt, *Higher Superstition*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994, ofrece un revelador informe del ataque del feminismo militante contra la ciencia.
- 23 KIMBALL, Roger: *Tenured Radicals*, Ivan R. Dee, Chicago, 1998, p. XII.
- 24 KORS, Alan y Harvey SILVERGLATE: *The Shadow University: The Betrayal of Liberty on America's Campuses*, The Free Press, Nueva York, 1998, p. 213.
- 25 Ibid.
- 26 Ibid., p. 215.
- 27 Ibid., p. 215.
- 28 Ibid., p. 103.
- 29 Ibid., p. 31.
- 30 Pueden leerse gratuitamente extractos de mis escritos acerca de la corrección política en <http://www.loumarinoff.com> [en inglés].
- 31 MILL, John Stuart: *Sobre la libertad*, publicado por primera vez en 1859.
- 32 KORS y SILVERGLATE, op. cit., p. 276.
- 33 American Philosophical Practitioners Association (APPA), <http://www.appa.edu> [en inglés].
- 34 *The Liberal*, septiembre-octubre de 2005, pp. 28-30.

Los extremos económicos: Superabundancia y penuria

Así pues, es evidente que la mejor comunidad política estará formada por ciudadanos de clase media, y probablemente estarán bien administrados aquellos Estados en que la clase media sea amplia.

Aristóteles

«Tengo hijos, tengo riquezas»; pensando así, se atormentan los engañados. Sin embargo, si no son poseedores de su propia persona, ¿cómo lo serán de hijos? ¿Cómo lo serán de riquezas?

Buda

En un país bien gobernado, la pobreza es algo de lo que avergonzarse. En un país mal gobernado, la riqueza es algo de lo que avergonzarse.

Confucio

Las geometrías de la paridad y la disparidad

La globalización ha creado oportunidades y riquezas para muchas personas, y ofrece posibilidades similares para otras muchas. Para las personas y organizaciones que ya son ricas, la globalización abre nuevas perspectivas de inversión y les permite multiplicar muchas veces su riqueza. Las clases medias instruidas también pueden prosperar, especialmente las del mundo en vías de desarrollo que realizan el cambio de la producción de bienes a la prestación de servicios. Además, hay una creciente fuga de cerebros de Estados Unidos a Asia, sobre todo en los sectores de alta tecnología. Los asiáticos denominan «afluencia de cerebros» a este fenómeno. Este flujo de poder cerebral actúa en dos niveles, como mínimo: el físico y el virtual. En el físico, muchas personas con talento y habilidad hacen las maletas y se van a Asia, donde el dinamismo económico y el crecimiento cultural aprecian su talento y les ofrecen interesantes oportunidades. Todavía acuden estudiantes asiáticos en masa a las universidades

estadounidenses, cuyos nombres siguen teniendo caché; pero, al graduarse, un número creciente de estos estudiantes vuelve a su país para labrarse la carrera, en lugar de quedarse en Estados Unidos. En Pekín se dice que «es mejor ser la cabeza del pollo que la cola del buey». Estados Unidos es el buey: grande y poderoso, pero también torpe y decaído. En el plano virtual, todo tipo de trabajo intelectual se está reubicando de bases estadounidenses a asiáticas, donde las plantillas de técnicos suelen ser más motivadas, más eficientes y menos caras.

No obstante, al mismo tiempo la globalización está reubicando la producción y los puestos de trabajo vinculados a ella en países en vías de desarrollo, donde la fuerza de trabajo es mucho más barata, las prestaciones para los trabajadores mucho más escasas, las normas de seguridad mucho más débiles y la protección medioambiental mucho menos vinculante (cuando lo es), por lo que los beneficios son mucho mayores. En el mundo en vías de desarrollo, las clases trabajadoras se están convirtiendo en una especie en extinción excepto en los niveles más bajos, en que los sueldos son tan ínfimos que los trabajadores apenas ganan para vivir. Entretanto, los trabajadores del mundo en vías de desarrollo están contentos con su empleo, porque los «sueldos de esclavo» que les paga Wal-Mart en países como México (esta cadena minorista es la empresa que más puestos de trabajo crea en este país) son una gran mejora respecto a no tener empleo. No obstante, es indiscutible que estos trabajadores están explotados, y que este aspecto de la globalización no parece otra cosa que una versión ampliada de la Revolución Industrial, que recorre toda la faz del planeta.

Asimismo, los países y regiones del mundo donde la corrupción es excesiva, donde el capitalismo favoritista o depredador es un mal endémico, donde la mala administración ha alejado o retardado el desarrollo, donde la infraestructura está debilitada o no existe, o donde el gobierno ha fracasado estrepitosamente y se ha degenerado a un estado de la naturaleza hobbesiano, estos países o regiones del mundo están quedando cada vez más a la zaga de los países en vías de desarrollo, y sus habitantes se empobrecen todavía más. Como relata el periodista Robert Kaplan, los habitantes de los «Estados fallidos» de África, Asia y Oriente Medio disponen de libertades, oportunidades y esperanzas simétricamente reducidas.¹ Si la labor del «gobierno global» se limita a clasificar a los enfermos que precisan tratamiento de urgencias, muchos de estos países quedarán abandonados para que mueran, con sus decenas de millones de habitantes relegados a la subsistencia, en un panorama similar al de la película *Cuando el destino nos alcance* (*Soylent Green*), y eso si tienen suerte.

Dicho llanamente, hay más gente en el mundo que vive mejor que nunca, mientras que cada vez son más los que viven peor que nunca. Partes del mundo desarrollado han

alcanzado unos niveles de vida llenos de lujos y distracciones al alcance de las clases medias, que pocos en toda la historia de la humanidad habrían considerado posibles a tan gran escala. Mientras tanto, la mitad de la población del mundo todavía subsiste con dos dólares al día o menos, nunca ha leído un libro, ni ha realizado una llamada telefónica, ni ha visto la televisión, ni ha enviado un mensaje de correo electrónico, ni ha comido en un restaurante, ni ha volado en un avión, ni ha comprado en su vida en un Wal-Mart. De este modo, la brecha entre los ricos y los pobres se ensancha, y estrecharla constituye el mayor reto para la globalización. A medida que se ensancha la brecha, son más pronunciados los extremos entre el tener y el no tener, lo que a su vez genera un sufrimiento humano sin medida, desestabiliza la aldea global y amenaza las aspiraciones comunes de la humanidad de paz, prosperidad y seguridad.

Hay además unas geometrías subyacentes para la distribución de la riqueza, que puede representarse como variaciones sobre un esquema que ya hemos visto y que está propiciada tanto por la biología como por la cultura. No es otra que la distribución de Gauss normal, que puede emplearse para ilustrar tres tipos distintos de distribución de la riqueza: extremadamente desequilibrada, moderadamente desequilibrada y razonablemente equilibrada.

La figura 12.1 ilustra una distribución extremadamente desequilibrada, que tiene tres modalidades (y por eso se denomina «trimodal»). Un número de personas muy reducido posee la mayor parte de la riqueza. Un número de personas algo mayor posee una riqueza moderada: son las clases medias. Por último, la inmensa mayoría de las personas casi no posee riquezas, y de hecho viven por debajo del umbral de la pobreza. Estas tres modalidades están separadas por la clase, la casta o por otros tipos de barreras que impiden compartir la riqueza y gozar de movilidad socioeconómica, como las teocracias, los feudalismos, los capitalismos depredadores, los gobiernos fallidos o las economías marxistas planificadas. Hay muchas situaciones políticas que pueden provocar la aparición de esta distribución extremadamente desequilibrada. Aparezca como aparezca, sin embargo, el efecto general es siempre el mismo: una inmensa cantidad de personas empobrecidas, y sus hijos, tienen una escasa o nula oportunidad de mejorar su posición socioeconómica.

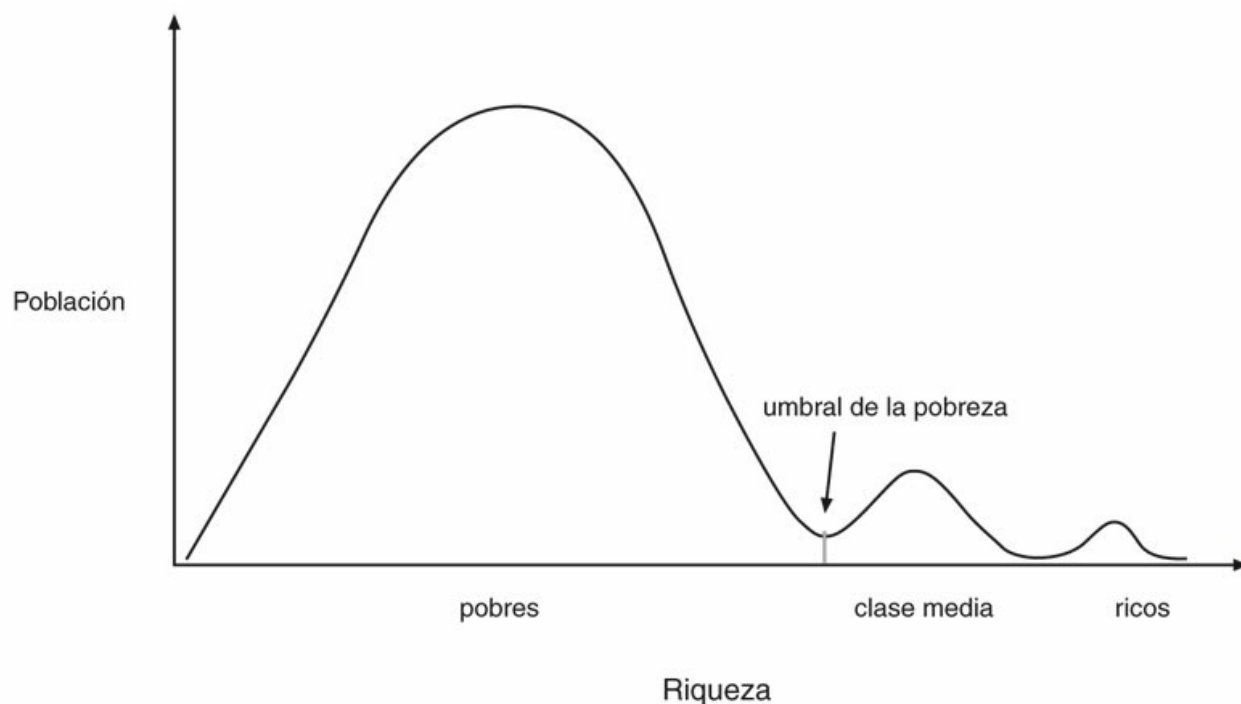


Figura 12.1. Distribución de la riqueza trimodal (no está a escala). Esquema mundial.

La figura 12.1 es una imagen desoladora. La mitad de la población mundial está atrapada en una pobreza total. Tres mil millones de seres humanos, mayormente en África, Oriente Medio, Asia y América Latina viven con menos de dos dólares al día, con posibilidades escasas o nulas de mejorar en el espacio de su vida. La figura 12.1 es el gran desafío de la globalización y de la humanidad. ¿Cómo puede mejorarse esta distribución extremadamente desequilibrada? Como ya sabía Aristóteles en la Antigüedad, el remedio es la «proporción áurea», y por eso sostenía que una clase media fuerte era esencial para la viabilidad de cualquier Estado. Es necesario generar riqueza pero sin acapararla excesivamente: debe permitirse que se vaya filtrando a quienes se hallan por debajo del umbral de la pobreza (no en forma de caridad, sino de oportunidad) para que puedan progresar lo bastante como para conformar una clase media numerosa y activa. Como escribió Aristóteles: «Grande es, pues, la buena fortuna de un Estado en que los ciudadanos gozan de una propiedad moderada y suficiente, ya que, donde hay unos que poseen mucho y los demás nada, puede aparecer una democracia extrema o una oligarquía extrema, o puede surgir una tiranía de cualquiera de ambos extremos.»²

La figura 12.2 ilustra una distribución de la riqueza moderadamente desequilibrada (y, por tanto, también moderadamente equilibrada). Un número de personas relativamente reducido todavía controla una riqueza enorme; pero dicha riqueza se ha filtrado de modo que se crean oportunidades suficientes para la aparición de una clase media numerosa y

fuerte, la mayoría de cuyos integrantes vive por encima, no por debajo, del umbral de la pobreza. Existe cierta movilidad socioeconómica, acompañada de un componente de inestabilidad que permite que incluso los más pobres puedan aspirar a hacerse ricos y que incluso los más ricos sean vulnerables a la ruina. Aun así, hay una desproporción entre la minoría del extremo rico y la mayoría del pobre, donde son pocos los que aflorarán por encima del umbral de la pobreza y entrarán en las florecientes clases medias. Se trata de una distribución de la riqueza sesgada. Supone una gran mejora respecto a la figura 12.1, pero sigue presentando un exceso de pobreza.

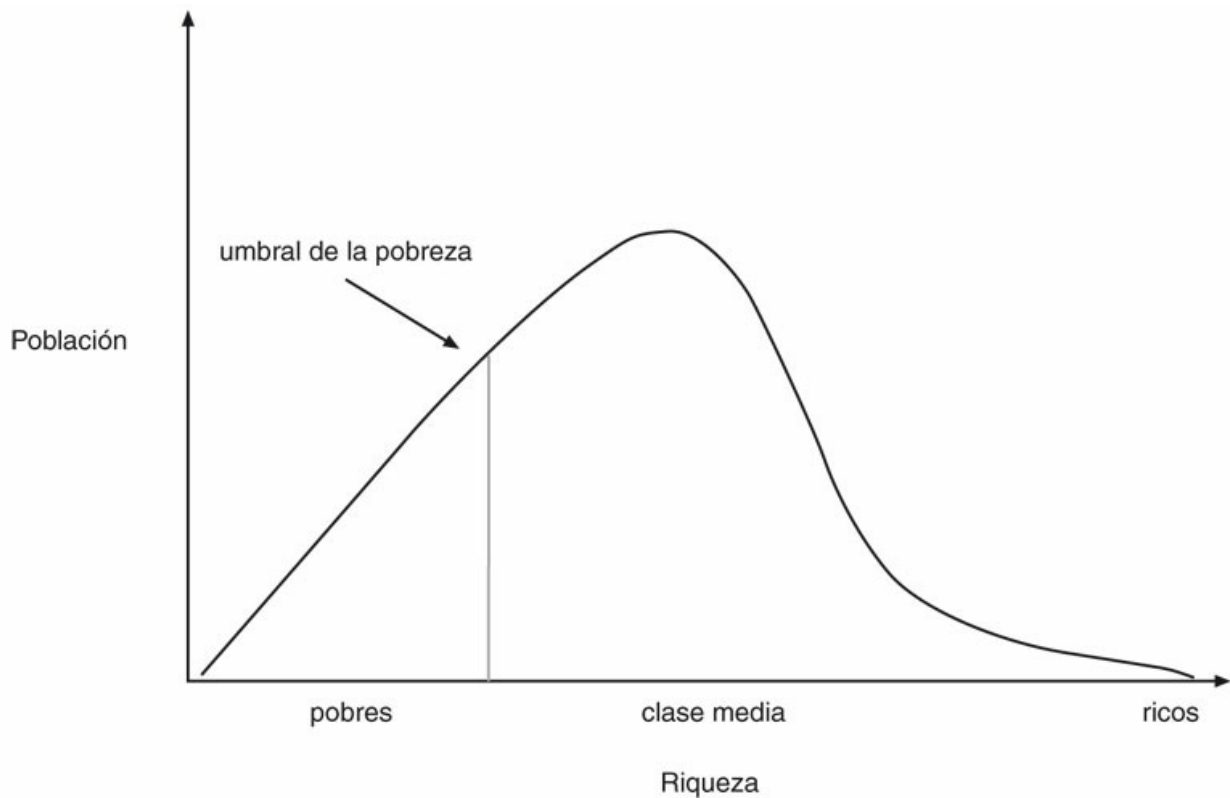


Figura 12.2. Distribución de la riqueza sesgada (no está a escala). Esquema estadounidense.

La figura 12.2 resulta ser la de Estados Unidos, el país más rico del mundo, con una de las economías más fuertes. La característica más atractiva de este país radica desde hace mucho tiempo en las oportunidades que ofrece a inmigrantes sin dinero para abrirse camino hacia las clases medias, y a los integrantes de éstas para abrirse camino hacia los estratos más ricos. Pese a ello, decenas de millones de estadounidenses viven en la pobreza, tanto en el ámbito urbano como en el rural. Carecen de comida, vivienda, atención sanitaria y educación dignas. Otras decenas de millones son inmigrantes ilegales,

procedentes en su mayoría de México, a quienes resulta imposible analizar ni siquiera para establecer una evaluación socioeconómica. La figura 12.2 es el esquema que corresponde aproximadamente a muchos países desarrollados, menos ricos en general que Estados Unidos, aunque capaces de distribuir su riqueza en una medida similar.

Si bien la pobreza es fuente de sufrimientos, también resulta mucho mejor ser pobre en un país rico que serlo en uno pobre, ya que el umbral de la pobreza en uno rico estará muy por encima del umbral de uno pobre. Si comparamos la suerte de los supervivientes más pobres del tsunami que inundó el sureste asiático en diciembre de 2004, y que mató a unas 200.000 personas y dejó sin nada a millones de personas más, con la de los supervivientes más pobres del huracán Katrina, que destruyó Nueva Orleans y mató a cerca de 1.500 personas en septiembre de 2005, percibiremos un fuerte contraste. Pese a que la corrupción afecta tanto a muchos países de Asia como al estado de Luisiana, los supervivientes del Katrina tienen perspectivas mucho mejores que los del tsunami. ¿Por qué? Porque el esquema de la figura 12.2 indica que afluirán más ayudas y oportunidades hacia los damnificados de Nueva Orleans que hacia los damnificados de Bangladesh o Aceh (a pesar de las tremendamente generosas donaciones que realizaron muchos occidentales de todo el mundo en ayuda a los afectados por el tsunami). No obstante, la pobreza no deja de ser pobreza, sea en Asia o Estados Unidos, y hay pocos países de la aldea global que hayan podido reducirla a unos niveles mínimos.

La figura 12.3 muestra la distribución de la riqueza en las democracias sociales más avanzadas: Canadá y los países escandinavos. Se trata de un esquema normal, ni fragmentado ni multimodal, y muchos economistas sostienen que representa el mejor resultado que se puede lograr a escala nacional. Esta distribución reduce tanto la riqueza excesiva como la pobreza excesiva, y abarca la gran mayoría de los habitantes en una floreciente clase media, que goza del nivel de vida medio más alto del mundo. La elevada carga fiscal tanto para las clases ricas como las medias permite mantener una generosa red de seguridad para la protección social, de modo que relativamente pocas personas caen por debajo del umbral de la pobreza. La democracia no es el único medio de alcanzar una distribución de este tipo: las democracias confucianas autoritarias pero compasivas, como las de Singapur o Japón, han alcanzado una distribución de la riqueza similarmente proporcionadas sin convertirse por ello en «Estado del bienestar». Independientemente del medio político utilizado para obtenerla, la distribución de la riqueza ilustrada en la figura 12.3 sigue siendo un ideal al alcance de sólo un 2,5% aproximadamente de los habitantes del mundo, y de los países con poblaciones relativamente pequeñas o incluso minúsculas. Otro 35% más o menos de los habitantes del mundo viven en países cuya distribución de la riqueza se parece a la de la figura 12.2, mientras que la gran mayoría de la población mundial todavía no ha evolucionado

económicamente más allá de la prisión de pobreza de la figura 12.1.

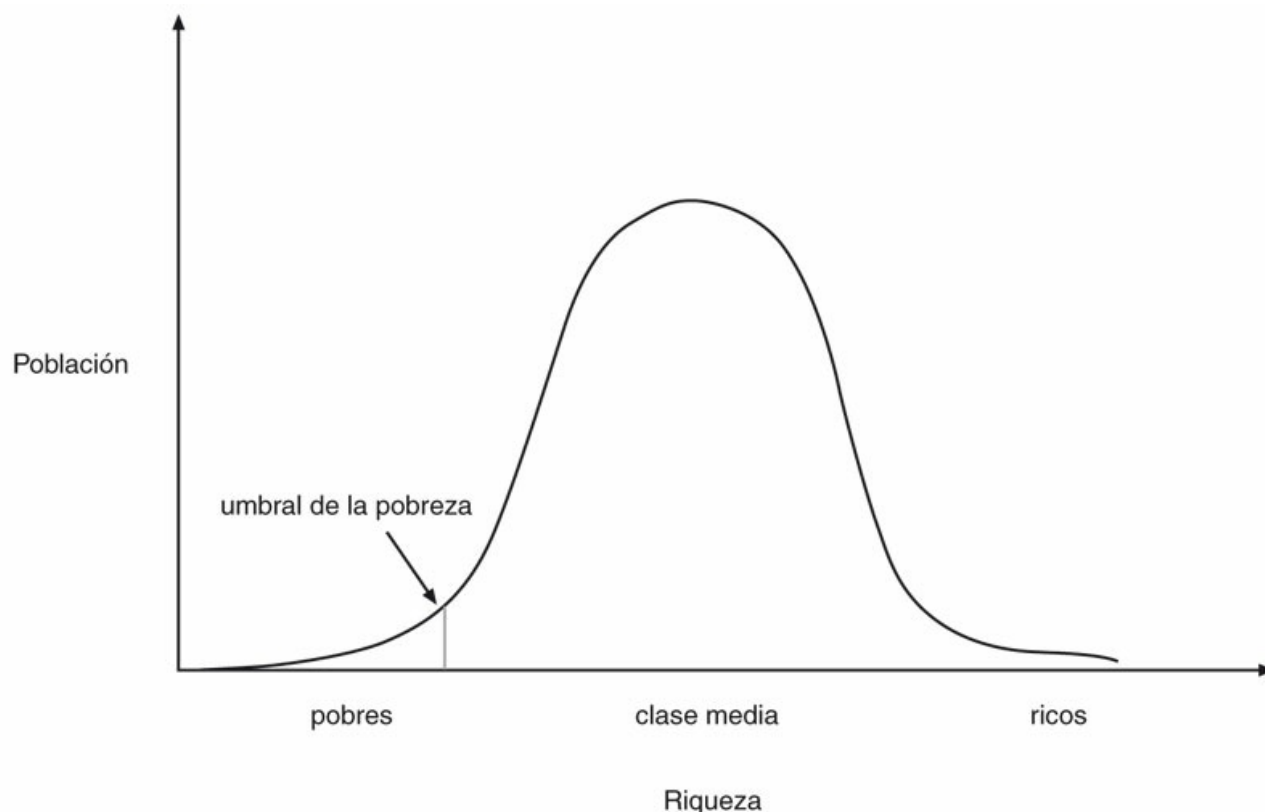


Figura 12.3. Distribución de la riqueza normal (no está a escala). Esquema canadiense, escandinavo, japonés y singapurense.

Mientras que resulta dolorosamente obvia la persistencia de grotescos desequilibrios en la economía mundial, y la globalización tanto puede mejorarlos como aumentarlos, la medición de la riqueza o, de modo más general, del bienestar socioeconómico, no es en absoluto una tarea sencilla ni objetiva. Los físicos pueden determinar las propiedades materiales de cuerpos y sistemas con mucha mayor facilidad y objetividad, al menos en el mundo newtoniano cotidiano, dado que la masa, la longitud, la carga y el tiempo son sistemas de medición fundamentales y universales. De modo similar, los químicos y los biólogos trabajan con «observables» que existen de forma objetiva, por lo que se pueden medir de modo igualmente objetivo. Los «observables» de los sociólogos y economistas no son tan objetivos, y son mucho menos adaptables a los sistemas de medición universales. La masa de un protón es una propiedad objetiva del mismo, mientras que la riqueza de un ser humano es, en parte, un concepto subjetivo del economista. Todos los físicos obtendrán el mismo valor de la masa de un protón, lo midan como lo midan; pero

cada economista obtendrá un valor diferente de la riqueza de un ser humano, según los modelos conceptuales de la riqueza que utilicen. ¿La riqueza equivale a ingresos o a valor neto? ¿A equilibrio o a capacidad de pagar la deuda? ¿Se calculan los ingresos de un individuo antes o después de deducir los impuestos? ¿Se tienen en cuenta otros factores como la edad, el sexo, la demografía o el potencial de ganancias futuras? ¿Cómo se mide la calidad de vida? ¿Cómo se complementan los factores cuantitativos con los cualitativos? Puesto que estas preguntas no se pueden contestar de una sola manera, tampoco existe una concepción unitaria de la riqueza de por sí. Cada economista elabora su propio modelo conceptual, y por ello no mide la riqueza de los seres humanos, sino el concepto que tenga de lo que significa para los seres humanos poseer riqueza.

Yo me refiero a la riqueza y a la pobreza sobre una base general del sentido común, no de un modelo conceptual de la ciencia económica. Las figuras 12.1, 12.2 y 12.3 reflejan las desigualdades esenciales y objetivas en la distribución global de la riqueza, sin entrar en detalles variables y conceptuales de los modelos económicos. No hace falta que usted sea un economista para saber si tiene más o menos riqueza que su vecino, si su comunidad es más o menos adinerada que la vecina, si su país es más o menos próspero que sus vecinos en la aldea global.

¿La riqueza genera pobreza?

Esta pregunta se plantea a menudo, especialmente en boca de quienes se han visto incitados a creer que la «hegemonía patriarcal del varón blanco heterosexual» es culpable de todos los males del mundo. ¿En qué medida la pobreza en el mundo en vías de desarrollo está determinada por la abundancia en el mundo desarrollado? ¿Es tan pobre la mitad del mundo precisamente porque haya otros tan ricos? Esta pregunta permite diversas respuestas, en función de los diversos intereses políticos, así como de las diversas interpretaciones de las estadísticas. Los economistas coinciden mayormente en dos formas en las que la abundancia de unas zonas induce a la pobreza en otras, y en breve las resumiré. No obstante, y en un plano más general, hay un factor dominante que siempre debe tomarse en consideración; es decir, la economía no es un juego de «suma cero». Voy a explicárselo.

El póquer es un juego de suma cero, porque las ganancias totales (de todos los jugadores que ganan) equivale a las pérdidas totales (de todos los jugadores que pierden). Por ejemplo, si usted gana 100 dólares jugando al póquer, otro jugador (o una combinación de jugadores) tiene que haber perdido 100 dólares. En cambio, la creación de riqueza no es de suma cero. La riqueza puede crearse y también destruirse. Si alguien gana 100 dólares, eso no quiere decir que otro (o una combinación de otros) haya perdido necesariamente 100 dólares. Tal vez hayan comprado bienes por valor de 100

dólares que venderán por más de 100 dólares, o hayan pagado por servicios que mejorarán su capacidad de ofrecer, a su vez, sus propios bienes o servicios. Puesto que la creación de riqueza en general no es de suma cero, no se puede afirmar de forma simplista que si hay gente pobre es sólo porque hay gente rica.

Por otra parte, los países (e individuos) más ricos pueden emplear su riqueza para sacar provecho de los países (e individuos) más pobres y, en este sentido, los economistas, empresarios y políticos saben perfectamente que los extremos de riqueza en los barrios más adinerados de la aldea global pueden tener, y de hecho tienen, parte de responsabilidad en la perpetuación de los extremos de pobreza en los menos adinerados, y de dos formas distintas. En primer lugar, las subvenciones a la agricultura en el mundo desarrollado, como en el conocido caso de la UE (y sobre todo en Francia), donde los ganaderos reciben ayudas de más de ocho dólares por vaca, reducen artificialmente el coste del producto. Esto permite comercializarlo a precios más baratos en el propio país y «reventar» los mercados en desarrollo al comercializarlo a un precio al consumidor más bajo que los productos propios que no reciben subsidios. De este modo, las economías ricas exprimen a las pobres. En segundo lugar, se impide a los países más desfavorecidos que comercialicen de forma competitiva sus propios productos en los países desarrollados por medio de un intrincado sistema de aranceles proteccionistas, que hacen que a países más pobres no les salga a cuenta introducirse en los mercados más lucrativos. Juntos, estos dos factores (subvenciones y aranceles) someten a los países en vías de desarrollo a formas de imperialismo económico, y en este sentido es innegable que los países más adinerados sacan beneficio de la pobreza de los demás. Esta situación suscitó una conocida y sarcástica afirmación del analista de políticas alimentarias Devinder Sharma, que observó que una vaca europea subvencionada goza de un mayor nivel de vida que un campesino asiático sin tierras.³

Además de las subvenciones y los aranceles que regulan el flujo de bienes en la aldea global, también hay procesos que regulan el flujo y propiedad de la información, como los derechos de la propiedad intelectual. El filósofo británico Francis Bacon fue el primero en observar que el conocimiento es poder, y desde luego estaba en lo cierto. Al regular el flujo y la titularidad de la propiedad intelectual (como las patentes de los medicamentos), los gobiernos y las grandes empresas pueden estar fomentando los desequilibrios entre el tener y el no tener. Algunas voces críticas denominan a esto el «feudalismo de la información».⁴ Al igual que ocurre con el comercio y los aranceles, los excesos del feudalismo de la información se consideran una forma de imperialismo económico.

En todo caso, es necesario subrayar que la escasez, el déficit o la carestía del mundo

en vías de desarrollo no existen en su totalidad «por culpa» de la abundancia del mundo desarrollado. Por ejemplo, la India tiene 60 millones de pobres en las ciudades y más de 200 millones de pobres en el campo, lo que hunde la pobreza hasta un nivel y una magnitud inconcebibles para los ciudadanos de los países adinerados. Hay regiones de la India, como el Rajastán, que poseen los mayores índices de lluvias monzónicas anuales del mundo, y aun así, en la estación seca, sus habitantes pagan siete rupias por un litro de agua, que traen en camiones desde fuera de la región. Dado que la India tiene la bomba atómica, podemos deducir sin temor a equivocarnos que la ciencia india está sobradamente avanzada como para construir reservas y cisternas que recojan y almacenen las abundantes lluvias, y que evitarían a su población más pobre la necesidad y el precio de comprar agua durante la estación seca. Esta misma población que se ve inundada por los monzones anuales pero que durante la estación de sequía tiene que comprar agua sufre también una tremenda falta de educación, de modo que todos los años rezan a sus dioses para que «provoquen» la llegada de los monzones. Nada de esto es culpa del mundo desarrollado. Es el sistema indio el que infraexplota un recurso natural vital (la lluvia), lo cual a su vez obstaculiza el desarrollo económico de sus recursos humanos.

La sobreexplotación también perjudica a los indios. Regiones enteras de la India han sido totalmente deforestadas no por la industria maderera, sino por la costumbre religiosa de la incineración. Hacen falta dos árboles para incinerar un cadáver, y la India es un país inmensamente poblado y con pocos programas de reforestación. Hace poco se introdujo una incineradora de energía solar en la India. Es barata, reutilizable e inagotable cuando brilla el sol. Sin embargo, los brahmanes corruptos, que retienen celosamente el control religioso tradicional sobre las masas, se oponen a la aplicación de esta novedad, de modo que la deforestación sigue avanzando. No es por culpa del opulento Occidente que los indios se queden sin madera.

En el extremo opuesto, en el corazón del mundo desarrollado, tenemos ciudades como Phoenix, en el estado de Arizona. Esta ciudad, edificada sobre el desierto y un clima árido que favorece una mejor respiración y con un sol que beneficia el espíritu, ha crecido hasta convertirse en una metrópoli de dimensiones considerables: un foco de desarrollo urbano y también un destino popular para la jubilación. Todos estos factores han hecho que escasee gravemente el suministro de agua. Pese a ello, Phoenix bombea más agua al día para regar sus más de 200 campos de golf que para abastecer el conjunto de industrias. En consecuencia, Phoenix se encuentra ahora en proceso de extraer el agua de sus profundos acuíferos, los pozos naturales que ni los monzones podrían volver a llenar. Cuando la ciudad se haya secado, también habrá que traer el agua en camiones hasta allí. Dado que no se puede transportar desde la India en camiones, los habitantes

de Phoenix tendrán que pagar mucho más de siete rupias por litro. Phoenix se convertirá en una de las más desarrolladas ciudades fantasma de Occidente, debido a la sobreexplotación de su recurso más importante: el agua.

Como siempre, los filósofos abc enseñan que tanto la infraexplotación como la sobreexplotación de recursos son vicios, mientras que la explotación moderada (también conocida como «desarrollo sostenido») es la vía de la virtud. Pero hay otro factor que influye en el ser humano y que hace difícil si no imposible que la gente limite el consumo. Este factor tiene nefastas implicaciones para la conservación humana de los recursos de la naturaleza, e incide tanto contra la sostenibilidad de las explotaciones sintéticas del entorno natural como contra la distribución equilibrada de la riqueza que genera el proceso de la evolución cultural. Este factor, por tanto, es una espada socioeconómica de doble filo. Un filo es la ausencia de freno natural a la densidad de población humana. El otro filo es la ausencia de freno natural a la cantidad de riqueza que los seres humanos intentan acumular. El primer filo induce a las personas a sobreexplotar y, en última instancia, a devastar el mismo medio ambiente que les sustenta (incluida la biosfera terrestre). El segundo filo induce a las personas a acumular cada vez más y a compartir cada vez menos, como principal medio para ascender en la jerarquía de dominio humana. Esta espada de doble filo, que los seres humanos utilizamos para hacernos el harakiri como especie, es un legado de las «economías de ahorro» de la selección natural. En el proceso de hacer evolucionar a esta magnífica criatura llamada «hombre», la selección natural ha superado claramente su «presupuesto», por lo que se ha visto obligada a prescindir de los detalles superfluos.

En el capítulo 8 hemos visto el resultado de una economía de este tipo, una medida «para rebajar costes» que no consigue proveer al ser humano de mecanismos instintivos para mandar y recibir gestos de apaciguamiento o de rendición, por la sencilla razón de que nacemos tan indefensos e inofensivos que no necesitamos tales instintos. Dado que la naturaleza no nos ha dotado de forma innata de armas mortales, apenas necesitamos protecciones naturales contra su uso. Es una versión exquisitamente paradójica que nos da la naturaleza de la «cuestión francesa»: en la teoría, funciona a la perfección; pero, en la práctica, no funciona en absoluto. La industria de armas convencionales es la segunda mayor del mundo, un behemot diez veces mayor que la microelectrónica y sólo inferior que el leviatán del petróleo. Esto es lo que pasa por hacer al hombre tan indefenso e inofensivo de nacimiento.

Otras dos «economías de ahorro» de la naturaleza, la ausencia de freno natural para la densidad de población y para la codicia del hombre, generan las disparidades socioeconómicas que tanto sufrimiento provocan, así como los desarrollos económicos insostenibles que ahora amenazan al propio planeta Tierra.

La bomba poblacional

Al hilo de las paradojas relativas a la evolución humana que hemos mencionado, los seres humanos primitivos eran criaturas muy débiles y vulnerables, poco preparadas para sobrevivir a los rigores de la evolución biológica. Veamos por ejemplo el ciclo reproductivo femenino: la mujer ovula aproximadamente una vez al mes, desde la primera adolescencia hasta bien pasada la cuarentena. Este ciclo no tiene mucho sentido en las sociedades opulentas, donde las mujeres tienen de media menos de dos hijos. ¿Por qué ovula más de cuatrocientas veces en su vida, si va a producir menos de dos retoños? Por un lado, es una forma que tiene la naturaleza de «repartir las cartas», de aumentar las probabilidades de concepción, alumbramiento y supervivencia hasta la edad adulta. Por otro lado, los seres humanos primitivos de hace 100.000 años tenían una esperanza de vida comparable a la de sus primos simios, de unos 35 años. No sólo eso, sino que la mortalidad infantil era enorme, y los bebés tenían muy pocas probabilidades de sobrevivir hasta llegar a la edad reproductiva. Así pues, la evolución del ser humano preparó a las hembras, muchas de las cuales no sobrevivirían hasta la edad adulta, para que pudieran tener diez o veinte hijos antes de los 35 años.

¿Cómo hemos llegado a la situación actual de superpoblación? Como hemos visto en el capítulo 8, hemos llegado a este punto debido al ingenio y a la dispersión. Nuestro gran cerebro nos ha «ordenado» vivir en pequeños grupos cazadores y recolectores, cuanto más separados, mejor, y eso es lo que hicimos. A lo largo de la mayor parte de la prehistoria, el ser humano era probablemente una especie en peligro de extinción. Durante muchos milenios, éramos muy escasos y estábamos dispersos por zonas muy amplias.

Como hemos visto, todas las especies de la naturaleza tienen una «cifra óptima», es decir, una densidad de población característica que les permite dosificar sus recursos alimentarios y no sobreexplotar la tierra o el mar o el aire que contiene la comida que cada especie necesita para sobrevivir. Una población animal se expandirá hasta alcanzar su cifra óptima. Si ésta se supera, la población se escindirá y dispersará para reducir su densidad. Si la población no puede escindirse y dispersarse, las conductas sociales «normales» de la especie en cuestión degenerarán entonces en otras antisociales y anormales, hasta que la densidad de población se reduzca a la «cifra óptima», momento en que vuelven a asumirse las conductas normales.⁵

La figura 12.4 ilustra la cifra óptima típica de varias especies, incluido el hombre prehistórico. Como puede comprobar, los grupos humanos cazadores y recolectores primitivos tienen más o menos la misma densidad de población que los lobos. Durante decenas de miles de años, los seres humanos habitaban en un verdadero Jardín del Edén,

repleto de peces, caza, fruta, frutos secos, bayas y tubérculos.

Grupo	Cifra típica	Área típica (mi ²)	Densidad óptima
hormiguero	1.000.000	0,05	20.000.000
familia de gibones	4	0,1	40
grupo de babuinos	40	15	3,35
grupo de gorilas	17	17	1,0
banda humana	30	1.000	0,03
manada de lobos	10	1.000	0,01

Figura 12.4. Densidades de población naturales.

Hasta la revolución del Neolítico tardío, hace aproximadamente 12.000 años, los seres humanos no empezaron a habitar asentamientos permanentes grandes y en cierta medida defendibles. Entonces aprendieron también a domesticar animales, cultivar, crear conceptos de propiedad y desarrollar funciones sociales más especializadas. Todo esto permitió que los centros de población crecieran y que surgieran las civilizaciones que ahora conocemos. A partir de aquel momento, las densidades de población humana se separaron radicalmente del «proyecto» original de la naturaleza para nosotros y empezaron a aumentar de forma exponencial. Aparecieron los extremos feudales de riqueza y pobreza. Si comparamos la densidad de población humana prehistórica, de cerca de 0,03 personas por milla cuadrada, con las densidades modernas de microestados y de zonas urbanas, la diferencia es apabullante. La figura 12.5 muestra densidades de población típicas de microestados; la 12.6, densidades de población típicas de zonas urbanas.

Microestado	Población	Área (mi ²)	Población/mi ²
Liechtenstein	34.000	62	548
San Marino	24.000	29	827
Barbados	180.000	166	1.084
Tuvalu	12.000	9	1.333
Malta	400.000	112	3,278

Figura 12.5. Densidades de población típicas en microestados.

Metrópolis	Población/mi ²
Londres	10.500
Hong Kong	17.333
Nueva York	25.600
Tokio	34.132
Mumbai	41.984

Figura 12.6. Densidades de población típicas en metrópolis.

Las poblaciones de los microestados han alcanzado densidades 10.000 veces mayores que las de los cazadores y recolectores, mientras que las poblaciones de zonas urbanas

muy habitadas han alcanzado densidades entre 100.000 y 1.000.000 de veces mayores que las de los cazadores y recolectores. Todas estas asombrosas densidades son relativamente recientes. La figura 12.7 ilustra la curva de población humana, casi plana durante la mayor parte de nuestra existencia en la Tierra, que no empezó a dispararse hasta llegar al siglo XX. Esta explosión no es normal, y la naturaleza no va a tolerarla.

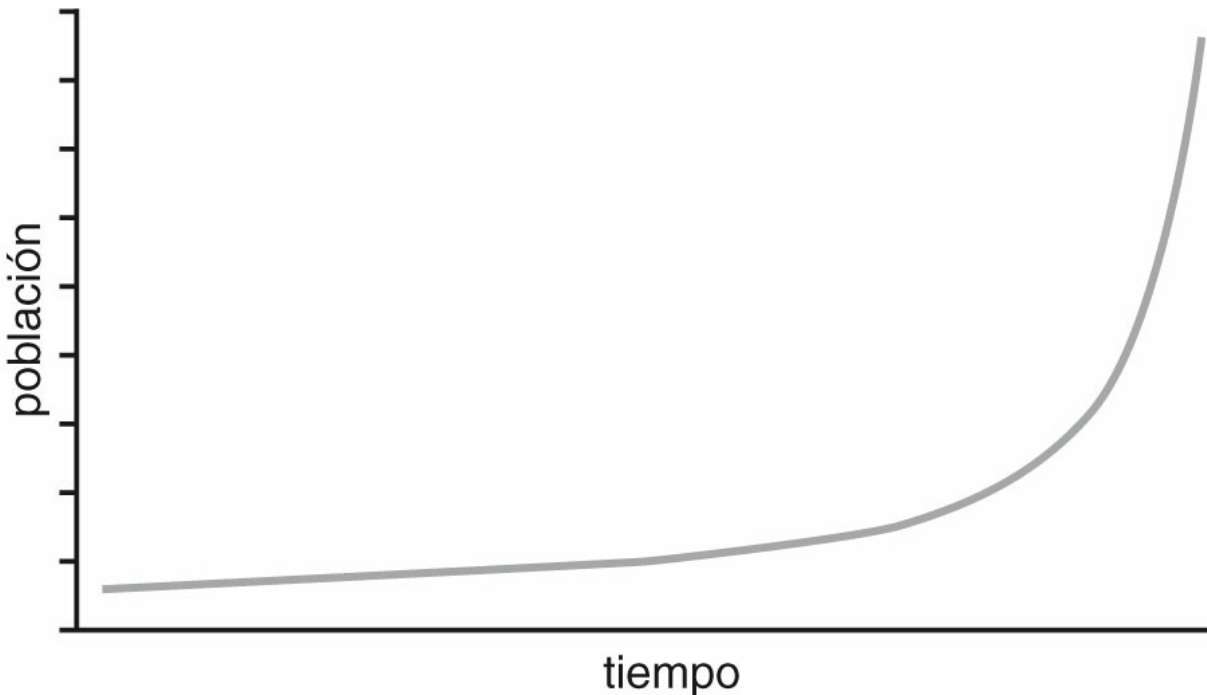


Figura 12.7. Curva de población humana.

Pese a la matanza que supuso la Primera Guerra Mundial, que se cobró cinco millones de vidas, pese a la pandemia de gripe de 1918 que se cobró 20 millones de vidas, pese a la masacre de alcance planetario de la Segunda Guerra Mundial, que se cobró 60 millones de vidas, pese al genocidio de seis millones de judíos por los nazis, de tres millones de armenios por los turcos, de tres millones de camboyanos por Pol Pot, de decenas de millones de rusos por Stalin y de otras decenas de millones de chinos por Mao Zedong, pese a decenas de otras guerras del siglo XX que se han cobrado otras tantas decenas de millones de vidas, pese a la epidemia de sida en África que también se ha cobrado millones de vidas, pese a las decenas de miles de personas que mueren diariamente de malaria y hambruna y otras causas evitables en el mundo en desarrollo, pese a la caída de las tasas de natalidad en el mundo opulento, pese a la «política de un

solo hijo» de China, pese a todo esto, la población humana sigue creciendo hasta alcanzar varios miles de millones. Tanto es así que ni siquiera los grotescos excesos de matanzas del hombre por el hombre y de vulnerabilidad al contagio que constituyen las guerras, las hambrunas, las epidemias y los genocidios, responsables de sufrimientos inimaginables en la humanidad, han supuesto una fuerza de contención significativa en la explosión demográfica.⁶

Esto explica en parte por qué en el siglo XX tanta gente creía que el fin del mundo estaba cerca. El mayor miedo de la Guerra Fría era, como sabemos, el de un holocausto nuclear, que habría despoblado el planeta en un santiamén. Cuando la distensión expulsó este espectro, muchos empezaron a creer que el sida, el virus Ébola, el síndrome respiratorio agudo grave (SARS) o algún otro agente biológico nuevo acarrearía una despoblación a gran escala. Las novelas apocalípticas de Stephen King causaron furor, y describían con detalles horrendos y escabrosos (y muy convincentes) diversos panoramas de la muerte y la resurrección de la humanidad.

Freud había postulado anteriormente que cada uno de nosotros tiene un deseo de muerte o instinto de muerte particular, al que llamó *thanatos* y que en teoría contrarresta el *eros*, el apetito de los placeres de la vida. En la década de 1960, Bob Dylan escribió una canción que decía que todos teníamos un deseo de muerte para la humanidad, que se manifestaba en sueños o pesadillas en los que el soñador y unos pocos amigos sobrevivían, y todos los demás fallecían, en un cataclismo natural o provocado por el hombre. «*I'll let you be in my dreams if I can be in yours*» [Te dejaré entrar en mis sueños si tú me dejas entrar en los tuyos], cantaba Dylan, expresando la visión cínica de que podemos multiplicar nuestras fantasías acerca de la supervivencia sin por ello aumentar necesariamente nuestras probabilidades.

El descubrimiento de que los dinosaurios se extinguieron probablemente por el tremendo impacto de un meteorito y una posterior era glacial dotó de un mayor peso a la visión apocalíptica de las cosas para el siglo XX. Las creencias religiosas, desde la cosmología hindú de Kali-Yuga (la era de Kali, diosa de la destrucción) hasta el Apocalipsis de la cristiandad, también alimentaron el miedo moderno al fin del mundo. El libro *Primavera silenciosa*, de Rachel Carson, que marcó el comienzo del ecologismo, sentó ciertas bases para crear una honda preocupación por lo que los seres humanos nos haremos a nosotros mismos si seguimos envenenando gradualmente la biosfera que nos sustenta. De este modo, a la vez que en el siglo XX se ha vivido el mayor aumento de la historia de la concienciación por la fragilidad de nuestra existencia en este planeta, también se ha producido la explosión demográfica y el agotamiento de recursos no renovables. La paradoja consiste en que los múltiples triunfos de la evolución cultural

humana también han sembrado abundantes semillas de desastre para nuestro planeta y para nuestra propia especie. Esta situación bien puede denominarse «morir de éxito».

Población y depredación

Los seres humanos somos los mayores depredadores omnívoros del planeta. Cultivamos lo que crece, cuidamos lo que sirve, cazamos lo que se mueve. Siendo a la vez depredadores, omnívoros y cazadores estratégicos, los seres humanos hemos ascendido rápidamente hasta la cima de la cadena alimentaria, que nos ha «liberado» del ciclo de mutua dependencia y otras limitaciones que caracterizan todas las relaciones especializadas entre depredador y presa, y que en última instancia rigen sus dinámicas de población. La figura 12.8 ilustra las campanas de población genéricas de los depredadores y sus presas. Son ecuaciones no lineales pero cíclicas que reflejan la dinámica entre depredador y presa en cualquier estado natural. Por ejemplo, el zorro ártico sólo se alimenta de la liebre ártica. Cuando hay multitud de liebres, los zorros se multiplican correlativamente. A medida que aumenta el número de depredadores, descende el de presas. Este descenso acarrea a su vez una disminución de cazadores, que permite entonces la abundancia de presa.

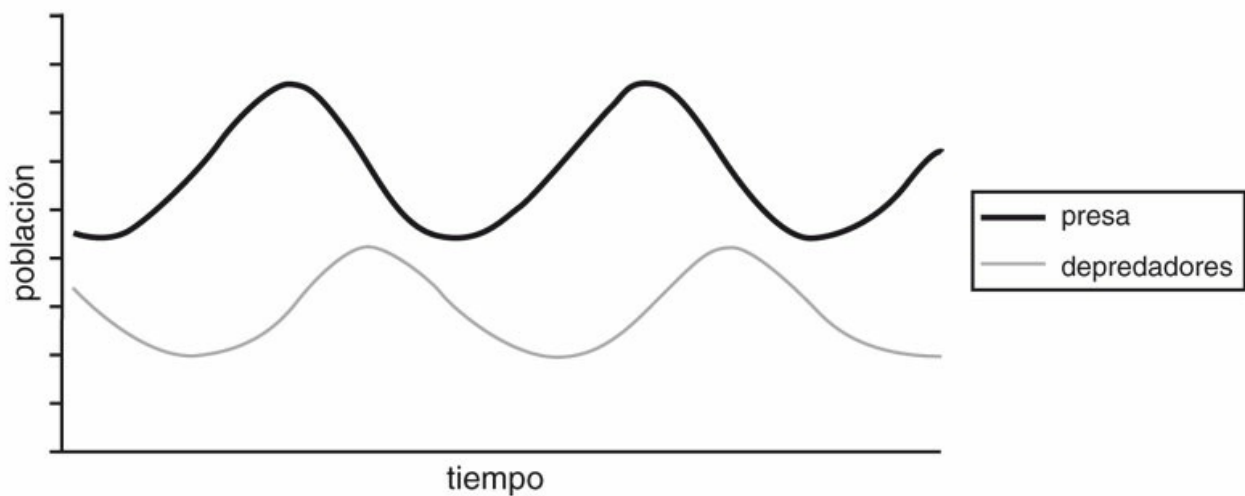


Figura 12.8. Dinámica de población de depredador y presa (ecuaciones de Lotka-Volterra).

De este modo se forman los ciclos de la vida en las cadenas alimentarias de todo el planeta, y la representación general de todas estas cadenas, entrelazadas unas con otras, es esencialmente una pirámide. Las presas tienden a superar en número a sus

depredadores, y cada depredador es a su vez una presa para otro, que se sitúa en un puesto más alto. La pirámide alimentaria constituye una jerarquía natural (y no una «construcción social»), y en su cúspide se halla el hombre. Devora todo lo demás, y nada más lo devora a él en un grado significativo. La filósofa Mary Midgely ha derribado acertadamente algunos mitos fundados por los medios de comunicación respecto al «depredador más mortífero del mundo», título popularmente concedido a los tiburones.⁷ Tal como apunta, los tiburones matan de media a menos de cien personas al año. Los seres humanos, por contra, matamos de media millones de tiburones al año, intencionadamente o no. Así pues, ¿quién es más mortal para quién? Los seres humanos lo somos muchísimo más, incluso para los «depredadores más mortales del mundo».

Claramente, la curva de población humana de la figura 12.7 no se parece a ninguna de las dinámicas naturales entre depredador y presa que se observan en todos los ámbitos del reino animal. Probablemente ya habrá deducido que el aumento exponencial de la población humana conlleva el coste inevitable de una sobreexplotación y un agotamiento exponenciales de todos los recursos naturales que hemos consumido de forma tan voraz y desmedida. Este aspecto queda ilustrado en la figura 12.9. Como consecuencia directa de la superpoblación, las capas freáticas y los profundos acuíferos se están agotando. Los peces y la caza se están agotando. Los bosques se están agotando. Los combustibles fósiles se están agotando. La capa de ozono se está agotando. Los casquetes polares y los glaciares se están agotando. Miles de especies se están extinguiendo debido a que sus ecosistemas y hábitats están siendo sobreexplotados, sobreutilizados, pavimentados, contaminados y devastados. La propia biosfera se está agotando, y todo por la acción de su mayor depredador: el hombre.

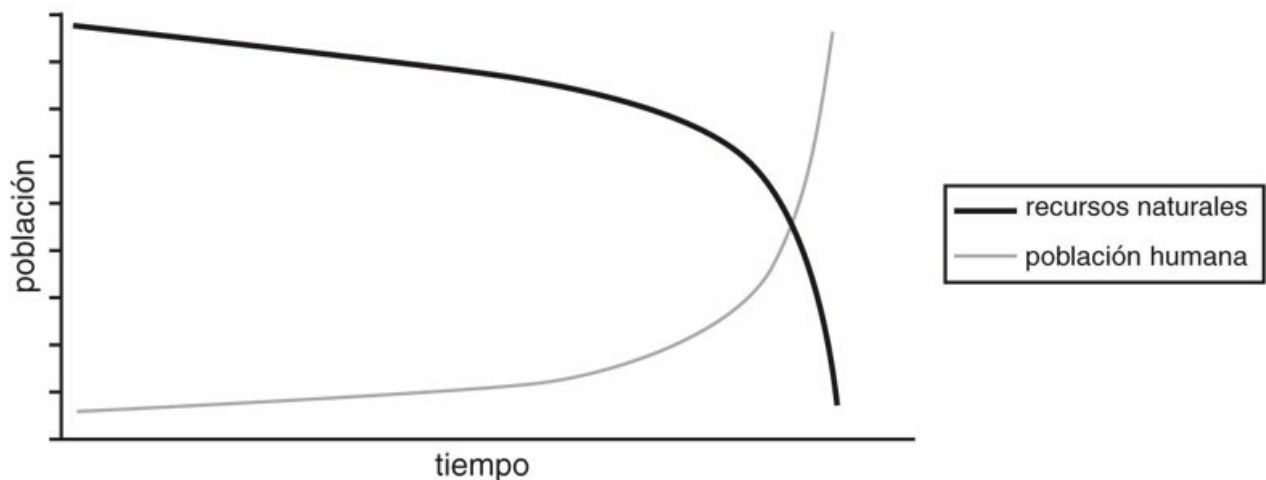


Figura 12.9. Sobreexplotación y agotamiento de los recursos naturales.

La independencia de los cazadores y recolectores se basaba en una estrecha relación con sus entornos naturales, desde el desierto hasta la jungla. Por contra, la dependencia de las poblaciones urbanas y también, cada vez más, de las rurales, se basa en su distanciamiento de la naturaleza y en una estrecha relación con entornos sintéticos, desde McDonald's hasta Wal-Mart y Home Depot, la cadena de productos de bricolaje. En este sentido, la globalización supone la optimización y la integración de redes tecnocráticas que ofrecen sustitutos de selección sintética para todos los recursos de selección natural que hemos agotado por la superpoblación. Antes, el agua la recogían y transportaban quienes la bebían; ahora, la compran en botellas. Antes, la madera la talaban y cortaban y pulían carpinteros especializados; ahora, los «muebles» preempaquetados, compuestos de pseudomadera y creados en vistas al almacenaje y envío, esperan el turno de ser cargados en un monovolumen y montados por el consumidor con herramientas de usar y tirar.

Las abundantes y variadas reservas de peces de todos los grandes océanos han desaparecido, agotadas por las voraces flotas de las grandes potencias pescaderas del siglo XX: Japón, Noruega, Portugal y Rusia, entre otros. Nuestro cazador y recolector posmoderno compra el pescado en pescaderías, que lo compran a los distribuidores, que a su vez lo compran a los mercados abastecidos por piscifactorías. ¿Quiere pescado procedente del mar? Va a pagar más, pero también obtendrá más a cambio: vienen rellenos de mercurio, DDT y fenciclidina, unas toxinas que todo el mundo debería evitar, y que ni siquiera los *hippies* consumían en el apogeo de los sesenta. ¿Quiere pescado procedente de granjas? Son fiables desde el punto de vista genético, pero contraen enfermedades nuevas y albergan una nueva generación de toxinas resultantes del hacinamiento en sus corrales acuáticos.

La masificación humana extrema nos ha obligado a repetir el mismo fenómeno en nuestras reservas de alimentos: los animales cuyas partes «cazamos» en la sección de cárnicos del supermercado han sido engordados para su sacrificio en las condiciones de crueldad más atroces. Los cenagales formados por materia de desecho concentrada, como ocurre con los cerdos de las islas Carolinas, se convierten en vertederos de residuos que invaden y envenenan todo el ecosistema que rodea las granjas. Hemos hecho a nuestras fuentes de comida lo mismo que nos hemos hecho a nosotros mismos. Los alimentos se producen, cazan y recolectan por medios completamente sintéticos: se arrancan objetos orgánicos de sus hábitats naturales y se procesan de principio a fin mediante tecnologías sintéticas para alimentar a seres humanos arrancados de sus hábitats naturales y procesados de principio a fin mediante tecnologías sintéticas (parte de los pollos y cerdos y vacas se utilizan para alimentarse entre sí, y luego para alimentar a

las personas; perros y gatos se comen mutuamente en forma de comida para mascotas).⁸ Una vez retirado todo lo que resulta inmediatamente útil para el hombre, el propio hábitat se desmorona por el agotamiento de sus recursos esenciales, lo que permite entonces su explotación como vertederos, centros comerciales, moteles, puntos de venta de vehículos de ocasión y complejos residenciales fabricados con un mismo patrón (desde parques para caravanas hasta McMansiones). Salta a la vista que todo es de una uniformidad horrenda, insípida y repulsiva, pero también «globalitario»: el lema «el mayor bien para el mayor número de personas» se ha convertido en «las mayores marcas para el mayor número de consumidores».

Estas inmensas redes de sistemas, y sistemas de redes, se basan cada vez más en modelos dinámicos de producción, consumo y evolución de mercado, así como en alianzas estratégicas entre grandes multinacionales, gobiernos soberanos, religiones mundiales, líderes mediáticos y otros grupos que intervienen en el gobierno del planeta. Los manuales de «buenas prácticas» se han amoldado a la necesidad de alimentar, vestir y alojar de forma eficaz las crecientes poblaciones urbanas, suburbanas y exurbanas del mundo.

A un nivel personal, todavía es posible oponerse o escapar de la globalización, por ejemplo volviendo al campo y formando comunas o cooperativas de agrónomos de biodinámica, granjas de cría natural, panaderías ecológicas, etc. Este tipo de personas pueden vivir y de hecho viven en condiciones mucho más saludables y cualitativas que las masas opulentas prisioneras de la aglomeración urbana del laberinto globalizado de ratas de laboratorio, que ha pasado a ser un laberinto de comecocos (ver figuras 12.10 y 12.11). Mientras tanto, la visión de Thoreau y Emerson, y su comunidad de trascendentalistas de Nueva Inglaterra (que infundía el espíritu humanista de la Ilustración y la sabiduría perenne de la filosofía india, efundía un firme amor por el hombre y la naturaleza y difundía los principios de autonomía y autogobierno para salir de una embotadora mentalidad de rebaño), es un modelo que ha sido relegado al olvido.

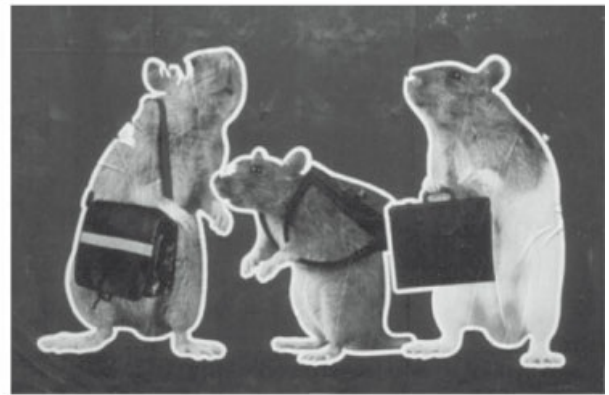


Figura 12.10. El laberinto globalizado de ratas de laboratorio.

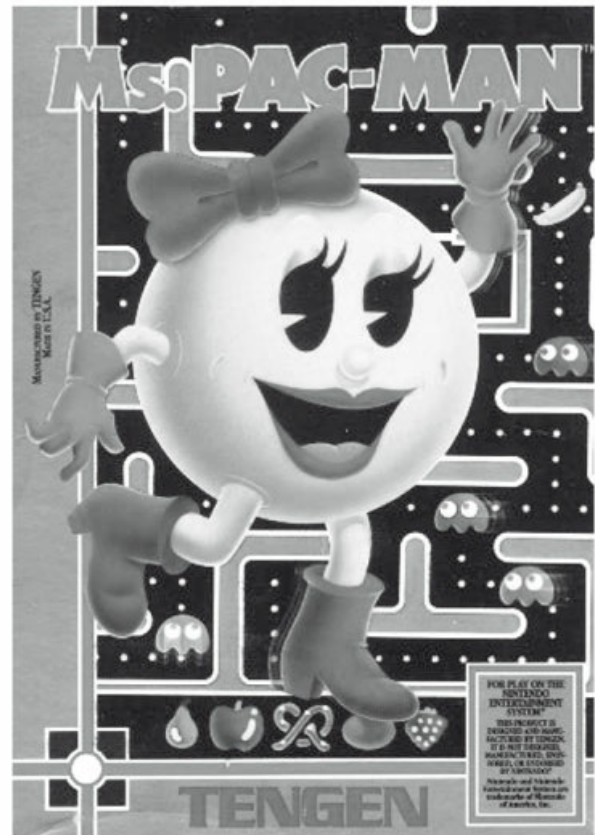
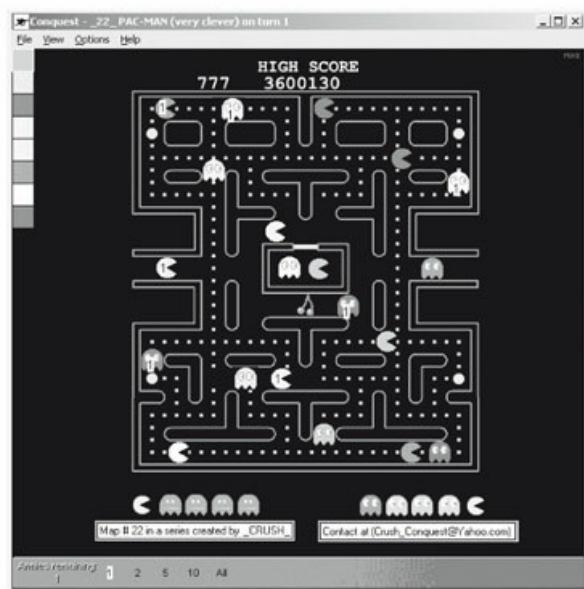


Figura 12.11. El laberinto de comecocos (chico y chica).

Le recuerdo mi paráfrasis de Trotsky: aunque no tenga interés en la globalización, la globalización tiene interés en usted. Este interés se ha vuelto casi ineludible en el mundo desarrollado. El resto del mundo, con la excepción de ciertos fanáticos recalcitrantes, gobiernos transgresores y Estados fallidos, intenta urgentemente salvar la brecha que separa el tener del no tener. Esta brecha es en parte tecnológica y tecnocrática (la frontera digital, el ciberabismo, el intersticio de Internet) y, en su lado menos privilegiado, la mitad de la población del mundo se está quedando cada vez más atrasada, si entendemos por progreso humano bajarse la última versión del laberinto de comecocos. Esta brecha, además, revela una aguda y crónica escasez de libertad, oportunidad y esperanza, que sólo pueden ofrecer los gobiernos laicos modernizados, las religiones progresistas y el capitalismo compasivo (lo contrario del capitalismo depredador o proteccionista). La denominada «frontera digital» sólo es uno de los aspectos más llamativos de una frontera de desarrollo sistémica, que pueden agravar el mal gobierno, la teocracia intolerante y el capitalismo favoritista, y que pueden salvar las buenas prácticas y la evolución cultural.

Una tendencia se perfila claramente. A medida que las poblaciones humanas

aglomeradas agotan, saquean y destruyen los antiguamente abundantes recursos naturales de este planeta, aumenta su dependencia de las redes y sistemas globalizados para que produzcan y distribuyan sus necesidades vitales, así como todos los lujos que puedan permitirse. Los centenares de millones que subsisten fuera de este circuito cerrado se ven privados a diario incluso de las necesidades más básicas, como el agua potable y una nutrición mínima, y no digamos ya de los lujos comprados con catálogos y tarjetas de crédito que otros centenares de millones dan por sentados. La frontera de desarrollo se muestra en la figura 12.12.

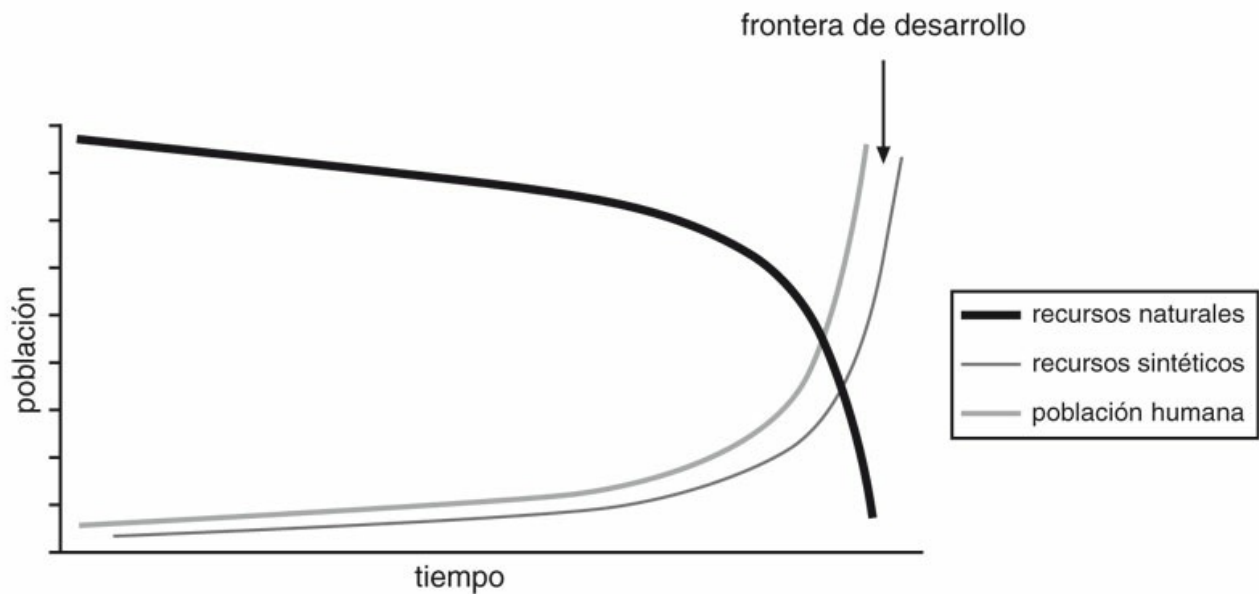


Figura 12.12. Sustitución de recursos naturales por sintéticos y frontera de desarrollo.

Si me permite ser más optimista por un momento, subrayaré la importancia del potencial que tiene la evolución cultural para sobrepasar esta frontera. Para ello bastarán dos breves ejemplos: el turismo y los teléfonos móviles.

Los sectores de los viajes y el ocio están experimentando un gran auge en todo el mundo, ya que la globalización convierte eficazmente destinos remotos y exóticos en productos cercanos y asequibles. Los turistas y sus presupuestos vacacionales viajan en masa por tierra, mar y aire, lo que reporta beneficios a todo tipo de economías locales, sobre todo en el mundo en vías de desarrollo. Dejando a un lado los espectáculos ridículos que ofrecen los turistas aventureros que se desplazan al antiguamente prohibido reino de Nueva Guinea donde, en lugar de primitivos hombres de barro, encuentran a unos habitantes que beben Coca-Cola, llevan zapatillas Nike, suspiran por un Big Mac y

venden réplicas de cabezas reducidas de fabricación china. Absurdidades aparte, si es esto lo que hace falta para que pueblos previamente incomunicados se unan y comprendan la humanidad que comparten, aunque sea por medio de un denominador común de paz comercial y prosperidad empaquetada para el consumo, que así sea. Pax Nabisco triunfa sobre la caza del hombre por el hombre y la servidumbre colonial.

En segundo lugar, el ejemplo de los teléfonos móviles ilustra hasta qué punto las nuevas tecnologías pueden salvar la frontera de desarrollo, de forma rápida y barata. La modernización de los países y regiones del mundo en desarrollo no pasa necesariamente por seguir todos los dolorosos e intrincados meandros que ha recorrido el progreso humano. Las nuevas tecnologías permiten que las culturas se salten pasos dados por otras más avanzadas, lo cual les ahorra décadas o incluso siglos de ardua persecución. En la década de 1970, la compañía finlandesa Nokia era un pequeño fabricante de botas de goma. Algún genio visionario convenció a la empresa para que se pasara a la microelectrónica, y Nokia controla en la actualidad una considerable franja del mercado mundial de telefonía móvil. El mercado indio absorbe por sí solo dos millones de unidades nuevas al mes, sin que de momento haya perspectivas de saturación.

¿Qué supone esto para los indios? Ahora pueden comunicarse sin línea de teléfono fijo, fibra óptica, redes eléctricas ni todas las infraestructuras vinculadas que perturban al mundo desarrollado. Un pequeño generador es capaz de recargar las baterías de los teléfonos móviles de un pueblo entero. Los pescadores indios llevan ahora teléfonos móviles cuando salen en sus barcos, de modo que pueden recibir avisos cuando se avecina el mal tiempo y averiguar en qué mercados de los pueblos y puertos vecinos va a vender mejor su pesca. Sus vidas han mejorado instantáneamente. Esta nueva y asequible tecnología les ofrece más libertad, oportunidad y esperanza de la que habían tenido jamás. También les brinda una mayor autonomía. Y aunque la serenidad de Thoreau en su retiro de Walden Pond se habría visto gravemente alborotada por los timbres, tintineos, pitidos y zumbidos incesantes de los teléfonos móviles, probablemente habría celebrado su potencial liberador para el mundo en vías de desarrollo. De este modo, vemos que la globalización tiene el poder tanto de agravar como de salvar la frontera de desarrollo.

La inevitable desigualdad de resultados

Dicho esto, sólo queda la cuestión económica de la desigualdad. Los países y regiones del mundo que ofrecen menos libertad, oportunidad y esperanza a sus ciudadanos presentan también los extremos más grotescos de desigualdad socioeconómica. El coeficiente de Gini (una medida de distribución de riqueza o de ingresos) ilustra bien este hecho. Se daría una distribución perfectamente equitativa si todos controlaran la misma

cantidad exacta de riqueza, en cuyo caso el coeficiente de Gini de tal país sería cero = igualdad total, lo cual es del todo imposible en Estados de gran densidad de población. Se daría una distribución perfectamente desigual si una persona controlara toda la riqueza, en cuyo caso el coeficiente de Gini de tal país sería 1 = desigualdad total, a la que existe una excesiva propensión en muchos lugares. En la práctica, los países europeos más desarrollados tienden a un coeficiente de Gini de entre 0,24 y 0,36, mientras que Estados Unidos sobrepasa el 0,4, lo que denota sus mayores extremos de riqueza y pobreza. En partes de África, América del Sur y Latina, Oriente Medio y Asia superan fácilmente el 0,5, lo que indica una desigualdad tremenda entre los ciudadanos más ricos y los más pobres. La figura 12.13 muestra coeficientes de Gini de todo el mundo.⁹

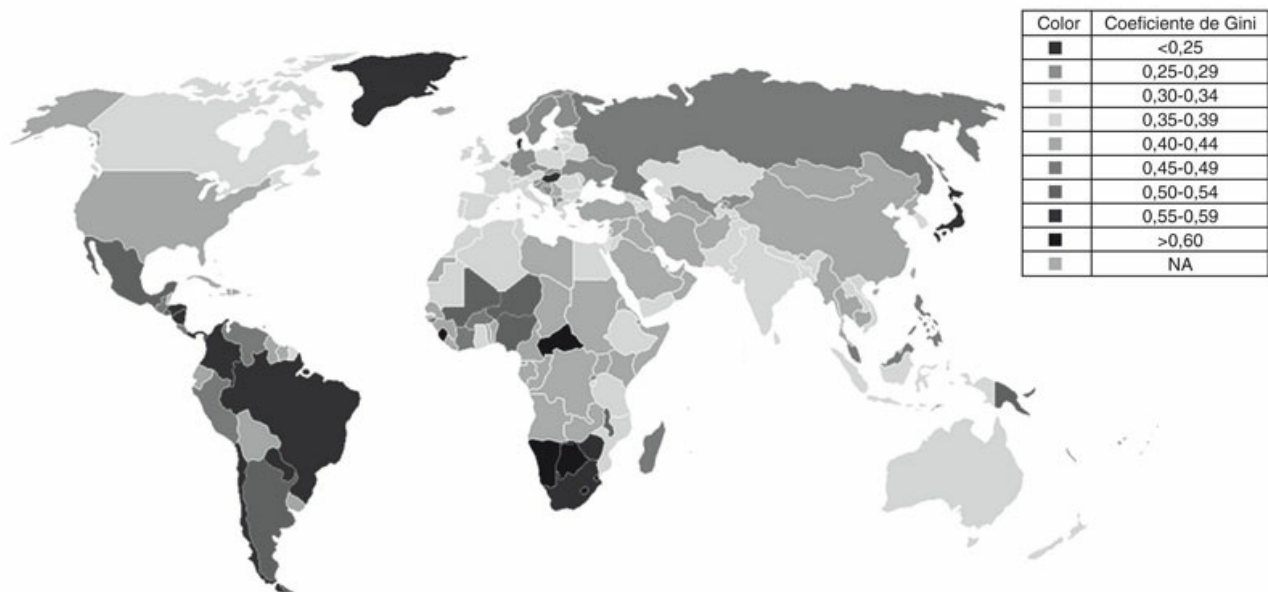


Figura 12.13. Coeficientes de Gini en el mundo.

Deben evitarse las interpretaciones políticas de los coeficientes de Gini. Una democracia puede manifestar el mismo coeficiente que un régimen autoritario. También hay que andarse con cuidado para no tratar los coeficientes de Gini como indicadores de prosperidad absoluta. Por ejemplo, Groenlandia presenta un coeficiente más «utópico» que el de Canadá, pero lo que indica en realidad es que Groenlandia tiene una distribución más uniforme de una renta per cápita incomparablemente inferior.

He sacado a colación el coeficiente de Gini para ilustrar la práctica imposibilidad de conseguir resultados perfectamente equitativos. Tocqueville, por ejemplo, observó con acierto que los estadounidenses tendrían que elegir entre libertad e igualdad. En términos

socioeconómicos, la libertad da lugar inevitablemente a la desigualdad, mientras que la igualdad requiere planificación social, lo cual a su vez da lugar inevitablemente a la pérdida de libertad. Los países desarrollados han aprendido a equilibrar estos valores, más o menos; no ocurre lo mismo con los países en vías de desarrollo.

Los grupos prehistóricos de cazadores y recolectores tenían coeficientes de Gini de casi cero, pero sólo porque su riqueza económica general también era de casi cero: es fácil compartir cuando no se tiene nada. Sin embargo, desde otros parámetros, su riqueza (los abundantes recursos naturales de una tierra sin explotar) era casi infinita. No obstante, para sustentar grandes asentamientos permanentes (los precedentes de las civilizaciones) la gente necesitaba reconocer, definir y mantener propiedades. Donde todo (y todos) son propiedad de un faraón, un emperador, un *Führer*, un déspota, un dictador o un tirano, el coeficiente de Gini ascenderá vertiginosamente hacia el uno, con los ilimitados sufrimientos que conlleva. Donde la máxima cantidad de riqueza se halla dispersa por una fuerte clase media, el coeficiente de Gini se atenúa en consecuencia, con la libertad, oportunidad y esperanza que eso conlleva. Y esta situación, a su vez, reduce muchos tipos de sufrimiento.

Aun así, siempre habrá desigualdades en los resultados socioeconómicos, aunque esto no se debe a ninguna ley férrea de la economía. Más bien se debe a geometrías subyacentes de la naturaleza. Mientras que la evolución cultural puede remodelar la distribución piramidal de la riqueza y convertirla en una más normal, ni el arte político del buen gobierno ni la ciencia social de la economía tienen poder para alterar las jerarquías de dominio naturales, con inclusión de las formas pronunciadas que evolucionaron en los primates. Lo que hace la evolución cultural es ofrecer a los primates humanos nuevos campos de acción, como la política y la socioeconomía, donde pueden modernizar los roles que desempeñan mientras se desenvuelven en sus evolutivamente ancestrales sistemas operativos. Esto supone una inevitable articulación de las jerarquías de dominio, de modo que la riqueza en sí se convierte en medida de poder político y de posición socioeconómica. Es inevitable que en toda sociedad haya distribuciones desiguales de la riqueza, precisamente porque hay distribuciones desiguales de habilidad, deseo, voluntad y oportunidad innatas para ascender en la escala del dominio político y socioeconómico. Quienes nacen en circunstancias de riqueza o poder pero carecen de la habilidad, el deseo y la voluntad de mantenerse en tal posición probablemente descenderán por las vertientes del infortunio. Quienes nacen en circunstancias de pobreza o falta de poder pero poseen la habilidad, el deseo y la voluntad de prosperar probablemente ascenderán por los peldaños de la fortuna. Con todo, en ningún lugar del mundo hay igualdad de resultados excepto en cuanto al potencial de despertar el poder y la riqueza interiores mediante el camino medio (y también en el cementerio, donde todos los que fueron seres

humanos están eterna y equitativamente muertos).

Estas desigualdades de ingresos y resultados, que se manifiestan desde el albor de las civilizaciones, surgen fundamentalmente porque la propia naturaleza ha practicado con nosotros otra economía paradójica. Ya hemos visto las causas y los efectos de una economía de este tipo: dado que los seres humanos nacemos completamente indefensos e inofensivos, carecemos de freno instintivo para nuestra capacidad de infligir actos de violencia y asesinatos contra los demás. De modo similar, resulta evidente que los seres humanos carecemos de freno instintivo para la codicia, debido a que, durante nuestra evolución, hemos vivido en grupos de cazadores y recolectores reducidos y muy dispersos, sin poseer nada pero disfrutando de todo. No hemos evolucionado para convivir en metrópolis congestionadas como tribus entremezcladas, poseyéndolo todo pero sin disfrutar de nada.

Hemos evolucionado biológicamente para ocupar y defender territorios, no para poseerlos; para establecer relaciones jerárquicas con otros, no para poseerlas; para cazar y recolectar alimentos, no para poseerlos; incluso para administrar los abundantes recursos naturales, no para poseerlos. No obstante, por cultura se nos exige hacer muchas cosas que la naturaleza, que practica economías de ahorro, omitió en nuestros sistemas operativos evolutivos. La paz, la prosperidad y la sostenibilidad exigen que vivamos de forma amigable entre multitudes, que frenemos nuestra codicia, que observemos límites autoimpuestos a la fecundidad y que toleremos la diversidad de costumbres y creencias. Sin embargo, la naturaleza decretó que vivamos de otro modo, y eso hicimos durante decenas de miles de años: los seres humanos vivían de forma xenófoba en tribus separadas, daban rienda suelta a la voracidad, no fijaban límites a la codicia y eran intolerantes con las costumbres y creencias de los demás. La evolución cultural, y en especial los filósofos abc, permiten reemplazar estas tendencias naturales. Sin embargo, donde las instituciones, las tradiciones, los valores y las prácticas culturales no estén lo bastante iluminadas como para superar nuestra herencia biológica, las desigualdades económicas serán superiores en lugar de inferiores, las oportunidades menores en lugar de mayores y el sufrimiento humano aumentará en lugar de descender.

El problema de la codicia afecta más a los contextos económicos, pues es evidente que hay mucha gente que sufre escasez mientras que otra posee más de lo que puede llegar a disfrutar jamás. En un extremo, los intentos radicales de imponer la igualdad económica mediante la planificación social, como las economías marxistas planificadas, han demostrado no ser viables. Empobrecen a todos menos a las elites del partido gobernante. En el extremo opuesto, el darwinismo social y el imperialismo, que expresan jerarquías de dominio primatológicas en términos socioeconómicos y políticos, engendran grotescas desigualdades. El camino medio favorece enormemente el arte político de

templar estos extremos y de desarrollar una clase media fuerte. ¿Por qué? Porque el camino medio nos enseña a vivir de forma amigable entre multitudes, a imponer límites a la codicia y a tolerar la diversidad de costumbres y creencias.

Permítame que le haga una pregunta fundamental: ¿tiene para comer hoy?, ¿y esta semana?, ¿y este mes?, ¿y este año? Si está leyendo este libro, entonces probablemente contestará de forma afirmativa. La mayoría de la gente que puede permitirse el lujo de leer libros ya ha solucionado el problema más fundamental de tener para comer. Sin embargo, la mitad de la población mundial contestaría de forma negativa a esta pregunta si alguien se la hiciera.

Permítame ahora que le haga otra pregunta: ¿tiene suficiente dinero? Resulta evidente que todos los que no tienen para comer no tienen suficiente dinero ya que, si lo tuvieran, es de suponer que podrían comprar la comida que necesitan. Ahora bien, podría apostar que la mayoría de la gente del mundo desarrollado, aun teniendo para comer, diría que no tienen suficiente dinero, o tal vez que tiene suficiente pero que no le vendría mal tener más. De hecho, si formulara la pregunta de este modo: «¿Le vendría bien tener más dinero?», la mayoría de la gente del mundo contestaría: «¡Sí!», mientras que si preguntara: «¿Le vendría bien tener más comida?», al menos la mitad de la gente del mundo contestaría: «No, ya tengo suficiente.» Mi razonamiento debe de verse bastante claro llegados a este punto. Si a la mayoría de la gente del mundo le vendría bien más dinero (incluso quienes tienen cubiertas necesidades como la comida, la ropa y la vivienda), entonces la mayoría de la gente es codiciosa.

No es algo sorprendente, puesto que los humanos somos tanto seres culturales como biológicos. Nuestra biología nos obliga a satisfacer apetitos recurrentes a corto plazo; nuestra cultura nos obliga a alcanzar objetivos no recurrentes a medio y largo plazo. La cultura nos permite crear valores. Crear valores suele exigir la dedicación de tiempo y recursos. Dedicar tiempo y recursos suele exigir el gasto de dinero. Gastar dinero suele exigir ganarlo. Por este motivo, a casi todo el mundo le vendría bien más dinero, lo cual significa que casi todo el mundo es codicioso. Con independencia de lo ricos o pobres que sean, la mayoría de las personas quieren más y no menos. De este modo, ya que la capacidad, el deseo y la voluntad de acumular de cada uno son claramente desiguales, lo mismo que las circunstancias externas y las ulteriores experiencias de cada uno, apenas podemos esperar otra cosa que distribuciones desiguales de la riqueza, las midamos como las midamos.

Dado que los economistas miden conceptos (riqueza, ingresos, bienestar) en lugar de cosas (satélites, planetas, estrellas), siempre habrá espacio para la controversia en lo que concierne a la igualdad económica y la justicia social. No obstante, resulta evidente que la

aparición de una distribución equitativa y justa de la riqueza, o de los ingresos, es la de una distribución normal. Siendo así, no sólo la naturaleza adora la función de Gauss, sino también las culturas que la han simulado en el plano económico. No es accidental que las economías que mejor han simulado este esquema hayan adoptado alguna versión de los filósofos abc en sus instituciones políticas y otras manifestaciones culturales: las artes, las ciencias y la tecnología (el componente aristotélico), la sociedad compasiva (el componente budista), el orden social y político equilibrado (el componente confuciano). Tampoco es accidental que las economías que más se desvían de este esquema hayan rechazado a uno o más de los filósofos abc en sus instituciones políticas y otras manifestaciones culturales. O por carencia de artes, ciencias y tecnología, o de una sociedad compasiva, o de un orden social y político legítimo y estable. Los Estados fallidos o en decadencia presentan carencias en los tres ámbitos.

Por otro lado, «arrojar» comida o dinero a este tipo de economías, como suelen hacer las más pudientes, no supone una ayuda a medio ni a largo plazo. También deberíamos «arrojar» alguna versión de los filósofos abc, para que puedan reformar sus instituciones políticas y culturales, con lo que se lograría sacar el mejor partido posible a sus recursos y a los nuestros.

Los hotentotes y la jungla urbana

Hablar de «la aldea» (del tipo de aldea necesario para educar a los niños) es evocar imágenes de encanto pastoral, simplicidad natural y decencia moral. Una de las últimas comunidades que cobró notoriedad por las obras filosóficas y literarias que emanaban de un *ethos* de este tipo eran los idealistas de Nueva Inglaterra. Hoy día, el elogio de Emerson a la capacidad de «confiar en uno mismo» y la estancia de Thoreau en Walden Pond son reliquias de una era pasada; apenas un siglo y medio del pasado histórico, pero separado ya del presente por el abismo de la globalización, en la que la virtualidad y la tecnología desplazan a la simple cronología. Las aldeas de antaño se mantenían unidas por el espíritu de comunidad. Este concepto de aldea ha desaparecido, completamente transformado en el mundo desarrollado por las sucesivas oleadas de progreso (la Revolución Industrial, las reformas utilitarias y democráticas, la Edad de Oro del capitalismo, la revolución informativa, la expansión inmobiliaria posmoderna fuera de las ciudades). La tecnología ha desplazado el sentido de comunidad, y la tecnocracia ha erosionado la conciencia moral.

En su apasionado ataque de 1905 al darwinismo social, Piotr Kropotkin escribió: «Y mientras que en una tierra salvaje, entre los hotentotes, sería escandaloso comer sin haber preguntado tres veces en voz alta si alguien quiere compartir la comida, todo lo que tiene que hacer ahora un ciudadano respetable es pagar los penosos impuestos y dejar

que se mueran de hambre los famélicos.»¹⁰ Esta crítica de Kropotkin tiene actualmente una gran vigencia, salvo que ahora pagamos los impuestos a sistemas más complejos de gobiernos ineficaces, irresponsables y tecnócratas, mientras se muere de hambre más gente que nunca.

En Nueva York, jungla urbana por excelencia y centro neurálgico de la aldea global, que difícilmente entraría en la categoría de tierra salvaje (a juzgar al menos por la Quinta Avenida), la costumbre de los hotentotes sería imposible de practicar. Tome el metro de Nueva York y observará a menudo la sucesión de acontecimientos que sigue. Primero, un cooperante de una causa benéfica entra en el vagón con un cesto de bocadillos, fruta y bebidas, anuncia su causa y pregunta si alguien tiene hambre o sed. No hay interesados, y pasa al siguiente vagón. Segundo, poco después entra un mendigo en el vagón y recita su historia trágica de rigor, cuya veracidad puede tener tintes de exageración debido a la feroz competencia existente (incluso en este triste sector, en el que los mendigos «venden» su extrema necesidad). No hay interesados, y pasa al siguiente vagón. En los diez años que llevo utilizando el metro de Nueva York, nunca he visto a un donante de comida y un buscador de comida en un mismo vagón en el mismo momento. Por lo visto, han desarrollado una dinámica de perfecto desencuentro. Si el barrio de Nueva York de la aldea global puede eludir la máxima de los hotentotes con tanta habilidad, imagínese cuánta gente, en distancias mucho más separadas, no ve la forma de alimentar a los demás.

La inviabilidad de la máxima de la aldea de los hotentotes en la aldea global es más patente en el contexto de la ética centrada en el Otro de Emmanuel Lévinas. Este pensador observa que la mera existencia del Otro nos impone a todos obligaciones morales ineludibles. De este modo, afirma que «La justicia permanece sólo como justicia en una sociedad donde no hay distinción entre los que están cerca y los que están lejos, pero en la que también permanece la imposibilidad de dejar de lado a los más próximos».¹¹ Para quienes mantienen personalidades virtuales en ese Parlamento ilimitado conocido como ciberespacio, las antiguas distinciones de tiempo y espacio «entre los que están cerca y los que están lejos» ya no son vigentes. En principio, dos personas cualesquiera en cualquier lugar del planeta pueden comunicarse instantáneamente. En la práctica, sin embargo, como por ejemplo en el metro de Nueva York, la probabilidad de «dejar de lado a los más próximos» es cada vez más una certeza, especialmente mientras se habla por teléfono móvil a «los que están lejos». Y si resulta tan fácil «dejar de lado a los más próximos», con más facilidad se puede olvidar la existencia de los miles de millones «que están lejos» y que nunca han utilizado teléfonos ni correo electrónico, y que están tan hambrientos como «los más próximos», a

quienes todos dejan de lado. Lévinas llegaría a la conclusión (y de hecho así lo hizo) de que un sistema de este tipo es extremadamente injusto, y que en consecuencia está acumulando una deuda moral incalculable. La cuestión es: ¿quién la va a pagar?

Extremos políticos, religiosos y empresariales

En muchos aspectos, la globalización es impulsada por un fenómeno sin precedentes: el desplazamiento de las fuerzas políticas y religiosas por las económicas. Las grandes obras arquitectónicas del mundo narran bien esta historia. Antiguamente, los mayores monumentos atestiguaban el poder de los gobernantes políticos y de las religiones. Desde las pirámides de Gizeh al palacio de Versalles, pasando por el Taj Mahal, vemos muestras palpables de la riqueza y el poder inmensos que en el pasado se concentraban en manos de los monarcas. De modo similar, las ornamentadas catedrales de la cristiandad y las relucientes mezquitas del islam, al igual que los innumerables templos hindúes y budistas esparcidos por toda Asia son un elocuente testimonio de la riqueza y el poder que poseían las religiones organizadas. No obstante, a partir de la llegada del siglo XX, la arquitectura que caracteriza todas las metrópolis modernas son las siluetas recortadas de los edificios en el cielo. El rascacielos se ha convertido en el símbolo omnipresente del poder económico, y las grandes ciudades compiten en prestigio y riqueza erigiendo edificios cada vez más altos. Taipei, Kuala Lumpur, Chicago, Shanghai, Hong Kong, Guangzhou, Shenzhen y Nueva York alojan las estructuras habitables más altas del planeta (la Torre Nacional de Canadá, en Toronto, atrae a dos millones de visitantes al año; aunque no se considera habitable). Llama la atención el creciente predominio de edificios elevados en Asia. Dubai (el Singapur de Arabia) tiene previsto erigir el que será el edificio más alto del mundo, que sobrepasará con creces al resto y que será un importante símbolo del potencial modernizador del mundo árabe. Shanghai está superando a Nueva York como metrópolis con los edificios más altos, lo que se debe más al crecimiento económico de China que a la destrucción del World Trade Center de Nueva York el 11-S.

Aun así, es importante observar que el principal atentado del 11-S (dos de los cuatro aviones secuestrados) se dirigió contra las Torres Gemelas. Teniendo en cuenta que Al Qaeda atentó también contra el Pentágono y que probablemente se proponía atacar la Casa Blanca con el cuarto avión, los atentados del 11-S se interpretaron como una declaración de guerra contra Estados Unidos de América por parte de los agentes no estatales árabes e islámicos, que actuaron con la connivencia y la simpatía de muchos Estados árabes e islámicos, aunque guardando las distancias políticas respecto a ellos. Así pues, dado que el blanco principal de Al Qaeda era el World Trade Center (dando continuidad al atentado con bomba que planearon fanáticos árabes en New Jersey, al otro

lado del Hudson, en 1993), los del 11-S eran ataques contra la cámara de comercio fáctica de la aldea global y, por tanto, una declaración de guerra contra la globalización en sí.

Esto representa la punta violenta de un iceberg agitado. Las fuerzas económicas multinacionales que impulsan la globalización no pueden actuar localmente (por ejemplo, dentro de un país) sin la cooperación del gobierno soberano y su credo predominante. Tampoco puede actuar localmente el capitalismo depredador (que abordaremos en el capítulo siguiente) sin la complicidad de dirigentes corruptos, sean éstos políticos o religiosos. Ahora bien, mientras que a las empresas multinacionales no les resulta difícil sobornar o comprar a políticos corruptos y otros cargos oficiales, muchos líderes religiosos ven el desarrollo económico con suspicacia u hostilidad. ¿Por qué? Porque la modernización trae consigo la laicización y las ventajas de la educación (así como los inconvenientes de la decadencia moral), factores que amenazan con emancipar a las masas intimidadas, liberarlas de su adicción al opio del dogma y concederles una mayor autodeterminación. Los autócratas temen perder poder político ante los efectos secundarios democratizadores de la modernidad, pero se les puede compensar con abultadas cuentas bancarias en Suiza. Los teócratas, por otro lado, temen perder autoridad religiosa ante los efectos laicizadores de la modernidad, y pueden llegar a ser mucho más difíciles de compensar, puesto que la fuente de su poder no reside en los cuerpos de los devotos, sino en sus almas. A esto se debe que los ayatolás enfurecidos y los mulás insidiosos del mundo islámico sean mucho más implacables que sus déspotas. Los Saddam Hussein someten a su pueblo infundiéndole miedo al arresto, a la tortura, al asesinato, incluido el de los seres queridos. En cambio, los ayatolás someten a su pueblo infundiéndole miedo no sólo en este mundo sino en el más allá.

Éste es el motivo por el que los déspotas que desean modernizarse y unirse a la aldea global deben hacer un trato abominable con los líderes religiosos indígenas, que tienen el poder de agitar a las masas y fomentar revoluciones violentas contra el propio gobierno. De este modo, el precio de mantener el poder político suele ser el de observar una perfecta duplicidad: aceptación externa de la globalización para aplacar a los traficantes de poder y a los impulsores económicos del nuevo orden mundial y rechazo interno de la globalización para aplacar a los líderes religiosos fanáticos y permitir que utilicen sus canales de expresión para verter odios tóxicos que envenenan a las masas con el fin de enfrentarlas a la modernidad laica. Los conflictos provocados por esta situación tardarán décadas, si no siglos, en apaciguarse.

Así pues, la globalización se asienta a partir de la interacción de una compleja dinámica triangular compuesta por fuerzas económicas, políticas y religiosas. Cuando actúan en consenso, se alcanzan muchos logros. Las grandes multinacionales y las

instituciones financieras que las apoyan poseen el poder económico y la experiencia necesarios para modernizar y desarrollar cualquier país o región del planeta, siempre que cooperen los gobiernos y las religiones. Los gobiernos tienen el poder de evitar que se explote de forma cruel sus recursos humanos y que se empleen sus recursos naturales por vías sostenibles. Las religiones tienen el poder de adaptarse y de abrir a sus adeptos las puertas a la educación moderna, la prosperidad material y la realización personal, sin renunciar por ello a sus misiones fundamentales como pastores de la dimensión espiritual y moral de sus rebaños.

En cambio, siempre que estas fuerzas entren en conflicto en lugar de cooperar, la población sufre. Y los conflictos adquieren alcance mundial. Las grandes multinacionales depredadoras unen fuerzas con los gobiernos soberanos corruptos para despojar al pueblo y a los países de sus riquezas, en lugar de ayudarlos a crearla. Los déspotas unen fuerzas con los fanáticos religiosos para fomentar odios inmorales y para culpar de los atrasos económicos a cualquier cosa que no sean sus estilos de vida disfuncionales. El tribalismo en sí resurge en forma de gobiernos soberanos, que evitan tanto el desarrollo económico como el bienestar espiritual, y que saquean las tribus rivales amparándose en la fachada estatal.

En el extremo rico del espectro del desarrollo, los países que ofrecen más libertad, oportunidad y esperanza a sus ciudadanos (desde las democracias sociales como Suecia hasta las democracias confucianas como Japón) tienen en común las tres características siguientes. En primer lugar, sus gobiernos laicos salvaguardan la libertad religiosa, pero prohíben las tiranías teocráticas. En segundo lugar, sus gobiernos laicos estimulan el crecimiento económico, pero se protegen contra el capitalismo depredador. En tercer lugar, sus gobiernos laicos se encuentran enmarcados por constituciones (el imperio de la ley, no el imperio del hombre) y sus líderes rinden cuentas ante el electorado. Cuando el mundo en vías de desarrollo esté más capacitado para emular estas tres características, sus pueblos obtendrán beneficios económicos y de muchos otros tipos.

Las religiones y la pobreza

Si evaluamos el papel que desempeñan las religiones organizadas, tanto en la creación de la riqueza como en la perpetuación de la pobreza, nos encontramos con abundantes contradicciones. Todas las religiones ensalzan el valor de la caridad, pero también perpetúan las condiciones que hacen que la caridad sea necesaria. Aun así, estas contradicciones son útiles, ya que someten el papel de la religión organizada a una perspectiva conveniente.

Parece ser que todas las grandes religiones entran en una fase durante la cual ejercen

un dominio casi total sobre las dimensiones política, social y educativa de las vidas de sus seguidores. Dicha fase puede durar siglos. Con independencia de los beneficios espirituales que aporte, esta fase mantiene además a grandes masas de gente en un estado de ignorancia abismal y obstaculiza o pone freno a su movilidad socioeconómica, lo que les impide alcanzar su pleno potencial humano. En esta fase, la pobreza a gran escala aparece como efecto directo de la supresión religiosa del potencial humano y del control religioso sobre la vida humana para ganar poder y no para mejorar o iluminar a los rebaños.

En Occidente, el ejemplo más conocido es la Iglesia católica apostólica romana, que se sirvió de grandes poderes imperiales como España. Aunque el Imperio español forjado por los conquistadores desapareció hace tiempo, permanece su doble legado: la influencia del catolicismo y del idioma español. Esta lengua, hablada por los pueblos de España y América Latina (excepto en Brasil), y cada vez más en Estados Unidos, cuenta con el tercer mayor número de hablantes nativos del mundo, después del inglés y el mandarín. La importancia del idioma español en la aldea global de hoy se debe en gran parte a la Iglesia católica. Dejando aparte los temas relativos a la fe religiosa y las diferencias doctrinales, uno no puede evitar quedar impresionado ante la escala y el alcance del cristianismo como religión del mundo, y en concreto por su confesión más extendida, el catolicismo.

La Iglesia católica, que resurgió como un fénix de las cenizas del Imperio romano, ha demostrado ser más poderosa que el mismo imperio en términos de alcance geopolítico, número de adeptos y longevidad como institución. Dicho esto, no deja de ser cierto que todos los imperios, incluidos los religiosos, tienen su auge y su caída. Últimamente, la modernidad laica y el posmodernismo nihilista que acompañan a la globalización (y contra los cuales los extremistas islámicos fomentan disturbios civiles) también afectan a la Iglesia católica, y en varios aspectos. En Norteamérica, la Iglesia se está viendo asediada por escándalos surgidos de décadas de acusaciones de abusos sexuales, y está vendiendo valiosas propiedades inmobiliarias para costearse cuantiosos acuerdos extrajudiciales. Al mismo tiempo, la fe disminuye entre los adeptos —incluso en el seno de órdenes religiosas monásticas—, quienes (como hemos visto) importan el budismo zen y otras modalidades filosóficas para reavivar su llama espiritual. En Europa, reductos católicos de siglos de antigüedad (desde Irlanda hasta Polonia, pasando por España e Italia) se están difuminando por desgaste mientras sus poblaciones descienden debido a la caída en picado de las tasas de natalidad. En Irlanda, la presidenta feminista Mary Robinson legalizó el aborto; mientras que Italia (con una tasa actual de 1,1 hijos por familia) encabeza la lista de países con mayor despoblación. De este modo, incluso la Iglesia católica, principal bastión de la cristiandad durante muchos siglos, experimenta

una innegable debilidad de gran parte de sus signos vitales.

Visto en retrospectiva, la Iglesia católica se ha extendido tanto y ha durado tanto debido precisamente a su conservadurismo, con inclusión de su resistencia a la reforma. Sin embargo, esta misma tendencia también la ha hecho quebradiza, incapaz de adaptarse a las necesidades espirituales en evolución de unas masas cada vez más cosmopolitas y adineradas, a quienes la globalización ha emancipado política, social y económicamente, pero a quienes la Iglesia ha sido incapaz de emancipar teológicamente. La ausencia de un camino medio entre el catolicismo medieval de devotos y el catolicismo posmoderno de no practicantes ha dado lugar a la reducción de la base de población católica: es la inversión de una dinámica de siglos de antigüedad que tal vez marque el principio del fin de la Iglesia católica.

Una característica distintiva de las poblaciones con un fervor religioso fundamentalista (especialmente en las judías, cristianas, musulmanas e hindúes) que ha persistido durante siglos es la cantidad de hijos que tienen y la correspondiente pobreza en la que viven. Dicho de otro modo, la fe religiosa fundamentalista suele ser inversamente proporcional al dinamismo socioeconómico. Esta tensión entre el reino de Dios y el reino del hombre todavía es característica de la India y de gran parte de la civilización islámica, y hasta hace poco era aplicable también a las poblaciones católicas, desde México hasta Irlanda, desde las Filipinas hasta la provincia de Quebec en Canadá.

Yo me crié en Quebec, donde existe un conflicto de siglos de antigüedad, a veces encarnizado, entre la mayoría católica francófona y la minoría protestante anglófona. A lo largo de las décadas que he vivido en Quebec, he presenciado a diario las dimensiones religiosas de este conflicto. Durante mucho tiempo, los canadienses anglófonos monopolizaron la banca, los seguros, el comercio, la gestión empresarial, la educación superior y las profesiones liberales (el alma de la cultura y la economía urbanas); mientras que los canadienses francófonos conformaban la clase urbana trabajadora poco instruida y la clase rural pobre y superpoblada, con escasas o nulas perspectivas de prosperar en la vida. La brecha cultural, social y económica entre anglófonos y francófonos se hizo tan pronunciada que, en la década de 1960, un terrorista francocanadiense en prisión llamado Pierre Vallières escribió un emblemático libro de protesta en el que se refería a los francocanadienses como «*les nègres blanches*» [los negros blancos] de Norteamérica.¹²

La analogía que hace Vallières con la esclavitud y los derechos civiles en Estados Unidos era acertada en algunos aspectos, pero distorsionada en otros. El principal impedimento para la liberación política y el progreso socioeconómico de los francocanadienses no eran los prejuicios de los anglocanadienses; era el dogma católico.

La Iglesia católica hizo lo posible para que la mayoría de las familias francocanadienses tuvieran tantos hijos, tanto catecismo y tan poca educación como fuera posible, lo que la preparaba para una vida de servidumbre espiritual hacia la Iglesia y de servidumbre socioeconómica hacia los anglófonos. Durante la Segunda Guerra Mundial, la Iglesia se opuso al alistamiento obligatorio de francocanadienses, y enseñó a su rebaño que su «enemigo» era el Canadá anglófono, no la Alemania nazi. Aun así, muchos francocanadienses combatieron y sirvieron de forma ejemplar (del mismo modo que muchos estadounidenses de origen africano combatieron y sirvieron de forma ejemplar, aunque sufrieran la segregación en Estados Unidos), porque reconocían dónde estaba la mayor amenaza a su libertad, oportunidad y esperanza.

Cuando empezó a surgir una conciencia política francocanadiense a gran escala en la década de 1960, los francófonos pudieron desembarazarse de los grilletes impuestos por el dogma religioso, poner su apasionado temperamento galo al servicio de la autodeterminación política y no de la servidumbre espiritual, tener menos hijos por familia, recibir educación moderna en lugar de adoctrinamiento medieval y poner remedio a sus deficiencias socioeconómicas en lugar de culpar de ellas a los protestantes anglófonos y, como de costumbre, a los judíos.¹³ Al aceptar la responsabilidad de sus destinos en lugar de culpar a los demás, los francófonos se han emancipado y transformado, con métodos mayoritariamente no violentos y un proceso político democrático, hasta formar una cultura muy activa.

La religión en sí no impone limitaciones a lo que un ser humano pueda conseguir. Al contrario: basta con ver los portentosos logros artísticos del Renacimiento italiano, los musicales del Barroco tardío o los intelectuales y científicos de la Ilustración, muchas de cuyas obras inmortales fueron concebidas por católicos o por artistas patrocinados por culturas católicas. Yo mismo he tenido la gran suerte de contar con numerosos mentores, guías y amigos que también eran católicos. En el extremo opuesto, sin embargo (el de la conformidad de las masas a las normas y al control social represivo), las culturas religiosas son tristemente famosas por mantener a sus adeptos en condiciones de superpoblación, infraeducación y penuria.

Mi argumento es simple. A medida que se han afianzado la democratización y la modernización en países tradicionalmente católicos, desde Chile hasta Polonia, pasando por España e Irlanda, vemos cómo aparecen unos rasgos comunes: mayor productividad económica, mejor educación, más riqueza, familias más reducidas, mayor énfasis en el individualismo y la autodeterminación, mayor calidad de vida. La religión providencialista ha perdido influencia y ha dejado espacio libre para los intereses laicos en el aquí y el ahora. Estos rasgos conforman una pauta; una pauta que debe instaurarse y repetirse en

otras partes del mundo, donde la pobreza es aún más apabullante y el potencial humano más difícil de alcanzar.

El cristianismo es una hebra fundamental en el tejido de la civilización occidental, y la Iglesia católica un pilar de la cristiandad. No obstante, el camino medio preconiza, dicho sea con respeto, que las comunidades cristianas salen más beneficiadas cuando equilibran el reino de Dios con el reino del hombre, en lugar de utilizar el uno para suprimir el otro.

El islam y la pobreza

Existe una evolución natural en el nacimiento y el desarrollo de las grandes religiones, donde se dan pautas recurrentes que se perciben al instante. Una de estas pautas es el surgimiento de facciones confesionales rivales y a veces hostiles dentro de una religión (por ejemplo, los fariseos y los saduceos en el judaísmo bíblico; los católicos y los protestantes en el cristianismo; los suníes y los chiíes en el islam; los mahayana y los theravada en el budismo). Las religiones laicas como el marxismo muestran una dinámica similar pero más efímera, habiendo surgido rivalidades entre bolcheviques y mencheviques, leninistas y trotskistas. Las facciones rivales budistas, al igual que las judías, en general se han abstenido de adoptar expresiones manifiestamente violentas de las diferencias doctrinales, divisiones que no por secretas dejan de ser ensañadas. La historia humana ha documentado matanzas prolongadas, recurrentes y a gran escala de cristianos por cristianos y de musulmanes por musulmanes. ¿Por qué? Principalmente porque el cristianismo y el islam son las dos confesiones proselitistas más agresivas del mundo. El proselitismo agresivo genera creyentes cegados, atormentados y debilitados, quienes en el peor de los casos pervierten el amor de Dios para justificar la demonización y el asesinato de seres humanos como ellos.

Una segunda pauta que se puede percibir en las principales religiones es el desplazamiento gradual de la ortodoxia a la reforma, que a menudo precipita un cisma violento seguido de un período de renovación. El hinduismo fue reformado pacíficamente por Buda en torno al año 500 a. C., pero la reforma de Nichiren del budismo japonés corrupto en el siglo xiii se topó con actos de violencia contra él y con el asesinato de algunos de sus seguidores. El intento de reforma del judaísmo llevado a cabo por Jesús en torno al 30 d. C. lo llevó a sufrir un fin violento a manos del Imperio romano, que no obstante se convirtió al cristianismo tres siglos más tarde. Martín Lutero reformó el cristianismo papal en el siglo XVI, lo que precipitó un movimiento histórico trascendental que dio lugar a la Ilustración, así como a un auge de la ciencia, la tecnología, la democracia, los derechos humanos y la globalización, y a las mejores condiciones de vida jamás disfrutadas por las masas humanas en toda la historia de nuestra especie. El judaísmo fue reformado en varias ocasiones, por ejemplo en Europa

y Estados Unidos en el siglo XIX, como consecuencia del movimiento de la Ilustración. Cabe destacar que la reforma del judaísmo permitió a los judíos participar en la sociedad dentro de actividades laicas como la ciencia (cuando no estaban perseguidos). En el siglo XX, este avance hizo que los judíos, que componían sólo un 1/24 del 1% de la población mundial, ganaran el 18% de los premios Nobel. Este hecho subraya la importancia de las reformas religiosas, en cuanto a su capacidad para liberar la función cognitiva humana de dogmas sofocantes y dejar espacio noético libre para la crítica constructiva y el descubrimiento.

En contraste con la ortodoxia hindú, católica y judía, el islam se encuentra aún a la espera de una reforma generalizada (y urgente). Al ser la más reciente de las grandes religiones del mundo, fundada en el siglo VII d. C., una fecha relativamente próxima en comparación con las demás, es lógico suponer que será la última en someterse a una reforma. El hecho de que el islam lleve 500 años de retraso respecto a la reforma protestante nos ofrece una útil «instantánea» que nos permite ver lo asfixiantes que son desde el punto de vista socioeconómico e intelectual los efectos de la dictadura religiosa sobre la vida humana.

Muchos árabes se hallan incluso en la creencia de que habitan un mundo diferente que el resto de la humanidad, y constantemente hablan del «mundo árabe» en sus principales comunicaciones mediáticas propias y a Occidente para reforzar la idea ante sí mismos y ante los demás de que se encuentran, de algún modo, aparte del resto del mundo. No hay ningún otro grupo en el planeta que haga una reivindicación tan estridente de su desconexión; nunca oímos hablar del «mundo estadounidense» ni del «mundo británico» ni del «mundo francés» ni del «mundo español», del mismo modo que tampoco oímos hablar del «mundo hindú» ni del «mundo budista» ni del «mundo cristiano» ni del «mundo judío». Sí que hablamos, ciertamente, del «mundo en vías de desarrollo» y del «mundo en desarrollo», pero se trata de términos socioeconómicos que abarcan enormes espectros de personas de todo tipo de raza, credo, etnia y color.

Es evidente que el árabe es un pueblo antiguo y extremadamente orgulloso, y por tradición también muy hospitalario, que ha aprendido a sobrevivir en climas desérticos increíblemente áridos e inhóspitos. No obstante, el riguroso control político y social que el islam ha ejercido sobre las vidas de esta población, durante siglos consecutivos, los ha empobrecido desde los puntos de vista económico e intelectual. A su vez, esta pobreza ha avergonzado enormemente a líderes e intelectuales árabes por igual, que demasiado a menudo han echado mano del hábito común de los seres humanos consistente en culpar a los demás de sus propias deficiencias, en lugar de tomar medidas para enmendarlas. De este modo, muchos árabes, al afrontar culturas posmodernas que llevan siglos de adelanto a sus culturas premodernas, tienden a retraerse todavía más dentro de la

crisálida del islam y se quedan todavía más a la zaga, en lugar de metamorfosearse y salir de dicha crisálida. Los líderes árabes saben perfectamente, y los estadounidenses descubrieron horrorizados el 11-S, que el «mundo árabe» no está separado de la aldea global. Ahora, muchos líderes árabes «generan causas positivas» del mal ocurrido tras los atentados y ponen más empeño en integrarse de forma constructiva.

Por ejemplo, resulta alentador leer las palabras de su excelencia Amre Moussa, secretario general de la Liga de Estados Árabes, que en 2005 dijo: «Quisiera declarar que estamos todos en el mismo barco: Oriente y Occidente, Norte y Sur, musulmanes, cristianos y todos los demás. Lo que necesitamos es construir un nuevo orden internacional que gobierne este barco durante la primera década del siglo XXI y más allá.»¹⁴ Esta óptica ilustrada e inclusiva debe propagarse por todos los Estados árabes, donde estimularía las reformas religiosas necesarias para mejorar la productividad económica y para reducir el aislamiento, la escasez y la desesperación que ayudan a engendrar el terrorismo.

No obstante, la cruda realidad es que a los árabes les queda mucho camino por recorrer. En términos económicos, el producto nacional bruto (PNB) de todo el «mundo árabe» (22 países cuyo territorio y población conjuntos, de 300 millones de habitantes, son comparables a los de Estados Unidos) es inferior al de España, un país de tan sólo 40 millones de habitantes que no se reformó políticamente hasta la década de 1970. El «mundo árabe» posee una de las mayores tasas de analfabetismo femenino de la aldea global, lo que contribuye en gran medida a su deficiente productividad económica. Una causa fundamental de este bajo rendimiento económico es la ausencia de reforma del islam, cuya *sharia* (ley religiosa) no reconoce separación alguna entre la Mezquita y el Estado. Una lección clara de la historia es que el progreso socioeconómico y la existencia de una clase media fuerte sólo aparece cuando antes se han separado Templo y Estado, Iglesia y Estado, Ashram y Estado. Y estos procesos requieren siempre un reformador.

El empobrecimiento intelectual es otra consecuencia de la opresión religiosa. Observe esta marcada diferencia entre dos pueblos semíticos: los judíos y los árabes. El judaísmo reformado permite la plena participación de los judíos en la vida intelectual de la civilización occidental (siempre y cuando no sufran la exclusión, la persecución o el exterminio en sus «países de acogida»). En consecuencia, de una población de 12 millones de judíos han salido 164 Premios Nobel. Por contra, el islam no reformado impide la plena participación de los árabes y los musulmanes en general en la vida intelectual de la civilización occidental; una civilización que, paradójicamente, los antiguos califas ayudaron a salvaguardar durante la Alta Edad Media de Europa. En consecuencia, de una población de 1.400 millones de musulmanes (una población 117

veces superior a la de los judíos) han salido seis Premios Nobel. Este contraste es resultado de los efectos paralizantes y atrofiantes del adoctrinamiento religioso sin reformar en las mentes de los jóvenes.

Un palestino amigo mío muy instruido siente mucha vergüenza por la incapacidad del «mundo árabe» de crear científicos, incluso en proporción con el resto del mundo en vías de desarrollo. También le avergüenza que la World Youth Orchestra, por ejemplo, esté integrada por jóvenes músicos de talento de diversas partes de Norteamérica, Sudamérica, Europa y Asia, pero ninguno del «mundo islámico». Al igual que muchos intelectuales árabes e islámicos, formados en Occidente y habituados a la modernidad, sabe muy bien que las culturas islámicas menos desarrolladas se encuentran totalmente privadas de las ciencias y las artes aristotélicas, y que sus ciudadanos esclavizados no podrán realizarse como seres humanos mientras estén sometidos por dogmas incapacitantes, debilitadores y resentidos.

Un psiquiatra estadounidense de origen árabe, el doctor Wafa Sultan, es muy consciente de esto. Como afirmó en una entrevista en Al Yazira: «El choque que estamos viviendo [...] no es un choque de religiones, ni un choque de civilizaciones. Es un choque entre dos contrarios, entre dos eras. Es un choque entre una mentalidad que corresponde a la Edad Media y otra mentalidad que corresponde al siglo XXI. Es un choque entre la civilización y el atraso, entre lo civilizado y lo primitivo, entre la barbarie y la racionalidad.»¹⁵

En cuanto el islam se reforme y ofrezca a sus hombres y mujeres jóvenes una educación moderna en lugar de un adoctrinamiento puramente religioso, la pobreza económica e intelectual del «mundo árabe» se invertirá rápidamente. Ya estoy viendo señales alentadoras de una transformación en este sentido, por ejemplo en muchos estudiantes árabes y musulmanes en general del City College de Nueva York, donde enseño filosofía. Al igual que los judíos y los cristianos, los musulmanes son un pueblo que se guía por unas escrituras, lo que los predispone a la tradición escrita, les infunde un respeto por la palabra escrita y les inculca hábitos de estudio que sientan con firmeza los cimientos del desarrollo cognitivo y el enriquecimiento intelectual. Cuando estos estudiantes se exponen al canon occidental, empiezan inmediatamente a absorber las artes y ciencias liberales de éste y a reintegrarlas en contextos culturales islámicos. Este proceso está creando una corriente paulatina, pero profunda, de reforma intelectual que se propagará lenta e inevitablemente por todo el «mundo árabe» y el resto de culturas musulmanas. Este ejercicio de «poder blando» (la transformación mediante la educación) tenderá un puente sobre el abismo entre el islam y Occidente de forma más efectiva que cualquier invasión militar o imposición política. Puede incluso conseguir lo inimaginable:

es decir, la reunión de las civilizaciones islámica y occidental, y una nueva Edad de Oro de la tolerancia y la cooperación, donde toda la aldea global cosechará beneficios económicos y de muchos otros tipos.

Los sucesos del 11-S precipitaron una concienciación mundial en torno a la necesidad de reforma política y religiosa en el «mundo árabe», por el bien tanto de la prosperidad de las regiones del mundo como de la paz internacional. Pronto dirigiremos nuestra atención a Oriente Medio, una región a la que tristemente se puede calificar de semillero de extremismo.

Antes, empero, resumamos el tema de la riqueza y la pobreza tratado en el presente capítulo y recojamos la sabiduría de los filósofos abc en lo que respecta a las posesiones materiales y a lo que es valioso en la vida.

Los filósofos abc

Las personas con mucho dinero no son necesariamente ricas en tesoros de la vida; mientras que las personas que tienen poco dinero no son necesariamente pobres en ese mismo sentido. Todos hemos oído la máxima «El dinero no hace la felicidad», lo cual es cierto. Al mismo tiempo, los excesos de pobreza, como los que experimentan millones de personas en el mundo en vías de desarrollo y los indigentes del mundo desarrollado, se manifiestan de forma más extendida y arrolladora que los excesos de riqueza. Para hallar el camino medio, debemos preguntarnos «¿Cuánto es suficiente?» y «¿Cómo debería repartirse la riqueza?».

Son muchas las formas de economía política que se han ensayado desde los albores de la humanidad, y todas ellas imperfectas. La célebre cita de Winston Churchill de que la democracia «es la peor forma de gobierno [...], con excepción de todas las demás» bien podría parafrasearse al respecto del capitalismo democrático: «Es la peor forma de economía con excepción de todas las demás.» John Locke ofrece en el *Segundo tratado sobre el gobierno civil* la mejor justificación planteada hasta el momento de la propiedad privada. Las teorías de Karl Marx, en cambio, son la peor justificación jamás inventada para su abolición.

La naturaleza ha establecido la pirámide como una de sus estructuras fundamentales. En una miríada de especies (por ejemplo los reptiles, los anfibios, los peces, los cefalópodos), una multitud de crías salen del huevo a la vez, pero un número progresivamente inferior de entre ellas (las que tienen más fuerza, inteligencia o suerte) sobreviven a los rigores del crecimiento: una pirámide. Todos los insectos sociales (las hormigas, las abejas, las avispa) se organizan en monarquías absolutas regidas únicamente por reinas (en una hegemonía femenina), con todas las clases subordinadas

bajo ella: una pirámide. En las especies «combativas» de rumiantes (por ejemplo, el ciervo, el alce), el 5% de los machos salen victoriosos en los combates estacionales (el «celo») para inseminar al 95% de las hembras: una pirámide. Las organizaciones humanas, desde empresas a centros educativos y fuerzas militares, están estructuradas a partir de un líder, bajo el cual encontramos capas subordinadas cada vez más amplias: una pirámide. Y en todas las sociedades humanas la mayor parte de la riqueza se concentra invariablemente en el menor número de manos; la menor parte de la riqueza, en el mayor número de manos: una pirámide. Malthus fue el primero que reparó en la tendencia de las poblaciones humanas al aumento geométrico y en las inevitables desigualdades sociales que éste generaba. En su *Ensayo sobre el principio de la población*, de 1798, escribió: «Nuestra capacidad de procrear siempre superará nuestra capacidad de procurar alimentos para la supervivencia.» Es decir, una pirámide de pobreza.

Así pues, debemos encontrar una fuerza que frene el crecimiento de las poblaciones humanas (objetivo que tal vez la abundancia económica ha cumplido demasiado bien, al igual que la política familiar de un solo hijo en China) o, de lo contrario, que afronte la triste alternativa de tener que esforzarnos constantemente por alimentar a las masas hambrientas (como vemos en gran parte del mundo en vías de desarrollo).

El marxismo trastocó la pirámide natural y, en imperios como la antigua Unión Soviética, la sustituyó por algo infinitamente peor: una «Pirámide Democrática Popular» en la que el Partido hacía que todos fueran pobres. De modo parecido, las organizaciones religiosas investidas de poder político son fórmulas infalibles para crear pobreza generalizada y también ignorancia, que acaba de cerrar la trampa. Los países más pobres del mundo también se encuentran entre los más fervorosamente religiosos. Las teocracias mantienen a sus siervos encadenados en estados de apatía política, fatalismo teológico, parálisis cultural y extrema pobreza.

En las regiones del mundo donde el tribalismo, el feudalismo, el despotismo o la teocracia todavía ejercen su dominio, el contraste entre el exceso para la minoría de la cúspide y la escasez para la mayoría de la base es abrumador. Partes de África, América Latina, Oriente Medio y Asia ofrecen las mayores proporciones de las desigualdades más horribles.

Variantes del capitalismo democrático como las que se practican en Estados Unidos, Reino Unido, Australia, Canadá, Europa occidental, Escandinavia, Israel, Japón, Singapur, Corea del Sur o Taiwán ejercen una fuerza correctiva sobre estas pirámides y las convierten en curvas acampanadas (las distribuciones de Gauss) que elevan las capas de la base hacia la clase media. Este efecto permite ofrecer el mayor bien al mayor

número. Siempre habrá una riqueza desproporcionada en la cima, pero no es necesario que vaya acompañada de una pobreza igualmente desproporcionada en la base. Además, la existencia de una clase media próspera en un sistema social dinámico que permite la movilidad ascendente siempre ofrece oportunidad a los pobres por medio de la educación.

Todavía queda pendiente una gran cuestión: ¿qué tipo de red de seguridad para la protección social deberíamos prever (o no)? En este punto, las democracias sociales como Canadá y Suecia difieren de las repúblicas más puramente capitalistas como Estados Unidos. El socialismo es más compasivo, pero también puede llevar al colectivismo y al totalitarismo. La asistencia sanitaria y la educación «gratuitas» son ideas estupendas; sin embargo, a fin de cuentas alguien tiene que pagar por ellas, por lo general la clase media. A la mayoría de los estadounidenses les gusta la idea de socializar la sanidad, la justicia, la educación y el bienestar, hasta que averiguan los gastos que acarrea al contribuyente y lo poco efectiva que puede llegar a ser una democracia socializada.

La receta de Aristóteles sigue siendo válida: una clase media activa es la mejor solución posible para la ecuación económica. Y aunque Aristóteles recalcaba que una vida dedicada a la contemplación es más noble que una dedicada al comercio, son los intereses comerciales los que deben subvencionar y defender los poderes de la contemplación, actualmente mediante la educación superior. Buda nos recuerda que todos los apegos, bien a las posesiones materiales, bien al conocimiento privado, son causas potenciales de sufrimiento. Y la tradición confuciana nos aconseja, por medio del Tao, no acumular riqueza ni aprendizaje meramente como fines en sí mismos, sino como medios para un fin mayor: la comprensión del Camino.

Condenar a masas humanas a la pobreza siempre les hará sufrir, aunque un individuo siempre puede renunciar a las posesiones materiales con el fin de acelerar su desarrollo espiritual. De modo similar, buscar riquezas como un fin en sí mismo es garantía de desgracia, mientras que hacer un uso sabio y compasivo del dinero es una vía poderosa para hacer el bien en el mundo.

1 KAPLAN, Robert: La anarquía que viene, Ediciones B, Barcelona, 2000; y Viaje a los confines de la tierra, Ediciones B, Barcelona, 1997.

2 ARISTÓTELES: Política.

3 Una muestra representativa de la obra de Devinder Sharma está archivada en <http://www.indiatogether.org/agriculture/opinions/dsharma/faminecommerce.htm> [en inglés].

- 4 DRAHOS, Peter y John BRAITHWAITE: Information Feudalism, Earthscan Publications, Londres, 2002.
- 5 Se trata de la brillante perspectiva de WYNNE-EDWARDS, V.: Animal Dispersion in Relation to Social Behaviour, Oliver & Boyd Ltd., Edimburgo, 1962.
- 6 V. p. ej. SOROKIN, Pitirim: Man and Society in Calamity, E. P. Dutton & Co. Inc., Nueva York, 1943.
- 7 MIDGLEY, Mary: Beast and Man, The Harvester Press, Sussex, 1978.
- 8 Véase p. ej. SCHLOSSER, Eric: Fast food: el lado oscuro de la comida rápida, Grijalbo, Barcelona, 2002.
- 9 http://en.wikipedia.org/wiki/Gini_coefficient [versión del artículo en castellano: http://es.wikipedia.org/wiki/Coeficiente_de_Gini].
- 10 KROPOTKIN, Piotr: El apoyo mutuo, un factor de la evolución, Nossa y Jara Editores, Móstoles, 1989.
- 11 LÉVINAS, Emmanuel: De otro modo de ser o más allá de la esencia, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1995.
- 12 VALLIÈRES, Pierre: White Niggers of America, McClelland & Stuart, Toronto, 1969.
- 13 Algunos miembros de mi familia (inmigrantes judíos de origen ruso) vivían en un pueblo francocanadiense, cuyos habitantes se santiguaban cada vez que veían pasar a un judío por la calle, ya que la Iglesia les había enseñado que los judíos eran demonios. Conservar prejuicios medievales no contribuye a la asimilación de la modernidad por la gente.
- 14 Discurso pronunciado en la Segunda Mesa Redonda Internacional: «Constructing Peace, Deconstructing Terror» [Construir la paz, dismantelar el terror], Bruselas, 26/06/2005, archivado en <http://www.strategicforesight.com/index.htm> [en inglés].
- 15 Entrevista en Al Yazira, citada por Thomas Friedman, New York Times, 15 de marzo de 2006, Times Digest, p. 8.

Los extremos totémicos: McComidas, McDrogas y McMundos felices

Y la avaricia del hombre es insaciable [...] puesto que está en la naturaleza del deseo que éste sea ilimitado, y muchos hombres viven únicamente para su gratificación.

Aristóteles

Todo ser humano es autor de su propia salud o enfermedad.

Buda

Quienes no hacen más que atiborrarse de comida y nunca emplean la mente son difíciles.

Confucio

McComidas

La de Estados Unidos es una sociedad cada vez más fragmentada. Hemos visto que se halla polarizada en el plano político, profundamente dividida entre estados «rojos» y estados «azules», como resultado de decenios de una guerra civil cultural sin tregua. También está polarizada en el plano racial, sometida a constantes oleadas de culpabilidad blanca y racismo negro, furor negro y racismo blanco. Está polarizada en el plano religioso, dividida entre el cristianismo fundamentalista, por un lado, y la anarquía posmoderna, por el otro. Está polarizada en el plano sexual, entre la supresión machista de la liberación de la mujer y la deconstrucción feminista de la civilización en sí. Está polarizada en el plano cognitivo, con una creciente brecha que separa las «elites» cultas pero adoctrinadas políticamente de las masas incapacitadas por la televisión, analfabetas funcionales y culturales. Está polarizada en el plano económico, con un creciente abismo socioeconómico que separa a los adinerados, que se refugian en comunidades valladas, de las decenas de millones de desposeídos, que subsisten en viviendas de protección oficial y guetos, parques para caravanas y zonas industriales.

Este gran conglomerado de polarizaciones no deja de ser la principal potencia militar

del mundo, gracias a su posición pionera en la ciencia aristotélica; y el motor económico más potente del mundo, gracias a sus tradiciones de libertad, oportunidad y esperanza. No obstante, el liderazgo científico de Estados Unidos se debilita, frenado por las inevitables repercusiones y los costes transaccionales de esta miríada de polarizaciones; mientras que su economía es una especie de burbuja gargantuesca, a punto de reventar; mientras que los consumidores ricos en deudas y pobres en efectivo se esfuerzan por mantenerse a flote ante los costes disparados y los rendimientos menguantes del sueño americano.

En este telón de fondo fragmentado, el principal «bien común» para seguir adelante actualmente en Estados Unidos es el consumismo. A los estadounidenses les encanta consumir, tanto in situ como en línea, hasta tal punto que el consumismo (y el sobreconsumismo) se ha convertido en un estilo de vida. Una de las primeras cosas que observan quienes visitan el país es la obesidad endémica, que ha transformado a seres plenos y productivos en personas hipoglucémicas y en enfermos crónicos, tanto adultos como niños que tienen vedado el terreno de la normalidad. Los latinoamericanos, europeos y asiáticos se muestran cada vez más preocupados, y con razón, al ver que las marcas estadounidenses de comida basura, los pensamientos prefabricados y los estilos de vida tallados por el mismo patrón invaden los mercados mundiales, dominan las culturas locales y ponen en peligro la calidad de vida.

Otra cosa que observan los extranjeros que visitan Estados Unidos es el tamaño de las raciones. Las cantidades que consumen los estadounidenses, sea de comida adecuada o basura, son una indecencia. Los estadounidenses se hinchan a diario más de la cuenta, consumiendo el doble, el triple o el cuádruple de la cantidad necesaria para alimentar un cuerpo sano, y los millones de personas que no llegan a la obesidad presentan de todos modos un grave sobrepeso, al igual que sus hijos. Los puntos de venta de comida al por mayor, de acuerdo con estos «gustos», venden alimentos basura aprobados por la Administración de Fármacos y Alimentos (Food and Drug Administration, FDA) y bien surtidos de azúcar, sal, colesterol del malo y ácidos grasos trans, en cajas extra grandes y bolsas tamaño gigante que los consumidores cargan en sus monovolúmenes gargantuescos. Las características más importantes de estos vehículos son la capacidad de carga de bebidas, el espacio extra que pueden ocupar en las abarrotadas carreteras estadounidenses y la cantidad de gasolina que chupan. Los estadounidenses conforman el 5% de la población mundial, y sin embargo consumen cerca del 25% de sus recursos energéticos a diario, otro elemento que sumar a su sobredosis de calorías. Los estadounidenses se dan muy poca cuenta de cómo los considera el resto del mundo: un país de seres egoístas y caprichosos, cuyos cuerpos hinchados y mentes anonadadas son pruebas más que suficientes de los inconvenientes de una «cultura» basada en el

consumismo y la glotonería.

Incluso Buda, cuyas enseñanzas destilan moderación y dulzura en su mayor parte, condenó la glotonería con sorprendente severidad: «Si un hombre es perezoso, glotón y adormilado, y se arrastra de acá para allá como un enorme cerdo engordado con grasa y mondaduras, ese estúpido indolente renacerá una y otra vez.»

En el viaje al sueño americano, muchos recién llegados tienen pesadillas. Cuando los inmigrantes consiguen asentarse en Estados Unidos, pueden caer víctimas rápidamente de las fuerzas de mercado imperantes. Para mí, el aspecto más escandaloso del consumo excesivo es la visión de niños obesos que proceden de culturas en las que raras veces se ven personas con sobrepeso, y mucho menos con una corpulencia que roza lo grotesco: niños árabes obesos, niños indios obesos, niños del sureste asiático obesos, niños latinos obesos, niños africanos obesos, algunos de cuyos padres emigraron de lugares donde reina la miseria para evitar que sus hijos sufrieran una muerte prematura por hambre y que han terminado condenándolos a una muerte prematura por infarto o diabetes infantil, entre una plétora de dolencias que afectan a los jóvenes y obesos.¹

La obesidad en Estados Unidos no se debe únicamente a enormes sobredosis diarias de azúcares, grasas, sales y colesterol del malo, a las que se suma una falta crónica de ejercicio físico y mental y un exceso de televisión. Para rematarlo, el sector lácteo envenena a diario a cientos de millones de estadounidenses con hormonas de crecimiento en bovinos, que los seres humanos metabolizan para adquirir el físico de las vacas.² Somos lo que comemos y bebemos, mucho más de lo que la gente supone. Añada a esto la batería de hormonas de crecimiento que saturan el pienso utilizado por el sector de cría ganadera intensiva, que acelera el tiempo que media entre el nacimiento, la madurez y el sacrificio de estos animales torturados, pero que permanece en sus cuerpos y que se acumula en el organismo de los seres humanos que los consumen en exceso. Estas hormonas de crecimiento están acelerando la pubertad de los niños estadounidenses y capacitándolos biológicamente para la actividad sexual a edades chocantes y cada vez más tempranas, tendencia reforzada por la cultura lasciva y decadente emitida a todas horas por la MTV y otros medios de comunicación de masas.

Esta espiral decadente de consumo excesivo, obesidad, hedonismo, promiscuidad y amoralidad, salpicada de violencia y asentada por la ausencia de familia, educación, formación escrita y capacidad de atención, está produciendo un país de salvajes culturales que han perdido la capacidad de adquirir y transmitir el legado de la civilización occidental. La «cultura» estadounidense equivale a la búsqueda de marcas en grandes tiendas, distribuidores y sitios web. Pero ¿en qué rincón de esta inmensa tienda se «vive la vida»?

Nunca la producción y el consumo, ni la manifiesta ausencia de éstos, habían llegado a extremos globales tan pronunciados. En un extremo, las personas sufren hambre material, pero se les da alimento espiritual por la fuerza hasta atiborrarse. En muchas regiones islámicas en vías de desarrollo, cuyas tasas de producción y consumo son extremadamente bajas, el tótem de la religión se utiliza para desviar la atención de la escasez de bienes materiales y servicios culturales que sufre la población. También se utiliza para fomentar el odio hacia la civilización occidental, que posibilita este tipo de bienes y comodidades. En el extremo opuesto, los consumidores estadounidenses se sobrealimentan materialmente y pasan hambre espiritual. De este modo, por ejemplo, a lo largo y ancho de Estados Unidos, cuyas tasas de producción y consumo se cuentan entre las más elevadas del mundo, el tótem del consumismo se utiliza para desviar la atención de la escasez de espiritualidad que sufre la población. También se utiliza para fomentar la sensación de superioridad frente a las civilizaciones en vías de desarrollo. Los devotos del islam rezan cinco veces al día; los devotos del consumismo compran a todas horas. Cada grupo percibe al otro como extremista. En la década que precedió al 11-S, Benjamin Barber describió este fenómeno de forma tan acertada como premonitoria bajo el lema «*Yihad* contra McMundo».³ En efecto, los estadounidenses viven en McMansiones, comen McComidas, conducen McCoches, desempeñan McTrabajos, asisten a McEscuelas y viven McVidas. Toda la McCultura está prefabricada y es cada vez más monolítica. Las marcas son los nuevos tótems. Bienvenidos a un McMundo feliz.

Esperando sin más

Y, con todo, todavía existe una diferencia: los estadounidenses permiten que las mezquitas, y otros lugares de culto, coexistan con Wal-Mart. Cuando haya más países islámicos que permitan que Wal-Mart coexista con las mezquitas y otros lugares de culto, sus respectivos tótems cesarán de provocar conflictos violentos; pero esto no es tarea fácil. Tuvieron que pasar decenios de odio, violencia y derramamiento de sangre hasta que dos Estados árabes islámicos (Egipto y Jordania) firmaron la paz con Israel. Las tribus de esa región del mundo están en guerra desde tiempo inmemorial, y la magnitud de sus conflictos es literalmente bíblica. No dejarán de lado sus diferencias a la primera de cambio. Sienten horror ante cualquier influencia que pueda remodelar sus emblemas históricos y espirituales.

En la época de Aristóteles, los persas estuvieron a punto de conquistar la civilización griega. Alejandro Magno frenó sus ambiciones para unos cuantos siglos de un plumazo, pero la civilización persa pacificada permaneció intacta. Los actuales iraníes descienden

de aquellos persas, un pueblo con una elevada cultura y prominentes profetas, poetas, filósofos, eruditos y guerreros. En función del régimen que los gobierne, los iraníes pueden ser tan cultos o tan manipulables como cualquiera. Últimamente han sido fanáticamente islamizados, y el odio venenoso hacia los judíos, los israelíes y Occidente vertido desde Teherán es tan tóxico para la mente como lo es el veneno vertido desde McDonald's para el cuerpo. El tótem del intolerante odio islámico choca frontalmente con el tótem del ignorante consumismo estadounidense. Inflamadas por la intolerancia hipócrita ante la aparición de una caricatura satírica danesa sobre el islam, las turbas musulmanas se sublevaron desde Siria hasta Indonesia, quemando establecimientos de McDonald's y Kentucky Fried Chicken para oponerse a la libertad de expresión occidental y para demostrar una vez más cuántos siglos llevan de retraso respecto a Occidente en madurez política, sátira social y sentido del humor.

Estados Unidos acusa una polarización interna tan pronunciada que las animadversiones de sus ciudadanos se consumen mayormente dentro de sus fronteras. De este modo, muchos estadounidenses permanecen sumidos en la más absoluta ignorancia respecto al ancho mundo sobre el que ejercen tanta influencia (sólo el 10% de los estadounidenses tiene pasaporte) y, sin embargo, tienen una destacada actitud benevolente y poco xenófoba respecto a él. La proverbial mayoría moral moderada estadounidense sigue estando viva de algún modo (aunque en horas bajas y mal representada en muchos ámbitos fundamentales: la política, la educación, los medios de comunicación). Sobre el terreno, y en el corazón del pueblo, donde aún sobrevive gran parte de la auténtica grandeza de Estados Unidos, nutrida por su espíritu whitmanesco, no encuentro ni un ápice de odio ni de resentimiento siquiera hacia la civilización islámica. Las universidades occidentales han aceptado enormes dotaciones económicas de fuentes árabes e islámicas para construir centros, crear cátedras y financiar programas para el estudio de la civilización islámica que, demasiado a menudo, se utilizan como semilleros para el vilipendio de sus anfitriones estadounidenses. Occidente se ha mostrado hospitalario con el islam, como ha hecho con un sinfín de personas procedentes de innumerables culturas. La mayoría de los estadounidenses de a pie —al igual que la mayoría de los judíos e israelíes, por cierto— no odia en absoluto a los árabes ni a los musulmanes. Al contrario, a los musulmanes se les da la bienvenida al crisol estadounidense como al resto de la gente. ¿Cuándo aceptarán las universidades islámicas dotaciones económicas de fuentes occidentales no islámicas para construir centros, crear cátedras y financiar programas para el estudio de la civilización occidental?

Los estadounidenses de origen árabe moderados, instruidos e integrados se ven presa, como todos los demás, entre dos extremos. Su ancestral reacción instintiva al terrorismo árabe, por desgracia, no ha sido condenarlo abiertamente, sino reclamar con estridencia

sus derechos civiles para evitar la aplicación de «criterios raciales». Asimismo, muchos árabes moderados temían condenar el terrorismo, porque ellos mismos se sentían aterrorizados. Sólo recientemente, cuando hordas de musulmanes frenéticos se alzan en un multitudinario «sendero de guerra» desde Europa hasta Indonesia, destrozando tótems de la globalización, cometiendo actos vandálicos e incendiarios, el contraste con los musulmanes de Norteamérica se ha hecho mucho más obvio. Los musulmanes canadienses y estadounidenses no provocan destrozos. ¿Por qué no? Porque gozan de vidas mucho mejores en lo que queda del Occidente libre de las que tienen sus hermanos en el «mundo árabe» y en otros países árabes en vías de desarrollo, y también porque comprenden que una de las fuentes de su posición aventajada es la tolerancia. Ahora que las cosas se están saliendo de madre, los estadounidenses de origen árabe moderados están empezando a asumir sus responsabilidades, entre ellas la de defender a Occidente, que les ha proporcionado libertad, oportunidad y esperanza, no sólo para prosperar como musulmanes, sino también para vivir en paz con quienes no lo son.

Si un musulmán de Nueva York, o de cualquier otra ciudad estadounidense, pasea por lugares poco recomendables a horas poco recomendables, se arriesga a que lo asalten o lo atraquen, como a cualquier otra persona. Este tipo de violencia tiene un origen delictivo, no religioso o político. Durante los días que siguieron a los atentados del 11-S, todas las tiendas árabes de la ciudad de Jersey, justo al otro lado del río desde las Torres Gemelas, se cerraron a cal y canto, y las sólidas puertas de acero se adornaron con banderas estadounidenses (algunas de las cuales estaban colgadas al revés; gajes del patriotismo espontáneo). En Jersey vivían terroristas islámicos que habían montado, almacenado y conducido el camión bomba con el que cometieron el atentado de 1993 contra el World Trade Center. Por ello, la comunidad de comerciantes árabes de Jersey, con tiendas de comestibles, cafeterías y otros pequeños establecimientos, tras el 11-S temía represalias sanguinarias por parte de justicieros estadounidenses.

Las represalias sanguinarias son el pan de cada día en gran parte del «mundo árabe», de eso no hay duda. Sin embargo, estos comerciantes estaban a salvo en Jersey, donde no hay leyes que prohíban colgar la bandera al revés. A medida que los escombros se aposentaban a ambos lados del río, fueron abriendo paulatinamente las tiendas. Ninguna de ellas fue incendiada ni saqueada. Sí hubo un suceso aislado en el que un estadounidense de origen sij fue asesinado en Long Island, Nueva York, por unos justicieros locales que lo confundieron con un árabe. En general, no obstante, apenas hubo casos de civiles que se tomaran la justicia por su mano, porque apenas hubo odio. En cambio, habrá notado que los occidentales encuentran una acogida muy distinta en muchas partes del «mundo árabe».

El odio nunca está justificado. Y, sin embargo, es fácil ver por qué el «mundo árabe»

en concreto teme y rechaza tanto la «McCultura» estadounidense. En Europa se han instalado ya millones de árabes, pero la mayoría de ellos no está bien adaptada ni ha sido bien acogida. Los que llegaron al principio eran trabajadores inmigrantes, pero sus hijos son híbridos culturales cuya identidad política se ha creado a partir del sentimiento de rechazo en su nuevo país. En Reino Unido, Francia, Holanda, Alemania y Dinamarca se manifiesta el mismo fenómeno: allí, las crecientes hordas de jóvenes islámicos marginados se han convertido en bombas de tiempo demográficas. Dos grandes fuerzas han conspirado contra ellos: el islam sin reformar, que no los prepara para nadar en las corrientes mayoritarias de la cultura europea, y las libertades tolerantes de la cultura europea en sí, que sin embargo les ha permitido nacer y crecer en el aislamiento del fundamentalismo islámico, sin arquitectos culturales (ni políticos ni empresariales ni religiosos ni educativos) que los ayuden a salvar esta brecha. Aunque los arquitectos han construido casas para ellos («viviendas de protección oficial» de bajo coste que los estadounidenses de raza negra reconocerían inmediatamente como guetos urbanos), tener una casa no es lo mismo que tener un hogar. Sus hijos no están integrados, pero siguen siendo ciudadanos europeos. Son terreno abonado para el resentimiento, el odio y la violencia contra sus anfitriones, quienes paradójicamente les ofrecen libertades, oportunidades y esperanzas que no están preparados para manejar.

Al mismo tiempo, estos musulmanes desposeídos han despertado sentimientos latentes de xenofobia y racismo en Europa, tanto en la variante nacionalista como en la tribal religiosa. El descontento de los naturales que ha generado actos de violencia y vandalismo está haciendo que resurjan y se exalten las identidades nacionales europeas, que crearán una división política en la UE si se intensifican la violencia y el vandalismo, mientras cada país cierra filas para sofocar sus propios disturbios internos. Este estado de cosas es sumamente satisfactorio para los radicales, los fanáticos, los agitadores y los terroristas, entre otros sectores que tienen interés en la caída de Occidente; pero sobre todo representa un trágico fracaso del espíritu humano para trascender sus orígenes de primate.

Demasiados árabes han olvidado durante demasiado tiempo que los judíos son sus primos, que durante siglos sufrieron horribles oleadas de persecución por toda Europa. El racismo europeo que encuentran ahora los árabes en sus países de adopción no es nada nuevo. El virulento antisemitismo que ha asolado la civilización europea durante dos milenios se dirige ahora con la misma facilidad contra los árabes que contra los judíos.

Existe otro punto de vista más. Europa es un campo de batalla de las nuevas cruzadas. Los cruzados eran caballeros europeos que pretendían conquistar Jerusalén (cuando no toda la Tierra Santa) de manos del islam en nombre de la cristiandad. Los nuevos cruzados son inmigrantes musulmanes en Europa y sus descendientes

demográficamente florecientes, que podrían conseguir conquistar las capitales Europeas (empezando por Amsterdam) de manos de la poscristiandad en nombre del islam. Europa ha sido un «objetivo blando» para la islamización: descristianizada, debelada,⁴ con las fronteras abiertas, con los sentimientos separatistas nacionales temporalmente dormidos por la unificación económica. La UE es fuerte desde el punto de vista económico, pero ineficaz desde el burocrático e impotente desde el político: un terreno abonado para la insurrección islámica sustentada por las abrumadoras masas islámicas descontentas e inadaptadas.

Estados Unidos presenta una situación muy diferente: es un bastión del cristianismo evangélico y una superpotencia militar, aunque políticamente polarizado y culturalmente degenerado. Estados Unidos sigue siendo un «objetivo duro». Es inconquistable mediante la invasión, y todos los que pretendan conquistar el país mediante la inmigración se exponen a caer víctimas de su polarización y degeneración. Todo lo que ocurre en Estados Unidos es materia prima para sus fábricas neorromanas de pan y circo: comida rápida, telebasura, McCultura de masas. En efecto, el McSueño americano tiene el efecto de un decapante cultural: sus centros comerciales fuera del tiempo y del espacio también están llenos de chavales de origen árabe obesos, vestidos con vaqueros, habituados a la comida basura, enchufados a la tradición digital y adictos a la visual.

¿A favor de quién juega el tiempo?

El mayor recurso y el arma más formidable de los pueblos que han sobrevivido desde épocas remotas es el tiempo. Los pueblos cuya memoria cultural colectiva abarca miles de años de historia pueden proyectar su existencia muchos años en el futuro. Tal es el caso de los pueblos semíticos, tanto judíos como árabes. Tal es el caso también de las civilizaciones india y del sureste asiático. Los europeos también tienen una remota antigüedad, aunque un futuro menos previsible. En cambio, Estados Unidos todavía es un país muy joven, además de atiborrado, deconstruido y subyugado por la televisión; tanto es así que demasiados estadounidenses son incapaces de recordar lo ocurrido la semana anterior y de prever la siguiente. Fundado en 1776, Estados Unidos no es más que un «adolescente» respecto a otros países, un imperio «juvenil» con sus ventajas e inconvenientes. Un día es sumamente largo en la vida de un niño, del mismo modo que un verano parece eterno. No les ocurre lo mismo a los adultos maduros, cuya percepción acelerada del tiempo hace que meses y años se escurran entre los dedos de la vida como granos de arena. Aun así, la impetuosidad y la impaciencia juveniles se ven compensadas por la eternidad del momento propia de la juventud; en cambio, la ecuanimidad y la paciencia adultas traen aparejada la fugacidad del momento propia de la madurez. De ahí

que la McCultura estadounidense predomine en un presente eterno, pero es posible que también tenga una corta esperanza de vida.

Alejada de las afueras de El Cairo, a una hora aproximada del actual barrio de Heliópolis, se encuentra una importante granja biodinámica, fundada en la década de 1970 por Ibrahim Abouleish y su familia. El doctor Abouleish es científico y director de empresa, humanista y visionario. Sus grandes logros le han valido un premio Nobel alternativo. Ha incorporado 800 granjas biodinámicas en su red, y su grupo de industrias agrícolas y farmacéuticas, que forma parte de una entidad empresarial unificada llamada SEKEM, exporta productos ecológicos, medicinas naturales y otros artículos al «mundo árabe» y a la UE. El doctor Abouleish está creando además la Universidad SEKEM, que trasplantará la ciencia y la tecnología occidentales al campo de la tradición islámica. Tuve el honor de ayudarlo a elaborar su declaración de objetivos junto con la primera persona que presidirá el centro, que resulta ser una mujer: una distinguida profesora. (El doctor Abouleish sabe cómo agarrar al tigre islámico por la cola.) La granja principal, donde vive con su familia, es uno de los pocos lugares en todo el «mundo árabe» donde judíos, cristianos y musulmanes viven y trabajan en paz, equidad y armonía. El doctor Abouleish es un modelo para el «mundo árabe» y la aldea global. ¿Por qué no sale en la CNN y Al Yazira?

Una mañana, en el trayecto en coche desde la granja a Heliópolis, donde se encuentra la sede social de SEKEM, presencié una escena de una tremenda simplicidad y profundidad a la vez, que imprimió una imagen imborrable en mi mente. Entre la granja y la autopista a Heliópolis se encuentra una mezcolanza de campos semicultivados, edificios semihabitados y campamentos beduinos semiabandonados, todo ello inundado por un mar de arena ardiente, erosionado por un viento tórrido y cocido por un sol implacable. Mientras cruzábamos este paisaje tan inclemente en el muy clemente Mercedes del doctor Abouleish, reparé en un hombre beduino parado a un lado de la carretera. Se erguía alto, firme y orgulloso, con sus facciones aguileñas esculpidas y bronceadas por los elementos, con su mirada penetrante e impasible fija en el horizonte, con sus vestiduras sueltas ondeando por los remolinos de viento, con sus dedos de ébano enroscados en un nudoso cayado de madera. Así se erguía, en medio de ninguna parte, yendo a ningún sitio, rodeado por la nada.

—¿Qué hace ahí? —pregunté a mi amigo y anfitrión.

—Está esperando —contestó el doctor Abouleish.

—¿Esperando qué? —quise saber, ofuscado por la sombra de la ética del trabajo puritana.

—Esperando sin más —fue la respuesta del Egipto ancestral.

Cuando al término del día volvimos a la granja, para mi sorpresa el beduino seguía erguido en el mismo sitio, firme e imperturbable: una verdadera escultura, un monumento a algo que posiblemente seguirá en pie mucho después de que caiga Estados Unidos.

La mayoría de la gente que espera, espera algo. Los judíos esperan su Mesías. Los cristianos esperan el Segundo Advenimiento. Los existencialistas esperan a Godot. En cambio, un gran número de estadounidenses han llegado a un estadio en el que son incapaces de esperar. Lo quieren todo ahora, y además tiene que ser «rápido» y «fácil». Son dos consignas del consumismo estadounidense: rápido y fácil. Si no es rápido, a la gente le falta paciencia para consumirlo. Si no es fácil, a la gente le falta capacidad de aprendizaje para asimilarlo. La paciencia, como todas las virtudes, requiere un ejercicio y una práctica constantes. Tanto Aristóteles como Confucio recalcaron de forma explícita su importancia, mientras que Buda dio un ejemplo incommensurable de ella. La paciencia y la capacidad de aprendizaje tienen un denominador común: la capacidad de atención. Para aprender, uno debe ser capaz de hacer un esfuerzo de atención durante horas seguidas. Para ser paciente, uno debe mantener una atención reposada durante espacios de tiempo más prolongados, a veces años o décadas. Hemos visto ya que el consumo excesivo de la tradición visual, junto con la deconstrucción de lo escrito, han reducido la capacidad de atención de los estadounidenses a casi cero. Como resultado, apenas pueden esperar a nada. No pueden esperar a salir a comprar. No pueden esperar a ver todos los canales de televisión a la vez. No pueden esperar a saturarse de comida basura. No pueden esperar nada que no sea «rápido» ni «fácil». Dado que apenas pueden esperar nada, apenas pueden esperar a nadie. Y dado que apenas pueden esperar a nadie, los beduinos pueden esperar a que pasen: con rapidez y facilidad.

Así es cómo los extremos terminan interponiéndose. Si de verdad desea comprender algo sobre la esencia de una nación, o de una civilización, debe evitar los extremos de la aglomeración y la complejidad urbanas por un lado, los extremos de la dispersión y la tosquedad rurales por el otro. Por cada Nueva York hay unos montes Apalaches cerca. Cada país tiene atracciones turísticas urbanas donde se concentra la riqueza, así como repelentes turísticos rurales donde se concentra la pobreza. La norma general que yo utilizo es la siguiente: me gusta viajar a una o dos horas de distancia del agujero negro cultural de una gran metrópoli y ver cómo es la vida justo detrás de esta frontera. Allí, en la zona que media entre los extremos urbano y rural, suele atisbarse la esencia de una nación.

Los extremos abundan. Los egipcios no pueden producir suficientes alimentos, ni siquiera para un consumo de subsistencia, principalmente porque su civilización lleva siglos estancada, sea por la voluntad de Alá o por la falta de voluntad del hombre. Por contra, los estadounidenses producen y consumen tantos pseudoalimentos que no saben

ni qué hacer con ellos. En lo que respecta a los tótems gemelos de la producción y el consumo, los estadounidenses se llevan la palma: han superado a todos los demás países del planeta. No obstante, el 90% de los alimentos que atiborran los supermercados y los estómagos estadounidenses son en gran medida los equivalentes en nutrición a los residuos tóxicos. De ese modo, el beduino que no espera nada empieza a parecer prudente, precisamente porque no está esperando a conseguir McComidas ni McViviendas ni McPelículas ni McProgramas nocturnos. Tampoco está esperando, como tantos y tantos millones de pacmanautas que corren por el infinito laberinto del ciberespacio, a bajarse un archivo o una actualización.

Haciendo balance, uno se siente inclinado de todos modos a decir que, si bien los extremos son malos, el extremo estadounidense del materialismo excesivo sigue siendo, y de lejos, un mal menor respecto al extremo islámico del minimalismo excesivo. El estilo estadounidense de asfaltar carreteras, construir barrios residenciales tallados por el mismo patrón y reponer estanterías es sin duda neorromano en cuanto a su eficacia y deplorable en cuanto a la incesante reducción al denominador común, pero también se basa en la premisa utilitaria del mayor bien para el mayor número de personas. Por ello, Estados Unidos sigue siendo el primer destino para muchos inmigrantes de todas las partes del mundo. Y una ventaja más sólida de Estados Unidos, y de la civilización occidental, es que uno tiene la libertad, la oportunidad y la esperanza de comer de forma más nutritiva que las McMasas de consumidores, al precio asequible de dedicar más atención y esfuerzo. Por contra, sólo una fracción minúscula de la población egipcia (los más ricos) puede mejorar la calidad de su consumo de comida sólo con un esfuerzo de voluntad, sea la suya o la de Alá.

El extremo estadounidense de la producción y el consumo excesivos de pseudoalimentos es un mal menor comparado con el extremo egipcio de la producción y el consumo insuficientes de alimentos de subsistencia, aunque sólo sea porque quienes desean adoptar un estilo moderado tienen más libertad, oportunidad y esperanza de hacerlo en Estados Unidos que en Egipto.

La pregunta, empero, sigue en pie: ¿por qué no lo hacen? Tal vez hayan sido desinformados acerca de lo que conduce a la calidad de vida. Sus informadores son capitalistas depredadores que sacan partido de perjudicar la salud de una clase consumidora demasiado ignorante y demasiado desnutrida espiritualmente como para saber lo que es bueno para ella. Aunque estos consumidores son mayores de edad y se les considera legal y moralmente responsables de su bienestar y del de sus hijos, las enormes cantidades de comida y cultura basura que consumen debilitan su calidad de vida. Su «condición vital», como lo denominan mis amigos budistas nichiren, está gravemente disminuida e incapacitada, en relación con su potencial.

La disminución de su condición vital la provoca en parte las sobredosis de residuos tóxicos nutritivos y televisivos, lo que redundará en una incapacidad crónica de imaginar y una falta de fuerza de voluntad. Si de algún modo se consigue privar a la población de su capacidad de imaginar y de su fuerza de voluntad, y habituarla a dietas y estilos de vida que deforman el cuerpo y perjudican la salud, lo más probable es que acabe siendo infeliz y, de paso, enajenada. No obstante, también existe una panacea para todos estos males. Últimamente lleva el nombre de Prozac. Ya que va a sobrealimentarse en McComidas, también puede sobremedicarse con McDrogas.

McDrogas

La palabra «droga» contiene un significado ambiguo. Designa dos clases distintas de sustancias, con diferentes usos y diferentes efectos en quien las ingiere. Las drogas legales (ampliamente aceptadas por las culturas modernas) las recetan los médicos y en general se considera que son buenas para la salud. En cambio, las drogas ilegales (prohibidas por unos gobiernos, y sin embargo cultivadas, procesadas y distribuidas con la conformidad de otros) las venden traficantes de drogas y se considera que son nocivas para la persona. Ambas perspectivas tienen fallos de base. Para encontrar el camino medio entre la capa aparentemente impenetrable de afirmaciones y réplicas, en primer lugar debemos identificar los prejuicios extremos en ambos lados de la cuestión de las drogas.

El diccionario Cambridge de la lengua inglesa ilustra a la perfección esta diferencia. En su vertiente legal, define la droga como «Toda sustancia química producida de forma natural o artificial que se emplea como medicina», lo que significa (en Estados Unidos) que se emplea con la previa aprobación de la Administración de Fármacos y Alimentos (Food and Drug Administration), y que se puede comprar en las farmacias directamente (como la aspirina) o con la receta de un médico colegiado (como el Prozac). En su vertiente ilegal, define la droga como «Toda sustancia química producida de forma natural o artificial que se toma por placer, para mejorar el rendimiento de alguien en una actividad o porque la persona no puede dejar de utilizarla». Esto incluye el uso recreativo de drogas (desde el cannabis hasta el éxtasis), el dopaje deportivo (como los esteroides), y la adicción pura (como la heroína y el *crack* de cocaína).

Estas dos perspectivas opuestas proceden de dos filosofías de la medicina opuestas, aunque en última instancia complementarias: la postura alopática o científica y la holística o naturista.

La primera, que justifica el uso de drogas legales, procede de la visión newtoniana del mundo y de sus habitantes como máquinas, cuyas partes o sistemas deben cambiarse o

arreglarse cada cierto tiempo. Según esta perspectiva, las drogas son como el aceite de motor o unos neumáticos nuevos, que permiten que el automóvil siga funcionando y siendo útil. En su mejor aplicación, drogas legales como las vacunas y los antibióticos han salvado millones de vidas y han aumentado la esperanza de vida en todos los lugares donde pueden adquirirse de forma asequible. Está claro que la ciencia médica puede ser una gran ayuda para la humanidad.

Sin embargo, en lo más extremo de esta filosofía alopática o científica, cualquier malestar humano posible se ve como una forma de enfermedad que debe ser tratada con drogas administradas con receta médica. La industria farmacéutica ha colonizado la profesión médica, de modo que, como hemos visto en el capítulo 10, se han creado «epidemias» fraudulentas (como el trastorno por déficit de atención con hiperactividad) con el fin de legalizar el tráfico de drogas como el Ritalin para millones de niños de todas las partes del mundo. De modo similar, a los adultos se les «diagnostican» en masa supuestas «enfermedades» (como la «depresión» en general o la «fobia social») y se les droga a millones con preparados como Prozac y Paxil. Como hemos visto en el capítulo 10, mi opinión es que la mayor parte de estas supuestas «enfermedades» no son achacables a trastornos médicos, sino a disfunciones culturales.

La otra postura (la holística, homeopática o naturista) hacia las drogas procede de la visión espiritual del mundo como un organismo gigante interconectado. Postula que muchas de las supuestas «enfermedades» de este mundo (como el síndrome de estrés postraumático y la fobia social) son en realidad desajustes, y que la naturaleza en sí contiene la mayoría de los remedios que necesitamos para recuperar el bienestar físico. Esta postura holística es muy respetuosa con el poder de la naturaleza, con su sabiduría como bioquímica, y presta mucha atención a numerosos medios naturales para recuperar el equilibrio; entre ellos, la desaprovechada facultad de recuperación de los mismos seres humanos.

Mientras que la ciencia ha mejorado de forma inconmensurable nuestra comprensión del mundo y la tecnología ha mejorado cuantitativa y cualitativamente la vida humana de diversas formas, la relación humana con el planeta Tierra se ha hecho muy tensa, más allá del límite de ruptura. Esto se debe en parte al exceso de población humana, en parte a la instintiva voracidad humana y en parte a que hemos elegido modelos poco sensatos para construir la civilización humana en el planeta. Al deforestar el planeta para edificar complejos urbanísticos en serie, los seres humanos estamos aniquilando más biodiversidad de la que se perdió en las dos extinciones en masa previas causadas por cataclismos. Por ejemplo, cuando los seres humanos empezaron a emplear plaguicidas como el DDT para frenar el daño producido por los insectos en las cosechas, no sospechaban que estaban envenenando la cadena alimentaria entera. No obstante, la

naturaleza es en muchos sentidos un químico más sofisticado que el hombre. Ciertos árboles, por ejemplo, sintetizan las hormonas juveniles de las plagas de insectos, de modo que los insectos que se alimentan de estos árboles nunca alcanzan la madurez y no llegan a reproducirse. De este modo, además, se evita la creación de daños acumulativos en la cadena alimentaria. Con este sistema, el árbol es un maestro bioquímico y alquimista, mientras que el hombre es un aficionado integral. La naturaleza posee una miríada de remedios no descubiertos para todo tipo de dolencias que afligen a la humanidad: remedios para enfermedades conocidas y por conocer. La quema y tala desmedidas de los grandes bosques de la Tierra constituyen un crimen contra la naturaleza y una locura que toda la especie humana no tardará en lamentar.

Dicho de otro modo, considero que un elevado número de las enfermedades que afectan a la humanidad (desde el cáncer hasta las dolencias del corazón, pasando por la enfermedad de Alzheimer) se deben en parte a la adopción de estilos de vida espiritualmente malsanos y al aislamiento de la naturaleza. Destruyendo la biodiversidad y sintetizando drogas inferiores, deforestando el planeta para convertirlo en un aparcamiento gigante y sustituyendo la nutrición sana con McComidas, robamos un enorme potencial tanto a la naturaleza como a nosotros mismos.

Dominique Belpomme es uno de los principales oncólogos de Francia y profesor de medicina en la Universidad de París. Ha escrito un par de libros revolucionarios que corroboran con fuerza mi hipótesis.⁵ El profesor Belpomme (cuyo apellido, por cierto, significa «manzana buena») ha estudiado el constante aumento en Francia de las tasas de mortalidad por el cáncer, que experimentaron un aumento radical tras la Segunda Guerra Mundial y que hasta la fecha no han dejado de crecer. Afirma, de forma inequívoca, que la mayoría de los cánceres no son «bombas de tiempo» genéticas, sino que se deben al consumo de alimentos tóxicos, la ingestión de drogas tóxicas, la vida en domicilios tóxicos y la adopción de estilos de vida tóxicos. Todos estos factores tóxicos han sido creados por el hombre. Son derivaciones primarias, y también derivaciones secundarias no deseadas, de nuestro McMundo feliz.

Algunas de las drogas de la naturaleza sirven para trascender lo físico y transportar al usuario a dimensiones de crecimiento espiritual. Estas drogas (desde el cannabis al peyote) tienen el efecto de alterar la conciencia y facilitar viajes sagrados y ritos chamanísticos, así como para aumentar el placer. Aristóteles dijo que todo tiene una finalidad en la naturaleza. En mi opinión, sólo una sociedad enferma puede emprender una cruzada contra el uso adecuado de la cornucopia de asombrosas sustancias a su disposición. Drogas beneficiosas como el cannabis, por ejemplo, se han ilegalizado debido a prejuicios enquistados y al miedo a una mayor sensibilidad.

Examinemos más de cerca lo más extremo del modelo holístico, en el que la ciencia y la razón se rechazan de plano en favor de la magia benevolente y la superstición absoluta. Esto es lo que vemos en la subcultura denominada «Nueva Era», que supone un rechazo de la ciencia solvente y un retorno al atavismo. Encontramos el mismo tipo de ingenuidad en el otro extremo, el religioso: desde los testigos de Jehová (que rechazan las transfusiones de sangre) hasta los científicos cristianos (que rechazan toda la ciencia médica en favor de la oración); desde los paletos religiosos derechistas (que se ahogan en alcohol, un depresivo que debilita el cerebelo, y que a la vez condenan el cannabis, una hierba analgésica que expande la mente) hasta los judíos hasídicos ultraortodoxos que apedrean ambulancias en Jerusalén en Sabbath (aunque la Torá aprueba las acciones que salvan vidas siempre que sean necesarias).

Volviendo a Aristóteles, podemos oírle decir que toda droga tiene que ser comprendida y utilizada de acuerdo con su finalidad, y en el momento y el lugar adecuados. Los budistas se encuentran divididos en lo que respecta al uso de drogas y alcohol, y también al de las medicinas; algunos los prohíben por completo, mientras que otros los ven como parte del camino del karma. Las culturas confucianas suelen condenar las drogas que expanden la mente como la marihuana, pero al mismo tiempo recomiendan remedios naturales cuestionables como la vesícula biliar de oso en polvo. Este tipo de culturas priorizan al colectivo sobre el individuo; exigen que la sociedad sea un todo integral, por lo que temen que el individuo se separe del colectivo.

El aire y el agua también son drogas. Esperemos que los gobiernos y las religiones no decidan regular su uso, movidos por su empeño en controlar (y reprimir) el despertar individual. Si uno ofrece a los adolescentes de la familia una copa de vino en una comida, en casa, puede educarlos acerca de los usos adecuados del alcohol. Si uno se fuma un porro con los adolescentes de la familia tras la cena, en casa, puede educarlos acerca de los usos adecuados de la marihuana. Entre otros muchos pensadores importantes, John Stuart Mill y William James fumaban marihuana. El uso médico del cannabis ofrece además beneficios tremendos y de bajo coste para ciertos enfermos. Ya va siendo hora de erradicar tabúes ridículos, especialmente el pertinaz prejuicio contra el cannabis. Hasta el gran pensador y parlamentario archiconservador Edmund Burke, que condenó con énfasis tanto la Revolución Francesa como el feminismo de Mary Wollstonecraft, dio a entender que aprobaba el uso de las drogas. Escribió lo siguiente: «Bajo la presión de los intereses y las penas de nuestra condición mortal, los hombres han recurrido, en todos los tiempos y todos los países, a cierta ayuda física para su consuelo moral: vino, cerveza, opio, aguardiente o tabaco.»⁶

¿Por qué hacer uso de las drogas?

La globalización ha afectado ya, o se propone afectar, a todos los seres humanos del planeta. En la segunda mitad del siglo XX, la globalización se ha extendido hasta envolver a las últimas tribus aisladas de la Tierra: desde los bosquimanos cungos del Kalahari a los hombres de barro de Nueva Guinea, pasando por los yanomami de la selva amazónica. Estos pueblos aislados, entre otros, subsistieron durante miles de años en «estado natural», en culturas primitivas de tradición oral, hasta que, de pronto, sus hijos se han encontrado con la MTV y el resto de la tradición visual. Un cínico afirmó que los nómadas tuaregs del desierto aplazaron su migración estacional para ver el último episodio de la serie *Dallas*. Sabemos que muchos pueblos indígenas no sobrevivieron a su encuentro con la civilización occidental y que terminaron en reservas que alojaban a cantidades desproporcionadas de alcohólicos y drogadictos. En efecto, si incluso los ciudadanos de la civilización occidental experimentan considerables problemas con el abuso de alcohol y otras sustancias, ¿por qué deberían salir mejor parados los pueblos indígenas cuyas culturas han sido desgarradas por el McSueño americano?

Ahora bien, cuando los antropólogos todavía tenían la posibilidad de observar a los pueblos indígenas en hábitats «vírgenes», antes de que tuvieran acceso a Coca-Cola, Tupperware y Game Boy, existían ciertos denominadores comunes en cuanto al alcohol y las drogas en tribus y continentes diversos. Estos pueblos eran en general cazadores y recolectores, o nómadas, o aldeanos primitivos con elevadas tasas de mortalidad, esperanzas de vida reducidas y escasa tecnología. Aun así, podía verse a los hombres sentados en torno a una hoguera, tomando bebidas fermentadas o ingiriendo drogas alteradoras de la conciencia. Los indios del suroeste de Estados Unidos, por ejemplo, conocían decenas de plantas narcóticas, sin olvidar los hongos alucinógenos. Los indígenas de Perú masticaban hojas de coca para obtener una resistencia sobrehumana que les permitiera recorrer rutas montañosas intransitables; gracias a los efectos estimulantes de la cocaína, podían caminar durante días y noches sin dormir ni comer. En un contexto como éste, utilizar esta droga tiene sentido.

Trasplantada a la civilización occidental urbana, la cocaína es una droga muy adictiva y cara, que reporta miles de millones de dólares de ganancias al año a los dueños del narcotráfico y que provoca sufrimientos inenarrables a millones de usuarios y psicosis en los adictos. Los cocainómanos viven en mundos infernales, a los que accedieron al utilizar la cocaína con la intención de escapar de otro mundo infernal donde vivían. La drogadicción no es una escapatoria del infierno. Es la sustitución de un tipo de infierno por otro.

No obstante, un factor común entre los pueblos indígenas era que los hombres solían ingerir alcohol y drogas tras una expedición de caza o de guerra, para adornar mejor sus relatos y engrandecer sus mitos. El abuso de drogas es más común en hombres que en

mujeres. En Occidente, las mujeres suelen padecer depresión más que los hombres, y suelen ser mucho más proclives a trastornos de la alimentación graves como la anorexia y la bulimia. Tanto el abuso de drogas como los trastornos de la alimentación son síntomas del sufrimiento humano, y cada sexo tiene formas distintas de expresarlo. Todo ser humano sufre, antes o después, en mayor o menor medida. La cuestión no es si sufriremos, ni siquiera cómo será nuestro sufrimiento, sino qué haremos con él.

Cuando los hombres se encuentran en un estado de conciencia desagradable, a menudo intentan escapar de él o alterarlo, y por eso abusan del alcohol, de las drogas o del sexo o de todo a la vez. Peor aún, si su monumental concepto de sí mismos (es decir, el ego) no está templado con compasión suficiente, los hombres que sufren pueden hacer enormes estragos en las vidas de los demás, de modo que multiplican muchas veces el sufrimiento de los demás sin que disminuya por ello el sufrimiento que causa estos estragos, sino más bien al contrario. Los sádicos, los asesinos en serie y los asesinos en masa suelen ser hombres, aunque pueden ser secundados por mujeres. Cuando la «compasión» femenina se convierte en su contrario, en crueldad, la mujer es capaz de encontrar formas de tortura emocional más elaboradas. Sea como fuere, la mayor parte de la violencia que se manifiesta en el mundo es obra de los hombres, a menudo en forma de expresiones malentendidas o inadecuadas de sus roles evolutivos como abastecedores y protectores. Al mismo tiempo, una parte considerable de la violencia masculina se lleva a cabo con la incitación, aquiescencia o conformidad de las mujeres. De ahí que los actuales dogmas en boga pero totalmente engañosos de la corrección política, que presentan a las mujeres como víctimas, culpan a los hombres de todos los males del mundo y habilitan a las mujeres para compensarlos, no hagan más que empeorar las cosas. Para bien o para mal, la mujer es colaboradora o cómplice, amante o musa, compañera o atormentadora del hombre. La cuestión, en todo caso, es que los hombres intentan servirse del alcohol, las drogas y el sexo para salir de un estado de conciencia desagradable y entrar en otro estado más agradable. Este recurso casi siempre produce el efecto contrario. Y, en el peor de los casos, los hombres se sirven del sadismo, de la violencia sádica, para intentar resolver los problemas que añaden sus intentos de evasión fallidos. Huelga decir que este recurso produce, de forma aún más infalible, el efecto contrario. Todas estas medidas nunca disminuyen el sufrimiento humano, sino que lo aumentan.

En el modelo confuciano, que parte del Tao, el hombre es creativo; la mujer, receptiva. Sin embargo, cuando se deja engañar por los demás o por sí mismo, el hombre también tiende a la destrucción; la mujer, a la autodestrucción. El hombre tiene potencial sádico; la mujer, masoquista. Estas cualidades no son «construcciones sociales»: son inherentes a la naturaleza humana en forma de diferencias sexuales, y encuentran su

expresión cultural en forma de diferencias de género que, no obstante, pueden ser encauzadas por el camino medio.

Las mujeres también pueden experimentar estados de conciencia desagradables, en mayor medida incluso: pasan por ciclos menstruales y lunares de subidas hormonales que provocan malestares físicos y cambios de humor, lo que en conjunto hace que su existencia llegue a parecer insoportable a veces. Al habitar en un mundo de apariencias, sensaciones y emociones, las mujeres son por lo general más proclives que los hombres a experimentar malestar e indisposición. Siendo así, las mujeres intentan por supuesto escapar de estados de conciencia desagradables. Sus intentos de evasión, no obstante, son distintos, ya que ellas también son distintas.

Las mujeres no abusan del alcohol tanto como los hombres, por suerte. Tampoco abusan de las drogas tanto como los hombres, por el simple motivo de que lo que quieren es embriagar a los hombres, no a sí mismas. La mujer quiere ser la droga que estimule al hombre, por lo que considera cualquier droga que éste tome como competencia. Su naturaleza la impulsa a eliminar de forma implacable cualquier otro factor que compita por la atención y el afecto del hombre. Por ello, ve el alcohol y las drogas como rivales, no como una vía de escape.

Así pues, ¿qué hace para escapar de sus propios estados de conciencia desagradables? A diferencia del hombre, que crea destrucción para los demás, la mujer recibe destrucción de los demás, y en última instancia toma el control del proceso y se destruye a sí misma. Las tendencias sádicas del hombre se ven complementadas por las masoquistas de la mujer. Por desgracia, esta complementariedad destructiva suele asumir la forma de malos tratos en las relaciones, que en los últimos tiempos se achacan de forma completa a los hombres, pero que en realidad se deben a la participación de dos cómplices. Aunque las mujeres se quejan sin cesar de los hombres y del mundo, también se culpan y se castigan a sí mismas por ser infelices. La culpabilidad y el castigo suelen adoptar la forma de depresión y trastornos de la alimentación, que afectan a un abundante número de mujeres.

En suma, éstos son los diferentes roles que adoptan las drogas: cuando los hombres sufren, se envenenan a sí mismos y mutilan a los demás; cuando las mujeres sufren, se mutilan a sí mismas y envenenan a los demás.

Desequilibrios medicinales en la aldea global

Si examinamos la esperanza de vida en diversos países y regiones del mundo, veremos una clara tendencia: la esperanza de vida es mayor en el mundo desarrollado, y menor en el mundo en vías de desarrollo. Los componentes esenciales de una larga

esperanza de vida son el agua potable, el aire respirable, un entorno higiénico, una dieta razonable, el acceso a la educación y a la atención sanitaria, el respeto de la ley y el orden y la ausencia de guerra. La educación en sí es primordial para el mantenimiento de la mayoría de los demás elementos esenciales. La ciencia médica ha ayudado a vencer muchas de las enfermedades endémicas y pandémicas que han asolado la humanidad durante siglos: el tifus, el cólera, la poliomielitis, la fiebre amarilla, la peste bubónica. La medicina occidental, por mucho que sea mecánica, invasiva, desatenta con la persona, centrada en la enfermedad, cara y lucrativa, no deja de ser la mejor forma de tratar enfermedades devastadoras, epidemias contagiosas y urgencias con peligro de muerte. Las tradiciones orientales son mucho más eficaces en cuestiones estéticas y morales: su fuerte es la orientación para llevar una vida equilibrada en el plano filosófico y saludable en el plano holístico. No obstante, si usted pasa un apuro muy grave y necesita una intervención heroica que le salve la vida, lo mejor que puede hacer es llamar al 112, pedir una ambulancia y acudir a urgencias. Por contra, en la mayor parte del mundo en vías de desarrollo no existe un servicio de SOS que lo traslade al hospital en menos de una hora: si necesita un tratamiento de urgencia moderno en muchas partes de África, Oriente Medio, Asia o América Latina, no tendrá ocasión de volver a necesitarlo.

En términos generales, la aldea global muestra un extremo desequilibrio en cuanto al acceso a las medicinas y a la filosofía médica. En Norteamérica, región pionera en el uso de medicamentos, éstos abundan, pero no son baratos si uno no dispone de seguro médico. Los 40 millones de personas que carecen de él en Estados Unidos no pueden permitirse comprar ni siquiera medicinas con receta. Aunque sus productos pueden hacer un gran bien, el sector farmacéutico es un negocio gargantuesco que convierte a los médicos en traficantes de drogas. El interés principal de las empresas farmacéuticas no es la salud del público, sino que éste consuma sus fármacos. El interés de la profesión médica sí que es la salud del público, pero también se encuentra a merced de muchas fuerzas poderosas (las aseguradoras, los burócratas, los administradores, los gobiernos), que pueden obstaculizar la atención sanitaria en la misma medida que los médicos y los sanitarios intentan proporcionarla.

El desequilibrio farmacéutico más notorio hasta la fecha se ha dado en África, donde la pandemia de sida ha exterminado a enormes segmentos de población: en total, diez millones de personas. Ciertas combinaciones de antivirales pueden reducir las cargas virales hasta niveles casi indetectables, lo que permite a pacientes infectados con el VIH llevar vidas prolongadas y productivas. No obstante, estos fármacos son caros, exigen seguir un tratamiento a rajatabla y presuponen infraestructuras y estilos de vida que no existen en gran parte de las zonas de África afectadas. Gracias a los esfuerzos coordinados por el Foro Económico Mundial, entre otros organismos, personalidades

destacadas como Bill Clinton han ayudado a convencer a compañías farmacéuticas de que hagan medicamentos antivirales asequibles para los africanos; al mismo tiempo, Melinda y Bill Gates han dedicado cientos de millones de dólares a iniciar la financiación de este proceso y a estimular una mayor captación de fondos.

No obstante, dada la ausencia continuada de dos importantes ingredientes, esta receta para la ayuda humanitaria, un «Plan Marshall» para millones de africanos con VIH, no conseguirá tener efectos a gran escala. El primer ingrediente que falta es una infraestructura estable en el continente. El África subsahariana sufre los azotes de dictadores brutales, guerras tribales, conflictos civiles, ejércitos mercenarios, criminales, Estados fallidos, corrupción endémica, elevadas tasas de analfabetismo, delincuencia y desempleo, hambrunas, epidemias, escasez de agua potable y electricidad, malas carreteras, comunicaciones deficientes, redes de distribución irregulares y falta de instalaciones portuarias y aéreas seguras. ¿Qué posibilidades tendrá, pues, la mayoría de los africanos con VIH de acceder a antivirales, aunque se envíen en cantidades suficientes y asequibles a los puertos y aeropuertos más cercanos? Las posibilidades de que estos medicamentos cruciales recorran el laberinto africano y lleguen a manos de quienes los necesitan, en cantidades suficientes y con la fluidez necesaria para crear un cambio significativo, son casi inexistentes.

El segundo ingrediente que falta es la prevención. Todavía no tenemos una cura para el sida, pero sí que conocemos las causas de infección del VIH. Y, sin embargo, los gobiernos y líderes africanos han negado reiteradamente y en público estas causas (sobre todo, la generalizada práctica sexual sin protección, con la propagación del virus a las prostitutas y desde ellas a la población general), por el temor a desvelar los problemas subyacentes que han multiplicado la transmisión del VIH hasta niveles tan extravagantes. Una estrategia típica de algunos dirigentes africanos consiste en culpar del sida al colonialismo occidental y sus efectos secundarios. Este argumento les permite evitar por un tiempo abordar sus verdaderos problemas sobre el terreno: entre otros, la desenfrenada promiscuidad sexual sin protección, las insostenibles condiciones socioeconómicas que incitan a la prostitución o las extendidas supersticiones que favorecen la propagación del sida (como, por ejemplo, que los hombres con sida pueden «curarse» teniendo relaciones sexuales con una virgen). ¿No es mucho más fácil culpar a los blancos, o a su política, o a su historia, en lugar de asumir una parte razonable de responsabilidad respecto a la prevención de los problemas que uno sufre?

Una y otra vez, los gobiernos de todo el mundo insisten en perpetuar el sufrimiento evitable de sus propios ciudadanos para salvaguardar un ilusorio orgullo propio o una ficticia culpa ajena. El gobierno de Indonesia se negó a permitir que vehículos militares de ayuda llevaran suministros de emergencia a Aceh tras el tsunami de diciembre de

2004. ¿Por qué? Por la existencia de un imperativo territorial: exigían la presencia de tropas indonesias que supervisaran las acciones estadounidenses. De modo similar, muchos países árabes e islámicos no permiten el despliegue de equipos israelíes de rescate de alta tecnología que detecten y desentierren a supervivientes de terremotos. ¿Por qué? Descubriremos algunos motivos plausibles en el capítulo siguiente. Entretanto, el extremismo tribal de sus líderes políticos sigue obstruyendo a menudo el tratamiento de urgencia a personas que sufren dolencias agudas y crónicas. Estos líderes son, invariablemente, lobos disfrazados de pastores.

Mientras tanto, en África y en muchos otros lugares persiste la escasez de medicamentos. La malaria, por ejemplo, se cobra millones de vidas al año en África y Asia. Esta enfermedad puede prevenirse mediante el control de la población de mosquitos y la instalación de mallas protectoras, y puede tratarse con medicamentos para la malaria. Sin embargo, el mundo en vías de desarrollo es, por definición, incapaz de adoptar este tipo de medidas a un nivel que permita aliviar el sufrimiento en masa. Aunque los países más ricos se ofrezcan a intervenir con métodos de prevención o de tratamiento, se toparán con este tipo de obstáculos políticos, culturales y tecnológicos, que deben superarse con el fin de ayudar a los que más sufren.

Drogados hasta la muerte en Estados Unidos

Contraste la escasez de medicamentos en el mundo en vías de desarrollo, en un extremo, con la superabundancia de los mismos en el mundo desarrollado, en el otro. El liberalismo económico y el espíritu emprendedor de Estados Unidos dio lugar en una época temprana a charlatanes de todo tipo, a ingeniosos vendedores ambulantes que vendían remedios poco fiables y brebajes extravagantes para cualquier aflicción concebible. Entonces, como ahora, el mercado estadounidense se regía por una regla principal: *Caveat emptor* [A riesgo del comprador]. El proceso, más que un círculo, ha trazado una espiral completa. En el idílico salvaje Oeste, hombres bigotudos con corbatín vendían remedios caseros de una ciudad fronteriza a otra en carros tirados por caballos. Su equivalente actual es la interminable invasión de anuncios de fármacos que atascan los servidores de correo electrónico en el ciberespacio. Antaño se afirmaba que el «aceite de serpiente» curaba todo tipo de males comunes; ahora se afirma que los medicamentos que se venden en sitios web (Ambien, Valium, Cialis, Viagra, Soma) también curan males comunes. La diferencia es que la palabra «común» ha cambiado. Antes eran la gota, el reumatismo y la fiebre. Ahora son la depresión, la ansiedad y la disfunción sexual.

La población estadounidense, y la de todas partes en el mundo desarrollado, ha sido objeto de examen psicológico y médico hasta extremos malsanos. Los problemas humanos normales de la vida se diagnostican y median como si fueran enfermedades,

pero es la cultura la que está enferma. El significado, el valor y el propósito de la vida se descubren y alcanzan en gran medida mediante prácticas filosóficas, espirituales, chamanísticas o de yoga, no mediante fármacos y diagnósticos. Colonizados y manipulados por los sectores farmacéutico y asegurador, demasiados psicólogos y psiquiatras consideran ahora a la gran mayoría de los estadounidenses «enfermos mentales», y pretenden diagnosticarles mediante meros cuestionarios preconcebidos y curarles con drogas de diseño que crean estados de ánimo. ¿Puede ser más «rápido» y «fácil»? El siglo XX ha visto la aparición de un nuevo paradigma humano: un paradigma psicológico y diagnóstico que ve a la persona como a un animal psicológicamente enfermo por defecto. Esta perspectiva es tan trágica como corta de miras. En un plano mitológico, sustituye al «pecado original» de san Agustín por la «neurosis original» de Freud.

A principios del siglo V d. C., san Agustín afirmó en *La ciudad de Dios* que Adán y Eva eran pecadores por naturaleza, y que todos los seres humanos habían heredado su pecado y nacían con él. La doctrina de san Agustín, conocida por «pecado original», cuenta posiblemente con mil millones de adeptos católicos. Una culpabilidad terrible acompaña a esta doctrina, hasta el punto de que hay gente que se pasa toda la vida consumida por un sentimiento de culpabilidad por el solo hecho de haber nacido y estar viva. En términos de conducta, y dicho sin ánimo de ofender, se trata de una carga mermadora y debilitadora, un obstáculo para alcanzar el potencial humano. Este punto de vista contrasta con la visión budista de que el nacimiento y la vida humanos son dones preciosos, por los que deberíamos sentir una enorme gratitud. La doctrina de san Agustín de que los seres humanos son animales pecadores en esencia, fue repudiada valerosamente por Thomas Hobbes en 1651, en su *Leviatán*. Hemos visto que este libro emblemático fue prohibido en Roma y quemado en Oxford. Tanto católicos como anglicanos quisieron llevar al propio autor a la hoguera por herejía. El «crimen» de Hobbes fue contradecir a san Agustín y afirmar que «los deseos naturales y otras pasiones humanas no son pecado de por sí».⁷ Dicho de otro modo, es natural (y no pecaminoso) que los seres humanos tengan deseos y pasiones. Nuestro reto como seres humanos consiste en manejar y expresar sabiamente estos impulsos y apetitos naturales, no en pasarnos toda la vida atormentados por la culpa sólo por el hecho de tenerlos.

Estados Unidos ha visto en el siglo XX la sustitución total de la doctrina teológica de san Agustín (que el hombre es un animal fundamentalmente pecador) por la doctrina psicológica de Freud (que el hombre es un animal psicosexualmente enfermo). Sin embargo, mientras que Freud habría sometido al paciente a psicoanálisis durante tal vez una década (en teoría, para descubrir la raíces psicosexuales de su «enfermedad»), el

sistema de «salud mental» de hoy día está fuertemente influenciado por diagnósticos rápidos y cuadriculados, con la posterior receta de fármacos. Al fin y al cabo, si usted es algún tipo de animal enfermo, hay que medicarle. A diario. Para el resto de su vida. Éste es, pues, el extremo opuesto: medicación excesiva en Estados Unidos, en contraste con la medicación insuficiente en África. Los paradigmas psicológicos y médicos tratan cualquier problema y malestar concebibles del ser humano como una enfermedad o el síntoma de ésta. La vida en sí se convierte en una enfermedad para la que se recetan medicamentos de todo tipo que hay que tomar a diario.

Éste es también el motivo de fondo por el que, al parecer, los psicólogos clínicos manipularon a los comisarios políticos de la City University de Nueva York para que prohibieran el asesoramiento filosófico en la universidad. Está claro que se sentían amenazados por cualquiera que pudiera desenmascarar su colosal y lucrativo fraude, que depende de que los consumidores crédulos y desinformados compren fármacos creyendo que todos los problemas de la vida son «síntomas» de «enfermedades mentales». La práctica filosófica profesional capacita a las personas, las ayuda a utilizar sus recursos internos. Estos objetivos son claramente intolerables para quienes obtienen prestigio y beneficios de la diagnosis y la incapacitación de las personas.

Drogas legales contra drogas ilegales

No sólo hay regiones y pueblos del mundo con medicación excesiva y otros con medicación insuficiente, sino que además hay discrepancias extremas en las distinciones de los diferentes sistemas políticos y culturales entre drogas «legales» y drogas «ilegales». Algunas bebidas alcohólicas (la cerveza, el vino, los aguardientes) son drogas recreativas. En los lugares donde son legales, su venta está controlada mediante licencias y se restringe a menudo a los mayores de edad. La civilización occidental en concreto ha sido «pionera» en los usos y abusos de las bebidas alcohólicas. Los alemanes son famosos por la cerveza; los británicos, por la ginebra; los franceses, por el vino; los españoles, por el jerez; los escoceses, por el whisky; los rusos, por el vodka; los mexicanos, por el tequila; los jamaicanos, por el ron; los estadounidenses, por los cócteles. Hasta el cóctel Singapore Sling es una creación occidental. El sake es una especialidad indígena japonesa, una de las pocas bebidas alcohólicas de fama mundial cuyo origen no es occidental. La globalización ha extendido la fabricación y el uso de bebidas alcohólicas a numerosos mercados nuevos (por ejemplo, los vinos australianos, californianos y chilenos presentan en la actualidad una elevada calidad que compite con la de los franceses), pero el consumo diario de alcohol sin moderación sigue siendo una tradición occidental. Durante siglos, y hasta la década de 1960, el alcohol ha sido la droga predilecta de los occidentales, en concreto para los europeos y los norteamericanos. No

es casualidad que estos pueblos, en general, tengan la mayor tolerancia al alcohol.

Por contra, la población asiática y de Oriente Medio, y los pueblos indígenas de Norteamérica (por ejemplo, las personas de ascendencia india e inuit) tienen una tolerancia muy baja, lo que hace que les resulte más fácil abstenerse del alcohol por un lado (como en las culturas islámicas), o sufrir alcoholismo por el otro (una enfermedad espantosa que afecta a muchos pueblos indígenas). Uno de los efectos nocivos más suaves del consumo de alcohol es la deshidratación corporal, lo que también ayuda a explicar por qué no se suele abusar de él en climas desérticos como el de Oriente Medio. Tampoco se suele abusar del alcohol en las culturas confucianas, puesto que la embriaguez del individuo entorpece el trabajo en equipo, además de que emborracharse en público, con los previsibles y desmedidos comportamientos que acarrea, choca con la cultura asiática de la vergüenza y con su estricto código de conducta social.

Con moderación, una bebida alcohólica exquisita potencia el sabor de una comida exquisita, del mismo modo que una bebida alcohólica tosca potencia el sabor de una comida tosca. Así pues, el alcohol hace una aportación a nuestra experiencia del sabor. En un extremo, hay muchos lugares donde el alcohol está prohibido: por ejemplo, en Arabia Saudí, donde sólo se permite beber a los occidentales en sus propias casas o en complejos especiales de alojamiento reservados a los trabajadores occidentales; en El Cairo, ciudad con más de 20 millones de habitantes, sólo en un pequeño «barrio bohemio» se hallan restaurantes que sirven cerveza o vino. En el otro extremo, en el Barrio Francés de Nueva Orleans, la norma es la embriaguez las veinticuatro horas del día. Pasee por el centro de Londres un viernes o un sábado por la noche: los normalmente reservados y corteses británicos se abandonan a desmadres etílicos en público, con muestras de conducta grosera, lasciva, odiosa, violenta y destructiva que no se ven durante el resto de la semana.

No olvidemos, por cierto, que el alcohol se prohibió incluso en Estados Unidos en la época de la «ley seca», cuando un puñado de extremistas (la «Liga de la Templanza») reunió poder político suficiente como para imponer una prohibición nacional contra su consumo. Una paradoja de la ley seca era que «templanza» (una virtud clásica de la era aristotélica) significa moderación, no abstención. Otra paradoja era que la ley seca no hizo más que llevar la fabricación, la venta y el consumo del alcohol a la clandestinidad, lo que reportó pingües ganancias al crimen organizado, enriqueció a hampones como Al Capone y otorgó considerables fortunas a ciertos clanes familiares: los magnates de la cerveza del oeste estadounidense, por ejemplo, forman una estirpe cultural única. Por desgracia, los gobiernos aprenden despacio, tanto antes como ahora. Cuando los legisladores penalizan una conducta (como beber alcohol) que sólo necesita ser regulada, lo que consiguen es llevarla a la clandestinidad, cosa que enriquece al crimen organizado

y pone en peligro a ciudadanos corrientes que seguirán manteniendo tales conductas por mucho que la ley las prohíba.

Los filósofos abc abordan la cuestión del alcohol con bastante claridad. Aristóteles diría que consumirlo no tiene nada de malo si se hace con moderación (excepto en el caso de los alcohólicos, pues, siendo incapaces de moderarse, deben abstenerse de él). Siempre observando la moderación, el alcohol se utiliza para potenciar el sabor de la comida, favorecer la locuacidad (*in vino veritas*) y contrarrestar las inhibiciones de las personas demasiado reservadas y temerosas. Uno de los diálogos más cautivadores de Platón, *El banquete*, que trata los temas del amor y la belleza, se desarrolla durante una fiesta en la que los filósofos beben y conversan durante toda la noche. Las culturas aristotélicas son las que llevaron el alcohol a su estado actual, siguiendo la receta de alcanzar la excelencia en la actividad que emprenda cada uno. Posiblemente, los fabricantes de cerveza y vino y los taberneros también tienen derecho a buscar la superación, la excelencia y la realización en su trabajo.

En las culturas confucianas también se bebe, pero no hasta extremos debilitadores. Dado que la embriaguez individual se opone a la cohesión colectiva y al trabajo en grupo, las culturas confucianas no ven con buenos ojos la excesiva autoindulgencia que caracteriza el abuso de drogas y que actúa en detrimento del individuo y del colectivo. No obstante, en un contexto adecuado, el consumo de alcohol no sólo se permite, sino que se fomenta.

Los budistas están divididos en lo que respecta al uso de drogas y alcohol. Los tibetanos suelen evitar el alcohol por completo, pero algunos de ellos también son «juerguistas». De modo similar, la austeridad de los zendos no evoca imágenes de tabernas de Múnich pero, por otro lado, he visto practicantes occidentales del budismo zen defenderse bien en una boda irlandesa. También conozco a muchos budistas nichiren que beben con moderación. Daisaku Ikeda, cuya postura general sobre las drogas citaré al término del presente capítulo, dice lo siguiente sobre la bebida:

El alcohol es una droga de la que se puede hacer un buen uso o un abuso. En Japón se ha considerado desde tiempos antiguos como la primera entre las medicinas y el primero entre los venenos. Tomado con moderación, el alcohol puede ser un sedante suave; la medicina reconoce la estimulación de la circulación sanguínea y de la sudoración como efectos beneficiosos. Por otro lado, el alcoholismo o la dependencia grave del alcohol resulta profundamente destructivo para la salud mental y física, al provocar sufrimientos horribles para el alcohólico, su familia y sus allegados [...]. Aunque personalmente no bebo alcohol (por el simple motivo de que no me sienta bien) comprendo los sentimientos de quienes lo

hacen. Considero que la clave está, utilizando una expresión japonesa, en consumir sake sin ser consumido por él.⁸

Una vez más, constatamos que los excesos son malos, y por ambos extremos. Cualquiera que haya vivido con un alcohólico o que haya soportado de otro modo el estilo de vida de uno sabe que el abuso del alcohol es una de las peores formas de consumo excesivo. Sin embargo, en el extremo opuesto, los terroristas islámicos son abstemios pero están dispuestos a colocar bombas en restaurantes, hoteles y discotecas, a menudo suicidándose al provocar la masacre. Tal vez deberían agarrarse una buena borrachera, para variar.

Todas las drogas del rey

Igual que ocurre con el alcohol, hay poca uniformidad (y muchos extremos) en lo que respecta a la penalización y la regulación del consumo de otras drogas. Soy fruto de los años sesenta, por lo que muchas de mis posturas sobre las drogas están formadas (o probablemente deformadas) por el Magical Mystery Tour de esa década. Como *hippie* reformado, tengo opiniones que infaliblemente me crean amistades en algunos lugares, y detractores en otros. Qué le vamos a hacer.

Hace poco estuve en la India. Una noche me puse enfermo y me empezó a subir la fiebre. Pregunté al recepcionista del hotel si tenían a un médico de guardia y, al cabo de pocos minutos, un doctor indio muy simpático llamó a mi habitación. «¿Qué clase de drogas quiere?», me preguntó por teléfono.

No daba crédito a lo que oía. Parecía un camello de barrio estadounidense, salvo por el hecho de que era un médico que ejercía su profesión totalmente de acuerdo con la legislación india. El *hippie* que hay en mí estuvo tentado de decir: «Primero cúreme la fiebre y luego pregúnteme qué clase de drogas quiero.» Lo que ocurrió es que el filósofo pidió un examen médico y un diagnóstico, no drogas. Así pues, el médico vino a mi habitación, me diagnosticó una fiebre de origen viral y al final me dio unas drogas, que de hecho me curaron.

La cuestión es que la posesión de narcóticos, que se pueden comprar en tiendas de países como la India o México, podría acarrear la pena de muerte en Singapur y China, o una larga estancia en la cárcel en Estados Unidos y Europa. Los occidentales que viajan a Asia, y que a menudo llevan consigo sus propios medicamentos desde Estados Unidos o Europa, en ocasiones se encuentran con que se los confiscan o incluso terminan detenidos y acusados de tráfico de sustancias ilícitas. A la mayor parte de los gobiernos les preocupa el tráfico de narcóticos (la heroína, la morfina, la cocaína), así como de

barbitúricos y de analgésicos adictivos como la metacualona. El narcotráfico es una de las grandes tragedias relacionadas con los anhelos humanos universales, tanto de embriaguez como de dinero, y con la lentitud con la que aprenden los gobiernos. Debido a leyes bárbaras y atrasadas, se penalizan sustancias que podrían ser reguladas por la legislación, igual que el alcohol durante la ley seca, con los mismos y predecibles resultados: como si no hubiera habido bastante con Al Capone y otros traficantes de whisky, nuestro sistema ha creado a Pablo Escobar y el cartel de drogas de Medellín.

No obstante, existe una diferencia. El precio «en la calle» de una botella de whisky durante la ley seca era de unos pocos dólares como máximo. El precio «en la calle» del volumen o el peso equivalente de cocaína o de heroína es de cientos de miles de dólares. El tráfico internacional de drogas mueve entre decenas y cientos de miles de millones al año. En la cúspide de su infamia (1989), Pablo Escobar apareció en la lista de los diez hombres más ricos de la revista *Forbes*. Escobar no construyó su imperio vendiendo bolsitas con dosis de diez dólares a cientos o a miles de prostitutas norteamericanas adictas al crack. Lo construyó vendiendo cocaína a espuelas a millones de ciudadanos opulentos de clase media y alta de Norteamérica y Europa para que la consumieran en fiestas y orgías o para que convirtieran fiestas en orgías.

Los tipos de personalidad adictiva y las drogas adictivas son una mala combinación, por lo que la tendencia natural de muchos adictos será esnifar o fumar o inyectarse toda la cocaína que les pongan delante (del mismo modo que un alcohólico le vaciará el mueble bar si le da pie). Por la misma regla de tres, a los tipos de personalidad no adictiva les resultará posible esnifar unas pocas rayas de cocaína en una fiesta (o tomar unas cuantas copas, o fumar algunos cigarrillos) sin engancharse a ninguna de estas sustancias. Los mejores clientes de Escobar eran famosos de Hollywood, magnates de la música *rap*, agentes de bolsa de Wall Street y miembros de la generación *yuppie*⁹ y *dink*,¹⁰ que consumen droga para divertirse. Los imperios de la cocaína se levantan con el uso recreativo, no con los adictos. Evidentemente, convierten a tipos de personalidad adictiva en adictos, lo mismo que el tabaco, la bebida y el juego. ¿Cuántas personas que dependen de subsidios se gastan el dinero destinado a alimentarse a sí mismos y a sus hijos en tabaco, alcohol y cartones de la loto? Demasiadas, eso está claro.

Es necesario recordar a la gente que, en Estados Unidos, no sólo se penalizó el alcohol durante la ley seca: también se prohibió el juego (salvo en Las Vegas) hasta la introducción de las loterías estatales en la década de 1970. Antes de esa fecha, si alguien quería participar en la loto, tenía que «jugar» con la mafia, que había monopolizado las apuestas. La loto era un tipo de apuesta muy popular que fue llevada a la clandestinidad, directamente a los brazos del crimen organizado, por el motivo de siempre: el miedo

político a asumir un tema «impopular», que cuenta con apoyo clandestino pero que ofende a la opinión moralista predominante (y, por lo general, hipócrita). Cuando la moralidad occidental ya estaba lo bastante degenerada, y la ética del trabajo protestante lo bastante rebatida o deconstruida, los gobiernos consideraron que no había mal alguno en legitimar y monopolizar el negocio de la lotería.

Las loterías estatales también reciben el nombre de «impuesto voluntario». Son una fuente de ingresos no declarados tan vasta que los gobiernos ni siquiera tienen que pagar el premio con los beneficios acumulados: reparten dividendos activos, que están más que cubiertos por el interés que aplican sobre las ventas de billetes. ¿Cuándo fue la última vez que un gobierno reveló a los contribuyentes cuánto dinero había recaudado en un año con la lotería, y qué se ha hecho con esos ingresos? Los gobiernos no rinden más cuentas de la recaudación en lotería que el crimen organizado de las apuestas clandestinas de antaño, y los gobiernos tratan a los ciudadanos adictos que apoyan las apuestas legalizadas con la misma diferencia, rayana en el desprecio, que reservaban los mafiosos para los «primos» que antes participaban en apuestas ilegales y que ahora pierden en Las Vegas el dinero para sus hipotecas.

El juego está alimentado por el vicio de la codicia, por la fantasía de conseguir algo a cambio de nada y por la esperanza desesperada de adquirir una riqueza súbita que mantiene a gente que no ha descubierto ningún medio más seguro para la realización en la vida. También resulta un entretenimiento asequible para un gran número de consumidores que disfrutan de la experiencia hipnótica de verter monedas en máquinas tragaperras que zumban, pitan y parpadean. Con todo, es mejor que sean los gobiernos y no los criminales quienes se benefician de estos vicios, esperanzas y evasiones. Los gobiernos ofrecen una mayor distribución de los billetes, premios mayores y más numerosos y menos fraude que el crimen organizado. Al mismo tiempo, los extremos de la codicia, la fantasía y la desesperación no son estados mentales muy saludables, pero los gobiernos no tienen ningún interés en los estados mentales de los contribuyentes voluntarios. Al igual que los negocios de los fármacos y el alcohol, lo que más les interesa son los beneficios. El proceso político estadounidense está movido por el mercado. Las loterías tienen poco que ver con la virtud y mucho con el negocio.

Así pues, es sólo cuestión de tiempo que algunos gobiernos occidentales asuman también el negocio de la droga y monopolicen el tráfico de cocaína y heroína que mueve miles de millones de dólares. Empezarán despenalizando drogas blandas como el cannabis, a continuación administrarán las sustancias psicodélicas y en último lugar encontrarán también la forma de regular los narcóticos. Canadá está a punto de legalizar la marihuana, que Holanda despenalizó hace años. Estados Unidos lleva décadas de retraso, aunque algunos estados han rebajado de delito grave a delito menor la posesión

de cannabis. No obstante, esta droga sigue considerándose un «narcótico» en algunas partes de Estados Unidos, y los organismos federales tienen una comprensión bastante obtusa de la inmensa diferencia que hay entre el cannabis y la heroína, por ejemplo. La mayoría de los padres están más informados. Muchos padres nacidos después de la Segunda Guerra Mundial están dispuestos a fumar un porro con sus hijos ya crecidos, al menos de vez en cuando, del mismo modo que beben alcohol con ellos. Pocos de estos padres, sin embargo, se sentarían con sus hijos para inyectarse heroína. Siendo así, ¿por qué hay tantos gobiernos que insisten en catalogar el cannabis como narcótico, especialmente cuando (en Occidente) cerca del 95% de sus hijos ha fumado porros bastante antes de acabar los estudios superiores (aunque tal vez de «superiores» sólo tengan el nombre)?

Los Estados Alterados de América: el legado de los años sesenta

El amplio uso recreativo de drogas entre las clases acomodadas (especialmente de drogas psicoactivas), así como el interés por las culturas que cultivan estados alterados del cerebro y la mente, fueron fenómenos distintivos de la década de 1960. Las ondas sísmicas culturales procedentes de los epicentros de Chelsea, en Londres; Greenwich Village, en Nueva York; y Haight-Ashbury, en San Francisco, sacudieron el mundo entero. La generación nacida después de la Segunda Guerra Mundial entró en su adolescencia con el grito de guerra de Timothy Leary: *Tune in, turn on, drop out* [Entra en la onda, empieza a alucinar, ve a tu rollo]. Millones de jóvenes hicieron justo eso: entraron en la onda de los Beatles, empezaron a alucinar con el LSD y fueron a su rollo, al margen del proyecto de «gran sociedad» del presidente Lyndon Johnson. También vieron morir por causas relacionadas con las drogas a algunos de sus cantantes, guitarristas y poetas más queridos, como Elvis Presley, Brian Jones, Jimi Hendrix, Janis Joplin, Jim Morrison y, mucho más recientemente, Kurt Cobain. Este hecho no disuadió a nadie de experimentar con las drogas. Al contrario.

Durante su breve momento de gloria, la cultura *hippie* era una armoniosa mezcla de filosofía, poesía, música, espiritualidad, psicodelia, individualismo, espíritu de comuna, creatividad, protesta política pacífica, conciencia cósmica, respeto por la naturaleza, ensalzamiento de la paz y expresiones de amor libre (más grandes dosis de sexo, drogas y *rock'n'roll*). Fue la década de la nación de Woodstock, los astronautas en la Luna y los «pasotas» en las calles. La conciencia del Occidente libre se transformó de verdad en esa década. Incluso quienes estaban esclavizados por los brutales regímenes totalitarios tras el Telón de Acero y el Telón de Bambú saboreaban pequeñas muestras de libertad en forma de vaqueros comprados en el mercado negro o música *rock* clandestina.

El cielo *hippie* tuvo su contrapartida en el infierno vietnamita, la primera guerra de la

historia televisada por las noches en los hogares estadounidenses. Las imágenes de Vietnam se llevaron al frente de la guerra cultural librada en Estados Unidos, una guerra civil que los medios de comunicación ayudaron a lanzar contra su propia civilización. La cobertura mediática de la Guerra de Vietnam se caracterizó por una intencionada parcialidad, un enfoque distorsionado y un sensacionalismo implacable. Los 58.000 estadounidenses que murieron allí, en una guerra poco definida y poco popular que no se ganó ni se perdió, fueron llorados pero no idolatrados por su propia cultura, que ni comprendió ni apreció el sacrificio que hicieron. Quienes volvieron a casa tras prestar servicio en Vietnam soportaron el trauma adicional que les provocó esta recepción poco entusiasta, unida a la dificultad de reintegrarse en una sociedad que no los recibió como héroes sino como simples soldados que de algún modo habían deshonrado la causa de su pueblo. De este modo, a sus heridas se añadió el insulto. De hecho, la causa de su país, y del mundo libre, había sido tan manipulada por los medios de comunicación estadounidenses radicalizados que los vencedores en última instancia de la Guerra de Vietnam no fueron ni el Viet Cong, ni Vietnam del Norte, ni la «paz con honor» de Richard Nixon, sino las cadenas de televisión estadounidenses.

El país se convirtió, en la década de 1960, en un conflictivo semillero de fuerzas culturales en liza, un choque a veces violento de extremos culturales sin precedentes, una comunidad política radicalmente dividida no sólo por las incertidumbres y el caos de Vietnam, sino también por la victoria de los integracionistas norteamericanos defensores de los derechos civiles sobre los segregacionistas sureños; por la victoria de los radicales revolucionarios estudiantiles sobre las administraciones conservadoras universitarias; por la victoria del «amor libre» (gracias a la píldora) sobre la monogamia y la castidad; por la victoria de la expansión psicodélica de la mente sobre el estancamiento mental en términos de blanco o negro; por la victoria de «pasotas» únicos y auténticos sobre una cultura enlatada de conformidad en masa; y por la victoria de la conciencia cósmica sobre los prejuicios personales.

Visto en retrospectiva, sin embargo, muchas de estas «victorias» fueron clara y tristemente pírricas. En la década que siguió a la retirada estadounidense, Vietnam se convirtió en un infierno peor para los vietnamitas. La teoría del «efecto dominó» que había traído a Estados Unidos al sureste asiático para frenar la expansión del comunismo, una tesis que a los ingenuos medios de comunicación estadounidenses les encantaba desacreditar, no tardó en aplicarse a Camboya. Pol Pot y su estrategia jefe habían sido educados por marxistas franceses, cuyas políticas funcionaban a la perfección en la teoría, pero condujeron a los campos de exterminio en la práctica. La «victoria» del movimiento de derechos civiles no marcó el fin del racismo en Estados Unidos, sino el principio de su metamorfosis en nuevas, numerosas y enrevesadas formas, como por

ejemplo el odio de los negros hacia los blancos, patrocinado en gran medida por los propios blancos liberales consumidos por la culpa. La «victoria» de los radicales estudiantiles (y yo era uno de ellos) no dio como resultado una reforma de los planes de estudios, sino la estalinización de las universidades norteamericanas por parte de los mismos neobolcheviques que habían arrebatado el poder a los cobardes administradores en nombre de la «liberación». La «victoria» del amor libre no ha dado lugar ni al amor ni a la libertad, sino a la desintegración de la familia nuclear, a la feminización de las instituciones occidentales y a la demonización de los varones blancos. La «victoria» de la expansión psicodélica de la mente no ha alterado en el fondo el estilo de vida estadounidense, puesto que la versión de Madison Avenue de un «viaje» (es decir, un viaje para ir de compras) se expresa en papel de seda de colores pastel, sábanas con flores estampadas y electrodomésticos de colores, todos ellos artículos que antes del LSD sólo venían de color blanco. La «victoria» de «pasotas» y «flipados» (individuos únicos que eran auténticos consigo mismos sin perjudicar a los demás con su estilo de vida) no desembocó en un renacimiento del individualismo; más bien desembocó en la globalización, que trajo consigo la imposición de la conformidad con el mercado de masas más gargantuesca de la historia humana, proceso que ha coincidido con la madurez de los propios «pasotas» y «flipados».

En mi opinión, la principal victoria duradera de la década de 1960 fue la de la conciencia cósmica sobre el prejuicio personal. Oriente se encontró con Occidente en los sesenta. Exportamos a los Beatles e importamos a Ravi Shankar; exportamos la Coca-Cola e importamos el hachís afgano; exportamos el *Wall Street Journal* e importamos el *Bhagavad Gita*; exportamos los campeonatos de la Super Bowl e importamos las artes marciales; exportamos las telecomunicaciones e importamos el Tao; exportamos los yoyós e importamos el yoga; exportamos mochilas e importamos el budismo. Y, sobre todo, exportamos la ciencia aristotélica, la tecnología y el desarrollo económico, e importamos las grandes tradiciones de la sabiduría oriental: la hindú, la budista, la confuciana y la taoísta.

Los miembros de la generación de los sesenta vivíamos bajo la constante amenaza de la aniquilación nuclear. Se conocía como «destrucción mutua asegurada» (*mutual assured destruction*, MAD) y era una locura que nos obligaba a estar cuerdos. Exprimíamos la vida al máximo, precisamente porque una espada de Damocles nuclear pendía sobre nuestras cabezas. Como reacción, nos convertimos en «flipados»: flipados por el ácido, flipados por la marihuana, lo que fuera. Las fronteras políticas eran inamovibles durante la Guerra Fría, pero las fronteras culturales se disolvieron. Los prejuicios personales trascendieron para dar lugar a la conciencia cósmica, a la atención por la interconectividad de los seres vivos, a la comprensión de la unidad de la

humanidad. Los horizontes de los *hippies* se ampliaron en gran medida por los efectos de las drogas recreativas y sagradas: la marihuana, el hachís, la mescalina, la psilocibina, el peyote, la ayahuasca, el LSD, STP, el DMT, el DET, el MDA, los pastelillos de cannabis de Alice B. Toklas y los ponches especiales. La paz, el amor, la sinceridad, la apertura y la integridad que conformaban el corazón del movimiento *hippie* eran frutos de la conciencia expandida. En la medida en que las drogas contribuían a este proceso, eran beneficiosas. Las drogas hicieron mucho más bien en Occidente que el napalm en Oriente, eso seguro. Y si las experiencias de Aldous Huxley con la mescalina y el LSD le ayudaron a concebir y escribir *La isla*, su alegoría del budismo, las drogas alucinógenas son instrumentos que pueden utilizarse para el crecimiento.

Y me gustaría recordarles otra verdad, expresada precisamente por un hombre cuya filosofía mal orientada ha hecho mucho más mal que bien en el mundo: Karl Marx. Cuando describió la religión como «el opio del pueblo», sin embargo, tenía razón. La religión también es una droga potente y adictiva, con efectos secundarios dañinos en potencia. Por ejemplo, la gente con sobredosis de Jesús intenta convencer al resto del mundo de que tome la misma droga en la misma cantidad, y no comprende qué motivos puede tener alguien para rechazarla. De vez en cuando han aparecido cristianos con sobredosis de Jesús que condenaron a gente a la hoguera sólo porque no estaba de acuerdo con su teología, o a castigos peores si se negaba a convertirse. En la actualidad, son los islámicos fanáticos con sobredosis de Alá quienes cometen actos atroces de terrorismo mientras incitan a las masas crispadas a sublevarse por una simple caricatura. El opio de Marx tiene este terrible efecto secundario: le roba a la gente el sentido del humor.

En contraste, quisiera que todos mis hermanos y hermanas fervorosamente religiosos tomaran nota de lo siguiente: si un *hippie*, o un pasota, les ofreciera una dosis de ácido o les pasara un porro, no los mataría ni los aterrorizaría si los rechazasen. Decidieran lo que decidieran, diría: «Buen rollo.» Los *hippies* «pasaban»: pasaban de los prejuicios, lo cual les permitía dejar a los demás en paz y respetar sus elecciones. Era una actitud moral, no moralista. A ningún *hippie* se le ocurriría secuestrar un avión: algo así sería demasiado «mal viaje».

Que no me vengan con el «problema de las drogas». Cuando un insensato anuncio estatal en una valla o el metro me pregunta: «¿Sus hijos toman drogas?», muchas veces pienso: «Nada me gustaría más.» Las drogas buenas pueden ser su mejor instrumento para no caer en las drogas malas: el tabaco, el alcohol, la lotería, las McComidas, las McDrogas, las McNoticias de la noche, el evangelismo televisivo, el fanatismo suicida y el café de Starbucks.

Los filósofos abc

Al consultar a los filósofos abc sobre la cuestión de las drogas, nos encontramos también con recetas divergentes. En términos generales, como hemos visto, la postura aristotélica es intencional: el fin del ser humano es ser feliz mediante el desarrollo de la excelencia individual. Dentro de este planteamiento, las drogas tienen sus fines, sea en un contexto medicinal, recreativo o sagrado. Como de costumbre, la clave aristotélica reside en la moderación, un término medio entre la abstinencia y la adicción. Por contra, como hemos visto, las culturas confucianas tienden a subordinar el individuo al colectivo. El fin del individuo se alcanza al encontrar la forma adecuada de servir a los intereses mayores de la sociedad. Siendo así, Confucio aplaudiría el uso de drogas medicinales, pues ayudan a mantener o restablecer la salud del individuo y, por ende, le permiten seguir sirviendo a la sociedad. Sin embargo, Confucio condenaría el consumo de las drogas que expanden la mente y las recreativas, ya que podrían despertar demasiado a los individuos creativos como para que éstos se conformaran con seguir siendo meras piezas en el engranaje de la sociedad, y hacer que los individuos susceptibles de convertirse en adictos dejen de ser útiles como trabajadores. De ahí que las culturas confucianas estrictas (como Singapur) mantienen la pena de muerte para los traficantes de drogas duras.

Así pues, si Aristóteles vota «a favor» y Confucio «en contra» del uso de las drogas que expanden la mente, ¿nos dará Buda el desempate? El budismo ofrece argumentos en ambos sentidos, pero en última instancia recomienda y enseña prácticas que conducen a estados mentales más iluminados que los que pueden experimentarse con las drogas. En un extremo del budismo, los budistas religiosos como los tibetanos evitan el uso de drogas y practican técnicas de yoga que elevan y purifican la conciencia en lugar de estimularla o distorsionarla. En el otro extremo del budismo, los budistas intelectuales occidentales, personas como Aldous Huxley o Alan Watts integraron las drogas psicodélicas en sus credos individuales, y consiguieron convertirse en seres muy evolucionados que hicieron mucho bien (y a la vez poco daño) al patrimonio humano.

El camino medio dentro del camino medio sería algo parecido a lo siguiente: la mayoría de la gente toma drogas que expanden la mente o recreativas para experimentar estados del ser agradables, o para evitar los dolorosos. Mientras que esta actividad tal vez no parezca especialmente dañina a corto plazo, e incluso pueda ser necesaria como parte de la experimentación que conduce al crecimiento personal, a largo plazo es un callejón sin salida. Aunque usted utilice a diario drogas que expanden la mente, llegará a un «techo» de conciencia más allá del cual no se puede ascender con las drogas. Si de verdad desea ascender lo máximo posible, sin ninguna clase de riesgo ni de efecto

secundario en absoluto, las prácticas budistas son el mejor medio para conseguirlo. Sin embargo, dado que los budistas no suelen hacer proselitismo, no van a hacerle tragar el Dharma con un embudo, ni se lo van a vender por la calle. Dejarán que lo descubra por su cuenta, y será de este modo como lo aceptará de verdad.

Daisaku Ikeda comprende todo esto mejor que yo, de modo que veamos lo que tiene que decir sobre las drogas en general:

En primer lugar, es importante distinguir entre los diversos fines para los se utilizan las drogas: sea medicinal, para tratar enfermedades, o recreativo, para obtener las sensaciones agradables que pueden producir. El budismo considera el primero como adecuado y necesario; a veces se compara al Buda con un doctor experto capaz de tratar las enfermedades de la gente, y se le llama «el rey de los médicos».

La parábola del doctor experto que aparece en el Sutra del Loto demuestra los profundos paralelismos entre el budismo y las artes médicas. En esta parábola, el doctor experto prepara y administra una medicina excelente para sus hijos, que padecen por haber ingerido veneno. Del mismo modo, el bodhisattva Rey Medicina suele representarse sosteniendo un recipiente que contiene medicina, símbolo de la función del Buda de liberar a los seres humanos del sufrimiento.

Por otro lado, el budismo pretende inculcar en las vidas de las personas una experiencia de felicidad indestructible, que no dependa de fuerzas ni influencias exteriores. Desde esta perspectiva, el uso de estupefacientes (que pueden infligir con facilidad daños físicos y psíquicos permanentes en el que los consume) como medio para obtener una sensación de placer momentánea y fugaz es algo que el budismo debe rechazar. El hecho de que, al establecer el camino medio, Shakyamuni rechazara los extremos tanto del ascetismo como del hedonismo refleja su profunda percepción de la naturaleza y las fuentes de la felicidad humana genuina y duradera.

Es cierto que algunas drogas pueden inducir estados que parecen ofrecer atisbos de un mundo más allá de la realidad cotidiana. Pero, a fin de cuentas, se trata de un estado inducido por las drogas y, por tanto, ilusorio. La experiencia de un estado tal no puede brindar el poder y la energía necesarios para transformar las realidades de la vida diaria y abrir así camino a la felicidad auténtica. El uso repetido de este tipo de drogas puede tener secuelas muy nocivas en la salud física y puede minar la vitalidad y la voluntad de vivir de la persona.¹¹

La voluntad de vivir es un don grandioso. Se complementa, no obstante, con la

voluntad de morir. Lo que nos lleva a los dos capítulos siguientes: Oriente Medio y el terrorismo.

- 1 Los efectos dañinos de la comida rápida se ilustran de forma gráfica en la película de Morgan Spurlock *Supersize Me*, <http://www.supersizeme.com> [en inglés].
- 2 COHEN, Robert: *Milk: The Deadly Poison*, Argus Publishing, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1998.
- 3 BARBER, Benjamin: *Jihad versus McWorld*, Ballantine Books, Nueva York, 1995.
- 4 «Debelado» significa literalmente «des-combatido»; es decir, agotado militarmente por siglos de guerra incesante.
- 5 BÉLPOME, Dominique: *Ces Maladies Créées Par l'Homme*, Albin Michel, París, 2004; y *Guérir du Cancer ou s'en Protéger*, Fayard, París, 2005.
- 6 http://en.wikiquote.org/wiki/Edmund_Burke [en inglés].
- 7 *Leviatán*, capítulo 13.
- 8 IKEDA, Daisaku: comunicación personal, 2005.
- 9 Yuppie es una palabra inglesa formada con Young urban professional [joven profesional urbano]: la evolución del hippie.
- 10 Dink es un acrónimo de Dual income, no kids [dos ingresos, sin hijos]; este tipo de parejas disponen de dinero para costearse diversiones caras.
- 11 IKEDA, Daisaku: comunicación personal, 2005.

Los extremos de Oriente Medio: Escorpiones venenosos e higos regalados

Es ridículo culpar de nuestros actos erróneos a causas externas, en lugar de culpar a la facilidad con la que sucumbimos a dichas causas.

Aristóteles

Los odios nunca se aplacan con más odio; es la falta de odio lo que siempre aplaca los odios. Ésta es una ley eterna.

Buda

El placer no debe llevarse al extremo del desenfreno; la pena no debe llevarse al extremo de la inmolación.

Confucio

Ubicar Oriente Medio

Suponga que hace girar un globo terráqueo y le lanza al azar seis dardos, cada uno de los cuales representa el lugar de nacimiento de una gran religión del mundo: el judaísmo, el cristianismo, el islam, el hinduismo, el budismo y el confucianismo (siendo este último una especie de religión laica). ¿Qué probabilidades habría de que dos de estos dardos cayesen sobre la misma región, es decir, Israel, de una extensión minúscula, más pequeña que el estado de Nueva Jersey? ¿Y qué probabilidades habría de que un tercer dardo fuera a parar a un Estado cercano, es decir Arabia Saudí? Improbable o no, en Oriente Medio han surgido tres de las mayores religiones del mundo. En total, la mitad de la población del mundo profesa una fe abrahámica, sea de la rama judeocristiana o la islámica. La división histórica, política, teológica y económica entre estas dos ramas y la falta de puentes entre ellas han permitido que los extremismos no sólo florezcan en una región cuyas normas son extremas de por sí, sino que además se propaguen por todo el mundo tras el fin de la Guerra Fría.

Antes de empezar, debo advertirle de que no hay debate más espinoso ni conflicto

más intratable que el que enfrenta el islam a Occidente. Constituye un círculo vicioso en el peor sentido de la expresión. El conflicto es real, y los fines de los extremistas islámicos son evidentes; pero incluso en Occidente existen diferencias irreconciliables tanto ante la naturaleza del problema como ante sus soluciones concebibles. Los extremistas islámicos sólo representan una pequeña fracción de los musulmanes del mundo, la mayoría de los cuales probablemente no desee otra cosa que vivir en paz, tanto unos con otros como con la aldea global. Sin embargo, muchas naciones musulmanas se encuentran violentamente fanatizadas por déspotas beligerantes, imanes rabiosos y medios de comunicación incendiarios. Desde una perspectiva occidental, el extremismo islámico es la antítesis de la globalización: pretende mantener a sus gentes en estados retrógrados de intolerancia, belicosidad, atraso y aislamiento. Esta imagen es más o menos la que daba Europa cuando estaba aterrorizada por fanáticos cristianos, con la complicidad de los monarcas, antes de la revolución científica y la Ilustración.

Desde una perspectiva árabe e islámica, los conflictos en Oriente Medio se desarrollan en cuatro dimensiones distintas. La primera y más antigua es la ancestral disputa bíblica entre judíos y árabes, primos en liza en una gran saga tribal que se bifurca en ramas paralelas y engendra historias mutuamente incompatibles: los judíos de Israel contra los árabes de Palestina y territorios adyacentes. Tanto unos como otros descienden de los hijos de Abraham y Sara: los judíos, de Isaac; los árabes, de Ismael. Según el libro del Génesis, Dios dijo a Abraham: «Ciertamente Sara tu mujer te parirá un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y confirmaré mi pacto con él por alianza perpetua para su simiente después de él. Y en cuanto a Ismael, también te he oído: he aquí que le bendeciré, y le haré fructificar y multiplicar mucho en gran manera: doce príncipes engendrará, y ponerlo he por gran gente.»¹ Así fue cómo dos grandes pueblos descendieron de Abraham y Sara: los judíos y los árabes. Su ancestral rivalidad entre hermanos es tan antigua como el propio Génesis, y recientemente se ha reavivado con el renacimiento de Israel en 1948, que muchos judíos consideran la consecución de una aspiración acariciada durante mucho tiempo; pero que muchos palestinos consideran una expropiación catastrófica.

El Día de la Independencia de Israel, el 15 de mayo, se celebra cantando el himno nacional, el *Hatikvah*, que significa «esperanza». Éste es, en cambio, un día trágico para los palestinos, que lo denominan *al-Nakba* (la catástrofe).² Los decenios de oposición del «mundo árabe» a la existencia de Israel han hecho que el problema palestino sea irresoluble, mientras el conflicto entre árabes e israelíes, fuera de control, ha devenido en un pulso entre civilizaciones que en la actualidad envuelve a toda la aldea global, con el islam enfrentado a Occidente.

La segunda dimensión de este conflicto es la sucesión durante siglos de invasiones imperiales y coloniales y de ocupaciones de territorios islámicos del suroeste asiático por parte de potencias occidentales: los macedonios, los romanos, los cruzados, los franceses, los ingleses, los soviéticos, los estadounidenses. Las Cruzadas, en concreto, se encuentran siempre presentes en las mentes y los labios de los más acérrimos extremistas islámicos, que sacan partido de batallas libradas hace mil años para crear los gritos de guerra de hoy y mañana contra el Occidente actual. Al «mundo islámico» le iría incomparablemente mejor con sólo recordar su Edad de Oro de tolerancia y aprendizaje bajo el gobierno de los califas, y facilitar a su juventud una educación que favoreciera una buena ciudadanía en la aldea global, en lugar de propaganda de odio, explosivos de alta potencia y misiones suicidas.

La tercera dimensión es la perspectiva religiosa de dichas invasiones y ocupaciones, que desde las Cruzadas han añadido una especial acritud a la actitud musulmana ante los invasores, que aparecen como infieles que deben ser castigados a toda costa por la cólera de Alá y expulsados de las tierras «musulmanas». Es esta dimensión, más que cualquier otra, la que movilizó contra los ateos soviéticos a los *muyahidines* árabes afganos, armados e instigados por la CIA para convertir Afganistán en el «Vietnam soviético». Esta estrategia funcionó demasiado bien, pero también dio vida al «Frankenstein» de Osama bin Laden, que con el tiempo se volvió contra sus creadores estadounidenses. Es esta tercera dimensión, más que las otras dos, la que desembocó en los sucesos del 11-S, la que ha provocado el cambio de régimen en Afganistán e Iraq forzado por Estados Unidos y la que puede engendrar toda clase de situaciones apocalípticas, especialmente ahora que Irán amenaza con arrasar Israel con armas nucleares.

Y, por si no bastara con estas tres dimensiones del conflicto, un designio de Alá o una ironía del destino ha considerado oportuno situar las mayores y más accesibles reservas de carburantes fósiles del planeta en el golfo Pérsico, lo que obliga a estas partes históricamente en liza a convertirse en socios del mayor negocio del mundo.³ Como resultado, la política petrolera del siglo XX ha añadido un material altamente inflamable a un conflicto multidimensional ya de por sí sobrecalentado. Resulta emblemático de esta cuarta dimensión del conflicto que el World Trade Center fuera destruido por carburante de aviación, refinado en parte o totalmente a partir de crudo procedente de Oriente Medio.

Históricamente, parece ser que la civilización islámica en general, y el «mundo árabe» en concreto, deseaba por encima de todo que Occidente le dejara en paz (pese a una temprana serie de conquistas musulmanas en la península Ibérica y Asia, y de su Edad de Oro en la que gustosamente se convirtieron en los guardianes de la civilización

occidental).⁴ A lo largo de cuatrocientos años de un indolente dominio otomano (1517-1917), Palestina y la zona circundante se convirtió en un páramo histórico y cultural. Los otomanos tenían escaso interés en la región, salvo en deforestar el Líbano y despojarlo de sus antiguamente célebres cedros, con los que Herodes había construido su palacio. Desde los pantanos palúdicos de Galilea al árido desierto del Négev, Palestina era una provincia desatendida y superpoblada, donde los administradores turcos servían de mala gana, como si se sintieran exiliados en su propio imperio. Jerusalén carecía por completo de importancia política, y los occidentales que viajaban a la «Tierra Santa», como hizo Mark Twain en 1867, se mostraron atónitos ante la aridez de la zona. El escritor describió Palestina como: «[Un] terreno desolado, cuyo suelo es bastante rico, pero dedicado por completo a la cizaña —una extensión silenciosa y lúgubre [...]—. Reina aquí una desolación a la que ni tan sólo la fantasía puede conceder las pompas de la vida y la actividad. [...] En todo el camino no encontramos a ser humano alguno. [...] Casi no se veían árboles ni matorrales. Incluso el olivo y el cacto, esos amigos fieles del suelo yermo, habían abandonado el país.»⁵

Esta situación cambió radicalmente tras la Primera Guerra Mundial, cuando los británicos y los franceses se repartieron los «despojos» del derrotado Imperio otomano y asumieron el mando colonial en Siria y el Líbano, que quedaron bajo mandato francés, y en Palestina (lo que ahora es Israel, Gaza, Cisjordania y Jordania) e Iraq, que quedaron bajo mandato británico.⁶ Este reparto se ilustra en la figura 14.1.⁷ Entretanto, las emancipaciones de los judíos europeos en el siglo XIX y los éxitos cosechados por éstos habían dado lugar a reacciones antisemitas violentas (desde el caso Dreyfus en Francia hasta los pogromos en Rusia), por lo que Theodore Herzl y sus colegas fundaron el movimiento sionista moderno: una aspiración a devolver a los judíos a su patria histórica, pasados casi 2.000 años desde la diáspora de Roma. La Declaración Balfour efectuada por el Reino Unido en 1917 formulaba la promesa de la creación de una nación judía en Palestina, pero, al mismo tiempo, los británicos concedieron a los árabes, incluidos los de Palestina, garantías contradictorias respecto a la autodeterminación de éstos.⁸

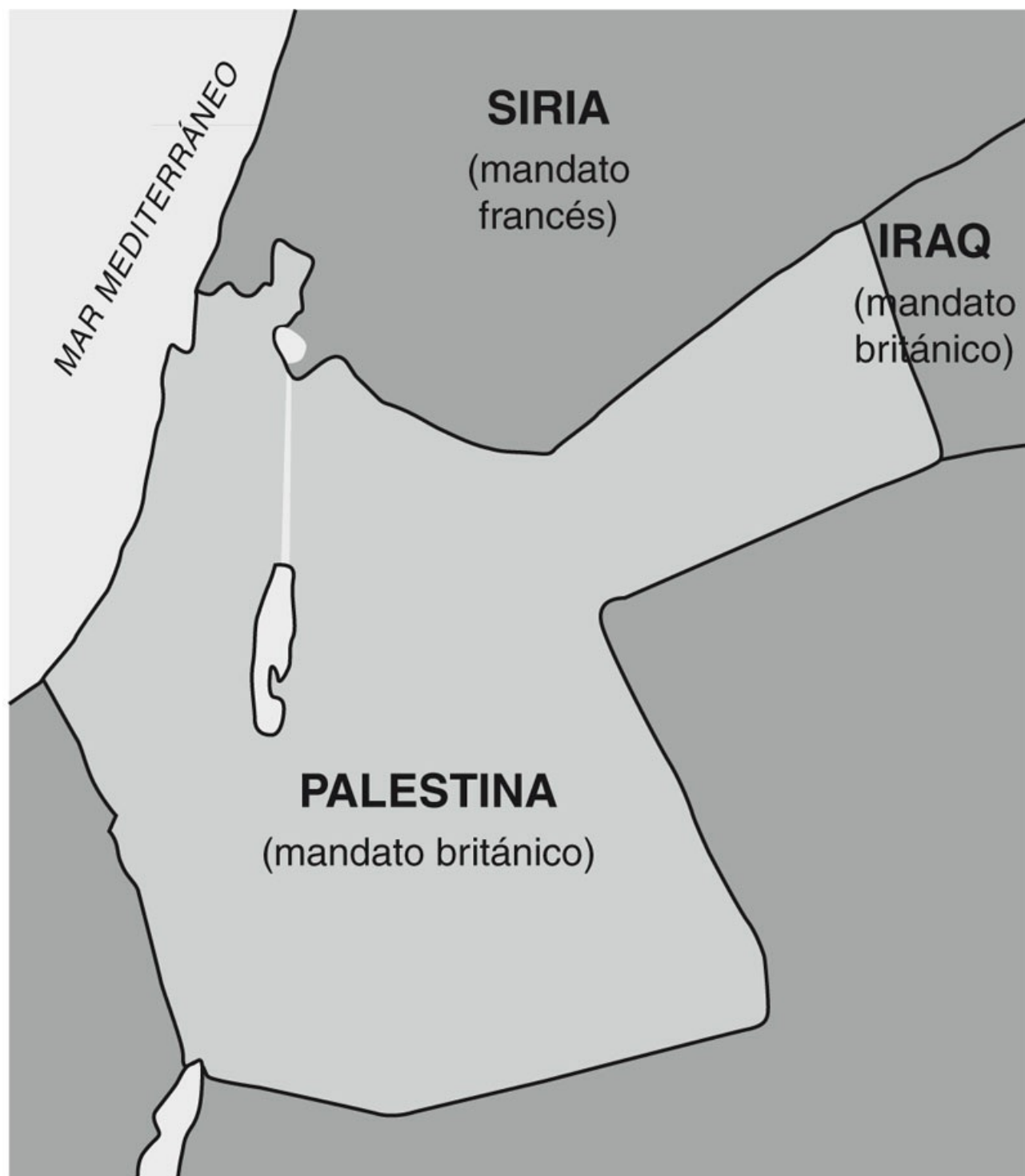


Figura 14.1. Palestina en 1918. Mandatos británico y francés.

Los judíos rusos y europeos que empezaron a emigrar a Palestina para cultivarla y modernizarla, para crear asentamientos y producción, fueron recibidos por el «mundo árabe» con una mezcla de receptividad y hostilidad. Los palestinos y otros árabes prosperaban con su presencia, pero los agitadores no tardaron en imponerse y empezó a

estallar la violencia. Los rescoldos de la rivalidad bíblica, la animadversión histórica, la intolerancia religiosa y la ambición nacionalista se avivaron hasta encender llamas de rencorosa resistencia a la inmigración de los judíos en general y a la fundación de un Estado judío en particular.

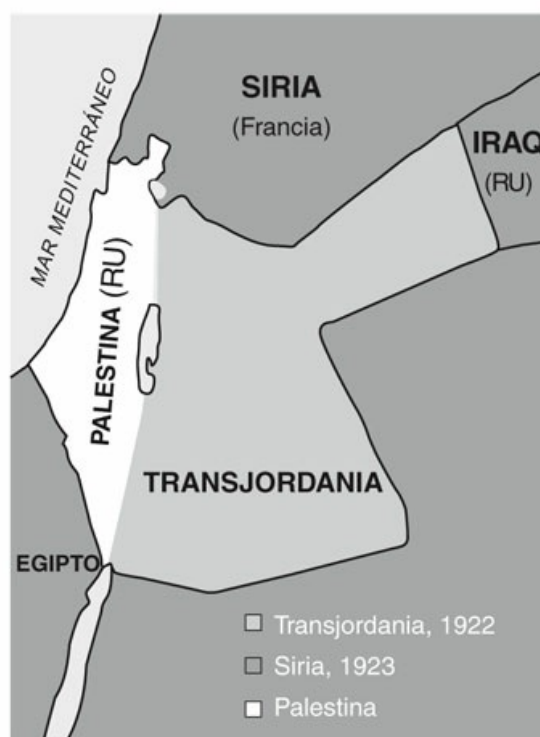
El holocausto nazi, que acabó sistemáticamente con la vida de seis millones de judíos, desató entre los supervivientes una oleada de urgencia por recuperar su patria en Palestina. Antes de Hitler, muchos judíos se oponían al sionismo, ya que su fe dictaba que sólo el Mesías podía resucitar Israel, y que cualquier intento humano de hacerlo sería una abominación a los ojos de Dios. Después de Hitler, los judíos supervivientes vieron flaquear su fe en Dios, dudaron de la viabilidad de su existencia en diáspora y apoyaron ávidamente la reinstauración de Israel. Los británicos, mientras tanto, trazaban y retrazaban mapas de una Palestina dividida, pero cedían ante las presiones árabes y restringían la inmigración de judíos a un mínimo con el objetivo de no perder el flujo ininterrumpido hacia Occidente del petróleo procedente de los Estados del Golfo. Aunque los británicos eran en principio los ganadores de la Segunda Guerra Mundial, a finales de la década de 1940 su imperio se desmoronaba a marchas forzadas, casi más rápido de lo que tardaban en modificar los mapas.

En medio de un torbellino de actividad diplomática internacional, mientras se sucedían los estallidos de violencia entre judíos y árabes y se destacaban tropas británicas y judías a Palestina, las Naciones Unidas aprobaron un plan de partición británico en noviembre de 1947, con 33 votos a favor, 13 en contra y 10 abstenciones.⁹ La resolución 181 de las Naciones Unidas reconocía dos Estados: el judío de Israel y el árabe de Palestina. Israel renació oficialmente en mayo de 1948. Estados Unidos y la URSS fueron dos de los primeros países en reconocer el nuevo Estado judío, pero Oriente Medio se convirtió rápidamente en un escenario de «conflicto convencional controlado» dentro de su enconada Guerra Fría.

Como muestra la figura 14.2, los británicos ya habían separado Transjordania (actualmente Jordania) de su mandato palestino original, con lo que el territorio de Palestina se redujo a un minúsculo resto. Lo que aparece en la figura 14.3 es la partición que hicieron finalmente de Israel y Palestina, con una zona internacional que envolvía Jerusalén, ciudad santa para todas las confesiones abrahámicas.



**Palestina en 1918,
tras la Primera Guerra Mundial**



**Palestina en 1922, tras
la primera partición británica**

Figura 14.2. Palestina en 1918 y 1922.



Figura 14.3. Palestina en 1947.

Esta partición británica fue aprobada por la resolución 181 de las Naciones Unidas (noviembre de 1947).

La resolución 181 fue aceptada por los judíos y rechazada por los árabes.

Los palestinos podrían haber creado su propio Estado en 1948, allí mismo, junto a Israel. Los judíos habrían aceptado gustosamente una partición de una partición. Sin embargo, en lugar de aceptar la coexistencia de dos Estados juntos, el «mundo árabe» rechazó a Israel, rechazó el derecho de existir de Israel, rechazó la resolución 181 que reconocía el derecho de existir de Israel y rechazó los votos de todas las naciones que reconocían la existencia de Israel. Cinco ejércitos árabes (Egipto, Siria, Transjordania, el Líbano e Iraq) invadieron el Estado judío el 14 de mayo de 1948, mientras David Ben Gurion leía la Declaración de Independencia de Israel. Sus intenciones fueron declaradas por el entonces secretario internacional de la Liga Árabe, Azzam Pasha: «Ésta será una guerra de exterminio y una masacre tan decisiva que se recordará tanto como las masacres mongolas y las Cruzadas.»¹⁰ Ante todo, que no se nos olviden las Cruzadas.

De algún modo, Israel ganó aquella guerra. El resultado se muestra en la figura 14.4. La Guerra de la Independencia de Israel comportó una ampliación de fronteras que poco distaban de las establecidas por la resolución 181 de las Naciones Unidas, mientras que los palestinos que habitaban Cisjordania y la franja de Gaza, junto a los que huyeron o fueron expulsados de Israel (había parte de lo primero y parte de lo segundo), se convirtieron en refugiados, en personas sin país. ¿Por qué? No por la refundación de Israel, sino por la negativa del «mundo árabe» a reconocer Israel y Palestina. Ciertamente, los palestinos han sufrido a lo largo de varios decenios un cruel conjunto de tragedias, cada una de ellas agravada por las anteriores y destinada aparentemente a producir nuevas desgracias. En realidad, la beligerancia y la intransigencia del «mundo árabe» empujó tanto a israelíes como a palestinos a adoptar posturas políticas imposibles a partir de 1948. Todas las guerras libradas entre árabes e israelíes desde entonces (en 1956, 1967, 1973) fueron provocadas por el «mundo árabe», y todas las victorias de Israel (que no puede permitirse el lujo de perder ni una guerra) no han hecho más que agravar los problemas de Israel, sometido a más terrorismo, y la tragedia y el sufrimiento de los palestinos.

El «mundo árabe» que se negó a aceptar la coexistencia de Israel y Palestina en 1948 aparece en la figura 14.5. Comprende unas dos docenas de países, con una extensión y una población comparable a las de Estados Unidos (de 300 millones de habitantes), una religión monolítica predominante (el islam), una lengua común predominante (el árabe) y

las mayores reservas de petróleo del mundo. El PNB medio de los países árabes es de 3.250 dólares. Israel, se parta como se parta, es un país minúsculo, con una población de seis millones de habitantes, sin reservas petrolíferas y con un PNB de 18.000 dólares. En el momento de escribir estas líneas, Israel es la única democracia de la región.



Figura 14.4. Israel en 1948.



Figura 14.5. El «mundo árabe» e Israel.

¿Por qué, durante tantos decenios y en su propio detrimento, el amplio y creciente «mundo árabe» ha mostrado tan violenta obsesión con la aniquilación de este minúsculo Estado judío? ¿Por qué, dado el infinito muestrario de problemas en el mundo entre 1948 y 1991, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas dedicó 97 de sus 175 resoluciones a la condena de Israel? ¿Por qué, durante tantos decenios y en su propio detrimento, el pueblo palestino no se muestra dispuesto a aceptar Israel y a construir su propio Estado de Palestina al lado? El amplio conflicto regional que enfrenta al Goliat del «mundo árabe» contra el David de Israel ha dado lugar, además, a un conflicto local firmemente asentado que enfrenta a los «faraones israelíes» contra los «judeopalestinos». Esto es así porque los palestinos se han adueñado de la historia del judaísmo para sus propios fines en su empeño de ser «más judíos que los judíos» al encontrarse sin hogar, sin Estado y diseminados en una diáspora surgida del renacimiento de Israel. Los extremistas palestinos pretenden reunirse al precio de la destrucción de Israel y proyectan la reconstrucción de Palestina sobre las cenizas de una Sión aniquilada. Los palestinos moderados desean la coexistencia con Israel, pero su voz no se ha hecho oír en el persistente coro del extremismo violento de Oriente Medio tan endémico y perjudicial para la región.

Estos dos anillos concéntricos de conflicto no resuelto (el exterior, que enfrenta a árabes e israelíes; y el interior, que enfrenta a palestinos e israelíes) ha extendido el terrorismo de la OLP a Europa, donde los terroristas islámicos han aprendido mucho acerca de la civilización occidental en lo que respecta al aprovechamiento de las virtudes de ésta (la libertad, la oportunidad, la esperanza) para labrar su perdición. El conflicto entre árabes e israelíes, y el consiguiente enfrentamiento entre palestinos e israelíes han tenido un efecto directo sobre otras dos dimensiones de la cooperación en Oriente Medio y el conflicto con Occidente: el sector petrolero, el mayor negocio del mundo, y la civilización islámica, que ha entrado en bloque en el vacío político creado por la caída del Imperio soviético.

La sed insaciable de petróleo árabe tiene dos ramificaciones posteriores a 1948. En primer lugar, durante la Guerra Fría se necesitaba urgentemente el crudo del golfo Pérsico para plantar cara a los soviéticos por medios convencionales. Stalin tenía 10.000 tanques o más preparados para invadir Europa occidental. La OTAN respondió con más tanques, preparados para frenar los de Stalin. Para ello, era necesario garantizar un suministro de petróleo procedente del golfo Pérsico con el que mantener este equilibrio de poder convencional e impedir a toda costa un desequilibrio que podría desembocar en un conflicto no convencional (es decir, nuclear). En segundo lugar, el petróleo árabe ha impulsado décadas de consumo desmedido, tanto para el negocio como para el ocio, por parte de los países más pudientes (sobre todo, en Occidente). Esta tendencia la encabeza el sector automovilístico. Como rezaba el famoso eslogan: «*See the USA in your Chevrolet*» [Vea Estados Unidos en su Chevrolet]. En el momento de escribir estas líneas, en el mundo se consumen al día cerca de 86 millones de barriles de petróleo, el 25% de los cuales en Estados Unidos.

La adicción occidental al petróleo árabe por un lado y su compromiso para preservar la existencia de Israel por otro han dado lugar a una notable duplicidad en los tratos de Occidente con Oriente Medio. Y aunque nuestros socios de Oriente Medio en el negocio del petróleo poco tienen que aprender de nosotros, ni siquiera de los imperialistas occidentales, han seguido nuestro ejemplo en muchos aspectos.

De este modo, mientras Occidente enriquecía hasta lo inimaginable a los Estados árabes, que durante decenios han bombeado millones de barriles al día de oro negro por dinero contante y sonante, y al mismo tiempo apoyaba la defensa de Israel contra una oleada tras otra de la agresión, la guerra y el terrorismo árabe, que no hacían otra cosa que empeorar la imposible posición de los palestinos, Arabia Saudí conformó la dicotomía más visible del «mundo árabe»: sede de la Meca y Medina y del islam wahabita ortodoxo por un lado, y socio del infiel Occidente en el mayor negocio del mundo por otro lado. Contra todo pronóstico, o por decreto de Alá, esta situación pronto

formó el epicentro del «terremoto islámico», una colisión de extremos sagrados y profanos.

La astronómica cantidad de dinero occidental que fluyó a Arabia durante el siglo XX a cambio de petróleo (billones de dólares, según cualquier estimación) podría haberse empleado para enriquecer enormemente las vidas de todos los árabes de Oriente Medio. Una minúscula fracción de estos billones de dólares habría bastado para construir y desarrollar un Estado palestino próspero, tan moderno y avanzado como Israel. Recuerde (o vuelva a leer) el extracto de Aldous Huxley, en el capítulo 11, para recapitular sobre el abrumador nivel de desarrollo económico y cultural que podría haberse aplicado en Europa con lo que costó la Primera Guerra Mundial. El «mundo árabe» ha tenido todavía más fondos a su disposición, pero ha demostrado incomparablemente menos voluntad política para generar paz y prosperidad con los petrodólares. Este objetivo se ha cumplido a una escala comparativamente reducida en Estados como Dubai (el «Singapur» de Arabia, un modelo de modernización para Oriente Medio), pero debe llevarse a una escala mucho mayor para resolver los conflictos regionales que ahora afectan a la totalidad de la aldea global.

En lugar de ello, los petrodólares han servido para patrocinar en gran medida el terrorismo árabe, dirigido en un principio contra Israel pero cada vez más contra Occidente. Durante la Guerra Fría, el terrorismo árabe se constriñó a Israel y Europa. Sin embargo, la caída de la Unión Soviética ha permitido que se flexionara el músculo político panislámico por todo el panorama de civilizaciones entre el islam, Extremo Oriente, la India y Europa. La figura 14.6 ilustra la magnitud de este panorama. El terrorismo árabe ha crecido hasta convertirse en terrorismo islámico, que actúa en cualquier momento y en cualquier lugar de la aldea global, nacido de un frente contiguo que se extiende desde Marruecos hasta Indonesia. Además, terroristas «de cosecha propia» reclutados en poblaciones islámicas crecientes pero no asimiladas de Europa y otras partes están perpetrando ahora nuevos actos de terrorismo.

A lomos de las oportunidades ofrecidas por la civilización, y dejando un rastro digital que puede detectarse pero no utilizarse para predecir lo que harán a continuación, los terroristas islámicos han aprendido a actuar por toda Europa y Norteamérica. Los sucesos del 11-S fueron más que una invasión de la Roma actual por parte de neobárbaros, más que un ataque contra la cámara de comercio de la aldea global perpetrada por fanáticos religiosos opuestos a la globalización laica, más que una continuación de la *yihad* contra los involuntarios herederos de las Cruzadas, más que una escalada del terrorismo árabe del tipo que Israel ha soportado de forma ininterrumpida desde 1948: además de todo esto, los atentados del 11-S fueron un intento de golpe político contra la Casa Real de los Saud por parte del renegado saudí Osama bin Laden.

Fueron saudíes, no palestinos, quienes secuestraron los aviones el 11-S.

Bienvenido a Oriente Medio, donde el extremismo es la norma.



Figura 14.6. El «mundo islámico», Israel y el panorama de civilizaciones entre el islam, Extremo Oriente, la India y Europa

Escorpiones e higos

Quienes quieran explorar las insondables profundidades de los extremos de Oriente Medio deberán tener en cuenta dos factores por encima de todo. El primero es el fanatismo suicida que infecta a toda la región y que a veces parece brotar de sus propias arenas. El segundo es la habitual transformación de la verdad, la realidad, la razón y la benevolencia en engaño, fantasía, irracionalidad y malevolencia, lo que empaña el diálogo, exagera el debate y amenaza la negociación bienintencionada en la región. Ilustraré brevemente estos factores con dos parábolas.

En lo que respecta al fanatismo suicida, la región concentrada en torno al corazón de Oriente Medio (Israel, Gaza, el Sinaí, Cisjordania, Jordania, Siria, el Líbano) es inestable y volátil desde el punto de vista histórico y geoestratégico. El Antiguo Testamento es, en parte, una crónica de las guerras interminables entre incontables tribus y civilizaciones en liza que habitaban, invadían y cruzaban esta franja territorial que se extiende de este a oeste. Israel se encuentra entre el brazo meridional de la civilización occidental (contando Turquía), que abarca toda la costa septentrional del Mediterráneo, y el brazo occidental

de la civilización islámica, que abarca toda la costa meridional del Mediterráneo. La situación geopolítica de Israel le obliga a soportar continuamente el peso de las intermitentes pero centenarias colisiones entre estos pueblos, como una nuez entre las mordazas de un cascanueces geopolítico. Israel está atrapado entre la espada de Arabia y la pared de Occidente. Es un puente de tierra cruzado desde tiempos inmemoriales por los ejércitos que se desplazaban tanto para obtener conquistas imperiales como para caer en un ignominioso olvido. El precio de mantener una posición en esta región extremadamente precaria es demasiado a menudo una forma de extremismo suicida: la voluntad de morir, más que la voluntad de vivir.

El fanatismo suicida de la región queda retratado en la parábola del escorpión y la rana. Un escorpión quería cruzar el río Jordán y le pidió a una rana que lo ayudara a cruzar el río llevándolo a lomos. La rana contestó que lo haría encantada, pero que no se fiaba del escorpión: «Esto es Oriente Medio. Llegaremos hasta la mitad, me picarás y nos ahogaremos los dos.» Pero el escorpión insistió y le prometió firmemente que no lo haría. Tan pesado se puso que la rana se ablandó y se lanzó a la corriente con el escorpión a lomos. Efectivamente, cuando llegaron a la mitad, el escorpión picó a la rana. Cuando empezaron a hundirse, la rana se volvió hacia el escorpión y le preguntó: «¿Por qué me has picado? Ahora nos ahogaremos los dos.» Encogiéndose de hombros, el escorpión contestó: «Esto es Oriente Medio.» Todos los que han vivido en esta región saben lo mucho que se diferencia de Occidente en este aspecto: sus hostilidades no sólo son asesinas, sino a menudo también suicidas.

Sabemos que la verdad es la primera víctima de la guerra.¹¹ Pero las guerras de Oriente Medio llevan librándose tantos siglos, y en tantas dimensiones distintas, que en esta región no sólo encontramos guerras, sino también guerras por las guerras, guerras acerca de las guerras, guerras dentro de las guerras y guerras sobre otras guerras. Encontramos guerras por quién se enfrentó a quién y por qué, guerras por quién se enfrenta a quién y por qué, y guerras por quién se enfrentará a quién y por qué. Regatear en un zoco es una costumbre semítica ancestral, a la que tanto árabes como judíos son aficionados, y que fácilmente puede convertir una compra cualquiera en una pantomima teatral, repleta de histrionismo y exageración, ofensas fingidas y auténticas decepciones; pero regatear por la historia en este polvorín de la aldea global convierte automáticamente una guerra cualquiera en un milagro, un mito o la ira de un dios vengativo. Todas las proporciones son bíblicas de por sí, y apocalípticas por petición popular. Cualquier paz es terriblemente difícil de negociar, porque la resolución de un conflicto en una dimensión (sea tribal, de civilizaciones, teológica o económica) tiende a provocar un conflicto en otra.

Si duda de lo que digo, no tiene más que consultar (por ejemplo) la plétora de polémicas que rodean la vida, las palabras y la obra del difunto profesor Edward Said (1935- 2003), un prominente erudito palestino estadounidense. Si intenta encontrar una respuesta directa a cualquiera de las preguntas siguientes, se perderá inmediata e irremisiblemente en un laberinto de acaloradas disputas: ¿Dónde nació? ¿Dónde estudió? ¿Era un refugiado palestino? ¿Cuál era su postura sobre Palestina? ¿Y sobre Israel? ¿Y sobre los judíos? ¿Y sobre Oriente Medio? ¿Y sobre Estados Unidos? ¿Apoyaba publicaciones antisemitas? ¿Se oponía al terrorismo? ¿Participó en la Intifada? ¿Por qué sus libros estaban prohibidos por la Autoridad Palestina? Wikipedia, la enciclopedia en línea que trata estas cuestiones y muchas más, tiene esta llamativa nota de descargo en la entrada correspondiente en inglés: «La neutralidad y veracidad de la información de este artículo es objeto de controversia. Consulte el debate concerniente en la página de discusión.»¹² Así es Oriente Medio, una región en la que la neutralidad suele ser difícil y la veracidad de la información es, a veces, imposible. Si no podemos alcanzar un consenso en los aspectos más destacados de la vida y obra profusamente documentadas de una prominente figura palestina estadounidense, ¿qué perspectivas tenemos de alcanzar un consenso en encontrar una historia común y una versión conjunta de la región de la cual procede?

Los exquisitos vericuetos por donde discurren la verdad y la realidad en Oriente Medio se ilustran en la parábola de los higos regalados. La siesta de un anciano de Oriente Medio (una costumbre habitual por el ardiente calor en este momento del día) fue interrumpida por un tropel de niños que jugaba ruidosamente bajo de su ventana. Así pues, el anciano les llamó la atención diciendo: «Niños, ¿qué hacéis jugando aquí? ¿No sabéis que regalan higos en la plaza del mercado?» No era más que una mentirijilla, pero los crédulos niños se la tragaron. Así pues, se fueron corriendo al mercado en pos de los higos regalados y dejaron tranquilo al anciano, que volvió a su siesta. Sin embargo, el hombre no podía conciliar el sueño. Dando vueltas en su lecho, cavilaba: «¿Qué haces aquí tumbado, intentando dormir, cuando están regalando higos en la plaza del mercado?» Esta parábola es un claro ejemplo de lo que ocurre en Oriente Medio: un lugar donde la verdad y la falsedad, la realidad y la fantasía, se mezclan a veces de forma tan inextricable que puede llegar a ser imposible separarlas. Cualquier cosa puede ser verdad, o ser aceptada como tal.

Voy a contar lo que me dijo una vez un amigo y vecino libio en la década de 1980, cuando cursábamos juntos estudios de posgrado en Londres. Afirmó que, siendo un devoto musulmán, también aceptaba las verdades del judaísmo y del cristianismo. Creía, como los judíos, que un día vendría el Mesías por primera vez. También creía, como los

cristianos, que el Mesías ya había venido, y que un día volvería por segunda vez. Además creía, como devoto musulmán, que Mahoma era el único profeta verdadero del único Dios verdadero, Alá. Con una sonrisa de confianza, concluía: «Ya lo ves, da igual quién tenga razón, porque iré al Cielo igualmente.» Ahí lo tiene. Una mentalidad en la que ninguna creencia se contradice con ninguna otra. Aunque en Occidente hay «judíos mesiánicos» (por ejemplo, la organización Jews for Jesus) capaces de compatibilizar la creencia de que Jesús no era el Mesías (según la óptica judía) y la de que Jesús era el Mesías (según la óptica cristiana), se requiere una mente mucho más pueril para creer las dos cosas y a la vez negar ambas afirmando que Mahoma y Alá son sus verdaderos sucesores. Los creyentes occidentales «corrientes», que profesan una sola doctrina, no están acostumbrados a una mentalidad en la que cualquier cosa se puede creer en consonancia con cualquier otra. Al caracterizar el totalitarismo, Orwell sólo llegó al concepto de «doblepensar», suficiente para los occidentales. Sin embargo, si desea comprender el Oriente Medio, le hará falta «triplepensar», «cuadruplepensar», «enesimopensar». Esto se debe a que la fuente de higos regalados es inagotable.

Desde el punto de vista judío, el fanatismo ha sido una consecuencia de la persecución y el asedio. Desde lo alto del monte Masada, todavía se puede distinguir con claridad el contorno rectilíneo de los campamentos romanos, incrustados en el borde árido y salino del mar Muerto. Al mirar hacia el monte contiguo que elevaron los diligentes romanos y sus esclavos, por cuya vertiente más alejada arrastraron sus máquinas de asedio para romper las defensas de este último enclave de la revuelta judía contra el Imperio, se comprende mejor por qué 900 zelotes judíos (hombres, mujeres y niños) se pasaron a sí mismos a espada antes de rendirse y terminar como esclavos, o algo peor, en Roma (en cierto modo, una resolución muy japonesa).¹³ El recuerdo de Masada no sólo está grabado en el terreno circundante, sino también en las mentes de los judíos procedentes de la diáspora de Roma.

El alzamiento del gueto de Varsovia contra los nazis fue una repetición de Masada, un último intento a la desesperada de dar sentido a la vida con un combate suicida. Esta mentalidad coincide con la del Gush Emunim («el Bloque de los Fieles»), un movimiento religioso cuyos adeptos viven, entre otros sitios, en asentamientos montañosos al sur de Jerusalén. Muchos de estos colonos son judíos estadounidenses, parientes de familias masacradas por tropas jordanas bajo mando británico que invadieron esta zona durante la Guerra de la Independencia de Israel de 1948. Estos colonos nunca abandonarán sus asentamientos vivos o por voluntad propia: lucharán a muerte contra cualquiera que pretenda expulsarlos o desalojarlos, sea árabe o judío. Dispararían incluso contra la IDF (las fuerzas de defensa israelíes) antes de dejar que les reubiquen. Y, huelga decirlo, a

unos pocos millones de judíos que se aferran a una pequeña porción de tierra llamada Israel, lo que queda de un Estado partido dos veces, rodeado por cientos de millones de musulmanes hostiles en decenas de países (árabes y otros, que llevan décadas invirtiendo sus energías en odiar a judíos, israelíes y Occidente, y dedicando mucho tiempo y esfuerzos a la destrucción de Israel), no les queda más remedio que vivir en estado de sitio, y estar siempre dispuestos a morir en una defensa suicida de su nación.

Desde el punto de vista árabe, el improbable renacimiento de Israel en 1948 representa no un milagro sino una catástrofe: una nueva invasión de Occidente, ya no en forma de un ejército cruzado que puede ser expulsado ni de un gobierno colonial que puede ser vencido por desgaste, sino como algo mucho más personal: el cumplimiento de una promesa bíblica para una rama de primos de una familia enfrentada. Los árabes y los judíos tienen una memoria colectiva superior a la de la mayoría de los pueblos de la Tierra. Y es que, aunque la existencia misma de Israel tiene sus raíces en la historia bíblica, en las promesas de Yahvé a Abraham y Moisés y en la presencia continuada de judíos en Tierra Santa desde aquellos días, los resentimientos que mantienen los árabes contra los judíos poseen una antigüedad y una continuidad similares, y durante siglos han sido exacerbados por una lectura diametralmente opuesta de esa misma historia.

Así pues, no se puede decir precisamente que los árabes celebraran la «vuelta a casa» de los judíos, ni que aceptaran el renacimiento de Israel. Los árabes no se rebelaron contra el mandato francés en Siria y el Líbano. Tampoco contra el mandato inglés en Iraq y Palestina. Ni siquiera lo hicieron cuando los británicos separaron Transjordania (la actual Jordania) de Palestina (cediendo así cerca del 80% del territorio palestino a este reino creado como por generación espontánea y transformando de un plumazo a sus habitantes palestinos en jordanos, en súbditos del monarca hashemita beduino). ¿Por qué? Porque ni los árabes de Oriente Medio, en general, ni los palestinos, en particular, poseían una conciencia nacional agresiva. Eso no ocurrió hasta 1947-48. Lo más paradójico y trágico es que la conciencia nacional árabe y la identidad nacional palestina no nacieron hasta el renacimiento de Israel, cuando todo el «mundo árabe» rechazó la partición británica del trozo restante de Cisjordania en los Estados gemelos de Israel y Palestina.

La conciencia nacional palestina surgió con la aparición de refugiados tras la Guerra de la Independencia de Israel. Podrían haber obtenido un Estado vecino propio sin más dilación si hubieran estado políticamente organizados por aquel entonces (que no lo estaban), y si el «mundo árabe» hubiera aceptado la partición y les hubiera ayudado a reubicarse en su propio Estado (que no lo hicieron). Así pues, el renacimiento de Israel fue simultáneo a la aparición de refugiados palestinos, atrapados en su propia tragedia, entre la espada y la pared: entre la espada de un «mundo árabe» hostil y beligerante, y la

pared de Sión. La tragedia de los palestinos no fue provocada por ellos, sino más bien para ellos y contra ellos. Sus propios dirigentes y el «mundo árabe» se negaron a aceptar el Estado que se les ofreció y prefirieron intentar destruir Israel y reclamar la totalidad de Palestina. Optaron por el «doble o nada» y se quedaron con nada, cosa que no hizo más que aumentar su sufrimiento. Entretanto, el «mundo árabe» se quedó encantado de mantener a estos refugiados incubando resentimiento en condiciones infrahumanas para inculcarles mejor el odio a Israel, a los judíos, a Occidente. Un odio fácilmente transformable en un arma de terror.

Los niños engañados volvieron de la plaza del mercado, abatidos y hambrientos.

—No regalaban higos —se quejaron al anciano.

Y éste señaló el horizonte, más allá de las colinas yermas, hacia un país vecino donde abundaba la miel y la leche, y dijo:

—Los han robado los judíos.

Así fue como los niños aprendieron, no a plantar higos, sino a odiar a los demás por haberlos plantado.

Dos Estados, sean cuales sean, pueden coexistir pacíficamente, uno junto al otro. Pero su existencia no puede ser congruente si uno se sitúa por encima del otro. Los israelíes y los judíos en general aceptaron la partición de una partición de la que surgieron Israel y Palestina, uno junto al otro. Los palestinos y el «mundo árabe», en cambio, la rechazaron y prefirieron volver a crear Palestina sobre las cenizas del Estado judío, a cuya aniquilación llevan ahora décadas dedicando un inmenso empeño. La mayor parte de los judíos, israelíes y occidentales no odian a los palestinos, ni al «mundo árabe», ni a la civilización islámica, pero son objeto de un gran odio no correspondido por parte de ellos. Sin embargo, en Occidente, una generación de intransigentes radicalizados de la extrema izquierda y de graduados incultos de las universidades deconstruidas han aprendido a odiar a la propia civilización occidental y, de paso, a odiar a Israel y a los judíos. El odio a Israel es un pilar de la cultura académica estadounidense «por la diversidad».

He aquí otro resultado de la desintegración de Occidente desde dentro: su cultura posmoderna radicalizada ha expuesto tanto su «sistema inmunológico» a la amoralidad, la distorsión y la falsedad que éste ha terminado siendo vulnerable a todo tipo de engaño; cuanto más absurdo, mejor. La creciente ignorancia occidental de las causas y las curas del fanatismo islámico, y el autodesprecio de las desventuradas masas occidentales (que ya no son capaces de distinguir entre las ideas que hacen avanzar la civilización y las doctrinas que la destruyen) alcanzaron su masa crítica a finales de la década de 1960. Hemos visto los resultados de estas revoluciones universitarias cuando la propia

civilización occidental fue guillotizada por los jacobinos posmodernos, títeres a su vez de los Robespierre neomarxistas.

Todas las guerras del rey

Tras los hechos de 1948, el «mundo árabe» se reagrupó y se preparó para reanudar su misión de aniquilar Israel. Los palestinos, mientras tanto, subsistían en la tierra de nadie situada entre Israel y Jordania, agobiados por la escasez y la coacción. Rehenes del «mundo árabe» y de sus propios dirigentes corruptos, veían crecer su resentimiento ante la pobreza y la explotación que sufrían como trabajadores eventuales. Aunque recibían el apoyo del «mundo árabe», éste los consideraba sobre todo peones en la guerra contra Israel, nunca auténticos candidatos a la autodeterminación política.

Los palestinos más lúcidos se convirtieron esencialmente en los «nuevos judíos»: emprendieron una diáspora a otras partes del mundo en busca de libertad, oportunidad y esperanza. A diferencia de otros pueblos árabes, contrajeron matrimonios mixtos y se integraron, sobre todo en el Occidente libre. Tanto ellos como sus hijos se adaptaron a la vida occidental mejor que la mayoría de los demás árabes, hecho en el que radica su mayor esperanza y misión. Dada su superior comprensión de Occidente, obtenida mediante el conocimiento y la adaptación en lugar de la violencia, los descendientes de la diáspora palestina podrían ayudar a reformar todo el «mundo árabe» desde dentro. Ya lo están haciendo en Jordania. No obstante, una diáspora puede llegar a eternizarse, y los palestinos que confían en construir su Estado emulando a los judíos se exponen a la persecución, la decepción y el sufrimiento. Y, dado que los palestinos que permanecen en el territorio han dedicado sus esfuerzos al terrorismo y no a la construcción de su Estado, han atraído el sufrimiento, y siguen haciéndolo, contra ellos mismos.

Mientras que las mentes y los corazones del mundo están al corriente de muchas de las penurias atravesadas por los palestinos después de 1948, también debe recordarse que casi un millón de judíos fueron expulsados del «mundo árabe» tras el renacimiento de Israel. Los árabes en Israel han prosperado; los judíos en el «mundo árabe» han sido demonizados y expulsados. La mayoría de los árabes nunca han conocido a un judío y, en cambio, reciben una implacable propaganda que les incita a odiar e injuriar al pueblo judío. Una vez pasé una semana en El Cairo, donde, aunque fui más o menos aceptado como estadounidense, me horrorizó el uso habitual, por parte de egipcios instruidos, de expresiones que denotaban agrios sentimientos antisemitas, reforzados día y noche por los medios de comunicación del país. Y eso que Egipto es un país de Oriente Medio «moderado», uno de los dos únicos (el otro es Jordania) que están en paz con Israel. Sin embargo, un precio que se está pagando por esta paz es un odio profundo y generalizado hacia los judíos e Israel. Este odio se proyecta por todo el «mundo árabe» y el «mundo

islámico», y fuera de éste se imita en las universidades estadounidenses, británicas y canadienses.

La guerra de 1956

En 1956, el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser nacionalizó el canal de Suez. Esta medida suscitó la alarma en Europa, ya que por aquel entonces, antes de la introducción de los superpetroleros, el transporte a Occidente del petróleo del golfo Pérsico pasaba por Suez. Además, y contraviniendo el derecho internacional, Nasser no sólo cerró el canal de Suez al transporte israelí, sino que también bloqueó el estrecho de Tirán, lo que suponía la clausura del golfo de Aqaba y del puerto israelí de Eilat en el mar Rojo. Al mismo tiempo, Siria y Jordania se movilizaron en preparación de una nueva guerra contra Israel, y pusieron sus ejércitos bajo el mando general del presidente egipcio. Para que no quedara ninguna duda de sus intenciones, Nasser anunció en octubre de 1956:

No estoy luchando solamente contra Israel. Mi tarea es librar al mundo árabe de la destrucción a través de las maquinaciones de Israel, que tienen sus raíces fuera. Nuestro odio es muy fuerte. No tiene ningún sentido hablar de paz con Israel. No existe ni el más mínimo lugar para las negociaciones.¹⁴

Hágase a usted mismo y a la aldea global un favor y vuelva a mirar el mapa del «mundo árabe» que aparece en la figura 14.5. ¿Cómo, en nombre de la verdad y la realidad, puede creer alguien que el objetivo de la existencia de Israel era destruir el «mundo árabe» mediante intrigas o por cualquier otro medio? El objetivo del Estado judío era, y sigue siendo, el de reunir a los supervivientes de los descendientes de los Hijos de Israel dispersados por los babilonios y los romanos, expulsados por los españoles y los portugueses, perseguidos por incontables naciones, asesinados en masa por los nazis y secuestrados por los soviéticos. No obstante, el discurso de Nasser reforzaba el engaño predominante en el «mundo árabe» de que el insignificante Estado de Israel tenía el poder o la voluntad de destruir a sus vecinos, cuando en realidad ha aprovechado todas las oportunidades que ha tenido para intentar vivir en paz con ellos. Era el «mundo árabe» el que estaba invadido por un odio cegador hacia los judíos e Israel, y el que estaba empeñado en destruir Israel. De este modo, el asesino acusa a su víctima de ser un asesino para justificar su asesinato.

En un ataque preventivo realizado en noviembre de 1956, al que seguidamente se unieron Francia y el Reino Unido, Israel barrió a las fuerzas egipcias. Una posterior tregua precaria impuesta y gestionada por Estados Unidos hizo que Israel se retirara del territorio egipcio capturado. En la década de 1950, Francia y Reino Unido habían dejado

de ser fuerzas imperiales y habían cedido su lugar a Estados Unidos y la URSS, cuya Guerra Fría dictaba cada vez más las políticas de «gestión de conflictos» en Oriente Medio. Después de la Segunda Guerra Mundial, los roles desempeñados en esta región por las antiguas potencias imperiales, como Francia y Reino Unido, ya no consistían en poner reyes sino en traficar con armas, lo que desde luego constituía un descenso de categoría. En realidad, gran parte del antisemitismo actual existente en Reino Unido, con inclusión de las frecuentes y flagrantes demonizaciones de Israel por parte de la BBC, proceden de los rescoldos del resentimiento abrigado por Reino Unido ante su pérdida de poder, pompa y boato en Oriente Medio y el mundo. Hubo un tiempo en que nunca se ponía el sol en el Imperio británico; ahora, nunca sale. Como de costumbre, los judíos son los chivos expiatorios más socorridos.

Así pues, en 1956, Estados Unidos tapó la botella de la furibunda hostilidad y beligerancia árabe con un tapón de Guerra Fría, pero no impuso un acuerdo político en la región. Para principios de la década de 1960, la Guerra Fría se había calentado: la bahía Cochinos, el muro de Berlín, la crisis de los misiles de Cuba, la carrera espacial, Vietnam: el Apocalipsis estaba a la orden del día. Occidentales y soviéticos estaban demasiado preocupados por la destrucción mutua asegurada como para interesarse por el eterno fanatismo suicida y la profusión de higos regalados en Oriente Medio. Sin embargo, el problema de los refugiados palestinos no se había resuelto, y los odios explosivos del «mundo árabe» no podían permanecer embotellados de forma indefinida. Al llegar 1967, las crecientes presiones de Oriente Medio hicieron saltar el tapón cerrado en 1956, y al hacerlo abrieron una caja de Pandora de doble cámara: la ocupación israelí de Cisjordania y Gaza, y el terrorismo palestino en Europa. La primera cámara exacerbó los extremos combativos de Oriente Medio y a la vez favoreció la aparición de un Estado palestino, a través, eso sí, de una serie de actos de opresión; la segunda cámara llevó los conflictos sin resolver de Oriente Medio a Europa occidental, lo que abrió una ruta de aviones secuestrados que condujo directamente a los atentados del 11-S.

La Guerra de los Seis Días

En mayo de 1967, el «mundo árabe» se lanzó a otra guerra total contra Israel, incitado por un nuevo dirigente palestino, Yasser Arafat. Para entonces, los ejércitos árabes se habían equipado con los más modernos tanques y aviones de guerra soviéticos. Para los analistas, Israel mantenía su ventajosa posición, incluso contando con unas probabilidades abrumadoramente en contra y con un equipo muy anticuado. Una vez más, Egipto bloqueó el estrecho de Tirán y, el 16 de mayo, Nasser ordenó al secretario general de las Naciones Unidas, U Thant, que retirara las tropas de las Naciones Unidas de la zona de seguridad entre Egipto e Israel. Radio El Cairo anunció que «La existencia

de Israel ha durado demasiado. Ha llegado la batalla en la que destruiremos a Israel». ¹⁵
El 30 de mayo, el rey Hussein de Jordania declaró: «Los ejércitos de Egipto, Jordania, Siria y el Líbano están emplazados en las fronteras de Israel [...] mientras que, tras nosotros, se encuentran los ejércitos de Iraq, Argelia, Kuwait, Sudán y la nación árabe entera.» El 31 de mayo, el presidente iraquí, Rahman Aref, anunció: «Ésta es nuestra oportunidad de terminar con la ignominia que nos acompaña desde 1948. Nuestro claro objetivo es borrar Israel del mapa.» ¹⁶

El mundo se quedó mirando sin hacer nada, dispuesto a dejar que los árabes continuaran el trabajo de Hitler. El presidente estadounidense Lyndon Johnson barajó la idea de mandar una flota para abrir el estrecho de Tirán, pero al final también se quedó de brazos cruzados. El 5 de junio, Israel lanzó un ataque aéreo preventivo contra Egipto en el que destruyó más de 400 aviones en tierra, con lo que obtuvo una superioridad aérea total. A continuación, Israel, imponiéndose sobre los ejércitos árabes concentrados, les hizo retroceder y tomó Gaza, el Sinaí, Cisjordania, los altos del Golán y la Ciudad Vieja de Jerusalén, todo ello en el espacio de seis días.

La aplastante victoria de Israel en la Guerra de los Seis Días dejó en manos israelíes una población de refugiados palestinos a la que el «mundo árabe» había sometido de forma sistemática a una campaña de privación de derechos, brutalidad y propaganda desde 1948. Así nació el dilema de los «Territorios Ocupados» y la dramática inversión del papel israelí de Estado asediado a potencia ocupante.

Desde 1967 hasta el 11 de septiembre de 2001, los cada vez más distorsionados medios de comunicación occidentales, invirtiendo todo el proceso histórico de causas y efectos, achacaron el creciente y encendido odio de la civilización islámica hacia Occidente, así como la implacable beligerancia árabe contra Israel, al dominio israelí sobre la población palestina. El conflicto israelí-palestino se presentó como la causa del más amplio conflicto árabe-israelí, cuando en realidad fue el efecto desafortunado y evitable de éste. La ocupación israelí de los territorios palestinos en 1967, unida a un gobierno palestino de terroristas (la OLP) cuya política expresa era la destrucción de Israel, así como a la infiltración de incontables organizaciones terroristas (incluidos Septiembre Negro, Hamás, Hezbollah) en la región, han colocado tanto a israelíes como a palestinos en una situación política insostenible.

En lugar de comprender que una solución pacífica y duradera para el problema local entre israelíes y palestinos sólo puede llegar si se resuelve el conflicto entre árabes e israelíes que afecta a toda la región (y, en última instancia, el conflicto entre las civilizaciones islámica y occidental que afecta a todo el mundo), a las universidades y a los medios de comunicación occidentales les ha resultado más cómodo culpar de todo a

Israel (para alborozo de los terroristas islámicos). Se trata de un mito de proporciones aterradoras y debilitadoras que ha cautivado rápidamente a un Occidente deconstruido. Los palestinos asumieron con avidez el papel de nuevos «judíos», cuya patria les han «arrebataado» los «nazis» israelíes. Mientras la OLP de Arafat aterrorizaba a Europa, asesinando a atletas olímpicos israelíes en Múnich, y matando a los pasajeros judíos y estadounidenses de aviones secuestrados, las Naciones Unidas se dejaron embelesar por la retórica de Arafat y adoptaron una resolución de 1975 que equiparaba al sionismo con el racismo. Judíos e israelíes se convirtieron a la vez en víctimas y chivos expiatorios de cada acto de terrorismo árabe e islámico. La opinión pública occidental se embarcó en un exótico y delirante viaje a través del espejo árabe, que para algunos occidentales se rompió en mil pedazos el 11-S.

En 1967, sólo dos voces en todo Israel alertaron acerca de la situación de los Territorios Ocupados (Cisjordania y Gaza) y de la posibilidad de que la victoria de Israel en la Guerra de los Seis Días terminara siendo pírrica. Estas voces eran del reconocido escritor Amos Oz y el respetado profesor Yeshayahu Leibovitch. Ambos advirtieron de que Israel no podría mantener el orden sobre la población de Cisjordania y Gaza sin que se produjera una fuerte oposición moral y política; pero en la euforia del momento nadie escuchó a estos «locos».

Los israelíes, condicionados por el carácter duro y despiadado de Oriente Medio, vieron la anexión de estos territorios como una gran oportunidad, pero lo mismo hicieron sus implacables enemigos. Desde una perspectiva estratégica israelí, la captura de los altos del Golán ponía fin al incesante bombardeo de los *kibbutz* del norte por parte de Siria y sus seguidores libaneses, mientras que la captura de la franja de Gaza aseguraba una vía para la invasión de Egipto. La captura más importante era la de Cisjordania, que proporcionaba a Israel una zona de seguridad muy necesaria para evitar que el país quedara partido por la mitad, por su extremadamente estrecha cintura, en el caso de que hubiera una invasión futura por el este. Desde una perspectiva económica, los Territorios Ocupados proporcionaban a Israel una cuantiosa población de palestinos que se podían aprovechar como mano de obra barata y que, como personas sin Estado que habían sido explotadas de forma no menos cruel por el «mundo árabe», dependerían de las oportunidades de trabajo en Israel, aunque en calidad de trabajadores permanentemente desposeídos. Esta combinación de explotación y opresión, en un contexto malsano de interdependencia basada en una dialéctica o dinámica de amo y esclavo, se vio inflamada por la arrogancia israelí y exacerbada sin pausa por la OLP y otros grupos terroristas.

Desde una perspectiva política israelí, los palestinos eran ingobernables. Sólo había dos modelos posibles para los Territorios Ocupados: un apartheid opresivo como había ocurrido anteriormente en Sudáfrica, o un estado natural hobbesiano como el que pronto

predominaría en el Líbano. Los israelíes optaron por el menor de dos males: el modelo sudafricano. Esta situación relegó a los palestinos a un papel de esclavos, tanto en Israel como en cualquier parte del «mundo árabe», donde también sufrían una grave situación de inferioridad y desprecio: el desprecio de los gobiernos árabes que querían que permanecieran sin Estado para poder emplearlos como peones agitados y explosivos en la perpetua partida de ajedrez regional contra Israel.

Tanto entre los israelíes como entre los judíos occidentales, no tardaron en surgir profundas divisiones en cuanto a los Territorios Ocupados. Tras 2.000 años de diáspora, los judíos, sin patria, habían aprendido a considerarse a sí mismos como extranjeros en cualquier país, fuera prosperando bajo la benevolencia de sus anfitriones o soportando sus persecuciones con una ancestral resignación mesiánica. La identidad judía en Occidente se había forjado con esta experiencia, y era incapaz de adaptarse a ver a los judíos (en este caso, a los israelíes) como ocupantes y faraones. Muchos judíos occidentales se desencantaron con la ocupación israelí; desencanto que fue astutamente explotado por los propagandistas árabes (encumbrados por la cultura académica norteamericana políticamente correcta) para promover no la madurez política del pueblo palestino, sino el odio contra Israel.

Israel se veía obligado a lidiar en todo caso con los problemas de Estado, del mismo modo que los palestinos se veían obligados a lidiar con los problemas de la falta de Estado. El estereotipo de los *sabra* (los israelíes de nacimiento) empezó a evolucionar hacia una identidad israelí diferente de la de los descendientes de la diáspora congregados en el nuevo Estado: los judíos asquenazíes de Europa y América, y los sefardíes de la península Ibérica y el norte de África. Los *sabra*, cuyo nombre significa «chumbera», son tiernos por dentro pero espinosos por fuera, como el cactus. Los judíos de la diáspora asquenazí habían aprendido a ser maleables por fuera, pero inmutables por dentro. Esta situación abonaba el terreno para la polarización de los judíos, exacerbada rápidamente por la ocupación y agudizada durante la primera y la segunda Intifada. En el siglo XXI, alimentada por un Occidente deconstruido y por islámicos oportunistas y astutos, esta polarización adoptó la forma de una ideología cuya doctrina es: «Los buenos judíos odian a Israel; los malos, lo apoyan.» La civilización occidental ha llegado a un punto tan orwelliano que un número considerable de judíos deconstruidos de la ciudad de Nueva York (profesionales liberales del Upper West Side, en su mayoría) aplauden este lema. Sus mentes están tan debilitadas por la exposición a todas las influencias maliciosas que corroen Occidente que han contraído odios reservados anteriormente al «mundo árabe».

Al mismo tiempo, los propios israelíes se polarizaron hacia extremos que no mejoraron la situación. La izquierda política tendía a adoptar una actitud de paloma,

exigiendo una retirada unilateral, lo que indefectiblemente provocaba más agresiones de los árabes; la derecha tendía a adoptar una actitud de gavilán, exigiendo una mayor expansión de los asentamientos judíos y la anexión en la práctica de los Territorios Ocupados, lo que también provocaba más agresiones de los árabes. A medida que el ejército de leva de Israel se convertía en una fuerza policial de ocupación, los israelíes que se oponían moralmente a la ocupación servían de mala gana en los Territorios Ocupados (o se negaban a hacerlo), y sin embargo habrían sido los mejores «embajadores en primera línea», incluso en este campo de batalla políticamente insostenible. Su renuencia a participar en la ocupación dejó el paso libre a individuos de personalidad más opresora y sádica, algunos de los cuales preferían servir en los Territorios Ocupados para poder ejercer el abuso de poder sobre la desdichada población palestina.

Un sádico es un sádico. Los hay en todos los Estados, e Israel no es una excepción. Si se dan las circunstancias para crear policías sádicos, entonces éstos buscarán delincuentes masoquistas. Una cultura en la que los padres reciben recompensas en efectivo para enviar a hijos cargados de explosivos a destruirse a sí mismos y a tantos civiles inocentes como puedan es, desde luego, una cultura de masoquistas que a su vez atrae las represalias más crueles posibles en forma, por ejemplo, de asesinatos selectivos. La cacareada descripción utilizada por los medios de comunicación es «ciclo de violencia». Gandhi preparó a los indios para el autogobierno enseñando y practicando la no violencia contra sus ocupantes británicos. Arafat mantuvo a los palestinos en la autoesclavitud enseñando y practicando el terrorismo contra sus ocupantes israelíes.

Por otro lado, dado que Oriente Medio es una región en conflicto permanente, cada muestra de brutalidad israelí o de abuso en los territorio ocupados (sea real o inventada) hace que Israel gane respeto ante el «mundo árabe», aunque por supuesto ningún árabe lo reconocería en público. En privado, no obstante, un buen número de árabes empezó a considerarlo un «vecino respetable» por el preciso y perverso motivo de que Israel se muestra dispuesto a oprimir y explotar a los palestinos.¹⁷ Así pues, la pérdida de autoridad moral de Israel en Occidente se fue compensando en secreto, pero con precisión, por una ganancia de autoridad inmoral en Oriente Medio, desgraciadamente a costa de los palestinos.

Aun así, una parte considerable de la tragedia palestina tenía poco o nada que ver con la ocupación posterior a 1967. Sí que tenía que ver, en cambio, con la dimensión regional del conflicto árabe-israelí más amplio, con la persistente falta de voluntad del «mundo árabe» de firmar la paz con Israel y de fomentar la cultura de la paz (y del Estado) entre los palestinos. En su lugar, el «mundo árabe» calentó motores para otra guerra (la Guerra

de Yom Kippur de 1973), cuyas secuelas incrementaron el precio del petróleo del golfo Pérsico, empujaron a los consumidores occidentales a verter cientos de miles de millones de dólares a cuentas suizas árabes y ayudaron a los ayatolás de Oriente Medio a intensificar el conflicto regional árabe-israelí para convertirlo en un choque entre las civilizaciones islámica y occidental.

La Guerra de Yom Kippur

La guerra de desgaste de 1973 estuvo a punto de convertirse en una catástrofe. En un ataque sorpresa bien coordinado, tras muchos meses de ataques fingidos contra los cuales Israel no podía permitirse movilizar a su ejército de leva a cada provocación, y en vísperas de la festividad más importante del calendario hebreo (el Yom Kippur), los ejércitos de Egipto y Siria atacaron Israel y rompieron rápidamente sus defensas poco preparadas y guarnecidas. Gracias a la Guerra Fría y a la carrera espacial, el material militar había dado saltos cuánticos desde 1969, por lo que para 1973 los árabes estaban equipados con misiles antiaéreos SAM soviéticos. Sólo en territorio sirio, derribaron decenas de reactores israelíes. Sin una supremacía aérea, las fuerzas de tierra de Israel podían sucumbir ante la superioridad numérica de los tanques y las tropas de los invasores. Además, los pilotos israelíes no sólo tuvieron que esquivar misiles soviéticos sensibles al calor: al parecer, tuvieron que entablar combate aéreo con pilotos alemanes orientales y norcoreanos que volaban en aviones de combate Mig sirios. Los largos tentáculos de la Guerra Fría removieron el caldero de Oriente Medio en 1973 y convirtieron la región en un polvorín para la tercera guerra mundial.

Mientras, en la Casa Blanca, Nixon y Kissinger daban vueltas al asunto de cómo y cuándo intervenir si las cosas se salían demasiado de madre. Decidieron dejar sangrar a Israel antes de reabastecerlo de fuerzas aéreas, tal vez para justificar posteriores y duras medidas contra Siria y Egipto si fuera necesario. Israel sufrió numerosas bajas en la defensa numantina de su Estado, pero la región (y el mundo) se ahorró la temida confrontación entre Estados Unidos y la URSS. Cuando llegó el tan esperado abastecimiento militar, el curso de la batalla se inclinó en favor de Israel, que repelió las fuerzas sirias y derrotó a los egipcios. Aquél fue el último intento del «mundo árabe» en el siglo XX de aniquilar el Estado de Israel mediante la guerra clásica de Clausewitz, «una continuación de la política por otros medios».¹⁸ A partir de entonces cambiarían sus políticas, aunque gran parte del «mundo árabe» proseguiría la guerra por otros medios.

No obstante, en una posterior muestra de visión política, y demostrando el formidable valor de un guerrero para la paz, el presidente egipcio Anwar Sadat firmó la paz con

Israel. Egipto es el país más poblado de Oriente Medio, y uno de los más influyentes. Cuando firmó el tratado con Israel en 1979, Sadat debía de saber que también estaba firmando su propia sentencia de muerte. En Oriente Medio, los tratados se firman con sangre y no con tinta. Efectivamente, unos fanáticos islámicos de las filas del ejército egipcio asesinaron a Sadat en El Cairo en 1981. Su monumento preside el lugar donde fue asesinado durante un desfile militar, no lejos de la universidad de Al-Azhar. Los egipcios se sienten orgullosos de Sadat, y con razón. Abrió la puerta a la paz en Oriente Medio y sentó un necesario ejemplo de voluntad árabe de vivir en paz con Israel. Jordania firmó la paz con Israel en 1994. Siria también necesita hacerlo, al igual que el reconstruido y democrático Líbano, que ha dejado de ser un Estado cliente de Siria y una base para el terrorismo sirio, palestino e iraní, y para otros grupos terroristas. Sólo cuando los cinco países árabes que atacaron Israel en 1948 (Egipto, Siria, el Líbano, Jordania e Iraq) firmen y mantengan la paz con su vecino, la región será lo bastante estable como para ejercer un «efecto rebote» que, por un lado, pacifique a los palestinos y permita que alcancen una madurez política estable y que, por otro, frene las extensas oleadas de hostilidad que emanan de la civilización islámica hacia Occidente.

Resulta difícil decir si la escurridiza meta de la paz en Oriente Medio se encuentra más próxima o más lejana tras el cambio de régimen en Kabul y Bagdad promovido por Estados Unidos. Siria se encuentra más cerca que nunca de firmar la paz con Israel, sobre todo ahora que tiene a los estadounidenses al lado, en Iraq, en una posición de fuerza y con pocas ganas de regatear. El Líbano, por fin libre tras 30 años de guerra civil, invasión, violencia, anarquía y tormentos, tiene la oportunidad de beneficiarse enormemente de una alianza económica con Israel, como ya se está beneficiando Jordania. Nadie puede predecir lo que ocurrirá en Iraq, pero si consigue estabilizarse bajo una democracia constitucional o un déspota benevolente, también tendrá motivos más que suficientes para firmar la paz con Israel y Occidente, sobre todo si vuelve la vista hacia el este, hacia las nubes de odio tóxico que envuelven Irán. Y en caso de que todos estos milagros lleguen a producirse, entonces los palestinos gozarán también de un Estado propio, gobernado de forma constructiva por ellos mismos tras haber alcanzado la mayoría de edad política, y gobernado también por el bien común de la comunidad de países de Oriente Medio.

Sin embargo, las perspectivas de una mayor paz en Oriente Medio pueden venir acompañadas de un creciente malestar en Europa, Asia central o en cualquier lugar donde choquen la civilización islámica y la globalización. A los niños de Indonesia, el país islámico más poblado de la aldea global, se les enseña que los estadounidenses y los israelíes secuestraron los aviones el 11-S con el propósito de proporcionar al belicoso Occidente una excusa para invadir los pacíficos países musulmanes. Este tipo de higos

regalados es extremadamente peligroso. La misma historia se cuenta, y se promueve, en las universidades estadounidenses, de punta a punta del país. En todo caso, lo que ocurre en estas instituciones importa cada vez menos; mientras que lo que ocurre en las madrazas indonesias importa cada vez más para el bienestar de la aldea global. Si el odio abrigado en Oriente Medio contra judíos, israelíes y estadounidenses llega a trasplantarse a lo largo y ancho de la civilización islámica, el conflicto será mucho más global de lo que es ahora y podría desencadenar un cataclismo. De este modo, es positivo que árabes y musulmanes se vean divididos ante la cuestión del conflicto entre civilizaciones. Muchos brillantes intelectuales árabes y musulmanes exigen las libertades fundamentales que permitirían reformar sus culturas y acercarlas a la aldea global como socios activos y buenos vecinos. Hasta entonces, Oriente Medio necesita un camino medio más que la mayoría de los lugares de la Tierra.

Los extremos de Israel

Israel es una democracia plural, con decenas de partidos disputándose los escaños del Parlamento (la Kneset) en cada elección. A ningún partido se le permite utilizar el odio como base de su política. Por ejemplo, el partido Kach, fundado por el rabino Meir Kahane (que en una fase de militancia más benigna fundó también la Liga de Defensa Judía),¹⁹ predicaba un odio sin reservas hacia los árabes. La Constitución israelí rechaza el odio hacia cualquier grupo, por lo que Kach fue ilegalizado como opción política en la década de 1980. No obstante, las Naciones Unidas, bajo la influencia de uno de los más hábiles fomentadores de odio del siglo XX, Yasser Arafat, resolvieron que el sionismo era racista. La realidad es que los árabes de Israel se presentan con regularidad a las elecciones a la Kneset, y ejercen sus cargos políticos en igualdad de condiciones que los judíos de Israel. Las mujeres también se presentan, y ejercen sus cargos políticos en igualdad de condiciones que los hombres. Israel es una de las pocas democracias occidentales que han tenido una mujer al frente del Ejecutivo: Golda Meir.

También se presentan a las elecciones a la Kneset los judíos ortodoxos, aunque oficialmente no reconocen siquiera el Estado de Israel. No saludan la bandera de Israel ni cantan el himno nacional. Sin embargo, hacen una importante concesión: cobran sus nóminas parlamentarias, de modo que aceptan los sheqels aunque rechacen el Estado que los acuña. Los jesuitas no inventaron la casuística.

Por contra, no hay ningún país árabe que sea una democracia funcional. No hay ningún país árabe que tenga un judío ejerciendo un cargo político en su gobierno. No hay ningún país árabe que haya tenido una mujer como líder. En cambio, la propaganda llena de odio hacia judíos e israelíes que emana del «mundo árabe» desde 1947, repetida y

reforzada en las deconstruidas universidades occidentales, pinta a Israel como un enemigo de la libertad, la oportunidad y la esperanza. Oriente Medio está repleto de contradicciones, pero a veces parece bastante equilibrado en comparación con el Occidente posmoderno, cuyos habitantes son cada vez más propensos a dejarse atraer por los higos regalados.

Israel debe de ser mucho más poderoso de lo que cree: parece ser que un país de seis millones de habitantes que ocupan una porción de tierra más pequeña que el estado de Nueva Jersey ha impedido que todo el «mundo árabe» (22 países, 300 millones de habitantes, una extensión conjunta comparable a la de Estados Unidos, más las mayores reservas petrolíferas del mundo) se modernizara y formara parte de la aldea global. ¿Quería higos regalados? Mala suerte, los judíos se los han llevado todos. «No hay nada nuevo bajo el sol», dice el Eclesiastés. Por lo visto, no bajo el sol de Oriente Medio.

De la paz entre regiones a la guerra entre civilizaciones

La paz de Egipto con Israel de 1979 contribuyó enormemente a estabilizar el conflicto árabe-israelí y allanó el camino para la paz y los proyectos económicos conjuntos de Jordania con el Estado judío. Sin embargo, en 1979 fue derrocado el sah de Irán, país que retrocedió a un estado de fundamentalismo medieval regido por los ayatolás. Al mismo tiempo, la pesadilla soviética en Afganistán abonó el terreno para la subida al poder de los talibanes, una banda retrógrada de mulás de la Edad de Piedra que lapidaba a las mujeres que visitaban un salón de belleza. Siria, un peligroso comodín de la baraja de Oriente Medio, extremó su belicosidad hacia Israel pese a que Egipto y Jordania estuvieran adoptando actitudes más pacíficas. Los sirios fueron importantes instigadores de la desestabilización, el terror, la guerra civil y la anarquía que en la década de 1980 asolaron el Líbano, un país árabe antiguamente progresista y cuya capital, Beirut, se consideraba «el París del Mediterráneo». Doce facciones rivales por lo menos destruyeron el Líbano, país bajo el control de Siria como Estado cliente hasta el asesinato en 2005 del ex primer ministro libanés Rafiq Hariri.

En 1982, Israel devolvió a Egipto la península del Sinaí, pero también lanzó una invasión del sur del Líbano con el propósito de crear una zona de seguridad que neutralizara el terrorismo emplazado en el Líbano y desatado, o patrocinado, por Siria. Como de costumbre, los palestinos quedaron atrapados en el medio: perpetraron actos de terrorismo por un lado y sufrieron masacres por el otro, por ejemplo a manos de milicias cristianas en los campamentos de Sabra y Chatila. Mientras que en la década de 1980 Israel quedó a salvo de ataques de ejércitos árabes convencionales, el ciclón suicida de belicismo fanático en Oriente Medio devastó el Líbano, propagó el terrorismo y consolidó a Siria como Estado alborotador radical. Incluso en el momento de escribir

estas líneas, a finales de 2005, los sirios han recibido con todos los honores a David Duke, que vertió sobre los principales medios de comunicación sirios su odio despiadado hacia los judíos e Israel. La emisión de sus palabras incendiarias fue ovacionada por las masas politizadas, que en su mayor parte jamás en la vida habían conocido a un judío, y nunca lo harán.

La década de 1980 se caracterizó por el crecimiento y la propagación del terrorismo árabe e islámico, y por el aumento en todo el mundo de la hostilidad árabe e islámica con pretextos religiosos contra «infieles» de todo tipo: judíos, cristianos, ateos, israelíes, estadounidenses, europeos, soviéticos. Dentro de la región, Irán e Iraq libraron durante ocho años un encarnizado conflicto al estilo de la Primera Guerra Mundial que mató a millones de personas y no resolvió nada. 26 países, entre ellos Estados Unidos y las principales potencias europeas, vendieron armas a ambos bandos (como dicen los nigerianos, «El negocio es el negocio, y más negocio es más negocio»). Mientras tanto, el problema sin resolver de los refugiados palestinos entró en su quinta década. Los israelíes no encontraron un interlocutor palestino creíble con quien negociar la paz, mientras que los palestinos en sí estaban atrapados entre su propio gobierno de terroristas y los invasores asentamientos israelíes en los Territorios Ocupados. Una concentración extraordinaria de mulás hostiles y ayatolás enfurecidos amenazaron a Occidente en tonos cada vez más incendiarios, mientras las Naciones Unidas aprobaban una resolución tras otra condenando a Israel, culpando de todos estos problemas y más al Estado judío y a su socio cada vez más aislado, Estados Unidos. Los europeos también empezaron a condenar a Israel y a Estados Unidos para aplacar, con ello, a sus crecientes poblaciones de musulmanes inadaptados, desempleados y desposeídos, como los que recientemente protagonizaron revueltas en toda Francia.

La economía de Reagan permitió a Estados Unidos recuperarse de la hiperinflación de la década de 1970 desencadenada por la especulación con los precios del petróleo de la OPEP, y los estadounidenses reanudaron su consumo orgiástico con mayor apetito. La década de 1980 fue también la época en que los radicales académicos estadounidenses consolidaron su poder eliminando las obras cumbre de la civilización occidental de los planes de estudios humanísticos en todo el país y sustituyendo los clásicos que celebraban la libertad, la oportunidad y la esperanza por un ramillete de críticas despectivas, necias y en última instancia suicidas a la civilización en decadencia que les daba de comer. De este modo, la clausura de la mente estadounidense y la deconstrucción de los principios de la civilización occidental alcanzó su punto álgido, en un momento en que el odio árabe e islámico hacia Occidente empezó a proliferar en todo el mundo y a florecer en las estalinizadas universidades estadounidenses. Esta situación propició la creación de células activas de terrorismo árabe e islámico mucho más allá de

Oriente Medio, fuera de los países islámicos, como la célula árabe de la ciudad de Jersey, que planeó y llevó a cabo en 1993 el primer atentado con bomba en el World Trade Center (yo me sentía bastante a salvo viviendo en Jersey durante la década de 1990, sabiendo que todas las bombas montadas y almacenadas allí nunca se detonarían en la misma ciudad, salvo por accidente o por la voluntad de Alá).

Entonces, en la década de 1990, mientras el gobierno de Clinton intentaba activamente mejorar la situación en el plano regional, se replegaba ante el terrorismo en expansión que amenazaba Estados Unidos en el plano mundial. El gran diplomático Abba Eban, ya difunto, bromeó diciendo que los palestinos «nunca pierden una oportunidad de perder una oportunidad» para la paz y la obtención de un Estado, descripción que no podría ser más ajustada para los Acuerdos de Oslo, junto con las «propuestas de acercamiento» de Clinton. Los esfuerzos de última hora del presidente estadounidense del año 2000, antes de ceder el Despacho Oval a Bush, acercó más que nunca desde 1947 a los israelíes y los palestinos a la paz, y a los palestinos a su Estado. Hay que elogiar a Clinton por este hito. No obstante, el terrorismo palestino contra Israel no disminuyó, el escorpión de Arafat picó a la rana de la paz en el último momento y los acuerdos de Oslo y Camp David II se ahogaron en el río del fanatismo suicida.

El año 1995 quedó marcado por el asesinato del luchador por la paz Isaac Rabin a manos de un extremista israelí. En una cena de homenaje a Rabin celebrada en noviembre de 2005, el ex presidente Clinton afirmó que Yasser Arafat había cometido «un tremendo error histórico» al rechazar en 2000 las condiciones para la paz y la creación de un Estado.²⁰ No obstante, Clinton y su equipo también fueron incapaces de reconocer las crecientes amenazas del terrorismo árabe e islámico internacional y de tomar medidas al respecto. El prófugo Clinton escondía la cabeza bajo el ala cada vez que los terroristas atacaban objetivos estadounidenses en el extranjero, cosa que hacían con cada vez más frecuencia y osadía durante la década de 1990. Lo que a Clinton le sobraba en diplomacia y carisma le faltaba en capacidad de marcar límites. Sin duda, su incapacidad de adoptar una posición firme envalentonó a Al Qaeda y a otros y les dio confianza para llevar a cabo los atentados del 11-S. La visión de Clinton en retrospectiva vale tanto como la de cualquiera, y él mismo ha reconocido en privado este tipo de errores. Al mismo tiempo, la desintegración de la Unión Soviética ha favorecido que el expansionismo islámico se introdujera y diseminara por todo lo que fue el sur de la URSS y más allá.

Los recientes problemas de Oriente Medio, fomentados especialmente por árabes hostiles desde 1947 y propagados en todo el mundo por musulmanes intolerantes, también se han visto exacerbados por más de medio siglo de cobardía, autocomplacencia

y contemporización occidental ante la agresión árabe contra Israel. Y ahora que ha salido de la lámpara un genio más grande de agresión islámica internacional contra Occidente, queda por ver si lo que queda de la civilización occidental está dispuesta y capacitada para defenderse o no lo está en absoluto. La UE se encuentra políticamente impotente, y es posible que en cuestión de décadas sucumba totalmente ante el islam, o se fragmente ante los nacionalismos resurgentes mientras los países europeos buscan la forma de asimilar a los musulmanes no integrados, y posiblemente no integrables. Estados Unidos se ha quedado fragmentado internamente, y apenas es capaz de alcanzar un consenso en ninguna cuestión importante que no sea el consumismo.

Puede que un día los mansos hereden lo que quede de la Tierra, cuando disminuya el choque entre las civilizaciones islámica y occidental; pero si prevalecen los extremos de Oriente Medio, esa Tierra estará quemada e inservible. Las ranas se habrán extinguido, y los escorpiones morirán de hambre ante la profusión de higos regalados.

La pequeña paz

Tras estos nubarrones de odio, belicosidad e intolerancia está surgiendo una nueva generación de árabes y otros musulmanes instruidos y tolerantes, que no desean otra cosa que modernizarse, desprenderse de los pesares inducidos por ellos mismos durante siglos y formar parte de la aldea global como vecinos benevolentes y productivos. Son sus voces las que deben ser oídas y escuchadas antes de que la situación empeore de forma irreversible. En el curso de estas tumultuosas décadas en la región de Oriente Medio y en torno a ella, he hecho amigos originarios de todos los rincones de las civilizaciones árabe y musulmana, desde el norte de África hasta Oriente Medio, desde Asia central hasta el sureste asiático.

Muchos de estos amigos árabes y musulmanes me han dado muestras de amabilidad, hospitalidad, amistad, afecto y respeto, y sé lo mucho que les duele que no se escuche más su voz en las civilizaciones árabe y musulmana. Sus voces son tenues aún, pero están aumentando, y confío en que pronto serán mucho más fuertes. Mi amigo Ibrahim dirige un colectivo de agricultura y producción biodinámica en Egipto, donde musulmanes, cristianos y judíos viven y trabajan en paz y armonía. ¿Cuándo se convertirá esta visión en la norma y no en la excepción? Mi amigo Mazin es un hombre de negocios saudí con una amplia formación occidental y también islámica wahabita. Es mundano y afable, tolerante e instruido; y además, lo que no es contradictorio, un musulmán practicante. Es el saudí más moderno que se pueda encontrar. Por desgracia, es objeto de odio en Arabia Saudí debido a su afinidad con Occidente y de suspicacias en Occidente debido a su identidad saudí. Sin embargo, el puente al futuro que tiende debe ser reforzado y ampliado. Mi amigo Karim, al igual que otros palestinos que viven en

Occidente, sabe más de la civilización occidental que los demás árabes, y en efecto se ha integrado enormemente en ella, como lo hicieron los judíos. Karim es un inquieto intelectual que desea ver más palestinos dedicándose a la ciencia que perpetrando atentados suicidas con bomba. Sus hijos están aprendiendo a desarrollar su mente para contribuir de forma constructiva a la aldea global. No están aprendiendo, ni lo harán, a odiar a los judíos ni a nadie, ni a cometer actos atroces de terrorismo perdiendo, además, la vida de forma prematura «por una causa». Mi amigo Hamzaa es estadounidense de origen árabe, un pacifista que lamentó la matanza del 11-S y que trabaja sin pausa para crear buenas relaciones, que incluyan la tolerancia y la comprensión, entre musulmanes y no musulmanes.

Podría seguir enumerando indefinidamente casos como éstos. También tengo amigos musulmanes en Malasia e Indonesia que quieren distanciarse del islam árabe, cuando no desvincularse por completo, para facilitar las reformas en sus países. Pero sus voces en favor de la paz, la razón y la modernidad todavía no son las predominantes, y de hecho apenas son audibles entre las diatribas contra los judíos, Israel y Occidente que arrojan sus gobiernos y medios de comunicación, y que forman parte de la educación oficial en demasiadas de sus escuelas. Tampoco es fácil que las voces de pequeña paz se hagan oír entre las bombas de Al Qaeda.

Incluso entre israelíes y palestinos había, y hay, buenas iniciativas de pequeña paz: una paz entre primos y vecinos que es crucial para cimentar la gran paz entre países. Sin embargo, ¿cuántos árabes cristianos se atreven a reclamar abiertamente la paz en el turbulento clima que impera ahora en Oriente Medio? Con este panorama, las civilizaciones árabe y musulmana necesitan con urgencia que haya budistas entre ellos entonando cánticos por la paz: en El Cairo, en Beirut, en Khan Yunis, en Ammán, en Damasco, en Bagdad, en Riad, en Teherán, en Islamabad y en Kabul, entre una miríada de ciudades conflictivas. Me pregunto por qué las Naciones Unidas no quieren tomar esta medida. No faltan budistas en Estados Unidos; los bodhisattvas se necesitan de forma mucho más acuciante en Arabia que la infantería de Marina.

En efecto, las grandes personas pueden traer la pequeña paz. Puede que sea el único tipo de paz que se cuele por los resquicios de las grandes guerras de Oriente Medio que, como tumores malignos sin tratar, han crecido hasta alcanzar proporciones que amenazan a las civilizaciones.

El «mundo árabe» y los filósofos abc

«El mundo árabe» es una expresión que se lee y oye a lo largo y ancho del «mundo árabe», y se halla cerca de la raíz de todos los problemas actuales que salen a

borbotones, como el petróleo, de Oriente Medio. En el presente libro hemos visto una y otra vez que la aldea global es un solo lugar, no muchos; que la Tierra es un solo planeta, no muchos; que los seres humanos formamos una sola especie, no muchas; que la realidad es una sola cosa, no muchas. Cuando hablamos del «mundo desarrollado» o del «mundo en vías de desarrollo», nos referimos a grandes cantidades de pueblos y culturas, y al hacerlo recalcamos la frontera de desarrollo económico existente con el objetivo de reducirla. En cambio, cuando los árabes hablan del «mundo árabe», lo hacen como si fuera otro planeta, alejado de éste, en el que eligen vivir aislados del resto de la humanidad. El propio concepto de «mundo árabe» sugiere una separación xenófoba autoimpuesta respecto a todos los demás pueblos de la aldea global. También refuerza la falta generalizada de voluntad de formar parte de la aldea global y fomenta hostilidades que impiden el acercamiento a la misma. Insisto en que hay un solo mundo, que dará la bienvenida a los árabes en cuanto estén dispuestos a formar parte de él.

Por ello es alentador constatar por fin la existencia de sentimientos humanitarios universalistas e inclusivos, como el que reflejaba Amre Moussa, secretario general de la Liga de Estados Árabes, a quien he citado en el capítulo 12. Como recordará, afirmó: «Quisiera declarar que estamos todos en el mismo barco: Oriente y Occidente, Norte y Sur, musulmanes, cristianos y todos los demás.»²¹ Asimismo, resulta todavía más reconfortante oír a Moussa reiterar la propuesta de paz formulada por el príncipe Abdullah en la Cumbre de Beirut de 2002, en la que numerosos líderes árabes expresaron su voluntad de normalizar las relaciones diplomáticas con Israel, siempre que al mismo tiempo se permita crear formalmente un Estado palestino. Si bien resulta más fácil decirlo que hacerlo, por lo menos ya se está diciendo. Esto es lo que Oriente Medio necesita desde 1947: un acuerdo integral que reconozca a Israel y que a la vez establezca un Estado palestino vecino. Las declaraciones del secretario general Moussa en cuanto que «es necesario garantizar la seguridad para Israel y también para los países árabes»²² son un soplo de aire fresco: un cambio diametral respecto a los improprios de predecesores como Azzam Pasha, a quien he citado anteriormente en este capítulo y que en 1947 reclamaba la erradicación del Estado judío.

Cuanto antes abran su mente a los filósofos abc, antes empezarán los árabes de Oriente Medio y de otras partes a participar más plenamente de las maravillas de este mundo, incluidas las ranas que ayudan a cruzar ríos. Lo que no hay son higos regalados, del mismo modo que no se venden duros a cuatro pesetas. Sólo recogen frutos abundantes quienes plantan y cuidan los árboles. Entre los numerosos mensajes que los filósofos abc tienen para el «mundo árabe», he elegido los tres que es necesario transmitir con más urgencia.

En primer lugar, el de Aristóteles: «Es ridículo culpar de nuestros actos erróneos a causas externas, en lugar de culpar a la facilidad con la que sucumbimos a dichas causas.» Dicho de otro modo, es de un ridículo extremo que el «mundo árabe» siga culpando a los judíos y a Israel, a Estados Unidos y a Occidente, de sus propios odios debilitadores, atrasos autoinfligidos y versiones ilusorias de la realidad. Aristóteles diría que el «mundo árabe» se encuentra atrapado en una trampa fabricada por él mismo y de la que nadie excepto él mismo puede sacarle. También observaría que el «mundo árabe» no hará progresos mientras siga siendo ajeno a las artes y las ciencias, y siga sometido tanto al despotismo político como al fanatismo religioso. La grandeza de los pueblos árabes se liberará, en beneficio de todos y en detrimento de nadie, cuando se permitan el lujo de emanciparse de sus autoimpuestas ataduras culturales.

En segundo lugar, Buda se lamentaría a buen seguro del sufrimiento innecesario del «mundo árabe», que surge generación tras generación por el sometimiento a severas y odiosas doctrinas que rigen al individuo y a la sociedad, y por los anhelos ilusorios que presentan la destrucción de los demás como supuesto medio para la autorrealización. La situación del «mundo árabe» será en verdad lamentable mientras lo mueva el rencor y pretenda escapar de la necesidad de amor y compasión. Como dijo Buda: «Los odios nunca se aplacan con más odio; es la falta de odio lo que siempre aplaca los odios. Ésta es una ley eterna.» Este mensaje resulta muy cercano al que predicó unos seiscientos años más tarde en Oriente Medio un hombre llamado Jesús. Lo que nos muestra otro extremo: esta región ha producido tanto odio que ha tenido que ser capaz de producir amor en la misma medida, cosa que hizo. En efecto, las tradiciones espirituales más profundas y nobles de todas las confesiones abrahámicas (el judaísmo, el cristianismo y el islam) cultivan por igual la capacidad humana para el amor, la compasión y la benignidad universales que en nada se distinguen de la benevolencia del budismo. Cuando están inspirados por el amor radiante de su Dios, los seguidores de cualquiera de las confesiones abrahámicas pueden manifestar la grandeza de espíritu que nació en esta región de extremos abrahámicos y que sigue emanando de ella. Tal vez el budismo los pueda ayudar a emanciparse de su arraigado aislamiento y a exteriorizar su munificencia.

En tercer lugar, Confucio avisa: «El placer no debe llevarse al extremo del desenfreno; la pena no debe llevarse al extremo de la inmolación.» Es una alusión al *Libro de las odas*, con la que Confucio advierte a los amantes de que no deben caer en el exceso ni en la autodestrucción. Esta advertencia es perfectamente aplicable al «mundo árabe». En un extremo, hay demasiados dictadores, ayatolás y jeques petroleros árabes que incurren en desenfrenos de todo tipo imaginable: desde excesos de la carne que harían que Las Vegas pareciera una catequesis, hasta excesos de poder que culminan en orgías de opresión. En el extremo opuesto, hay demasiados miembros del «mundo

árabe» aquejados de inmensos resentimientos, que les lleva no sólo a una inmolación en forma de parálisis cognitiva y socioeconómica, sino a la forma última de inmolación: el terrorismo suicida.

Una dieta sin higos

Está claro que uno de los mayores retos de la humanidad en el siglo XXI es transmitir el camino medio a Oriente Medio. En concreto, tras los atentados del 11-S y sus amplias secuelas, acabar con el problema del terrorismo es básico para resolver los extremos de Oriente Medio. No obstante, como ocurre con el alcoholismo o cualquier enfermedad física, y también con el terrorismo y los malestares culturales, reconocer el problema siempre es el primer paso para la recuperación. De este modo, cuando los dirigentes árabes cambian de rumbo y están más cerca de decir las palabras que deben decir y tomar las medidas que deben tomar para resolver los conflictos que iniciaron en 1947, se encuentran todavía en peligro de caer en la tentación de los higos regalados. El propio Amre Moussa, con toda su gran visión de Estado, tropieza con esta cuestión crucial. Consciente de que los grupos terroristas islámicos son responsables de una parte (que no de la totalidad) de la actividad terrorista internacional, se pregunta «cómo y por qué se ha producido esta vinculación entre el islam y el terrorismo», especialmente en la mentalidad occidental. Si se me permite, pues, aprovecharé esta oportunidad para ilustrar al secretario general.

Como expuso con claridad el empirista británico David Hume, nuestras ideas acerca del mundo son copias de las impresiones que tenemos de él.²³ Y nuestras impresiones no son otra cosa que la suma de nuestras percepciones del mundo: lo que vemos, oímos, probamos, tocamos, olemos y (posteriormente) recordamos. La tesis de Hume explica nuestro interés cotidiano por «crear una buena impresión» y la importancia de la «primera impresión». De este modo, las asociaciones que se asientan en nuestra mente dependen de las impresiones que formamos, y éstas dependen a su vez de lo que percibimos en el mundo.

Así pues, ¿«cómo y por qué» tantos occidentales asocian el islam con el terrorismo?, se pregunta Amre Moussa. Hume diría que lo hacemos debido a las impresiones que hemos formado a partir de los hechos que percibimos, en persona o por los medios de comunicación, y recordamos posteriormente. Ahí van unos cuantos ejemplos sacados de mi percepción y mi memoria. En 1972, en los Juegos Olímpicos de Múnich, unos terroristas que resultaron ser musulmanes secuestraron y masacraron a unos atletas israelíes; en 1976, unos terroristas que resultaron ser musulmanes secuestraron un avión de Air France para que les llevara a Uganda. Una audaz operación militar israelí rescató a

los cien civiles judíos e israelíes a quienes los terroristas que resultaron ser musulmanes habían aislado y retenido como rehenes (pero liberaron, en cambio, a los pasajeros no judíos). En 1979, unos terroristas que resultaron ser musulmanes asaltaron la embajada estadounidense en Irán; en la década de 1980, unos terroristas que resultaron ser musulmanes secuestraron y asesinaron en el Líbano a varios estadounidenses, entre ellos al presidente de la Universidad Estadounidense de Beirut; en 1983, unos terroristas que resultaron ser musulmanes hicieron saltar por los aires un cuartel de la Infantería de Marina de Estados Unidos en Beirut; en 1985, unos terroristas que resultaron ser musulmanes secuestraron el crucero *Achille Lauro* y asesinaron a un pasajero estadounidense de 70 años al que arrojaron por la borda en su silla de ruedas; en 1985, unos terroristas que resultaron ser musulmanes secuestraron en Atenas el vuelo 847 de la aerolínea TWA y asesinaron a un submarinista de la Marina de Estados Unidos que intentó rescatar a los pasajeros; en 1988, unos terroristas que resultaron ser musulmanes hicieron explotar el vuelo 103 de la Pan Am en los cielos de Lockerbie, Escocia; en 1993, unos terroristas que resultaron ser musulmanes perpetraron un atentado con bomba en el World Trade Center; en 1998, unos terroristas que resultaron ser musulmanes hicieron explotar bombas en las embajadas estadounidenses de Kenya y Tanzania; el 11 de septiembre de 2001, unos terroristas que resultaron ser musulmanes secuestraron cuatro aviones, destruyeron el World Trade Center, atentaron contra el Pentágono, quisieron atacar la Casa Blanca y mataron a miles de civiles; en 2002, Estados Unidos invadió Afganistán para sustituir un régimen sedicioso impuesto por unos terroristas que resultaron ser musulmanes; en 2002, el periodista Daniel Pearl fue secuestrado y asesinado por unos terroristas que resultaron ser musulmanes.

Posteriormente, unos terroristas que resultaron ser musulmanes secuestraron y asesinaron a otras decenas de civiles, siendo algunos de ellos decapitados frente a cámaras de vídeo. Unos terroristas que resultaron ser musulmanes asesinaron a otros centenares de civiles en diversas partes del mundo, desde una discoteca de Bali hasta la estación de trenes de Atocha en Madrid, desde el metro londinense hasta hoteles egipcios para turistas. Y en el Estado de Israel, por cuya seguridad ha demostrado un amable interés su excelencia Moussa, unos terroristas que resultaron ser musulmanes mataron a más de 1.000 civiles e hirieron al menos a 7.500 más sólo durante la segunda Intifada.²⁴ Todos los días del año, millones de viajeros deben someterse en los aeropuertos de todo Occidente a complicadas medidas de seguridad que crean aglomeraciones y requieren grandes inversiones de dinero y tiempo, como necesaria precaución contra los terroristas, muchos de los cuales resultan ser musulmanes.

Es así como muchos occidentales vinculan el islam con el terrorismo. Este vínculo no

es producto de la coincidencia, sino que lo han forjado terroristas que resultan ser musulmanes. Sin embargo, como Hume se esforzó en explicar, las asociaciones que terminamos haciendo por la experiencia no tienen por qué ser válidas. Así pues, Hume diría acertadamente que los musulmanes no tienen por qué ser terroristas, y que los terroristas no tienen por qué ser musulmanes. Asimismo, de los diversos grupos terroristas que actúan en la aldea global, el terrorismo islámico es, de lejos, el que ha creado la impresión más honda en la mentalidad occidental. Yo mismo, en los años sesenta, fui bombardeado por terroristas en un *kibbutz* israelí cercano a la frontera libanesa. Y recientemente, el 11-S, vi cómo se venían abajo las torres gemelas. Desde luego, son hechos que crearon en mí una impresión de las que describe Hume.

Me gustaría que constara mi inequívoco pesar por todas las víctimas del terrorismo, y por los seres queridos que los han perdido. Mi pesar va también por la imagen del islam, que se ha visto tremendamente empañada por los actos de terroristas que resultan ser musulmanes. Cuando la inmensa mayoría de los musulmanes pacíficos que hay en el mundo expresen de forma estentórea su rechazo al terrorismo y tomen constantes medidas en su contra, sin duda los vínculos entre éste y el islam que se han formado en Occidente cambiarán en consonancia, y para mejor.

El terrorismo supone una grave amenaza para el bienestar de la aldea global. Se empeña con insistencia y ensañamiento en hundir el barco en el que, como dice Amre Moussa, todos navegamos juntos. Las autoridades de todas las civilizaciones (occidental, islámica, india, asiática oriental) coinciden en que el terrorismo es un problema. Lo mismo afirma Amre Moussa. Ahora confío en que él entienda mejor *cómo* se ha producido este vínculo entre el islam y el terrorismo en la mentalidad occidental.

En el capítulo siguiente abordaremos la parte más espinosa de su pregunta: ¿por qué? También plantearé otra todavía más peliaguda: ¿qué podemos hacer al respecto, si es que hay algo que se pueda hacer? Para ello, a continuación trataremos directamente el tema del terrorismo y nos preguntaremos si el camino medio puede moderar esta forma de fanatismo suicida.

1 Génesis 17:19-20.

2 Imagínese el efecto que produciría en las relaciones entre Reino Unido y Estados Unidos si el 4 de julio, cuando los estadounidenses celebran el Día de la Independencia, la población británica guardara duelo en público.

3 V. p. ej. BAER, Robert: *Sleeping with the Devil: How Washington Sold our Soul for Saudi Crude*, Three Rivers Press, Nueva York, 2003.

4 V. p. ej. LEWIS, Bernard: *What Went Wrong? The Clash between Islam and Modernity in the Middle East*, HarperCollins, Nueva York, 2002. [Versión en castellano: *¿Qué ha fallado? El impacto de Occidente y la respuesta de Oriente Próximo*, Víctor Gallego (trad.), Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2002.]

5 TWAIN, Mark: *Inocentes en el extranjero*. V. t. DE LAMARTINE, Alphonse: *Viaje a Oriente* (1835): «Fuera de las puertas de Jerusalén no vimos ningún ser viviente ni escuchamos sonido alguno.» V. t. <http://www.danielpipes.org/comments/1727> [en inglés].

6 La experiencia británica en Iraq durante las décadas de 1920 y 1930 es paralela a la experiencia estadounidense actual allí: el país está dividido por facciones rivales (como los musulmanes suníes y los chiíes) que no pueden o no quieren colaborar por el bien de todos y que, al parecer, necesitan un dictador hobbesiano, benevolente o malevolente, «que los intimide a todos». V. KREPINEVICH, Andrew: «How to Win in Iraq», *Foreign Affairs*, septiembre/octubre de 2005, pp. 87-104.

7 <http://www.mideastweb.org/briefhistory.htm> [en inglés].

8 «El Gobierno de su majestad contempla favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y hará uso de sus mejores esfuerzos para facilitar la realización de este objetivo, quedando bien entendido que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina ni los derechos y el estatuto político de que gocen los judíos en cualquier otro país.» V. <http://www.mideastweb.org/mebalfour.htm> [en inglés] y http://en.wikipedia.org/wiki/Balfour_Declaration_1917 [versión del artículo en castellano: http://es.wikipedia.org/wiki/Declaración_Balfour].

9 Los 33 países que votaron a favor de la Resolución 181 de las Naciones Unidas fueron: Australia, Bélgica, Bielorrusia, Bolivia, Brasil, Canadá, Costa Rica, Checoslovaquia, Dinamarca, Ecuador, Estados Unidos, Filipinas, Francia, Guatemala, Haití, Islandia, Liberia, Luxemburgo, Nicaragua, Noruega, Nueva Zelanda, Panamá, Paraguay, Perú, Países Bajos, Polonia, República Dominicana, Sudáfrica, Suecia, Ucrania, URSS, Uruguay y Venezuela. Los 13 países que votaron en contra fueron: Afganistán, Arabia Saudí, Cuba, Egipto, Grecia, India, Irán, Iraq, Líbano, Pakistán, Siria, Turquía y Yemen. Los diez países que se abstuvieron fueron: Argentina, Colombia, Chile, China, Etiopía, Honduras, México, Reino Unido, El Salvador y Yugoslavia. Un Estado se encontraba ausente: Tailandia. Ver http://en.wikipedia.org/wiki/UN_General_Assembly_Resolution_48/181 [en inglés].

10 http://en.wikipedia.org/wiki/Israel_and_the_United_Nations [en inglés].

11 V. p. ej. KNIGHTLEY, Phillip: *The First Casualty*, André Deutsch Ltd., Londres, 1975.

- 12 http://en.wikipedia.org/wiki/Edward_Said.
- 13 Dos libros que ilustran las similitudes entre los japoneses y los judíos son SHILLONY, Ben-Ami: *The Jews and the Japanese*, Charles E. Tuttle Company, Rutland y Tokio, 1991; y BEN-DASAN, Isaiah: *The Japanese and the Jews*, Weatherhill, Nueva York, 1972.
- 14 http://www.jewishvirtuallibrary.org/jsource/History/Suez_War.html [en castellano: <http://www.jewishvirtuallibrary.org/jsource/spanish/spanish5.html>].
- 15 http://en.wikipedia.org/wiki/Arab-Israeli_conflict [versión del artículo en castellano: http://es.wikipedia.org/wiki/Conflicto_árabe-israelí].
- 16 http://en.wikipedia.org/wiki/Arab-Israeli_conflict [versión del artículo en castellano: http://es.wikipedia.org/wiki/Conflicto_árabe-israelí].
- 17 Este razonamiento lo expone también FRIEDMAN, Thomas: *From Beirut to Jerusalem*, Anchor Books, Nueva York, 1990.
- 18 CLAUSEWITZ, C. von: *De la guerra (1832)*, Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa, Madrid, 1998.
- 19 KAHANE, Meir: *Never Again!*, Pyramid Books, Nueva York, 1972.
- 20 <http://www.haaretz.com/hasen/spages/644510.html> [en inglés].
- 21 Discurso pronunciado en la Segunda Mesa Redonda Internacional: «Constructing Peace, Deconstructing Terror» [Construir la paz, dismantelar el terror], Bruselas, 26/06/2005, archivado en <http://www.strategicforesight.com/index.htm> [en inglés].
- 22 Ibid.
- 23 HUME, David: *Tratado de la naturaleza humana*, 1738.
- 24 En el caso de Israel, son cifras espeluznantes para una población tan reducida. Si Estados Unidos sufriera la misma proporción de víctimas, habría 50.000 muertos y 300.000 heridos.

Los extremos terroristas: Hagamos lo que hagamos, seguirán con los atentados

Dicen que en Mesopotamia, una región de Siria, y en Istros, hay ciertas culebras que no muerden a las gentes del país, pero que provocan un gran daño a los forasteros.

Aristóteles

El odio de quienes abrigan rencores tales como «me ha injuriado, me ha atacado, me ha derrotado y me ha robado» nunca se aplaca.

Buda

Quien no se preocupa de lo que tiene lejos no tardará en encontrar cerca algo peor que preocupaciones.

Confucio

Un dilema terrible

Mientras que existe un amplio consenso entre los líderes del mundo civilizado en cuanto a que el terrorismo es un problema de extrema gravedad,¹ existe escaso o nulo consenso —y un desacuerdo considerable— en cuanto a lo que debería (o no debería) hacerse para contenerlo. Además de las precauciones de seguridad preventiva que todos están obligados a tomar, aparecen dos opciones extremas respecto a la forma de reaccionar ante los atentados terroristas que no se pueden prevenir. Estas dos opciones se sitúan en los dos frentes de un dilema: la contemporización y la represalia. Ninguna de las dos parece obtener resultados demasiado buenos, o duraderos. Israel ha tendido a tomar represalias contra el terrorismo islámico, y sin embargo los ciudadanos israelíes han sufrido brotes cada vez más graves de atentados terroristas. Europa ha tendido a contemporizar con los terroristas islámicos y con los gobiernos que los amparan, y sin embargo los conflictos civiles de ámbito musulmán surgidos en Europa han experimentado un marcado aumento. Estados Unidos ha hecho intentos de apaciguamiento (durante los gobiernos de Reagan y Clinton), pero el problema no hizo

más que empeorar. Estados Unidos ha tomado también represalias (durante los gobiernos de los dos Bush), pero el problema empeoró todavía más. Así pues, parece que los terroristas seguirán con los atentados si tomamos represalias, y si no, también. ¿Existe un camino medio? Lo hay, pero no tiene que ver ni con la contemporización cobarde ni con las represalias violentas, sino con la transformación real, mediante el diálogo, la educación y la emancipación, de las condiciones que engendran el terrorismo.

¿Qué es el terrorismo?

Tras largos debates en las Naciones Unidas y mucho derramamiento de sangre en la aldea global, las Naciones Unidas han condenado finalmente el terrorismo en términos muy amplios, sin llegar a un acuerdo sobre la forma de definirlo. Según afirmó Kofi Annan, «constituye terrorismo toda acción encaminada a causar la muerte o un grave daño corporal a civiles o a no combatientes con el fin de intimidar a la población u obligar a un Gobierno o una organización internacional a hacer o dejar de hacer alguna cosa».² El Departamento de Defensa estadounidense define el terrorismo como «el uso ilegal de fuerza o violencia (o la amenaza de ejercer dicho uso) contra individuos o propiedades para coaccionar o intimidar gobiernos o sociedades, frecuentemente con objetivos políticos, religiosos o ideológicos».³ Existe un sinfín de definiciones para el terrorismo, en parte porque asume muchas formas. También resulta manifiesto que muchos actos preventivos o de represalia antiterrorista se prestan a la acusación de corresponder a ciertas definiciones de terrorismo.

Como todos los crímenes, y en concreto como todos los crímenes contra la humanidad, el terrorismo puede contenerse pero nunca eliminarse por completo. Cada país tiene sus propios terroristas, psicópatas o sociópatas empeñados en asesinar a inocentes. Por añadidura, han surgido redes de terrorismo internacional, que actúan en todos los continentes y que suscitan inquietudes más hondas para la paz, la prosperidad y la seguridad de la aldea global. Aunque en la actualidad los terroristas internacionales más destacados son islámicos, éstos no tienen el monopolio de esta forma ubicua de asesinato violento. Para reducir el terrorismo al mínimo, debemos transformar las condiciones políticas, religiosas, económicas y culturales que lo engendran. No obstante, poner en práctica un cambio tan amplio presenta grandes dificultades. Es posible que el «poder blando» (es decir, los valores caritativos) del camino medio no pueda cumplir esta tarea por sí solo, dado que tales valores no cuentan con un gran favor entre las culturas endurecidas por el extremismo. Por otro lado, el ejercicio del «poder duro» (es decir, el militarismo) tampoco da resultado, ya que aunque puede conseguir contener el terrorismo por un tiempo, por sí solo no puede eliminar las condiciones que generan terrorismo. Si

por exceso de cobardía tratamos de tender la mano a los terroristas en lugar de enfrentarnos a ellos, podemos llegar a envalentonarlos y convertirnos en sus víctimas. Si, en cambio, por exceso de osadía intentamos eliminarlos con asesinatos selectivos, corremos el riesgo de convertirnos en terroristas y de despertar el ansia de violencia y venganza común a todos los seres humanos.⁴ Parece que, hagamos lo que hagamos, los terroristas seguirán con los atentados.

Desde que se recuerda, las guerras humanas y sus secuelas (la hambruna, la enfermedad, el saqueo) han provocado por lo general consecuencias terribles para los no combatientes. Sea por costumbre, capricho o venganza, las poblaciones civiles han sufrido saqueos, matanzas o esclavitud. Con todo, a menudo ha prevalecido un reconocimiento tácito de la condición de «civiles», como categoría aparte de los combatientes. Aunque los civiles han conocido todos los círculos del infierno durante guerras y posguerras, a menudo se han visto protegidos por defensores (un ejército regular, un gobierno soberano o una banda de resistentes, como mínimo) que debían ser vencidos antes de que la furia del enemigo cayese sobre mujeres, niños y otros no combatientes. Hasta la Primera Guerra Mundial, los no combatientes podían llevarse cestas de acampada y tender mantas en las cimas que dominaban los campos de batalla para observar la masacre con impunidad, pero la artillería terminó con esta opción. Si unas hormigas pueden arruinar una acampada, imagínese los efectos de un bombardeo.

Empezando con la Alemania nazi y el Japón imperial, el siglo XX estuvo marcado por la dedicación de todo el poder tecnológico y humano del Estado al servicio de la «guerra total» a una escala sin precedentes que incluía el bombardeo aéreo y la esclavización en masa de poblaciones civiles. Entre los primeros «conejiños de indias» sometidos a tales horrores figuran los habitantes de Guernica, que en la Guerra Civil española fueron bombardeados por las fuerzas aéreas de Franco bajo la tutela de los nazis. Picasso pintó una gran obra (*Guernica*) que conmemoraba este nuevo horror. El ataque relámpago sobre Londres y la masacre de Coventry a manos de Hitler, seguidos de las tormentas de fuego aliadas sobre Dresde, Hamburgo y Tokio, y finalmente las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, llevaron a grandes poblaciones civiles a la primera línea de combate. Obviamente, en los casos de bombardeos aéreos indiscriminados o de aniquilación nuclear de civiles, este «combate» es unilateral en extremo.

Por lo general, estas poblaciones civiles tuvieron escasa o nula posibilidad de defenderse (excepto cuando eran advertidas, protegiéndose en refugios antiaéreos), y sin embargo se las consideró blancos legítimos. ¿Por qué? Porque prevalecían las condiciones de «guerra total»; es decir, los recursos humanos y materiales de los Estados se enfrentaban entre sí en su totalidad, bajo el mando y el control directos de sus

gobiernos. En esta era de guerra total, incluida la Guerra Fría, todos los ciudadanos (hombres, mujeres y niños por igual) pasaban a ser combatientes, en el palpable sentido de ser blancos potenciales del militarismo sin restricciones. De modo similar, el terrorismo hace que todos los civiles (hombres, mujeres y niños por igual) sean blancos potenciales de la violencia asesina, y en muy contadas ocasiones las víctimas elegidas por los terroristas tienen la posibilidad de defenderse o de contraatacar.⁵ La mayoría de las víctimas civiles de los atentados terroristas están indefensas, igual que las víctimas civiles de la guerra total: perecen de forma violenta, en masa y sin aviso.

No obstante, existe una diferencia importante entre la guerra total y el terrorismo. Las poblaciones civiles atrapadas en una guerra total saben perfectamente que se encuentran en guerra y contra quién, y también son conscientes de que se pueden convertir en blancos del militarismo. En cambio, los terroristas abusan de poblaciones civiles cuyos gobiernos no están necesariamente (o en absoluto) en guerra contra nadie. Además, los terroristas abusan de civiles cuyos gobiernos mantienen relaciones diplomáticas, comerciales y culturales con los gobiernos que engendran o patrocinan el terrorismo. De este modo, las poblaciones civiles afectadas por atentados terroristas no conciben necesariamente (o en absoluto) que estén en guerra con nadie. Al contrario, es posible incluso que las víctimas civiles del terrorismo estén emprendiendo esfuerzos pacíficos y benignos para ayudar a pueblos o países que engendran o patrocinan el terrorismo. Por ello, además de asesinar a civiles, los terroristas son una ofensa a la caballeridad. Este factor hace que el terrorismo sea intolerable a ojos de muchos estadounidenses y otros occidentales, y a niveles muy profundos.

La caballeridad y el terrorismo

La caballeridad es un concepto occidental que alcanzó su cenit en los mitos de caballería medieval como *La muerte de Arturo*, de Thomas Malory (la leyenda original de Camelot), que está profundamente arraigada desde tiempos antiguos en la psique occidental. Cuando el comandante espartano Arquidamo vio lanzar por primera vez un dardo desde una catapulta, se lamentó: «El valor del hombre toca a su fin.» Desde David y Goliath hasta los gladiadores romanos, desde las justas y los torneos hasta los duelos de pistoleros, el enfrentamiento ritual cara a cara, cuerpo a cuerpo, entre bravos guerreros ha sido la forma más noble e ideal de combate en Occidente. De hecho, los Juegos Olímpicos son el «equivalente ético» del combate caballeroso. Las artes marciales de Extremo Oriente, al igual que el código *bushido* del samurái, también recogen esta idea, aunque con una filosofía subyacente distinta, como veremos. Los bravos guerreros de incontables culturas humanas evitan esconderse tras los débiles y aprovecharse de los

indefensos. Al contrario: son los protectores de los débiles y los defensores de los desamparados, y son los primeros en dar la vida luchando para proteger los hogares de éstos. Esta actitud es la que define la caballería.

De lo que hemos visto acerca de los órdenes sociales de los primates en el capítulo 8, se extrae claramente que la protección de las hembras y sus pequeños por parte de los machos dominantes es una estrategia evolutiva que data de muy antiguo y que se ha desarrollado en muchas especies de monos y simios, al igual que en las posteriores culturas humanas. Tanto es así que los orígenes de la caballería en los primates tienen millones de años de antigüedad. Ahora bien, también hemos visto que la evolución cultural es capaz de anular las diferencias biológicas ancestrales, como por ejemplo en el caso de la liberación de las mujeres, que permitió que pudieran labrarse carreras profesionales que en el pasado se consideraban estrictamente «masculinas». Este factor se aplica del mismo modo a las cuestiones tanto del combate armado convencional como del terrorismo. Desde la Segunda Guerra Mundial, las mujeres han luchado con valentía en movimientos de resistencia (como en Francia y Yugoslavia) o en las fuerzas de defensa nacionales (como en Israel). La Ley Stratton de 1976 permitió que las mujeres ingresaran en las academias militares de elite estadounidenses (si bien con continuos escándalos sexuales y polémicas). Todo ello ha reabierto el acalorado debate, cerrado desde la época de Platón hasta el siglo XX, sobre el papel de la mujer en la guerra. Este capítulo no se ocupa del hecho de que las mujeres actúen como combatientes convencionales, lo cual plantea unos problemas determinados, sino de que las mujeres han empezado a «distinguirse» también como terroristas, cosa que plantea otro problema muy distinto.

La guerra total, la Guerra Fría y el terrorismo, aparecidos en el siglo XX, se han aliado no sólo para erradicar la distinción entre «combatiente» y «no combatiente», sino para oponerse a los profundamente arraigados conceptos de caballería. El terrorismo ha matado a menos civiles que la guerra total, y amenaza a menos civiles que la Guerra Fría, pero no por ello deja de aterrorizar a poblaciones enteras. Los terroristas convierten a todas las personas (hombres, mujeres y niños) en víctimas potenciales de crímenes repentinos, violentos y mortales de alcance internacional. Todo acto terrorista es un crimen contra la humanidad, y debe ser condenado en términos inequívocos.

Precedentes del terrorismo: guerrilleros y kamikazes

El enfrentamiento del siglo XX entre árabes y occidentales ofrece un material de estudio sobre los extremos: la extrema ineficacia de sus ejércitos y la extrema eficacia de sus terroristas. En general, los ejércitos árabes han sucumbido rápidamente ante el aparato bélico occidental organizado. Esta constante se repite desde la Batalla de Poitiers

del año 732 hasta llegar a la Segunda Guerra del Golfo de 2003, cuando Estados Unidos derrotó a la cacareada Guardia Republicana de Saddam Hussein en cuestión de días. Ésta ha sido, de hecho, la forma en que Israel se ha defendido invariablemente contra fuerzas árabes de superioridad numérica arrolladora: mediante la organización, la disciplina, la defensa, la anticipación y el contraataque característicos de Occidente. En cambio, los árabes han demostrado más allá de toda duda que son guerreros temerarios y suicidas a la hora de perpetrar actos individuales de terrorismo.

Si damos un paso atrás para ganar perspectiva, entenderemos este fenómeno como parte de un contexto mayor, que en parte explica por qué los imperios de la civilización occidental conquistaron y colonizaron gradualmente el resto del mundo y, en cambio, por el momento no han llegado a ser invadidos ni colonizados por el resto del mundo. La misma constante se repite una y otra vez a lo largo y ancho del planeta. Ejércitos relativamente pequeños pero bien equipados y muy motivados y disciplinados han derrotado a adversarios superiores en número, que a menudo combatían con valentía y arrojo, pero que a veces estaban mal equipados y a menudo poco disciplinados o motivados. Entre infinidad de casos, es lo que ocurrió con los griegos y los macedonios contra los persas, los romanos contra los cartagineses y los galos, los francos contra los moros, los españoles contra los aztecas, los británicos contra los zulúes, los estadounidenses contra los siux y los israelíes contra los árabes.

Un horrible corolario de este fenómeno es la matanza en masa que se produce cuando ejércitos occidentales de gran magnitud se enfrentan en el campo de batalla. Las batallas de las Guerras Napoleónicas, la Guerra de Secesión, la Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Corea son catálogos de matanzas cada vez peores que resultaron de la tremenda colisión entre dos o más ejércitos occidentales bien equipados, disciplinados y motivados por igual. De hecho, las inmensas dificultades que afrontó Estados Unidos para derrotar al Japón imperial y, poco después, a Corea del Norte, se debían en gran medida a la adopción del militarismo occidental por parte de los japoneses y, posteriormente, de los chinos y los coreanos.

En su éxito *Matanza y cultura*, Victor Davis Hanson expone con detalle un aspecto filosófico profundo que ha caracterizado la historia militar.⁶ Parte de la motivación superior de las fuerzas occidentales ha residido siempre en la medida de libertad individual que cada hombre poseía y luchaba por conservar. Este factor ha contrastado de forma invariable con la manifiesta falta de libertad o la condición de esclavitud total que prevalecía (y sigue prevaleciendo) en las masas gobernadas o esclavizadas por déspotas. Los esclavos tienen muchos menos incentivos para combatir que los hombres libres. Un esclavo tiene poco que ganar con la victoria y poco que perder con la derrota.

Un hombre libre conserva mucho con la victoria y pierde mucho con la derrota. Esta noción occidental de libertad individual se remonta a los griegos y a sus experimentos sin precedentes con la democracia. Aristóteles lo sintetiza tan bien como cualquier filósofo, y mejor que muchos: «El hombre debe ser libre para vivir como desee.»⁷ Esta noción aristotélica es occidental por antonomasia. Ni la civilización islámica ni la india ni la oriental han instaurado jamás tal premisa en sus fundamentos políticos. Se trata de una fuente de la singularidad histórica occidental, así como de su habilidad para obtener la victoria en conflictos convencionales contra adversarios que poseían superioridad numérica pero carecían de los incentivos personales de hombres (y, en la actualidad, también mujeres) emancipados políticamente.

¿Qué es un terrorista?

Una forma de hacer frente a ejércitos aplastantes es evitar enfrentarse a ellos cara a cara y, en cambio, debilitar su moral, desbaratar su logística y minar su poder mediante la práctica de la guerra de guerrillas. Sun Tzu reveló este hecho en *El arte de la guerra*, obra clásica que (junto con las *Meditaciones* de Marco Aurelio) es el libro de cabecera de muchos líderes políticos y directivos de empresa inclinados a la filosofía. En la leyenda, ésta es la forma en que Robin Hood frustraba las acciones del sheriff de Nottingham. En la realidad, es la forma en que los milicianos estadounidenses y los bóers holandeses fustigaron a los «casacas rojas» británicos; en que la resistencia francesa y los partisanos griegos hostigaron a los nazis; en que Fidel Castro socavó el gobierno de Batista; en que el Viet Cong desmoralizó a los estadounidenses; en que los *muyahidines* afganos detuvieron a los soviéticos. En mayor o menor medida, todos estos guerrilleros tuvieron éxito, bien derrotando, bien ayudando a derrotar a fuerzas incomparablemente mayores y mejor equipadas, al evitar enfrentarse a ellos cara a cara.

Con flagrantes excepciones como el Viet Cong, que infligía actos atroces de forma premeditada y generalizada contra los civiles survietnamitas para disuadirlos de que cooperaran con los estadounidenses, tradicionalmente los guerrilleros sólo atacan en principio objetivos y personal militares. Esta actitud ha hecho que los guerrilleros de todas las partes del mundo alcancen la estatura folclórica de héroes populares. Hasta el día de hoy, Che Guevara sigue siendo un emblema de esta apreciación. Sin embargo, cuando los grupos de guerrilla cruzan este umbral crítico y empiezan a atacar a civiles, pasan a ser terroristas. De este modo, el Viet Cong practicó por un lado la guerrilla contra los estadounidenses y por otro el terrorismo contra los civiles vietnamitas.

Los combatientes que no llevan uniforme no son necesariamente terroristas. Llevar ropa de paisano permite al combatiente camuflarse entre la población civil, cosa que

facilita el ataque a objetivos y personal militares. Ahí radica precisamente el problema que deben afrontar los agentes de la ley uniformados: sus uniformes, emblemas e insignias los convierten en blancos visibles para los asesinos de policías, que pasan completamente desapercibidos entre la población civil general hasta que es demasiado tarde. Así pues, los adversarios uniformados de estos combatientes los consideran, y con razón, criminales, espías o guerrilleros, y es probable que los condenen a ejecución sumaria si los capturan en tiempos de guerra, aunque se adhieran al Convenio de Ginebra, que garantiza un trato humano únicamente a los prisioneros de guerra uniformados. De este modo, los guerrilleros serán libertadores o criminales según de parte de quién estemos. No obstante, mientras los grupos de guerrilla ataquen objetivos y personal militares, no son terroristas.

De modo similar, los pilotos kamikazes japoneses eran por definición guerreros suicidas: eran aterradores, pero no terroristas. ¿Por qué? Porque sólo atacaban objetivos y personal militares; en concreto, barcos de guerra estadounidenses apostados en el Pacífico. Tras las batallas de Midway y del Mar del Coral, Japón perdió su supremacía naval, y Estados Unidos empezó a recapturar (al coste de numerosas pérdidas humanas por ambas partes) las islas del Pacífico bajo el control militar japonés. Para el Alto Mando japonés, era sólo cuestión de tiempo que Estados Unidos invadiera las islas de Japón, por lo que se propuso hostigar a los estadounidenses con una forma desesperada de guerra psicológica: ordenar a sus pilotos que estrellaran sus aviones cargados de explosivos contra los buques de guerra. Era una táctica extrema, pero no terrorismo. Los kamikazes no sólo se limitaban a atacar objetivos militares, sino que, en la mayoría de los casos, los barcos tenían la oportunidad de derribar los aviones antes de que se estrellaran contra ellos. El reto de combatir a los kamikazes se resumía así: «O acabas con ellos o ellos acaban contigo», pero al menos se los veía venir.

Esta táctica contrasta enormemente con los atentados suicidas con bomba. A diferencia de los objetivos militares de los kamikazes, los objetivos civiles de los suicidas con bomba tienen escasas o nulas posibilidades de defenderse. Cuando los suicidas con bomba dirigen vehículos cargados con explosivos hacia cuarteles o bases militares (como hicieron en 1982 con la base de la Infantería de Marina estadounidense en el Líbano, con 250 víctimas mortales; o en 1999 con el destructor *USS Cole* en Yemen, con 17 víctimas mortales), se trata de actos comparables a los de los kamikazes. Si uno está alerta, puede verlos venir. Pero cuando los suicidas con bomba secuestran y estrellan aviones civiles, o hacen explotar trenes y autobuses públicos, o detonan explosivos de alta potencia en restaurantes, cafeterías o discotecas y al hacerlo matan a hombres, mujeres y niños civiles que no tienen ninguna posibilidad de defenderse, como han hecho a lo largo y ancho del mundo, están perpetrando viles actos de terrorismo a ojos de los defensores de

la civilización occidental. No son actos de guerra, sino crímenes contra la humanidad.

Ninguna de las 100.000 personas de origen japonés confinadas en Estados Unidos tras el ataque a Pearl Harbor por el Japón imperial y hasta el término de la Segunda Guerra Mundial perpetró un solo acto de terrorismo contra civiles en suelo estadounidense. No obstante, dado que la ley marcial desplaza la ley civil en toda comunidad política en guerra, se privó temporalmente a los estadounidenses de origen japonés de sus derechos civiles y se los encarceló. Pese a ello, no recibieron daño alguno: estaban reclusos pero atendidos. Por contra, los militaristas del Japón imperial trataron a las poblaciones civiles capturadas (en Corea, Manchuria, Indonesia, Malasia) como a esclavos infrahumanos. Lo que es más, debido a la versión extrema del código *bushido* del guerrero arraigada en el ejército japonés, según la cual la rendición era deshonrosa, Japón no se adhirió al Convenio de Ginebra. Como resultado, a los soldados aliados que habían caído prisioneros también se los trató como a esclavos infrahumanos, sin un ápice de humanidad o compasión. Los japoneses les pegaban, los privaban de comida, torturaban o asesinaban a su antojo. Los supervivientes de la Marcha de la Muerte de Bataan, y de otros crímenes similares contra la humanidad, comparables a los de los nazis, nunca olvidaron la crueldad y el sadismo de los militares japoneses.

Y, también porque el *bushido* prohibía la rendición, los soldados japoneses combatieron hasta la muerte en cada una de las islas del Pacífico bajo su control: Iwo Jima, Okinawa, Saipan, en todas ellas. Los estrategas estadounidenses calcularon que si tuvieran que invadir y ocupar las islas de Japón para poner fin a la guerra y se encontraran con la misma resistencia suicida, el esfuerzo se cobraría unos 2,5 millones de bajas. Se trataba de una cifra inaceptable, lo cual contribuyó en gran medida a la decisión de Truman de soltar las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. Estados Unidos hizo un razonamiento utilitarista. ¿Qué era preferible? ¿Dos millones y medio de soldados estadounidenses heridos o muertos (amén de varios millones más de japoneses heridos o muertos, tanto civiles como militares) como resultado de una invasión convencional, o ninguna baja estadounidense y 100.000 japoneses heridos o muertos como resultado de la explosión de una o dos bombas no convencionales? Tal era el cálculo crudo de la guerra, indiferente ante el sufrimiento y la muerte de las víctimas. Sólo los japoneses pueden contarnos lo que se siente al ser destinatarios de un arma nuclear: un horror y una tristeza que soportan como pueblo en una soledad inimaginable.

Japón es la primera y todavía la única nación que ha sido bombardeada con armas nucleares, y esperemos que también la última. Es una distinción trágica y horrenda. No obstante, en justicia debe decirse que el Japón imperial hizo «méritos» para recibir esta distinción, teniendo en cuenta su militarismo extremo que incluía la defensa suicida de las islas del Pacífico, los ataques de kamikazes contra los buques estadounidenses y las

atrocidades criminales contra poblaciones civiles y prisioneros de guerra por igual. El extremo del belicismo agresivo mostrado por el Japón imperial acarreó consecuencias extremas al pueblo japonés que, guiado por lobos, fue víctima de la masacre nuclear. No obstante, en la actualidad, a muchos japoneses les cuesta todavía reconocer la culpabilidad de su antiguo régimen en la brutal colonización de Asia.

Si menciono a los japoneses es por un motivo muy importante. Fueron bombardeados con armas nucleares y obligados a rendirse sin condiciones debido, sobre todo, a que no estaban dispuestos a abandonar la guerra suicida. Muchos estadounidenses ven los hechos del 11-S como análogos a los de Pearl Harbor. Ambos fueron ataques sin provocación llevados a cabo en terreno estadounidense por fuerzas beligerantes hostiles a la libertad, la razón y el proceso político democrático que más o menos caracterizan a la civilización occidental. Estados Unidos siente una justificada inquietud ante el peligro de que, si los extremistas islámicos llegan a hacerse con armas nucleares, o con material radioactivo suficiente como para fabricar «bombas sucias», las utilicen contra la población civil estadounidense. Mientras que la respuesta de Estados Unidos a los atentados del 11-S fue provocar un rápido cambio de régimen en Afganistán e Iraq, acción que entraña amenazas e incentivos paralelos para Pakistán, Irán, Siria y otros países que amparan el terrorismo islámico y que se niegan a ayudar a llevar a los terroristas ante la justicia. Algunos se han preguntado: ¿cuál sería la respuesta de Estados Unidos al terrorismo nuclear? Espero que nunca tengamos que contestar a eso. Conozco a algunos estadounidenses partidarios de una rápida adopción de represalias nucleares en masa contra las poblaciones urbanas de los gobiernos que apoyan el terrorismo. Por mi parte, considero que una amenaza verdadera de represalias nucleares no disuadiría a los terroristas islámicos, como ocurrió con la antigua Unión Soviética. En Oriente Medio, la teoría de la disuasión sería otra rana picada por el escorpión del fanatismo suicida.

La disuasión surtía efecto contra los soviéticos porque tenían un interés auténtico en no ver destruido su país. Lo mismo podía decirse de los estadounidenses. De ahí que la locura de la «destrucción mutua asegurada» mantuviera la cordura de todos. Así era la lógica de la Guerra Fría. A mí no me gustaba pero —como al resto de la gente— no me quedaba más remedio que vivir con ella. Era extraña, más extraña aún que los extraños métodos de dominación mundial de las comedias *Strangelove* y *Strange Brew*, pero daba resultado. Abro un paréntesis para expresar mi consternación por el hecho no sólo de que Pakistán y la India posean bombas nucleares, sino de que ambos países parezcan entusiasmados con la idea de escribir el próximo capítulo en el libro de la disuasión nuclear. Pakistán, un país musulmán no árabe que abriga una enemistad considerable contra las civilizaciones india y occidental, y cuya última moda consiste en quemar iglesias cristianas, es uno de los principales candidatos para surtir a los terroristas

islámicos de armas nucleares o material radioactivo.

No obstante, aunque la disuasión dé resultado con la India y Pakistán, podría fracasar de forma estrepitosa en Oriente Medio. Osama bin Laden, por ejemplo, parece buscar la destrucción de su país natal, Arabia Saudí. Al organizar los atentados del 11-S quiso asestar un golpe tanto al gobierno de la Casa Real de los Saud como a Estados Unidos. Como hemos visto, Oriente Medio es una región cuyas manifestaciones adoptan formas enrevesadas; tanto que la tesis de la disuasión de la Guerra Fría podría no ser aplicable allí. Israel ha poseído armas nucleares durante mucho tiempo, pero la doctrina de la disuasión lo obliga a no ser nunca el primero en utilizarlas. No obstante, el terrorismo islámico podría ser insensible a la disuasión, por lo que tal vez un día ardan las arenas del desierto.

La partición política y el terrorismo

Al término del siglo XIX, en el último año del reinado de la reina Victoria, el Imperio británico había alcanzado su cenit. En el transcurso de los cincuenta años siguientes desapareció por completo y, aunque dejó tras de sí un legado cultural inestimable (la Commonwealth británica), pasaría a Estados Unidos el relevo del dominio mundial. Los británicos demostraron ser muy aficionados a dividir sus colonias, y la partición que hicieron de Palestina sólo fue una de las muchas maniobras divisorias que dieron lugar de forma invariable al terrorismo. Como hemos visto en el capítulo anterior, el inherente extremismo de Oriente Medio hizo que Palestina fuera dividida dos veces; el «mundo árabe» aceptó la partición de 1922 que creó Cisjordania y Transjordania, pero rechazó la nueva partición de Cisjordania en 1947, que a su vez creó Israel y Palestina. En todas las demás tentativas británicas con el trazado de mapas, una partición había bastado para consolidar las separaciones y el aislamiento mutuo entre culturas (y crear campos de cultivo idóneos para el terrorismo oportunista). Palestina necesitaba una partición extra para rematar la jugada, y los británicos estaban más que dispuestos a ello.

Mucho antes, Reino Unido había dividido Canadá en dos partes: el Canadá alto anglófono (Ontario) y el Canadá bajo francófono (Quebec), y en las décadas de 1960 y 1970 aparecieron los terroristas del FLQ. El *Front de Libération du Québec* puso bombas en los buzones del opulento municipio anglosajón de Westmount. En 1970, el FLQ secuestró al agregado comercial británico James Cross y al ministro de Educación de Quebec Pierre Laporte. Cross fue puesto en libertad posteriormente, pero Laporte, que tenía esposa e hijos, fue asesinado por sus secuestradores.⁸ ¿Qué «crimen» había cometido? Había servido al pueblo de Quebec como ministro nombrado por su gobierno elegido democráticamente, en virtud de las leyes federales y provinciales.

En 1976, cuando el periodista y héroe popular René Lévesque fue elegido primer ministro de Quebec sobre la base de un partido separatista, los quebequeses empezaron a hacer realidad muchas de sus ambiciones culturales y políticas más preciadas, lo que los equiparó civilmente al Canadá anglófono. El terrorismo no aceleró ese proceso político, sino que lo obstaculizó y lo puso en peligro. El FLQ no liberó al Quebec: los quebequeses se liberaron a sí mismos al aprender a ser parte y servirse de un proceso democrático constitucional que los británicos, con su buen hacer, habían instaurado: un sistema basado en la ley, no en el terror. La locura británica era la locura de todos los imperialistas: consistía en no preocuparse por comprender las culturas de los pueblos que creían haber conquistado hasta que era demasiado tarde. Ahora bien, este hecho no exculpa ni exonera a los terroristas.

Los británicos dividieron Irlanda en dos partes: la protestante Irlanda del Norte y la católica Irlanda del Sur, y en el marco de lo que se conoce como «the Troubles» [los problemas] de 1920 surgió el IRA. La oleada de violencia del *Irish Republican Army* duró décadas y dejó tras de sí una estela de crueles asesinatos, de civiles en su mayor parte. El repertorio de atrocidades con motivaciones vengativas en ciudades como Belfast, donde hombres, mujeres y niños morían por ser protestantes o católicos en atentados con bomba provocados por protestantes o católicos, es un trágico recordatorio de que el cristianismo no se encuentra muy alejado de su legado abrahámico de violencia airada, y por ello nunca será del todo inmune a ella. «Mía es la venganza», dijo el Señor, mientras que Jesús decía: «Ofreced la otra mejilla.» Sin embargo, las escrituras no pueden frenar el terrorismo. El IRA colocaba bombas en Harrods en épocas navideñas para transmutar los actos de amor de los que compraban regalos para sus seres queridos en deleznales actos de matanza.

Tales actos de terrorismo no eran las transmutaciones alquímicas del alma que Aristóteles y Newton buscaban en la mítica piedra filosofal, sino manifestaciones políticas efectuadas por medios violentos utilizando a las víctimas más inocentes y preciadas, mujeres y niños haciendo las compras de Navidad, como carne de cañón política en una campaña para que imperara el terror en lugar de la ley. El denominado «brazo político» del grupo terrorista, es decir, el Sinn Féin, podría haber hecho progresar su causa de forma más rápida y suave sin la violencia terrorista.

En 1947, los británicos dividieron la India en dos partes: la India hindú y el Pakistán musulmán, que a su vez se dividiría posteriormente en los dominios Oriental y Occidental, separados por el subcontinente índico. Fue Gandhi quien, con la práctica del *satyagraha*, un híbrido de la no violencia militante entre la desobediencia civil de Thoreau y la purificación espiritual del *bramacharya*, expulsó a los británicos movilizandando un ejército de maestros, armados tan sólo con verdades morales, que de

forma paulatina pero agresiva educaron a los británicos hasta que éstos se dieron cuenta de que la India estaba preparada para ser libre y responsable de su propia custodia política. No obstante, la inquietante existencia de enfrentamientos entre hindúes, musulmanes y sijs, con agravios centenarios y rivalidades tribales bullendo en las regiones del subcontinente, indujeron a los británicos a optar por la partición para evitar la guerra civil y la anarquía.

Al margen de que la partición británica inhibiera o exacerbara la anarquía autóctona de la India, lo que sí trajo consigo fue el desplazamiento de diez millones de personas (refugiados hindúes, musulmanes y sijs), que huyeron de las matanzas de un grupo contra otro, con los sijs atrapados en medio (aunque no en el camino medio, por desgracia). Dos millones de personas, civiles en su mayoría, murieron a raíz de la partición británica de la India y del nacimiento de Pakistán. En el pasado, las huelgas de hambre y la fuerza espiritual de Gandhi habían evitado que esta misma escalada de violencia explotara en la rica pero volcánica matriz de subculturas que pueblan el subcontinente. Sin embargo, ni el proverbial rey Canuto ni Gandhi podían detener las mareas. En este caso, el propio Gandhi había abierto el paso a la marea de la partición tras la marcha de los británicos.

Y entonces, en 1947, los británicos dividieron Palestina en dos nuevas partes. Esta medida ayudó al renacimiento de Israel, pero también contribuyó a incendiar una región conocida por sus agudas y crónicas inflamaciones políticas, que se remontan milenios, hasta la época del Génesis, al mismo Abraham. Los judíos y los árabes son primos semitas, tribus de parentesco cercano y ancestral. Saben cómo llevarse bien y cómo llevarse mal. Son pueblos orgullosos y obstinados de linaje antiguo y larga memoria; son los descendientes vivos de los pueblos originales del Génesis, los supervivientes de guerras bíblicas de proporciones épicas, en las que una deidad iracunda fulminaba a los enemigos infieles. Estaba claro que esta partición no se hacía en un lugar cualquiera.

La OLP, liderada por Yasser Arafat, y sus posteriores y cada vez más violentos derivados que han surgido por todo el «mundo árabe» (Hezbollah, Hamás, Al Aqsa, Al Qaeda) son con diferencia las formas de terrorismo más virulentas engendradas por una partición británica. Los terroristas árabes fueron pioneros en el secuestro de aviones europeos de uso civil, la masacre de viajeros civiles en aeropuertos europeos, el secuestro y asesinato de atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Múnich, además de un gran repertorio de asesinatos en forma de horror suicida infligidos a civiles israelíes.

Los europeos optaron por el apaciguamiento con la OLP como respuesta al terrorismo, y lo hicieron por muy diversas razones. Para participar en la Guerra Fría y prosperar económicamente, necesitaban el petróleo árabe. Además, todos los países

Europeos poseían crecientes poblaciones árabes y musulmanas, a quienes tenían (y siguen teniendo) cada vez más miedo de enojar si condenaban el terrorismo árabe e islámico. Con todo, muchos dirigentes árabes eran, y son, blancos potenciales del terrorismo que caminan sobre la cuerda floja cuando tratan de aplacar o contener a las facciones terroristas fanáticas en sus propios países. Uno de los que cayeron de la cuerda fue el rey Abdullah de Jordania, que murió asesinado por querer hacer las paces con Israel; también Anwar Sadat de Egipto fue asesinado por firmar esa paz. Justo al este de Arabia, el acérrimo prooccidental sah de Irán fue depuesto por el furibundo antioccidental ayatolá Jomeini. En Israel, Isaac Rabin, otro luchador por la paz, fue asesinado por un judío radical. Rafiq Hariri, reconstructor de un Líbano devastado por más de una docena de facciones rivales y dominado por Siria durante 29 años, murió asesinado a manos de fanáticos islámicos o por los protectores sirios de éstos. Por cada rana que ayuda a llegar a la orilla de la paz en la región, legiones de escorpiones suicidas esperan su ocasión de picarla.

¿Ha habido también terroristas judíos? Sí. Las bandas Irgun y Stern fueron las dos más destacadas. Actuaron durante el fin del mandato británico y el período previo a la partición. Dado que atacaban principalmente objetivos militares británicos, tal vez se los pueda catalogar de grupos de guerrilla y no de terroristas, pero sus estrategias y tácticas eran terroristas. En 1946, Irgun provocó una explosión en el hotel King David de Jerusalén, que había sido apropiado por el Alto Mando británico. Murieron 99 personas: oficiales británicos judíos y árabes. Éste y otros abyectos actos de terrorismo judío fueron denunciados por David ben Gurion y el gobierno provisional de Israel, cuya inflexible posición contra el terrorismo hizo que el gobierno legítimo de Israel se ganara partidarios.

Aunque el terrorismo surgió como un efecto secundario político de las particiones británicas en Canadá, Irlanda, la India, Palestina y otras antiguas posesiones coloniales británicas, también ha surgido en muchos otros países que nada tenían que ver con los dominios británicos. El pueblo español tiene una dolorosa experiencia con ETA, el grupo terrorista vasco. El pueblo peruano tiene una dolorosa experiencia con el terrorismo de Sendero Luminoso, un grupo maoísta que fue fundado por un profesor neomarxista, Abimael Guzmán, y que se cobró 30.000 víctimas durante su reinado de terror. El pueblo colombiano tiene una dolorosa experiencia con terroristas tanto de la izquierda política («guerrilleros») como de la derecha política («paramilitares»), dedicados por igual al secuestro, la extorsión, el asesinato y el narcotráfico. El pueblo esrilanqués tiene una dolorosa experiencia con los Tigres de Tamil, un grupo de «liberación» de guerrilleros que también se sirve de tácticas terroristas en su insurrección armada contra el Estado de derecho de Sri Lanka. El pueblo alemán fue aterrorizado por la banda Baader-Meinhof

en las décadas de 1960 y 1970, y los italianos, por las Brigadas Rojas en las décadas de 1970 y 1980. Estos grupos de «terrorismo urbano» surgidos por imitación se caracterizaban por dedicarse a actividades como el narcotráfico, el secuestro y el asesinato de civiles. Los estadounidenses recuerdan el SLA, o Ejército Simbionés de Liberación, que secuestró y lavó el cerebro a la heredera Patty Hearst, que posteriormente los ayudó a robar un banco a punta de pistola.

Por último, los defensores del feminismo y críticos de la «violencia masculina» deberían también tomar nota de lo siguiente: como hemos visto en el capítulo 9, durante el apogeo del terrorismo urbano europeo, más de la mitad de los terroristas más buscados de Europa (14 de 22) eran mujeres. Margaret Mead había advertido de los peligros de despertar los poderes demoníacos de las mujeres al separarlas de su lugar natural en el hogar. Los extremos de la liberación de la mujer en Occidente y del igualitarismo marxista en Asia produjeron una generación de mujeres terroristas, más buscadas en Europa y más temidas en Vietnam que sus homólogos masculinos. Fue la esposa de Mao la que instigó la Revolución Cultural, durante la cual el aparato terrorista que tenía las riendas del propio gobierno asesinó entre 40 y 70 millones de intelectuales y otros ciudadanos chinos.

En efecto, éste es el objetivo final de muchos terroristas: hacerse con el poder político para empezar a recrudecer sus matanzas. Las aspiraciones políticas de los terroristas no consisten en liberar a los seres humanos, sino en esclavizarlos y destruirlos. El terrorismo no favorece el desarrollo humano, la compasión ni la apreciación del valor de la vida, sino que provoca la deshumanización y la destrucción, la venganza, el odio, el desprecio a la vida y la veneración de la muerte. Los peores excesos de la historia humana se encuentran inextricablemente unidos al hostigamiento de las poblaciones civiles por sus propios gobernantes, en cualquier lugar y época donde el imperio subjetivo de hombres (o mujeres) crueles acaba con el imperio objetivo de la ley. Adolf Hitler, Josif Stalin, Fidel Castro, Idi Amin, Pol Pot, Slobodan Milosevic, Saddam Hussein (entre un panteón de gánsteres y asesinos en masa del siglo XX) mantuvieron controladas a sus poblaciones con reinados de terror, instituidos y desencadenados con los medios del propio Estado.

El valor de la vida

El belicismo suicida agresivo —emane de Asia o de Oriente Medio— resulta en esencia intolerable a los defensores de la civilización occidental. Los últimos niños de Occidente que murieron en combates suicidas fueron consecuencia de la manía insaciable de Adolf Hitler por la muerte y la destrucción: los restos de las juventudes hitlerianas, que defendieron un Berlín en ruinas contra el salvaje Ejército Rojo. Sin embargo, empezado ya el siglo XXI, a lo largo y lo ancho del «mundo musulmán» se enseña a los

niños a admirar lo que han hecho los terroristas palestinos: convertir a sus propios niños en bombas humanas con el fin de matar y lisiar a hombres, mujeres y niños israelíes.

Así pues, le invito a que reflexione sobre una gran diferencia existente entre las culturas que han practicado el belicismo agresivo suicida en sus formas más extremas (como el militarismo japonés y el terrorismo islámico) y las culturas que están dispuestas a defender luchando sus libertades fundamentales. La diferencia es que un tipo de cultura valora la muerte y el otro, la vida. Los terroristas suicidas no dan valor a su propia vida más allá del de sacrificarse a sí mismos con el objeto de matar a más gente. Por contra, los defensores de la civilización occidental otorgan un gran valor a su vida y la de sus ciudadanos. En el Japón imperial, todas las vidas, por definición y desde el nacimiento, pertenecían al emperador, que podía hacer con ellas lo que quisiera. En la mayoría de las culturas islámicas del mundo hay poca separación, de haberla, entre la Mezquita y el Estado, por lo que, de modo similar, todas las vidas pertenecen a Alá, mientras que los terroristas suicidas son los «mártires» de Alá. En cambio, la mayoría de los países occidentales están regidos por constituciones laicas que propugnan el «derecho a la vida» fundamental de todos los ciudadanos.

Gran parte de los países occidentales (pero no, en el momento de escribir estas líneas, la mayoría de los estados de Estados Unidos) han abolido asimismo la pena de muerte, incluso para los crímenes más abyectos. Erradicar la pena capital constituye un requisito para ingresar en la UE, mientras que otras democracias, desde Canadá hasta Australia, pasando por Israel, lo han hecho ya. Observe además que la mayoría de los asesinos en masa de estos países, sean homicidas en serie o terroristas autóctonos, no suelen ser suicidas. Aunque no valoren la vida de los demás, siguen dando valor a las suyas. Timothy McVeigh era un terrorista autóctono, nacido y criado en Estados Unidos. Declarando una guerra psicótica contra el gobierno estadounidense, en 1995 hizo explotar el edificio federal Murrah en Oklahoma City (Oklahoma), atentado que mató o lisió a más de cien funcionarios y a muchos de sus hijos, que estaban en el servicio de guardería infantil del edificio. Sin embargo, McVeigh no se suicidó. Tuvo que ser detenido, juzgado y condenado por el sistema judicial. Lo mismo se aplica a los asesinos en serie estadounidenses: raras veces son suicidas. Hasta los peores delincuentes autóctonos de la civilización occidental libre valoraban su propia vida: Charles Manson y su secta, Richard Speck, Ted Bundy, David Berkowitz, Jeffrey Dahmer; ninguno de estos horribles asesinos eran suicidas. Las excepciones consisten invariablemente en fanáticos religiosos (como en los casos de la secta de Jonestown y la secta vinculada al cometa Hale-Bopp) o bien adolescentes trastornados (como Eric Harris y Dylan Klebold en la masacre del instituto Columbine).

En marcado contraste, los guerreros y terroristas suicidas han surgido en culturas

basadas en la esclavitud, no en la libertad, en culturas en las que los gobernantes son los propietarios y no los protectores de las vidas de sus ciudadanos. Mientras la civilización occidental valore la libertad y la vida, será objeto de ataques de quienes valoran la esclavitud y la muerte. Hasta los budistas devotos como Daisaku Ikeda reconocen que los terroristas son criminales que deben ser llevados ante la justicia. Como declaró tras el 11-S, «El terrorismo, que cruelmente roba la vida de la gente, nunca puede ser excusado o justificado por razón o causa alguna. [...] [Es] importante que se hagan todos los esfuerzos para identificar a los responsables de este nefando acto y llevar ante la justicia a los involucrados».⁹ Por desgracia, mientras estos criminales gocen de los recursos y la protección de gobiernos soberanos, no podrán ser detenidos a menos que se convenza a tales gobiernos de que los entregue o que se les obligue a ello.

No hay mejor prueba de la diferencia entre las culturas que aprecian la vida y las que la desprecian que el «gradiente de deserción» que se observa en el período inmediatamente posterior a un conflicto violento. Por ejemplo, en los últimos días del Tercer Reich, los soldados nazis de la Wehrmacht (el ejército regular) se rindieron en bloque a las fuerzas estadounidenses, británicas y canadienses en el frente occidental. Muy pocos se rindieron ante los soviéticos en el frente oriental. ¿Por qué? Porque en Occidente se trataba a los prisioneros de guerra alemanes de forma humana, aunque algunos de ellos fueran crueles asesinos en masa. Los totalitaristas soviéticos (que condenaban al gulag a sus propios prisioneros de guerra liberados por «colaboración con el enemigo») se vengaban de forma brutal de los prisioneros de guerra alemanes, ya que los nazis habían tratado como esclavos, en el mejor de los casos, a los eslavos.

De modo similar, durante la Guerra Fría, los gradientes de deserción fueron abrumadoramente elevados tras los telones de Acero y de Bambú a la hora de rendirse al Occidente libre, pero casi nunca a la inversa (con escasas excepciones, como la del agente doble británico Kim Philby, que desertó a la URSS). ¿Adónde se proponían huir los cubanos? A Miami, no a Moscú. ¿Adónde intentaban varar los vietnamitas que huían en pateras? Al Occidente libre, a salvo de los asesinos en masa que devastaron y diezmaron el sureste asiático en nombre del comunismo. ¿Cuántos mexicanos han cruzado la frontera estadounidense de forma ilegal, al preferir buscarse la vida siendo apátridas en Estados Unidos antes que seguir siendo ciudadanos de México? Nadie lo sabe: decenas de millones, como mínimo. ¿Cuántos estadounidenses han huido a México de forma equivalente? Dejando aparte a turistas y jubilados, muy pocos. De igual modo, decenas de millones de musulmanes procedentes de Oriente Medio y del norte de África han emigrado a la Unión Europea. ¿Cuántos ciudadanos de la UE han emigrado a Oriente Medio y al norte de África? Muy pocos, y precisamente por los mismos buenos

motivos. Prefieren las culturas que aprecian la vida a las que la desprecian. Las que valoran la vida, valoran también la libertad, la oportunidad y la esperanza. Las que valoran la muerte, valoran también la esclavitud, la opresión y la desesperanza.

El gradiente de libertad

Durante la Segunda Guerra Mundial, y en los recónditos resquicios de la cultura militarizada del Japón imperial, dos hombres extraordinariamente valientes y visionarios tomaron un sendero paralelo al de Gandhi en la India, pero con repercusiones mayores en potencia dentro de la aldea global. Ambos eran humildes pedagogos y budistas nichiren. Se llamaban Tsunaseburo Makiguchi y Josei Toda. Fueron los dos primeros presidentes de Soka Gakkai, que significa «Sociedad para la Creación de Valores». Al parecer, los señores Makiguchi y Toda eran las dos únicas personas en Japón plenamente conscientes de que la cultura entonces vigente del belicismo agresivo suicida equivalía a la destrucción de los valores, empezando con la destrucción generalizada de la vida en sí, el más precioso fenómeno de todos. Así pues, estos dos hombres desafiaron a su emperador, ejército y cultura al declararse objetores de conciencia al imperialismo y al militarismo japonés. Dudo que el concepto de «objeto de conciencia» existiera en la mente o en el lenguaje japonés de la época. En todo caso, aquellos dos hombres fueron encarcelados, y el señor Makiguchi acabó muriendo entre rejas. Tras la guerra, el señor Toda fue puesto en libertad, y siguió sustentando la Soka Gakkai. No tardó en hallar un sucesor capaz, el presidente Daisaku Ikeda, bajo cuyo liderazgo Soka Gakkai International (SGI) florece y crea valores en todo el mundo.

Sean tibetanos, zen, nichiren o de cualquier otra escuela, los budistas sinceros se caracterizan por una renuncia personal y una resistencia pacífica a la violencia en cualquier forma concebible. Y ¿adónde fluye el gradiente de migración budista? Una vez más, a Occidente. Tras los largos viajes y estancias del budismo en Asia, migró de Japón a Estados Unidos y Europa con los vehículos zen y SGI; al Occidente libre, donde puede echar raíces y florecer. Y ¿adónde fue el Dalai Lama, después de que la China comunista ocupara el Tíbet en 1951, obligara a su gobierno a exiliarse y suprimiera sin miramientos la cultura tibetana? Las democracias occidentales no movieron ni un dedo para salvar al Tíbet, pero dieron refugio a los exiliados tibetanos. El Dalai Lama fundó una base en Dharamsala, la India, la democracia más poblada del mundo, y los tibetanos no tardaron en crear centros culturales en Reino Unido y Estados Unidos, construyeron universidades y monasterios, tradujeron y publicaron sus libros, y en términos generales obsequiaron a Occidente con su cultura. ¿Por qué? Porque Occidente era lo bastante libre como para recibirla.

En el pueblo de Monroe (Nueva York), a una hora escasa de Manhattan, judíos,

cristianos, musulmanes, hindúes, budistas, ateos, agnósticos y sus hijos (practicantes de todas las religiones y ninguna) son libres para deambular libremente por los apacibles estanques y dar de comer a los patos, gansos y cisnes. Son tolerantes con las diferencias de credo de los demás, y conscientes de la humanidad de cada uno. Escenas como ésta son posibles en muchos lugares, pero no en todos. ¿Qué es lo que las hace posible? Una autoridad política laica, una economía productiva, una libertad civil y una educación tolerante.

La guerra total y la higiene tecnológica

La siguiente cuestión se ha planteado de forma repetida: ¿cómo pueden países occidentales como Estados Unidos justificar los bombardeos aéreos que matan a civiles inocentes, y a la vez condenar las decapitaciones terroristas de civiles occidentales secuestrados? ¿No es una incongruencia? En efecto, así lo parece. Desde una perspectiva budista, en concreto, matar siempre es malo. Así pues, vamos a sondear los orígenes de esta incongruencia. Las fuentes principales de las que emana son la guerra total y la higiene tecnológica, con los omnipresentes vestigios de la caballería.

Hemos visto, aunque de forma superficial, que el xx fue el primer siglo de la guerra total, en la que se consagraron todos los recursos nacionales al esfuerzo bélico. Durante la matanza mecanizada de la Primera Guerra Mundial, mientras las ametralladoras y la artillería pesada masacraban a los jóvenes en edad militar, las mujeres trabajaban en las fábricas para abastecerlos de armas y otros materiales. Como hemos visto en el capítulo 9, las mujeres se dedicaron en bloque a hacer «trabajo de hombres» por primera vez. No obstante, estas mujeres y otros trabajadores civiles, tan importantes para el esfuerzo bélico, seguían siendo considerados no combatientes. Incluso los hombres atrincherados en ambas líneas del frente, que vivían y morían con valentía en condiciones de un horror inimaginable, conservaban suficientes vestigios de caballería como para que las partes enfrentadas intercambiaran regalos y se cantaran villancicos en tierra de nadie durante las treguas navideñas, en los primeros años de aquella «guerra para terminar con todas las guerras». Sin embargo, cuando los alemanes violaron las convenciones del momento y empezaron a emplear gas mostaza, los regalos y los villancicos cesaron. La guerra no podía hacerse más brutal, pero sí más despiadada.

Con todo, por regla general los prisioneros de guerra recibían un buen trato. Los pilotos derribados tras las líneas enemigas eran tratados con especial consideración, incluso cuando caían en manos de los hombres que habían estado bombardeando o ametrallando momentos antes. Los pilotos eran oficiales, y la caballería exigía que recibieran un trato acorde a tal grado. La caballería es un valor común en toda la geografía occidental, y es el equivalente occidental del *bushido*: una ética para el

guerrero. La caballería exige una actitud valiente en el combate, pero también distingue entre combatientes y no combatientes, y contempla el trato humano a los guerreros capturados o derrotados. En otros tiempos, la caballería marcaba las reglas del juego para los nobles medievales, pero sus preceptos centrales seguían consagrándose a los códigos éticos de la guerra del siglo XX, siendo los más notorios los convenios de Ginebra y La Haya.

Una forma de distinguir a los «buenos» de los «malos» en cualquier juego, incluida la guerra, es observar quién obedece las reglas del juego y quién las quebranta. A los alemanes se los consideraba tramposos, ya que violaron la neutralidad belga y utilizaron agentes químicos prohibidos (el fosgeno y otros gases) como armas. Estos cargos pueden parecer insignificantes en los contextos de las guerras posteriores; sin embargo, como violaciones de las convenciones al uso, en aquella época tocaron cuerdas morales muy sensibles entre los aliados. Y mientras que los gobiernos del momento habrían seguido masacrando indefinidamente a los ejércitos de reclutas contrarios y aniquilando a los jóvenes de los países enemigos conforme a sus reglas del juego, pocos o ningún general de la Primera Guerra Mundial se habrían planteado siquiera tocar un pelo de un civil no combatiente, fuera éste hombre, mujer o niño.

Las reglas cambiaron en la Segunda Guerra Mundial; pero ni siquiera entonces murió el sentido de la caballería, aunque sí contrastaba de forma más marcada que nunca con la guerra total. Como he mencionado antes, los nazis ayudaron a Franco a bombardear la ciudad vasca de Guernica en 1937. Mil seiscientos civiles no combatientes perecieron en un bombardeo de tres horas con explosivos de alta potencia y proyectiles incendiarios. Fue un punto de inflexión en la guerra moderna, no sólo a la hora de establecer la importancia de la superioridad aérea, sino también de sentar el precedente de tratar a poblaciones civiles urbanas e inermes como combatientes de primera línea. Hitler adoptó poco después esta práctica durante la masacre de Coventry y el ataque relámpago de Londres. Sobre los ciudadanos no combatientes de la capital británica cayó una lluvia de muerte no sólo en forma de bombas de la Luftwaffe, sino también de misiles V1 (y posteriormente V2) con cabezas explosivas.

Apenas cabe duda de que, una vez que hubo cambiado finalmente el curso de la Segunda Guerra Mundial, las tormentas de fuego aliadas que devastaron las ciudades de Dresde, Hamburgo y Tokio (y que mataron a más personas que las bombas atómicas) fueron actos de represalia por el trato cruel e inhumano que los nazis en Europa y los japoneses en Asia reservaron tanto a las poblaciones civiles como a los prisioneros de guerra.

Los aliados occidentales seguían practicando ciertas formas de caballería,

incluido el tratamiento humano de los prisioneros de guerra (lo que, una vez más, explica por qué muchos criminales de guerra nazis se rindieron a Occidente y no a los soviéticos); pero las poblaciones civiles ya no estaban exentas de ser tratadas como soldados en primera línea. El motivo no fue que la caballerosidad hubiese menguado, sino que la higiene tecnológica había crecido.

Para comprender cuál es el mecanismo de la higiene tecnológica, pregunte a los niños pequeños de dónde vienen las hamburguesas. La experiencia les dice que una hamburguesa es un alimento rojo crudo que viene del supermercado, envuelto a la perfección en celofán y presentado en bandejas de poliestireno, o bien viene cocinado y empaquetado en un establecimiento de comida rápida. Los niños urbanos no conocen ni por asomo la cría intensiva de ganado, al que se droga, engorda, transporta, sacrifica, trocea, empaqueta y presenta para el consumo público. Todos los aspectos del hacinamiento, la alimentación a la fuerza, el sufrimiento y el dolor, más la muerte, la sangre y las tripas del matadero; todo el trato increíblemente cruel que el sector cárnico inflige a estos animales y que culmina en una matanza planificada se esconde por completo de los usuarios finales (los consumidores) mediante la higiene tecnológica. Todo lo que éstos ven es el producto final: un pulcro paquete de hamburguesas. A los niños, y también a los adultos, les resulta imposible rastrear el proceso que ha seguido este paquete hasta la vaca de la cual procede. La higiene tecnológica elimina este rastro para que nunca se vea la carne como el producto final de un proceso de matanza planificada de seres sensibles.

Cuando los nazis hicieron exactamente lo mismo a los judíos, los gitanos y otras personas, se consideró que habían perpetrado el mayor crimen contra la humanidad de los sangrientos anales de la historia. Sin embargo, los jefes de estación que hicieron que los trenes de la muerte salieran a su hora hacia Auschwitz, como todos los burócratas participantes en las matanzas planificadas de seres humanos, también estaban cegados por la higiene tecnológica. Hacer que un tren salga a su hora se disocia del acto de matar, aun cuando se trate de un eslabón básico de la cadena del asesinato en masa planificado. Sean personas o ganado los seres sensibles que ocupan el tren, la higiene tecnológica separa en el espacio y el tiempo a los cómplices del asesinato en masa de los verdaderos asesinos, de modo que los cómplices no tienen en absoluto conciencia de serlo. Heinrich Himmler, que estaba a cargo de la denominada «solución final» de los nazis (el exterminio de los judíos), no podía soportar presenciar una sola ejecución, y mucho menos apretar un gatillo en persona. Sin embargo, la higiene tecnológica le permitió orquestar el asesinato en masa de millones de seres humanos.

De modo parecido, la higiene tecnológica facilita el bombardeo de poblaciones civiles. Los hombres que tripulan los aviones bombarderos tienen mujer e hijos en casa, y la

mayoría de los tripulantes de un bombardero nunca tocaría ni un pelo de las mujeres y los niños que aniquilan desde el aire si se los encontraran en persona, en la calle. Sin embargo, la higiene tecnológica transforma el asesinato de civiles indefensos en una misión que cumplir, o un blanco que eliminar, o una orden que obedecer; lo que permite que los tripulantes de un bombardero se disocien del acto de acabar con vidas humanas, igual que permite que mujeres y niños compren hamburguesas en el supermercado mientras se ven «comprando para la cena» y de modo análogo se disocian del acto de terminar con vidas bovinas.

Apreciar y respetar el valor de la vida de todos los seres sensibles se acerca al núcleo de la filosofía budista. A la vez, apreciar y respetar el valor de la vida humana, al menos bajo ciertas condiciones, se acerca al núcleo de la caballería y la civilización occidental. A esto se debe que los budistas hayan buscado y encontrado refugio en Occidente, pero todavía no en Oriente Medio.

Valorar la vida significa respetarla. Entre otras cosas, significa apreciar a los seres humanos por ser humanos en lugar de despreciarlos por sus creencias religiosas o sus orígenes culturales. Éste es el motivo de que los occidentales se horroricen cuando unos extremistas islámicos decapitan a civiles ante cámaras de vídeo. Que la guerra es un infierno, que matar es malo y que la violencia engendra violencia lo sabemos desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, cuando las fuerzas armadas de la civilización occidental libran combates mortales contra el enemigo, frente a frente, reconocen —al contrario que los terroristas— el valor de las vidas de los prisioneros de guerra, los no combatientes y otros civiles. El terrorismo es un comportamiento inaceptable no sólo en Occidente, sino cada vez más en toda la aldea global.

Permítame que explique claramente mi postura: no hay superioridad moral en la destrucción violenta de vidas humanas, sea cual sea el medio. Bombardear a personas mediante la higiene tecnológica no es moralmente superior a decapitarlas ante cámaras de vídeo. No obstante, apreciar la vida humana sí que es moralmente superior a despreciarla. Los nobles medievales que se regían por la caballería artúrica, al igual que los caballeros que practican las artes confucianas, no se alinean con personas ni con tribus ni con ideologías, sólo con el bien. Estos nobles y caballeros sacrifican sus vidas por el bien, en contraste con los terroristas que sacrifican las vidas de los demás por el mal. Los nobles y los caballeros protegen a los débiles, los inocentes, los descuidados, los despreocupados, los desarmados y los indefensos, en lugar de abusar de ellos como hacen los terroristas. Quienes practican las artes de la nobleza y la caballería valoran claramente la vida humana más que quienes practican el terrorismo; y, por tanto, son moralmente superiores a ellos.

Por suerte, la virtud de la nobleza y la caballerosidad pertenece a toda la humanidad, no sólo a Occidente o a Extremo Oriente, por lo que reside también en los corazones y las mentes de las civilizaciones islámica e india. Es el budismo —la más grande de las grandes filosofías aportadas por la India— lo que puede estimular el renacimiento de estas virtudes en todo el islam. De hecho, ya está sucediendo. En todo el mundo hay musulmanes que manifiestan la virtud de la caballerosidad y que sirven al bien al alzar su voz contra el mal del terrorismo.

Los musulmanes caballerosos alzan su voz

Los musulmanes pacíficos de todo el mundo también aprecian la vida humana, y por ello están empezando a denunciar de forma estentórea a los terroristas islámicos que la desprecian. Los intelectuales y eruditos musulmanes poseen autoridad suficiente como para distanciarse y renegar de las justificaciones religiosas tan simplistas que ofrecen los fanáticos suicidas del terrorismo. Uno de muchos ejemplos sería Mohammed Abu-Nimer, profesor de Paz Internacional y Resolución de Conflictos en la American University's School of International Service en Washington, D. C. El profesor Abu-Nimer escribe:

Atacar y aterrorizar a civiles, activistas de derechos humanos, personal de asistencia humanitaria y defensores de la paz nunca ha sido una forma islámica de resistir a la ocupación ni de combatir la opresión. [...] En el islam no hay justificación religiosa para acciones brutales y despiadadas como la decapitación, el ataque aleatorio a mezquitas o el hostigamiento de civiles sea cual sea su nacionalidad.¹⁰

Otro destacado defensor islámico de la moderación y la tolerancia es el imán Feisal, fundador de la American Society for Muslim Advancement (ASMA). Se ha manifestado en los términos siguientes:

El Corán nos advierte de que no debemos ceder ante este tipo de provocaciones y nos aconseja: «Si el demonio te incita al mal, busca refugio en Alá.» Este versículo nos enseña que «No es igual obrar bien y obrar mal» y nos insta a responder al mal con las conductas más hermosas, de modo que la persona de quien te separe la enemistad se convertirá en amigo ferviente [41:34-36]. Ésta es la norma ética islámica: transformar el odio en compasión. Hacemos un llamamiento a todos nuestros hermanos musulmanes a cumplir esta directiva coránica.¹¹

Se trata de sentimientos valerosos y encomiables. Por desgracia, para algunos occidentales, extractos del Corán como el que sigue parecen contener una justificación para la brutalidad:

Infundiré el terror en los corazones de quienes no crean. ¡Cortadles el cuello, pegadles en todos los dedos! Es que se habían separado de Alá y de su Enviado.¹²

Así pues, del mismo modo que la civilización occidental se encuentra dividida sobre la forma de responder al terrorismo islámico, desde la contemporización hasta la represalia, la civilización islámica también está manifestando divisiones sobre la forma de responder al terrorismo, desde la aprobación hasta la condena. El profesor Abu-Nimer comprende lo que afirmó Gandhi: que cada uno de nosotros debe ser el cambio que deseamos ver en el mundo. En este sentido, el terrorismo islámico cesará de ser fuente de conflicto internacional sólo cuando una proporción suficientemente amplia de árabes y otros musulmanes pacíficos y moderados lo condenen de forma reiterada e insistente, y en público. En palabras del profesor Abu-Nimer:

Los árabes y musulmanes deben echarse a la calle y movilizar a todas nuestras instituciones sociales, culturales y políticas para que luchen contra estos grupos y sus mensajes de odio, exclusión y ceguera. Cuando todos aquellos que se oponen a tales acciones y estrategias, ya sean pedagogos, farmacéuticos, periodistas, imanes, amas de casa o tenderos, reclamen el espacio público y exijan su fin, la credibilidad y legitimidad de este tipo de ideología terrorista pasarán a ser un tabú religioso, cultural y político.¹³

Tales sentimientos generan una gran esperanza para la aldea global, que acarrea un resultado opuesto al que pretenden los autores de los atentados del 11-S, y que ha abierto una puerta a la modernización de la civilización islámica en sí. En efecto, como ha observado Lee Kwan Yew, entre otros visionarios políticos, la verdadera «guerra contra el terrorismo» es la que debe librar de forma pacífica pero persistente la propia mayoría moral islámica. Mis amigos budistas llaman a esta reacción «generar causas positivas». No podemos deshacer lo ocurrido el 11-S, pero sí que podemos extraer de esta experiencia consecuencias mejores y evitar consecuencias peores.

La guerra contra el terrorismo

Joseph Nye observó que «la democratización de la tecnología ha dado lugar a la

privatización de la guerra». Los terroristas son ciudadanos particulares —agentes no estatales, ayudados a menudo por Estados que simpatizan con el terrorismo— que declaran la guerra a otros ciudadanos particulares a quienes consideran representantes de sus enemigos. Como otras actividades delictivas, el terrorismo puede mantenerse a mínimos mediante una verdadera colaboración entre las autoridades legítimas. En estas iniciativas de colaboración surgen numerosos problemas, siendo uno de los principales el hecho de que dichas autoridades puedan estar compitiendo o manteniendo una paz inestable entre ellas.

Minimizar la delincuencia municipal, provincial y nacional exige la colaboración del gobierno, los militares, los paramilitares, la policía, los servicios secretos, las comunidades y los ciudadanos particulares. Minimizar la forma de delincuencia internacional que es el terrorismo exige la colaboración de numerosos organismos más, muchos de los cuales, como los gobiernos soberanos, compiten unos con otros aún con más ferocidad. Este factor hace que la colaboración antiterrorista sea mucho más difícil. Es posible que a veces sea necesario amenazar, sobornar o cambiar a un gobierno soberano para facilitar su colaboración en la lucha contra el terrorismo.

Además, los terroristas abusan de nuestras virtudes, no de nuestros vicios. Esto los hace todavía más peligrosos; porque cuanto más virtuosa sea nuestra conducta, mayores serán sus oportunidades para cometer actos terroristas. Y si nos rebajamos a su nivel y combatimos el terror con el terror, o con el asesinato selectivo, nos arriesgamos a convertirnos en lo mismo que combatimos. Así pues, parece que, hagamos lo que hagamos, seguirán con los atentados.

Tras el 11-S, el Foro Económico Mundial hizo un gesto sin precedentes. Como muestra de interés y solidaridad, no sólo hacia los neoyorquinos sino hacia todos los ciudadanos de la aldea global, el Foro trasladó su lugar de encuentro anual de Davos a Nueva York. Fue la primera y única vez en su historia que hizo algo semejante. Así pues, 2.500 de los líderes empresariales, políticos y culturales del mundo se reunieron en el hotel Waldorf Astoria, y la mayoría de las decenas de discursos, reuniones informativas y sesiones que se celebraron allí a finales de enero de 2002 se centraron directamente en las causas, los efectos y los remedios de las complejas condiciones que habían dado lugar al 11-S, o bien estuvieron influenciados por este tema.

Cuando en todos los rincones de la aldea global fueron apareciendo análisis acerca de todos los aspectos concebibles del problema y desde todas las perspectivas plausibles, casi todo lo que oí predecía un camino largo y laborioso, una cuestión no sólo de meses y años, sino de décadas y tal vez incluso de siglos. Todo esto se plasmó en el primer plano de ese foro anual. En el segundo plano, sin embargo, algo más empezaba a

despuntar. En realidad, eran dos cosas. En primer lugar, una fisura se abría entre Estados Unidos y Europa, aunque los europeos expresaron su solidaridad con los estadounidenses ante los atentados terroristas del 11-S (la mayor pérdida de vidas humanas en un solo día en suelo estadounidense desde la batalla de Antietam de 1862, durante la Guerra de Secesión). La fisura es mucho mayor ahora, tras el cambio de régimen estadounidense en Iraq. También Estados Unidos se encuentra dividido por Iraq, como hemos visto en el capítulo 6. En segundo lugar, han aparecido muchas señales que me hacen pensar que la civilización occidental ha terminado siendo demasiado opulenta, corta de miras y decadente como para resistir una lucha de poder a largo plazo contra las insurgencias, las incursiones y los atentados terroristas islámicos.

Europa occidental y Norteamérica estuvieron en otro tiempo muy unidas y cohesionadas, cuando hicieron frente común contra la URSS durante la Guerra Fría. El Imperio soviético adoptó el clásico papel hobbesiano de un «poder que los intimide a todos». Al mismo tiempo, las tendencias demográficas y migratorias a un lado y otro de la fisura no podían haber sido más divergentes. La riqueza de Estados Unidos y su proximidad con América Latina ha atraído la inmigración ilegal de decenas de millones de habitantes de México y de muchos otros pueblos de América Latina. Los caucasianos están cesando, como quien dice, de renovar sus poblaciones en la civilización occidental; su tasa de natalidad está por debajo de dos hijos por pareja en Norteamérica y sigue descendiendo, mientras que en Europa occidental es todavía inferior. No puedo más que parafrasear a Martin Luther King: lo que cuenta en cualquier civilización no es el color de la piel de sus gentes, sino lo que contiene su carácter. ¿Mantendrán los que hereden la civilización occidental los principios (libertad, oportunidad y esperanza) que en un tiempo iluminaron el mundo? En ausencia de una reforma educativa en Estados Unidos, nuestros sucesores de todos los colores y tonalidades tendrán una apreciación insuficiente de estos principios para mantenerlos. Si nuestros sucesores no llegan a florecer como pastores y defensores de la libertad, la propia civilización occidental se pudrirá.

En Europa, los datos demográficos son todavía más elocuentes: los habitantes naturales de Europa occidental están desapareciendo por un desgaste autoimpuesto. Los italianos van por «delante», con 1,1 hijos por pareja, mientras que otros países de la UE rondan la cifra de 1,6 o 1,7. Al mismo tiempo, la riqueza de Europa ha atraído a millones de árabes y musulmanes de todos los rincones de la civilización islámica. Inmigraron, por regla general, para aceptar trabajo manual o no cualificado: ocupaciones laborales para las que sus sistemas educativos tremendamente pobres los habían preparado de forma admirable. Para empeorar las cosas, sus agitaciones sociales han despertado sentimientos de clase y prejuicios raciales siempre latentes en la psique europea.

Un rasgo en común a ambos lados de la fisura es un aumento radical de las

poblaciones de inmigrantes en gran medida sin asimilar, que se encuentran atrapadas por su falta de integración en las clases marginadas, donde están superando demográficamente a las mayorías gobernantes. Dado que este proceso se manifiesta con el paso de las décadas, se encuentra más allá de los horizontes tanto de los políticos elegidos democráticamente como de los directivos de empresa que hacen sus informes de trimestre en trimestre. No obstante, ya se está haciendo notar. Piense en Holanda, cuya población musulmana se acerca al 20% del total y es mucho más prolífica que la holandesa. Si todo sigue así, los musulmanes llegarán a ser mayoría en Holanda antes de que termine el siglo, momento en que este país se convertirá en la primera —pero no la última— república islámica. Nadie puede oponerse a ello, puesto que habrá ocurrido por medios completamente democráticos; pero ¿respetarán y sustentarán las gentes islámicas que se apoderen de Holanda la libertad que reside en el corazón de la democracia holandesa? ¿Mantendrán los férreos y centenarios compromisos de Holanda con la libertad de pensamiento y de expresión, que atraieron a gente como Spinoza cuando ningún otro país de Europa estaba dispuesto a tolerarlo? El grueso de los datos de los que ahora disponemos nos indica que ninguna república islámica estará dispuesta a tolerar la libertad y la cultura holandesas. No obstante, ¿durante cuánto tiempo podrán las democracias tolerantes como Holanda tolerar la intolerancia de fronteras adentro y conservar a la vez su carácter esencial?

Un entusiasta de las teorías de conspiración afirmaría incluso que las gentes islámicas que se apoderarán de Holanda llegaron con la precisa intención de no integrarse. Los primeros musulmanes de Holanda eran indonesios que habían acudido a la metrópoli siguiendo los conductos del colonialismo inverso. Aprendieron neerlandés, se convirtieron en holandeses indonesios, no abrigaron prejuicios hostiles contra Occidente y más o menos se integraron. En la actualidad, la gran mayoría de musulmanes de Holanda no son de Indonesia, no añaden «holandés» a su nacionalidad de origen, abrigan hostilidades contra Occidente y no se han integrado. Todos ellos son de África del Norte y Oriente Medio, y sus comunidades sin asimilar se encuentran tan aterrorizadas ahora por el despotismo islámico como lo estaban antes en sus países de origen.

Todo aquel que visita Amsterdam con frecuencia, como yo mismo llevo años haciéndolo, ha notado el cambio. Las calles son más peligrosas, la gente más huraña. A las hordas de jóvenes musulmanes desempleados e inempleables no se les enseña a asimilar las costumbres de Occidente, sino a odiarlo. Conforman un bullente caldo de cultivo de contracultura que agota los recursos de la economía nacional que los sustenta (y que, con ello, se labra su propia ruina). Pim Fortuyn, un fenómeno político de reciente cuño en Holanda que, siendo conservador y gay declarado, traspasaba las líneas divisorias entre los estereotipos, era un candidato importante a primer ministro en 2002.

Uno de sus puntales era la restricción de la inmigración a Holanda, pero un ecologista holandés lo asesinó por sus políticas agrarias. Este suceso pasó desapercibido en Estados Unidos, pero causó una gran conmoción en Holanda.

Los jóvenes desempleados y no integrados plantean problemas en cualquier comunidad política. En Amsterdam, algunos trafican con drogas duras en la calle como forma de recaudar fondos para células terroristas, cuyas antiguas líneas de suministro financieras han sido entorpecidas o bloqueadas por las iniciativas internacionales posteriores al 11-S. Otros desafían con la mirada o amenazan abiertamente a los turistas, sobre todo si son estadounidenses o judíos. Uno asesinó a un cineasta holandés, Theodore van Gogh, por hacer un retrato poco favorecedor de los musulmanes. Este crimen fue un «tanto» anotado por el extremismo islámico, inspirado por los asesinatos mafiosos ensalzados por el cine de Hollywood. El sobrino bisnieto de Vincent van Gogh fue abatido a tiros en la calle y, a continuación, el asesino clavó una cita del Corán en el pecho del cadáver. A modo de represalia, unos jóvenes holandeses quemaron mezquitas de Amsterdam. Para vengarse de estos actos, unos jóvenes musulmanes quemaron iglesias de Amsterdam (y, como muestra de solidaridad, en Pakistán también se quemaron iglesias). Apenas me puedo creer que todo esto esté sucediendo en Holanda, y lo mismo les ocurre a los holandeses. Sin embargo, así es.

Si esto es cierto en Holanda, también lo es en el resto de Europa. Francia ardió recientemente por la furia de hordas de musulmanes norteafricanos no integrados. Todos los Estados de Europa occidental, con inclusión de Reino Unido y de los países escandinavos, se encuentran con tasas de natalidad a la baja, valores deconstruidos y poblaciones islámicas marginadas cada vez mayores. Europa vuelve a ser un campo de batalla, como antaño; pero la forma que ha adoptado ahora la guerra no tiene precedentes: los europeos ven confundidos cómo los musulmanes no integrados colonizan sus culturas en decadencia.

En 2005 entré en un restaurante de comida rápida árabe del centro de Copenhague, vestido con vaqueros azules, una chaqueta de cuero y una gorra de béisbol: el «uniforme» no oficial de los estadounidenses. La comida árabe me encanta (a excepción de los higos regalados), y me apetecía comerla para almorzar. Una docena de jóvenes estaban sentados ociosamente en una mesa larga, fumando cigarrillos, bebiendo Coca-Cola y hablando árabe. Se quedaron callados cuando entré y me miraron abiertamente. Yo les devolví la mirada y les dije «Salaam». Ellos me saludaron del mismo modo y reanudaron su conversación. Me habría gustado saber árabe para comprenderla. El hombre que servía en la barra, habiéndome catalogado de estadounidense, me lanzó una mirada desafiante y dijo:

—Bienvenido a Iraq.

Eché una mirada al exterior. Estaba nevando, y el rótulo de la tienda estaba en danés. No cabía duda de que estaba en Copenhague. Gracias a mi educación «eurocentrista», siempre había pensado que Copenhague pertenecía a los daneses, no a los iraquíes. Al menos, citando a san Agustín, «aún no».

Así pues, acepté el desafío y contesté a mi polemista primo:

—Bienvenido a Nueva York.

El hombre de la barra soltó una risa sardónica y me sirvió una deliciosa bandeja de comida árabe.

Europa está viviendo una invasión a cámara lenta de sus minorías islámicas, que en muchos países podrían ser mayorías en cuestión de décadas (o lo serán en cuestión de un siglo). Es lo que Joseph Nye llamaría «poder blando» (inmigración sin integración) y supone un fuerte contraste respecto al «poder duro» de su invasión del siglo VIII, en la que conquistaron la península Ibérica durante un tiempo sin pasar de los Pirineos. La situación ha cambiado. Las minorías islámicas no integradas tienen poco que perder en Europa y mucho que ganar. Con este método lento pero irrevocable para la demografía, puede que instauren un cambio de régimen en la civilización occidental más efectivo que el que conseguirán Estados Unidos y sus aliados en la civilización islámica. Comparado con este punto de vista estratégico a largo plazo, el terrorismo no es más que una distracción a corto plazo, una mera táctica pensada para hostigar y aterrorizar, y tal vez tomar la medida a las concesiones y a las represiones que en todo caso puedan acelerar el proceso a largo plazo. Mientras tanto, hagamos lo que hagamos, seguirán con los atentados.

Si esto es cierto en Europa, también lo es en toda la franja meridional de la antigua Unión Soviética, cuya desintegración creó un vacío político que están llenando las culturas islámicas con una invasora expansión. Nadie está al frente de este proceso. Supone el auge de la civilización islámica y la caída de la rama europea occidental, de acuerdo con la compleja pero aparentemente irreversible dinámica mundial.

El declive de Estados Unidos es diferente, puesto que también lo es su situación geopolítica y demográfica. La población musulmana en el país es relativamente pequeña: en torno al 2%. En proporción, la presión política ejercida por la comunidad musulmana es reducida, pero va al alza. En Estados Unidos, el islam militante goza del patrocinio ideológico de la institución académica nacional, cuyo odio hacia Israel y Estados Unidos, principio obligado de la cultura universitaria, la convierte en aliada natural de la ideología islámica militante y en patrocinadora entusiasta de la retórica y la dialéctica islámicas antioccidentales.

En este aspecto es donde más se abre la fisura entre Europa y Estados Unidos. Todos los aliados europeos de Estados Unidos por un cambio de régimen en el «mundo islámico» temen reacciones violentas por parte de los musulmanes del territorio nacional: si hacemos algo, seguirán con los atentados. Los terroristas atentaron en Madrid y los españoles se retiraron de Iraq. Los estadounidenses no comparten estos temores. Al contrario: tras el 11-S, muchos sólo temen que no hacer nada instigará más terrorismo. Si no hacemos nada, seguirán con los atentados.

No obstante, mi experiencia en «Davos en Nueva York» me convenció de algo más, en lo cual no estaba solo ni mucho menos. Los senadores y congresistas estadounidenses, los asesores políticos y toda la comunidad intelectual de Estados Unidos oyeron lo mismo que yo. Los representantes de muchas esferas de la civilización árabe e islámica, cuya disposición hacia Occidente iba de la simpatía humanista a la hostilidad flagrante, nos aseguraron (cada uno a su manera) que el terrorismo islámico seguirá durante mucho tiempo, con independencia de lo que hagamos o dejemos de hacer los estadounidenses o cualquier otro occidental. Hagamos lo que hagamos, seguirán con los atentados.

El terrorismo también está dividiendo ahora a la civilización islámica, lo que probablemente es positivo. Nada les gustaría más a cientos de millones de musulmanes pacíficos que formar parte de la aldea global como socios productivos y constructivos de la civilización mundial. Para ello, deberán adoptar reformas de naturaleza diversa, en las dimensiones política, religiosa, económica y educativa. La instauración de democracias constitucionales estables, la separación entre Mezquita y Estado y la introducción de planes de estudios laicos son todas ellas medidas necesarias para la modernización de la civilización islámica. En los lugares donde se tomen, estas medidas actuarán como freno para el terrorismo.

Como he mencionado anteriormente, muchos líderes del «mundo árabe» caminan sobre una cuerda floja política: para mantener el poder político y escapar del peligro de asesinato a manos de fanáticos, se ven obligados a apoyar el creciente fundamentalismo islámico directamente, y a aprobar sus extremos fanáticos indirectamente. Por desgracia, esta actitud obstaculiza la modernización, tolera la virulenta propaganda antioccidental, perpetúa la ignorancia y la pobreza generalizada, priva a la población de libertad, oportunidad y esperanza y crea campos de cultivo para el terrorismo. Esto se aplica no sólo a los Estados islámicos, sino también a las poblaciones no integradas de musulmanes en Europa. La autoría de los actos terroristas islámicos corresponde cada vez más a musulmanes jóvenes y desposeídos que han nacido y crecido en Europa. No obstante, los modelos terroristas principales, así como los modelos de conducta, siguen concentrados en los países islámicos, y es allí donde deben ser desprogramados y

transformados.

Durante décadas, Israel no ha tenido más remedio que soportar los atentados terroristas árabes e islámicos. Tanto cuando han ocupado las zonas temporales de seguridad posteriores a 1967 como cuando se han retirado a las fronteras de la partición de 1947, los israelíes se han visto asediados por influencias hostiles empeñadas en su destrucción. Hasta el 11-S, Europa y Estados Unidos dejaban que los israelíes sufrieran, sangraran y murieran por los atentados terroristas si con ello contentaban a la OPEP, apaciguaban a los déspotas árabes y a las poblaciones islámicas nacionales y mantenían el flujo de petróleo del golfo Pérsico a Occidente. Entre 1948 y 1999, el terrorismo árabe mató a unos 1.795 israelíes: hombres, mujeres y niños que murieron por explosiones en autobuses, cafeterías o restaurantes, que recibieron un tiro en la calle o que fueron asesinados en su propia cama. En la década de 1990, 428 israelíes fueron víctimas mortales del terrorismo, lo que equivale a cerca del 0,01% de la población. Si los terroristas hubieran matado a la misma proporción de estadounidenses, la cifra sería de cerca de 30.000 víctimas. Estados Unidos perdió a 3.000 personas el 11-S, una pérdida que desencadenó dos invasiones militares (Afganistán e Iraq), y es posible que lleguen más. Llevo años diciendo que los estadounidenses no tolerarían vivir como se han visto obligados a hacerlo los israelíes: con el terrorismo como un aspecto cotidiano de la vida. Desde el 11-S, los neoyorquinos, los estadounidenses y todos los pueblos occidentales son israelíes.

Si Estados Unidos y Europa hubieran hecho frente al terrorismo islámico en las décadas de 1970, 1980 y 1990, los atentados del 11-S podrían haberse evitado. Y, dado que Occidente sigue dividido respecto a la forma de responder a dichos atentados (entre el extremo europeo de la impotencia política y el estadounidense del poder militar, mientras que Estados Unidos está dividido entre el extremo del poder bruto y el de la contemporización engañosa), es probable que soporte nuevos y peores actos de terrorismo en el futuro. Seguirán con los atentados si hacemos algo, si no hacemos nada y si no conseguimos ponernos de acuerdo entre la acción y la inacción.

Los cabecillas árabes

Muchos occidentales demuestran una gran dificultad, o renuencia, a la hora de aceptar la mecánica política de Oriente Medio. Higos regalados aparte, el «mundo árabe» siempre se ha agrupado en torno a un «cabecilla»: preferentemente, un guerrero belicoso, que oprime a su pueblo por definición pero que también desafía a Occidente con palabras belicosas y actos violentos. Gamal Abdel Nasser de Egipto era un hombre de este tipo. Derrocó en 1952 el régimen de Faruk (respaldado por los británicos y plagado de burdeles), formó una alianza con los soviéticos y movilizó al «mundo árabe» para

destruir Israel, primero en 1956 y luego en 1967. Sadat desempeñó ese mismo papel en 1973, antes de dar un viraje de 180 grados y convertirse en un guerrero de la paz.

El «heredero» de Sadat era Muammar el Gaddafi de Libia, un dictador de actitud antiguamente desafiante cuyas aventuras terroristas, junto con su predilección por acaparar la atención mediante la infamia, sólo terminaron cuando Estados Unidos bombardeó su palacio de Trípoli y estuvo a punto de matarlo. Esta misión fue llevada a cabo por aviones estadounidenses que salieron de bases británicas con el respaldo de Margaret Thatcher, pero que no obtuvieron el permiso del gobierno francés para sobrevolar el espacio aéreo de Francia en el trayecto a Libia. (Sin duda, la opinión de los franceses era que el ataque aéreo produciría el efecto deseado en la práctica, pero que nunca daría resultado en la teoría.) Escuché el debate que se celebró seguidamente en la Cámara de los Lores, que fue emitido por la BBC y que tardó sólo veinte minutos en eliminar todas las diferencias de opinión y el descontento con Thatcher del público británico culpando a Israel de todo el asunto.

Tras Gaddafi, el modelo de liderazgo evolucionó del dictador desafiante al ayatolá furibundo. La revolución iraní, que sustituyó al prooccidental sah Palevi por el antioccidental ayatolá Jomeini, fue y sigue siendo un freno importante para la modernización de la civilización islámica. El «mundo» árabe e islámico se quedó maravillado cuando este clérigo renegado y su variopinta pandilla de fanáticos religiosos irrumpieron en la embajada de Estados Unidos en Teherán y retuvieron a 250 rehenes estadounidenses durante más de un año. Jimmy Carter y su gobierno sufrieron la humillación de verse incapaces de resolver la crisis de forma oportuna y decisiva, y todo el «mundo islámico» se envalentonó por este triunfo del terrorismo sobre el derecho internacional. La amenaza nuclear iraní es más grave que nunca, mientras que el modelo de liderazgo de Jomeini inspiró a los talibanes, cuya implicación con Osama bin Laden y los atentados del 11-S los convirtió en la primera opción estadounidense para el cambio de régimen.

Saddam Hussein hizo su entrada en solitario en este escenario y se erigió como nuevo «cabecilla árabe» del tipo despótico y beligerante. Con su actitud desafiante hacia Occidente en general y Estados Unidos en concreto, impresionó al «mundo árabe». Intentó desmontar la coalición contra él promovida por el presidente Bush padre (que le había expulsado de Kuwait en la primera Guerra del Golfo) lanzando misiles Scud contra Israel. Si Israel hubiese tomado represalias, Egipto y Arabia Saudí habrían roto su pacto con Estados Unidos al desvincularse de él. Los estadounidenses proporcionaron defensas antimisiles Patriot a Israel y lo convencieron para soportar el ataque de misiles Scud sin contraatacar; de este modo se derramó más sangre judía por el petróleo de Occidente. Los palestinos, que a la sazón seguían agitados bajo el despotismo implacable de Arafat,

vieron a Saddam Hussein como su héroe y libertador por atacar a Israel, y alzaron sus voces en favor del presidente iraquí y en contra de la coalición liderada por Estados Unidos, a costa de un enorme precio político. En la década de 1990, Saddam no abandonó su bravuconería ni sus invectivas contra Estados Unidos. Puede afirmarse con casi total seguridad que este hecho, junto con la debilidad de Clinton ante el terrorismo islámico generalizado en el extranjero y ante el primer atentado contra el World Trade Center en 1993, envalentonaron a Al Qaeda y propiciaron la catástrofe del 11-S.

Esta situación es la que heredó George Bush. El cambio de régimen en Afganistán fue una respuesta fulminante a los atentados del 11-S y un claro mensaje al «mundo islámico» de que la tiranía de los ayatolás es incompatible con el bienestar de la aldea global. El cambio de régimen en Iraq fue una respuesta indirecta a los atentados del 11-S y un claro mensaje al «mundo árabe» de que sus déspotas beligerantes tienen esencialmente dos opciones: colaborar con Estados Unidos y la comunidad internacional para acorrallar a los terroristas y evitar el terrorismo o exponerse a ser depuestos y sustituidos por un gobierno que lo haga. De este modo, tras la caída de Saddam, cuando la Siria hostil empezó a permitir la afluencia a Iraq de miles de insurgentes a través de sus permeables fronteras, los estadounidenses instaron al presidente sirio, Bashar Asad, a cerrar sus fronteras si no quería exponerse a ser derrocado. Hosni Mubarak realizó una visita de urgencia a Damasco, posiblemente para convencer a Asad de que Estados Unidos hablaba en serio.

Estados Unidos y Occidente en general no buscaron ni instigaron la metástasis crónica del terrorismo árabe que desembocó en los sucesos del 11-S, del mismo modo que Israel no buscó, instigó ni declaró las guerras que ha tenido que librar por su supervivencia, ni el terrorismo que ha soportado durante décadas. Al contrario: la «guerra contra el terrorismo» la buscaron, instigaron y declararon gobiernos retrógrados y agentes terroristas no estatales temidos y apoyados por tales gobiernos. Al enfrentarse a estos gobiernos con un miedo mayor y a la vez una esperanza mayor (el miedo a la imposición fulminante de un cambio de régimen y la esperanza de prosperidad para sus gentes), Estados Unidos fomenta a la vez la colaboración y la hostilidad. Los grupos extremistas autóctonos de todo tipo explotarán sin miramientos las flaquezas de estas culturas en proceso de transformación, desestabilizándolas con actos de insurgencia, con el objetivo de hacer que la población desee la llegada de un nuevo tirano que mantenga la paz civil (al precio ya conocido de retardar la modernidad). Uno no puede dejar de sentir simpatía y tristeza por el sufrimiento del pueblo iraquí, que soportó la tiranía de un déspota brutal y ahora está asediado por la anarquía violenta. El conocido ciclón de fanatismo suicida que asola a Oriente Medio está haciendo estragos en Iraq a diario. No obstante, es posible que los sacrificios de los iraquíes abran el camino a la paz en la región, mientras

los gobiernos vecinos se dan prisa para modernizarse por iniciativa propia, cosa que prefieren justificadamente a que otros se la impongan.

Si bien es cierto que el extremo del poder duro puede cambiar regímenes, son las mentes y los corazones los que deben transformarse. No pueden cambiarse por la fuerza ni tampoco mediante la contemporización. Una norma ilusoria adoptada por los extremistas liberales es que si apaciguamos a los terroristas, o nos disculpamos ante ellos, o les hacemos caso omiso, se irán sin más o bien atentarán contra otros; pero bajo ningún concepto, en la mentalidad políticamente correcta de la izquierda no liberal, se permite hacer frente a los terroristas, o peor aún, *ofenderlos* denunciando sus actos abyectos.

La doctrina más nueva, ilusoria y por tanto peligrosa, actualmente en boga en el Occidente deconstruido y en toda la aldea global, propugna que si alguien te odia, tú tienes la culpa de su odio. Así pues, afirma que si alguien odia a los judíos, la culpa la tienen ellos; si alguien odia a los estadounidenses, la culpa la tienen ellos; si alguien odia a la civilización occidental, la culpa la tiene ella. La táctica de «culpar a la víctima» se ha expandido hasta adquirir proporciones mundiales, como descubrió el periodista Gersh Kuntzman tras el 11-S: «En todas las partes del mundo, periódicos y columnistas creíbles están lanzando un segundo ataque sobre Estados Unidos, afirmando que tenemos la culpa del terrorismo internacional y, de hecho, de todos los problemas del mundo actuales.»¹⁴

Esta doctrina debilitadora campa a sus anchas como dogma incontestable por las universidades del gulag estadounidense, por los medios de comunicación políticamente correctos del Occidente deconstruido y por las madrazas del islam militante. También hace caso omiso de los filósofos abc: rechaza la responsabilidad individual y por ello daña la esencia misma de la libertad. Si nuestras emociones están totalmente controladas por los demás, de modo que puedan «obligarnos» a odiarlos, es porque hemos delegado en los demás la responsabilidad que tenemos respecto a nuestro estado mental. Del mismo modo que nadie puede ofendernos sin nuestro consentimiento, nadie puede obligarnos a que lo odiamos sin nuestra complicidad. Si sentimos odio hacia algo o alguien que está fuera de nosotros (con independencia de lo que haya dicho o nos haya hecho, sea en la realidad o en la fantasía), ese odio es nuestro. Ha nacido dentro de nosotros y por acción nuestra, y debe ser extinguido dentro de nosotros y por acción nuestra. Culpar a otro de nuestro odio es beber el veneno de la ilusión al intentar en vano curar la fiebre de la malicia. Buda dijo: «Cada uno es dueño de su persona. ¿Quién si no podría ser ese dueño?» Buena pregunta. Si otro es el dueño de nuestras emociones, significa que hemos consentido que nos esclavicen.

¿Quién ha empezado?

El venerable gran maestro confuciano Li enseñó que, cuando dos discípulos se enfrentan, ambos están equivocados. ¿Por qué? Porque, en términos confucianos, los discípulos son como hermanos; mientras que su maestro es como un padre. Los discípulos deben honrar a su maestro y venerar a quienes le han enseñado, del mismo modo que los hermanos deben honrar a sus padres y venerar a sus antepasados, mediante la cooperación mutua y no mediante el conflicto. Por añadidura, los discípulos son unos ignorantes en comparación con su maestro; por lo que, gane quien gane, con el enfrentamiento no se demuestra nada. La ética de las artes marciales chinas es inequívoca: cuando dos discípulos se enfrentan, igual que cuando dos hermanos se pelean, ambos están equivocados. No obstante, el agresor está más equivocado, puesto que uno siempre tiene derecho a defenderse de un ataque. Tal es la finalidad de las artes marciales: nunca atacar sin provocación; siempre defenderse. Y aun en defensa propia, uno debe adoptar como principio no utilizar la fuerza más que como último recurso, en caso de extrema necesidad. Y aun utilizándola como último recurso, se debe adoptar como principio la prudencia: no aplicar nunca demasiada fuerza cuando sea posible parar o desviar la fuerza dirigida contra uno. Estas normas se aplican siempre a los combates singulares: en un encuentro entre dos maestros, pierde el que se mueve primero. Si ninguno de los dos agrede al otro, ganan ambos. El agresor siempre se equivoca; el defensor siempre tiene la razón. Todos los sistemas de autodefensa asiáticos tienen esta premisa en común, y toda su finalidad se centra en conseguir dos cosas: en primer lugar, que el practicante de artes marciales nunca agrede a nadie; en segundo, que haya adquirido la maestría necesaria para que pueda defenderse de cualquier agresor.

Así pues, por ejemplo, la Segunda Guerra Mundial fue un trágico cataclismo de muerte y destrucción y, sin embargo, fue una defensa justificable y necesaria contra la agresión de la Alemania nazi y el Japón imperial.¹⁵ De modo similar, la Guerra de la Independencia Israelí acarreó resultados trágicos a los palestinos y, sin embargo, fue una defensa justificable y necesaria contra la agresión de cinco países del «mundo árabe».

Cuando uno afronta varias amenazas simultáneas, la situación difiere del combate singular, y la estrategia confuciana de defensa propia justificable también difiere. Si dos, tres o cinco personas amenazan con atacarlo a la vez, el riesgo que comporta la inacción aumenta en consecuencia. En tales casos, puede que la mejor defensa (e igualmente justificable) sea el ataque preventivo. Si la amenaza es verdadera, una acción preventiva es defensiva y por tanto justificada. Si un maestro se ve amenazado por varios atacantes y decide emplear una acción preventiva como defensa, siempre atacará y reducirá la amenaza mayor y más fuerte: el matón que inevitablemente los dirige. El resultado

esperado es que los demás que pretendían atacarle perderán coraje y abandonarán sus intenciones agresivas. En la práctica, cuando su jefe ha sido reducido, por lo general se darán la vuelta y huirán para no correr la misma suerte.

Esta estrategia es precisamente la que adoptó Israel en 1967, cuando afrontó las amenazas verdaderas de Egipto, Siria, Jordania, Iraq y otros Estados árabes. Al reducir con una acción preventiva a Egipto, el líder de la coalición árabe agresiva, Israel ganó la guerra con rapidez, y con un número relativamente reducido de bajas por ambas partes. Una decisión similar fue la que adoptó Estados Unidos al invadir Iraq en 2003, cuando afrontó las amenazas verdaderas de agentes terroristas no estatales, que estaban y están amparados por numerosos Estados árabes e islámicos. Derribando de forma preventiva a Saddam Hussein (el agresor más beligerante de los líderes árabes del momento), Bush lanzó un aviso a todos los demás e impuso su colaboración en la guerra contra el terrorismo. De hecho, precisamente por este motivo los terroristas islámicos han atacado en Egipto, Jordania y Arabia Saudí: pretenden amenazar, desestabilizar y si es posible derrocar los regímenes árabes que colaboran con Estados Unidos (y cada vez más con la comunidad internacional) para reducir la actividad terrorista.

Bruce Hoffman, de la Corporación RAND, ha caracterizado de forma metafórica al terrorismo como un tiburón: constante en su hambre, persistente en su avance, implacable en su búsqueda de presas desprevenidas. Si evitamos que se lance sobre una presa, atacará a otra. De este modo, está surgiendo una nueva tendencia entre aquellos para quienes el terrorismo se ha convertido en una forma de vida y de muerte. En lugar de explotar nuestras virtudes, los grupos terroristas están sintiendo ahora los efectos de las restricciones y limitaciones que se han puesto en práctica contra ellos desde el 11-S, incluida la colaboración internacional para cortar sus fuentes tradicionales de financiación y de blanqueo de dinero. Estas medidas han obligado a los grupos terroristas a adquirir una mayor independencia financiera, un problema que han solucionado pasando en bloque a dedicarse al narcotráfico. Los terroristas producen y distribuyen heroína y cocaína en cantidades crecientes, manteniendo como rehenes de los narcóticos a comunidades agrícolas de subsistencia (como han hecho durante décadas los cárteles de drogas en Colombia y en el Triángulo de Oro asiático) y explotando los vicios de usuarios adinerados y de adictos de todo el mundo desarrollado. Los abundantes beneficios, a su vez, financian nuevas operaciones terroristas en todo el planeta.

Los filósofos abc

Los filósofos abc se expresan de forma inequívoca acerca del terrorismo.

Aristóteles lo habría condenado, no sólo porque ensalza el vicio extremo del asesinato

premeditado, sino porque recurre al adoctrinamiento malicioso de mentes jóvenes para saciar su retorcida sed de sangre. Son los países aristotélicos de Occidente (Israel, Europa occidental, Estados Unidos) los que han recibido los golpes más duros por parte del terrorismo árabe e islámico y también serán los últimos países de la Tierra en tolerarlo, precisamente porque constituye una afrenta mortal a la premisa política fundamental de Aristóteles y de Occidente: que el hombre debe ser libre para vivir como desee (con la salvedad de J. S. Mill, consistente en que no debe ser libre a costa de dañar a otros). Puesto que el terrorismo no permite que uno viva como desee, y de hecho obliga a uno a morir como desean otros, es diametralmente opuesto a la filosofía política occidental y repugna en extremo a cualquiera que aprecie el valor intrínseco de la vida humana individual.

Los budistas también condenan el terrorismo en términos nada ambiguos, y condenan igualmente las represalias violentas contra él. Como ha escrito Daisaku Ikeda:

Porque apreciamos y admiramos los valores e ideales de la civilización occidental, instamos a la humanidad a mantenerse firme en el camino de la no violencia, que es verdaderamente digno del mundo civilizado. Pedimos con insistencia que se establezca un tribunal internacional justo y equitativo que juzgue a los autores de actos de guerra y terrorismo. Pedimos con insistencia que se tomen todas las medidas necesarias para transformar la desconfianza en confianza. Considero que éste es el antídoto más eficaz y fundamental contra el terrorismo y su adoración repugnante de la violencia.¹⁶

Habiendo identificado desde hace mucho tiempo los tres venenos mentales (la ira, la codicia y la ignorancia) y habiéndose dedicado con inquebrantable devoción a desarrollar remedios no violentos eficaces contra ellos, los budistas comprenden mejor que muchos los estados mentales envenenados que padecen los terroristas. Una vez más, en palabras de Daisaku Ikeda:

No debemos permitirnos caer presas de las diferencias aparentes. Debemos adquirir un dominio del lenguaje para garantizar que siempre sirva a los intereses de la humanidad. Si hacemos un esfuerzo por repasar las pesadillas del siglo XX (las purgas, el Holocausto, las limpiezas étnicas), veremos que todas ellas han surgido en un entorno en el que el lenguaje se ha manipulado para dirigir las mentes de la población únicamente hacia sus diferencias. Al convencer a la población de que dichas diferencias son absolutas e inmutables, se oculta la humanidad de los demás y se legitima la violencia contra ellos.¹⁷

Los budistas no sólo reconocen la humanidad de todas las personas; también expresan compasión por el sufrimiento de todas ellas. Desde esta perspectiva, es posible ver los hechos del 11-S como un enorme grito de angustia emitido por mentes tan envenenadas, por seres que sufren un tormento tan grande, que ni siquiera han podido pedir ayuda, salvo autodestruyéndose en una conflagración que ha precipitado todavía más sufrimiento. El terrorismo es una tragedia, un desperdicio, una inutilidad. Los individuos deben terminar con el sufrimiento en sí mismos; nunca podrán hacerlo provocándolo en los demás.

Confucio dio esta lúcida y premonitoria advertencia: «Si un hombre no presta atención a lo que está lejos, no tardará en encontrar pesares cerca.» En efecto, Europa no ha prestado atención suficiente al «lejano» terrorismo árabe contra los israelíes, pero acabó encontrándolo en su propio terreno. Tampoco Estados Unidos prestó atención suficiente al «lejano» terrorismo árabe contra los israelíes, contra los europeos, ni contra las víctimas estadounidenses en el extranjero; pero ha acabado encontrando la miríada de pesares del 11-S tan cerca como el café de la mañana.

Como ha subrayado este libro desde el principio, la globalización ha hecho que ningún lugar de la Tierra sea ya lejano. Y aunque la ciencia aristotélica y la democracia occidental han hecho posible la globalización, Buda y los budistas saben perfectamente que todos los fenómenos están interconectados. De este modo, debido a la infinidad de ramificaciones globalizadas de la red budista interconectada de una sola realidad, el sufrimiento humano en un lugar puede provocar más sufrimiento humano en otro, puesto que todos los lugares se han acercado a todos los demás.

Los budistas se aplican la advertencia de Confucio a su manera (el camino medio) y procuran aliviar el sufrimiento cada vez que se encuentran con él. Los confucianos se aplican la advertencia de Confucio de otra manera y procuran arrancar la mala hierba del terrorismo de sus jardines culturales antes de que eche raíces y florezca.

Lee Kuan Yew es un consumado confuciano de nuestro tiempo. Expresa del modo siguiente unos sentimientos lúcidos y pragmáticos sobre el terrorismo en *Foreign Affairs*: «El hombre necesita cierta noción del bien y el mal. El mal es algo que existe, y no resulta de haber sido víctima de la sociedad. Un hombre malvado es un hombre malvado, inclinado a los actos malvados, y debe impedirse que los perpetre.»¹⁸ Para alcanzar este fin, según le he oído decir claramente en Singapur, aunque en privado, reformaría (si estuviera en su mano) todas las madrazas dirigidas por militantes. Las madrazas son escuelas para niños, gestionadas en su gran mayoría por musulmanes moderados y pacíficos. No obstante, en las madrazas extremistas de hoy se lava el cerebro a los terroristas suicidas del mañana: es ahí, en el corazón del islam militante,

donde se legitima el terrorismo, y es ahí donde se adoctrina a los futuros terroristas en el odio a Occidente, y se les envenena con la idea del martirio. Con la llegada de la globalización, las culturas confucianas aspiran más que nunca a que sus niños lleguen a ser Premios Nobel, no terroristas suicidas.

Entretanto, el camino medio sigue abierto para todos: para la inmensa mayoría moral de seres humanos que no desean otra cosa que llevar vidas normales, y que no están preocupados por ganar premios Nobel (en el extremo del genio creativo) ni por secuestrar aviones (en el extremo de la maldad destructiva). El camino medio es la mejor forma de tratar con el terrorismo. La contemporización no da resultado, ni tampoco combatir el terror con más terror. Visto que, hagamos lo que hagamos, seguirán con los atentados, la única vía es el camino medio, que usted tiene el poder de practicar en cualquier momento y lugar. Ningún terrorista del mundo puede impedir que usted entre en el camino medio: ningún terrorista puede secuestrarlo ni hacerlo explotar. A la vez, practicar el camino medio lo inmunizará contra el sentimiento de terror, sea objeto de un atentado o no. En cuanto la mayoría de los seres humanos se haya inmunizado contra el sentimiento de terror, los terroristas habrán perdido asidero en la aldea global. Sólo entonces, cuando hayan perdido el poder de aterrorizar, desistirán y se abstendrán del terrorismo. Cuantas más personas practiquen el camino medio, antes se desvanecerá el poder del terrorismo.

Cuando los terroristas secuestran aviones, usted debe seguir volando. Cuando los terroristas ponen bombas en los trenes, los autobuses o el metro, debe seguir viajando en ellos. Cuando los terroristas ponen bombas en restaurantes, cafeterías y mercados, debe seguir comiendo, bebiendo y comprando. Cuando los terroristas ponen bombas en hoteles, debe seguir yendo de vacaciones. Cuando los terroristas ponen bombas en embajadas, debe seguir practicando la diplomacia. Cuando los terroristas se cobran vidas, debe seguir viviendo. Usted tiene el poder de hacer todas estas cosas, y nadie puede evitarlo excepto usted mismo.

Y así llegamos al último capítulo de este libro, que es un recordatorio de otras cosas que usted puede hacer aquí y ahora, en cuanto termine su lectura, para practicar el camino medio: no sólo para deshabilitar al terrorismo, sino para reconciliar todos los demás extremos que hemos tratado. El camino medio se encuentra dentro de usted, esperando a que lo active. No espere más. Siga leyendo y actívelo ahora.

1 «El terrorismo es una amenaza para todo lo que las Naciones Unidas representan: el respeto de los derechos humanos, el imperio de la ley, la protección de los civiles, la tolerancia entre los pueblos y las naciones y la solución pacífica de los conflictos. Es una amenaza que se ha hecho cada vez más apremiante durante los cinco últimos años.

Redes transnacionales de grupos terroristas pueden actuar a escala mundial y hacer causa común para constituir una amenaza universal. Esos grupos desean adquirir armas nucleares, biológicas y químicas y causar un gran número de víctimas. Uno solo de esos ataques, y la concatenación de acontecimientos que pondría en marcha podría cambiar nuestro mundo para siempre.» <http://www.un.org/largerfreedom/chap3.htm> [versión en castellano: <http://www.un.org/spanish/largerfreedom/chap3.htm>].

2 <http://www.un.org/largerfreedom/chap3.htm> [versión en castellano: <http://www.un.org/spanish/largerfreedom/chap3.htm>].

3 <http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/teach/alqaeda/glossary.html> [en inglés].

4 Puede encontrar ejemplos de argumentos tanto a favor como en contra de los asesinatos selectivos en BYMAN, Daniel: «Do Targeted Killings Work?», en *Foreign Affairs*, marzo-abril de 2006.

5 Por ejemplo, los heroicos pasajeros del vuelo 93 secuestrado el 11-S, al saber por teléfono móvil lo que acababa de ocurrir en Manhattan, y suponiendo que su avión iba a convertirse en un arma de terrorismo, perecieron intentando arrebatarse el control del vehículo a los secuestradores. No sabemos, y es posible que durante un tiempo lo sigamos ignorando, si el vuelo 93 se estrelló por una escaramuza en el avión o si fue derribado para impedir que llegara a Washington, D. C.

6 HANSON, Victor Davis: *Carnage and Culture*, Anchor Books, Nueva York, 2002. [Versión en castellano: *Matanza y cultura: batallas decisivas en el auge de la dominación occidental*, Amado Diéguez Rodríguez (trad.), Ediciones Turner, S. A., Madrid, 2004.]

7 ARISTÓTELES: *Política*.

8 Uno de sus asesinos fue Pierre Vallières, a quien vimos en el capítulo 12.

9 <http://www.sgi.org/english/Features/quarterly/0201/feature1.htm> [versión en castellano: <http://www.sgi.org/spanish/inicio/quarterly/27/TemaPrincipal1.html>].

10 http://www.monitor.upeace.org/archive.cfm?id_article=331.

11 Comunicado de prensa, 24 de febrero de 2006. V. también www.asmasociety.org.

12 El Corán, 8:12.

13 http://www.monitor.upeace.org/archive.cfm?id_article=331 [en inglés].

14 <http://www.msnbc.msn.com/id/3067717/site/newsweek/#storyContinued> [en inglés].

15 En una época, Gandhi creía que era posible derrotar a los nazis con su sistema de no violencia militante. Yo no opino lo mismo. Si hubiera surgido un Gandhi en la Alemania nazi, lo habrían asesinado de inmediato. Las protestas no violentas de Gandhi contra el colonialismo británico, como las protestas no violentas de Martin Luther King contra la segregación estadounidense, tenían que basarse en la sensibilidad moral de los opresores

para activarlas. Aunque todos los opresores tienen sensibilidad moral, no todas las sensibilidades morales pueden activarse de este modo.

16 <http://www.sgi-usa.org/publications/wtexpress/WTE-092801previewNo130.htm> [en inglés].

17 Ibid.

18 ZAKARIA, Fareed: «A Conversation with Lee Kuan Yew», Foreign Affairs, marzo-abril de 1994.

Tercera parte

Los filósofos abc aquí y ahora

Cómo importar los filósofos abc a su vida; cómo exportarlos a su entorno

Si todo hombre es responsable en cierto modo del estado en que se encuentra,
también será responsable en cierto modo de cómo se presenten las cosas.

Aristóteles

Consigue tu propia salvación. No dependas de los demás.

Buda

El hombre bueno no se lamenta de que los demás no reconozcan sus méritos. Su
única preocupación es no alcanzar a reconocer los de los demás.

Confucio

Importación y exportación

Nuestra gira relámpago por la aldea global y su dinámica de civilizaciones, vista desde el espacio orbital filosófico, está tocando a su fin. No falta mucho para que usted termine este libro y retome el hilo de su vida cotidiana. Puede que, tras nuestra gira, a partir de ahora vea su situación personal con una nueva óptica: con una conciencia más profunda de nuestra interconectividad humana, de la transitoriedad y fragilidad de todas nuestras empresas, de las pérdidas y el sufrimiento innecesarios causados por la adhesión a los extremismos y de la grandeza de la capacidad del espíritu humano para la comprensión, la compasión y la caridad, una capacidad que usted comparte. Esto es así porque los filósofos abc, al igual que el camino medio que propugnan, no pueden aplicarse en la aldea global, a menos que se apliquen en usted. Como dijo Gandhi, «Usted debe ser el cambio que desea ver en el mundo».

Teniendo esta idea en cuenta, terminar este libro marca el principio de su compromiso con los filósofos abc, y de ningún modo el final. Si usted consigue importar aunque sea una sola lección de cada uno de los filósofos abc a sus asuntos cotidianos, su vida no sólo será más rica y plena, sino también un faro radiante que cree las condiciones por

medio de las cuales otras personas de su entorno tendrán también una vida más rica y plena. Y su «entorno» (el entorno que todos compartimos) no es otro que la aldea global. Los filósofos abc, con la proporción áurea, el camino medio y el orden equilibrado, nos enseñan a cultivar valores para nosotros mismos y para los demás, generando «causas positivas» que fomenten la liberación y la felicidad, en lugar de «causas negativas» que perpetúen las ataduras y el sufrimiento. Los tres filósofos abc nos enseñan que usted es el capitán de su alma, el jardinero de su mente, el guardián de su virtud. Así pues, no me corresponde a mí, sino a usted, decidir cómo y dónde importará los filósofos abc a su vida y los exportará a su entorno. Yo sólo puedo recordarle lo que proponen; su papel es recibir y transmitir estas propuestas como mejor considere.

El lector que conozca mis libros populares de filosofía sabe que ayudo a la gente a aplicar las ideas de grandes pensadores a la gestión y resolución de los problemas cotidianos. Durante mis viajes por toda la aldea global, encuentro a otros viajeros que, en el intercambio de saludos y cortesías de rigor en aviones y otros lugares, se sienten inclinados a preguntarme a qué me dedico. Si les digo que soy filósofo o escritor, a menudo se abre la puerta a un diálogo interesante. Sin embargo, a veces no me apetece hablar. En tales ocasiones, cuando alguien me pregunta cuál es mi trabajo, suelo decirle: «Me dedico a la importación y exportación.» Esta respuesta es bastante inocua, y desde luego puede significar cualquier cosa. Si mi compañero de viaje insiste en conversar y me pregunta qué es lo que importo y exporto, le contesto: «Ideas.» A esta respuesta le sigue una pausa elocuente o un silencio prolongado, mientras mi interlocutor «importa» la idea de importar y exportar ideas, y se pregunta qué decir a continuación. Las ideas, al fin y al cabo, no se ofertan en Wall Street. ¿Quién puede estar interesado en ellas? ¿Qué precio tienen? ¿Qué valor tienen?

Si lo piensa detenidamente, verá que todos nos dedicamos a la «importación y exportación». Cuando respiramos, pensamos, comemos, bebemos, ayudamos, dañamos, producimos o consumimos, siempre estamos importando y exportando cosas de nuestro entorno y hacia él: desde bienes hasta servicios, desde moléculas hasta máquinas, desde tradiciones hasta tecnologías, desde expresiones hasta ideologías.

Así pues, desde la óptica de los filósofos abc, posiblemente le hará bien pensar en lo que importa de su entorno y lo que exporta hacia él, sobre todo porque su entorno es el mismo que el mío y también el de todos los demás: es nada menos que la aldea global.

Importación y exportación de Aristóteles

Desde mi punto de vista, la mayor lección de Aristóteles tiene tres partes. En primer lugar, nuestra realización como seres humanos reside en nuestro interior, y no depende

de nada externo. En segundo lugar, todos y cada uno de los seres humanos tenemos una facultad sobresaliente, un talento individual, un don especial o una capacidad única que, cultivados, refinados y pulidos, nos abren el camino a la realización. En tercer lugar, la forma más segura de que cada uno de nosotros perfeccionemos nuestros dones reside en la adquisición de hábitos virtuosos por medio de la proporción áurea: evitando los extremos y observando las proporciones que son buenas, correctas y justas.

Así pues, ¿cómo «importamos» a Aristóteles? Aplicando cada parte de su lección a nuestra vida. Puede que a usted le resulte más fácil hacerlo en el orden inverso.

Primero: haga una lista de sus hábitos, tanto los virtuosos como los viciosos. ¿Cuáles de estos hábitos le resultan más útiles a usted y a los demás? Procure reforzarlos con la práctica diaria. ¿Cuáles le resultan más dañinos a usted y a los demás? Procure reducirlos con la práctica diaria. ¿Cuáles son las cosas buenas o útiles que usted hace, pero no con frecuencia? Procure hacerlas más a menudo. ¿Cuáles son las cosas malas o dañinas que usted hace, y en exceso? Procure hacerlas menos a menudo. ¿Cuáles son las cosas buenas o útiles que siempre ha querido hacer, pero por algún motivo nunca lo ha logrado? Empiece a hacerlas hoy. ¿Cuáles son las cosas malas o dañinas que siempre ha querido dejar de hacer, pero por algún motivo nunca lo ha logrado? Empiece a dejar de hacerlas hoy. Con estas actitudes, usted se gobernará a sí mismo por medio de la proporción áurea aristotélica.

Segundo: haga una lista de sus facultades, capacidades, talentos o dones. ¿Cuáles de ellos está perfeccionando? ¿Cuáles está desatendiendo? Si usted perfecciona sus dones, adquirirá un sentimiento de utilidad y éxito, significado y propósito que, con el tiempo, se convertirá en una felicidad duradera, es decir, la realización aristotélica. Si desatiende sus dones, adquirirá un sentimiento de inutilidad y fracaso, absurdidad y desorientación que, con el tiempo, se convertirá en una infelicidad crónica, es decir, la ausencia de realización aristotélica.

Tercero: si se siente realizado, comprenda que este sentimiento viene de su interior. Es un resultado general de la preponderancia de las virtudes sobre los vicios, y a la vez un resultado concreto del cultivo de sus dones particulares dentro de estos hábitos virtuosos. Aristóteles comprendió lo que descubrieron los estoicos: que nadie puede arrebatararnos nuestra virtud. Podemos cambiar nuestros principios o renunciar a ellos, pero nadie puede forzarnos a hacerlo. De modo similar, aunque alguien dañe o destruya su casa, su coche, su carrera profesional o sus ídolos, nadie puede dañar ni destruir su realización salvo usted mismo. En suma, al importar a Aristóteles en su vida, asume la responsabilidad de su felicidad duradera.

Si usted es capaz de importar en su vida estos ingredientes fundamentales de la

filosofía de Aristóteles y por tanto de encaminarse a la realización, también será capaz de exportarlos a las vidas de los demás y de ayudarlos a encaminarse también a la realización. Por ejemplo, si usted es padre o madre, pedagogo, asesor, empleador o un cuidador profesional de cualquier tipo, entonces es responsable de mostrar caminos que permitan a los demás experimentar a su vez la realización en mayor o menor medida. Así pues, haga lo que haga por usted mismo en un sentido aristotélico, también puede hacerlo por los demás, utilizando exactamente los mismos tres medios.

En primer lugar, ¿está animando a los demás a adquirir hábitos virtuosos o hábitos viciosos? En segundo lugar, ¿les está ayudando a descubrir y refinar sus facultades, capacidades, talentos o dones, o les está dificultando que lo hagan? En tercer lugar, ¿les está facilitando vivir una realización autónoma, o les está inculcando dependencias malsanas que inhiben el desarrollo de su autonomía y responsabilidad? En la misma medida en que Aristóteles puede ser un modelo para usted, usted también puede ser un modelo aristotélico para los demás. De este modo, importar a Aristóteles en su vida equivaldrá a exportarlo a su entorno.

Importación y exportación de Buda

Puesto que Buda ya está dentro de usted, no va a necesitar «importar» la naturaleza búdica, sino más bien despertarla y activarla importando el camino medio. En calidad de amigo del budismo y beneficiario de la amistad de éste hacia mí, le recomiendo encarecidamente que conozca también a este amigo. Aristóteles, sin ir más lejos, encomiaba la virtud de la amistad y la reconocía como uno de los mayores tesoros de la vida. A su vez, Buda no es sólo el mejor amigo que puede tener un ser humano, sino también aquel cuya amistad le garantizará que usted no tenga enemigos.

Desde mi punto de vista, lo que diferencia el budismo de todas las demás religiones y filosofías del mundo es la forma compasiva e infatigable en que insiste en que cada uno de nosotros alberga todos los recursos necesarios para emanciparnos del sufrimiento y para ayudar a cumplir la misión cósmica de emancipar de forma similar a todos los seres sensibles por igual. Mientras que experimentamos de forma natural y necesaria el placer y el dolor, el bienestar y el malestar, el triunfo y la tragedia en el curso de nuestros ciclos vitales como seres encarnados, el sufrimiento es otra cosa completamente distinta. Según las enseñanzas budistas clásicas y también contemporáneas, todo el sufrimiento humano surge de nuestros anhelos ilusorios y de los apegos malsanos que engendran de forma invariable: los productos de un ego corto de miras, un corazón egoísta y una mente codiciosa. Un ser con estas características sólo busca desesperadamente la gratificación de sus sentidos, sin prestar atención al inevitable coste kármico para sí mismo y para los demás.

Por medio de las enseñanzas budistas clásicas y contemporáneas (el camino medio) todo el sufrimiento humano se desvanece abriendo el ojo interior, conectando con el corazón generoso y domando la mente salvaje. Un ser que practica estas enseñanzas extingue sus anhelos, alcanza y refleja la serenidad, trasciende los pesares de la existencia, atraviesa el mar del sufrimiento, ayuda a todos y no daña a nadie y alcanza el potencial ilimitado del don más valioso: la humanidad. La práctica budista diaria disipa el odio, la codicia y la envidia, entre otros venenos de la mente, del mismo modo que desatender esta práctica los acumula.

Ni la fe en Dios ni el poder de la oración por sí solos nos salvan de estos venenos, puesto que una mente moralista no hará otra cosa que irradiar pensamientos tóxicos y racionalizar acciones dañinas. Invocar los nombres de deidades sagradas y amorosas y a la vez perpetrar actos odiosos y profanos es hipocresía, no religión. Es mejor dudar de Dios y hacer el bien que profesar fe y causar daño. El budismo es amigo del agnóstico, del ateo, del pagano, del judío, del cristiano, del musulmán, del hindú, de todos los seres humanos; aunque quienes integran estos grupos a veces sean amigos del alma y a veces enemigos mortales entre sí. Conozco a muchas personas profundamente religiosas cuya devoción espiritual ha sido depurada mediante la práctica budista, y conozco a pocos budistas cuyas claridad y compasión se hayan visto mermadas por devociones espirituales. La teoría y la práctica budistas ofrecen un refugio para el odio, la intolerancia y la corrupción, en cualquier momento que aparezcan.

Así pues, ¿cómo puede importar en su vida el Óctuple Sendero de Buda? Si está leyendo estas líneas, entonces es que ya lo está haciendo en este momento. Recuerde que el propio Buda experimentó y posteriormente evitó los extremos de la autocomplacencia y el ascetismo, y que afirmó que ninguno de los dos extremos conduce a «la norma», es decir, al camino medio. Sea cual sea su misión y su estadio en la vida (joven o viejo, hombre o mujer, estudiante o maestro, empleado o desempleado, rico o pobre, creyente o escéptico), su humanidad le acredita para obtener los beneficios del camino medio, que obtendrá en cuanto empiece a practicarlo. Del mismo modo que el sufrimiento tiene un solo sabor, con independencia de la hora, el día y la estación en que se experimente, también la liberación del sufrimiento tiene un solo sabor, con independencia del momento, el lugar y la persona que la experimente. Existen muchas formas de practicar el camino medio, muchos maestros y guías que muestran estos caminos, pero sólo usted puede elegir andar por el camino entre todos los caminos.

Del mismo modo que Aristóteles subrayaba que la realización duradera reside en nuestro interior, también Buda subrayaba que la liberación del sufrimiento reside en nuestro interior. Quienes sufren se están haciendo daño a sí mismos, y a menudo cometen por añadidura el error de culpar a los demás de este daño. Usted podrá liberarse

a sí mismo del sufrimiento sólo cuando acepte que el sufrimiento es una prisión que se ha impuesto a sí mismo, y sólo cuando afronte y disuelva sus apegos malsanos y sus anhelos ilusorios. En efecto, sólo ellos conforman los barrotes y las celdas, los muros y los guardianes de su prisión. La libertad es inseparable de la responsabilidad. Sin embargo, asumir dicha responsabilidad requiere cierta madurez, tanto emocional como filosófica. El sufrimiento también puede ser un maestro y un guía, un gurú exigente pero iluminador que desarrolla nuestra capacidad de aceptar la responsabilidad de emplear la libertad para disipar nuestro sufrimiento. ¿Resulta contradictorio? Sí. Sin duda, es la única forma de sumergirnos en las profundidades de nuestro ser contradictorio. Del mismo modo que a veces hace falta un ladrón para atrapar a otro, a veces hace falta una contradicción para eliminar las demás. Cuando, en su lecho de muerte, Buda dijo a sus seguidores que fueran «lámparas para vosotros mismos», estaba resaltando esta misma noción: cada uno de nosotros es la fuente principal de nuestros pesares, y también el recurso principal para disiparlos.

No obstante, todos nosotros necesitamos una ayuda de vez en cuando; es decir, una ayuda para ayudarnos a nosotros mismos, pues tal es el propósito más profundo y amplio al que sirve la práctica budista. Como hemos visto a lo largo de este libro, la globalización revela de forma clara nuestra mutua conexión, y de paso subraya el mensaje de Buda de que todos estamos interconectados y somos interdependientes. De este modo, no puede existir la realización duradera (en un sentido aristotélico) ni puede mantenerse la liberación personal (en un sentido budista) mientras haya seres sensibles sufriendo en este universo. Por ello, el fin último de la práctica budista mahayana no es desatar al individuo de las cadenas del sufrimiento, sino hacer que todos los seres sensibles se liberen, ya que sólo entonces el individuo (que está conectado a todos los demás individuos) puede ser en verdad libre.

Así pues, en última instancia no hay distinción entre ayudarse a uno mismo y ayudar a los demás. Querer mantener esta distinción (es decir, querer ayudarse a uno mismo sin ayudar a los demás, o desatendiendo a los demás, o dañando a los demás) nunca surte efecto, y da lugar a un sufrimiento provocado por uno mismo. De ello se deduce que no hay distinción entre importar el budismo en la vida de uno y exportarlo al entorno. Del mismo modo que la inhalación y la exhalación conforman en su conjunto la respiración, lo que uno recibe de su entorno y lo que le devuelve, así como lo que uno recibe de los demás y lo que les devuelve, conforman en su conjunto el karma. Usted no puede importar el budismo en su vida sin exportarlo a la vida de los demás, del mismo modo que tampoco puede inhalar sin exhalar. Y, en consecuencia, no puede exportar el budismo a la vida de los demás sin importarlo en su propia vida, del mismo modo que tampoco puede exhalar sin inhalar.

Los antiguos chinos eran conscientes de ello, y por eso decían: «Cuando el estudiante esté listo, aparecerá el maestro.» Cuando usted esté listo para aprender una lección, siempre aparecerá un maestro para transmitírsela. Esta regla también se aplica a la inversa: cuando otros estudiantes estén listos, usted aparecerá ante ellos como maestro. Éste es el vínculo entre Buda y Confucio.

Importación y exportación de Confucio

Del mismo modo que la proporción áurea de Aristóteles se fundamenta en la geometría, la estructura inherente del cosmos y el caos, y del mismo modo que el camino medio de Buda se cimienta en el karma, la ley moral universal de causa y efecto, el orden equilibrado de Confucio se arraiga en el Tao, el camino de las relaciones unificadas y armoniosas entre los complementos. Como recordará, Confucio se identificaba como transmisor, no como innovador. ¿Qué quería decir con esto?

Confucio conocía a un gobernante legendario e ilustrado de la Antigüedad china (en torno al 1300 antes de nuestra era): el duque de Zhou, que reinó de acuerdo con el Tao (el Camino), empleando la fuerza moral en lugar de la coacción física como instrumento principal de liderazgo y gobierno. No obstante, los sucesores del duque y otros caudillos no se esforzaron por seguir el Tao, lo que dio lugar a una desintegración paulatina pero inexorable del orden moral, social y político chino de los siglos que siguieron. El turbulento período posterior de los Reinos Combatientes, en el que nacieron y vivieron tanto Confucio como Laozi, fue para ambos sabios una consecuencia directa de que su civilización se separara del Tao. Cuando los gobernantes se desvían del Camino (el camino de la autoridad moral basado en el orden equilibrado) la sociedad humana se tambalea e implosiona hasta autodestruirse por conflictos incontrolados e incontrolables. Hemos vivido este proceso una y otra vez en la historia mundial posterior: cuando las ovejas son guiadas por lobos, su camino está plagado de terror, privaciones y matanzas. Por contra, cuando los gobernantes se ciñen al Camino y fomentan la manifestación de éste en la sociedad, el orden equilibrado prevalece sobre el conflicto desequilibrado. Cuando las ovejas son guiadas por pastores, su camino está engalanado de seguridad, prosperidad y armonía.

Así pues, Confucio ofreció un regreso al Camino como solución para la plétora de males e injusticias de su tiempo: un regreso a un Edén laico, del que la humanidad no había sido expulsada por decreto divino, sino del que se había desterrado a sí misma debido a los gobernantes codiciosos, la negligencia colectiva y la decadencia moral. Por este motivo, Confucio concebía su función como la de transmisor, no la de innovador: un transmisor de preceptos y prácticas antiguos propiciadores de la reinstauración del Camino y, en consecuencia, del orden equilibrado para la humanidad.

Por tanto, importar a Confucio en su vida significa ceñirse al Camino por encima de todo. ¿Cómo? Con la aplicación de los preceptos, la observación de los ritos y el ejercicio de las virtudes que armonizan con el Tao, y renunciando a los preceptos, rechazando los ritos y evitando los vicios que desarmonizan con él. Confucio destacó la gran importancia de cultivar una disposición universal de benevolencia hacia los demás, de alinearse con lo que es correcto con independencia de las ganancias y las pérdidas egoístas, de hacer el bien sin tener en cuenta las ventajas ni los perjuicios personales; siempre en aras de respetar el Camino en sí. Así pues, de partida, Confucio subordina los intereses del individuo a los de la sociedad en general. La medida de nuestra valía como seres humanos no es el éxito en servirnos a nosotros mismos, sino el éxito en servir a los demás. Asimismo, cuanto más asciende uno en el orden social confuciano, mayor es su responsabilidad de servir a los demás (y no su oportunidad de servirse a uno mismo). Este aspecto constituye una intersección clave entre el pensamiento confuciano y el budista.

Todos tenemos un lugar en el sistema confuciano, todos tenemos una función que desempeñar. Nadie es superfluo, nadie es desdeñable, nadie es desatendido. Todos servimos, y todos somos valorados, en función de nuestras capacidades adecuadas. Todos respondemos a las necesidades de cada uno, y cada uno responde a las necesidades de los demás. Así pues, para importar a Confucio en su vida, considérese una sola célula dentro de un organismo social inmenso, y hágase estas preguntas: ¿qué función (o funciones) debería desempeñar?, ¿cuál es el medio más adecuado para hacerlo?, ¿cuál es la mejor forma en que puedo servir al organismo social del que soy una parte inseparable?, ¿quién depende de mi servicio?, ¿en qué medida puedo ofrecer mi servicio de forma generosa?, ¿quiénes me ofrecen los servicios de los que dependo?, ¿en qué medida puedo aceptar sus servicios de forma generosa?

De este modo, puede importar las enseñanzas de Confucio a su vida reflexionando en general sobre sus deberes hacia los demás, y comprendiendo en concreto cómo expresar su benevolencia de la forma más adecuada mediante los diversos conductos sociales que le ligan al organismo de la humanidad. Las cinco relaciones humanas básicas que definió Confucio (padre e hijo, esposo y esposa, amigo y amigo, joven y anciano, súbdito y gobernante) son los principales tipos de conductos que le conectan a los demás y por los que debe fluir su benevolencia. De ahí se extrae que importar a Confucio en su vida no es estrictamente separable de exportarlo a su entorno: si su benevolencia fluye por los conductos sociales, a la vez que fluye la benevolencia de los demás, la importación y la exportación ocurren en una cooperación simultánea. Un interés propio ilustrado requiere y exige nuestro servicio a los demás como condición para poder desarrollarnos en un orden equilibrado y armonioso. Un interés propio no ilustrado racionaliza la gratificación

personal a corto plazo y corta de miras a expensas de los demás, al inevitable coste de perjudicarnos a nosotros mismos y a los demás fomentando un desorden desequilibrado y discordante.

Los filósofos abc juntos

Hemos visto que la postura confuciana sobre la relación del individuo con la sociedad se yuxtapone por medio del Tao a la aristotélica. Aristóteles veía la realización individual como condición necesaria para la armonía de la sociedad; Confucio veía la armonía de la sociedad como condición necesaria para la realización individual. No son posturas contradictorias, sino complementarias. Como hemos visto, si cualquiera de ellas se lleva al extremo, ambas se descomponen. Si se permite que el énfasis aristotélico en el individuo degenere hasta la anarquía, la sociedad no puede mantener un orden equilibrado. Si se permite que el énfasis confuciano en el colectivo se anquilese hasta la rigidez, los individuos no pueden alcanzar su potencial único.

También hemos visto que el budismo define no sólo el camino medio para la humanidad, sino también una proporción áurea y un orden equilibrado entre los propios filósofos abc. Si repartimos nuestras atenciones, consagramos nuestros esfuerzos y distribuimos nuestras energías entre Buda, Dharma y Sangha (el modelo de conducta, las enseñanzas y la comunidad), el resultado inevitable será que respetaremos a los filósofos abc en su totalidad y los honraremos en su unidad. Para que usted adquiera su pleno potencial humano y sirva a la humanidad de la forma más plena posible, convierta a los filósofos abc en sus mejores amigos y confidentes.

Sea aristotélico manteniendo un compromiso firme para cultivar su mente. Sea budista realizando un esfuerzo infatigable para ahondar en su corazón. Sea confuciano manifestando una devoción desinteresada para servir a sus semejantes. Usted posee estas preciosas claves para la mejora del patrimonio humano, goza de poderes formidables para equilibrar la balanza para mejor y tiene la lámpara que ilumina el camino medio. También es el dueño del genio que habita esta lámpara y que hace que todo sea posible, incluidas las enseñanzas de los filósofos abc. Este genio es su voluntad. Ejercítela sabiamente: usted será como lo disponga su voluntad.

Lecturas recomendadas

Capítulo 1. La globalización y sus injusticias: convergencia y divergencia de cuatro civilizaciones

Anónimo: *Canon de medicina interna del emperador amarillo*, Julio García (ed.), JG, Madrid, 2005.

Appiah, Kwame Anthony: *Cosmopolitanism: Ethics in a World of Strangers*, W. W. Norton, Nueva York, 2006.

Bhagavad-Gita, Fernando Tola (trad.), RBA, Barcelona, 2002.

Bucke, R. M.: *Cosmic Consciousness* (1991), The Citidel Press, Nueva York, 1975.

Capra, F.: *The Tao of Physic*, Fontana/Collins, Londres, 1975. [Versión en castellano: *El Tao de la física*, Alma Alicia Martell Moreno (trad.), Sirio, Málaga, 2005.]

Carlyle, T.: *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History* (1841), J. M. Dent & Sons Ltd., Londres, 1940. [Versión en castellano: *Los héroes*, Pedro Umbert (trad.), SARPE, Madrid, 1985.]

Carlyle, T.: *Past and Present* (1843), Clarendon Press, Oxford, 1918. [Versión en castellano: *Pasado y presente*, Ricardo Blanco Belmonte (trad.), Gabriel L. Horno, Madrid.]

El Corán, Julio Cortés (trad.), Herder, Barcelona, 2005.

El Nuevo Testamento, Eloino Nácar Fúster y Alberto Colunga Cueto (trads.), La Editorial Católica, Madrid, 1978.

Erikson, Erik: *Gandhi's Truth: On the Origins of Militant Nonviolence*, W. W. Norton & Co., Nueva York, 1960.

Freud, S.: « », volumen XXI, *Obras completas*, Luis López-Ballesteros y de Torres (trad.), RBA, Barcelona, 2005.*

Fuller, R. Buckminster: *Operating Manual for Spaceship Earth*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1969.

Gandhi, Mahatma: *The Story of my Experiments with Truth*, Navajivan Press, Ahmadabad, 1929. [Versión en castellano: *Autobiografía: mis experimentos con la verdad*, Manuel Gurrea (trad.), Aura, D. L., Barcelona, 1985.]

Hanson, Victor Davis: *Carnage and Culture: Landmark Battles in the Rise of Western power*, Doubleday, Nueva York, 2001. [Versión en castellano: *Matanza y cultura: batallas decisivas en el auge de la cultura occidental*, Amado Diéguez Rodríguez,

- Turner, Madrid, 2004.]
- Hobsbawm, Eric: *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991*, Vintage, Nueva York, 1996.
- Huntington, Samuel: *The Clash of Civilizations: Remarking of World Order*, Touchstone, Nueva York, 1997. [Versión en castellano: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, José Pedro Tosa Abadía (trad.), Paidós Ibérica, Barcelona, 2005.]
- Kaplan, Robert: *Warrior Politics: Why Leadership Demands a Pagan Ethos*, Vintage, 2003.
- Kipling, Rudyard: *The Ballad of East and West*, en *A Victorian Anthology*, Edmund Clarence Stedman (ed.), Riverside Press, Cambridge, 1985.
- Lamb, Harold: *The Crusades: Iron Men and Saints*, Garden City, Nueva York, 1930.
- Lewis, Bernard: *What Went Wrong? The Clash Between Islam and Modernity in the Middle East*, HarperCollins, Nueva York, 2003. [Versión en castellano: *¿Qué ha fallado?: el impacto de Occidente y la respuesta de Oriente Próximo*, Víctor Gallego Ballesteros (trad.), Siglo XXI de España, Madrid, 2002.]
- Linton, R.: *The Study of Man*, Peter Owen, Ltd., Londres, 1965. [Versión en castellano: *Estudio del hombre*, Daniel F. Rubín de la Borbolla (trad.), Fondo de Cultura Económica, México, 1972.]
- Los Upanishads*, Carlos Vallcorba (trad.), Edicomunicación D. L., Barcelona, 1988.
- Makiguchi, Tsunesaburo: *A Geography of Human Life*, Dayle Bethel (ed.), Caddo Gap Press, San Francisco, 2002.
- McLuhan, Marshal: *Understanding Media: The Extensions of Man* (1964), The MIT Press, Cambridge, 1994. [Versión en castellano: *Comprender los medios de comunicación: las extensiones del ser humano*, Patrick Ducher (trad.), Paidós Ibérica, Barcelona, 1996.]
- Patanjali: *Yoga Sutras de Patanjali*, Instituto de Yoga Clásico, Bilbao, 1997.
- Pirsig, Robert: *Zen and the Art of Motorcycle Maintenance*, Bantam, Nueva York, 1984. [Versión en castellano: *Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta*, Esteban Riambau, Mondadori, Barcelona, 1999.]
- Platón: *La República*.
- Rumi, Jalaluddin: *The Essential Rumi*, Coleman Barks (trad.), Castle Books, Edison, NJ, 1997. [Versión en castellano: *La esencia de Rumi*, Alejandro Arrese (trad.), Coleman Barks (ed.), Obelisco, Barcelona, 2002.]
- San Agustín: *La ciudad de Dios*.

- Thoreau, Henry David: *Civil Disobedience* (1949), Dover Publications, Nueva York, 1993. [Versión en castellano: *Desobediencia civil y otros escritos*, María Eugenia Díaz (trad.), Tecnos, Madrid, 2006.]
- Tigunait, Pandit Rajmani: *Seven Systems of India Philosophy*, Himalayan Institute Press, Hoesdale, PA, 1983.
- Toynbee, Arnold: *A Study of History*, compendio de D. Somervell, Oxford University Press, Londres, 1963. [Versión en castellano: *Estudio de la historia*, Luis Grasset (trad.), Planeta-Agostini, Barcelona, 1985.]
- Wiesel, Elie: *Tous les fleuves vont à la mer*. [Versión en castellano: *Todos los torrentes van al mar*, Manuel Serrat Crespo (trad.), Anaya & Mario Muchnick, 1996.]
- Zukav, Gary: *The Dancing Wu-Li Masters*, William Morrow, Nueva York, 1979. [Versión en castellano: *La danza de los maestros del wu li*, Joaquín Adsuar, Plaza y Janés, Barcelona, 1991.]

Capítulo 2. La proporción áurea de Aristóteles: cómo realizarse y ser feliz en la insensatez

Los siguientes libros de Aristóteles han sido consultados y/o citados en este libro.

Aristóteles: *Acerca del cielo*.

Aristóteles: *Acerca del universo*.

Aristóteles: *Categorías*.

Aristóteles: *De cosas maravillosas oídas*.

Aristóteles: *De la generación de los animales*.

Aristóteles: *De la memoria y el recuerdo*.

Aristóteles: *De las partes de los animales*.

Aristóteles: *Económica*.

Aristóteles: *Ética nicomáquea*.

Aristóteles: *Fragmentos*.

Aristóteles: *Historia de los animales*.

Aristóteles: *Física*.

Aristóteles: *Política*.

Aristóteles: *Problemas*.

Aristóteles: *Retórica*.

Aristóteles: *Retórica a Alejandro*.

Hobbes, Thomas: *Leviatán* (1651), Basil Blackwell, Oxford, 1957. [Versión en

castellano: *Leviatán*, Carlos Mellizo (trad.), RBA, Barcelona, 2002.]

King, Martin Luther: *Letter from Birmingham Jail*, en *Why We Can't Wait*, Harper & Row, Nueva York, 1963. [Versión en castellano: *Carta desde la cárcel de Birmingham*, en *Por qué no podemos esperar*, Joaquín Romero Maura (trad.), Aymá, Barcelona, 1968.]

Platón: *Critón*.

Popper, Karl: *The Open Society and Its Enemies*, Routledge & Kegan Paul Ltd., Londres, 1957. [Versión en castellano: *La sociedad abierta y sus enemigos*, Eduardo Loedel (trad.), Paidós Ibérica, Barcelona, 2006.]

Capítulo 3. El camino medio de Buda: cómo crear valores y compasión en el sufrimiento

Boecio, Severino: *La consolación de la filosofía*, fray Alberto de Aguallo (trad.), Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1946.

Causton, Richard: *The Buda in Daily Life*, Londres, Rider, 1995.

El Dhammapada: la sabiduría de Buda, F. Max Müller (ed. y trad. del Pali), Esteve Serra (trad.), Olañeta, Palma de Mallorca, 2002.

Emerson, Ralph Waldo: *Nature, Adresses and Lectures*, Houghton, Mifflin & Company, Boston, 1891 (incluye *The Method of Nature*, 1841).

Evans-Wentz, W.: *The Tibetan Book of the Great Liberation*, Oxford University Press, Londres, 1954.

Evans-Wentz, W.: *Tibetan Yoga and Secret Doctrines*, Oxford University Press, Londres, 1935.

Evans-Wentz, W.: *The Tibetan Book of the Dead*, Oxford University Press, Londres, 1927. [Versión en castellano: *El libro Tibetano de los Muertos*, Héctor V. Morel (trad.), Kier, Buenos Aires, 1990.]

Hammond, Philip y David Machacek: *Soka Gakkai in America*, Oxford University Press, Oxford, 1999.

Harrer, Heinrich: *Sieben Jahre in Tibet*. [Versión en castellano: *Siete años en el Tibet*, María Teresa Monguió (trad.), Ediciones B, Barcelona, 1998.]

Hochswender, Woody, Greg Martin y Ted Morino: *The Buddha in Your Mirror: Practical Buddhism and the Search for Self*, Middleway Press, Santa Monica, CA, 2001.

Ikeda, Daisaku y Arnold Toynbee: *Chose Life: A Dialogue*, Oxford University Press, Oxford, 1976. [Versión en castellano: *Escoge la vida*, Alberto Luis Bixio (trad.),

- Emecé Editores, Buenos Aires, 1980.]
- Ikeda, Daisaku: *The Flower of the Chinese Buddhism*, Burton Watson (trad.), Weatherhill, Nueva York y Tokio, 1986.
- Ikeda, Daisaku: *A New Humanism; The University Addresses of Daisaku Ikeda*, Weatherhill, Nueva York y Tokio, 1996.
- Ikeda, Daisaku, Katsuji Saito, Takanori Endo y Haruo Suda: *The Wisdom of the Lotus Sutra* (en seis volúmenes), World Tribune Press, Santa Monica, CA, 2000.
- Kamenetz, Roger: *The Jew in the Lotus: A Poet's Rediscovery of Jewish Identity in Buddhist India*, HarperCollins, San Francisco, 1995.
- Kapleau, Philip: *The Three Pillars of Zen*, Anchor Books, Nueva York, 1989. [Versión en castellano: *Los tres pilares del zen*, Marta Carpio Carreón (trad.), Gaia, Madrid, 1994.]
- Kennedy, Robert: *Zen Spirit, Christian Spirit: The Place of Zen in Christian Life*, Continuum, Nueva York, 2001.
- Kennedy, Robert: *Zen's Gifts to Christians*, Continuum, Nueva York, 2000.
- Nagarjuna: *Mulamadhyamakakarika*. [Versión en castellano: *Fundamentos de la vía media*, Juan Arnau Navarro (trad.), Siruela, Madrid, 2004.]
- Nichiren: *Aprendamos del Gosho: la eterna enseñanza de Nichiren Daishonin: selección de los escritos de Nichiren Daishonin* (disertados por Daisaku Ikeda), Internacional Centre, Iberográficas, Madrid, 2003.
- Rinpoché, Sogyal: *The Tibetan Book of Living and Dying*, HarperCollins, San Francisco, CA, 1994. [Versión en castellano: *El libro tibetano de la vida y de la muerte*, Jorge Luis Mustieles (trad.), Urano, Barcelona, 2000.]
- Roach, Geshe Michael: *The Diamond Cutter*, Doubleday, Nueva York, 2000. [Versión en castellano: *El tallador del diamante*, Isidro Gordi y Marta Moll (trad.), Amara, Ciutadella, Menorca, 2001.]
- Suzuki, D. T.: *Zen Buddhism*, William Barrett (ed.), Anchor Books, Nueva York, 1956. [Versión en castellano: *Budismo zen*. Agustín López Tobajas (trad.), Kairós, Barcelona, 1998.]
- Suzuki, D. T.: *An Introduction to Zen Buddhism*, Grove Press, Inc., Nueva York, 1964. [Versión en castellano: *Introducción al budismo zen*, Héctor V. Morel (trad.), Kier, Buenos Aires, 1981.]
- Thoreau, Henry David: *Walden* (1854), Book-of-the-Month Club, Nueva York, 1996. [Versión en castellano: *Walden*, Javier Alcoriza y Antonio Lastra (trads.), Cátedra, Madrid, 2005.]

Trungpa, Chogyam: *Shambala: the Sacred Path of the Warrior*, Shambala Publications Inc., Boulder, CO. [Versión en castellano: *Shambala: la senda del guerrero*, Marta Guastavino y Ricardo Gravel (trads.), Kairós, Barcelona, 2004.]

Watts, Alan: *This is It: and Other Essays on Zen*, Vintage, Nueva York, 1973.

Watts, Alan: *The Way of Zen*, Vintage, Nueva York, 1957. [Versión en castellano: *El camino del zen*, Adolfo Vázquez (trad.), Edhasa, Barcelona 2003.]

Capítulo 4: El orden equilibrado de Confucio: cómo restaurar la armonía y la virtud en la discordia

Campbell, Richmond y Lanning Sowden (eds.): *Paradoxes of Rationality and Cooperation*, The University of British Columbia Press, Vancouver, 1985.

Clark, Michael: *Paradoxes from A to Z*, Routledge, Londres, 2002.

Confucio: *Analectas* (versión de Simon Leys), Alfonso Colodrón, Edaf, Madrid, 2005.

Daodejing (versión de Ch'u ta-Kao) Caridad Díaz-Faes (trad.), Morata, Madrid, 1975.

Höchsmann, Hyun: *On Philosophy in China*, Thomson-Wadsworth, 2004.

Ivanhoe, Philip y Bryan Van Norden: *Readings in Classic Chinese Philosophy*, Seven Bridges Press, Nueva York, 2001.

Sainsbury, R. M.: *Paradoxes*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

Smullyan, Raymond: *The Tao is Silent*, HarperCollins, Nueva York, 1977. [Versión en castellano: *Silencioso Tao*, Fernando Pardo (trad.), La Liebre de Marzo, Barcelona, 1994.]

Yijing (versión de Richard Wilhelm), D. J. Vogelmann (trad.), Edhasa, Barcelona, 2004.

Yu-Lan, Fung: *The Spirit of Chinese Philosophy*, Routledge & Kegan Paul Ltd., Londres, 1962.

Capítulo 5: Geometría de los filósofos ABC: la proporción áurea, el camino medio y el orden equilibrado están profundamente relacionados

Aubrey, J.: *Aubrey's Brief Lives*, O. Dick (ed.), Seeker & Warburg, Londres, 1958.

Bigelow, John: *The Reality of Numbers: A Physicalist's Philosophy of Mathematics*, Clarendon, Oxford, 1988.

Bohm, David: *Wholeness and the Implicate Order*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1980. [Versión en castellano: *La totalidad y el orden implicado*, Joseph M. Apfelbäume (trad.), Kairós, Barcelona, 1992.]

Devaney, Robert: *Chaos, Fractals and Dynamics*, Addison-Wesley Publishing Company, 1990.

- Euclides: *Elementos*, María Luisa Puertas Castaños (trad.), Gredos, Madrid, 2000.
- Ghyka, Matila: *The Geometry of Art and Life*, Dover Publications, Nueva York, 1977.
- Hilbert, D. y S. Cohn-Vossen: *Anschauliche Geometrie*, Springer, Berlín, 1996.
- Lawlor, Robert: *Sacred Geometry, Philosophy and Practice*, Thames & Hudson, Nueva York, 1989. [Versión en castellano: *Geometría sagrada: filosofía y práctica*, Editorial Debate, Barcelona, 1994.]
- Mandelbrot, Benoît: *The Fractal Geometry of Nature*, W. H. Freeman & Company, Nueva York, 1982. [Versión en castellano: *La geometría fractal de la naturaleza*, Josep Llosa (trad.), Tusquets, Barcelona, 1997.]
- Rucker, Rudy: *Infinity and the Mind: The Science and Philosophy of the Infinite*, Harvester, Brighton, 1982.
- Schroeder, Manfred: *Fractals, Chaos, Power Laws*, W. H. Freeman & Company, Nueva York, 1991.
- Smullyan, Raymond: *Satan, Cantor and Infinity*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1992. [Versión en castellano: *Satán, Cantor y el infinito*, José A. Álvarez (trad.), Gedisa, Barcelona, 1995.]
- Taschner, Rudolf: *Der Salen gigantische Schatten*, Vieweg Verlag, Wiesbaden, 2004.

Capítulo 6: Extremos políticos: una sociedad estadounidense polarizada y la ausencia de un bien común

- Brock, David: *Blinded by the Right: The Conscience of an Ex-Conservative*, Crown Publishers, Nueva York, 2002.
- Chödrön, Pema: *When Things Fall Apart: Heart Advice for Difficult Times*, Shambhala, Boston, 2000. [Versión en castellano: *Cuando todo se derrumba: palabras sabias para momentos difíciles*, Miguel Iribarren (trad.), Gaia, Madrid, 1999.]
- De Tocqueville, Alexis: *La démocratie en Amérique*. [Versión en castellano: *La democracia en América*, Dolores Sánchez de Aleu (trad.), Alianza Editorial, Madrid, 2002.]
- D'Souza, Dinesh: *The End of Racism: Principles for a Multiracial Society*, The Free Press, Nueva York, 1995.
- Frankl, Victor: «Reductionism and Nihilism», en A. Koestler & J. Smythies (eds.), *Beyond Reductionism*, Hutchinson, Londres, 1969.
- Galton, Francis: «Statistical Inquiries into the Efficacy of Prayer», en *The Fortnightly Review*, volumen 12, 1872, pp. 125-135.

- Gerzon, Mark: *A House of Divided*, Putnam, Nueva York, 1997.
- Golding, William: *Lord of the Flies*, Faber, Londres, 1954. [Versión en castellano: *El señor de las moscas*, Carmen Vergara (trad.), Edhasa, Barcelona, 2005.]
- Herrnstein, Richard y Charles Murray: *The Bell Curve*, The Free Press, Nueva York, 1994.
- Mahbubani, Kishore: *Can Asians Think?*, Time Books Internacional, Singapur, 1999.
- Makiguchi, Tsunesaburo: *A Geography of Human Life*, Dayle Bethel (ed.), Caddo Gap Press, San Francisco, 2002.
- Percy, Walter: *Lost in the Cosmos: The Last Self-Help Book*, Farrar, Straus & Giroux, Nueva York, 1983.
- Sleeper, Jim: *Liberal Racism*, Penguin Books, Nueva York, 1997.
- Sowell, Thomas: *The Vision of the Anointed*, Basic Books, Nueva York, 1996.
- Tillyard, E. M. W.: *The Elizabethan World Picture*, Chatto & Windus, Londres, 1945.
- Yankelovitch, Daniel: «Poll Positions», en *Foreign Affairs*, septiembre/octubre de 2005, pp. 2-16.

Capítulo 7. Extremos profanos y sagrados: fe ciega frente a negación de la fe

- Anónimo: *The Cloud of Unknowing*, Penguin Books, Harmondsworth, 1961. [Versión bilingüe español-inglés: *La nube del no saber*, Dionisio Areopagita, Meister Eckhart y Nicolás de Cusa (trads.), Editorial Herder, Barcelona, 2000.]
- Berlin, Isaiah: *Freedom and its Betrayal: Six Enemies of Human Liberty*. Henry Hardy (ed.), Chatto and Windus, Londres, 2002.
- Darwin, Charles: *On the Origin of Species*, Watts & Co., Londres, 1950 (facsimil de la primera edición de 1859). [Versión en castellano: *El origen de las especies*, Antonio de Zulueta (trad.), Alianza Editorial, Madrid, 2003.]
- Fukuyama, Francis: *The End of History and the last Man*, The Free Press, Nueva York, 1992. [Versión en castellano: *El fin de la historia y el último hombre*, P. Elías (trad.), Planeta-Agostini, Barcelona, 1995-1996.]
- Galilei, Galileo: *El mensaje y el mensajero sideral (Sidereus Nuncios, 1610)*, Carlos Solís Santos (trad.), Alianza Editorial, Madrid, 1983.
- Gorbachov, Mijaíl y Daisaku Ikeda: *Moral Lessons of the Twentieth Century*, I. B. Tauris, Londres, 2005.
- Gross, Paul y Norman Levitt: *Higher Superstition: The Academia Left and its Quarrels with Science*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994.
- Isaacson, Walter: *Benjamin Franklin: An American Life*, Simon & Schuster, Nueva

- York, 2003.
- Jungk, Robert: *Heller als tausend Sonnen*, Rowohlt, 1958. [Versión en castellano: *Más brillante que mil soles*, Ana M. Schluter Rodés (trad.), Argos, 1976.]
- Kipling, Rudyard: *Just So Stories*, HarperCollins, Nueva York, 1996. [Versión en castellano: *Precisamente así*, María Manent (trad.), Juventud, Barcelona, 1998.]
- Koestler, Arthur: *Darkness at Noon*, Vintage, Londres, 1994. [Versión en castellano: *El cero y el infinito*, Eugenia Serrano Balanyá (trad.), Ediciones Destino, Barcelona, 1986.]
- Kuan-Chung, Lo: *Historia de los tres reinos*, Pekín, 1955 (texto en chino). [Versión en inglés: *Romance of the Three Kingdom*, C. H. Brewit-Taylor (trad.), Charles E. Tuttle Company, Rutland, VT, 1959.]
- Lamarck, Jean-Baptiste de: *Philosophie zoologique*. [Versión en castellano: *Filosofía zoológica*, José González Llana (trad.), Alta Fulla, Barcelona, 1986.]
- Maccoby, E. y C. Jacklin: *The Psychology of Sex Differences*, Standford University Press, Standford, 1975.
- Marx, Karl y Friedrich Engels: *Manifest der Kommunistischen Partei*. [Versión en castellano: *Manifiesto comunista*, Pedro Ribas (trad.), Alianza Editorial, Madrid, 2001.]
- Mill, John Stuart: *On Liberty*, J.W. Parker & Son, Londres, 1859. [Versión en castellano: *Sobre la libertad*, Gregorio Cantera (trad.), Editorial Edaf, Madrid, 1986.]
- Orwell, George: *Homage to Catalonia*, Seeker & Warburg, Londres, 1967. [Versión en castellano: *Homenaje a Cataluña*, Carlos Pujol (trad.), Seix Barral, Barcelona, 1985.]
- Orwell, George: *Politics and the English Language: An Essay*, Horizon, Londres, 1947.
- Peck, Abe: *Uncovering the Sixties*, Pantheon Books, Nueva York, 1985.
- Rand, Ayn: *Atlas Shrugged*, Random House, Nueva York, 1957. [Versión en castellano: *La rebelión de Atlas*, Julio Fernández-Yáñez (trad.), Luis de Caralt, Barcelona, 1968.]
- Rushdie, Salman: *The Satanic Verses*, The Consortium, Nueva York, 1992. [Versión en castellano: *Los versos satánicos*, J. L. Miranda (trad.), Círculo de Lectores, Barcelona, 1989.]
- Sardar, Ziauddin y Merryl Wyn Davies: *Why do People Hate America? The Disinformation Company, Ltd.*, Nueva York, 2002. [Versión en castellano: *¿Por qué la gente odia a Estados Unidos?* Isabel Campos Adrados (trad.), Gedisa, Barcelona, 2003.]

Sokal, Alan: *Transgressing the Boundaries: Toward a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity*, North Carolina Duke University Press, Durham, 1996.

Shirer, William: *The Rise and Fall of the Third Reich: A History of Nazi Germany*, Book Club Associates, Londres, 1983. [Versión en castellano: *Auge y caída del Tercer Reich: una historia de la Alemania nazi*, Jesús López Pacheco y Mariano Orta Manzano (trads.), Luis de Caralt, Barcelona, 1962.

Capítulo 8. Extremos tribales: dispersión natural y mestizaje cultural en la aldea global

Ardrey, Robert: *African Genesis: A Personal Investigation into the Animal Origins and Nature of Man*, Collins, Londres, 1961. [Versión en castellano: *Génesis en África: la evolución y el origen del hombre*, Fernando Ruiz Gabas (trad.), Editorial Hispano Europea, Barcelona, 1969.]

Ardrey, Robert: *Territorial Imperative: A Personal Enquiry into the Animal Origins of Property and Nations*, Collins, Londres, 1967.

Carr, Donald: *The Sexes*, Doubleday, Nueva York, 1970. [Versión en castellano: *Los sexos*, Baldomero Porta (trad.), Alianza Bruguera, 1976.]

Carr, Donald: *The Deadly Feast of Life*, William Heinemann Ltd., Londres, 1972.

Chance, M. y C. Jolly: *Social Groups of Monkeys, Apes and Men*, Jonathan Cape, Londres, 1970.

Darwin, Charles: *The Descent of Man* (1871), John Murria, Londres, 1901.

De Vore, I. y S. Washburn: «Baboon Ecology and Human Evolution», en F. Howell y F. Bourlière (eds.) *African Ecology and Human Evolution*, Methuen & Co. Ltd., Londres, 1964.

Eibl-Eibesfeldt, I.: *Krieg und Frieden aus der Sicht der Verhaltensforschung*, Piper, Múnich, 1986. [Versión en castellano: *Guerra y paz: una visión de la etología*, Rosa Blanco (trad.), Salvat, Barcelona, 1995.]

Forel, Auguste: *Le Monde Social des Fourmis du Globe comparé à celui de l'Homme*, Librairie Kundig, Ginebra, 1921-1923 (5 volúmenes).

Fossey, Dian: *Gorillas in the Mist*, Mariner Books, Nueva York, 2000. [Versión en castellano: *Gorilas en la niebla*, Marcela Chinchilla y Manuel Crespo (trads.), Salvat, Barcelona, 1994.]

Freud, Sigmund: «De guerra y muerte. Temas de actualidad», volumen XIV, *Obras completas*, Luis López-Ballesteros y de Torres (trad.), RBA, Barcelona, 2006.

Friedmann, H.: «The Natural History Background to Camouflage», *Smithsonian*

Institution War Background Studies, 5, 1942.

Goodall, Jane: *In the Shadow of Man*, Fontana Books, Londres, 1973. [Versión en castellano: *En la senda del hombre: vida y costumbres de los chimpancés*, Julio Rodríguez Puértolas y Carmen Criado (trads.), Salvat, 1986.]

Goodall, Jane: *The Chimpanzees of Gombe*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, MA, 1986.

Gore, Al: *Earth in the Balance*, Earthscan Publications Ltd., Londres, 1992. [Versión en castellano: *La tierra en juego: ecología y conciencia humana*, Andrés Ehrenhaus (trad.), Emecé, Barcelona, 1993.]

Hoffer, Eric: *The True Believer: Thoughts on the Nature of Mass Movements*, Harper, Nueva York, 1951.

Huizinga, Johan: *Homo ludens*, Maurice Temple Smith Ltd., Londres, 1970. [Versión en castellano: *Homo ludens*, Eugenio Imaz (trad.), Alianza Editorial, Madrid, 2000.]

Huxley, Julian: «Evolution, Cultural and Biological», en *New Bottles of Old Wine*, Chatto & Windus, Londres, 1957.

Koestler, Arthur: *The Ghost in the Machine*, Hutchinson & Co. Ltd., Londres, 1967.

Morris, Desmond: *The Naked Ape*, Cape, Londres, 1967. [Versión en castellano: *El mono desnudo*, J. Ferrer Aleu (trad.), Debolsillo, Barcelona, 2003.]

Sapolsky, Robert: «A Natural History of Peace», en *Foreign Affairs*, enero/febrero de 2006, pp. 104-120.

Schaller, G.: *The Mountain Gorilla*, The University of Chicago Press, Chicago, 1963.

Scheinfeld, Amram: *Women and Men*, Harcourt, Brace & Co. Nueva York, 1944.

Tiger, Lionel y Robin FOX: *The Imperial Animal*, Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1971.

Trotter, W.: *Instincts of the Herd in Peace and War*, T. Fisher Unwind Ltd., Londres, 1920.

Wilson, Edward Osborne: *Sociobiology*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, MA, 1975. [Versión en castellano: *Sociobiología: la nueva síntesis*, Ramón Navarro (trad.), Omega, 1980.]

Wrangham, Richard y Dale Peterson: *Demonic Males: Apes and the Origins of Human Violence*, Houghton Mifflin, Boston, 1996.

Zinsser, Hans: *Rats, Lice and History*, Little Brown, Boston, 1935.

Capítulo 9. Los extremos de Pandora: la politización de la diferencia entre los sexos

- Aristóteles: *Historia de los animales*, Libro IX.
- Beauvoir, Simone de: *El segundo sexo*, Alicia Martorell Linares (trad.), Ediciones Cátedra, Madrid, 2005.
- Binkin, M., y S. Bach: *Women and the Military*, The Brookings Institution, Washington, D. C., 1977.
- Chesler, Phyllis: *Woman's Inhumanity to Woman*, Nation Books, Nueva York, 2002.
- Deutsch, H.: *The Psychology of Women*, Grune & Stratton, Nueva York, 1944.
- Easlea, Brian: *Fathering the Unthinkable*, Pluto Press Ltd., Londres, 1983.
- Gairdner, William: *The War Against the Family: A Parent Speaks Out*, Stoddart, Toronto, 1992.
- Goethe, Johann Wolfgang von: *Fausto*, José Roviralta Borrell (trad.), Alianza Editorial, Madrid, 2006.
- Gray, John: *Men are from Mars, Women are from Venus*, HarperCollins, Nueva York, 1992. [Versión en castellano: *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus*, Ramón Alonso (trad.), Nuevas Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 2004.]
- Konner, M.: *The Tangled Wing*, Penguin Books Ltd., Harmondsworth, 1982.
- Laffin, J.: *Women in Battle*, Abelard-Schuman, Londres, 1967.
- Levin, Michael: *Feminism and Freedom*, Transaction Books, New Brunswick, 1987.
- Lewis, C. S.: *The Screwtape Letters*, Centenary Press, Londres, 1942. [Versión en castellano: *Cartas del diablo a su sobrino (Las cartas de Escrutopo)*, José Luis del Barco Collazos (trad.), Ediciones Rialp, Madrid, 2006.]
- Marinoff, Lou: *The Big Questions: How Philosophy Can Change Your Life*, Bloomsbury, Londres, 2003. [Versión en castellano: *Pregúntale a Platón: cómo la filosofía puede cambiar tu vida*, Gloria Sanjuán Castaño (trad.), Ediciones B, Barcelona, 2004.]
- Mead, Margaret: «Alternatives to War», en M. Fried, M. Harris y M. Murphy (eds.): *War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression*, The Natural History Press, Garden City, 1968.
- Morgan, Elaine: *The Descent of Woman*, Souvenir Press, Londres, 1972.
- Nitobe, Inazo: *Bushido: The Soul of Japan*, Tuttle Publishing, Boston, 1969. [Versión en castellano: *El bushido: el alma del Japón*, Ed. José J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 2002.]
- Rousseau, Jean-Jacques: *Emilio, o de la educación*, Mauro Armiño (trad.), Alianza Editorial, Madrid, 1997.
- Schopenhauer, Arthur: «On Women», en *Essays and Aphorisms*, R. Hollingdale (trad.),

- Penguin Books, Harmondsworth, 1970.
- Smyth, R.: «Daughters of the Gun», en *Observer Magazine*, 11 de diciembre de 1977.
- Sommers, Christina Hoff: *Who Stole Feminism: How Women Have Betrayed Women*, Simon & Schuster, Nueva York, 1994.
- Wollstonecraft, Mary: *A Vindication of the Rights of Woman* (1792), Dover, Nueva York, 1996. [Versión en castellano: *Vindicación de los derechos de la mujer*, Charo Ema, Mercedes Barat (trad.), Editorial Debate, Barcelona, 1998.]
- Woolf, Virginia: *A Room of One's Own*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1929. [Versión en castellano: *Una habitación propia*, Laura Pujol (trad.), Editorial Seix Barral, Barcelona, 2001.]

Capítulo 10. Los extremos cognitivos: las tradiciones oral, escrita, visual y digital

- Dawkins, Richard: *The Selfish Gene*, Oxford University Press, Oxford, 1976. [Versión en castellano: *El gen egoísta*, Juana Robles Suárez, José Manuel Tola Alonso (trad.), Salvat Editores, Barcelona, 2000.]
- Diller, Lawrence: *Running on Ritalin*, Bantam Books, Nueva York, 1998.
- Flesch, Rudolf: *Why Johnny Can't Read*, Harper & Row, Nueva York, 1955.
- Gould, S. J.: *Ever Since Darwin*, Burnett Books Ltd., Londres, 1978. [Versión en castellano: *Desde Darwin: reflexiones sobre historia natural*, Antonio Resines (trad.), Hermann Blume, Madrid, 1983.]
- Hirsch, Ed, Joseph Kett y James Trefil (eds.): *The Dictionary of Cultural Literacy*, Houghton Mifflin, Boston, 1988.
- Hume, David: «No tenemos un yo sustancial al que seamos idénticos», de *Tratado de la naturaleza humana*, 1738.
- Ikeda, Daisaku: *The Way of Youth: Buddhist Common Sense for Handling Life's Questions*, Middleway Press, Santa Monica, 2000.
- Itard, J.: *Victor de l'Aveyron*, Rafael Sánchez Ferlosio (trad.), Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- Mahbubani, Kishore: *Beyond the Age of Innocence: Rebuilding trust between America and the World*, Perseus Books Group, Nueva York, 2005.
- Malson, L.: *Los niños selváticos*, Rafael Sánchez Ferlosio (trad.), Alianza Editorial, Madrid, 1973.
- Mander, Jerry: *Four Arguments for the Elimination of Television*, Morrow Quill Paperbacks, Nueva York, 1978. [Versión en castellano: *Cuatro buenas razones para*

- eliminar la TV*, Mario Bohoslavsky (trad.), Editorial Gedisa, Barcelona, 2004.]
- Marinoff, Lou: *Plato Not Prozac: Applying Philosophy to Everyday Problems*, HarperCollins, Nueva York, 1999. [Versión en castellano: *Más Platón y menos Prozac*, Francesc Borja Folch Permanyer (trad.), Ediciones B, Barcelona, 2000.]
- Mcluhan, Marshall: *Understanding Media*, Routledge, Londres, 1964. [Versión en castellano: *Comprender los medios de comunicación: las extensiones del ser humano*, Patrick Ducher (trad.), Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1996.]
- Prechtel, Martin: *Secrets of a Talking Jaguar: Memoirs from the Living Heart of a Mayan Village*, Tarcher/Putnam, Nueva York, 1999. [Versión en castellano: *Los secretos del jaguar: la vida en el misterioso mundo de los mayas*, María García Barris (trad.), Mondadori, Barcelona, 2000.]
- Prechtel, Martin: *The Disobedience of the Daughter of the Sun: Ecstasy and Time*, Yellow Moon Press, Cambridge, MA, 2001.
- Prechtel, Martin: *Long Life, Honey in the Heart: a Story of Initiation and Eloquence from the Shores of a Mayan Lake*, North Atlantic Books, Berkeley, 2004.
- Prechtel, Martin: *The Toe Bone and the Tooth, An Ancient Mayan Story Relived in Modern Times: Leaving Home to Come Home*, Thorsons, Londres, 2004.
- Sommers, Christina Hoff y Sally Satel: *One Nation Under Therapy*, St. Martin's Press, Nueva York, 2005.

Capítulo 11. Los extremos educacionales: el desfase global y el gulag estadounidense

- Asamblea legislativa Provincial de Ontario: Ley de equidad del empleo; Proyecto de ley 79 (Employment Equity Act; Bill 79).
- Baker, B., J. Boulad-Ayoub, L. Code, M. McDonald, K. Okruhlik, S. Sherwin y W. Sumner: *Report to the Canadian Philosophical Association from the Committee to Study Hiring Policies Affecting Women*, Canadian Philosophical Association, 1991.
- Bloom, Alan: *The Closing of the American Mind*, Simon & Schuster, Nueva York, 1987. [Versión en castellano: *El cierre de la mente humana*, Adolfo Martín (trad.), Plaza & Janés Editores, Barcelona, 1989.]
- Brown, Grant: *The Employment Equity Empress Has No Clothes (Occasional Paper n.o 2)*, The Gender Issues Education Foundation, Edmonton, 1992.
- Carta Canadiense de Derechos y Libertades (Canadian Charter of Rights and Freedoms), 1982, Parte 1 de la Ley constitucional, 1982.
- Comité Canadiense sobre la Violencia contra la Mujer (Canadian Panel on Violence

- Against Women): *Changing the Landscape: Ending Violence - Achieving Equality*, Ministerio de Suministros y Servicios de Canadá, Ottawa, 1993.
- Fekete, John: *Moral Panic*, Robert Davies, Montreal, 1994.
- Hobsbawm, Eric: *The Age of Empire: 1875-1914*, Vintage, Nueva York, 1989. [Versión en castellano: *La era del imperio: 1875-1914*, Juan Faci (trad.), Editorial Crítica, Barcelona, 2003.]
- Huxley, Aldous: *Ends and Means*, Chatto & Windus, Londres, 1937.
- Huxley, Aldous: *An Encyclopedia of Pacifism*, Chatto & Windus, Londres, 1937.
- Irvine, Andrew: «Jack and Jill and Employment Equity», en *Dialogue*, XXXV, 1996, pp. 255-91.
- Kafka, Franz: *El proceso*, José Rafael Hernández Arias (trad.), Valdemar, Madrid, 2003.
- Kimball, Roger: *Tenured Radicals*, Ivan R. Dee, Chicago, 1998.
- Koertge, Noretta y Daphne PATAI: *Professing Feminism*, Basic Books, Nueva York, 1994.
- Koestler, Arthur: *Darkness at Noon*, Vintage, Londres, 1994. [Versión en castellano: *El cero y el infinito*, Eugenia Serrano Balanyá (trad.), Ediciones Destino, Barcelona, 1986.]
- Kors, Alan y Harvey Silverglate: *The Shadow University: The Betrayal of Liberty on America's Campuses*, The Free Press, Nueva York, 1998.
- Loney, M.: «The Politics of Race and Gender», en *Inroads*, 3, verano de 1994.
- Mill, John Stuart: *On Liberty*, J.W. Parker & Son, Londres, 1859. [Versión en castellano: *Sobre la libertad*, Gregorio Cantera (trad.), Editorial EDAF, Madrid, 1986.]
- Orwell, George: *Animal Farm*, Secker & Warburg, Londres, 1945. [Versión en castellano: *Rebelión en la granja*, Rafael Abella (trad.), Ediciones Destino, Barcelona, 2006.]
- Orwell, George: *Nineteen Eighty-Four*, Secker & Warburg, Londres, 1949. [Versión en castellano: *1984*, Rafael Vázquez Zamora (trad.), Ediciones Destino, Barcelona, 2003.]
- Patai, Daphne: «Speaking as a Human», en *The Liberal*, septiembre-octubre de 2005, pp. 28-30.
- Ravich, Diane: *The Language Police: How Pressure Groups Restrict What Students Learn*, Vintage Books, Nueva York, 2004.
- Rosenhan, D.: «On being sane in insane places», en *Science*, 179 (enero de 1973), pp. 250-7.

- Shapiro, Ben: *Brainwashed: How Universities Indoctrinate America's Youth*, WND Books, Nashville, 2004.
- Shirer, William: *The Rise and Fall of the Third Reich*, Book Club Associates, Londres, 1959. [Versión en castellano: *Auge y caída del III Reich*, Jesús López Pacheco (trad.), Caralt Editores, S. A., Barcelona, 1971.]
- Solzhenitsyn, Aleksandr: *Un día en la vida de Iván Denisovich*, J. Ferrer Aleu (trad.), Ediciones Altaya, Barcelona, 1995.
- Solzhenitsyn, Aleksandr: *El primer círculo*, Josep Maria Güell i Socías (trad.), Tusquets Editores, Barcelona, 1992.
- Spengler, Oswald: *La decadencia de Occidente: bosquejo de una morfología de la historia universal*, Manuel García Morente, Espasa-Calpe, Pozuelo de Alarcón, 2004.
- Sykes, Charles: *Dumbing Down Our Kids: Why American Children Feel Good About Themselves But Can't Read, Write or Add*, St. Martin's, Nueva York, 1995.
- Wiesel, Elie: *Night, Dawn, The Accident: The Elie Wiesel Trilogy*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1987. [Versión en castellano: *La noche, el alba, el día*, Fina Waeschaver (trad.), El Aleph Editores, Barcelona, 1986.]

Capítulo 12. Los extremos económicos: superabundancia y penuria

- Brown, Lester: *Plan B: Rescuing a Planet Under Stress and a Civilization in Trouble*, W. W. Norton, Nueva York, 2003. [Versión en castellano: *Salvar el planeta, plan B: ecología para un mundo en peligro*, Yolanda Fontal Rueda (trad.), Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 2004.]
- Carson, Rachel: *Silent Spring*, Fawcett Crest, Nueva York, 1962. [Versión en castellano: *Primavera silenciosa*, Editorial Crítica, Barcelona, 2005.]
- Drahos, Peter y John Braithwaite: *Information Feudalism*, Earthscan Publications, Londres, 2002.
- Emerson, Ralph Waldo: *Self-Reliance* (1841), Dover Publications, Nueva York, 1933. [Versión en castellano: *Confía en ti mismo*, Mariano José Vázquez Alonso (trad.), Ediciones 29, Sant Cugat del Vallès, 1996.]
- Gore, Al: *Earth in the Balance*, Earthscan, Londres, 1992. [Versión en castellano: *La tierra en juego*, Andrés Ehrenhaus (trad.), Publicaciones y Ediciones Salamandra, Barcelona, 1993.]
- Hardin, Garrett: «The Tragedy of the Commons», en *Science*, 162 (1968), pp. 1243-1248.

- Kaplan, Robert: *The Coming Anarchy: Shattering the Dreams of the Post Cold War*, Random House, Nueva York, 2000. [Versión en castellano: *La anarquía que viene*, Jordi Cotrina Vidal (trad.), Ediciones B, Barcelona, 2000.]
- Kaplan, Robert: *The Ends of the Earth: A Journey at the Dawn of the 20th Century*, Random House, Nueva York, 1996. [Versión en castellano: *Viaje a los confines de la tierra*, Joaquín Adsuar (trad.), Ediciones B, Barcelona, 1997.]
- Kropotkin, Piotr: *El apoyo mutuo, un factor de la evolución*, Angel J. Cappelletti (trad.), Nossa y Jara Editores, Móstoles, 1989.
- Leslie, John: *The End of the World: The Science and Ethics of Human Extinction*, Routledge, Londres, 1996.
- Lévinas, Emmanuel: *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, Antonio Pintor Ramos (trad.), Ediciones Sígueme, Salamanca, 1995.
- Locke, John: *Two Treatises of Government* (1698), Cambridge at the University Press, Cambridge, 1970. [Versión en castellano: *Dos ensayos sobre el gobierno civil*, Francisco Giménez Gracia, (trad.), Espasa-Calpe, Pozuelo de Alarcón, 1997.]
- Lovelock, James: *Gaia: A New Look at Life on Earth*, Oxford University Press, Nueva York, 2000. [Versión en castellano: *Gaia, una nueva visión de la vida sobre la Tierra*, Alberto Jiménez Rioja (trad.), Ediciones Orbis, Barcelona, 1987.]
- Malthus, Thomas: *Population: The First Essay* (1798), The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1959. [Versión en castellano: *Primer ensayo sobre la población*, Patricio de Azcárate Diz (trad.), Alianza Editorial, Madrid, 2000.]
- Midgley, Mary: *Beast and Man*, The Harvester Press, Sussex, 1978.
- Schell, Jonathan: *The Fate of the Earth*, Cape, Londres, 1982.
- Sorokin, Pitirim: *Man and Society in Calamity*, E. P. Dutton & Co. Inc., Nueva York, 1943.
- Spencer, Herbert: *Principles of Sociology* (1893-96), MacMillan & Co., Londres, 1969.
- Sumner, William Graham: *Social Darwinism (Selected Essays)*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1963.
- Vallières, Pierre: *White Niggers of America*, McClelland & Stuart, Toronto, 1969.
- Wynne-Edwards, V.: *Animal Dispersion in Relation to Social Behaviour*, Oliver & Boyd Ltd., Edimburgo, 1962.

Capítulo 13. Los extremos totémicos: McComidas, McDrogas y McMundos felices

- Barber, Benjamin: *Jihad versus McWorld*, Times Books, Nueva York, 1995.
- Belpomme, Dominique: *Ces Maladies Créées Par l'Homme*, Albin Michel, París, 2004.
- Belpomme, Dominique: *Guérir du Cancer ou S'en Protéger*, Fayard, París, 2005.
- Cohen, Robert: *Milk: The Deadly Poison*, Argus, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1998.
- Huxley, Aldous: *Brave New World*, Chatto & Windus, Londres, 1932. [Versión en castellano: *Un mundo feliz*, Ramón Hernández (trad.), Plaza & Janés Editores, Barcelona, 2000.]
- Huxley, Aldous: *The Doors of Perception*, Chatto & Windus, Londres, 1954. [Versión en castellano: *Las puertas de la percepción*, Elena Rius (trad.), Edhasa, Barcelona, 2004.]
- Huxley, Aldous: *Island*, Chatto & Windus, Londres, 1962. [Versión en castellano: *La isla*, Floreal Mazía (trad.), Edhasa, Barcelona, 1996.]
- Leary, Timothy: *The Politics of Ecstasy*, Putnam, Nueva York, 1968.
- Platón: *El banquete*, Fernando García Romero (trad.), Alianza Editorial, Madrid, 1999.
- Schlosser, Eric: *Fast Food Nation: The Dark Side of the All-American Meal*, Houghton Mifflin, Boston, 2001. [Versión en castellano: *Fast food: el lado oscuro de la comida rápida*, Francisco J. Ramos Mena (trad.), Grijalbo, Barcelona, 2002.]
- Sinclair, Upton: *The Jungle*, Heineman, Londres, 1906. [Versión en castellano: *La jungla*, Antonio Samons (trad.), Ediciones Orbis, Barcelona, 1985.]
- Wurtzel, Elizabeth: *Prozac Nation: Young and Depressed in America*, Houghton Mifflin, Boston, 1994. [Versión en castellano: *Nación Prozac*, Miguel Martínez-Lage (trad.), Punto de Lectura, Madrid, 2001.]

Capítulo 14. Los extremos de Oriente Medio: escorpiones venenosos e higos regalados

- Baer, Robert: *Sleeping with the Devil: How Washington Sold our Soul for Saudi Crude*, Three Rivers Press, Nueva York, 2003.
- Ben-Dasan, Isaiah: *The Japanese and the Jews*, Weatherhill, Nueva York, 1972.
- Clausewitz, C. von: *De la guerra* (1832), Ag. Celer Pavloski (trad.), Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa, Madrid, 1998.
- Dimont, Max: *Jews, God and History*, Signet, Nueva York, 1962.
- Donovan, Robert: *Israel's Fight for Survival*, Signet, Nueva York, 1967.
- Friedman, Thomas: *From Beirut to Jerusalem*, Anchor Books, Nueva York, 1990.
- Josefo, Flavio: *La guerra de los judíos* (66-70 d. C.), J. María Nieto Ibáñez (trad.),

- Editorial Gredos, Madrid, 2001.
- Kahane, Meir: *Never Again: A Program for Survival*, Nash Publishing, Los Ángeles, 1971.
- Katz, Samuel: *Battleground: Fact and Fantasy in Palestine*, Bantam Books, Nueva York, 1973.
- Knightley, Phillip: *The First Casualty*, André Deutch Ltd., Londres, 1975.
- Krepinevich, Andrew: «How to Win in Iraq», en *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2005, pp. 87-104.
- Lawrence. T. E.: *Seven Pillars of Wisdom* (1935), Wordsworth Editions, Ware, 1997. [Versión en castellano: *Los siete pilares de la sabiduría*, Alberto Cadín Garay (trad.), Punto de Lectura, Madrid, 2001.]
- Michener, James: *The Source*, Random House, Nueva York, 1965.
- Nutting, Anthony: *The Arabs*, Mentor, Nueva York, 1964.
- Peres, Shimon: *The Imaginary Voyage*, Zoland Books, Cambridge, MA, 2000.
- Said, Edward: *Orientalism*, Vintage, Nueva York, 1979. [Versión en castellano: *Orientalismo*, María Luisa Fuentes (trad.), Editorial Debate, Barcelona, 2002.]
- Schwartz-Bart, André: *The Last of the Just*, Penguin, Harmondsworth, 1977.
- Shillony, Ben-Ami: *The Jews and the Japanese*, Charles E. Tuttle Company, Rutland y Tokio, 1991.
- Twain, Mark: *Innocents Abroad* (1869), Penguin Putnam, Nueva York, 2002. [Versión en castellano: *Inocentes en el extranjero*, P. Elías (trad.), Ediciones del Azar, Barcelona, 2001.]
- Uris, Leon: *Exodus*, Transworld, Nueva York, 1970. [Versión en castellano: *Éxodo*, Baldomero Porta (trad.), Plaza & Janés, Barcelona, 1992.]

Capítulo 15. Los extremos terroristas: hagamos lo que hagamos, seguirán con los atentados

- Brisard, Jean-Charles y Guillaume Dasquié: *Forbidden Truth: U.S.-Taliban Secret Oil Diplomacy and the Failed Hunt for Bin Laden*, Nation Books, Nueva York, 2002.
- Byman, Daniel: «Do Targeted Killings Work?», en *Foreign Affairs*, marzo-abril 2006.
- Conquest, Robert: *The Great Terror*, Macmillan & Co. Ltd., Londres, 1968. [Versión en castellano: *El gran terror*, Joaquín Adsuar Ortega (trad.), Caralt Editores, Barcelona, 1974.]
- Inoguchi, Rikihei y Tadashi Nakajima: *The Divine Wind (Kamikaze)*, Roger Pineau (trad.), Greenwood Press, Slough, 1978.

- Kean, Thomas (presidente): *The 9/11 Commission Report: Final Report of the National Commission on Terrorist Attacks Upon the United States*, W. W. Norton, Nueva York, 2004.
- Malory, Thomas: *La Morte d'Arthur*, Edward Moxon, Londres, 1868. [Versión en castellano: *La muerte de Arturo*, Francisco Torres Oliver (trad.), Ediciones Siruela, Madrid, 1985.]
- Power, Samantha: *A Problem From Hell: America and the Age of Genocide*, Basic Books, Nueva York, 2002.
- Stevenson, William: *90 Minutes at Entebbe*, Bantam, Nueva York, 1976.
- White, T. H.: *The Once and Future King*, Collins, Londres, 1958. [Versión en castellano: *Camelot: la leyenda del rey Arturo*, Fernando Corripio (trad.), Editorial Debate, Barcelona, 1989.]
- Zakaria, Fareed: «A Conversation with Lee Kuan Yew», en *Foreign Affairs*, marzo-abril de 1994.

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
Contenido	5
Agradecimientos	7
Introducción	9
Primera parte. LOS FILÓSOFOS ABC	12
1. La globalización y sus injusticias: convergencia y divergencia de cuatro civilizaciones	13
2. La proporción áurea de Aristóteles: cómo realizarse y ser feliz en la insensatez	51
3. El camino medio de Buda: cómo crear valores y compasión en el sufrimiento	88
4. El orden equilibrado de Confucio: cómo restaurar la armonía y la virtud en la discordia	116
5. Geometría de los filósofos ABC: la proporción áurea, el camino medio y el orden equilibrado están profundamente relacionados	143
Segunda parte. LOS EXTREMOS Y LOS FILÓSOFOS ABC	190
6. Extremos políticos: una sociedad estadounidense polarizada y la ausencia de un bien común	191
7. Extremos profanos y sagrados: fe ciega frente a negación de la fe	236
8. Extremos tribales: dispersión natural y mestizaje cultural en la aldea global	274
9. Los extremos de Pandora: la politización de la diferencia entre los sexos	314
10. Los extremos cognitivos: las tradiciones oral, escrita, visual y digital	360
11. Los extremos educacionales: el desfase global y el gulag estadounidense	398
12. Los extremos económicos: superabundancia y penuria	442
13. Los extremos totémicos: McComidas, McDrogas y McMundos felices	486
14. Los extremos de Oriente Medio: escorpiones venenosos e higos regalados	521
15. Los extremos terroristas: hagamos lo que hagamos, seguirán con los atentados	563
Tercera parte. LOS FILÓSOFOS ABC AQUÍ Y AHORA	604
16. Cómo importar los filósofos ABC a su vida; cómo exportarlos a su entorno	605
Lecturas recomendadas	614

